

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**  
FACULTAD DE CIENCIAS DE LA INFORMACIÓN  
Departamento de Comunicación Audiovisual y Publicidad II



## **TESIS DOCTORAL**

### **La obra de José del Río ("Pick") como modelo de comunicación moderna**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

**Manuel Ángel Castañeda Pérez**

Director

**Luis Gutiérrez-Vierna Espada**

**Madrid, 2017**

# TOMO 1

## LA OBRA DE JOSÉ DEL RÍO (“PICK”) COMO MODELO DE COMUNICACIÓN MODERNA

MANUEL ÁNGEL CASTAÑEDA PÉREZ







Universidad Complutense de Madrid

Facultad de Ciencias de la Información

Departamento de Comunicación Audiovisual y Publicidad II

## La obra de José del Río (“Pick”) como modelo de comunicación moderna

### TOMO 1

Memoria para optar al grado de doctor  
presentada por

**Manuel Ángel Castañeda Pérez**

Dirigida por el doctor

**Luis Gutiérrez-Vierna Espada**

Santander 2016

## **Agradecimientos**

Este trabajo de investigación no habría sido posible sin la ayuda, el aliento y la colaboración de un grupo de personas que no solamente merecen ser citadas, sino que resulta obligado hacerlo.

En primer lugar, y el más señalado, debo explicitar mi agradecimiento al profesor Luis Gutiérrez-Vierna Espada que no solamente ha dirigido esta tesis, sino que me ha animado y orientado para que llegara a buen fin.

Importante ha sido la colaboración del doctor José Manuel Pastor, una persona que ha seguido y admirado la obra de José del Río Sainz y que tanta ayuda me ha prestado en la documentación de esta investigación.

Las portaciones de José Ramón Saiz Viadero, José Antonio González Fuentes, Santiago Rego, Francisco Pérez Gutiérrez, Jesús Pardo y Francisco Gutiérrez Díaz, así como el apoyo documental del Centro de Estudios Montañeses.

Especial mención merece la profesora Tamara Bueno que me ha proporcionado excelentes consejos y con su ayuda y guía, me ha conducido a través de los arrecifes de la mar burocrática.

Debo destacar, de manera singular, la colaboración de José Luis Ramos Argüelles, con su aportación en el diseño del texto e imágenes.

En último lugar, entendido en el sentido evangélico, pero en el más relevante, agradezco el apoyo que durante años me ha prestado mi mujer, Mercedes, para poder dedicar el tiempo preciso para redactar este trabajo.



## **Resumen**

La figura de José del Río, “Pick” presenta un gran atractivo: marino, poeta y periodista es en esta última faceta en la que más trabajó, en la que más influencia tuvo sobre la sociedad de su tiempo y en la que brilló de manera excepcional.

Esta investigación trata de analizar la trayectoria periodística de José del Río, de enmarcarla en su tiempo y destacar los aspectos de innovación que introdujo en el concepto del artículo y sobre la propia profesión periodística. También, fija como objetivo ahondar en su vertiente como periodista integral.

José del Río (Santander 1884-Madrid 1964) atravesó por cuatro etapas vitales bien diferenciadas: La primera como marino mercante desde muy joven, llegando a ser capitán de barco y manteniendo su vinculación con la mar, como capitán de la draga que mantenía abierto el acceso al puerto de San-

tander. La segunda, como poeta, donde alcanzó éxito y fue galardonado con el premio Fastenrath de poesía que concede la Real Academia Española. Su tercera etapa es la periodística, que ejerció como articulista, cronista y director de dos diarios: “La Atalaya” desde 1907 a 1927 y más tarde en “La Voz de Cantabria”, periódico que nació del impulso del propio José del Río como continuación de “La Atalaya”. En este periódico ejerció de director y de articulista principal hasta su desaparición en el año 1937. Finalmente el último tramo de vida, el comprendido entre 1937 y 1964 en el cual “Pick” residió en Madrid, lejos de su Santander, dedicado a colaborar en diferentes diarios y en obras encargadas por sus amigos Joaquín Arrarás y José María de Cossío.

Tuvo aun, en Madrid, momentos de fulgor, especialmente con sus artículos en el diario “Informaciones” en el que escribía una columna sobre la vida madrileña, titulada “Apuntes de un peatón”, en la que se encuentran destellos de la pluma ágil e incisiva del “Pick” de “Aire de la calle”.

En este trabajo de investigación se aborda su actividad periodística en todas sus facetas: tanto la de articulista diario, con una columna titulada “Aire de la calle”, como el análisis de sus crónicas bélicas desde Melilla durante la Guerra de Marruecos. También sus relevantes trabajos como crítico literario o de arte y sus polémicas en defensa de los intereses de Santander frente a operaciones políticas o económicas.

José del Río fue un avanzado para su tiempo. Su concepción de la profesión periodística resulta muy interesante. Se estudia en este trabajo la defensa que hizo de la necesidad de dotar al periodismo de una formación especializada y de una acreditación para ejercerla. Sus teorías acerca de los estudios de periodismo conectan con las teorías actuales, lo que demuestra el adelanto que tuvo José del Río respecto de sus contemporáneos.

Otra de las caras de la polifacética personalidad de José del Río es la de biógrafo de personajes a los que conoció y con los que tuvo trato directo. En muchos de sus textos periodísticos traza perfiles acertados y completos de artistas, político científicos o personajes populares de la vida urbana de Santander.

El pensamiento de “Pick” también es abordado en esta tesis. José del Río fue una persona siempre ubicada en un planteamiento vital conservador, en línea con la doctrina social de la Iglesia. Ello no le restó independencia y precisamente por esa manera de pensar, fiel a sus ideas de justicia y paz, quedó enclavado en la Tercera España: entre los republicanos, que no quisieron frenar la violencia y los crímenes cometidos por los grupos anarquistas y comunistas, y el ejército de Franco, que tras su victoria procedió a una sistemática purga de quienes habían tenido un papel destacado en la guerra civil, en el bando republicano.

La guerra civil truncó la trayectoria periodística de José del Río y por ello los últimos 27 años de vida forman una etapa gris, sin el pulso vivaz del periodista, en la cual se vio relegado a trabajos de encargo y padeciendo dificultades económicas al ser cesado como capitán de la draga santanderina, puesto que era su principal fuente de ingresos.

El estudio de cientos de artículos publicados por Pick, el análisis de un esbozo de libro de memorias formado por una serie de textos publicados en “La Voz de Cantabria”, bajo el título genérico de “Memorias de un periodista provinciano”, y la lectura de los testimonios de quienes le conocieron, permite abordar de manera bastante exacta la personalidad de un periodista que aparece en las enciclopedias como poeta y que ha sido, sin duda, el más importante periodista de Cantabria en el siglo XX.

Uno de los objetivos de este trabajo es recopilar, agrupar y



analizar los miles de artículos publicados por “Pick” y ver, a través de los ojos del poeta y periodista, los acontecimientos que hicieron de la primera mitad del siglo XX un momento relevante para la historia de Europa, de España y de Santander: Desde la I Guerra Mundial, hasta el conflicto de Marruecos, la caída de la monarquía, el gobierno de la II República, la guerra Civil el Incendio de Santander y, finalmente, los años del franquismo.

Tras la tarea del estudio de la producción periodística de “Pick” también existe otra meta: la preservación de los miles de columnas salidas de la pluma del periodista santanderino. Ahora mismo, no existen apenas archivos digitalizados de la producción de “Pick” y este trabajo de investigación ha logrado reunir más del noventa por ciento de la producción en la etapa de oro de José del Río, que no es otra que la comprendida entre 1907 y 1937.

Otro de los fines buscados por esta inmersión en la suma de textos escritos por José del Río, es comprobar como el paso del tiempo no ha deteriorado el lenguaje. Es más, cuando se escribe como lo hizo “Pick”, con una prosa clara, directa y ordenada se logra eludir que esas rases, leídas años más tarde, suenen a hueco, a cartón piedra y, por el contrario, mantengan el vigor y al expresividad original.

## **Summary**

José del Río, “Pick”, is fascinating. He was a sailor, a poet, and a journalist; the latter being his most significant profession from where he exerted the greatest influence on society and in which he shone the brightest.

This paper attempts to analyze José del Río’s journalistic career, to place it within a timeframe, and to point to the innovations that he added to the concept of the newspaper column as well as to the journalism profession. It also focuses on portraying him as a well-rounded journalist.

José del Río (Santander 1884 - Madrid 1964) passed through four distinct stages in his life. The first was as a merchant marine when he was very young; he became a ship’s captain and kept in close contact with the sea as a captain of a dredger that kept access to Santander’s port open. The second stage was as a poet, where he gained notoriety and won the

Fastenrath prize for poetry granted by the Spanish Royal Academy. His third stage was in journalism, as a columnist, chronicler, and director of two newspapers: "The Atalaya" from 1907 to 1927, and later "La Voz de Cantabria" that José del Río founded as a continuation of "La Atalaya". He was the director and principal columnist of this newspaper until it closed in 1937. Finally, in the latest stage of his life, between 1937 and 1964 when "Pick" lived in Madrid, far from his native Santander, he wrote for different newspapers and in publications for his friends Joaquín Arrarás and José María de Cossío.

Even when he was in Madrid, he wrote brilliant articles in the newspaper "Informaciones" in a column about life in Madrid titled "Apuntes de un peatón" (A pedestrian's notes). "Pick's" sharp and agile pen flashed as it did in "Aire de la calle".

In this paper, his journalistic work is seen in all of its facets; from the daily column titled "Aire de la calle", to the analysis of his war chronicles written in Melilla during the war with Morocco. Also, his relevant work as a literary or art critic and his controversial defense of the city of Santander's interests against political or economic influences.

José del Río was ahead of his time. His concept of journalism as a profession is very interesting. This study presents his defense of the need for specialized training and accreditation for journalists. His theories regarding journalism are very prevalent in today's theories of journalism, which demonstrates how far ahead of his contemporaries José del Río was.

Another side of José del Río's multifaceted personality are the biographies of people that he knew personally. In many of his newspaper articles he drew accurate likenesses of artists, politicians, scientists, and popular characters from ur-



ban Santander.

“Pick’s” way of thinking is also defined in this thesis. José del Río was always an active conservative, aligned with the social doctrines of the Church. Nevertheless, he was an independent thinker and precisely because of this, was true to his ideas of justice and peace, placing him squarely in the Third Spain: between the Republicans, who refused to put a stop to the violence and crimes committed by the Anarquists and Communists, and Franco’s army, who after winning the war proceeded to systematically purge those who had taken part in the war on the Republican side.

The civil war cut off José del Río’s career as a journalist, which is why the last 27 years of his life were spent in a gray area, away from the lively pulse of a journalist, reduced to writing on commission and living with financial difficulties due to having been fired as captain of the dredge in Santander, thereby losing what had been his main source of income.

The study of hundreds of articles published by Pick, the analysis of a draft of his memories consisting of a series of texts published in “La Voz de Cantabria” under the general title of “Memorias de un periodista provinciano” (Memories of a provincial journalist), and the research of testimonials from those who knew him, help to create a fairly exact picture of the personality of a journalist who appears in encyclopedias as a poet and who was, without a doubt, the most important journalist in Cantabria in the twentieth century.

One of the purposes of this paper is to compile, assemble, and analyze the thousands of articles published by “Pick”, as well as to observe, through the poet’s and journalist’s eyes, the historical events that made the first half of the twentieth century relevant for the history of Europe, Spain, and Santander: From World War I to the conflict in Morocco, the fall

of the Monarchy, the II Republic, the Civil War, the fire in Santander, and finally, the Franco years.

Besides the task of studying the journalistic work by “Pick”, the study achieves another goal; the preservation of the thousands of columns penned by the journalist from Santander. Until now there were barely any of “Pick’s” archives that had been digitalized. This research has successfully gathered more than ninety percent of José del Río’s work from his golden age, precisely from 1907 through 1937.

Another of the goals of this immersion in the accumulation of texts written by José del Río, is to show how his use of language has withstood the test of time. In fact, a writer like “Pick”, with his clear, straight, and orderly prose, even reading it so many years later, manages to avoid sounding like hollow cardboard. Quite to the contrary, it maintains its vigorous and original expressivity.

## Prólogo

Durante mi etapa como director de El Diario Montañés de Santander (1979-2010) tuve ocasión de profundizar en la obra de José del Río. Los artículos de este periodista me fueron interesando más y más, a medida que ahondaba en ellos. La ingente cantidad de columnas escritas por Pick, su capacidad para mantenerse como capitán de la draga del puerto de Santander y al mismo tiempo dirigir y escribir en “La Atalaya” y “La Voz de Cantabria”, me parecieron una aventura digna atención.

A medida que se me sumergía en el conocimiento de la figura periodística de José del Río, crecía mi admiración por un periodista que se adelantó a su tiempo, en la concepción de la figura profesional del informador y que se mantuvo fiel a sus ideas, a pesar de que le costaran pagar un elevado tributo.



Pick representa la moderación en las opiniones, el rigor en la información, la vocación inquebrantable de contar historias y también su sentimiento de que el periodista debe poner su pluma al servicio de la paz y concordia.

La estatura poética de José del Río, galardonado y reconocido por los críticos literarios, así como por el favor de los lectores, empañaba su obra principal: la periodística. Precisamente eso me incitó a leer más de su obra y de su vida.

Cuando comprendí la amargura de su segunda etapa vital, al concluir la Guerra Civil, por verse orillado por el franquismo, que solamente le permitió mantener trabajos de subsistencia, su imagen se agrandó ante mis ojos. Pick fue uno de esos hombres buenos que quedó atrapado en “La Tercera España”, la que no cerró los ojos ante la barbarie de rojos y azules, la que clamó por el entendimiento y la paz. Esa España del diálogo, la piedad, la concordia y el perdón.

Además de su valores éticos, me deslumbró la visión de José del Río acerca de la manera en que debía organizarse la profesión periodística. Ya, en los años veinte del siglo pasado, sostuvo criterios avanzados a su tiempo, ideas que muy bien podrían ser actuales. Comprendió, y abogó por ello, que el periodismo es una profesión y quienes la quieran ejercen deben tener una formación específica, y debe existir un registro que determine quienes están acreditados para informar.

Las polémicas de José del Río con colegas, de rechas y de izquierdas, que no querían la profesionalización del periodismo, dejan una huella clara de la

forma de entender su concepción de la profesión de informar.

Sus artículos sobre los obstáculos que se oponen a que se difunda la información me parecieron magistrales. Tal parecían escritos en el final del siglo XX en lugar de sus primeras décadas.

La capacidad para la polémica es otro de los rasgos de este informador que sobresalen, que centran la atención. Su defensa de los intereses de su tierra, siempre desde un punto de vista justo, es otro de los perfiles de este comunicador capaz de asumir el peso de reivindicaciones que iban más allá del mero trabajo de periodista.

La lectura de sus crónicas de guerra, desde Melilla, son magistrales y denotan su capacidad para trascender las fronteras de lo meramente regional.

A medida que conocía la obra de Pick, más cierto estaba en la necesidad de estudiarla y difundirla para que su talla, indudable, como poeta no velara su talento periodístico.

Por estas razones decidí abordar esta tarea, por esos motivos José del Río Sainz ha sido objeto de este estudio.

# Índice

## La obra de José del Río (“Pick”) como modelo de comunicación moderna

### Tomo 1

#### Capítulo 1.- Planteamiento de la investigación

I.1	Introducción.	27
I.2	Justificación y aportaciones.	28
I.3	Obstáculos en la investigación.	31
I.4	Objetivos.	32
I.5	Hipótesis.	33
I.6	Metodología	33
I.6.1	Fase exploratoria: Estudio documental.	34
I.6.2	Fase empírica: Lectura de Pick a través de los análisis de contenido.	34
I.6.3	Fase conclusiva.	35
I.7	Estructura de la investigación	35
I.8	Notas Bibliografía	37
I.9	Bibliografía.	38

#### Capítulo 2.- Pick, más periodista que poeta

2.1	José del Río, más periodista que poeta.	42
2.2	Periodista integral y global.I.	44
2.3	Investigación hemerográfica.	46
2.4	Investigación bibliográfica.	47

2.5.1	Homenaje a José del Río, Pick.	48
2.5.2	“Aire de la calle”.	48
2.5.3	“Leyendo a Pick” (Crónica de su tierra y de su tiempo).	50
2.5.4	Cien años de la Asociación de la Prensa.	51
2.5.5	El Ateneo de Santander (Una historia centenaria)	52
2.5.6	Historia del Ateneo de Santander.	52
2.5.7	El Ateneo de Santander 1914-2005.	52
2.5.8	Pick, un periodista comprometido.	52
2.5.9	“La provincia de Santander bajo todos sus aspectos”.	54
2.6.	Notas capítulo 2	55

### **Capítulo 3.- Corresponsal en el frente de la Guerra de Marruecos.**

3.1	Un periodista de provincias, corresponsal de guerra en Marruecos.	59
3.2	Los antecedentes en la Semana Trágica de Julio de 1909.	64
3.3	Corresponsal de guerra en Melilla.	66
3.4	Pick, encarcelado por su apoyo al “Informe Picasso”.	69
3.5	Un antecedente contradictorio.	71
3.6	Amistad con Sánchez Mazas: Los instantes y las figuras.	73
3.7	Reflexión sobre el papel de la censura en la comunicación de masas.	76
3.8	El deber de la cita precisa.	78
3.9	Denuncia de la cobardía	80
3.10	Notas capítulo 3	82
3.11	Bibliografía capítulo 3.	84

### **Capítulo 4.- Pick y la tercera España**

4.1	Un periodista atrapado en su conciencia.	87
4.2	Una aproximación a la tercera España.	88
4.3	El alma de l tercera España.	90
4.4	Pick junto a Ortega, Madariaga y Sánchez Albornoz.	93

4.5	El ambiente guerracivilista en Santander.	96
4.2.1	Chaves Nogales, una vida paralela.	97
4.2.2	Nogales novelista, Pick poeta.	99
4.2.3	Historia de un olvido clamoroso.	101
4.6	Miguel de Unamuno, otro referente.	103
4.7	Notas capítulo 4	106
4.8	Bibliografía capítulo 4	107

## **Capítulo 5.- Ética y deontología de “Pick”.**

5.1	Lecciones de periodismo.	110
5.2	Pick, un escritor integral.	111
5.3	Periodista callejero.	113
5.4	Las presiones que se ejercen sobre el informador.	116
5.5	“Los malhechores de la pluma”.	120
5.6	La ética en José del Río.	124
5.7	La generosidad con los colegas.	126
5.8	Reconocimiento profesional del oficio periodístico.	127
5.9	Defensa del profesionalismo a contra corriente.	130
5.10	“Blasón de periodista”.	133
5.11	La definición del periodista.	137
5.12	Un mal domingo para la profesión.	139
5.13	“El doloroso nacer de un periódico”.	140
5.14	Notas capítulo 5	143
5.15	Bibliografía capítulo 15	145

## **Capítulo 6.- La ósmosis entre Pick y la sociedad.**

6. 1	El periodista comprometido con Santander y sus ciudadanos.	148
6. 2	Retratos de los personajes de su tiempo.	150
6. 3	El marqués que se hizo cirujano.	152
6. 4	Los hidalgos montañeses.	153



6.5	Galería de los hombres coetáneos.	154
6.6	Rescatando figuras ilustres perdidas en la historia.	155
6.7	El periódico, como espejo que refleja la sociedad.	157
6.8	Notas capítulo 6.	158
6.9	Bibliografía capítulo 6.	160

## **Capítulo 7.- Santander, un referente ineludible**

7.1	“Pick” sólo se entiende en su contexto santanderino.	163
7.2	“Santander, madre y madrina y luz del corazón”.	166
7.3	“Pick”, periodista promotor de iniciativas ciudadanas.	169
7.4	Un nuevo callejero para la ciudad de Santander.	172
7.5	El urbanismo de Santander.	174
7.6	Notas capítulo 7.	178
7.7	Bibliografía capítulo 7.	179

## **Capítulo 8.- El uso de la polémica en un contexto de diarios confesionales**

8.1	El contexto polemista de los años veinte.	182
8.2	Castro Urdiales, objeto de deseo vizcaíno.	184
8.3	El ferrocarril Santander-Mediterráneo.	187
8.4	“Pick”, el Quijote del ferrocarril.	190
8.5	Contra ABC y en defensa de La Montaña.	191
8.6	Otras polémicas en las que participó José del Río.	194
8.7	Notas capítulo 8.	195
8.8	Bibliografía capítulo 8.	197

## **Capítulo 9.- Metamorfosis de un periodista. La**

### **ideología en los artículos de “Pick”**

9.1	Un periodista siempre en la línea de la moderación.	200
9.2	La influencia de Juan José Ruano en “Pick”.	201
9.3	De monárquico a republicano.	203
9.4	Defensor de la democracia y ferviente liberal.	206
9.5	Pick, un periodista contra el nacimiento de las dictaduras.	208
9.6	Diatriba contra la dictadura de Miguel Primo de Rivera.	210
9.7	El talante caballeroso y justo del periodista.	211
9.8	Políticamente democrático y siempre moderado.	212
9.9	Notas capítulo 9.	213
9.10	Bibliografía capítulo 9	214

## **Capítulo 10.- Atrapado en la Guerra Civil**

10.1	Atrapado en la Guerra Civil.	217
10.2	Pesimismo y condena de la Revolución de Asturias.	219
10.3.	Rechazo de los movimientos fascistas italo-alemanes.	221
10.4	Pacifista en la Guerra Civil.	222
10.5	Intento desesperado por humanizar los dolores de la guerra.	226
10.6	El desencanto final y la huida del Santander republicano.	228
10.7	Notas capítulo 10.	234
10.8	Bibliografía capítulo 10	235

## **Tomo 2**

### **Capítulo II.- El activismo de Pick en los ámbitos culturales**

II. 1	José del Río, un dinamizador de la cultura regional.	241
II. 2	Crítico frente a las vanguardias pictóricas.	244
II. 3	Casimiro Sainz como modelo de artista.	247
II. 4	El teatro y la poesía.	251
II. 5	Aliento para los artistas noveles.	255
II. 6	Sobre el torero y escritor Sánchez Mejías.	258
II. 7	La figura bohemia del pintor y muralista Luis Quintanilla.	260
II. 8	Pancho Cossío, amigo y colaborador.	262
II. 9	José Gutiérrez Solana, el iconoclasta.	264
II. 10	En defensa de Solana como escritor.	267
II. 11	Un mundo literario apasionante.	269
II. 12	Amistad y polémica con Gerardo Diego.	270
II. 13	Apoyo a las ideas estéticas.	272
II. 14	Defensa de los autores de provincias.	273
II. 15	Notas capítulo II.	276
II. 16	Bibliografía capítulo II.	278

## **Capítulo 12.- “Pick”, difuminado durante el franquismo**

12. 1	El socorro de sus amigos.	281
12. 2	Pick, enfermo y abandonado.	282
12. 3	El dolor de la pérdida del paisaje de la infancia y juventud.	283
12. 4	La nostalgia y destierro laboral.	293
12. 5	Colaborador de la “Historia de la Cruzada Española”.	297
12. 6	La épica de la Cruzada.	299
12. 7	Nostalgia de Santander.	301
12. 8	Notas, capítulo 12.	302
14. 9	Bibliografía, capítulo 12.	304

## **Capítulo 13. Memorias de un periodista provinciano**

13.1	José del Río escribe sus memorias.	307
13.2	Su infancia en el barrio de La Florida.	308
13.3	Sus recuerdos del diario “La Atalaya”.	311
13.4	Notas, capítulo 13.	313
13.5	Bibliografía, capítulo 13.	314
	Anexo I	316

## **Capítulo 14. Periodista de Honor**

14.1	El año de gloria: 1925.	406
14.2	Periodista de Honor en 1961	408
14.3	El gran homenaje póstumo.	409
14.4.	Notas, capítulo 14.	412
	Anexo 2	414

## **Capítulo 15. Biografía en agraz**

15.1	“Pick” visto por sus compañeros.	451
15.2	Una biografía necesaria.	452
15.3	Cabos sueltos para la biografía.	453
15.4	En “La Voz de Cantabria”.	454
15.5	Unos veros olvidados.	456
15.6	El “santanderinismo” de José del Río.	458
15.7	Notas capítulo 15.	459
	Anexo 3	460

## **Capítulo 16. Los papeles de “Pick”**

16. 1	La elegía escrita por Simón Cabarga.	476
16. 2	“Pick” se describe a sí mismo.	477
16. 3	Notas autobiográficas.	479
	Anexo 4	482

<b>Conclusiones finales.</b>	<b>503</b>
------------------------------	------------



## **CAPÍTULO 1**

## **PLANTEAMIENTO DE LA INVESTIGACIÓN**



## **I. I. El periodismo, una profesión en ciernes**

El periodismo en el primer tercio del siglo XX en España, y particularmente en Cantabria, está cuajado de una gran diversidad de publicaciones y por el protagonismo, más o menos relevante, de periodistas que no recibieron formación específica y que provenían de diferentes profesiones. Estamos, por tanto, en un estadio embrionario de lo que, más tarde, será una profesión con basamento científico.

El terreno poco limitado de los diferentes géneros en esos momentos del periodismo, es un elemento que puede conducir a crear cierta confusión a la hora de definir el periodista con el escritor que publicaba en los diarios o con el gacetillero en ocasiones a sueldo de determinadas fuerzas vivas de la sociedad.

El anecdotario de lances de aquella época, que bien podemos fijar entre el inicio del siglo XX, con la coronación del Rey Alfonso XIII en el año 1902 y el final de la Guerra Civil

en el año 1939, refleja de manera clara la confusión existente entre quienes ejercían el periodismo y los que de verdad lo hacían con profesionalidad.

“El periodismo puede hacer o deshacer a un escritor, pero es indudable que la literatura española siempre ha entrado y salido de los periódicos con naturalidad perfecta”. (1) Esta frase refleja bien la situación profesional en el periodo de entreguerras, en el cual el periodismo era un cóctel de escritores con talento literario, poetas que querían publicar sus poemas y un nutrido grupo de personas que llegaban al periodismo de manera diversa, como de aluvión.

En este contexto se desarrolla la tarea de José del Río Sáinz (Pick), un marino mercante que, por un accidente queda inútil para proseguir su carrera náutica y recala en la redacción del diario “La Atalaya” de Santander.

Los estudios sobre el periodismo en ese periodo de la historia del siglo XX son numerosos, pero muy pocos fijan su atención sobre profesionales de provincias, sobre escritores que desarrollaron su trabajo en viejas redacciones en las que su talento quedó, en muchas ocasiones, opacado el entorno y por el poco aprecio que existía sobre la profesión periodística.

## **1. 2 – Justificación y aportaciones**

La figura polifacética de Pick conduce a un obligado estudio de su perfil periodístico. José del Río fue un poeta laureado, un escritor lírico de la Generación de 1914, que alcanzó fama por sus versos. Pero su trabajo periodístico ha quedado en un segundo plano. Así el erudito Francisco Pérez Gutiérrez escribe. “Digamos, antes de proseguir, que sobre Pick no se ha escrito demasiado” (2) y lo dice en referencia explícita al Pick periodista, al articulista al que esta dedicado el libro que es

una antología de las columnas publicadas en los diarios “La Atalaya” y “La Voz de Cantabria”.

José del Río aparece siempre en los libros como poeta y en pocas ocasiones como periodista. Así, como se han estudiado a otros informadores de su época, en el caso de Pick su fama como autor de poemas que ya están en las antologías de la lírica española, como es el caso de “las tres hijas del capitán”. Pick, como veremos más adelante, tiene una profunda enjundia periodística, un talento especial para abordar tanto asuntos cotidianos como para acercarse al análisis de profundas reflexiones éticas, morales o políticas.

Esos estudios sobre la obra periodística de José del Río son escasos, no abordan en conjunto su tarea y no logran fijar de manera nítida la influencia que tuvo en las siguientes generaciones y las novedades que aportó al periodismo cántabro de la época.

Un estudio sobre la figura de Pick, sobre sus aportaciones al periodismo de la época, sobre su versatilidad y, sobre todo, por su manejo de todas las facetas de la profesión resulta imprescindible para fijar la memoria del periodismo en Cantabria y para alcanzar un conocimiento más completo de cómo ha evolucionado el periodismo en ese primer tercio del siglo XX.

Las investigaciones sobre el trabajo en los periódicos de José del Río parten, en muchos casos, de su referencia como poeta en el mejor de los casos abordan su tarea como articulista, pero dejan al margen otras facetas fundamentales en el Pick periodista.

— Existe un vacío en lo referente a su tarea como director, primero de “La Atalaya” y después como impulsor y director de “La Voz de Cantabria”, un

diario, este último, que se publicó hasta el final de Guerra Civil en Santander, en agosto de 1937.

— Las referencias a su compromiso político son también escasas. Apenas algunos detalles acerca de su relación con el diputado santanderino Juan José Ruano de la Sota, diputado del Partido Conservador y Ministro de Hacienda durante tan sólo tres días y otras acerca de sus artículos contra Mussolini o Miguel Primo de Rivera.

— Su perfil de polemista, que ha sido un referente en su carrera periodística, apenas si ha sido estudiado. Sus polémicas con la prensa vizcaína por el intento de apropiarse de la localidad de Castro Urdiales o por la defensa de un proyecto importante para su tierra como el Ferrocarril Santander-Mediterráneo.

— La contribución de Pick a la dignificación de la profesión periodística es otra página aun por escribir y ello a pesar de constar en su biografía su presencia activa en la fundación de la Asociación de la Prensa de Santander en el año 1914, su trabajo en esa entidad y sus muchos artículos explicando la condición del informador, sus carencias y la falta de empatía con determinados sectores de la población.

— La influencia de su vena lírica en la prosa periodística de Pick apenas si ha sido objeto de estudio y merece hacerlo ya que resulta sorprendente la capacidad de adaptación de José del Río al medio para el que escribe, desprendiéndose de los estilos ajenos.

Estas razones apuntan la dirección que debe tomar la investigación sobre Pick, un periodista adelantado a su tiempo, capaz de manejar todos los géneros y de superar la ausencia de una formación específica para su profesión.

### **1. 3 Obstáculos en la investigación**

En todo trabajo de investigación afloran problemas, bien sean de orden material o intelectual. Lo referente a la huella de José del Río en el periodismo no es una excepción a esta regla y para abordar la complejidad de su obra ha sido preciso superar algunas barreras y emplear tiempo en profundizar en determinados aspectos de la obra de Pick.

Las dificultades más importantes en la labor investigadora pueden resumirse así:

- 1.- La ausencia de una publicación que recopile los artículos de Pick. Este vacío ha obligado a una consulta en las hemerotecas para localizar los más de tres mil artículos publicados en La Atalaya y La Voz de Cantabria
- 2.- No existe una monografía sobre Pick. Esto obliga a componer su ruta vital, su obra y su pensamiento a través de los fragmentos que aparecen en diferentes trabajos en los que se trata de la figura de José del Río de manera colateral.
- 3.- No se encuentra una obra que fije bien el entorno histórico de Pick en Santander durante el periodo que abarca desde 1902 hasta 1937. Ese marco sociológico y político es esencial y para reconstruirlo ha sido imprescindible acudir a una nu-

merosa bibliografía sobre la historia de Cantabria.

4.- El oscurecimiento de su figura durante la etapa del Gobierno del General Franco supone otro obstáculo, ya que impide tener un conocimiento temporal reciente de su paso de la zona republicana a la franquista y de sus posteriores avatares.

5.- Tampoco existe ninguna publicación específica acerca del entronque de Pick con la sociedad de Cantabria. Este es un elemento imprescindible para interpretar de manera adecuada el éxito de sus artículos y los estímulos recibidos para mantener sus campañas de prensa.

6.- El incendio que destruyó gran parte de la ciudad de Santander, en el mes de febrero del año 1941, afectó gravemente numerosos archivos documentales. Algunos se han podido recomponer parcialmente y otros no. El trabajo restaurar esa pérdida ha sido complejo.

#### **1. 4.- Objetivos**

1.- Recopilar los artículos publicados por Pick a lo largo de su labor como periodista para abordar el trabajo empírico.

2.- Aportar esos artículos como fondo documental para posteriores estudios.

3.- Fijar el contexto histórico en el que vivió José del Río para interpretar correctamente su tarea como informador.

4.- Determinar el proceso de formación autodidacta de un marino que deviene en periodista.

5.- Relacionar a Pick con la denominada “Tercera España”, la de quienes no estaban de acuerdo ni con los excesos cometidos en la II República ni con el levantamiento del ejército.

6.- Estudiar el uso del lenguaje en las columnas de José del Río y su conexión con la modernidad.

### **1.5 Hipótesis**

— Pick es un adelantado a su tiempo como corresponsal de guerra, en sus crónicas sobre el conflicto de Marruecos.

— Pick ha sido minusvalorado como periodista, eclipsado por su obra poética.

— El periodismo moderno, alejado de diarios de partido, tiene en Pick un referente primigenio.

— José del Río logra construir un modelo de articulismo provincial, capaz de defender los intereses locales sin caer en el provincianismo.

### **1. 6 Metodología**

El estudio de la obra periodística de José del Río requiere una serie de pasos que deben ser organizados de forma escalonada para poder llegar a conclusiones válidas desde el punto de vista científico. Sin los materiales básicos es imposible adentrarse en la obra de este periodista.

## **I. 6. 1 Fase exploratoria: Estudio documental**

La fase inicial consta de recopilación del material referente a Pick, especialmente de sus artículos y después del análisis de la obra para finalmente poder contextualizarla.

La compilación y lectura de los textos de Pick resulta esencial. Con ese material se desarrolla el siguiente esquema:

- Etapas evolutivas de la prosa periodística.
- Estudio de los temas abordados por el periodista y la razón de la elección.
- Mantenimiento o ruptura de la línea ideológica del autor.
- Los cambios de su etapa en La Atalaya y en La Voz de Cantabria.
- El estereotipo del artículo y su encaje de la prosa de Pick.

## **I. 6. 2 Fase empírica: lectura de Pick a través de los análisis de contenido**

En el momento de estudiar el trabajo periodístico es esencial absorber los textos disponibles, analizarlos a la luz de nuevos modelos de análisis de contenido y, de forma simultánea, penetrar en la mente del autor para encontrar las motivaciones a sus posicionamientos en esa línea de la Tercera España.

Para definir acertadamente la figura y la obra de Pick es preciso tener en cuenta las distintas variables: su formación, el contexto político y social, su círculo de amistades, su cono-



cimiento de Europa a través de su etapa como marino.

Estudiar las diferentes opiniones y análisis que se pueden documentar sobre la figura y la obra de este periodista santanderino.

Cuando corresponde estudiar los temas abordados por Pick se precisa no solamente de una enumeración y clasificación de los mismos, sino de profundizar en las razones que llevan al autor a dedicar su atención a determinados asuntos y también un análisis comparado del lenguaje en función del fondo mismo del artículo.

### **1.6.3 Fase conclusiva**

En esta fase del trabajo investigador se recopilan los resultados de los diferentes estudios que permitan contrastar las hipótesis planteadas. También se aportan todas aquellas consideraciones y argumentos que indiquen la necesidad de proseguir la investigación apuntando las nuevas líneas a seguir.

## **1.7 Estructura de la investigación**

El plan de trabajo para elaborar la presente Tesis Doctoral contiene dos partes definidas:

- La primera parte es la referida a la recopilación y análisis documental, que tiene su punto esencial en la consecución de catalogar los más de tres mil artículos publicados por Pick en los diarios La Atalaya y La Voz de Cantabria.
- Además, otra tarea imprescindible es la contextualización de la obra de Pick, ya que al tratarse de

un periodismo vivo, sus escritos, análisis y comentarios están íntimamente relacionados con hechos acaecidos en diferentes momentos de su vida y de su trayectoria vital.

— De la lectura de la obra de Pick se extraen elementos de gran riqueza para valorar los pensamientos que expone el periodista en los diarios de la época.

La segunda parte corresponde a las fases empírica y conclusiva, que a su vez tiene diferentes áreas de trabajo.

— La primera es fijar la identificación de Pick con el paisaje urbano, con la ciudad en la que vivió toda su vida profesional, Santander, hasta que tras la Guerra Civil tuvo que establecerse en Madrid.

— Encontrar en sus reflexiones y comentarios el apego a la tierra y como construye un modelo periodístico de defensa de los intereses locales sin caer en excesos ni patriotismos.

— Rastrear las derivas del lenguaje producto de la tendencia lírica de Pick en su prosa periodística.

— La huella de las tensiones políticas de la II República y especialmente de los meses del año 1936 y 1937 en los que Pick vivió en el Santander republicano en plena Guerra Civil.

— Análisis longitudinal y transversal de la vida y obra de Pick que abarca el periodo entre los primeros años del siglo XX y su salida de Santander en el año 1937.

— Finalmente estudiaremos las diferencias entre la etapa que cubrió en La Atalaya y la siguiente, como director y fundador de La Voz de Cantabria.

## **1.8 Notas capítulo 1**

1.- Ignacio Peyró. Prólogo del libro “Cuando yunque, yunque. Cuando martillo, martillo” de Augusto Assía. Editorial libros del Asteroide. Barcelona 2015.

(2). Francisco Pérez Gutiérrez. Prólogo de “Aire de la calle” antología de artículos de Pick. Biblioteca Cantabria. Volumen 16. Ediciones Estvdio. Santander 2003.

## 1.9 Bibliografía Capítulo

TEODORO LEÓN GROSS (1996) El artículo de opinión. Editorial Ariel Comunicación.

BEN H. BAGDIKIAN (1975). Las máquinas de información. Editorial Fondeo de Cultura Económica.

JAVIER BERNABÉ FRAGUAS (coordinador y editor) (2007) Periodismo preventivo (otra manera de informar sobre las crisis y los conflictos internacionales). Madrid Editorial Catarata.

MARÍA EULALIA FUENTES PUJOL (1980). La información documentada. Editorial ATE.

JESÚS FRANCISCO GUTIÉRREZ GOÑI (2013) La prensa de Cantabria en la posguerra (1939-1942). Santander. Edita Asociación de la Prensa de Cantabria.

BILL KOVACH Y TOM ROSENSTIEL (2003) Los elementos del periodismo. Editorial Santillana (Ediciones El País).

V. MORIN (1979). Tratamiento periodístico de la información. Barcelona. Editorial ATE

BARDIN, L. (1986). El análisis de contenido. Madrid: Akal.

JULIO CAMBA (2013) Maneras de ser periodista (Edición de Franciso Fuster) Editorial Libros del K.O

R. COLL VINENT. (1979). Teoría y práctica de la documentación. Barcelona. Ediroail ATE.

MICHAEL HERR (2013) Despachos de Guerra. Editorial Anagrama.

WIMMER, R. D., y DOMINICK, J.R. (1996). La investigación científica de los medios de comunicación: una introducción a sus métodos. Barcelona: Bosch.

PETRA MARIA SECANELLA (1980). El lid formula inicial de la noticia. Barcelona. Editorial ATE.

## **CAPÍTULO 2**

**JOSÉ DEL RÍO, MÁS PERIODISTA  
QUE POETA**

## **2.1 El poeta que oscurece al periodista**

Uno de los objetivos de esta investigación, detallado en el primer capítulo, es alcanzar los métodos por los cuales José del Río pasa de la profesión de marino mercante a la de periodista. Y, sobre todo, investigar y documentar que José del Río tiene una importancia periodística más grande que su fama como poeta.

Para penetrar en ambos aspectos, el lírico y el periodístico, es esencial tener antes una clara y completa visión de la obra de Pick en los diferentes diarios en los que colaboró. Además, es imprescindible ver como no fue un simple escritor de artículos, sino que ejerció la profesión en todas sus facetas: redactor, columnista, director, corresponsal de guerra, editor...

José del Río Sainz (Santander 1884 – Madrid 1964) aparece en los libros de consulta, diccionarios y antologías como un poeta sobresaliente, de la denominada generación de 1914,



compuesta por un grupo de artistas y pensadores a caballo entre dos grandes movimientos culturales: La generación del 98 y la de 1927. La primera, marcada por la pérdida de las últimas colonias y empeñada en encontrar la esencia misma de España como nación y zarandeada por el estallido de la Primera Guerra Mundial, que sacudió a Europa y América y que aunque España se mantuvo al margen tuvo serias repercusiones en nuestro país.

La otra generación, la de 1927, mucho más alegre compuesta sobre todo por poetas que vivían el resurgimiento de una nación que dejaba atrás la Primera Guerra Mundial fue fructífera, colorista y especialmente centrada en las vanguardias tanto en la literatura como en las artes plásticas y musicales.

En esa definición de José del Río, su trabajo como periodista queda en un segundo plano, relegado a un mero oficio, cuasi alimenticio. Así en La Gran Enciclopedia de Cantabria se define a del Río de esta manera: “José del Río es, junto con Jesús Cancio (1), el gran poeta montañés del mar, y uno de los más importantes de la lírica española sobre este tema. Si Cancio es un contemplativo y soñador del mar, Del Río ve en él el futuro, la aventura, la vitalidad llena de pasión y muerte” (2).

La Wikipedia, un instrumento poco fiable desde el punto de vista académico, pero que es la gran herramienta de consulta de millones de personas y, en consecuencia, una fuente inevitable para conocer materias de diversa índole y sobre todo para acceder a la imagen que proyecta el personaje sobre las actuales generaciones, define así a José del Río: “José del Río Sáinz (Santander, Cantabria, 1884 – Madrid, 1964) fue un poeta y periodista español. Conocido popularmente como Pick, el seudónimo que utilizaba en sus escritos (a parte de El Peatón o Juan del Mar, entre otros), fue navegante, periodista y gran poeta del mar. Fue nombrado Socio de Honor del Ateneo de Santander, en 1925 recibió el premio Fastenrath

de la Real Academia Española por su libro *Versos del mar* y otros poemas, y asimismo la Federación Nacional de Asociaciones de Prensa de España le eligió *Periodista de Honor*". Como se puede comprobar el perfil de poeta del mar ocupa el centro de atención y fija de manera firme el nombre de Del Río a la poesía y en especial a los versos sobre el mar, fruto de su profesión de marino mercante y de años de navegación en sus años jóvenes.



**Retrato de Pick realizado  
por J. De la Puente.**

Si buscamos la huella de Pick en los monumentos que Santander le ha dedicado, comprobamos como en la estatua erigida por el suscripción popular en Santander, la única inscripción que aparece es la de Premio Fastenrath de poesía de la Real Academia Española.

## **2. 2 Periodista integral y global**

Un estudio somero basta para comprender que José del Río fue ante todo y sobre todo un periodista integral, una persona que sintió y vivió el periodismo como su profesión y como una tarea para ayudar a construir un mundo mejor. Si tras ese

análisis inicial e incipiente se profundiza en su biografía, se comprende que Del Río fue sobre todas las demás cosas – poeta, navegante, dinamizador cultural, ateneísta... - un formidable periodista adelantado a su tiempo, polifacético y capaz de manejar con precisión, soltura y solvencia los diferentes géneros del periodismo: desde la noticia, al artículo, pasando por la crónica o la corresponsalía de guerra en Marruecos.

El hecho de que la obra periodística de José del Río quede dispersa en cientos de páginas de periódicos y que, tras la Guerra Civil, estuviera ensombrecida por su posicionamiento centrado y razonable ha contribuido a que sus artículos y las campañas por él dirigidas para defender los derechos de su tierra no tuvieran el reconocimiento y el valor que poseen.

Para comprender y mostrar la envergadura periodística de José del Río, que utilizó de manera general el pseudónimo de Pick (aunque también empleó otros en diferentes ocasiones pero de manera minoritaria), es necesario llevar a cabo una tarea de investigación minuciosa, árdua y complicada, ya que se trata de rasterar y rescatar los cientos de artículos publicados por Pick tanto en “La Atalaya” como en “La Voz de Cantabria” y, de manera menos numerosa, en otras publicaciones. En el empeño de demostrar que José del Río ha sido más importante como periodista que como poeta –siendo un escritor lírico excepcional- es necesario emprender una tarea de investigación que tiene su primer peldaño en la tarea de identificar, copiar y estudiar los miles de artículos salidos de su pluma. La simple enumeración de su obra periodística es ya un argumento que avala la tesis de la importancia del Pick periodista.

## 2. 3 Investigación hemerográfica

El primer paso de la tarea documentalista ha sido recopilar los miles de artículos publicados en “La Atalaya” y en “La Voz de Cantabria” los dos diarios en los cuales escribió a diario una columna con título de “Aire de la calle”. Comenzó a escribir en “La Atalaya” y al desaparecer este periódico comenzó su tarea en “La Voz de Cantabria”, diario del que fue director y fundador. Compilar esa documentación entrañó una serie de dificultades:

1- El hecho de que el 14 de febrero del año 1941 la ciudad de Santander sufriera un incendio que destruyó prácticamente todo el centro urbano dificulta la conservación de materiales tan sensibles como hemerotecas y bibliotecas. Algunos ejemplares de “La Voz de Cantabria” y de “La Atalaya” han desaparecido por completo y el material existente se encuentra la hemeroteca municipal y en algunos archivos privados. También el Centro de Estudios Montañeses guarda valiosa documentación.

2.- La Hemeroteca Municipal, ubicada en la sede de la Biblioteca Municipal, carece de modernos métodos de consulta. Únicamente existe, a disposición de los investigadores, una copia de los diarios en microfilm, copias que tienen baja calidad y que en muchos casos no permiten leer por completo el texto, a no ser que se dedice especial atención y con una severa ampliación de la copia.

3.- Otro obstáculo en el acopio de material original es la falta de agilidad en la obtención de copias en papel de los artículos encontrados a través de la búsqueda, mediante la lectura en microfilm, de los artículos.

4.- La Hemeroteca dispone solamente de dos pantallas de consulta y, en muchos casos esto representa una barrera de acceso a los ejemplares al no contar con una terminal en la que realizar el trabajo.

5.- La búsqueda de los ejemplares día a día comporta una tarea monótona que consume mucho tiempo.

Finalmente este investigador ha conseguido reunir un elevado porcentaje del total de páginas publicadas por José del Río.

## **2. 4 Investigación bibliográfica**

Acerca de José del Río existe una extensa bibliografía en su faceta de autor lírico, pero mucho más exigua en lo referente a su obra periodística.

Es cierto que últimamente se han realizado trabajos de investigación que de manera lateral abordan la personalidad de Pick y la huella que dejaron sus escritos en la sociedad de Cantabria.

Si existe, y se emplea en esta investigación, abundante bibliografía acerca del contexto en el que vivió José del Río, documentación de gran interés acerca de episodios que relata en sus crónicas y artículos, testimonios de quienes le conocieron, cartas y escritos. Aunque ese material se emplea en los diferentes capítulos de esta Tesis, considero esencial referenciar las publicaciones en las que, de manera directa, está la obra y la vida de Pick. Los textos esenciales y, por tanto, pilares de toda la tarea investigadora.

Los hallazgos más sobrealientes de la búsqueda de material bibliográfico, los libros básicos, son los siguientes:

### **2. 5. 1 Homenaje a José del Río**

Una publicación de enorme interés, por la relevancia de sus autores, es la que realizó el Ateneo de Santander en el año 1974, con motivo de la ceremonia de inauguración de la estatua dedicada al periodista en Santander y del centenario del nacimiento de José del Río. Se trata de una obra titulada “Homenaje a José del Río Sáinz, Pick” editada por el Instituto de Literatura José María de Pereda de la Institución Cultural Cantabria y la Diputación Provincial de Santander. La obra apenas fue distribuida y por ello resulta dificultoso acceder a un ejemplar.

En esta publicación, además de un interesante e inédito material gráfico, se publican artículos de personalidades como: José María de Cossío, Luis Santa Marina, Rafael González Echegaray, José Simón Cabarga, Esteban Calle Iturrino y el poeta Gerardo Diego.

Además, se documenta el proceso de aprobación por parte del Ateneo de la apertura de una suscripción popular para recabar fondos con los que afrontar el coste de una estatua en bronce y se justifica la decisión de rendir este homenaje a Pick. Como es lógico, en los debates para aprobar la iniciativa aparecen los méritos de Pick.

### **2. 5. 2 “Aire de la calle”**

En el mes de abril de 2003, la editorial Estvdio de Santander publica el decimonoveno tomo de su colección “Biblioteca Cantabria”, con el título “Aire de la calle”. Se trata de un volu-

men que contiene ciento diez artículos de Pick seleccionados de entre los publicados en el diario “La Atalaya” y los aparecidos en “La Voz de Cantabria”, amén de algunos impresos en otros diarios.

La importancia de esta antología no reside en los artículos propiamente dichos, que se encuentran en la hemeroteca, sino en el estudio preliminar llevado a cabo por Francisco Pérez Gutiérrez (3). Se trata de una reedición de una obra del mismo título, mejor editada y con ese estudio a modo de prólogo en el que el intelectual Francisco Pérez Gutiérrez traza, con acierto y brillantez un perfil del Pick periodista.

La selección de escritos de Pick es especialmente acertada, ya que ofrece al lector y al investigador una muestra de los diferentes temas que el periodista abordó a lo largo de su vida: Desde análisis sobre la misma profesión de informador, hasta semblantes de personalidades destacadas de la intelectualidad y la política santanderina pasando por críticas sobre actuaciones concretas en el trazado urbano, fiestas populares o decisiones políticas que afectan al conjunto de los ciudadanos.

Naturalmente que esa selección es una ínfima parte del enorme legado que dejó tras de sí el periodista santanderino.

Lo interesante de esta publicación es ese estudio preliminar de Francisco Pérez, ya que aporta datos para contextualizar al periodista y también entra en la propia ontología de José del Río, ya que por haber sido coetáneos durante los últimos años de la vida de Pick y tener amigos comunes, Francisco Pérez conoce en profundidad la vida y obra de Pick.

### **2. 5. 3 “Leyendo a Pick” (Crónica de su tierra y de su tiempo)**

Esta obra, editada por la Autoridad Portuaria de Santander y escrita por el doctor José Manuel Pastor es, posiblemente, el mejor y más extenso análisis de la obra periodística de Pick. El libro de 668 páginas es un viaje a través de la obra del periodista que evidentemente ha requerido un intenso trabajo de investigación previo.

Pastor articula su análisis de la obra periodística de Pick agrupando los artículos por temas y también, dentro de la temática, por orden cronológico.

Sin duda, se trata de la publicación más interesante y com-



**En este edificio se instaló el Ateneo de Santander en el año 1921, tras perder su sede original en un incendio acaecido en 1919.**



pleta que se ha dado a la luz sobre el periodista montañés. Un trabajo de envergadura que es imprescindible a la hora de analizar la obra y la influencia de José del Río en la sociedad de Cantabria y para percibir su evolución periodística y también política del personaje.

“Leyendo a Pick” contiene un prólogo de Francisco Pérez Gutiérrez, con unas reflexiones que deben ser tenidas en cuenta a la hora de comprender, entender y desentrañar la personalidad de un periodista que nace poeta y termina siendo un cronista de una realidad trágica como la Guerra Civil española.

José Manuel Pastor (4) no profundiza en los aspectos técnicos de la obra de José del Río, pero en su obra monumental presenta una visión completa del periodista, del mundo en el cual vivió, de las ideas que defendió y de la influencia que tuvo en la sociedad cántabra del primer tercio del siglo XX.

#### **2. 5. 4 Cien años de la Asociación de la Prensa**

El historiador torrelaveguense José Ramón Saiz Fernández (5) realiza aportaciones interesantes sobre Pick en su obra “100 años de la Asociación de la Prensa de Cantabria” (640 páginas. Editado por la Asociación de la Prensa de Cantabria 2015). La citada asociación, fundada en el año 1914, contó con la colaboración de José del Río y precisamente en el momento de máxima pujanza de su obra, cuando sus artículos tuvieron una indudable influencia en la formación de la opinión pública de la entonces provincia de Santander.

En esta historia la APC se encuentra otra faceta del Pick periodista: su integración profesional, la defensa del oficio de informar y la relación que tuvo con sus coetáneos.

### **2. 5. 5 El Ateneo de Santander (Una historia centenaria)**

5.- El historiador santanderino Mario Crespo López (6), autor de numerosas publicaciones sobre Cantabria y especialmente sobre la vida cultural de la región, ha publicado en el año 2014 una historia del Ateneo con motivo del centenario de la institución, libro en el que existen abundantes referencias a Pick, ya que la figura del periodista estuvo muy vinculada a la actividad ateneística.

### **2. 5. 6 Historia del Ateneo de Santander**

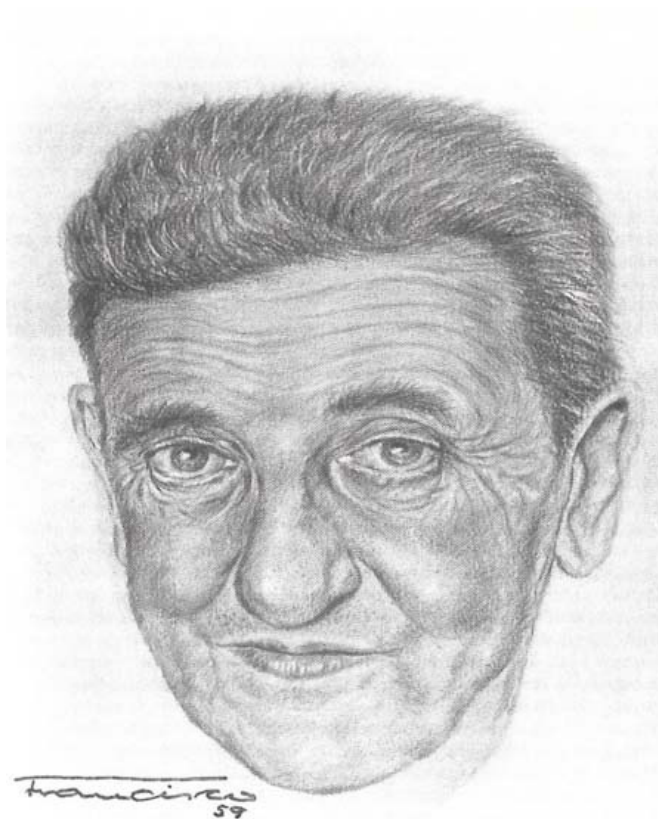
José Simón Cabarga (7), que fue Cronista Oficial de la Ciudad de Santander y uno de los historiadores que mejor conoce los orígenes y desarrollo de la ciudad hasta el año 1970. Publicó una historia del Ateneo que abarca desde la fundación, en el año 1914, hasta la fecha de aparición del libro en el año 1963.

### **2. 5. 7 El Ateneo de Santander (1914-2005)**

Un tercer libro sobre el Ateneo aporta nuevos datos sobre Pick y su presencia ateneística. El historiador Mario Crespo López, ya citado anteriormente, publica este trabajo de investigación en una edición del Centro de Estudios Montañeses en el año 2006. Crespo aporta datos sobre conferencias y actos en los que intervino Pick.

### **2. 5. 8 Pick, un periodista comprometido**

El periodista Santiago Rego (8) escribió un extenso prólogo a la publicación de un puñado de artículos de José del Río. El trabajo monográfico respondía a la petición de la Asociación



*Retrato por Francisco*

**Retrato de Pick realizado por caricaturista y dibujante Francisco en el año 1959.**

de la Prensa de Cantabria que, cada año, con motivo de la festividad de San Francisco de Sales, patrono de los comunicadores, edita un libro que regala a sus socios.

En el año 2014, la publicación se dedicó a Pick con motivo del 50 aniversario de su fallecimiento en Madrid, óbito que se produjo precisamente el 24 de enero, fiesta del patrón de los periodistas, una coincidencia que el autor de este ensayo resalta.

El estudio de Rego, periodista, se centra en la participación de Pick en la Asociación de la Prensa y ahonda en los artículos que el periodista santanderino dedicó a analizar los problemas de la profesión.

El libro citado, publicado por la propia Asociación de la Prensa de Cantabria en edición no venal, es un elemento interesante para el estudio de la figura del periodista, poeta, marino, polemista y novelista. Y lo es, porque contiene datos acerca del periplo vital del escritor y algunos análisis certeros.

### **2. 5. 9 “La provincia de Santander bajo todos sus aspectos”**

José Antonio del Río y Sainz, abuelo de Pick, fue hijo de un comerciante en harina que encontró, como tantos otros, en el Puerto de Santander el lugar idóneo para la exportación de harina a Cuba y Puerto Rico. Este hombre, que falleció el 14 de noviembre de 1886, fue un activo periodista que ha dejado un libro de gran extensión titulado “La provincia de Santander bajo todos sus aspectos” que contiene datos interesantes para entender el Santander que vivió su nieto José del Río y para entender como la vocación periodística de Pick, nace en este abuelo que renuncia al comercio para sumergirse en el periodismo y la historia.

## 2. 6. Notas capítulo 2

1.- Jesús Cancio. Comillas (Cantabria) 1885 – Polanco (Cantabria) 1961. Poeta coetáneo de José del Río.

2.- Varios autores. La Gran Enciclopedia de Cantabria (Primera edición). 1985. Editorial Cantabria.

3.- Francisco Pérez González. (Guriezo, Cantabria, 1929. Licenciado en Teología en la Universidad Pontificia de Comillas, doctor en Filosofía por la Universidad Complutense. Director de la editorial Taurus. Escritor. Fue sacerdote con gran influencia en Santander durante la década de los años sesenta del pasado siglo.

4.- José Manuel Pastor Martínez. Doctor en medicina, licenciado en Historia, licenciado en Ciencias de la Información. Escritor y traductor.

5.- José Ramón Saiz Fernández. Cartes, Cantabria, 1953. Licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid. Escritor. Sautor de una monumental Historia de Torrelavega.

6.- Mario Crespo López. Santander 1975. Licenciado en Historia por la Universidad de Cantabria. Investigador y escritor. Autor de numerosos trabajos biográficos sobre escritores cántabros. Autor de la Historia del Ateneo de Santander.

7.- José Simón Cabarga (Santander 1902- Madrid-1980). Periodista y caricaturista. Comenzó colaborando en “El Pueblo Cántabro”, redactor de “El Diario Montañés” e investigador de la historia de la ciudad. Simón Cabarga utilizó diferentes pseudónimos de los cuales “Apeles” fue el más frecuente y famoso. Dirigió la “Hoja del Lunes”

publicada por la Asociación de la Prensa y también varios libros de investigación histórica ciudadana.

8.- Santiago Rego ejerció el periodismo en diferentes medios regionales, es profesor del CESINE en Santander, miembro de la Junta Directiva de la Asociación de la Prensa y desde junio de 2016 alcalde de Liérganes (Cantabria).

## **CAPÍTULO 3**

## **CORRESPONSAL EN EL FRENTE DE LA GUERRA DE MARRUECOS**



### **3. 1. 1. Un periodista de provincias, corresponsal de guerra en Marruecos**

En el capítulo primero de esta Tesis se plantea la hipótesis de que Pick es un adelantado a su tiempo como corresponsal de guerra, en sus crónicas sobre el conflicto de Marruecos. También el cuarto de los objetivos marcados para el trabajo investigador plantea: “determinar el proceso de formación autodidacta de un marino que deviene en periodista”.

Tanto en la formación profesional y personal, como en las aportaciones innovadoras a la crónica bélica, el paso de Pick por Melilla durante los últimos meses del año 1921, en plena guerra contra los rifeños es un episodio fundamental.

Desde el punto de vista metodológico resulta conveniente priorizar esta parte del corpus de la obra de José del Río, ya que es una de las claves para extraer conclusiones finales acerca de su talento para adelantar técnicas periodistas a su época.



**Fotografía de la playa de El Sardinero de Santander en el verano de 1921.**

Así, el perfil periodístico de Pick y su sentido moderno de la figura del corresponsal de guerra se demuestra durante el periodo en el que cubrió la información de la Guerra de España en Marruecos para sofocar el levantamiento de los rifeños.

Tras la I Guerra mundial, de la que de manera indirecta José del Río informó y opinó a través de varias decenas de artículos publicados en La Atalaya, estalla en el verano de 1921 el conflicto español en el Protectorado de Marruecos. Un enfrentamiento armado que contribuyó en gran manera al deterioro de la imagen de la monarquía, que alentó movimientos anarquistas y que convulsionó a España durante mucho tiempo.

La Guerra de Marruecos fue una sorpresa para una España confiada que veía como quedaba atrás la I Guerra Mundial (1914-1919) que había supuesto un periodo de riqueza eco-

nómica para una España que se mantuvo neutral y encontró un fácil camino para las exportaciones. El golpe de ese nuevo conflicto despertó el interés de todos los diarios de la época, que trataron de obtener la mejor información.

Naturalmente que José del Río ya se interesó antes, en el año 1909, por el problema de Marruecos, con la leva de soldados que se hace en España para enviar soldados al Norte de África, pero es el año 1921 cuando termina por ser enviado como corresponsal de Guerra a Melilla.

El inicio del conflicto se produjo en el mes de julio de 1921. Muy pronto esa noticia interesó a José del Río que había escrito mucho sobre la I Guerra Mundial, pero sin haber estado en ella como corresponsal de guerra.

La noticia de esa guerra es descrita, con buen tino, por el investigador José Manuel Pastor en su libro “Leyendo a Pick”:



**Imagen de los soldados españoles en una marcha en tierras rifeñas.**

*“Tras los sucesos de julio de 1917 , el siguiente acontecimiento determinante de la vida española se produjo cuatro julios después, en el de 1921, cuando una agrupación de cabilas rifeñas derrotó – y de manera humillante- al ejército destacado en Marruecos, que hubo de desalojar sus posiciones dejando un reguero de miles de muertos: el hecho es conocido como el “desastre” de Annual, equivalente, por su trascendencia, al “desastre” de 1998”.*

*La importancia del percance tardó unos días en conocerse en la confiada metrópoli y en la más aun confiada Corte estival santanderina, donde aquellos días Pick evocaba para sus lectores como había transcurrido en Santander el verano posterior a la revolución “gloriosa” de 1868. De inmediato el periodista pasó a fijar su atención en los sucesos del Norte de África, a los que, tal como hiciera con la guerra europea, dedico a los largo de varios años dos centenares de artículos y una docena de poemas.” (1)*

José del Río consiguió los permisos oportunos para cubrir como corresponsal de guerra el conflicto marroquí.

El 26 de octubre de 1921 el diario La Atalaya publica una información en su primera página en la que anuncia que José del Río será el corresponsal de guerra en Melilla para relevar a Alberto Espinosa. Alberto Espinosa estuvo como corresponsal bélico desde los primeros días de agosto de 1921 hasta el 27 de octubre. En esa fecha fue relevado por Pick, que logró imprimir un tono más directo y moderno en sus artículos y crónicas enviados desde Melilla.

La intención de La Atalaya y la del propio del Río queda clara en el último párrafo de la información que da cuenta del relevo de Alberto Espinosa por José del Río: *“La Atalaya, si es que se la deja, se propone decir la verdad, y escribir sin deformación y sin cobardías este doloroso capítulo de la historia”.* Es más, en esa misma información se explica mejor el papel de José del Río en Melilla: *“No va sólo ( José del Río), este otro amigo y camarada, a*

*ser narrador de los hechos que ocurran en su presencia. Va también a recoger sobre el terreno datos que permitan reconstruir la tragedia desde sus orígenes. En sus crónicas no sólo se tratarán las operaciones militares a que asista, sino que evocará con datos y con informes fidedignos la vida de Melilla – la ciudad alegre y confiada por excelencia- en los días precursores del desastre. De no oponerse a ello dificultades insuperables, por las columnas de La Atalaya pasará toda la tragedia con sus heroísmos y con sus vergüenzas. La opinión, por medio de sus órganos irresponsables, ha ido formando en torno a esos sucesos, una leyenda injusta en muchas de sus partes y que solo puede destruirse ‘con la verdad’.*

De esa manera logra informar como testigo presencial desde finales de octubre a finales de diciembre del de años 1921. Viaja al frente como enviado especial del diario La Atalaya, pero sus crónicas y reportajes sobre lo que sucedía en Marruecos fueron reproducidos por otros diarios.



**Una barricada en las calles de Barcelona en julio del año 1909.**

La forma de entender lo que sucedía en Marruecos por parte de Pick es original y, sobre todo, demuestra un estilo innovador en el tratamiento periodístico. Hasta tal punto es innovador que bien podrían detectarse en sus crónicas y en los enfoques de las mismas, el antecedente el nuevo periodismo que tuvo su punto álgido en las crónicas de la Guerra de Vietnam de Tom Wolfe, Michael Herr, etc.

Pick demuestra con sus noticias y reportajes desde Marruecos que es capaz, no solamente de informar sobre los acontecimientos, sino también de profundizar en los diferentes aspectos del conflicto: el componente político, las penurias de los soldados, la incapacidad de terminados mandos, la corrupción, el punto de vista de los rifeños...

### **3. 2 Los antecedentes en la Semana Trágica de julio de 1909**

Pick ya había escrito numerosas columnas sobre los sucesos de la Semana Trágica de Barcelona en el mes de julio de 1909. En ese año, José del Río es aun un periodista en ciernes, sin mucha experiencia, pero con su excelente prosa y con una especial sensibilidad para penetrar en la esencia del problema de la leva de los jóvenes, que iban a África para combatir en pésimas condiciones, logra escribir una serie de artículos que causaron gran impacto.

Pero sobre todo José del Río, que firmó esas columnas con su nombre sin utilizar el pseudónimo de Pick, demostró su imparcialidad y su visión puramente periodística de los acontecimientos.

Así el día 1 de agosto de 1909 en el diario La Atalaya publica un artículo en el cual critica a otros comentaristas que ridiculizan a los oficiales del ejército español y que desacreditan a





**Foto de Matamala del entierro del general Darío Díez Vicario el 5 de septiembre de 1909.**

los manos superiores. También contrapone esa pulsión destructora con el coraje, el ánimo y el ejemplo de muchas madres que ven como sus hijos son reclutados. El día 10 de septiembre en La Atalaya ensalza el valor de los familiares que insuflan ánimos a quienes se embarcan en Barcelona camino del Norte de África.

Respecto de la descripción de la marcha de la guerra, de los combates en el frente, José del Río se deja llevar por un en-

tusiasmo patriótico excesivo. De la masacre del Barranco del Lobo, una de las páginas más sangrientas de la guerra, hace un descripción épica, resaltando el “avance elegante e impávido” de los cazadores españoles (2).

Pick cae en, ese momento trágico de la historia de España, en algunos excesos y deja aflorar su vena lírica. Así cuando esos cazadores que fueron diezmados por los cabileños son vengados por sus compañeros en una carga de caballería escribe: “no ha sido floja la venganza porque los sables de la caballería eran otros tantos cañones que goteaban sangre infiel” (3)

La muerte en combate del general campurriano Darío Díez Vicario también es abordada por José del Río que ve en el militar montañés un héroe de los enfrentamientos norteafricanos.

En este lance de los combates en los que cae el general Díez Vicario, se puede comprobar, una vez más, la tendencia lírica de Pick que le hace escribir loas desmedidas. Así dedica un soneto al militar montañés en el que le califica de “Un héroe redivivo de la Iliada/sobre el campo de la muerte parecía” (4).

### **3. 3 Corresponsal de Guerra en Melilla**

José del Río finalmente es enviado como corresponsal a Melilla. Así deja de ser un simple comentarista que opina y escribe desde la península y pasa a ser un reportero de guerra. A finales de octubre de 1921, una noticia breve en el diario La Atalaya -en el que Pick es redactor y ha estado escribiendo durante años sobre el conflicto- anuncia que José del Río viajará a Melilla para sustituir a otro periodista colega suyo de La Atalaya, Alberto Espinosa. De esa forma José del Río envía crónicas desde Melilla hasta finales de diciembre de ese mis-





**Tropas de Regulares en el frente de Marruecos. José del Río analizó con criterio los sucesos que condujeron al denominado Desastre de Annual.**

mo año y más tarde, ya en España, escribe reportajes, análisis e informes sobre lo sucedido en Marruecos, especialmente tras el desastre de Anual, episodio al que fue a cubrir de manera especial, tras conocerse en julio la noticia de lo sucedido.

José del Río cambia su “Aire de la calle” por otro antetítulo genérico para sus informaciones enviadas desde Melilla: “Impresiones de un cronista de guerra”.

Los tres meses que José del Río permanece en Melilla vi- viendo con las tropas la situación, hablando con soldados y con oficiales le permiten a Pick perder una parte de sus fervores patrióticos de sus primeras crónicas en el año 1909 y lograr el punto de equilibrio necesario para un buen informador.

De esa manera Pick no cae en la crítica feroz contra el Gobierno y el ejército que practican algunos colegas, pero tam-

poco elude los aspectos más espinosos de una guerra. Pick logra con sus crónicas un doble objetivo:

— Por una parte introduce una visión global de lo que sucede en Melilla. Mezcla con acierto los partes de guerra con los testimonios personales de los combatientes. De esa forma moderniza la crónica bélica y consigue un avance estilístico y ontológico en el género.

— Por otra parte se desprende de unos ribetes “oficialistas” en sus reportajes, trabaja con más libertad y es capaz de analizar con objetividad la situación, produciendo piezas críticas de gran interés. Dicho de otra manera, Pick logra un equilibrio – moderno en su época– entre quienes utilizan políticamente la guerra tanto para denostar a los militares y al Rey como los que adoptan la actitud de ensalzar lo militar y obviar la corrupción entre las filas del ejército español.



**Un soldado español herido en campaña es atendido por sus compañeros.**

### **3. 4 Pick, encarcelado por su apoyo al “Informe Picasso”**

Durante su trabajo en Melilla, Pick entabla una relación amistosa con Rafael Sánchez Mazas, que enviaba crónicas para El Diario Vasco. De ese contacto durante días en una ciudad en guerra, surgió una amistad y un respeto mutuo. Sánchez Mazas

Tras su periodo de enviado especial en el Norte de África, José del Río, desde el sosiego y distancia de su redacción en Santander, escribe una serie de artículos en los que entra a fondo en lo que ha visto y vivido. En esas crónicas se aprecia la madurez de quien fuera un joven periodista que se enfrenta por primera vez a una tarea tan compleja como cubrir informativamente el frente de guerra en el Rif.

El uno de enero del año 1922, pocos días después de su regreso a Santander, Pick publica en La Atalaya un artículo que tituló “Más amargas verdades”, segunda parte del primero que apareció en La Atalaya el 10 de noviembre de 1921. En él analiza el trabajo del general Picasso, enviado por el Gobierno para instruir un informe en el que se depuren responsabilidades por las evidentes negligencias y por la corrupción de la oficialidad. La tesis de Pick es que lo que fue denominado “El Informe Picasso” se queda muy corto y que muchos más oficiales y altos mandos deberían ser incluidos en él y afrontar sus responsabilidades.

Este artículo indigna al ejército y Pick es llamado a declarar ante las autoridades militares en Santander y pocos días después es encarcelado.

Este hecho provoca un movimiento de apoyo entre los colegas de Cantabria y también entre políticos, empresarios y amigos.

Pick aprovecha su paso por la prisión santomera para escribir unas crónicas acerca del estado de la cárcel y sobre algunos personajes que encuentra en ella.

Su artículo “Más verdades amargas” marca la transformación de Pick de un informador sin garra crítica, sin capacidad para abordar grandes temas, a un periodista decidido, equilibrado y con vigor crítico.

El interés de José del Río por el conflicto africano se mantiene vivo y durante todo el año 1922 escribe muchos artículos acerca de los sucesos del Norte de África y especialmente sobre las corruptelas y desmanes de muchos militares.

Es especialmente crítico con “los emboscados”, los militares que a través de recomendaciones evitan acudir al frente y se mantienen en puestos cómodos en Melilla y aprovechan esa posición para hacer negocios con material del ejército.



**Imagen del general Sanjurjo luciendo sus condecoraciones.**

### 3.5 Un antecedente contradictorio

El interés que tiene este artículo y este episodio se sustenta en que el día 10 de noviembre de 1921, el mismo Pick publicó un artículo que es el antecedente el que le costó el juicio militar y la cárcel. Aquel escrito se titulaba “La amarga verdad” y era un alegato patriótico y bastante alejado de la objetividad sobre la escaramuza que se produjo en Rass-Mede.

En ese artículo Pick hace una confesión: “Cuando salimos de Melilla –escribe– prometimos a nuestros lectores de Santander decirles la verdad, toda la verdad, de lo que aquí presenciábamos, por amargo que fuera”.

“Vamos a empezar a cumplir hoy nuestra promesa –prosigue– aprovechando para ello el breve lapso de calma del que disfrutamos desde la ocupación y que se romperá cuando dentro de breves días se avanzará sobre Rass-Mede”.

La crónica que sigue a esta declaración inicial es una mezcla de arenga patriótica y de justificación de los legionarios y algunos mandos del ejército dispararan sobre sus propios compañeros cuando alguno retrocedía o daba muestras de cobardía.

La crítica sobre el emboscamiento de algunas unidades es directa y clara: “Mientras unos (batallones) se desangran y ven aclararse sus alas, otros conservan casi intactos los efectivos con los que salieron de España, sin otras bajas que las producidas por enfermedades. Por eso puede afirmarse que en realidad el Ejército que se bate en Melilla no pasa de treinta o cuarenta mil hombres, que son siempre los mismos”.

Relata Pick un asalto de los alzados rifeños al monte del Gurugú y escribe: “Por fortuna, en Taxuda estaba Sanjurjo, que con su voluntad de hierro impidió que el miedo fuera con-

tagioso. Al ver lo que ocurría , sacó su pistola, no para pegarse un tiro, sino para dispararla sobre los cobardes (...) magnifico en indignación, se dirigió a los legionarios. ¡En vosotros confío, hijos míos!... ¡Arriba los valientes!... ¡Armar los cuchillos! ... ¡A demostrar los riñones del Tercio!”

La capacidad descriptiva de Pick se demuestra en esta misma crónica. Debemos tener presente que Pick disponía únicamente del telégrafo para enviar sus textos, sin acceso a las modernas tecnologías ni capacidad para transmitir imágenes o gráficos. Por ello recurre a trasladar la geografía de Marruecos a Cantabria, de manera que el lector pueda comprender la situación: “Una prueba es lo que sucedió el 10 de octubre, el día de la ocupación del Gurugú, que se anunció en España como una operación incruenta y felicísima. Y aquel día fue, sin embargo, el de mayor peligro para Melilla; faltó muy poco, quizás el canto de un duro, para que se produjese otro desastre de incluso mayores proporciones que el de Annual. Procuraremos explicar a nuestros lectores aquella operación.”

“Ya creemos haber dicho que el Gurugú, con respecto a Melilla, es lo de Peña Cabarga para El Astillero (6). En el frente, que da la cara al pueblo, están los picos de Basbel y Kola, el cerro Frigio y los barrancos del Infierno y del Lobo. La vertiente sur es lo que la zona de Cabárceno, el revés del monte. Allí están Rass-Mede, Taxuda, Narde (...)y otras posiciones también fortísimas”.

Esta crónica llena de ardor guerrero, que más parece una hagiografía de Sanjurjo y del Ejército, contrasta con la que meses más tarde le costó el procesamiento.

Un paso más de José del Río hacia su concepción más profesional del periodismo. Un exceso que posiblemente le hizo reflexionar y comenzar a tomar distancia respecto de los hechos que veía en el frente.

Este episodio se suma otros trazos hallados en esta investigación, acerca de la capacidad de Pick de rectificar sus puntos de vista, de no atender a una conducta sectaria. Esto le sitúa en la línea de los periodistas más objetivos, menos tendenciosos.

### **3. 6 Amistad con Sánchez Mazas: los instantes y las figuras**

Con el título “Los instantes y las figuras” publicó Rafael Sánchez Mazas un artículo en El Pueblo Vasco a finales del año 1921. Una pieza que sirve para conocer, de mano de un escritor meritorio, una semblanza objetiva y directa de José del Río. La columna narra el encuentro entre ambos. “A José del Río, poeta y capitán mercante, le encontramos hace dos semanas en el muelle de Melilla. Venía representando a ‘La Atalaya’ de Santander. Creo que aquella misma noche nos citamos en el café Español – y yo le encontré allí en una mesa con el capitán y con oficiales del ‘Ángela’, vapor de seis mil toneladas de matrícula de Santander, haciendo una rueda simpática, especie de oasis barojiano y norteno, en ésta que José del Río ha llamado en una de sus crónicas ‘la ciudad híbrida’. En ese mismo texto, Sánchez Mazas retrata a Pick con precisión y talento periodístico: “Allí con los marinos como antiguos camaradas, estaba José del Río con un aire ingenuo, sus ojos azules y pasmados que parece que le lloriqueaban mojaditos de mar; su pipa, su boina y su impermeable de hule. Ésteme dijo del Río al presentarme – es el capitán Sota con quien hice yo los primeros viajes. Ahora ha venido con el ‘Ángela’.

“Y después de decir esto, se quedó como una especie de peripatético de la mar, junto al viejo maestro de filosofía. Se quedó con un aire de antiguo alumno fiel, aventajado y cariñoso”.



“Del Río, el capitán y yo, nos pusimos a pasear por los muelles cuando cerraron el café y estuvimos casi hasta la tres, hablando de novelas y viajes y de libros del mar: Julio Verne y de Lotti, de Conrad y de Roberto Luis Stevenson. Era una conversación en que nos hubiéramos quedado a gusto varios días. Luego el capitán Sota nos convidó a beber un poco de cognac en la cámara. Allí estaba del Río a gusto, sentado a la mesa de la oficialidad bajo el techo bajo y las luces más bajas, paladeando recuerdos como en el recinto de un antiguo amor”.



Rafael Sánchez Mazas, en una imagen de su juventud.

“Quince años –decía el capitán- tenía éste cuando navegaba conmigo. Era cuando la guerra ruso-japonesa. Éste siempre estaba leyendo aunque fuese on una mala luz de aceite por la noche. No dormía nada y se echaba a perder la vista”.

Sánchez Mazas traza un excelente perfil de Pick y, sobre todo, transmite los sentimientos del periodista y su visión acerca de su propia vida. Sánchez Mazas nos aporta las opinión del periodista cántabro acerca de su visión introspectiva: “Ahora- dice José del Río- soy capitán de la draga del puerto de Santander. de día estoy en el mar y de noche en ‘La Atalaya’ escribiendo cuartillas. Tengo que trabajar. Me casé joven

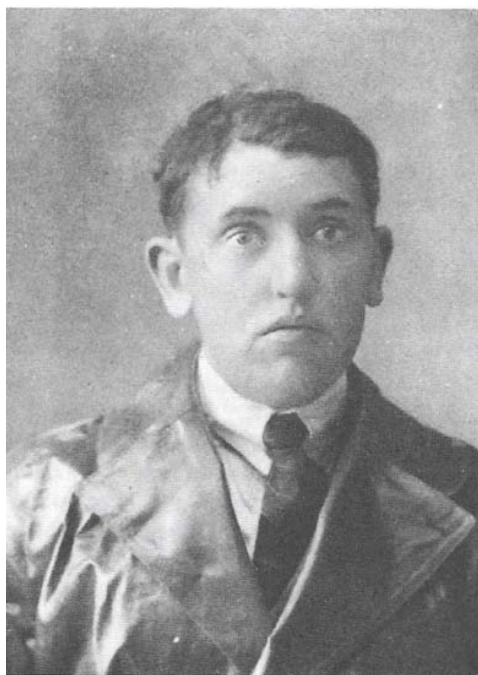


y ya tengo un niño y una niña. Estoy muy contento. Yo le quiero mucho a Santander, le quiero mucho al mar y me gusta escribir. Así con el periódico y la draga no puedo estar mejor.

José del Río – prosigue Sánchez Mazas- me enseña retratos de sus hijos. Una chiquilla bonita de ojos grande y rapaz espingado (sic) y monín.

A veces le pregunto por su obra. El es un poco desmemoriado para los versos. Siempre se trabuca y los dice muy mal. .../... Le saco algunos fragmentos de poemas hechos sobre escenas de la guerra europea y algunos sonetos del viaje de la duquesa de Abrantes por España en tiempos de Napoleón Bonaparte. Toda la obra poética de José del Río puede reunirse bajo este bello nombra: ‘Versos de la guerra, del mar y de los viajes’.

La glosa de Sánchez Mazas sobre Pick se extiende en la faceta de poeta, lógico al provenir de un novelista y poeta. Pero no por ello deja Mazas de describir la forma de trabajar de Pick como periodista: “Siempre encuentro al marino poeta en el campo de operaciones muy apresurado en seguir al batallón Valencia (7), sobre todo en los días en que el bravo batallón santanderino tiene que entrar en fuego.



**Fotografía de José del Río durante su periodo de corresponsal en Melilla.**

“Un día nos encontramos en Yazanem cuando ya la vanguardia de los Regulares sale hacia Tifasor. Otro día cuando los del Tercio trepan al Huixan. Otro día en Ras Medua. Ayer a la vuelta de Tauriat Hamed vie en la plataforma de un camión de ambulancia una cara conocida. Era del Río –Antes he ido dentro- me dijo- entre las camillas. Entre Segangan y Nador uno de los heridos, el pobre, ha muerto. Tenía un balazo en la frente...

A veces hablábamos de Menéndez Pelayo, poeta, y de ahí pasamos a considerar el santanderinismo adoptivo de Maura el balear, o de Galdón, el canario.

Todo este profundo ambiente de novela que tiene Santander y su provincia desde la calle Alta de Pereda (8) hasta Santi-llana del Mar de Ricardo León, pasa en toques entrecortados por las palabras de José del Río. Y cuando sopla barriendo Melilla, el viento frío de Poniente nos solemos decir:¿Qué será este diciembre en Reinosa? o ¿Cómo batirá el mar las peñas en Castro Urdiales?

Y cuando cae un chaparón africano de esos implacables que nos hacen temblar por la pobre tropa mal abrigada, entonces José del Río, viene a fumar en mi casa su pipa de tabaco inglés y me lee los sonetos del Mantelete”. (9)

El retrato que Sánchez Mazas traza de Pick es muy exacto e indica que entre ambos se trabo una buena amistad, a pesar de que estuvieron poco tiempo juntos en Melilla. El hecho de estar ambos cubriendo una información difícil y comprometida bien pudo ayudar.

### **3. 7 Reflexión sobre el papel de la censura en la comunicación de masas**

La estancia de José del Río en Melilla le sirvió no solamente

para curtirse como periodista, sino también para comprobar sobre el terreno los efectos de la censura y el sistema de información del ejército. Así en una crónica (10) ya escrita en Santander, donde siguió a través de la información que se facilitaba por telégrafo desde Melilla, relata un suceso ocurrido en el frente: la muerte de un oficial, jinete del grupo Alcántara: “El nombre de este oficial sonó mucho en los días siguientes al desastre. Era cuando la censura – ese estúpido sistema que sólo sirve para agigantar las alarmas y para dar visos de verosimilitud a especies, que en un régimen de libre exposición no resistiría el más pequeño examen- funcionaba en todo su vigor y de lo que ocurría en Melilla no se tenían otras noticias que las hipótesis absurdas de los ‘bien enterados’.

“Uno de los rumores más en boga en aquellos días, era el de los fusilamientos de jefes y oficiales.

—¿Sabe usted? – nos decían al llegar al Café o al Círculo – Ayer fusilaron en Melilla a tres coroneles.

—¡Hombre!

—Lo acabo de saber por un conducto fidedigno. Lo dijo Maura al salir de palacio de conferencias con el Rey. Se dice que al Rey mismo se lo comunicaron desde Melilla por hilo directo.

—¡Sería por cable directo! El Gobierno no desmentía ni afirmaba estos rumores. Así ha sido posible que se haya tardado cuatro o cinco meses en saber la verdad”.

Uno de los oficiales de que se habló mucho, era este valiente que ahora acaba de tomar un bravo desquite de los murmuradores. No protestó en vida; no se defendió. Esperaba el momento de caer frente al enemigo para que su sangre vertida contestase por él”.

“Ahora que ha muerto reivindicando su memoria y lavando la mancha echada sobre su limpia historia militar, vamos a contar nosotros lo que le sucedió en aquellos calamitosos días y el origen de la depresiva leyenda”.

En esta crónica queda clara la visión acertada de Pick sobre el nefasto papel de la censura y de los perjuicios que se causa no solamente a la verdad, sino a la opinión pública, cuando la censura sirve para incrementar la rumorología y en nada contribuye a tranquilizar, objetivo que, en principio, es la base del sistema censor.

### **3. 8 El deber de la cita precisa**

Una de las cuestiones que mejor retratan la honradez y el sentido deontológico de un profesional del periodismo es la cita de informaciones publicadas por sus colegas. La generosidad en este sentido no es frecuente en la profesión y muchos profesionales se resisten a citar, de manera adecuada, las informaciones de medios de la competencia.

En este aspecto Pick fue un periodista honesto, que no regateó el uso de la cita y que nunca trató de apropiarse de exclusivas ajenas.

En Melilla, como corresponsal de guerra, mantuvo esa norma, y ello a pesar de que ese sentido ético no era una rasgo generalizado.

Un ejemplo de esa manera de entender la profesión queda reflejado en una crónica titulada. “La última entrevista con Cavalcanti en la Comandancia General” (II).

“Cuando esta crónica se publique en Santander- escribe Pick- ya el telégrafo habrá adelantado a nuestros lectores el

proceso y las causas porque cae Cavalcanti. El pretexto son unas interesantes declaraciones que le arrancó el sagaz periodista José Burgos y que publicó 'La Correspondencia de España'. En estas declaraciones Cavalcanti dejaba traslucir su interés guerrero y político distinto al del Alto Comisario. Las causas reales son las fuertes corrientes de opinión 'antiberenguistas' que se manifiestan en el Ejército. Cavalcanti, sin quererlo quizás, era la cabeza visible de tal tendencia. Otra, menos disimulada, más franca y más ambiciosa, tiene por centro al coronel Riquelme".

En esta crónica sorprende no solamente la cita de la entrevista realizada por José Burgos, sino los elogios que dedica a su colega y competidor. Una prueba del talante de José del Río, que no entiende que la competencia por obtener la mejor información deba hacerse por medios torticeros y que tampoco comparte la idea de silenciar a sus colegas.

El sentido del equilibrio y la equidistancia está presente de manera permanente en toda la trayectoria profesional de Pick. Así en su primera crónica transmitida desde Melilla ya desliza su crítica al penoso estado de los hospitales: "Dejaremos para más adelante la descripción de estos hospitales. Sólo adelantaremos que la instalación del que visitamos nos produce una impresión penosa. Por no haber sitio en los pabellones hay muchos enfermos y heridos bajo la lona de tiendas de campaña que ha habido que emplazar a toda prisa. (.../...) Van los soldados desarrapados y barbudos. Parece un desfile de mendigos heroicos" (12).

No se olvida Pick de los soldados montañeses que han perdido la vida en los diferentes combates de esos días en Melilla. En sus crónicas desde el Norte de África se pueden constatar permanentes alusiones y referencias a soldados cántabros destinados en Melilla, especialmente en el batallón valencia.

En una etapa de la historia en la que las comunicaciones eran muy difíciles, esas referencias personales de Pick suponían una fuente de información excelente para familiares y amigos de los soldados enviados a la guerra de Marruecos. Tras el desastre de Annual, la preocupación de los familiares y amigos había crecido y los datos fidedignos aportados por José del Río desde el cuartel general de Melilla fueron muy apreciados.

Con esta manera, cercana y casi familiar, de añadir a los relatos de los combates, de las pugnas entre los propios militares, de la política y de la corrupción en el Ejército la situación de soldados y manos, con nombres concretos, Pick demostró su humanismo, siempre presente en su labor periodística.

### **3. 9 Denuncia de la cobardía**

José del Río no se arredra a la hora de escribir y difundir lo que piensa. Y por esa razón envía una crónica en la que, tras realizar una descripción minuciosa, exacta y detallada de la composición heterogénea de la población de la ciudad de Melilla, escribe un duro alegato contra sus pobladores ante la cobardía y su no reconocimiento al heroísmo de las tropas.

“Este pueblo cobarde de Melilla –escribe Pick– cuyos 10.000 vecinos, presos de un pánico loco, quisieron arrojar al agua el 22 de julio, al anuncio de que la morisma se acercaba, y que luego se ha cobrado de aquel mal rato matando en las calles de Melilla a moros indefensos, incluso niños que iban al pecho de sus madres, este vecindario que además de cobarde es rapaz, pues se está enriqueciendo a costa de los que mueren por salvarle, dio ayer una nota vergonzosa y triste, que nos dolió primero y nos indignó después”.

“Debía desfilar por las calles a las once de la mañana, la glo-

riosa columna del general Sanjurjo. Hablar de esta columna es hablar de la salvación de Melilla (.../...) Como premio a la bravura heroica de estas tropas, dispuso el comandante general que, al volver de Sengangan, desfilasen formados por el centro de Melilla. Los periódicos anunciaron el paso a la hora exacta, y en efecto, a las once de la mañana empezó el curioso desfile. En cualquier población de España de mediana sensibilidad, este hecho hubiera dado lugar a entusiastas explosiones de patriotismo. Pero escasamente había en las calles más público que el ordinario. Ni una colgadura en los balcones. Ni un aplauso, ni un grito de agradecimiento”.

Pick sigue su artículo de denuncia de la ingratitud de la población de Melilla con unos párrafos duros y directos: “Al vecindario cobarde y egoísta de Melilla, ocupado a estas horas en explotar al militar y al forastero, el paso de la Legión invicta no le arrancó un solo aplauso. El comercio debía haber cerrado sus tiendas y no las cerró. Los judíos que disponen de la Banca y el Comercio, han impreso su espíritu en todos los estores de la vida .../... Al fin, cuando apareció Sanjurjo, en un automóvil, se le hizo un simulacro de ovación, y unos chicos arrojaron flores sobre su coche. ¡Pobre, ruin y frío homenaje de un pueblo que no merece la sangre que por salvarle se derramó! A nuestro lado decía un militar que hubiera sido un bien que la kábilas hubieran entrado en Melilla durante unas horas, para que hubieran metido en cintura a esta judería rapaz. Que hubieran hecho ellas una justicia que España no puede hacer.” (13)

Una denuncia dura, casi violenta contra la población de Melilla en la que además, José del Río, asoma una de sus aristas: su anti semitismo que se percibe en sus artículos, aunque lo cierto es que no se prodiga en este aspecto. Pick, con una profunda fe cristiana, mantuvo las reticencias con el pueblo judío y aceptó, sin mucho análisis, los clichés propios de la época contra los judíos.

### 3.10 Notas Capítulo 3

1.- José Manuel Pastor. “Leyendo a Pick”. Página 537. 2007. Editado por la Autoridad Portuaria de Santander.

2.- Diario “La Atalaya” de 1 de agosto de 1909.

3.- Diario “La Atalaya” de 24 de septiembre de 1909.

4.- Diario “La Atalaya” de 9 de agosto de 1909.

5.- Rafael Sánchez mazas (Madrid 18 de febrero de 1894-Madrid 18 de octubre de 1966) fue un periodista, novelista y ensayista con un importante papel en la política española. Formó parte del núcleo fundacional de la Falange Española y fue ministro en el segundo gobierno franquista. Sánchez Mazas es el personaje que inspiró la novela ‘Soldados de Salamina’ de Javier Cercas.

6.- La referencia geográfica es perfecta para cualquier santomerino. Peña Cabarga es la montaña más alta de las que rodean la bahía de Santander y a su pie está la localidad de El Astillero. Es evidente que si un ejército toma Peña Cabarga la caída de El Astillero es segura. La situación del pueblo de Cabárceno como la otra vertiente de la montaña es también una referencia evidente para cualquier cántabro.

7.- Este interés de Pick en el batallón Valencia se explica porque ese el nombre del batallón formado por soldados de Cantabria. Ese batallón pasó a ser regimiento y mantuvo su cuartel en el Paseo del Alta, hasta su desaparición en el año 1980.

8.- La referencia calle Alta de José María Pereda tiene su origen en que la calle Alta de Santander es el lugar en el



cual José María de Pereda ubica alguna de sus novelas, especialmente ‘Sotileza’.

9.- Sánchez Mazas. El Pueblo Vasco. 4 diciembre de 1921.

10.- Impresiones de un cronista de guerra. La revancha de un bravo. La Atalaya. 13 de enero de 1922.

11.- Impresiones de un cronista de guerra. “La última entrevista con Cavalcanti en la Comandancia General”. La Atalaya. 22 de diciembre de 1921.

12. Impresiones de un cronista de guerra. ‘Nuestro primer día en Melilla’. La Atalaya. 3 de noviembre de 1921.

13. Diario La Atalaya. Impresiones de un cronista de guerra. 18 de noviembre de 1921.

### 3.11 Bibliografía capítulo 3

RICARDO FERNANDEZ DE LA REGUERA. 1968. El desastre de Annual. (Episodios nacionales contemporáneos). Editorial Planeta.

EMILIO MOLA VIDAL. 1977. Dar Akobba: páginas de sangre, de dolor y de gloria / Editorial Doncel.

FRANCISCO PÉREZ GUTIÉRREZ. 2003. Aire de la calle. Editorial Estvdio.

ANTONIO BELLIDO ANDRÉU. 2006. El Alcántara en la retirada de Annual. Editorial Adalid.

MARÍA ROSA DE MADARIAGA. 2005. En el Barranco del Lobo.

LUIS MIGUEL DE FRANCISCO. 2005. Annual, 1921 (crónica de un desastre). Editorial Militiae.

JOSÉ MANUEL PASTOR . 2007. Santander. Leyendo a Pick (crónica de su tierra y de su tiempo) Editado por la Autoridad Portuaria de Santander.

LORENZO SILVA. 2001. Barcelona. Del Rif al Yebala: viaje al sueño y la pesadilla de Marruecos. Editorial destino. Colección Ancora y Delfín.

JUNA JOSÉ LÓPEZ BARRANCO. 2006. Madrid. El Rif en armas: la narrativa española sobre la guerra de Marruecos. Editorial mare Nostrum Comunicación.

## **CAPÍTULO 4**

## **PICK Y LA TERCERA ESPAÑA**

#### **4. 1. Un periodista atrapado en su conciencia**

El objetivo quinto de esta tesis es el estudio de la relación de Pick con los periodistas, escritores y políticos del grupo que se ha venido en llamar la “tercera España”. Los intelectuales que vieron con horror como en ambos bandos se cometían excesos y terminaron en una postura de equidistancia que les generó el olvido o la inquina de los dos contendientes en la guerra civil han sido incluidos en la Tercera España, la de quienes no quisieron admitir la subversión del orden republicano y tampoco los crímenes de anarquistas, comunistas y socialistas en la zona que quedó bajo el gobierno republicano. Con el estudio de su trayectoria personal y política y la de las personas que se movieron en su universo profesional y personal se puede llegar a extraer una conclusión sobre la adscripción de José del Río a este grupo.

Pick encaja perfectamente en ese grupo llamado la ‘Tercera España’, el de quienes no fueron ni fanáticos defensores de la República ni enardecidos defensores de Franco y su régimen. La tercera España que quedó triturada entre dos bancos

irreconciliables y con una inquina y un odio digno de mejor causa.

Fueron los periodistas que vivieron atrapados en su conciencia, aferrados a sus principios éticos que no renunciaron mantener su criterio al margen de partidismos ciegos o de banderías. Pick se situó siempre en la moderación, fue honesto renunció a la comodidad de adscribirse a uno u otro bando, porque siempre puso por delante sus principios humanísticos, su labor periodística de escribir con rigor y con independencia.

Esa independencia le colocó en el peor de los escenarios: aquel en el cual la izquierda le tachaba de derechista conservador y la derecha de republicano liberal.

#### **4. 2 Una aproximación a la Tercera España**

Una aproximación a esa tercera España nos la ofrece Javier Gómez en este lúcido párrafo, en el que describe lo sucedido a Pedro Salinas (indiano alavés, nada que ver con el poeta) tras ser elegido alcalde republicano de su pueblo y que relata el primer bando de aquel hombre impregnado de la libertad y la democracia de la América del Norte: -“Era la primera vez que alguien se dirigía a los habitantes del municipio como ciudadanos y no como contribuyentes o vecinos. No era un recurso semántico de sustitución, sino toda una declaración de intenciones. Sin embargo, España ni era Canadá ni se asemejaba a Estados Unidos y republicanos, monárquicos, accidentalistas, curas trabucaires y militares llevaron a España una guerra fratricida en la que el adversario político, antiespañol para unos, fascista para otros, no debería ser vencido ni por el poder de los votos ni por la fuerza de las botas militares sino, sencillamente, aniquilado. No existían los matices, las medias tintas: se era rojo o azul. Sólo las ideas que no atenten



**Niceto Alcalá Zamora durante un mitin.**

contra la libertad del otro merecen fidelidad y no los partidos ni los bandos. Así lo entendieron personas coherentes como Luis Lucía, perseguido por los republicanos, encarcelado por los nacionales. Algunos hoy le recuerdan pero nadie escribirá sobre otro Pedro Salinas que no fuera el extraordinario poeta y, sin embargo, aquél también fue un Lucía pero de la izquierda. Un hombre cultivado, liberal, alejado de todo fanatismo y que se alejó de sus conmlitones republicanos desde el día en el que éstos le tacharon de fascista tras advertirles de que con la destitución de Alcalá Zamora como Presidente de la República el régimen español estaba condenado a adentrarse en un callejón sin salida”. (1).

### 4. 3 El alma de la tercera España

Pero son muchos los ejemplos de esta ‘tercera España’, quizás el más relevante el de Niceto Alcalá Zamora que queda muy bien estudiado por Ricardo García Cárcel en su artículo de ABC: “La República fue lo que fue. Ni los juicios apocalípticos ni los nostálgicamente idílicos se ajustan a una realidad histórica evidentemente compleja. Lo que es incuestionable es que supuso una explosión inicial de ilusiones que se vieron pronto, progresivamente frustradas al no conseguir articular un proyecto político de amplio consenso democrático. A lo largo del intrincado camino de la República, muchos políticos de fuste se fueron diluyendo en el holocausto de los desengaños y decepciones. El que más tiempo vinculó su vida a la trayectoria institucional de la República (fue presidente del gobierno provisional desde abril a octubre de 1931 y luego presidente de la República de diciembre de 1931 a abril de 1936) y al mismo tiempo, encarna mejor el proceso del desengaño, fue Niceto Alcalá Zamora. Republicano por decepción respecto a Alfonso XIII, arrastró su republicanismo a lo largo del quinquenio republicano entre el optimismo de la voluntad y el pesimismo de la inteligencia y fue estigmatizado por las dos Españas. Los unos, los que ganaron la guerra, lo insertaron en la derecha débil y entreguista, los otros, los que la perdieron, lo vieron como lastre de los pretendidos avances progresistas (Judas de la República lo llegó a llamar Largo Caballero), le mortificaron en vida (ironizaron sarcásticamente sobre su vanidad y sobre su oratoria pretenciosa) y le despreciaron después de su caída política en 1936, hasta su muerte en 1949. Sólo desde la publicación en 1977 de sus Memorias parece haberse revalorizado su figura que ha sido particularmente dignificada por las biografías que de él han escrito Ángel Alcalá y Julio Gil Pecharromán.

Alcalá Zamora representa bien la imagen de la República que podía haber sido y no fue, el sueño de la tercera España,





**Miguel de Unamuno en su despacho en la Universidad antes de la Guerra Civil.**

la voluntad permanente de trabajar por el consenso, el entendimiento, el diálogo, que permitiera superar el fantasma de la bipolarización, la amenaza de la guerra civil. Ninguno de sus críticos le ha podido negar su esfuerzo por establecer un puente en el foso histórico de las dos Españas con la lucidez de detectar el peligro, el riesgo de la bipartición. La amenaza no era nueva en nuestro país. La apuntó Jovellanos, la pintó Goya, la retrató periodísticamente Larra «Aquí yace media España, murió de la otra media», la reflejó magistralmente Galdós, se refirió el cainismo español Menéndez Pelayo, Machado dejó explícito el drama de una España que se muere ante una España que bosteza y Unamuno dramatizó ese enfrentamiento. Alcalá Zamora tuvo siempre presente la historia bipolar española. Y su aferramiento a la tercera España se refleja bien en el debate de las Cortes constituyentes en torno



**José Ortega y Gasset, el gran filósofo español del siglo XX, enclavado en la Tercera España.**

a lo que será la Constitución de 1931. «No haya una Constitución de partido, no haya una Constitución de tendencias, haya una Constitución en la que todos podamos concurrir»... «¿Y qué remedio nos queda? La guerra civil jamás. España es un país cuyo atraso se debe a que la transformación política le costó más cara que a ningún país y que la obtuvo a través de tres guerras civiles. A nadie le quiero dar la responsabilidad, que crea gloria, de evocar, temerariamente, la contingencia de una cuarta guerra civil, que, por fortuna, es imposible. En bien de la Patria, en bien de la República, yo os pido la fórmula de la paz».

La realidad fue mucho más dura de lo que él podía prever en 1931. El 12 de mayo de 1937 escribía, desde el exilio, en *L'Ére Nouvelle* de París el artículo titulado “La Tercera España”, definida ésta como «constitucional y parlamentaria, cordialmente igualitaria, emanada de la justicia social, católica en su mayoría, pero sin formar un partido confesional».

Y continuaba: «La guerra civil significa la derrota por adelantado de la Tercera España, esa España deshecha, esparcida, la única esperanza de renacimiento de la vida nacional que se les puede asegurar y permitir a todos los españoles». Su desencanto vital era, lógicamente, infinitamente mayor que el de los muchos decepcionados que compartían el profundo desencanto temprano de Ortega con su «No es eso, no es eso» (2).

#### **4. 4 “Pick” junto a Ortega, Madariaga y Sánchez Albornoz**

Lo cierto es que la figura de José del Río entra plenamente en este grupo de personas que padecieron la intemperie de esa Tercera España. Personas como Ortega Y Gasset, Salvador de Madariaga, Claudio Sánchez Albornoz, Antonio Machado, Benito Pérez Galdós, Unamuno, Julián Besteiro o el doctor Gregorio Marañón que optaron por el sentido común y la piedad y que se vieron presionadas por el radicalismo de los dos bandos en pugna. Rechazados por socialistas, comunistas y anarquistas que veían en estos republicanos a personas tibias, casi cercanas a la temía ‘quinta columna’ y a quienes el bando ‘nacional’ nunca aceptó por su pasado republicano y sus creencias democráticas. Terminaron solos, despreciados por todos y con el único consuelo de saber, en su fuero interno, que actuaban de manera honesta.

La tragedia de esta Tercera España está plagada de referentes en la historia de nuestra nación. Los conflictos éticos y de conciencia son tan frecuentes como dolorosos.

El trasunto de la Tercera España está íntimamente ligado a la vida y la esencia misma de Pick. Es más, esa Tercera España ha sido recuperada como antecedente de la transición político que permitió el paso del régimen dictatorial de Franco a la democracia traída por el Rey por Adolfo Suárez. Estos párra-

fos de Eve Giustiniani (3) son reveladores: “¿Porqué entonces se habla tanto de la Tercera España, y se la ‘recupera’ a diestra y siniestra? El término empezó a cobrar fuerza durante la Transición democrática, viniendo a simbolizar las raíces del consenso que se buscaba como fórmula política de convivencia nacional y base del cambio político. Una ‘reconciliación nacional’ posibilitada por una evolución paralela de las dos Españas: la del exilio por una parte, que con el tiempo y la distancia se había hecho más conservadora, y la del interior, hastiada por la empedernida división entre vencedores y vencidos, que había evolucionado con los cambios socio-económicos del tardofranquismo. Según Milagrosa Romero (2005: 308), la “verdadera” Tercera España es la “de las nuevas clases sociales surgidas al calor del desarrollo económico y social, y la de las minorías creativas que, porque conocían no sólo el pasado, sino el presente, podían construir un verdadero pro-



**Dolores Ibarruri a su regreso a España, tras el largo exilio en Moscú.**

yecto de futuro, tendiendo puentes hacia las otras dos”. La España que acogió a Sánchez Albornoz como un “gran patriota” y a Niceto Alcalá-Zamora como “hombre de paz”, y los reintegró en el panteón cultural nacional (Fuentes, 2008: 538); la España que eligió diputada a Dolores Ibarruri. En 1977. Aquella Tercera España sí que resultó ser la de todos, “el gran torso de España”, como lo escribía Ortega en 1937.

Pero los actuales debates historiográficos sobre la Guerra Civil muestran que la consensuada reconciliación de la Transición fue quizás más simbólica que real; de ahí que resurja la noción de Tercera España, reactualizada o instrumentalizada en el debate actual. Cierta derecha española neo-conservadora se reivindica así del liberalismo de los exiliados del 36, y hace suya la distinción que un Julián Marías –reconocido por cierto, y a título póstumo, como un insigne representante de la Tercera España– tuvo a bien subrayar entre el exilio de 1936 y el de 1939 (Marías, 1988: 200). Una vía para concluir que es injusto achacar al franquismo la responsabilidad del exilio, cuando la mayoría de los intelectuales liberales huyeron en 1936 de un Madrid preso del ‘terror republicano’: como se ve, los argumentos cambiaron poco en 70 años. Por otra parte, la Tercera España se vería ‘reencarnada’ en un centro izquierda que pretende compaginar la ética individualista del liberalismo con la preocupación por la justicia distributiva; y que intenta, blandiendo el rótulo de Tercera España, escapar a la hegemonía bipartidista y responder al desencanto ciudadano por la política.

Lo que muestra el cambiante contenido asignado a la Tercera España es el carácter esencialmente retórico de lo que no es un concepto ni una realidad histórica, sino una metáfora. Una fórmula que resume la dialéctica de la disidencia constructiva, esta lógica que propone un tercer término frente a una disyuntiva sin salida. Pero, como lo advertía Ortega, no deja de resumir geométricamente las cosas, lo cual es siem-

pre peligroso. Hablemos de dos o tres Españas, no salimos del marco referencial del dualismo, en el que tercer término aparece como el tercio excluso. ¿Cómo escapar, entonces, a la circularidad del pensamiento binario? Quizás admitiendo (y aplicando) lo que José Ferrater Mora ya sugirió que en España, no podrá haber ninguna ‘Tercera España’ mientras no haya muchas más que dos Españas”.

#### **4. 5 El ambiente guerracivilista de Santander**

Para entender mejor el ambiente de aquella España quebrada por la guerra civil y el clima psicológico que se vivía en lugares como Santander, basta un detalle: En El Diario Montañés del 23 de agosto de 1936, y en su primera página, se publicaba un anuncio que decía “Aviso a los bulistas. Se advierte a los propagadores de bulos que tienen preparado un sitio en el barco”.



**Imagen del periodista Chaves Nogales, un ejemplo perfecto de la Tercera España.**

La referencia a ‘el barco’ era perfectamente entendida por los santanderinos ya que aludía al barco ‘Alfonso Pérez’ atracado en los muelles y que fue habilitado por el Gobierno de la República como un buque prisión, para retener a quienes habían colaborado en la sublevación del 18 de julio o quienes eran sospechosos de ser colaboradores del ejército de Franco. En el Alfonso Pérez estaban detenidos numerosos falangistas y monárquicos a quienes el Gobierno de la República consideraba sospechosos de ayudar a las tropas ya alzadas contra el Gobierno. Fue precisamente en ese barco prisión en el que se produjo uno de los episodios más sangrientos de la guerra en la retaguardia: Tras un bombardeo de la aviación del ejército de Franco contra unas viviendas del barrio obrero –que los pilotos confundieron con un cuartel- y que produjo numerosas víctimas un grupo de milicianos acudió al barco Alfonso Pérez y procedió a sacar a la mayor parte de los presos que fueron fusilados como represalia por el ataque de la aviación del ejército rebelde.

Posiblemente una de las mejores descripciones de esa Tercera España y del odio que quienes en ella militaban despertó en los dos bandos enfrentados en la guerra civil es la que hace Agustín de Foxá : “La Nueva España no sirve para los extranjeros vendidos. La Nueva España afirmativa, ofensiva, violenta, respeta mil veces más a los rojos que nos combaten cara a cara que a ti, pálido desertor de las dos Españas, híbrido como las mulas, infecundo y miserable”. (4)

#### **4. 2. 1 Manuel Chaves Nogales, una vida paralela**

Una figura que tiene un especial paralelismo con Pick y que en estos últimos años ha sido rescatada del olvido es la del periodista Manuel Chaves Nogales (5). La vida de ambos se vio interferida por la intransigencia de las dos Españas, por su independencia de pensamiento y por su sinceridad al criti-



car los excesos y los crímenes que se cometieron por los dos bandos enfrentados en la Guerra Civil. Un párrafo de Andres Trapiello en su obra 'Las armas y las letras' es revelador de una situación que se puede aplicar de manera idéntica a Chaves Nogales que a Del Río Sainz. "Hay dos factores que explican la tardía recuperación de Chaves Nogales: uno político y otro literario. Chaves Nogales fue una figura independiente. Su opinión sobre los acontecimientos de la II República y los primeros meses de la Guerra Civil era muy contraria a la opinión mayoritaria dentro de la izquierda hegemónica, que estaba representada básicamente por el PCE y los socialismos más extremos. No se lo perdonaron nunca. 'A sangre y fuego no fue tenido en cuenta. La izquierda lo dejó agostarse". (6)

José del Río y Manuel Chaves son dos periodistas brillantes, dos personas capaces de mantener la lucidez en el análisis de la realidad aun en el peor momento, cuando la violencia supera al pensamiento, cuando la visceralidad avasalla cualquier silogismo y lo que es aun más meritorio: en un momento histórico en el cual mantener la independencia del pensamiento y el tener el valor de expresar la opinión de manera libre era un peligro de grandes proporciones, porque los totalitarismos comunistas y fascistas no eran una mera amenaza retórica, sino que contenían la terrible probabilidad de que la persona señalada por sus escritos como tibia cuando no directamente desafecta fuera asesinada en cualquier paraje tras ser sacado de su casa en la madrugada.

Estamos pues, ante otro de los ejemplos más claros de esa Tercera España en la que se adscribe, con toda propiedad, José del Río Sainz. La España que dejó huérfanos a quienes no quisieron plegarse y aceptar las versiones falaces de los dos bandos, a los que se negaron a ver la realidad a través del tamiz de una ideología que anteponía unos presuntos ideales a los hechos.



#### 4. 2. 2 Nogales novelista, “Pick” Poeta

La publicación de las obras completas Manuel Chaves Nogales (Edición realizada por la Diputación de Sevilla y dirigida por María Isabel Cintas) ha dado lugar a muchos análisis de la producción periodística y literaria de este gran creador andaluz. Félix de Azúa dice en su blog acerca de la peripecia política y ética de este escritor: “Manuel Chaves Nogales es uno de los mejores escritores españoles del siglo XX, aunque perfectamente desconocido, porque tuvo el capricho de no ser totalitario. De haberse humillado ante la burocracia estalinista, ahora le estarían dedicando plazas. Y de haber galleado con los fascistas, ya las tendría. Como era esa cosa tan rara en España, un demócrata con ideas propias, nadie le ha hecho el menor caso hasta que hace una década comenzó la recuperación”.

Chaves Nogales murió en el exilio, en Londres, y eso en su muerte prematura no mantiene el paralelismo con Pick, pero tanto él como el cántabro padecieron la pena de aceptar los totalitarismos tan en boga en su época. Chaves fallece sin poder asistir a la victoria aliada. Precisamente su fallecimiento ocurre en el mes de mayo de 1944, justamente un mes antes del desembarco de Normandía y de una victoria que ya hizo comprender a los británicos que cinco años de guerra merecían la pena para ver la victoria al final de tanto sufrimiento.

José del Río una vez concluida la Guerra Civil y la II Guerra Mundial regresa a España donde malvive con trabajos que le ofrecen sus amigos, José María Cossío entre ellos, en una España que no era la que él quería y la que se sentía rechazado por el franquismo y también por los comunistas y socialistas exiliados.

Es interesante ver el análisis de Félix de Azúa sobre Chaves que bien puede servir para la figura de Pick: “Tras dejar

testimonio de la catástrofe de la República, sin mentir sobre la irresponsabilidad de los políticos republicanos, continuó su carrera de periodista en Francia. Allí, asistió al hundimiento de otra república, esta vez por la cobardía de las naciones europeas, incapaces de plantar cara a Adolf Hitler.

La crónica de esa debacle es uno de los mejores reportajes que se han escrito sobre la caída de París. La libertad ideológica de Chaves le permitió dar una descarnada visión del corrupto mundo político francés, tan arrogante como inepto, de una espeluznante actualidad entre nosotros. Cuando por fin llegaron los bárbaros, a nadie le importó demasiado. Desde el primer mes, los invasores tenían cola de franceses para denunciar a los judíos cuyos negocios o riquezas codiciaban.

El gran Chaves murió joven, sin haber cumplido los 50, en la Inglaterra que luchaba contra el nazismo. De habersele concedido una vida normal, habríamos podido admirar algo inusitado en España: un intelectual sin vasallaje de partido. Como dice Pericay: “No se me ocurren más nombres, para acompañar el de Chaves, que los de George Orwell y Albert Camus”. Ni a mí tampoco”.

Lo cierto es que si hay un nombre para acompañar a esos, es el de José del Río Sáinz, un periodista independiente, honesto y con un estilo literario claro y preciso. Un hombre que fue víctima de su tiempo y también de su propia integridad. Incapaz de doblegarse ni ante los errores y la irresponsabilidad de la monarquía de Alfonso XIII, ni más tarde pudo hacer oídos sordos a las tropelías y asesinatos de la España republicana en la Guerra Civil ni finalmente aceptar la grisura y la violencia de la dictadura del Régimen de Franco.

Volviendo a Chaves Nogales es evidente que forma parte de la pléyade de personajes que pertenecen por derecho propio a esa Tercera España. El análisis de Luis Alemany es

elocuente: “Chaves Nogales era un periodista republicano y azañista. Un hombre de centro izquierda que, para los franquistas era un rojo destado, y para los comunistas, un pequeño burgués. Fue su drama... Él lo cuenta así en el prólogo que escribió para la edición de los relatos de ‘A sangre y fuego’”. O sea: el mito de la Tercera España, hecho persona. “Sí, lo de la Tercera España no es tan mito, existió en personajes como él. Aunque, por otra parte, Chaves Nogales no fue tan Tercera España. Él se sentía absolutamente unido al proyecto de la II República y sólo se marchó de España cuando el Gobierno se fue de Madrid. Entonces pensó: si el Gobierno me abandona, ¿qué hago yo aquí?

“Sus libros son los primeros que se escriben en España con crónicas periodísticas largas, no tanto con vocación literaria sino con la intención de contar las cosas bien. Algunos de sus libros son quizá, junto a algún título de Josep Pla, los mejores en la categoría de ‘no ficción’ escritos en España en todo el siglo XX”.

#### **4. 2. 3 Historia de un olvido clamoroso**

Porque la historia de Chaves Nogales es también la historia de un olvido clamoroso. “Él tuvo la mala suerte de morir en 1944, muy temprano, con cuarenta y pocos años, en el exilio de Londres. Se murió y no quedó nadie para defender su obra, ni los autores del exilio, que en su mayoría eran comunistas y lo desdeñaban, ni la cultura de la España franquista”. Así que nadie se acordó de que existía Chaves Nogales hasta que “Abelardo Linares, de la librería Renacimiento de Sevilla, recuperó algún ejemplar de libros suyos que parecían extraviados para siempre, Maribel Cintas, de la Universidad de Sevilla y Andrés Trapiello lo reivindicó con mucho ímpetu en ‘Las armas y las letras’.

La matización de Alemany acerca de que Chaves Nogales no “fue tan Tercera España” se contradice con el propio análisis que realiza del personaje ya que fue denostado por la izquierda en exilio por considerarle un mero seguir republicado, pero no comunista ni socialista y para el ejército vencedor de Franco, Chaves era lo que entonces se calificaba de manera indiscriminada pero rotunda como ‘un rojo’.

Es más el propio Chaves Nogales se autodefine muy bien y se enmarca en esa Tercera España cuando dice en sus artículos: “El precio, hoy por hoy, es la patria. Pero, la verdad, entre ser una especie de abisinio desteñido, que es a lo que le condena a uno el general Franco, o un kirguís de Occidente, como quisieran los agentes del bolchevismo, es preferible meterse las manos en los bolsillos y echar a andar por el mundo, por la parte habitable del mundo que nos queda”.

No cabe duda de que Chaves fue un escritor que mantuvo siempre el compromiso ético con la verdad y que ese compromiso le obligó a exiliarse y a comprender que ni la España que construía el general Franco, ni la que alumbraba la II República dirigida por comunistas, anarquistas y socialistas eran la España que él deseaba. Por eso se separó de ambas, en busca de la tercera vía.

El proceso que vive José Del Río Sáinz es muy similar, salvando la distancia de que Pick regresa a como él representaban esa Tercera España.

Es España y aquí padece la frialdad gélida de quienes más sus tesis sobre la Guerra Civil llegan a ser idénticas, dice Chaves Nogales en sus relatos sobre la guerra sobre como será el nuevo régimen que surja tras la contienda: “ni colonia fascista ni avanzada del comunismo. Ni tiranía aristocrática, ni dictadura del proletariado. En lo interior, un gobierno dictatorial que con las armas en la mano obligará a los españoles a

trabajar desesperadamente y a pasar hambre sin rechistar durante veinte años, hasta que hayamos pagado la guerra. Rojo o blanco, capitán del Ejército o comisario político, fascista o comunista, probablemente ninguna de las dos cosas, o ambas a la vez, el cómitre que nos hará remar a latigazos hasta salir de esta galerna, ha de ser igualmente cruel e inhumano. En lo exterior, un Estado fuerte colocado bajo la protección de unas naciones y la vigilancia de otras”.

Unas palabras acertadas, porque así fue el franquismo, y que más tarde Pick reflejo en sus cartas, sus escritos y sus conversaciones. Porque José del Río pasó de la monarquía a la República y de ambas quedó desencantado. El franquismo lo padeció con estoicismo él que siempre mantuvo principios ligados a una derecha virilizada y democrática y que hubo de vivir humillado y despreciado en la España franquista en la que era visto como un republicano, como un ‘rojo’.

#### **4. 6 Miguel de Unamuno, otro referente**

En esta ‘Tercera España’ es imprescindible encuadrar la figura, gigantesca por su capacidad poética y por la hondura de su pensamiento, de Miguel de Unamuno. El gran escritor vasco abrazó sin reticencias el alzamiento de Franco y fue en los primeros meses de la guerra civil, desde su casa y universidad de Salamanca, un intelectual que creía en una nueva España surgida de la depuración que supone una guerra civil. Azaña decretó que se privará a Unamuno de todos sus cargos, no solamente como rector de Universidad de Salamanca, sino también de su puesto de concejal en el ayuntamiento salmantino. Fue después el general Cabanellas quien le repuso en todos sus cargos.

El 12 de octubre de 1936, a pocos meses del inicio de la guerra, Unamuno pronuncia un discurso en la Universidad

en el que hace una defensa de vascos (él lo era) y catalanes, ante los insultos lazados por los oradores que le precedieron. En un momento dice Unamuno “Yo, que, como sabéis nací en Bilbao, soy vasco y llevo toda mi vida enseñándoos la lengua española que no sabéis. Eso sí es Imperio, el de la lengua española”. En ese momento es interrumpido por el general Millán Astral y es cuando Unamuno pronuncia la célebre frase “Venceréis pero no convenceréis”.



**Imagen de Miguel de Unamuno, un referente de esa Tercera España.**

La frase completa es realmente rica en matices y refleja bien el sentimiento de quienes se adscriben a la Tercera España: “Venceréis, pero no convenceréis. Venceréis porque tenéis sobra fuerza bruta. Pero no convenceréis, porque convencer significa persuadir. Y para persuadir necesitáis algo que os falta: razón y derecho en la lucha. Me parece inútil pedir os que penséis en España”. Tras ese discurso, lleno de sensatez y patriotismo auténtico, Unamuno es despojado, esta vez por el bando nacional, de todos sus cargos y queda confinado en su casa, bajo vigilancia, para terminar muriendo pocas semanas más tarde, el 31 de diciembre de 1936, de un episodio cardíaco, aunque no cabe duda de que el incidente de su discurso, su enfrentamiento con Astray y el convencimiento de que Fran-

co no iba a ser la espada limpia que cambiara España precipitaron su depresión, su enfermedad y su óbito.

Dice Andrés Trapiello en ‘Las armas y las letras’: “Unamuno, el hombre más libre que ha dado España, no podía vivir al lado de quien exaltaba las cadenas, y, si no asesinado como Lorca, puede decirse que murió, en verdad, no solo de España, como se dijo, si de los españoles”.

Unamuno siempre supo que estaba entre dos bandos con los cuales nunca lograría una comunión total. Así afirmó: “Los motejados de intelectuales les estorbarán tanto a los unos como a los otros. Si no les fusilan los fascistas, les fusilarán los marxistas”. Estas palabras las escribe don Miguel en el año 1934, con la revolución de Asturias en su apogeo y dos años antes de la guerra civil.

Salvando las distancias intelectuales existentes entre Unamuno y José del Río bien puede decirse que fueron almas gemelas. Dos personas que trataron de ser coherentes con sus ideas, de mantener la serenidad en tiempos de locura y crimen y que precisamente su fidelidad a sus ideas y el deseo de una España mejor, más libre, más justa y en la que no cupieran miserias y mediocridades les llevo a engrosar la lista del grupo de quienes se vieron repudiados por los ‘hunos y los hotros’.

## 4.7 Notas capítulo 4

- 1.- Artículo publicado en la revista 'Generación net' (1992) por Javier Gómez.
- 2.- Artículo de Ricardo García Cárcel, publicado en ABC el 13-12-2006
- 3.- Eve Giustiniani. Profesora de Estudios Hispánicos en la universidad gala de Aix-en-Provence.
- 4.- Artículo dedicado a Salvador de Madariaga, otro ejemplo de intelectual dela Tercera España-
- 5.- Manuel Chavez Nogales. Sevilla 1897-Londres 1944.
- 6.- "Las armas y las letras: literatura y guerra civil (1936-1939)". Andrés Trapiello. Madrid 1994. Editorial Destino.



#### 4. 8 Bibliografía capítulo 4

ANDRÉS TRAPIELLO (2010) Las armas y las letras: Literatura y Guerra Civil (1936-1939). Editorial Destino.

CHAVES NOGALES. 2012. La vuelta a Europa en avión. Editorial Libros del Asteroide.

GREGORIO MORÁN. 2014. El cura y los mandarines. Editorial Akal.

PATRICIO CANTO. 1958. Buenos Aires. El caso de Ortega y Gasset. Ediciones Leviatán.

CHARLES CASCALES. 1957. París. L´humanisme d´Ortega y Gasset. Edición Presses Universitaires de France.

PAULINO GARAGORRI. 1972. Pamplona. Unamuno y Ortega. Editorial Salvat.

GREGORIO GÓMEZ CAMBRES. 1990. Presencia de Ortega. Editorial Ágora.

JAVIER F. LALCONA 1974. Madrid. El idealismo político de Ortega y Gasset. Un análisis sintético de su filosofía política. Edirorial Cuadernos para el Diálogo.

FRANCISCO PÉREZ GUTIÉRREZ. 2003. Santander. Prólogo de Aire de la calle. Ediciones Estvdio.

## **CAPÍTULO 5**

## **ÉTICA Y DEONTOLOGÍA DE PICK**

## **5.1 Lecciones de periodismo**

El proceso de migración de José del Río de la poesía al periodismo no resultó sencillo. José del Río necesitó de un periodo de adaptación complejo, aunque no muy largo. Cuando se aplica el método científico para analizar la obra y la personalidad de este periodista, resulta imprescindible acudir a todos los testimonios existentes que permitan conocer, documentadamente, el pensamiento que tenía acerca de la profesión en la que iniciaba su andadura.

El cuarto de los objetivos marcados para llevar a cabo esta investigación es el de “determinar el proceso de formación autodidacta de un marino que deviene en periodista” y precisamente en Pick sobresale su preocupación por respetar los códigos éticos del informador.

Buscar los escritos en los que Pick analiza la profesión, sus palabras en los discursos que se conservan y algunos testimonios de quienes le conocieron, permiten reconstruir con fide-

lidad su pensamiento sobre la necesidad de ejercer la profesión con sinceridad y respeto, sin faltar a la verdad, sin hacer en el partidismo.

El aspecto ético de la figura de Pick resulta enormemente atractivo, porque combina de manera infrecuente las diferentes disciplinas del escritor: Su trabajo como corresponsal de guerra en Marruecos puede compararse con el realizado por los mejores especialistas de ese género, máxime en un momento histórico en el cual en España no existía una escuela arraigada y cuando además los medios tecnológicos para transmitir la información resultaban muy rudimentarios.

Resulta una tarea ciclópea analizar en profundidad los diferentes frentes literarios, políticos y vitales en los que se movió José del Río. Fue un escritor prolífico, con una capacidad inusitada para crear artículos, relatos breves, poemas y editoriales con denso contenido político.

Desde el punto de vista del estudio metodológico parece adecuado separar por géneros el legado de José del Río, porque la clasificación cronológica resulta poco útil, al mezclarse los diferentes géneros de manera que puede conducir a la confusión.

## **5. 2 Pick, un escritor integral**

La figura de José del Río trasciende con mucho la de un periodista o un poeta, porque Pick fue un escritor integral. Se ha extendido una manera de apostillar la firma de algunos autores que rubrican sus artículos en los periódicos como ‘escritor y periodista’. Es una fórmula que parece querer desprestigiar la figura del periodista, ya que no se perciben similitudes en otros géneros; No es frecuente encontrar quien firme como poeta y novelista o dramaturgo y periodista. El periodismo no

deja de ser un género literario, una forma de expresión especializada como la del guionista o el ensayista. En el caso de Pick, el pie de su firma resultaría excesivo ya que tras el nombre de José del Río habría que escribir: periodista, articulista, polemista, novelista, poeta, cronista de guerra, ensayista y quizás, aun de esta forma, alguna de sus facetas quedaría fuera de esa definición.

El dominio de los diferentes lenguajes es una característica de José del Río: Su triunfo como poeta, capaz de soportar el paso de las décadas sin que sus versos resulten arcaicos, las crónicas de guerra en Marruecos, su versatilidad para el artículo diario, el tino y ponderación para dirigir un diario... todo en él apunta a una persona con capacidad para dominar diferentes lenguajes.

Realmente, José del Río fue una persona con una ingente capacidad de creación, un autor que escribió cientos de artículos, multitud de poemas, dirigió dos periódicos y todo eso tras ser marino y posteriormente capitán de la draga que trabajaba en el puerto de Santander manteniendo abierta la canal del acceso a los muelles.

De todos los géneros abordados por José del Río, esta tesis se centra en su tarea periodística, en su visión de la responsabilidad del informador. La razón es obvia: De todo el legado que ha dejado José del Río el más importante, el más voluminoso y el más rico ha sido sin duda el de sus artículos en los diarios de Cantabria y de otras provincias y sus crónicas, especialmente las enviadas desde Marruecos en la guerra colonial española.

Dice el escritor montañés Jesús Pardo en el prólogo-estudio de la obra de Pick 'El capitancito': "De toda su obra, la única parte que tuvo tiempo y espacio para desarrollarse normalmente, refinando su brillantez innata con la experiencia

y la observación hasta llegar a una fase final de magistralidad instintiva, fue la periodística. Sus poemas, no son sino la preparación de la paleta, a partir de la cual le faltaba aún ese gran salto en el vacío, del que unos caen en el Olimpo y otros en el santísimo suelo. José del Río, pienso yo, se quedó en el aire, y allí sigue: su talento le libró del santo suelo, y el parón en seco de obra poética le cerró el Olimpo”. (1)

Pick fue un periodista integral porque tuvo capacidad para ejercer la dirección de dos periódicos de éxito, *La Atalaya* y *La Voz de Cantabria*, de abordar con brillantez la crónica de guerra como enviado especial, de escribir una larga lista de artículos que si bien son en su mayoría costumbristas o sobre asuntos muy locales, también publicó otros de más largo aliento sobre cuestiones internacionales.

### **5. 3 Periodista callejero**

Pick es, evidentemente, un periodista agudo, que supo captar el ambiente del momento y reflejar, a modo de pintura al fresco, la vida de la primera mitad del siglo XX en Santander, porque otra de las características de Pick su capacidad de observación y la manera acertada con la que conectó con su entorno. Bien puede decirse de Pick que fue un “periodista callejero”, sin que ese apelativo suponga menosprecio, sino por el contrario alabanza. Pick siempre entendió y practicó que el buen periodismo surge de la calle, se cultiva en las salas de conferencias, en las tertulias, en las cafeterías... porque es en esos lugares donde bulle la vida real, la vida que está fuera de los despachos de los políticos y de las componendas de empresarios y sindicalistas.

Su obra periodística es un tratado de historia formado por la cadena de pequeños sucesos que él ha sido capaz de volcar en sus escritos, realizados sin tiempo para una elaboración

pausada, con la frescura y la inmediatez de la prensa y, en consecuencia, con la viveza que no tienen los libros de historia. A través de José del Río es mucho más sencillo comprender como se vivía y se pensaba en el Santander de esa primera mitad del siglo XX, en una época convulsa en la que España pasó de la Regencia de María Cristina a al reinado de Alfonso XIII y del Rey a la dictadura de Primo de Rivera, de ésta a la república y poco después a una guerra civil que dio paso al periodo dictatorial del general Franco.

Polemista consumado, en un momento histórico –los inicios del siglo XX- en los que la polémica era un elemento nutricional de las páginas de los diarios porque la adscripción de las publicaciones a ideologías concretas, cuando no directamente a un partido político, configuraba un mapa de la prensa muy diferente al actual.

Sus artículos diarios, dan fe del talento y la capacidad creativa de un hombre que, sin los medios que hoy en día tienen a su alcance los periodistas, fue capaz de escribir cientos de columnas y todas ellas con intención y con una prosa de excelente factura.

Pick describe con una capacidad de autoanálisis encomiable lo que supone la tarea de escribir a diario en los periódicos. Su artículo ‘El ingrato oficio de escribir’ publicado en ‘La Atalaya’ es la mejor definición de cómo piensa el Pick periodista: “La pluma de escritor –dice Pick- pesa en nuestras manos como un grillete. ¡Triste oficio éste, nueva, nueva figura de Quijote que sólo produce la amargura de recibir pedradas en pago de favores! Un escritor nunca puede acertar plenamente. Cuando alaba a alguno, el alabado, lejos de agradecersele, se engalla orgulloso pensando que sólo se le ha dicho una mínima parte de la verdad. Los favores que un escritor hace se olvidan pronto; en cambio, las pequeñas molestias que causa, le suscitan odios irreductibles”.



“El escritor sirve a todo el mundo; su pluma –prosigue Pick- se da pródigamente, con una liberalidad sin ejemplo. El escritor ha ayudado a hacer carrera a muchos. En cambio –reciente está el caso de los músicos del teatro- en cuanto alguien deja de recibir el diario tributo del elogio, se yergue en un gesto de galeote y pregunta:

—¿Pero es que esta gente de pluma quiere hacer casas a costa nuestra?

¡Ay no, hermanos filarmónicos, bien sabéis que no! El escritor no hará nunca casas a costa de nadie. Su misión en el mundo es ver cómo las hacen los demás, y cuando para terminar la obra se precisa su esfuerzo, darlo con una generosidad de prócer. Ni al agradecimiento aspira, porque sabe que nadie se lo ha de agradecer. Por eso es la suya la verdadera generosidad. Hacer bien a agradecidos, es el egoísmo del desinterés. Hacerlo a quien no lo agradecerá nunca, es el desinterés puro. Y este desinterés es el de los escritores”.

“Esos músicos que ahora se revuelven contra los periodistas – José Saiz del Río se refiere a una polémica local por unas notas publicadas en los diarios acerca de un concierto de los filarmónicos- porque un día ejercitaron con ellos el derecho de crítica, fueron ensalzados en los periódicos muchas veces. A uno se le llamó eminente; de otro se dijo que su violín era rival del de Sarasate...¿Pequeñas vanidades? No; algo más. Esos recortes de periódicos sirven para consolidar un nombre, para fijar los emolumentos... sin embargo esos artistas lo olvidaron todo. En el periodista, en el escritor, no vieron más que al que se atrevía a criticarles”.

“Y lo más triste es que el escritor es incorregible –redacta Pick- Granizan las pedradas sobre su yelmo de Mambrino, y él sigue rompiendo lanzas por los apedreadores. Su pluma dirá siempre que tal cual músico es un Mozart redivivo, que tal

compositor es un Beethoven... basta que lo pida el interesado alegando que se trata del pan de sus hijos”.

“En cambio, cuando se trata del pan de los hijos del escritor, nadie hace caso. y concluye Pick: El comparado con Puccini les cobra su trabajo con pluses y extraordinarios a ser posible. Es una extraña comunidad de intereses: la pluma del periodista es de los músicos; en cambio el arco del un violín segundo es solo suyo. Y todavía cuando hablan dicen que los periodistas les explotan” (2).

De este texto se desprende, de forma clara la idea, más bien pesimista, que José del Río Sainz tiene de la percepción que el periodismo genera en las diferentes capas de la sociedad. Del Río nunca se llamó a engaño sobre el peso de los periodistas dentro de la estratificada sociedad de las primeras décadas del siglo XX y es plenamente consciente de la fragilidad de lo que se escribe y del despegue con el que los lectores, aunque sean en ocasiones los protagonistas de la información, reciben lo escrito. El artículo que aquí se acaba de reproducir es, sin duda, una pieza maestra del análisis de la condición de la crítica, una valoración que ahora, casi un siglo después, sigue teniendo plena vigencia.

#### **5. 4 Las presiones que se ejercen sobre el informador**

Pick escribe, también en La Atalaya otro artículo titulado “La tragedia del periodista de provincias” en el cual aborda los problemas de los periodistas. La columna de José del Río no tiene desperdicio : “Aquí, en provincias, donde todos nos conocemos, la tarea de hacer un periódico es más complicada que lo que supone el lector. Que coge por la mañana la hoja volandera. Tan complicada es, que a veces reviste caracteres de tragedia. Nos explicaremos”.

“En provincias, donde no abundan los sucesos sensacionales, el periodista celoso de su oficio se pasa el día suspirando por un suceso que merezca los honores de la gran información. Ese suceso tarda en llegar y el periódico se resiente en todo ese tiempo de su ausencia”..

“El lector, indignado, lo comenta y censura por la mañana”:

—“Estos periódicos que no traen nada; ni una muerte, ni un robo. ¡Hay que ver!”

“Pero como todo llega en este mundo, el suceso sensacional llega al fin. Supongamos que en una taberna del extrarradio, a un cazador, se le ha disparado una escopeta y ha lesionado a un peón caminero. El periodista se lanza sobre las cuartillas con hambre insaciada de cosas truculentas y empieza a contar. Pero apenas está en las linotipias su trabajo, una visita viene a interrumpirle”.

“Es un amigo suyo, o político o de la infancia, o del Casino de la Congregación. Al amigo le acompaña un señor completamente desconocido”

—“Este señor es el hermano del cazador a quien se le disparó casualmente su escopeta y que hirió a un peón caminero. Viene a que no des cuenta del suceso”.

—“¡Hombre!”

“Le explica que eso es imposible, que las cuartillas están ya compuestas y que el periódico quedaría en ridículo si se callase lo que ya todo el mundo sabe en el pueblo. Por fin, a fuerza de mucho regatear, se promete que no se dará el nombre del cazador desafortunado”.

“Media hora después llega otro señor, también acompañado de otro amigo. Es el dueño de la taberna donde ocurrió el suceso. Para evitar que padezca el crédito de su establecimiento pide y, obtiene por lo regular, que se omita ese importantísimo detalle”.

“El periodista – prosigue Pick en esta columna que además de relatar hechos verídicos muestra a las claras las presiones a que se ven sometidos los periodistas- lanza un suspiro de satisfacción, creyendo que ya nadie ha de llegar a pedir nada; pero se equivoca. Todavía han de desfilan por la redacción los familiares del herido, a quien por los visto interesa mucho que el público no conozca su nombre más que por iniciales; dos señores que se hallaban casualmente en la taberna, y que figuran como testigos, tampoco quieren salir en los periódicos; el cabo de la Guardia civil que intervino y, que por estar fuera demarcación, teme incurrir en responsabilidad si se divulga el hecho...”

“En fin, que al otro día aparece el suelto como si se insertase en una edición especial hecha por los chinos. Se dice que a un señor, a quien no se nombra, se le disparó espontáneamente su escopeta e hirió a una persona cuyo nombre se sustituye por una X, en un establecimiento situado en uno de los arrabales de la población”.

“ Y lo que ocurre con los hechos sangrientos, ocurre con casi todas las noticias. No se puede dar el nombre del agraciado con el premio ‘gordo’ , porque no le conviene para sus asuntos particulares; ni las multas que imponen las autoridades, porque padece el crédito de los multados; ni el nombre del señorito que pega a un guardia; ni el de la doméstica que sacude sus alfombras en los balcones...Como en provincias nos conocemos todos, estas personas encuentran amigos que se presentan en los periódicos a defender su causa”.

“El argumento que generalmente se emplea, es que se ha visitado previamente a los demás periódicos locales y que todos están conformes en hacer el favor. ¡Y quién es el que se atreve a ser nota discordante y llevar su crueldad a términos que disuenen de sus mismos colegas y compañeros!

“El periodista de provincias –concluye Pick- tiene que servir a todo el mundo, atender a todo el mundo y hacer esas informaciones curiosas en las que se dice que R. R. agredió a X. X., porque ambos estaban enamorados de N. N. bellísima muchacha domiciliada en la calle de Z. Z.”. (3)

Esta columna de José del Río mantiene su vigencia y actualidad, con la misma fuerza que algunas crónicas de Larra. Basta cambiar el tema y los protagonistas por una suspensión de pagos en una empresa para que la ristra de personas que acuden al director, para tratar de evitar que se publique la información o que, en el mejor de los casos para el peticionario, se omitan determinados nombres. También llegarán hasta el director los miembros del comité de empresa (empujados por la dirección de la empresa) para alegar que la difusión de ese hecho supone poner en riesgo su puesto de trabajo. Es más, en los tiempos que corren, es posible que la propia noticia de esa intervención judicial, que saca a la luz la mala situación económica de una firma comercial, llegue hasta la redacción de mano de algún competidor que si tiene interés en que se magnifiquen en lo posible los detalles. No faltará la presencia del director de publicidad del periódico que ‘se limitará’ a recordar al director que la fábrica que entra en suspensión de pagos es un buen anunciante y que como tal empresa, aun con dificultades financieras, seguirá trabajando y contratando anuncios. Si además el propietario de la firma en dificultades es amigo de algún miembro del consejo de administración del periódico, la presión crecerá de manera exponencial.

Sobre este tema un periodista de amplia experiencia y

de criterio riguroso, José Antonio Zarzalejos, dice: “Aprendí así que en el periodismo hay que desarrollar un instinto cimarrón, solitario hasta adusto, porque es la única forma de establecer un perímetro sanitario frente al poder político y económico y –lo más importante- frente a los editores, que confían en tus manos la administración de un patrimonio tantas veces histórico que les trasciende...” (4).

### **5.5 “Los malhechores de la pluma”**

En los casos en los que el interés en que determinado hecho no trascienda a la opinión pública proviene de un Gobierno (municipal, regional o de la nación) los obstáculos que debe salvar el director y equipo de redacción para que la información vea la luz, son enormes. Y, en determinadas ocasiones, quienes tratan de detener el flujo informativo logran sus fines apelando desde el chantaje sutil, o a la presión más directa y burda.

Es más, las presiones internas son siempre especialmente perniciosas. Cuando el interés en ocultar una información procede del presidente de la editora del periódico, del Consejero delegado o de algún miembro del Consejo de Administración la posición del director de la publicación se debilita y debe realizar un ejercicio de firmeza para imponer su criterio ante los propietarios del periódico, porque el cometido del periodista es atender al interés de los lectores y no de los compromisos, más o menos naturales, de los altos cargos de la editora.

El caso de la editora del diario norteamericano Washington Post, Catherine Graham y el director del rotativo, el mítico Ben Bradlee, es un ejemplo máximo de la resistencia ante las presiones de nada menos que la presidencia del Gobierno de los Estados Unidos. Ambos mantuvieron casi dos años la

investigación del caso Watergate que terminó con la implicación del presidente Richard Nixon, pero antes de lograr su objetivo de desvelar toda la trama debieron soportar un acoso de proporciones gigantescas.

No siempre se producen conductas tan profesionales y éticas y en más de una ocasión los periodistas ceden ante el cúmulo de llamadas, recomendaciones y peticiones para que una información no aparezca en las páginas del periódico, en el informativo de TV o de radio.

José del Río escribe en agosto de 1915, en el diario *La Atalaya*, un artículo que es un verdadero modelo de ética profesional y toda una lección de periodismo. Lo titula “Los malhechores de la pluma” y en esa frase se resume el contenido. Dice Pick. “no hay prostitución más abominable que la prostitución de una pluma”. Y tras esa frase rotunda continúa: “Cuando pierde el pudor, cuando sólo corre a impulsos de los bajos instintos, es como esas tristes ramera que inspiran, a la vez.

lástima y escándalo. Así como el noble ejercicio de la medicina está vedado a los profanos, la facultad de escribir para el público debiera estar vedada a los que no demostraran una cultura suficiente que fuese garantía de su labor”. En este párrafo Pick esta ya poniendo sobre la mesa el problema de la necesidad de que el periodista reciba una formación adecuada y que el escribir en los medios de comunicación no quede al albur de personas sin conocimientos suficientes o sin una formación deontológica sólida.

En ese mismo “Aire de la calle” José del Río concreta aun más sus planteamientos sobre la profesión: “Todos los días estamos viendo la acción nefasta de elementos salidos de las últimas capas, que con golpes de audacia se erigen en conductores de opinión (.../...) En estilo bárbaro y arbitrario, despro-



**La redacción de *La Atalaya* en un almuerzo homenaje a Pick por sus éxitos periodísticos.**

visto de toda gala, salpicado de solecismos que acusan una ignorancia grasa de faquín de muelle, resuelven todas las malas pasiones de la luz social, como el pilluelo que hunde los pies en el légamo del estanque, enturbiando sus aguas”.

Sigue en la misma línea de plantear la necesidad de profesionalizar el periodismo. “Nosotros queremos al pueblo. En sus filas formamos, y el hábito de ciudadanía lo vestimos con el orgullo del militar que luce su uniforme de gala. Amamos el periodismo, de cuya institución somos la parte más humilde, y creemos en la labor social que está llamado a desempeñar en los tiempos modernos. Por eso nos duele que el solar glorioso y querido sea una especie de patio de mesón, donde todos los pícaros, todos los gitanos y todos los saltimbanquis puedan cobijarse”.



Culmina su artículo con una alegato que asemeja a una arenga y en el que deja de manera explícita su idea de que el periodismo debe ser una profesión que necesita de una formación seria y rigurosa: “El periodismo es hoy una profesión que, por las necesidades de la vida moderna, debe exigir a quienes la practiquen una disciplina moral e intelectual, que sea una garantía contra intrusiones de los iletrados y los aventureros. En una palabra, el título de periodismo debiera obtenerse mediante ejercicios prácticos y teóricos suficientes. Y al que careciera de este título, impedirle que hiciera demostración de su ignorancia y su incultura”.

“¿Se permite acaso –prosigue Pick- que un hombre se desnude materialmente en la vía pública? Pues tan escandaloso y tan inmoral es el caso de esos aventureros de la pluma que se desnudan ante el público, poniendo al descubierto su nula educación. Claro que las polémicas, los ataques enconados y vivos no podrán evitarse nunca. Sólo en un cementerio no son posibles. Pero ya que han de herirnos, que no hieran con arte. Que sea la fina punta del florete la que nos toque. No una coz” (5)

Deja pues, perfectamente claro, su deseo de que el periodista reciba una formación académica y, sobre todo, que se impida el ejercicio de la profesión sin haber demostrado los conocimientos precisos y necesarios, porque lo que está en juego es el derecho de los ciudadanos a recibir información contrastada y a quedar a salvo de periodistas que no son tales.

La crisis económica y de modelo que padecen los medios de comunicación hoy en día, es un espejo en el cual se puede ver los cimientos éticos de un hombre como José del Río, capaz de mantener una recta línea de conducta en todo momento y de ser capaz de rectificar sus posiciones cuando advierte que se está equivocando.

## 5.6 La ética de José del Río

A José del Río le preocuparon siempre los aspectos éticos del periodismo. Y sobre ellos escribió numerosos artículos e intervino en debates y coloquios. Una de las áreas informativas que le causaban preocupación era la de sucesos y hechos delictivos. Un terreno siempre difícil en el cual el periodismo de entonces, y de ahora, se debate entre la obligación de informar con precisión y detalle y los límites éticos del respeto a las víctimas y a la presunción de inocencia de los imputados. José Manuel Pastor, uno de los estudiosos de la obra de Pick, puntualiza la posición del periodista y poeta cántabro: “El tratamiento que hace la prensa de los hechos delictivos – crímenes sobre todo- preocupa en varias ocasiones a Pick, y en concreto la parte de la información que involucra a los familiares de los reos, a quienes se estigmatiza de manera injusta y cruel; ante los excesos que en este sentido se cometen pide que los periodistas reconsideren su actitud tanto a nivel personal como colectivo, en el marco de un congreso de la profesión (publicado en La Atalaya del 10-5-1924). Lo que no admite es que se atribuya a la prensa cierto papel de inductora indirecta de estos hechos, como opinan algunos, ni está de acuerdo en que sea impropio de periódicos serios dar una cobertura amplia a los sucesos criminosos, pues, por ejemplo, la mejor prensa francesa lo hace con profusión; al tratar así estos temas no se pretende aumentar las ventas – aunque si no se diera esa información disminuirían- sino que muchas veces se contribuye al esclarecimiento de los hechos y se ayuda a la justicia, al tiempo que se interesa a la opinión pública para que no queden impunes los delitos” (6).

Un terreno en el que Pick demuestra su impulso y su garra periodística es el de la información sobre las personas y los límites del derecho a la información y la privacidad e intimidad de las personas. José del Río expone sus ideas que contrastan con las de ‘El Cantábrico’ y ‘El Diario Montañés’ que se muestran

más conservadoras y tendientes a no informar de asuntos personales. José Manuel Pastor resume bien la posición de Pick desde sus propios textos: “Otro tema de ética periodística es el relacionado con la vida de las personas. Desde alguna prensa se sostiene que el periodista, en especial en los casos de sucesos delictivos, no debe inmiscuirse en ellas mientras no haya una sentencia judicial”. (7) A Pick le parece absurdo el planteamiento (¿Se habría de esperar a que el

Supremo diga la última palabra?) y cree que tales escrúpulos se deben, en general, a intereses particulares o a la posición social de los posibles implicados. La realidad es que cuando una persona adquiere relevancia pública, sea por motivos dignísimos o deleznable, pierde la vida privada, en la cual entran tanto el historiador – a quien no se cuestiona por hacerlo- como el periodista, que no deja de ser un auxiliar de la Historia; ‘el periodismo moderno es una constante violación



**Foto de estudio de Pick tomada en el año 1925, en el esplendor de su carrera.**

de la vida privada’ –dice José del Río-, empezando por los ecos de sociedad, y, aunque los relatos hayan de hacerse siempre con ‘prudencia y todo respeto’, no ha de desvirtuarse la información, pues, ‘el primer deber del periodista es el de ser veraz’ concluye Pick”. (7 bis)

## **5 . 7 La generosidad con los colegas**

En la investigación del comportamiento ético de Pick existe una prueba máxima de su capacidad de imparcialidad y de la manera objetiva con la que veía y enjuiciaba el mundo que estaba en sus aledaños.

Está probado, por los diferentes testimonios ya conocidos, que la relación entre profesionales de la información esta lejos de la cordialidad y menos aun de la alabanza mutua. La competencia periodística y unas altas dosis de narcisismo que afloran con facilidad entre los articulistas o los primeros espadas de la información política o deportiva. En la época en la Pick fue redactor, articulista y director de los diarios La Atalaya y La Voz de Cantabria su talante personal frenó esa tendencia cainita de los periodistas y lo que él escribió de sus colegas fue correcto siempre e incluso elogioso en la mayoría de las ocasiones.

Un primer ejemplo de esa conducta alejada de las diatribas y críticas feroces que eran moneda de cambio en la época, la encontramos en sus descripciones del periódico El Pueblo Cántabro, un diario que nace de una escisión maurista, al que Pick inicialmente, y desde La Atalaya, ataca con vigor en el año 1927 pero que más tarde, en el año 1935 reconoce que tiene valores interesantes y al que califica de “impulsor de la transformación y el progreso de la prensa local, anclada hasta entonces en un hacer totalmente rutinario e indiferenciado.

Pick da un paso más en una visión completamente imparcial de sus colegas y competidores. Así en los meses de septiembre y octubre del año 1924 y con el título genérico de “Gente de pluma en Santander”, traza perfiles de sus colegas. Estos textos son siempre amables, sin acidez, sin crítica ni mala intención. Únicamente desliza algún comentario irónico sobre sus competidores, pero siempre sin doblez ni carga crítica.

Hace un repaso los periodistas más distinguidos de aquel momento. Dedicar una columna a cada uno y así habla de Fernando Segura, que comenzó como corrector de pruebas en El Atlántico y pasó después a La Atalaya. Cita a Enrique Vázquez, que firmaba con el pseudónimo de Polibio y que pasó al diario del Cardenal Herrera Oria, El Debate. Más tarde, tras la Guerra Civil, Polibio regresó a Santander y firmaba a diario una columna en El Diario Montañés titulada “Grímpolas y gallardetes”.

Realmente hace un repaso de sus colegas y más tarde en los años 1925 y 1927 prosigue con esa sección de “Gente de pluma en Santander” para reflejar a través de su óptica la opinión que le merecen otros periodistas coetáneos.

## **5. 8 Reconocimiento profesional del oficio periodístico**

Si hemos dicho que José del Río fue, en todo momento, un avanzado a su tiempo, incluso con los límites que su pensamiento conservador imponían, en un aspecto esencial lo demuestra sin ambages: En los años 1927/1928 reverdece la idea de regular y prestigiar la profesión periodística, que en aquel momento carecía de un reconocimiento académico y laboral.

Los periodistas lo eran por la acreditación que les otorgaba el medio en el cual publicaban, pero no existía ninguna regu-

lación jurídica que amparara a los informadores.

En la polémica sobre la regulación y reconocimiento de la profesión, el diario ‘El Debate’, fundado y dirigido por Ángel Herrera Oria, (Santander 19 de diciembre de 1886-Madrid 28 de julio de 1968) un santanderino ilustre que alcanzó la púrpura cardenalicia, defendía la necesidad de una escuela de periodistas que permitiera la formación de los futuros profesionales de la comunicación. Lo hacía ‘Pro domo sua’, ya que Ángel Herrera había creado una escuela de periodismo dentro de ‘El Debate’ y con ello estaba en línea con su proyecto de formar periodistas con un claro marchamo ideológico.

Pero al mismo tiempo, en coherencia con su planteamiento de reivindicar la escuela de ‘EL Debate’, el cardenal Herrera se oponía a que existiera una titulación para acreditar a los periodistas y un registro formal que certificase quienes pertenecía a la profesión y quienes eran intrusos.

La posición de Pick, en este asunto de gran trascendencia profesional, es clara y se explicita en una polémica con ‘El Diario Montañés’. Este periódico santanderino, nacido (1 de agosto de 1902) por la iniciativa de un grupo de católicos muy próximos al Obispado, y en plena línea coincidente con ‘El Debate’, publicó un artículo titulado ‘El Debate y la Escuela de Periodistas’, en el cual reprochaba a Pick que se apropiara de la idea de una escuela de periodismo. En la respuesta de Pick, a través de su ‘Aire de la calle’ en el diario ‘La Voz de Cantabria’ el periodista y poeta santanderino deja clara cual es la su manera de entender la dignificación y regulación de la profesión periodística, al entrar en la polémica con una referencia al congreso que se desarrolló en la isla de Mallorca en la que se trató el asunto del reconocimiento profesional: “No ignoramos – ni mucho menos tratamos de aparentar ignorancia- las campañas de ‘El Debate’. Pero al no incluirle entre los defensores de la Escuela, tuvimos en cuenta que ‘El Debate’

no ve el problema como el señor Arvizu (8) y nosotros lo vemos. ‘El Debate’ quiere la Escuela, pero la Escuela sin carácter oficial (empezó a crear una en su periódico) y, mucho menos, quiere que se otorguen títulos de periodista. El artículo que reproduce ‘El Diario Montañés’ lo dice bien claramente” (9).



**El cardenal Ángel Herrera Oria.**

Tras esa idea Pick concreta cual es su verdadero concepto de lo que debe ser la regulación y aprendizaje profesional: “Nosotros entendemos que la Escuela, sin el aval profesional del título, no significa nada. Es más, al título profesional le concedemos tanta importancia como a la Escuela misma. Lo interesante es revestir a la profesión de las garantías necesarias que hagan imposible el intrusismo que acrediten en quien la ejerza un mínimun (sic) de cultura indispensable para el desempeño del oficio”. (10).

Y Pick prosigue en el mismo artículo para completar su argumentación y, también, para zaherir a su oponente en la polémica: “‘El Debate’ se opone a esto, probablemente, con miras interesadas de empresa; pero nosotros insistimos en su necesidad”. Y Pick, en un estilo periodístico impecable utiliza los propios argumentos de su adversario, ‘El Diario Montañés’



para remachar su posición: “Precisamente el mismo ‘Diario Montañés’ viene a reforzar nuestra convicción cuando dice que debe aspirarse “a que el periodismo sea la profesión temida y considerada que, con la diplomacia y la política, oriente y dirija los destinos de los pueblos. A una profesión que ha de llenar fines tan elevados ¿Cómo puede negársela el aval del título profesional?”. (10 bis)

José del Río se extiende en su análisis de la situación y considera que la fuerte oposición que desde los partidos de izquierda han surgido contra la ‘Escuela de El Debate’ se debe, en gran parte, a esa exclusiva que el diario de Herrera Oria quiere atribuirse y por ello considera Pick que el crear una titulación y escuelas oficiales serviría para que el acceso a la profesión fuera abierto y plural, eliminando los argumentos que se esgrimen en contra del proyecto de otorgar carnés profesionales.

Remata ese argumento en el mismo artículo –un texto extenso- con esta reflexión: “Desde otro punto de vista ‘El Debate’ procede también con fines partidistas. Defiende la Escuela particular y se opone al título profesional. O sea, quiere asegurar el monopolito de la enseñanza e impedir que la Escuela oficial pueda hacerle la competencia”.

## **5. 9 Defensa del profesionalismo a contra corriente**

La polémica sobre la Escuela de Periodismo y, especialmente, acerca de la necesidad de crear una acreditación profesional, con el filtro de un examen que garantice un mínimo de conocimientos y oficio, de quienes aspiren a trabajar en los periódicos, no sólo no amaina, sino que se recrudece.

Varios meses después del Aire de la Calle en defensa de una Escuela pública y abierta para formar a los futuros informado-





**Matilde de la Torre, folklorista y política.**

res y también del carné profesional, el debate toma más vigor y aparece una corriente de periodistas en activo que se opone a cualquier control sobre la profesión.

El hecho de que sus colegas no estén de acuerdo con sus planteamientos no enmudece a Pick, quien persiste en sostener y argumentar sus tesis.

Con esta posición José del Río demuestra su completa entrega a la tarea periodística

y al mismo tiempo su visión de futuro, ya que son sus tesis las que triunfan, aunque deba pasar un tiempo para que todo ello se produzca.

La polémica se amplía y entra en ella un personaje de peso en la vida cultural y política de Santander: Matilde de la Torre (Cabezón de la Sal 1884- México D.F. 1946). Ese debate abierto entre Matilde de la Torre y Pick aporta importantes elementos para comprender bien la visión que José del Río tenía del periodismo y como se adelanta varios lustros a lo que, en el presente, es el reconocimiento profesional de la tarea de comunicar: “¡También usted, ilustre amiga! –comienza

un Aire de la calle que, bajo el título genérico de ‘Escuela de periodistas’, dice claramente a quien va dirigido el mensaje: “Para Matilde de la Torre” – Así el bando de los enemigos de la Escuela no tendrá sólo cantidad, sino calidad también. Ello es desolador y abrumaría a cualquiera que no llevase este ideal de reivindicación de clase como le llevamos nosotros, encendido en el alma como una hoguera” (II).

El director de ‘La Voz de Cantabria’ entra en materia al responder a una columna redactada por Matilde de la Torre y que se publicó en el diario ‘El Cantábrico’: “¿La Escuela de Periodistas?” pregunta usted, y a continuación se responde usted misma:”¡Ah, si! Un organismo más, un título más, un prestigio más”.

Esta polémica con Matilde de la Torre permite a Pick ofrecernos otra definición más del concepto periodista: “El periodista moderno es algo más sencillo: es el hombre que escriba con facilidad, que tenga una cultura general, no muy profunda, pero si muy extensa ; que conozca por lo menos dos o tres idiomas; que sea buen taquígrafo y buen mecanógrafo... Este mínimun de conocimientos puede adquirirse perfectamente por medio de una Escuela. Después de la Escuela un tiempo de práctica en buenos periódicos, le dará la mecánica del oficio”.

Tras esa definición de los saberes que debe tener un periodista y que con una simple traslación material sigue sirviendo para el siglo XXI (basta cambiar taquigrafía por manejo de la informática) y suprimir la taquigrafía, ya superada, por adquirir alguna especialización) se debe añadir a otras similares hechas por el propio José del Río. Y ante la afirmación de Matilde de la Torre de que para ser periodista solo hay un camino: las redacciones de los periódicos Pick responde: “Es como si dijera que para el marino no hay más Escuela que el barco, y para el médico, el enfermo. Esa, en todo caso, será la Escuela

Práctica muy necesaria y conveniente. Pero los marinos y los médicos han de pasar antes por otra Escuela elemental. Que es la que pedimos también para los periodistas”.

Con este colofón, José del Río, apostilla con vigor su tesis de que el periodismo no es un oficio abierto a cualquiera sino que el informador debe tener una formación específica y que tiene la obligación de regularse el ejercicio profesional mediante la creación de un carné de prensa.

La polémica entre Pick y la folklorista y política Matilde de la Torre prosigue, porque la intelectual cántabra insiste en su tesis de que los títulos profesionales sirven para enmascarar a muchos inútiles e incapaces. Pick responde: “El remedio (para terminar con quienes tienen un título y son incapaces de ejercer dignamente la profesión) no está en hacer un auto de fe con los títulos, porque haya muchos títulos falsos, sino en dignificarlos, exigiendo respondan a una realidad de suficiencia. Afortunadamente, se va mejorando ya mucho en ese aspecto. Hoy la gente sale de las Universidades y Escuelas mejor preparada que hace cincuenta años” (12).

## **5. 10 “Blasón de periodista”**

La defensa de la profesión es una constante en Pick, uno de los asuntos sobre el que más escribió, siempre con una idea moderna sobre el informador, alejándose de los viejos clichés que definían al periodista como una mezcla de bohemio, poeta y correvedile siempre buscando un “padrino” que sufragase sus gastos.

Esa línea de actuación ha ocupado muchos de los escritos de Pick. Concretamente uno de los que mejor captan la idea del periodismo en José del Río es el titulado “Blasón de periodista” (13). El escritor comienza así su Aire de la calle: “Nues-



**La plaza santanderina de Puertochico, llevó el nombre de José del Río en los últimos años de la monarquía de Alfonso XII.**

tro amigo nos dice: ¿Pero puede ser que estés contento de tu profesión... Sería algo despreciable –responde Pick- si no lo estuviera. Mira. Ahora podemos hacer balance. De bienes materiales, nada. Tu conoces la estrechez en que vivo, pero ¡Qué de bienes morales en compensación! ¿Cómo podría yo pagar eso? ¿Cómo lo hubiera conseguido en otra carrera? Escribiendo siempre en periódicos de provincia, porque aunque he tenido abiertas todas las puertas, mi desgana me ha hecho desdeñarlas. Mi firma modesta ha logrado consideraciones y afectos que me enorgullecen. Hoy la Montaña puedo recorrerla, de punta a punta, teniendo cada noche por albergue una casona o un palacio. Y eso sin humillarme, sin violentar nunca mi conciencia. Yo no he adulado jamás a nadie, ni he llamado en ninguna puerta. Gentes que no me conocía han venido a mi para conocerme y me han brindado todo. Hoy tengo amigos en todas partes ¡y qué amigos! Desde el general

Berenguer y el conde de Güell hasta José María de Cossío”.

José del Río quiebra en este artículo la reserva y la modestia que impregna toda su obra. Y lo hace más por presunción de su oficio y profesión que por alarde propio. El marino experto y fogueado, el poeta galardonado, el personaje reconocido socialmente... tiene en el periodismo su norte, su verdadera identidad.

Este “Blasón de periodista” es un ‘Aire de la calle’ que sirve para conocer de manera singular el sentimiento profesional y el orgullo de un oficio que, como vemos por la polémica sobre la necesidad de una titulación y una escuela, estaba aun en ciernes y carecía de reconocimiento social.

El artículo de Pick en el que blasona de su profesión y en el que hace un balance de las miserias y los éxitos de su tarea diaria de informador y comentarista de la actualidad, es una verdadera confesión, un examen de conciencia. Y en ese rumbo, despliega sus éxitos, en un escrito realmente excepcional, ya que Pick fue siempre un personaje que quiso pasar desapercibido.

En esta ocasión se salta su propia norma y escribe: “Dios, que me ha negado tantas cosas, me ha concedido el tesoro de las amistades con una largueza que me confunde. E igual en el pueblo. Fíjate bien: artículos míos se conservan en marcos, y caligrafiados sobre pergaminos, en las tertulias populares y en los palacios montañeses. Dicen de mí que he defendido siempre a mi tierra y que he sido vocero del pueblo. ¿No voy a estar agradecido a la profesión que me ha proporcionado tales bienandanzas?

En este mismo artículo Pick responde a una duda que pudiera tener el lector sobre el rigor y la imparcialidad del periodista, y así se inquiere a sí mismo:

—“Habrá sido a fuerza de concepciones”

—Te equivocas. Yo he sido siempre un periodista áspero que ha dicho a todo el mundo, cuando la ocasión ha llegado, las cosas más desagradables. Y precisamente son los que tenían más motivos para sentir agravios, los que me han tenido más firmes y leales manos de amistad. Ese reconocimiento de mi rectitud de intenciones, por parte de los que fueron mis adversarios, es lo que más me satisface”.



**Monumento a Pick, en Puertochico, que recuerda el muelle que llevó su nombre y que fue eliminado por el Ayuntamiento republicano.**

Este Aire de la Calle es, sin duda, uno de los documentos que más aporta sobre la manera en que José del Río vivió su profesión y también el que mejor ilumina la concepción que Pick tenía sobre como debe ser un informador.

Así, en un excelente ejercicio de estilo, en el cual se auto-pregunta, nos deja ver con claridad su pensamiento:



—“¡Y tienes tu nombre en un muelle!

—No hablemos de eso –responde Pick en ese mismo artículo- Lo propusieron amigos queridísimos, lo acordaron autoridades dignísimas, lo bendijo un Príncipe de la Iglesia... nuestra gratitud para todos será eterna, ¡Pero si pudiéramos quitarlo! Me creerás si te digo que me avergüenza como una picota. No creo haberlo merecido. Al primero que lo derribase le iría a estrechar la mano conmovido”.

—Eso es orgullo.

—Es, sencillamente, buen sentido yo soy un hombre que quiere vivir en la sombra. ¡Ese es mi elemento natural!

En esta última frase se percibe un criterio que debe tener siempre el buen periodista: no ser nunca el protagonista de la historia sino un narrador que actúa en la sombra. Pick, uno de los articulistas más prolíficos de la prensa santanderina, tuvo siempre clara cual era la posición del informador, donde estaba su lugar y también que la proximidad con los poderosos, con los gobernantes, con los genios del arte o la ingeniería, no debía nublar su vista ni, mucho menos alterar su criterio imparcial.

## **5. II La definición del periodista**

El tenso y largo debate sobre la forma de acceder a la profesión periodística fue centro de atención para José del Río, que siempre tuvo una idea avanzada y moderna de lo que debía ser el profesional de información y que se opuso a la tesis continuistas que imperaban entre amplios colectivos profesionales y especialmente entre los grupos políticos interesados en que el periodismo no se regulara como profesión y que pudieran acceder a las redacciones personas de su entorno y

con ideas afines a las suyas.

Para Pick la situación es clara y no es posible transigir con fórmulas transitorias o con pactos que desvirtúen la esencia misma del profesional de la información. José del Río mantiene que debe crearse una Escuela de Periodistas desde el Estado, de la misma manera que existen las de abogacía o de los diferentes peritajes. Le parece inadecuado que esa formación se delegue en manos de grupos de enseñanza privados, con lo que se opone a la Escuela de El Debate.

Eduardo Palacio Valdés realizó, en la asamblea de Valencia, una propuesta que pretendía ser acercamiento entre las diferentes posiciones de quienes negaban radicalmente la necesidad de una escuela o de un carné y la de quienes deseaban una Escuela oficial y un título que permitiera el ejercicio profesional. La idea de Valdés era dejar en manos de los editores la dispensación del carné profesional y que este caducara cuando se dejara de ejercer en el medio que lo había expedido.

Sobre esa idea se pergeñó otra no menos rechazable para los planteamientos de Pick: Emitir una doble acreditación para los profesionales: una de color verde para quienes ejercían el periodismo de forma profesional, es decir recibiendo un sueldo, y otra blanca para los aficionados que escribían sin recompensa económica.

Pick rechaza de manera frontal esa tesis de la doble acreditación y especialmente se opone a que sea el editor quien otorgue las acreditaciones para ejercer la profesión:

“Por conveniencias de una Empresa poderosa –escribe Pick– se pueden utilizar los servicios y, hasta pagarlos espléndidamente, de gente ajena por completo a la profesión. Tal es el caso de los directores de ‘paja’, empleados muchas veces para eludir responsabilidades o para otros fines. Estos seño-



res, provistos de un contrato de trabajo, tendrán derecho a figurar en el censo de periodistas. Sin embargo, a todo el mundo le constará que no lo son”.

No cabe duda alguna de la firme posición del director de La Atalaya y La Voz de Cantabria sobre la necesidad de crear un censo de periodistas profesionales y de regular desde el Estado la enseñanza de la profesión.

Es evidente que las tesis de Pick no triunfaron y que hasta la creación de la Escuela de Periodismo, tras la Guerra Civil, y más tarde la Facultad de Ciencias de la Información, no se regularizó tanto la formación de los periodistas como el registro de quienes son titulados y, por tanto, profesionales acreditados.

## **5. 12 Un mal domingo para la profesión**

Pick pone el broche final a esta serie de artículos sobre el devenir del periodismo con un reconocimiento de que sus planteamientos no cuajan. Así escribe: “Mal día el del domingo (14) para la Escuela de Periodistas. En ese día cayeron sobre ella, desde distintos puntos de España, tres firmas de responsabilidad y de prestigio: Matilde de la Torre, en El Cantábrico de Santander .../... Alfredo Rodríguez Antigüedad, el joven y ágil redactor de ‘El Pueblo Vasco’ .../... y Roberto Castrovido, el viejo y glorioso Castrovido, a quien todos los periodistas viejos y jóvenes, tenemos por maestro. Los tres, desde distintos puntos de vista se pronunciaban contra la Escuela”.

Este revés no amilana a Pick, que sigue manteniendo su posición a favor de la Escuela y del registro profesional y que en este mismo artículo rebate a los tres colegas que tratan de desacreditar, con argumentos más o menos articulados, la existencia de una profesión en el ejercicio del periodismo

y que optan por abrir el trabajo en la redacción a cualquiera que tenga cierto talento para expresarse por escrito. Una tesis que permitía a los propietarios de los periódicos colocar a sus paniguados y también abrir las páginas a políticos o personas próximas a ellos para difundir más ideas de partido que informaciones objetivas y opiniones independientes.

Un alegato que redactado en el año 1929, supone una preclara visión de futuro y un entendimiento cabal de lo que debe ser la tarea del periodista.

Su defensa de la tarea de informar, máxime viniendo de una persona con una profesión como la de capitán de barco, es encomiable y hace de José del Río uno de los pocos que supo ver, en su tiempo, la necesidad de crear una Escuela, la máxima aspiración en aquellos tiempos, que más tarde devino en una Facultad Universitaria.

Lástima que Pick no llegara a conocer el desarrollo de la carrera formativa de los periodistas y más tarde la creación de la Facultad de Ciencias de la Información que colmaba todas las aspiraciones de los profesionales.

### **5. 13. “El doloroso nacer de un periódico”**

El 29 de agosto del año 1927 se publica el primer número del diario “La Voz de Cantabria”, el diario del que Pick es director y que viene a relevar a La Atalaya. “La Voz de Cantabria” nace de la fusión de dos periódicos: “El Pueblo cántabro” y “La Atalaya” y tiene como director y referente indiscutido a José del Río. En ese primer ejemplar que surge en el final del verano de 1927 aparece un editorial que bajo el título “Primeras palabras” (15) es un manifiesto sobre la orientación de este nuevo diario.

De entrada se hace una manifestación de apertura ideológica y social: “Saludamos a todos, a los que nos lean y a los que no nos lean, porque basta la condición de hijos o de habitantes de La Montaña para que nos consideremos servidores suyos y para que pongamos nuestras columnas a su disposición. Saludamos también de un modo especial a nuestros compañeros en la Prensa y adelantamos nuestro deseo de convivir con ellos fraternalmente manteniendo las obligadas relaciones de compañerismo y cortesía que el trato de gentes y la identidad de profesión exigen”.

Más adelante se adentra ya este editorial de presentación en los objetivos de este nuevo periódico: “Como síntesis de nuestro programa – escribe José del Río- podemos sólo lanzar dos palabras: Montaña y Progreso. Para servir a nuestra región venimos a la vida y para verla floreciente, adelantada y progresiva. Con un gran respeto a todo lo pasado creemos que Santander tiene derecho a vivir días mejores y por el advenimiento de esos días peharemos constantemente”.

El segundo número de este recién nacido diario, José del Río reinicia la publicación de su columna con una larga tradición en ‘La Atalaya’, su ‘Aire de la calle’ en la cual relata la peripecia del nacimiento de ese nuevo periódico: “En todo nacimiento que es el acto más optimista de la Humanidad, hay siempre dolor: dolor de incertidumbre y de desgarrar. Toda mujer que da al mundo un ser nuevo es una mujer pensativa. El porvenir que hasta entonces carecía para ella de sentido se la presenta, aun en los casos en que la maternidad va aureolada con el nimbo de la juventud más fragante, pleno de dificultades y problemas”.

La posición de Pick, al frente del entonces recién nacido diario La Voz de Cantabria, entra en colisión con sus competidores y en la polémica con ‘El Diario Montañés’ y con ‘El Faro’. De esa polémica se pueden extraer párrafos que asien-

tan de manera exacta el planteamiento ético de Pick y su visión sobre el periodismo. A las pocas semanas de su aparición ‘La Voz de Cantabria’ polemiza con ‘El Diario Montañés’ sobre el ferrocarril Santander-Mediterráneo, debate que deriva hacia otros derroteros. Así Pick se ve en la necesidad de aclarar la posición de su diario: “La Voz de Cantabria’ no es un periódico doctrinal, sino absolutamente independiente, con una amplitud tal de criterio y un sentido tal de la justicia, que nos permite publicar en lugar preferente el retrato de don Eduardo Pérez del Molino (16) y pedir para él una alta distinción que tiene sobradamente ganada. Y nos permite, asimismo, recordar de vez en cuando al señor Ruano, al señor Redondel y al señor Conde la Mortera y a don Luis Hoyos Sainz y a todos, en fin, los que han representado algún papel importante en la vida de Santander”.

“Nuestra independencia, que para si quisiera ‘El Diario’, que nos podemos permitir el lujo de publicar un artículo de nuestro colaborador ‘Teofastro’, en que vitupera la vieja política, junto con nuestras crónicas que son una añoranza sentimental de los tiempos vividos en dicha política. Y que al par que censuramos la labor del señor López Argüell, como presidente de la Diputación, insertamos el elogio que de él hace como poeta un cultísimo religioso: el padre Fray Félix García, artículo que va en nuestro numero de hoy”. (17)

José del Río demostró, a lo largo y ancho de toda su trayectoria periodística, su interés por fijar los principios de la profesión y, sobre todo, por dignificar un oficio que estaba degradado y al albur de editores, políticos e intrigantes y bajo cuyo nombre se arracimaban personas de todo tipo y laya.

El trabajo que Pick llevó adelante fue siempre en la misma dirección: hacer del periodismo una carrera universitaria y dotar de entidad profesional (el carné) a quienes superaran las pruebas. En suma, que ser periodista supusiera demostrar

la adquisición de una serie de conocimientos y la asunción de deberes y obligaciones. Su empeño lo mantuvo contra viento y marea, contra la corriente de quienes se oponían a crear una escuela de periodismo oficial –alejada de banderías o de sectarismos- y crear un censo de profesionales acreditados.

## **5.14 Notas capítulo 5**

- 1.- Jesús Pardo. Prólogo de la novela de José del Río “El capitancito”. Editado por la Universidad de Cantabria en la colección “Cuatro estaciones”.
- 2.- Aire de la calle. La Atalaya 7/ 01 / 1926.
- 3.- Aire de la calle. La Atalaya 29 / 9 /1926.
- 4.- La destitución: Historia de un periodismo imposible. Editorial Península. 2010.
- 5.- Aire de la calle. La Atalaya 21/ 8/ 1915.
- 6.- Aire de la calle. La Atalaya 17 / 12/ 1926.
- 7.- Leyendo a Pick. Crónica de su tierra y de su tiempo. José Manuel Pastor. Editado por la Autoridad Portuaria de Santander. 2007.

8.- Francisco Javier Arvizu Aguado (Pamplona 1888- Madrid 1973) fue redactor y director del diario 'El demócrata Navarro' y uno de los fundadores de la Asociación de la Prensa de Navarra. Colaboró con sus artículos en el diario 'ABC' de Madrid y el 'Heraldo de Aragón' de Zaragoza. Tras dejar el periodismo fue alcalde de Pamplona.

9.- Aire de la calle. 'La Voz de Cantabria'. 26/ 2/ 1928.

10.- Aire de la calle. 'La Voz de Cantabria'. 26 /2/1928.

11.- Aire de la calle. La Voz de Cantabria. 25/12/1928.

12.- Aire de la calle. La Voz de Cantabria. 1/01/ 1929.

13.- Aire de la calle. La Voz de Cantabria. 7/09/1928.

14.- Aire de la calle. La Voz de Cantabria. 6/ 01/ 1929.

15.- La Voz de Cantabria. 29/08/1927

16.- Eduardo Pérez del Molino Herrera, fue un empresario y político vinculado a El Diario Montañés como accionista.

17.- 'La independencia de la Voz de Cantabria'. La Voz de Cantabria . 23 de noviembre de 1927

## 5. 15 Bibliografía capítulo 15

JOSÉ MANUEL PASTOR. 2007. Santander. Leyendo a Pick (crónica de su tierra y de su tiempo). Edición de la Autoridad Portuaria de Santander.

JUAN CARLOS PÉREZ FUENTES. 2004 Ética periodística: Principios, códigos deontológicos y normas complementarias. Edita Universidad del país vasco.

DENNIS F. THOMPSON La ética política y el ejercicio de los cargos públicos. Editorial Gedisa.

FRANCISCO FERNANDEZ BUEY. 2000. BARCELONA. Ética y filosofía: asuntos públicos controvertidos. Editorial Bellaterra.

ARTURO MANEIRO VILA. 2000. La política como actor de la información (Estudios de Periodística VIII). Diputación Provincial de Pontevedra

FRANCISCO FERNÁNDEZ BUEY. 2003. Poliética. Editorial Losada.

SANTIAGO REGO (2014) Pick. Estudio preliminar. Edita Asociación de la Prensa de Cantabria.

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ ALBERTOS. 2000. Los medios como escenario de la lucha entre políticos (Estudios de Periodística VIII). Diputación Provincial de Pontevedra

## **CAPÍTULO 6**



## **LA ÓSMOSIS ENTRE PICK Y LA SOCIEDAD**

## **6. 1. El periodista comprometido con Santander y sus ciudadanos**

Para investigar la obra de José del Río, su concepción del periodismo como un elemento integral de la personalidad, resulta necesario analizar su conducta como ser humano, sus amistades, sus relaciones, la forma de entender la profesión y la solidaridad con sus compañeros.

Una vez analizado su comportamiento profesional, su peculiar manera de entender y manifestar el papel del informador, de explorar sus límites éticos y de entender su código deontológico es posible llegar hasta fondo de su valoración del ser humano. Este aspecto es importante para poder extraer conclusiones respecto de los planteamientos iniciales de esta Tesis, ya que Pick vierte su componente personal en todo su trabajo periodístico. Una prospección rigurosa de la obra del periodista cántabro no estará completa si no tiene presente la veta humana del personaje, porque es imprescindible conectar su forma de pensar y su estilo de vida con su tarea informativa.

Una de las vertientes en las que destacó Pick fue la de trazar con su prosa retratos de los personajes más importantes de su época. Lo hizo mediante artículos que publicaba en diferentes diarios y con estilos también diversos, adaptando muy bien el tono de su prosa a la personalidad del protagonista de sus columnas.



José del Río, "Pick"

Así podemos leer su visión de personajes tan antagónicos como Ramón Pelayo el Marqués de Valdecilla (1) o Chisco el cabrero (2), que salió de los montes de Tudanca con el deseo de ver mundo y llegó hasta las vías del tren, su máxima aspiración su icono de lo que era el mundo exterior, el progreso y la modernidad.

Los retratos del poeta marinero están cargados de realismo, de poesía y todo ello con la precisión y la riqueza de datos que solamente un periodista puede aportar a una pieza literaria.

Consigue el periodista y poeta trazar unos retratos precisos y de manera simultánea llenos de ensoñación. Los artículos referidos a personajes los elabora con una prosa sencilla

y transparente, sin alardes sin caer en la tentación de hacer literatura donde lo que corresponde es el ser fiel a la idea que se quiere transmitir. Combina, con acierto, la frase corta con otras en las que las oraciones subordinadas toman protagonismo. Y lo hace con sencillez, porque la ingente cantidad de cuartillas escritas a diario coloca a Pick en la compleja tesitura de tener que producir una gran cantidad de palabras lo que le impide un repaso minucioso de lo ya escrito y mucho menos una reflexión posterior, porque a Pick no le cabe la posibilidad de guardar la producción diaria en un cajón y dejarla ‘enfriar’ para más adelante volver sobre lo escrito y corregir con minuciosidad. Es muy meritorio que la mayor parte de los escritos de Pick, publicados en el periódico siempre al calor de la actualidad, logren un excelente nivel y una pulcritud propia de quien tiene la posibilidad de releer y corregir con calma.

## **6. 2 Retratos de los personajes de su tiempo**

Los retratos trazados por Pick son variopintos. Tan pronto hace un bosquejo del Marqués de Santillana (3) que relata el homenaje que en vida se tributó en la Vega de Pas al doctor Madrazo (4). En esas descripciones de personajes siempre se trasluce, como si fuera una necesidad del autor, el paisaje en el que se desenvuelve el personaje y también el coro de personas que están en su entorno. La figura principal del relato se asoma de esa manera el espejo que son sus amigos o las personas que fueron coetáneas.

Un ejemplo de ese trasunto entre el personaje y el coro se encuentra en la crónica que publicó Pick sobre el homenaje rendido al doctor Enrique de Diego Madrazo en la Vega de Pas: “¡Noble fiesta –escribe José del Río– en medio de su sencillez cordial ésta del domingo en la Vega! ¡Y que bien lo hizo en ella la sotana negra de un sacerdote! Ese cura pasiego, don Víctor Madrazo, presente allí, significaba la solidaridad



**Un grupo de vendedoras de prensa en la calle La Blanca de Santander, antes del incendio de 1941.**

de todas las rectas intenciones en la misma obra generosa y común. Ingenieros, médicos, abogados, un sacerdote... En los picachos de la Vega, un puñado de hombres de ‘elite’, con el corazón limpio de las malas pasiones, se reunió a brindar por la vejez gloriosa de un glorioso viejo, A esta fiesta se asocia espiritualmente La Atalaya. Muchos de los ideales de Madrazo son ideales nuestros, y su gloria es también nuestra en parte, porque es de todos los montañeses” (5).

En esos retratos la vena periodística, es decir el sentido de análisis sociológico y crítico de Pick siempre está presente y así en alguno de sus artículos logra la proeza de diseccionar con precisión la sociedad en la que vivía, aquel Santander perfectamente estructurado en capas sociales impermeables y que mantenía aun viva la tradición –nefasta- de la vetusta hi-

dalguía que impedía a los hidalgos realizar trabajo alguno que no fuera el de las armas o la Iglesia.

### **6. 3 El marqués que se hizo cirujano**

Así, Pick en el artículo titulado ‘El marqués que se hizo cirujano’ escribe en pocas líneas todo un tratado sobre la sociedad de Cantabria en los años veinte. “Conviene dar unos cuantos brochazos sobre el telón de fondo para fijar la época: cuando don Vicente Quintana, actual marqués de Robrero, empezó a estudiar medicina, su determinación produjo cierto asombro.

En aquellos tiempos, los jóvenes de la categoría social de don Vicente Quintana no perdían el tiempo en estudiar esas cosas. Eran jóvenes frívolos, alegres y despreocupados. El duque de Sesto y Felipe Ducazcal, los dos favoritos del último reinado, habían dado tono a la sociedad; el casticismo estaba en moda. Los jóvenes serios que querían añadir algún mote nuevo a sus cuarteles, se hacían militares, o diplomáticos, o a lo sumo abogados para actuar de Mecenas en la política; es decir, para ser diputados o directores generales y recibir en sus palacios a Cánovas, a Romero Robledo o a Pidal. A eso se reducían sus aspiraciones”.

Las filas de los médicos las nutría la pequeña burguesía y el pueblo acomodado de los campos. Los ingenieros eran casi todos o franceses, o ingleses o belgas”. (6).

Esta visión de Pick de cómo era la sociedad santanderina en los años veinte, entronca con sus lecturas de los clásicos españoles y del conocimiento de la hidalguía que en Cantabria tuvo siempre gran importancia.

## 6. 4 Los hidalgos montañeses

El hecho de que en el norte de España la invasión musulmana apenas llegará a consumarse y de que en ningún momento llegó a haber asentamientos estables y duraderos de los invasores, hizo que en La Montaña prácticamente todos sus habitantes tuvieran limpieza de sangre, lo que les abría las puertas de trabajos en la administración del imperio español y especialmente de los empleos en la América hispana.

De esa forma de entender la vida, de los hidalgos que fustigan los escritores clásicos, de manera especial Francisco de Quevedo, de ascendencia cántabra, retoma Pick su retrato de la juventud ociosa y frívola del primer tercio del siglo XX. La tradición católica, especialmente reforzada por el Concilio de Trento, introdujo la idea de que los nobles no podían trabajar en oficios, porque eso quedaba reservado a los siervos o a quienes no tenían título de hidalgo o limpieza de sangre. De ahí esa forma de entender la vida de los jóvenes de las familias importantes de Santander y lo llamativo de que uno de los vástagos de la alta sociedad estudiase medicina y ejerciese la profesión. En este artículo de José del Río se percibe de manera nítida una crítica directa a aquella sociedad de manos muertas.

Como buen periodista Pick siempre trataba de trascender en sus artículos bien fijando una posición de tipo ético o moral o bien dejando constancia de alguna situación interesante, desde la relevancia de uno de los personajes por él ‘retratados’ hasta las consecuencias que para Santander podrían tener las acciones de su personaje.

## 6. 5 Galería de los hombres coetáneos

Todas las ciudades tienen un pléyade tipos populares, personajes que surgen del pueblo y que por una u otra característica terminan por entrar en el imaginario colectivo. Santander ha sido pródiga en acuñar estas personas. La mar y el puerto ha sido un buen semillero para que nazcan personas que, con el paso del tiempo, terminan por entroncar con la propia idiosincrasia urbana y pasan al acervo popular.

Los artículos de Pick publicados primero en La Atalaya y más tarde en La Voz de Cantabria, han sido a posteriori piezas importantes para la investigación histórica, ya que José del Río une en sus escritos el rigor del dato preciso con el color de un cronista que presenta a los protagonistas de manera más personal, de forma que permite conocer de cerca al protagonista de una parte de la historia de la región.

El periodista montañés nos ha legado más de un centenar de artículos que son descripciones vidas de las personas singulares de la región. Ese material ha sido, y aun mantiene su vigencia, esencial para los historiadores y para quienes reconstruyen la vida del Santander de la primera mitad del siglo XX.

Así “retrata” con palabras al general Fermín Sojo y Lomba (7) persona que llegó al generalato pero después dedicó su vida a investigar en conventos, casonas y archivos municipales la comarca montañesa de Trasmiera –La zona que queda al este del río Miera y que comprende una comarca rica en agricultura y ganadería- de la que Sojo y Lomba era natural.

José María Quijano (8), “hidalgo de Buelna” en palabras de Pick es abordado desde su vertiente de creador de empresas, de ser uno de los adelantados en el desarrollo de derivados metalúrgicos hasta el punto de industrializar el valle de Buel-



na, que hasta las iniciativas de Quijano era una comarca dedicada absolutamente a la agricultura y la ganadería.

El periodista trata de introducir en sus artículos ideas generales, mensajes sociológicos o políticos, de forma que en una semblanza de José María Quijano analiza las relaciones laborales en la época concediendo a Quijano y a su hijo –que le sucedió en la dirección de la factoría metalúrgica- un talante de diálogo y entendimiento con los trabajadores, en unos momentos –especialmente en los años 1919 y 1921- en los que la tensión social, las huelgas y las revueltas obreras era algo cotidiano.

El repaso de Pick por los personajes de coetáneos es largo, casi exhaustivo. El hecho de escribir un artículo diario durante muchos años, le permitió completar el panorama de escritores, pintores, empresarios, músicos, políticos y tipos populares. Así Fernando Fernández de Velasco “un carácter de una pieza” – en la pluma de Pick- prohombre del carlismo que combatió en las dos guerras por sustituir a Isabel II en el trono español. También hombres que como Fernando Díaz Guerra habían hecho su carrera fuera de España, en este caso en Gran Bretaña, y que Pick pinta con todo el rigor y el color que merecen.

## **6. 6 Rescatando figuras ilustres perdidas en la historia**

Pick descubre personalidades que fueron opacadas en su mejor momento vital. Dedicar un artículo, extenso y detallado, a quien califica de “el Byron montañés” en referencia a Fernando Velarde y Campo Herrera, poeta ultra romántico que en palabras de José Manuel Pastor “Arrastró su pasión política y revolucionaria – y su vida salpicada de escándalos- por media América, para terminar muriendo en Londres en el año

1880 después de pasar una temporada en su pueblo natal (Hinojedo)” (9).

Otros personajes que desfilan por esa galería de personajes de la tierra: Luis Bustamante y Quevedo, hidalgo vinculado al pueblo de Santa Cruz de Iguña donde vivió hasta su muerte y que caracterizó por su respeto a las tradiciones y su amistad con el Rey y su relación con los grandes de España.

Las semblanzas de otros prohombres montañeses como el Duque de Santo Mauro, que construyó un excepcional palacio de estilo inglés en Las Fraguas y que fue el modelo para que en Santander se edificara el Palacio de la Magdalena, residencia estival de Alfonso XIII y Victoria Eugenia desde 1914 hasta 1930.

Otro personaje histórico que es abordado por la pluma de Pick: el conde la Mortera, un indiano que fue un elemento esencial en la resistencia española ante los independentistas cubanos y un firme defensor de la monarquía española. Aun se conserva en la Casa de los Capitanes Generales de la Habana el uniforme de rayadillo del primer conde la Mortera, que mando tropas en la guerra de Cuba.

María Barreda, marquesa de Benemejís, queda plasmada por Pick con un halo poético al describir la finca de Santillana del Mar en la que tenía su casa-palacio. “las verdes sendas son regias alfombras / que el agua de un lago salpica de plata” y a la propia marquesa como la princesa que “regía el culto a las bellas letras y las artes” (10). Por esa casona de Santillana del Mar – hoy propiedad de la Fundación caja Cantabria- pasaron personalidades tales como Obermaier, Chesterton, Menéndez Pelayo, José María de Pereda, Benito Pérez Galdós, Vázquez de Mella o el acuarelista Gerardo de Alvear... todo un retrato de la intelectualidad y el universo artístico del final del siglo XIX y los inicios del XX.

Naturalmente que lo que el propio Pick denominaba “la nobleza de los nuevos tiempos”, es decir los indianos, aparecen también en esas crónicas del periodista. Tres personajes le ocupan: Los marqueses de Manzanedo, Comillas y Valdecilla. El primero un santoñés que dejó su legado en su villa, legado que aun se conserva. Antonio López, marqués de Comillas, introductor del modernismo en Cantabria y que dejó, para que su hijo Claudio lo culminara, la idea y el dinero para que se construyera en Comillas el seminario mayor, bajo protección pontificia, del que han egresado muchos de los grandes intelectuales del siglo XX. Al marqués de Valdecilla, el último cronológicamente de las grandes fortunas le dedicó varios artículos, ya que Pick fue coetáneo de Ramón Pelayo y escribió sobre la fundación del gran hospital que donó el marqués a la ciudad de Santander, un centro de salud adelantado a su tiempo.

José del Río deja a las generaciones posteriores una visión singular, detallada y colorista de ese momento histórico bisagra entre dos siglos, en el que se produce una verdadera revolución social, económica, industrial e intelectual.

## **6. 7 El periódico, como espejo que refleja la sociedad**

Estos artículos en los que Pick coloca un espejo ante la sociedad de su tiempo, se aleja de ella y capta la esencia misma de un mundo, el montañés, en completa metamorfosis. A través de estas crónicas de Pick asistimos al final del entramado económico y social construido en torno a la nobleza y los privilegios y veamos la aparición de la pequeña burguesía y, sobre todo, el levantamiento del proletariado y los efectos de la revolución bolchevique en Rusia, con la caída del imperio zarista y el final de la I Guerra Mundial. Esas crónicas son documento vivo, alimento para historiadores y un yacimiento inagotable para que los historiadores del presente puedan do-

cumentar, entender y mostrar la aparición de un nuevo Santander que evolucionada desde el tradicional para, finalmente, cambiar completamente la piel de una España decadente, marcada por la pérdida de Cuba y Filipinas, y el amanecer de un nuevo Santander unido al desarrollo industrial, a las nuevas técnicas sanitarias, al turismo incipiente, etc.

## 6.8 Notas capítulo 6

- 1.- “Leyendo a Pick”. José Manuel Pastor. Página 251.
- 2.- “Leyendo a Pick”. José Manuel Pastor.
- 3.- El Marqués de Santillana (Íñigo López de Mendoza) es, además de uno de primeros poetas españoles, un personaje clave en la historia de Cantabria.
- 4.- Enrique Diego Madrazo (Vega de Pas, Cantabria, febrero de 1850-Santander, noviembre de 1942) fue un médico, escritor e investigador que modernizó la medicina de su época. Ligado a las corrientes progresistas de la Institución libre de Enseñanza.
- 5.- La Atalaya. “Aire de la calle”. 13 de septiembre de 1926.
- 6.- La Atalaya. “Aire de la calle”. 10 de marzo de 1927.
- 7.- Fermín Sojo y Lomba (La Habana 1867- Santander

1956) fue un historiador esencial por sus aportaciones documentales a la historia de la región.

8.- José María Quijano Fernández-Hontoria (Los Corrales de Buelna, Cantabria 1843. íbidem 1911) fue un empresario que fundó una empresa metalúrgica de primer orden en su pueblo natal.

9.- Leyendo a Pick. José Manuel Pastor.

10.- La Atalaya. "Aire de la calle". 17 de septiembre de 1918.

## 6. 9 Bibliografía capítulo 6

ROGELIO PÉREZ- BUSTAMANTE. 1989. Santander en los albores de la época moderna. Edita la Cámara de Comercio de Santander.

FRANCISCO VÁQUEZ GONZÁLEZ- QUEVEDO. 1977. Santander. Médicos y hospitales de Santander (1930-1976). Ediciones Librería Estvdio.

JESÚS ÁNGEL SOLÓRZANO TELECHEA. ROBERTO VÁZQUEZ ÁLVAREZ y EMMA BLANCO CAMPOS. 1999. Santander. Atlas histórico de Cantabria. Edita la consejería de Educación y Juventud del Gobierno de Cantabria.

JOSÉ TOCINO LÓPEZ. 1987. Santander. Apuntes para una historia industrial de Cantabria. Edita Electra de Viesgo.

JOSÉ RAMÓN SAIZ FERNÁNDEZ. 2014. Santander. Cien años de Tráfico en Cantabria. Historia de la Jefatura Provincial del Sector de la Guardia Civil. Editorial Los Cantabros.

FERNANDO ONBREGÓN GOYARROLA. 2014. Santander. República. Guerra Civil y posguerra en Santander (1931-1948). Editado por el autor.

JOSÉ RAMÓN SAIZ FERNÁNDEZ. 2004. Santander. El Cantábrico, un periódico republicano entre dos siglos (1895-1937). Editado por Tantín.

## **CAPÍTULO 7**

**SANTANDER, UN REFERENTE  
INELUDIBLE**



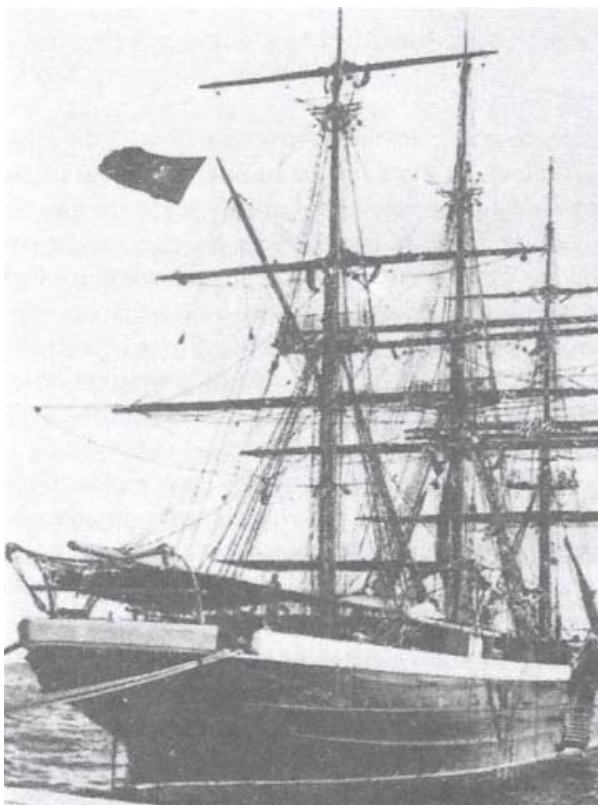
## **7. I Pick sólo se entiende en su contexto santanderino**

En el momento de planificar esta investigación se fijaron en los puntos tres (Fijar el contexto histórico en el que vivió José del Río para interpretar correctamente su tarea como informador) y cuatro (determinar el proceso de formación autodidacta de un marino que deviene en periodista) como elementos esenciales para el desarrollo del trabajo investigador y de forma de poder extraer conclusiones asentadas sobre bases ciertas y comprobadas. Para el trabajo empírico es preciso conocer a fondo el paisaje y el ambiente humano en el que vivió y trabajó Pick. No es posible fijar las premisas necesarias sin antes haber recopilado y analizado los datos correspondientes a esa faceta de la vida de José del Río.

Pick ha sido un santanderino pegado a su tierra. Es preciso fijar bien este aspecto, ya que su profesión de marino y sus viajes pueden inducir al pensamiento de creer que José del Río tuvo una vida llena de viajes, avatares y que la ciudad en

la que nació fue apenas una escala en sus frecuentes viajes. Nada más lejos de la realidad. José del Río se embarca en el año 1902 en el vapor Sardineiro para realizar las millas de navegación mínimas, las prácticas, para obtener la titulación definitiva.

En poco tiempo trabajó en diferentes buques. El Uri-bitarte, Pedrosa, Axpe y el vapor Peña Castillo.



**La corbeta Nautilus de la Armada española en la que José del Río realizó el servicio militar.**

Realiza el servicio militar enrolado en la corbeta Nautilus. Con esa embarcación cruza el Océano Atlántico y conoce Brasil. Tras ese periodo militar obtiene el título definitivo de piloto y se embarca en la nave El salvador.

Es en ese barco en el que sufre un accidente durante un temporal. Al tratar de sujetar una vela, uno de los hierros se le clava en una pierna y debe ser llevado a tierra para recibir atención médica. Tras curarse y durante su periodo de convalecencia envía artículos al diario “La Atalaya” y el director

le propone que se incorpore como redactor al periódico. Esa oferta y la aceptación por parte de Pcik, que muy pronto sintió la pulsión periodística, cambia por completo la vida del joven José del Río.

Pero esos viajes suponen solamente cinco años de su vida, desde los 18 años que comienza a navegar hasta los 23 que se inicia en las lides periodísticas.

Desde el punto de vista metodológico es importante este dato: José del Río vive toda su vida profesional, hasta que en la Guerra Civil tiene que trasladarse a Madrid, en Santander. La capital de Cantabria es pues el escenario en el que vive, el entorno que le interesa y le preocupa y una constante en su vida.

Si tras verse obligado a huir de Santander, ante las amenazas de los republicanos más extremistas en el año 1936, y verse después preterido por las fuerzas vivas de la ciudad que gobernaron tras la entrada de las tropas de Franco, es seguro que no se hubiera afincado en Madrid, sino que habría regresado a Santander donde está resumida toda su vida.

Conocer su relación con la ciudad, con las calles del viejo Santander, con la vida urbana y sus habitantes es, por consiguiente, un elemento esencial para esta tesis.

Por suerte, José del Río ha dejado innumerables artículos acerca de Santander y en muchos de ellos ha volcado sus impresiones y pensamientos. De todo ese material es posible extraer de manera ordenada metodológica una serie de conclusiones sobre la relación del periodista con la ciudad.

## 7. 2 “Santander, madre y madrina y luz del corazón”

Con estas palabras que dan título a esta primera parte del capítulo, José del Río define lo que para él supone y significa su Santander. Si para Gerardo Diego (1) Santander fue “mi cuna, mi palabra” (2) para Pick era más, era su madre en la que se sentía seguro, protegido y en su ambiente. Es más, Pick añade que Santander es una madre a la que siempre bendecirá y a la que honrará con orgullo de raza. No puede decirse más respecto la simbiosis de Pick con Santander.

Naturalmente que a Pick le gusta ese Santander pueblerino y diminuto, el que describe Pereda en *Sotileza* y en el que convivieron tres gigantes de las letras Marcelino Menéndez Pelayo, José María de Pereda y Benito Pérez Galdós.

De la producción literaria y especialmente periodística de Pick la dedicada a su ciudad natal es la más copiosa, hasta el punto de que es imposible entender a Pick sin tener en cuenta la influencia que el paisaje de la bahía, de sus muelles, sus calles y de la vida urbana que era, en su época, pequeño burguesa y provinciana.

Naturalmente que su condición de marino y posteriormente su trabajo matutino como capitán de la draga Cantabria, pone siempre en su punto de mira la bahía, el tráfico portuario y la vida de los pescadores que en aquellos primeros años del siglo XX esta íntimamente imbricada en las propias calles de la ciudad, en el día a día de los santanderinos.

José del Río escribe y describe ese Santander que él ya sabe decadente, condenado a desaparecer con el paso del tiempo. Habla del café Suizo y del Áncora y también de otros cafés como el Occidente o el Cántabro, del movimiento de las diligencias que centraban la vida urbana.

En varios artículos traza un doble perfil de aquel Santander. De un lado la vida de los pescadores en Puertochico: un hervidero popular de hombres que llegan con la pesca y mujeres que descargan los barcos y salen a vender lo capturado. Un mundo pobre, acostumbrado a vivir al día, frecuente cliente de las casas de empeño y con unos muelles siempre llenos de niños y de mujeres que trajinan con las redes y las cajas de pescado.

De otro lado el muelle de Maliaño, frente al Paseo de Pereda, en el que se mueven las mercancías que llegan desde diferentes ciudades españolas o procedentes del extranjero.

Para Pick la vida de los comerciantes del muelle de Maliaño está en verdad a espaldas del mar, ya que sólo viven de las mercancías y se desentienden de los viajes, las penurias de los marineros y con ello esta parte de la ciudad pierde el sabor y el encanto que para él sigue teniendo Puertochico, con el



**Esta imagen corresponde al vapor “Arinda Mendi” que encalló en la playa de Somo, en Las Quebrantas. Pick colaboró en el rescate del barco y relató en La Atalaya este naufragio.**

pescado las redes y los niños jugando. Con los raqueros que apañan algo de pescado o que se acercan a la zona de los vapores que traen mercancías para llevarse un cesto de carbón o unos kilos de trigo.

Pick no se detiene solamente esta parte, la más visible de la urbe, sino que describe lo que él denomina calles “expósitas” una parte de las cuales aun se conservan en la actualidad ya que no fueron destruidas por el incendio (3). Y así muestra la zona de los prostíbulos, tabernas baratas y calles angostas que había en la época cerca de la Catedral. Precisamente esa literatura sirve para poder reconstruir ahora como era esa parte de la ciudad que primero fue devastada por el fuego en febrero del año 1941 y más tarde en la reconstrucción de la ciudad desapareció por completo ya que la colina en la que ubicaban esas calle fue demolida con dinamita para abrir una salida de la ciudad a la bahía. Son las actuales calles de Isabel II y Lealtad.



Una imagen de la ciudad destruida por el incendio de febrero del años 1941.

Más tarde, cuando José del Río regresa a Santander para ver su ciudad tras el devastador fuego, que se llevó por delante casi todo el caso antiguo, escribió algunas columnas para evocar las calles desaparecidas para siempre y los lugares que evocaban una ciudad diferente a la que nació tras la catástrofe.

Pick es memoria viva de Santander. A través de la glosa que dedica a la calle del Martillo –conocida así popularmente porque el final la rua concluía en un espigón horizontal al muelle, que otorgaba la forma de un martillo a esa parte final de la calle. Las descripciones que hace Pick permiten conocer los cambios que experimentó inicialmente esa zona con la construcción de unos de los edificios más elegantes y emblemáticos de la ciudad –aun en pie y bien conservado – la sede del entonces Banco Mercantil –Más tarde Banesto y ahora perteneciente al Banco Santander- y del Teatro Pereda que fue un centro importante de la cultura santanderina hasta bien entrada la década de los años sesenta, en la que fue derruido para construir sobre el solar un conjunto de viviendas.

### **7. 3 “Pick”, periodista promotor de iniciativas ciudadanas y urbanísticas.**

Cómo periodista, José del Río no se limita a escribir sobre lo que sucede en la ciudad, ni siquiera se conforma con retratar a los personajes más importantes o a ser un mero espectador de lo que ocurre en su entorno. Pick promueve ideas, trata de hacer del periódico un elemento que avive conciencias y que estimule determinadas acciones.

Esta faceta de promotor es importante en la vida de Pick y le señala como uno de los periodistas más influyentes no solamente de su región sino que su ejemplo prende en otros profesionales de diferentes regiones.





**Imagen del monumento original dedicado a Concha Espina, obra del escultor Victorio Macho.**

Pick trasciende del mero cronista, se implica en los asuntos de su tierra y lo hace de manera directa y clara.

Esta vertiente de José del Río es esencial en el estudio de su obra, porque Pick fue un hombre de su época, en la que los periodistas entendían su oficio, no como el de un mero notario que trata de reflejar, sin más, un hecho, sino como un protagonista más de la historia, como un ciudadano comprometido con sus vecinos y que sabedor de la fuerza que, en ocasiones, tiene la información pone ésta al servicio de un anhelo común.

En este aspecto a Pick no se le debe medir con los parámetros de hoy, sino como un profesional de información en su tiempo, en su contexto.



Un ejemplo de ese talante dinamizador de su ciudad, de estar atento a los valores que surgen en la tierra, es la iniciativa que tuvo para promover la construcción de un monumento destinado a la escritora montañesa Concha Espina. Se trata de una iniciativa que avanza Pick raíz de una carta que la escritora envía a Primo de Rivera solicitando el indulto del joven Juan Acher. La petición, además de Concha Espina, estuvo firmada por Ramón y Cajal, Benavente y otros personajes distinguidos de la intelectualidad y la ciencia española.

La iniciativa de Pick prende en Santander y se prepara el homenaje que debe plasmarse en forma de monumento. Finalmente en la primavera del año 1927 el apoyo del Club Rotario y de la sociedad montañesa de La Habana permite cubrir el dinero necesario para realizar la obra: una efigie de la escritora colocada sobre un pedestal y acompañada de un frontispicio y un pequeño estanque.

La propuesta de Pick sobre la necesidad de que Santander rinda homenaje a Concha Espina, en aquel momento en la cima de su popularidad como novelista, es un buen ejemplo de la implicación del periodista en iniciativas para mejorar la ciudad y para que se tengan presentes a los artistas, políticos o investigadores más relevantes.

El monumento se le encarga al escultor Victorio Macho y la inauguración se lleva a cabo en 1927, aprovechando el verano real y con la presencia de la escritora.

En la actualidad, y tras la remodelación de los Jardines de Pereda, se conserva el monumento si bien se ha modificado su ubicación, aunque sigue estando dentro de los Jardines más céntricos de la ciudad y junto al monumento a Pereda.

#### **7. 4 Un nuevo callejero para la ciudad de Santander**

Dentro de ese apartado de un Pick que propone ideas, que lanza mensajes a las autoridades y a la ciudadanía nos encontramos con la campaña que desarrolla durante el año 1926 para conseguir que los nombres de las calles de la ciudad reflejen su carácter.

José del Río lanza ideas y trata de convencer a los municipales de que las calles deben llevar el apelativo bien de personas ilustres o de referentes significativos bien asentados históricamente. Propone que la calle Gravina mute su nombre por el de Enrique Menéndez Pelayo o bien que abarque a los dos hermanos Marcelino y Enrique.

El periodista sigue en su campaña en pro de los nombres de las calles santanderinas y se opone a la propuesta de cambiar el nombre de la calle del Infierno en las inmediaciones de la Catedral – esa parte de la ciudad quedó demolida tras el Incendio de 1941- porque considera que es un nombre que se conserva desde las pugnas de los ciudadanos santanderinos con el Marqués de Santillana.

De alguna manera esa polémica por la denominación de las calles y sobre el criterio que se debe seguir para asignar nombres bien a calles que por presiones políticas se quieren modificar, bien porque son nuevas al crecer la ciudad, está hoy en día, en pleno año 2015, tan viva como entonces.

La polémica sobre el cambio del callejero santanderino tiene un episodio que retrata perfectamente el carácter y la forma de pensar de Pick. Tras la proclamación de la II República, en el año 1931, la pugna por introducir en el callejero nuevas denominaciones y eliminar las referentes al periodo monárquico se recrudece.

En el año 1925 Pick estaba en un momento de esplendor: había defendido con su pluma los intereses de Cantabria frente al anexionismo vasco, había llevado a cabo la campaña por el ferrocarril Santander- Mediterráneo y sus “Aire de la calle” eran el centro de atención de todos los cántabros. Con ese motivo la Asociación de la Prensa de Santander y la Junta del Puerto, en una acción conjunta, consiguen que el malecón que cierra la rada de Molnedo, en Puertochico, lleve el nombre de Pick. Y además se levanta un monolito para rendir homenaje al periodista, marino, poeta y sobre todo al defensor de los intereses de Cantabria.

Con la caída de la monarquía las nuevas autoridades republicanas deciden borrar las huellas de pasado y así en junio de 1931 deciden eliminar el nombre de Pick del malecón de Puertochico. La reacción de Pick fue ejemplar: escribió un artículo que tituló “¡Viva la República!” en el que acepta la eliminación de su nombre y aboga por una política que, a fecha de hoy, sería interesante aplicar. Pick propone, a través de varios comentarios publicados en La Voz de Cantabria, un sistema para reordenar el callejero urbano: Su propuesta es que la mitad de las calles, de manera aproximada, se nombren con asuntos regionales o locales y la otra mitad se destine a cuestiones nacionales o internacionales de suficiente peso específico.

Es preciso tener en cuenta que Pick – como veremos en otro capítulo- fue carlista en su juventud y que cuando le ofrecieron incorporarse como redactor a La Atalaya tuvo serias dudas en aceptar, ya que este diario era monárquico y defensor de la dinastía reinante y por tanto contraria a las pretensiones del aspirante don Carlos. Después, e influenciado por el político conservador Juan José Ruano (4), abraza la monarquía de Alfonso XIII hasta, en un momento dado, queda absolutamente desencantado por el trato que el Rey otorga a Ruano. Un episodio que, como San Pablo en el camino de Damasco, hace

caer a Pick, de la idea de una monarquía leal, transparente y al servicio de los españoles, para asomarse a una realidad trufada de corrupción, venalidad, improvisación y, sobre todo, a la verdadera catadura de un Rey que ni siquiera era agradecido a quienes le defendía en los peores momentos, como fue el caso de Juan José Ruano.

Desde ese momento de decepción, acepta el gobierno republicano, si bien se ubica en un partido moderado, próximo a la derecha.

Esta peripecia política resalta aun más el empaque con el que Pick acepta que sea un gobierno republicano el que, por un decreto, elimine su nombre de un dique del puerto santanderino.

La polémica por la nomenclatura de las calles no cesa y finalmente Pick lanza otra idea: Que se conserven los nombres ya existentes y que las nuevas generaciones pongan nombres a las avenidas de nueva construcción.

## **7. 5 El urbanismo de Santander**

Santander es una ciudad con una configuración orográfica complicada. Asentada sobre una península con una vertiente al Norte, al mar Cantábrico, y otra al Sur, a la Bahía, es un fondo de saco que complica los movimientos y, para empeorar aun más la situación, tiene poco terreno llano y el resto de las viviendas se ubican zonas de fuertes pendientes. El Santander que vivió Pick durante su etapa de periodista poco tiene que ver con el actual ya que el incendio de 1941 –al que ya nos hemos referido en varias ocasiones- modificó sustancialmente la trama urbana y eliminó prácticamente todo el casco viejo.

Al periodista interesado en su vecindario le preocupaba la situación de Santander. A Pick, Santander le parecía una ciudad con “calles sórdidas y tristes como las de Socubiles y de don Francisco de Quevedo”. Pick manifiesta con claridad que Santander es una ciudad mal comunicada internamente, con zonas aisladas y con un ambiente en general insalubre. El índice de mortalidad se eleva a un 32 por mil, lo que supone una tasa muy elevada y afirma Pick que con un buen sistema de alcantarillado se podría reducir de forma importante ese nivel de mortalidad.

Pick en uno de sus artículos dedicados a la necesidad de producir una reforma urbana en profundidad hace un comentario bien podría tornarse actual: “Santander es la ciudad de los proyectos olvidados” denuncia el periodista y esa tónica de plantear reformas que no pasan de las palabras de los políticos o de las páginas de los periódicos –antes con palabras hoy con espectaculares infografías que presentan como reales los proyectos- pero que nunca se llevan a la realidad, que no transforman las calles ni mejoran la vida de los santanderinos.

Esta faceta permite conocer bien el pensamiento de un periodista, que se adelantó a su tiempo al plantear cuestiones alejadas del acontecimiento del día a día, un periodismo moderno que se implicaba en los problemas ciudadanos y trataba de ofrecer soluciones producto de la recopilación de opiniones de diferentes gentes y, obviamente, de la suya propia.

Del urbanismo futuro Pick hace hincapié en el proyecto que considera más importante: el ensanche de la zona denominada de Maliaño, lo que hoy ocupan el barrio Pesquero, la calle Marqués de la Hermida y la zona de Varadero. Se trata de rellenar la Bahía, de ganar al mar terreno llano, que es lo que escasea en una ciudad dividida en dos por la colina existente entre el centro original al Sur (El Muelle, Atarazanas, etc.) y

el Norte aun sin apenas ocupación con los pueblos de Cueto y Monte como poblaciones asentadas.

Pick se muestra partidario del desarrollo urbano, de la necesidad de dotar a la ciudad de mas terreno para poder expansionarse, sin por ello perder ni un ápice de su vocación marinera, portuaria y pescadora.

Este afán por crecer a costa de la Bahía fue en su momento algo comúnmente aceptado, mientras que en el presente, la corriente de pensamiento ecologista y conservacionista trata de evitar nuevos rellenos e incluso se plantea dar marcha atrás para que la Bahía recupere su capacidad intermareal.

José del Río apunta, con acierto, la necesidad de desactivar la estación de ferrocarril, que está muy en el centro de la ciudad, y al mismo tiempo de unificar las dos estaciones en una sola. Ese proyecto se termino por llevar a cabo, si bien pasado mucho tiempos desde que lo propuso Pick.

En esa serie de artículos destinados a presentar las necesidad de un Santander que precisa crecimiento y desarrollo Pick aborda una serie de asuntos en los que destaca su visión progresista de Santander y su especial interés por atender a los que denominaríamos “el estado de bienestar” al abordar la necesidad perentoria de construir nuevas escuelas y centros de formación y mejorar la asistencia sanitaria. En este último capítulo Pick es un abanderado de construir un nuevo hospital moderno, amplio y que se adapte a las necesidades de un mundo en el que la medicina y la higiene han dado pasos de gigante.

Es este un episodio del que Santander parece estar olvidándose, ya que si bien fue el empuje y el dinero de Ramón Pelayo (5), Marqués de Valdecilla (su pueblo natal), el que piso en marcha la construcción del Hospital que lleva su nombre, hay

que tener en cuenta que la chispa original nace en Pick, que consciente de que el viejo Hospital de San Rafael, ha quedado ya pequeño, anticuado y ajeno a las necesidades que plantean ahora las nuevas técnicas médicas, propone retomar una suscripción popular promovida por el Obispo y hacer una cuestionación popular para buscar fondos con los que construir un nuevo hospital.

La iniciativa prospera y finalmente la aportación de una importantísima cantidad de dinero por parte de Ramón Pe-layo y el hecho de él mismo tomara las riendas del proyecto, culmina con la construcción de un centro de salud que era, en su momento, el más moderno de España, un ejemplo de cómo debía ser la atención hospitalaria.

José del Río demuestra con sus artículos –muchos y escritos en un breve lapso de tiempo- su interés por el presente y el futuro de su ciudad, por mejorar las condiciones de vida de los santanderinos y, sobre todo y por encima de todo, sienta las bases de una forma de entender el periodismo mucho más avanzada, de un periodismo que atiende las demandas populares y que está pegado a los intereses de sus lectores. En suma, Pick ofrece un recital de periodismo moderno en un momento en el que España trataba de cambiar de piel y se asomaba a la modernidad tras la I Guerra Mundial.

## 7.6 Notas capítulo 7

1.- Gerardo Diego Cendoya. Santander, 3 de octubre de 1896- Madrid 8 de julio de 1987. Gerardo Diego, uno de los grandes poetas de la Generación del 27, fue amigo de José del Río al que le unió su interés por la lírica. La relación entre ambos se mantuvo toda su vida.

2.- El poemario “Santander, mi cuna, mi palabra” de Gerardo Diego fue editado en el año 1961 por la Diputación Provincial de Santander.

3.- La ciudad de Santander sufrió un gran incendio el 14 de febrero del año 1941. El fuego y el huracán destruyeron prácticamente el casco antiguo de la urbe, con la pérdida de 10.000 viviendas. La reconstrucción, con una España sumida en las penurias de la posguerra y con Europa ya en plena II Guerra Mundial, fue lenta y supuso el cambio radical de la trama urbana.

4.- Juan José Ruano de la Sota (Santander 15 de enero de 1871- Madrid 10 de febrero de 1930). Elegido diputado por Santander en las elecciones de 1914, escaño que mantuvo hasta el año 1923. Fue Ministro de Hacienda durante la monarquía de Alfonso XIII, durante sólo tres días.

5.- Ramón Pelayo de la Torriente. Valdecilla Solares Cantabria) 24 de octubre 1850- Valdecilla 26 de marzo de 1932) El Rey Alfonso XIII otorgó a Ramón Pelayo el título de Marques de Valdecilla en atención a las generosas aportaciones de este cántabro, empresario en Cuba y Estados Unidos, que construyó numerosas escuelas y el gran hospital que lleva su nombre en la ciudad de Santander.



## 7.7 Bibliografía capítulo 7

AGUSTÍN RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ. 1986. Santander. Alcaldes y regidores (Administración territorial y Gobierno Municipal en Cantabria durante la Edad Moderna). Edita Institución Cultural de Cantabria y Ediciones Estvdio.

JESÚS CANALES RUIZ. 1990. Santander. Cien cántabros en México. Edita Asamblea Regional de Cantabria.

BERNARDINO DE ESCALANTE. Santander. 1995. Discurso de Bernardino de Escalante. Edita Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria.

JOSE MANUEL PASTOR. 2007. Santander. Leyendo a Pick (Crónica de su tierra y de su tiempo). Edita Autoridad Portuaria de Santander.

PABLO BELTRÁN DE HEREDIA. 1993. Santander. Evocación santanderina de la Reina Victoria Eugenia. Edita Artes gráficas Bedia.

MANUEL GARRIDO. 2011. Santander. Presencia de Menéndez Pelayo en el pensamiento filosófico español del siglo veinte. Edita la Real Sociedad Menéndez Pelayo.

## **CAPÍTULO 8**

**EL USO DE LA POLÉMICA EN EL  
CONTEXTO DE LOS DIARIOS  
CONFESIONALES**

### **8.1 El contexto polemista de los años veinte**

El periodo de la restauración monárquica en el año 1874, tras el pronunciamiento de Martínez Campos, produce en España una situación en la que la confrontación política se lleva a los periódicos de manera directa.

Prácticamente todos los diarios defendían a uno u otro partido o posiciones claramente políticas. Incluso el asunto transcendía el clima político y se extendía a otros ámbitos. Así nacieron periódicos anticlericales y diarios católicos, monárquicos y republicanos, anarquistas, etc.

En ese ambiente Santander no era una excepción. Siendo una ciudad con un voto claramente conservador y monárquico había varios diarios que defendían la implantación de la República y los que atacaban, incluso con ferocidad, al clero y a su estructura de poder.

Los enfrentamientos dialécticos entre los periódicos eran una cuestión cotidiana y se consideraban normales, en un caldo de cultivo en cual las páginas de la prensa servían de tribuna a los diferentes líderes de formaciones políticas muy diversas, ya que tanto en el ámbito de la derecha como en la izquierda la fragmentación era muy grande, con agrupaciones que no pasaban de banderías.

En el estudio de la obra de José del Río su perfil como polemista resulta imprescindible, ya que le introduce en la corriente principal del periodismo de los primeros años del siglo XX y refuerza su trabajo como informador y creador de opinión, alejándole de su imagen de poeta, que era la que determinaba su proyección social y cultural.

El análisis de sus escritos en defensa de cuestiones de plena actualidad en la época, como el intento de anexión de Castro Urdiales por Vizcaya, la construcción del ferrocarril Santander-Mediterráneo y otros temas, resultan de máxima utilidad a la hora de fijar la propia ontología del Pick periodista, integrado en el universo informativo y editorial de su tiempo.

José del Río fue en su juventud monárquico, muy influido por su amigo y mentor Ruano, pero quedó decepcionado por la ingratitud y el egoísmo de Alfonso XIII y vio a la República con buenos ojos, siempre dentro de una línea moderada. Pick fue uno de los intelectuales que aceptó de buen grado el nuevo régimen republicano, siempre con el pensamiento puesto es que sería un sistema estable y legal de gobierno que permitiría la alternancia de gobiernos de diferentes colores.

En ese contexto sociopolítico eran frecuentes las polémicas entre diferentes diarios para fijar sus respectivas posiciones. Las diatribas entre columnistas, directores y también con las aportaciones de algunos intelectuales o notables que escribían en los diarios.

Para entender la importancia que adquirió la figura de Pick en la entonces provincia de Santander, es necesario tener presente el panorama de los medios de comunicación de masas de la época. La prensa nacional editada en Madrid llegaba con un día de retraso a Santander, la radio apenas llegaba a una minoría de la población y por tanto eran los periódicos los que aportaban información y trataban de influir en los votantes.

## **8. 2 Castro Urdiales, objeto del deseo vizcaíno**

En el año 1918 el pleno de la corporación municipal de la villa santanderina de Castro Urdiales pide la incorporación de su Ayuntamiento a la provincia de Vizcaya. Las razones esgrimidas son esencialmente: La proximidad geográfica de la villa a Bilbao, las malas comunicaciones con Santander y la estrecha relación nacida con los habitantes de las localidades occidentales de Vizcaya. Este hecho causa una fuerte conmoción en Santander, ya que se trata nada menos que de defender la integridad territorial.

Pick aborda este asunto en varios artículos publicados en La Atalaya, principalmente en el del día 30 de agosto del año 1918. José del Río interpreta que lo que pretenden los concejales castreños es llamar la atención de la Diputación de Santander para que les atienda, mejore sus comunicaciones y eleve el presupuesto de la villa para mejorar la vida de los castreños.

La posición de Castro Urdiales se serena durante un tiempo, en gran parte tras la campaña de Pick que polemiza con los diarios editados en Vizcaya, proclives a la tesis de la anexión de la villa a su provincia.

En otoño de 1924 la cuestión de la identidad castreña vuelve a resurgir, con otra petición de los municipios de Castro para



**Los escritos de Pick logran que el septiembre de 1922 una expedición institucional de Santander visite Castro Urdiales. En la imagen el recibimiento multitudinario.**

dejar de estar adscritos a la provincia de Santander y pasar a depender de Vizcaya, con la vista puesta en los beneficios que ofrece Bilbao como gran urbe.

Castro Urdiales decide enviar una delegación a Santander para presentar formalmente su petición de renunciar a su condición de santanderinos y pedir integrarse en Vizcaya. La petición la fundamentan en las ventajas económicas de los fueros vascos y en una vinculación histórica, folklórica y sentimental con el país Vasco.

Pick es la persona que en Santander reacciona primero y de manera más contundente contra esta petición castreña. Escribe una serie de artículos y polemiza con los diarios de Bilbao y contra las tesis que se apoyan en la obra del publicista

Javier Echevarría ya que cree que esa interpretación es “una de las mixtificaciones más monstruosas que han podido idearse”. José del Río hace una lectura detallada de la pobra de Echevarría para demostrar que lo que argumentan Ocharán y otros miembros de la corporación es falso.

Pick en varios artículos, el más importante publicado el uno de noviembre de 1924 en La Atalaya, como esta pretensión vizcaína nace de una campaña promovida por el médico Cesáreo Úrculo en el año 1918. El periodista santanderino denuncia con datos y nombres la conspiración contra Santander y señala las conexiones de algunos de los defensores de la integración en Vizcaya son personas que pronto se unieron al golpe de Estado de Miguel Primo de Rivera (1923) para colocar a sus parientes y amigos en la corporación castreña.

El punto final a la polémica, que se salda con el hecho incontrovertible de que Castro Urdiales aun a fecha de hoy sigue siendo una localidad perteneciente a Santander, lo pone Pick en un artículo magistral publicado el 11 de noviembre de 1924 en forma de carta abierta a Enrique Ocharán en la que



**Fotografía del doctor Enrique Diego-Madrado tomada poco antes de su fallecimiento.**



denuncia los manejos del rico empresario y de los intereses espurios que se esconden tras la petición de los ediles castreños.

En un ejemplo de polemista avezado, termina ese largo artículo con una loa a la ciudad de Bilbao, que conoció muy bien en sus tiempos de marino, con la que tuvo mucha relación y a la que dedicó unos de los poemas más bellos publicados sobre la ría bilbaína.

La campaña de Pick, su polémica con Ocharán y con los diarios de Bilbao, tuvo un gran eco en Santander. Su trabajo en defensa de Santander fue reconocido públicamente por la Diputación y reconocido por la propia prensa local y de muchos particulares que entendieron el valor de esa polémica. Finalmente la sociedad santanderina rindió un homenaje a Pick con una comida multitudinaria.

### **8. 3 El ferrocarril Santander- Mediterráneo**

Un proyecto que consumió numerosos artículos en la trayectoria periodística de José de Río fue la construcción del denominado ferrocarril Santander- Mediterráneo, proyectado para unir los puertos de Valencia y Santander y permitir una salida al Norte de los productos de huerta valenciana y demás mercaderías y capaz de articular un eje transversal de comunicación en España.

La importancia de este proyecto es tal que hasta el año 1990 a seguido vivo el debate y se ha mantenido la reivindicación de la provincia de Santander de ese proyecto.

Para poner en situación y contextualizar este proyecto basta con acudir a la hemeroteca y comprobar como el 24 de abril de 1924 se rinde un homenaje al presidente de la sociedad

británica a la que se le otorgó la concesión del tramo más importante del proyecto, el que uniría la localidad santanderina de Ontaneda con Calatayud, para desde allí conectar con la ciudad de Valencia.

Pronto Pick desvela las intenciones de las autoridades y empresarios de Bilbao de impedir que el proyecto llegue a concluirse para desviar el trazado hacia el puerto bilbaíno y dejar a Santander fuera de juego. José del Río se convierte en un brillante polemista que defiende el trazado original del ferrocarril y que en una campaña, prolongada a lo largo de la década de los años veinte y treinta, trata de evitar lo que finalmente sucedió: que el proyecto, aun con muchas obras realizadas, terminara sin conclusión dejando tras de sí un gran derroche de dinero y una frustración enorme en la sociedad de Santander.

En la defensa del tren que uniría los mares Mediterráneo y Cantábrico Pick encuentra un aliado en el doctor Enrique Diego-Madrado (1). Este eminente cirujano, que trajo a España las técnicas más modernas y avanzadas de la medicina europea, publicó en el entonces recién nacido diario la Voz de Cantabria, ya que La Atalaya había desaparecido y José del Río fundó este nuevo periódico, una serie de artículos defendiendo el proyecto de ese ferrocarril que traería a España progreso y pondría en el mercado europeo los productos del Mediterráneo español.

La amistad que nace entre José del Río y el doctor Madrazo evidencia la faceta aperturista de José del Río, persona de ideas conservadoras pero con un talante dialogante y abierto que le sirvió para poner las páginas de La Voz de Cantabria y antes de La Atalaya al servicio de todas las personas, fuera cual fuera su ideología, la servicio de la pluralidad y la controversia.

Esa relación con el doctor Madrazo fue otra de las causas del rechazo que padeció en la España de Franco, ya que si bien tuvo que huir de Santander en la etapa republicana por estar amenazado de muerte por los grupos más extremistas de la República, en la zona “nacional” siempre fue visto como una persona no adepta al Régimen.

La “militancia” de Pick a favor del proyecto de ese tren que debería significar un verdadero impulso para la provincia y una fuente de prosperidad no se debilita y sigue, aun tras la caída de la dictadura de Primo de Rivera que pone en cuestión las cuentas que hasta el momento eran consideradas correctas y que se muestran como poco menos que insostenibles.

Desde el diario “El Sol” de Madrid se lanzan duras acusaciones contra esta obra, tanto por lo que puede tener de estéril, como por el enorme coste económico que supone. José del Río rebate desde La Voz de Cantabria en una nueva polémica con los diarios madrileños.

La campaña de Pick culmina con una manifestación en Santander para apoyar a la comisión que la Diputación ha enviado a la capital de España para resolver el problema y convencer a las autoridades de la necesidad y la conveniencia de mantener el proyecto tal y como se trazó y evitar de esa manera que el interés de los vascos por llevar el tren al puerto de Bilbao terminara por arruinar la idea inicial.

La cuestión de mejorar el puerto de Santander para recibir las mercancías del Levante español da lugar a una serie de polémicas entre La Voz de Cantabria y otros medios como El Cantábrico (2) o La Región (3).



**José Estrañi y Grau, director del diario El Cantábrico uno de los periodistas que polemizó con Pick.**

#### **8. 4 “Pick”, El Quijote del Ferrocarril**

La defensa a ultranza del ferrocarril conduce a Pick a enfrentarse en polémicas y diatribas con el resto de los diarios de Santander. Esta situación hace del periodista un personaje de corte quijotesco que se enfrenta a diferentes planteamientos hechos por sus colegas y que consume una buena parte de la energía del periodista.

Tras las polémicas con La Región y El Cantábrico aparecen otras que le enfrentan a El Diario Montañés (4) y con El Faro (5) diarios que defienden las tesis gubernamentales según las cuales la entrada de Los Rotarios en el pleito por el proyecto era no solamente innecesaria, sino contraproducente por las vinculaciones masónicas de los Rotarios.

La polémica se complica con diferentes planteamientos para llevar el tren por distintos lugares, siempre con intereses personales o grupales que combate Pick con denuedo, ya que entiende que lo importante es que el nuevo ferrocarril, que está construido en casi un ochenta por ciento, sea terminado. Así Pick pide, en el año 1930 y una vez concluida la dictadura de Primo de Rivera “la unión de todos los montañeses para la consecución de ideales comunes” (La Voz de Cantabria del 29 de abril de 1930). Un llamamiento a aunar esfuerzos a favor de terminar la obra y que, en mejores o peores condiciones, tenga utilidad para la provincia.

### **8. 5 Contra ABC y en defensa de La Montaña**

Pick está siempre dispuesto a defender Santander ante cualquier ofensa y demuestra su hidalguía y su valor al no dudar en enfrentarse en una polémica con periodistas más avezados que, además, tienen tras ellos diarios de ámbito nacional, frente a La Atalaya.

Desde el punto de vista metodológico resulta muy interesante seguir esta polémica, en la que el foco no está puesto ya en los lectores regionales, sino que se trata de proyectar hacia el resto de España la verdadera imagen de Santander.

El debate periodístico enfrenta al diario ABC, ya convertido en un medio de gran repercusión nacional, y con sólida vinculación a la monarquía que encarna Alfonso XIII, con el humilde diario que dirige José del Río Sáinz: La Atalaya.

Pick emplea sus mejores argumentos y despliega todo su buen hacer periodístico. La polémica con ABC, aun siendo breve en el tiempo, permite conocer a fondo la vena polemista de un periodista comprometido con su tierra.

La polémica se inicia con la publicación en el ABC de Madrid de una serie de crónicas firmadas por Enrique Gómez Carrillo (Ciudad de Guatemala 1873- París 1927) en las que este escritor y famoso playboy hace una crítica acerba de la ciudad de Santander y de sus habitantes.

Gómez Carrillo, con una gran fama como cronista y hombre de mundo, describe en ABC el veraneo real. En sus artículos de agosto de agosto de 1919 califica a Santander de “pueblo pobre y cristiano” y completa su visión de la ciudad en diferentes crónicas como una ciudad pegada a atavismos anticuados, resalta la pobreza de sus calles, que no han cambiado desde las descripciones de José María Pereda, en la novela Sotileza y resalta la extrema pobreza y hacinamiento de los pescadores, que son una gran parte de la población santanderina.

Presenta un cuadro de un Santander ignorante, cuajado de hombres embriagados que cantan a por en grito por las calles y las tabernas, los malos olores de las fábricas de salazón, la carencia de las más mínimas medidas higiénicas....



**Enrique Gómez Carrillo, fue uno de los cronistas y escritores más famosos en los albores del siglo XX.**

La imagen, pésima, que proyectan en España los artículos del periodista guatemalteco despiertan en Pick su veta de santanderino y defensor de su tierra e inicia una polémica con ABC, rebatiendo las afirmaciones y descripciones de Gómez Carrillo.

Pick entra a fondo y aunque mantiene su elegancia y bonhomía –llega a decir que aunque equivocado el autor de esas crónicas no tenía mala intención– termina por entrar en el terreno personal y acusa a Gómez Carrillo de no haber pisado a apenas las calles de la ciudad, que sus escritos no son más que las lecturas de Pereda mal digeridas y como colofón descubre que Gómez Carrillo ha venido a Santander en su calidad de marido de la famosa cantante Raquel Meller, como “escudero de Raquel Meller” escribe Pick.

La controversia se mantiene durante el mes de agosto del año 1919 y aunque el diario ABC trata, con informaciones insertadas durante varios días, Portada de La Voz de Cantabria con el artículo de Pick en polémica con Gómez Carrillo.

de rebajar la tensión y de halagar a los santanderinos, las referencias de ABC a La



Portada de La Voz de Cantabria con el artículo de Pick en polémica con Gómez Carrillo.



Atalaya mantienen viva la llama del enfrentamiento.

Finalmente en los últimos días de agosto Pick denuncia que existe una campaña contra Santander por atraer a muchos veraneantes en la estela de la familia real y que esta auspiciada y financiada por San Sebastián que durante la regencia de la reina Maria Cristina fue la ciudad donde los reyes disfrutaban de la época estival.

La polémica se extiende hasta el punto de que Wenceslao Fernández Florez tercia para defender a su colega Gómez Carrilo y termina en un toma y daca con Pick que mantiene su posición y su descalificación de las crónicas de Gómez Carrillo.

## **8. 6 Otras polémicas en las que participó José del Río**

El espíritu de defensa de Santander y sus gentes estuvo siempre bien asentado en la mente de Pick y eso le llevó a mantener diferentes polémicas con algunos alcaldes que en ocasiones tomaron decisiones que a Pick le parecieron desacertadas o con diferentes colectivos profesionales que incluso iniciaron el enfrentamiento con quejas por informaciones aparecidas en La Atalaya y más tarde den La Voz de Cantabria.

Pick fue siempre elegante y respetuoso en estos lances periodísticos. Eludió los argumentos ad hominem y trató de razonar y asentar sus afirmaciones en hechos y en referencias documentadas.

Es cierto que Pick fue en ocasiones apasionado y que desbordó los límites del mero periodismo informativo, para tomar partido por una causa o por una persona, pero visto en el contexto de su época bien puede afirmarse que este periodista fue moderado, correcto y respetuoso con sus adversarios.



Con el paso del tiempo, y ya en el reposo de las pasiones, Pick reconoció algunos excesos por su parte e incluso admitió argumentos de sus contrincantes.

## 8. 7 Notas capítulo 8

(1) Enrique Diego-Madrado, Vega de Pas 1893-Santander 1927 fue un eminente cirujano que modernizó la medicina española y fundó dos hospitales en la provincia de Santander. Sus ideas republicanas le llevaron a la cárcel en el año 1937 donde estuvo cinco años. Murió poco después de ser puesto en libertad a la edad de 92 años.

(2) El periódico El Cantábrico comienza editarse en Santander en el año 1895 y desaparece en agosto de 1937 al ser incautado por el gobierno tras la toma de Santander por el ejército de Franco. Diario de tendencia liberal y anticlerical fue dirigido por uno de los periodistas más relevantes de Santander, José Estrañi y Grau.

(3) El diario la Región fue fundado por Víctor de la Serna en el año 1924. Originariamente tuvo una tendencia regionalista, más bien próxima a las formaciones de la derecha. Tras la caída de la dictadura de Primo de Rivera gira hacia posiciones más izquierdistas y con la llegada a la dirección de Luciano Malumbres y durante el periodo republicano se convierte en un diario claramente republicano y antifascista. Desaparece tras la toma de Santander por las tropas de Franco.

(4) El Diario Montañés fue fundado en agosto de 1904 en una línea de diario católico vinculado a obispado. Logró sobrevivir a la guerra civil y durante el gobierno de Franco compitió con el periódico del Movimiento, Alerta. Con la llegada de la democracia fue adquirido por un grupo de empresarios y formó con El Correo de Bilbao y El Diario Vasco de San Sebastián el núcleo inicial de la empresa Vocento.

(5) El Faro fue un diario vespertino editado por Editorial Cantabria, la misma empresa que era propietaria de El Diario montañés y por lo tanto fue un diario complementario aunque la dirección, durante unos años, de Víctor dela Serna otorgó un empaque a este periódico que dejó de editarse al iniciarse la Guerra Civil.

## 8. 8. Bibliografía del capítulo 8

–SANTIAGO REGO (2014). Estudio preliminar de PICK. Editado por la Asociación de la Prensa de Cantabria.

–VICTOR DE LA SERNA (1975) Doce viñetas. Reeditado por Estvdio. Edición original 1929.

–LUISA SANTAMARÍA SUÁREZ Y MARÍA JESÚS CASALS CARRO. (2000). La opinión periodística/ Argumento y géneros para la persuasión. Editorial Fragua.

–JOSÉ LUIS MARTÍNEZ ALBERTOS. (1991). Curso general de redacción periodística. Editorial Paraninfo.

–JOSE MANUEL PASTOR. (2007). Leyendo a Pick/ Crónica de su tierra y de su tiempo. Edita Autoridad portuaria de Santander.

–PASTORA MORENO ESPINOSA. (2010). Escribir periodismo. Editorial Fragua Comunicación.

–CARLOS BARRERA/ DIVERSOS AUTORES. (2000). El periodismo español en su historia. Recopilación de textos por Carlos Barrera. Editorial Ariel Practicum.

## **CAPÍTULO 9**

**METAMORFOSIS DE UN PERIODISTA.  
LA IDEOLOGÍA EN LOS ARTÍCULOS  
DE PICK**

## **9. I Un periodista siempre en línea con la moderación**

La Figura de José del Río tiene un evidente perfil político, que es consustancial con su desempeño como periodista, como autor de columnas que, en una gran parte, están teñidas de su ideología. El pensamiento de Pick es un elemento básico a la hora de comprender, interpretar y analizar la personalidad de un periodista que vivió en momentos de gran convulsión política, desde la regencia de la Reina María Cristina hasta el acceso al trono de Alfonso XIII , una vez alcanzada su mayoría de edad, pasando por la dictadura de Primo de Rivera, la guerra de Marruecos, la caída de la monarquía, la proclamación de la República y especialmente los momentos más tensos de los años previos a la Guerra Civil y la guerra que dividió a los españoles. Posteriormente vivió el franquismo, hasta el año 1964 fecha de su fallecimiento.

Estudiar al periodista obliga a penetrar en sus planteamientos ideológicos, en sus creencias y en las influencias que desde diferentes personas y grupos recibió. Desde el punto de

vista metodológico es imprescindible ahondar en la filosofía vital de José del Río para, con esos datos esenciales, abarcar su obra y su posicionamiento sobre los problemas que tuvo que afrontar desde la dirección primero de La Atalaya y más tarde desde La Voz de Cantabria.

Pick nació y se crió en una familia de clase media, sin apenas patrimonio, pero pudo cursar los estudios de náutica lo que le abrió puertas a conocer otros países y también una posición económica estable, en unos momentos – los inicios del siglo XX- en los que la pobreza y la miseria eran elemento común en la población de Santander.

La inclinación por el periodismo quizás le viene de su abuelo, que fue un prolífico articulista y un polemista brillante en el siglo XIX.

Pick fue siempre un hombre políticamente situado en lo que hoy en día se definiría como el centro derecha. Vinculado al partido Conservador, creado por Cánovas del Castillo y más tarde dirigido por Antonio Maura, José del Río fue en sus primeros años profesionales un monárquico moderado, una persona que buscaba antes el diálogo que la controversia, que prefería el entendimiento a la disputa... pero siempre manteniéndose fiel a sus ideas y a sus principios.

## **9. 2 La influencia de Juan José Ruano en “Pick”**

En la forja del ideario político de “Pick” tuvo una influencia significativa Juan José Ruano de la Sota (Santander 1871-1930), diputado del partido liberal conservador desde el año 1914 hasta 1922.

Ruano era hijo de una familia acomodada, estudio derecho en la Universidad de Oviedo en la que se graduó y comenzó

a ejercer la abogacía en Santander. Pronto sintió la vocación política y tuvo una brillante carrera en lo público: Fue fundador en Santander le partido conservador y ocupó diferentes cargos. En 1917 estuvo al frente de la Dirección General de Obras Públicas. En 1919 nombrado Subsecretario de Gobernación. En el Gobierno de José Sánchez Guerra ocupó la subsecretaría de Hacienda y del 4 a 7 de diciembre de 1922 fue fugaz ministro de Hacienda.



Retrato del Rey Alfonso XIII.

La diferencia de edad entre Ruano y Pick era de trece años, pero esa distancia cronológica no supuso barrera alguna para que entre ambos surgiera no solamente una férrea amistad sino también para que José del Río se considerara discípulo de Ruano.

Los cientos de cartas intercambiadas entre ambos acreditan no solamente esa relación personal, sino la influencia que Ruano tuvo en la formación de las ideas del periodista. La sin-



tonía entre el político y Pick fue absoluta, por ello es preciso analizar bien ese intercambio constante de ideas, opiniones y pareceres que han sido determinantes en la trayectoria política de José del Río.

Tras la entrada de José del Río en el diario La Atalaya, Juan José Ruano, por su relación con Pick, pasó a formar parte de la propiedad de ese diario y más tarde nombró a Pick director del mismo. De esa manera se selló también una simbiosis entre el periodista y el político, que sin duda ha sido decisiva en toda la trayectoria de José del Río.

### **9. 3 De monárquico a republicano**

El primer gran cambio en la trayectoria ideológica de Pick viene de la mano de Ruano y ese mismo hecho demuestra la fuerte compenetración de ambos hombres en sus pensamiento político. Ruano fue uno de los diputados conservadores que más y mejor defendió al rey Alfonso XIII, con quien tuvo una relación muy directa. El rey, había prometido en varias ocasiones a Ruano su incorporación al gobierno, pero el nombramiento de Ruano como ministro se fue demorando. Pick compartió con su amigo todo el proceso, los retrasos, las promesas demoradas hasta que finalmente con el paso fugaz de cuatro días por el ministerio de Hacienda, Ruano comprendió que Alfonso XIII se había servido de él como una mera pieza en el tablero de la política.

Cuando Ruano sabe que el Rey nunca tuvo intención de cumplir su promesa comienza un periodo de frustración. Pierde la confianza ciega que tenía en el monarca y analiza los hechos que se suceden con más objetividad. Es más, el político santanderino descubre los meandros interiores de la baja política que se hace en Palacio. El profesor Francisco Pérez Gutiérrez describe de esta manera el inicio del distanciamiento de



**Antonio Maura, un político muy vinculado a Santander, donde trató muchos veranos a Pick.**

Ruano y el Rey. “Su firme fe monárquica se ha visto afectada en lo más íntimo por el amargo descubrimiento de que en Palacio se desconfiaba de él, y hasta se le había postergado, a causa de informaciones insidiosas que le señalaban como amparador de elementos terroristas. Más que como un agravio personal, el descubrimiento actuó como certeza previsor de los peligros que entrañaba para España un poder anticonstitucional que, a espaldas de gobiernos y partidos, se hacía eco de

elementos irresponsables e influía en la política del Estado. En opinión de Del Río, la fe sincera de Ruano en el régimen quedó vacilante”. (1)

El propio José del Río relata, a posteriori, en el año 1931, el sentimiento de su amigo. Lo hace en un artículo en el cual se pregunta que haría Ruano tras la proclamación de la II República.

Pick escribe (4) sobre su amigo Ruano: “Sabido es que Ruano era ministrable desde mucho antes de que fuese elevado al

ministerio de Hacienda que desempeñó fugazmente. Pero las crisis de gobierno se sucedían y su designación ministerial no llegaba. Al fin, un día, después de haber sido ya ministro, don José Sánchez Guerra le hizo la sorprendente revelación. En Palacio habían puesto veto a su nombre”. Ese acontecimiento modificó el rumbo político no solamente de Ruano sino que influyó de manera decisiva en Pick, que perdió el velo que hasta entonces le había impedido ver la auténtica cara del monarca.

En ese momento de su trayectoria política José del Río se adelanta a su amigo Ruano y. Desengañado, abandona su militancia monárquica y se acerca a las posiciones contrarias al Rey Alfoso XIII. Toma esa decisión tras el trato que la Corona dispensa a su amigo y también a la vista de lo sucedido en la guerra de Marruecos y en los escándalos que aparecen salpicando al Rey.

La consecuencia no se hace esperar y Ruano abandona su fe en la Corona para pasarse a las filas del republicanismo, eso sí, dentro de un partido que si bien acepta el modelo republicano mantiene incólumes sus principios de corte conservador.

Lo explica el propio Pick en un artículo publicado el 6 de mayo de 1931, con la II República recién estrenada. Pick relata como Ruano regresa de su viaje por América y es amenazado por Saliquet – en aquel momento gobernador en Santander – con la deportación por ser enemigo de la monarquía. Concluye con este pensamiento: “Ruano no lo era aun entonces (republicano). Nosotros, si –nuestra iniciación en el republicanismo fue casi simultánea a la de Rafael Sánchez Guerra, y por idénticos motivos- y en el curso de nuestra visita diaria a su despacho, discutimos larga y amistosamente, el tema”.

Ruano, tras su decepción, viaja a América para tomar con-

tacto con políticos conservadores y a su regreso recibe un caluroso recibimiento que le procura una admonición del general Saliquet , que era entonces gobernador militar de Santander.

Definitivamente José del Río, decepcionado, considera que la mejor manera de superar la crisis de España es la República y toma decididamente ese nuevo camino.

#### **9. 4 Defensor de la democracia y ferviente liberal**

El pensamiento de José del Río estuvo siempre, incluso en los momentos más difíciles, asentado en una doble idea: La democracia como elemento sustantivo del ejercicio de la política y la necesidad de que el pueblo tome libremente sus propias decisiones y en cuanto a la organización económica y social fue un liberal convencido, aunque se mantuvo en la línea conservadora de un liberalismo moderado.

Otra de sus características fue su independencia. No mantuvo nunca posiciones en contra de sus convicciones y por ello fue capaz de modificar su alineamiento partidista cuando comprendía que estaba defendiendo una causa que había dejado de ser justa.

Esa manera honesta de entender el papel del periodista le produjo numerosos contratiempos ya que en muchas ocasiones estuvo nadando contra corriente. En esa manera recta de entender la política se asienta su adscripción la Tercera Vía, ya que fue capaz de criticar a quienes primero había apoyado, si veía que se alejaban de sus planteamientos o si operaban con autoritarismo o injusticia.

Una de las líneas directrices del pensamiento de Pick fue su oposición a quienes trataban de destruir la democracia e

imponer dictaduras utilizando el argumento de la corrupción de los concejales, diputados y demás cargos públicos surgidos de las urnas.

Frente a esos planteamientos de la inutilidad de la clase política -que fueron utilizados de manera generalizada para justificar la dictadura del general Miguel Primo de Rivera- y especialmente de

su venalidad y corrupción José del Río escribe, como siempre con claridad y transparencia: “es necesario resaltar las grandes dosis de honradez, patriotismo y laboriosidad de la vieja y denostada clase política, de la que la inmensa mayoría vivió y murió en una pobreza eremítica” (2).

Insiste en su línea argumental de resaltar la necesidad de los políticos en unos momentos en los que las dictaduras estaban emergiendo en Europa y cuando en España se había producido un golpe de Estado llevado a cabo por Primo de Rivera, que había sido bendecido por el propio Rey. Así escribe un Aire de la Calle (3) en el cual presenta una serie de personajes de la política honestos y entregados a la causa de



**El general Miguel Primo de Rivera.**

España. De José Sánchez Guerra destaca su lealtad al Rey, su austeridad, su honestidad y lo demuestra cuando relata como Sánchez Guerra vuelve a ejercer su profesión de cuando termina su trayectoria política.

Destaca Pick del Conde la Mortera, un cántabro ilustre, que el propio conde considere su título más honroso el de político, cuando era un erudito, escritor y exitoso hombre de empresa. Pick repasa los nombres de su época para poner de relieve como muchos de los políticos son honestos, buenos profesionales y personas que nada tienen que ver con el cliché del personaje público, corrupto, inculto, inútil y aprovechado que se quiere retratar en los medios de comunicación para justificar el golpe de Primo de Rivera y para arrumbar el parlamentarismo al ostracismo.

Esta posición de defensa de la democracia, en un momento histórico adverso por el surgimiento de los fascismo, frente a quienes cuestionaban el sistema para justificar la dictadura del general Primo de Rivera, bien podría enlazarse con al resurgimiento de esa corriente presente que trata de denostar a la clase política, lo que supone dejar una puerta abierta a la justificación de regímenes totalitarios o, al menos, a cuestionar la base misma de la capacidad del pueblo para elegir a sus dirigentes.

### **9.5 “Pick”, un periodista contra el nacimiento de las dictaduras**

Un estudio de la producción periodística de José del Río conduce a una conclusión inequívoca sobre su oposición a los movimientos totalitarios que se produjeron en el periodo de entreguerras en el siglo XX. Pick fue siempre un demócrata convencido y cuando modificó su postura respecto de la monarquía lo hizo con el pleno convencimiento de que tanto la

monarquía como la república eran una fórmula de estado que emanaba de las urnas y que ambas eran legítimas ya que representaban la voluntad popular.

A lo largo del año 1924 Pick escribe en diferentes ocasiones sobre la situación política y lo hace con un talante progresista. Para Pick es necesario seguir el ejemplo del parlamentarismo inglés o adoptar sistemas de gobierno similares a los de Francia, Suiza o los países nórdicos y alejarse de los movimientos que nacen en naciones meridionales como Italia, Turquía o Grecia. Defiende la representación parlamentaria como la única fórmula viable para que un país prospere y para escapar de los problemas que se generan en las sociedades que adoptan el totalitarismo.

Cuando en ese año 1924 arrecia la crítica contra Blasco Ibáñez y Unamuno—ambos exiliados en Francia— por sus críticas a la dictadura de Primo de Rivera Pick no duda en defender a esos intelectuales e ir contracorriente. En ese momento Pick hace un equilibrio para no condenar la complicidad de Alfonso XIII con la dictadura, pero es firme en su repulsa al totalitarismo.

Su posicionamiento se consolida y se refuerza en los años siguientes. Así en 1925 y 1926 escribe varios artículos en los que no duda en declararse liberal y en un defensor a ultranza de la libertad y las garantías constitucionales. Sus palabras son meridianamente claras cuando aplaude la iniciativa europea de crear una liga en defensa de la libertad y “contra los fascios de la fuerza bruta”. (5)

## **9. 6 Diatriba contra la dictadura de Miguel Primo de Rivera**

José del Río se posicionó desde un primer momento frente a la dictadura del general Primo de Rivera. Y no solamente por defender el sistema de partidos políticos y mantener la vigencia de que los gobiernos estén regidos por representantes de los ciudadanos, contra las tesis de los que pretendían erradicar a los políticos, crear ejecutivos fuertes y dejar la gobernación en manos de técnicos; si no por un firme convencimiento de la supremacía ética de la democracia sobre los regímenes totalitarios.

Es necesario para valorar adecuadamente los artículos de Pick el hecho de que en esa época (los años veinte y treinta del siglo XX) la tendencia emergente era la de los movimientos totalitarios, con ejemplos señeros en Italia y Alemania, pero con fuerte implantación en otras naciones como Gran Bretaña, Francia y por supuesto España donde el golpe blando de Primo de Rivera fue muy bien acogido por una buena parte de los ciudadanos.

Pick escribe de Primo de Rivera, en un artículo titulado “Estampa de un dictador” que aplica fórmulas simplistas, de tertulia de café, a problemas complejos y que tiene mentalidad de terrateniente jerezano. Le culpa de empobrecer España y de socavar los apoyos que tenía la monarquía.

Ese planteamiento se mantiene con el recelo, cuando no crítica abierta, hacia los sistemas totalitarios que emergían en la Europa de finales de los años veinte del siglo XX.

Tras la caída del general, Pick escribe un largo texto en el cual hace referencia a sus anteriores reflexiones sobre lo inadecuado de los sistemas dictatoriales, vuelve a reivindicar la actividad política y alerta sobre los “salvadores de la patria”



que son incapaces de ofrecer verdaderas alternativas para los españoles.

En diferentes escritos publicado en 1930 pone de manifiesto los errores del gobierno de Primo de Rivera. Desde la prohibición de las lenguas catalán y vasco (a las que Pick califica de dialectos), hasta la arbitrariedad cometida con el encarcelamiento de Bruno Alonso (destacado socialista santanderino).

### **9. 7 El talante caballeroso y justo del periodista**

Las duras diatribas de Pick contra la dictadura del general no fueron óbice para que a la muerte de Primo de Rivera en París, donde llevaba exiliado poco más de un mes, resaltar los aspectos positivos de su gobierno y especialmente la sinceridad y la honradez de un general sin dotes para el gobierno.

Describe al general como un hombre bien intencionado, con una carácter y un espíritu mesiánico y sin dotes para el manejo de los asuntos de Estado, pero siempre poniendo por delante sus buenas intenciones.

Termina reconociendo los éxitos la conquista de Alhucemas que supone el final de la guerra de Marruecos y también su capacidad para combatir el terrorismo anarquista que era una de las lacras de la España de los años veinte.

Junto a ese sincero reconocimiento de los logros del gobierno de Primo de Rivera, Pick –como hicieron otros muchos periodistas – relata los casos de censura que sufrió durante la dictadura.

Pick cuenta como cada vez que en su periódico se citaba a Ruano “La multa llegaba invariablemente dos o tres días después y con el pretexto más absurdo”. Los temas que esta-

ban prohibidos para los periodistas eran tan variopintos como la mendicidad callejera, la limpieza de Santander, el antaño del Ebro o los problemas del Ferrocarril del Mediterráneo. Se atrevió además a analizar el comportamiento de la prensa durante la dictadura, ensalzando a los diarios que mantuvieron firmes sus posiciones democráticas, pese a la presión y condenando a los que se plegaron de forma vergonzante y pasaron a ser colaboradores del régimen impuesto por Primo de Rivera.

## **9. 8 Políticamente democrático y siempre moderado**

Del estudio de los textos de Pick respecto de los regímenes dictatoriales se desprenden dos claras conclusiones:

1.- Siempre estuvo del lado de la democracia y contra la dictadura. Los mismo la del general Primo de Rivera que de los emergentes fascismos en Alemania e Italia y, por supuesto, del sistema soviético implantado tras el triunfo de la Revolución Bolchevique.

2.- Todos su escritos estuvieron cortados por el patrón de la moderación, de la crítica razonada y en defensa del sistema parlamentario y de la clase política, que en esa época padeció durísimos ataques por quienes proclaman que era mejor un hombre fuerte que no los que despectivamente llamaban los “politicastros”.

Finalmente defendió a la Republica, como sistema democrático, hasta que la violencia se adueñó de las calles y con el inició de la Guerra Civil comenzó a escribir artículos con claros llamamientos a poner fin a los combates y especialmente a terminar con los crímenes que se cometían en la retaguardia, especialmente en Santander.

Estas últimas columnas le supusieron serías amenazas de muerte y tuvo que salir de Santander rumbo a Francia para desde allí incorporarse a la zona dominada por el ejército de Franco, donde no fue muy bien recibido porque siempre fue considerado como un periodista que defendió la República y la democracia.

## **9. 9. Notas capítulo 9**

(1) Francisco Pérez Gutiérrez. Prólogo de “Aire de la calle”. Editado por Estvdio en 2003.

(2) José del Río. Aire de la calle. La Atalaya (16 de mayo de 1925).

(3) José del Río. Aire de la calle. La Voz de Cantabria (8 de mayo de 1925).

(4) José del Río. Aire de la calle. La Voz de Cantabria (6 de mayo de 1931).

(5) José del Río. Aire de la calle. La Atalaya (13 de abril de 1926).

## 9. 10 Bibliografía capítulo 9

RAMÓN TAMAMES. (2008) “Ni Mussolini ni Franco: la dictadura de Primo de Rivera y su tiempo.” Editorial Planeta.

SHLOMO BEN AMI. (2012) “El cirujano de hierro: La dictadura de Primo de Rivera 1923-1930”. Editorial RBA.

JOSÉ MANUEL PASTOR (2007) “Leyendo a Pick”. Edición de la Autoridad Portuaria de Santander.

SIGFREDO HILLERS DE LUQUE (2001) “El pensamiento social del general Primo de Rivera”. Separata de la revista de la facultad de Derecho de la Universidad Complutense de Madrid.

CÉSAR GONZÁLEZ RUANO. (1954) “El general Primo de Rivera”. Madrid. Ediciones del Movimiento.

JESÚS PARDO. (1998). Estudio preliminar de la novela “El capitancito”. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria.

## **CAPÍTULO 10**

## **ATRAPADO EN LA GUERRA CIVIL**

## **10. 1 Atrapado en la Guerra Civil**

La figura de Pick resulta imposible de analizar y comprender sin tener presentes dos elementos esenciales en su trayectoria vital, dos ejes sobre los que pivotó su actividad periodística: El turbulento escenario político y social en el que se desarrolló su biografía y su pensamiento siempre ligado a la moderación, la concordia y el dialogo. Para José del Río el estallido de la Guerra Civil en Santander, iniciada el 20 de julio de 1936 tras dos días de indefinición, en los cuales la provincia quedó sin adscribirse ni al bando leal al gobierno de la República, ni a las fuerzas de los militares alzados, la provincia se situó finalmente del lado gubernamental, conformando una zona leal a la República en la Cornisa cantábrica.

Pick se mantuvo durante los primeros días confiado en que la legitimidad democrática de la República se iba a traducir no solamente en poner fin al alzamiento militar, sino en que el Gobierno iba a mantener el control de los elementos que comenzaban a querer tomar las riendas de la situación al margen de la legalidad.

A ese deseo se sumó su posicionamiento claro, desde el primer momento, de evitar que la situación terminara por convertirse – como sucedió- en una guerra abierta que traería dolor, muerte y sangre. Desde La Voz de Cantabria escribió una serie de artículos llamando a la concordia y denunciando la violencia que comenzaron a ejercer los grupos anarquistas, comunistas y sindicalistas sobre personas sospechosas de no ser leales a la República.

Durante los meses previos al estallido de la guerra, la pluma de Pick se ocupa de asuntos de diferente calado y aborda con decisión y honestidad todos los acontecimientos que fueron la mecha que encendió la guerra. Pick es plenamente consciente de la gravedad de la situación y en sus “Aire de la calle” glosa todos los acontecimientos.. Durante el año 1935 escribe una severa denuncia de la situación de pobreza en algunos pueblos de la provincia de Santander, la miseria que asuela a las clases obreras y el descontento con la situación. El tono reivindicativo es elocuente, pero –dentro de su estilo de periodista que trata de ser equidistante- precisamente su posición siempre del lado del orden legal y contrario a los excesos violentos, comienza a situarle como objetivo de los grupos más radicales de la izquierda.

Tras las decisivas elecciones del mes de febrero de 1936 entra a fondo en el análisis y escribe con una visión clara y diáfana que “España está dividida en dos enormes masas que tienen sentimientos e ideologías dispares”. Todos sus artículos tienen un tono moderado y en ellos aparece siempre un llamamiento a concordia, al diálogo al entendimiento entre quienes quieren un radicalismo de izquierda en el gabinete republicano y los que desde la derecha buscan el enfrentamiento y el final de una situación que consideran insostenible.

En sus escritos y en su actuación durante los meses previos



al inicio de la guerra, José del Río, mantiene una línea constante y siempre recta: evitar el choque violento entre esos dos bloques que él mismo ha definido. Para ello propone el acercamiento de posiciones, la moderación y un diálogo sincero que permita superar los momentos más tensos.

## **10. 2 Pesimismo y condena de la Revolución de Asturias**

Tras la victoria del bloque creado en torno a la CEDA en la elecciones de 1933, el clima social se crispa de tal modo que culmina con huelgas generales y singularmente con la Revolución de Asturias. El posicionamiento de Pick y su análisis de la situación no deja lugar a dudas respecto de su pensamiento: condena la violencia y hace un llamamiento a la pacificación y la concordia.

Al mismo tiempo que pide serenidad y diálogo escribe su reflexión acerca del presente: un halo sombrío y pesimista envuelve sus artículos porque José del Río no comparte en absoluto la lenidad con la que se comentan los crímenes y la violencia desatado en la provincia vecina.

Condena a los que quieren imponer a bombazos su idea de justicia social y denuncia como una parte de los españoles está virando hacia un “salvajismo primitivo”. No elude entrar a fondo en las causas de la revuelta asturiana y señala al “anarcosindicalismo atávico” como el motor de los desmanes y del caos que se ha creado en una parte de España.

Estos artículos contra la violencia de los sindicalistas asturianos, su denuncia al anarquismo y especialmente la crítica vertida por la ineficacia del gobierno republicano, a la hora de prevenir situaciones como la surgida en Asturias, son antecedentes que van perfilando la figura de José del Río como uno de los objetivos de los grupos radicales que ocupan el poder



**Un tren blindado de los anarquistas asturianos.**

tras el levantamiento militar de julio de 1936.

Durante el otoño de 1934 el pesimismo se apodera de la pluma de Pick. Su firme idea de que la salida de España se deben basar en la modernidad los avances sociales y el orden choca frontalmente con la ola de radicalismo y enfrentamiento que se impone en España.

A Santander también llega el llamamiento a la huelga general y se producen disturbios que, aunque nada comparables con los de Asturias y otras provincias, si generan situaciones cuajadas de violencia.

Pick relata, en una crónica realista y emocionada, el asalto que se produce en Santander al cuartel de carabineros y que culmina con la muerte en confuso tiroteo del joven Luis Ma-

teo Ortega, hijo del republicano histórico Isidro Mateo. Su artículo (1) evoca el dolor de un padre que ve como su hijo es asesinado por una causa que el ha defendido. Pick define así el estado de ánimo de Isidro Mateo. “Todo su dolor de padre y de ideólogo desencantado.

Pick también entra en el debate sobre la ontología del estallido social de Asturias. En aquel momento de la historia hubo una polémica acerca de la naturaleza de la extrema violencia que se desató en España. Dos tesis confrontaron para dilucidar el origen: una sostenía que se trataba de “un experimento de revolución social”, vinculado estrechamente con la revolución rusa, con la internacional comunista y con los intentos de expandir por Europa el movimiento bolchevique y la otra tesis contrapuesta era la que adscribía los sucesos de Asturias con el anarquismo y que tenía su antecedente en la Comuna de París de 1873.

Pick creía en esta segunda tesis más que en la que creía que la revuelta era una experimento ruso de implantar el nuevo orden comunista en el mundo.

### **10. 3 Rechazo a los movimientos fascistas italo-alemanes**

La posición de defensa del sistema democrático jamás fue quebrada por José del Río. Como ya he referido en capítulos anteriores Pick jamás aplaudió los emergentes movimientos fascistas. Desde su condena a la “dictablanda” de Primo de Rivera hasta el fascismo italiano o el nazismo alemán. Ese posicionamiento le alejó la recién nacida Falange Española y de otros movimientos de corte similar. Quedó pues, Pick, como otros periodistas, pensadores, artistas y políticos de la época en un peligroso terreno de nadie. Los más furibundos defensores del gobierno republicano le señalaron como hombre de

derechas y en consecuencia marcado y al albur de los grupos anarquistas y comunistas que constituyeron las primeras checas de Santander y al mismo tiempo quienes dirigían los resortes del recién nacido gobierno de Franco, en la denominada “zona nacional”, veían en este periodista santanderino una persona no afecta al régimen, con un pasado republicano y con un mensaje pacifista de diálogo con el enemigo que en nada convenía para alimentar una guerra que necesitaba del odio y del enfrentamiento para proseguir hasta la victoria de uno de los dos bandos.

El pensamiento conservador del periodista y poeta no fue, en ningún caso, intransigente y extremo. Es más, en diferentes artículos abordó la necesidad de una reforma agraria que fuera una oportunidad para que los jornaleros trabajaran las tierras baldías e incluso de expropiar parcelas de grandes latifundios y habilitar algún sistema de explotación cooperativa. Lamentó que esa reforma, que había iniciado la República y que se aceleró en plena guerra, se estuviera llevando a cabo de una manera traumática, en lugar de haber sido llevada a cabo de manera ordenada durante los años anteriores y que hubiera recibido el apoyo de la derecha, siempre renuente a aceptar esa premisa.

#### **10. 4 Pacifista en la Guerra Civil**

Tras el estallido de la contienda civil, Pick sigue escribiendo en La Voz de Cantabria y dirigiendo la publicación. Tras los primeros compases de la guerra la situación comienza deteriorarse y José del Río es testigo de los excesos que grupos de milicianos cometen, en un clima de descontrol e impunidad.

El periodista no puede eludir lo que le dicta su conciencia y escribe artículos con llamamientos a la concordia y a la humanización de la guerra. Artículos que los más radicales republi-



**Las tropas de la brigada motorizada italiana, en su entrada en Santander el 28 de agosto de 1937.**

canos consideran inadecuados e incluso quintacolumnistas. Así publica un artículo en *La Voz de Cantabria* que dedica al doctor Rodríguez Cabello y que titula “La humanización de la guerra”. Un artículo publicado a mediados de octubre de 1936, cuando en Santander ya se habían padecido los primeros ataques de la marina franquista y cuando en las calles reinaban cada vez con más fuerza los grupos que actuaban al margen de la policía y del ejército. En ese artículo, tras una referencia a un encuentro personal de días atrás, escribe: “Usted acudió a mí porque me sabía cristiano y conocía mi repulsión de siempre a todo lo que signifique crueldad y violencia. Quería que yo le ayudase en una gestión que usted pensaba emprender para limar a la lucha sus aristas más fieras e inútiles. Usted quería intentar el respeto dela población inerme, principalmente a las mujeres y los niños, y si fuera posible, asegurar

las vidas de los prisioneros, que en todas las naciones del mundo, aun en las más bárbaras, son sagradas y se conservan por los combatientes.”

Pick prosigue su columna, que mantiene el título general de La Voz de la Calle, entrando en lo concreto de su propuesta: “Su generoso intento cayó por entonces en el vacío. Sé que hizo usted gestiones que no llegaron a cristalizar. Era la hora

mala de las pasiones rencorosas y vivas. Acaso esa hora no haya pasado todavía hoy. Acaso tarde mucho en pasar. Pero yo sé que usted sigue vigilante y atento para aprovechar el menor indicio favorable y volver a intentar de nuevo su misión de humanidad. Por eso quiero llamar su atención sobre una luz consoladora que apunta en Bilbao. Ya hace días señalaba el hecho de que hubiera podido celebrarse allí el primer canje de prisioneros efectuado hasta ahora en España, entre personas de notoriedad sobresaliente. Y expresaba la esperanza de



Cuatro cabeceras de los diarios que se editaban en Santander y que eran la competencia de La Atalaya el primer diario en el que escribió y que posteriormente dirigió José del Río.



que el camino iniciado se continuaría. Y así parece ser, para honor de aquella noble tierra. Uno de los primeros actos del Gobierno vasco ha sido efectuar otro canje, éste de mucha más importancia, por el número de personas a él acogidas y por el sexo a que pertenecen. Se trata de las mujeres que estaban presas en Vizcaya, a cuya libertad responderá la de las que sufren idéntica suerte en las prisiones de Navarra y Burgos.

Tras explicar en el texto de su columna los detalles de este intercambio de presas, llega a la conclusión y a la petición concreta. Este y otros artículos escritor con idéntica intención, que no era otra que la de dulcificar el dolor que se producía con la guerra, la separación de las familias y la represión descontrolada en la retaguardia. Con ese propósito Pick termina así su Aire de la Calle: “¿Por qué en Santander no ha de ser posible lo que lo ha sido ya en Bilbao? Muchas mujeres y niños santanderinos existen en territorios incomunicados con nosotros por la guerra y sin relación alguna con sus esposos, padres o hijos. El caso contrario se dará también sobradamente. Se trata de gente que no es beligerante y que, por tanto, no puede considerarse como prisioneros de guerra. Se trata sólo de familias dispersas e incomunicadas. Conseguir la reunión de esos seres atribulados se nos antoja mucho más sencillo que los canjes realizados hasta ahora en Vizcaya. Por eso podíamos empezar, para llegar luego a otros resultados de mayor importancia, y si fuera posible, al total restablecimiento del Derecho de gentes, que ni en los instantes de las luchas más crueles está en suspenso en las naciones civilizadas”.

“Yo someto a su consideración estos antecedentes, por si usted juzga el momento oportuno para intentar de nuevo su gestión. Si así fuere, sepa que mi pluma y mi voluntad estarán, como siempre, a su servicio en los menesteres que usted me encomiende” (2)

## **10. 5 Intento desesperado por humanizar los dolores de la guerra**

Tres días después de publicar su Aire de la Calle sobre el canje de mujeres y niños entre las dos zonas en la que España quedó dividida por la guerra, insiste en el asunto con otra columna que tituló “La procesión doliente” (3). En ese texto vuelve sobre su petición anterior de que se permitan la unificación de las familias separadas por el frente. Presenta la situación de mujeres y niños que se encuentran separados de manera traumática separados al estar de viaje el 18 de julio y quedar en zona diferente a la del resto de su familia. Pick describe como en los primeros días de la contienda se pensó que pronto ese problema estaría resuelto, pero “al cabo de tres meses, las resistencias morales han cedido, y las pobres mujeres que nos hablan, damas algunas de alta alcurnia y otras esposas e hijas de obreros, lo hacen entre suspiros entrecortados”.

Pick remacha sus argumentos a favor del canje de familias que siempre pensó y escribió debería ser el primer paso para otra más amplia que incluyera a los presos por sus ideas o su adscripción a uno u otro bando.

“De todos los espantos de la guerra – prosigue Pick en ese mismo artículo- este daño que se infiere a seres inocentes es uno de los que más nos duelen y conturban. Precisamente, porque es un daño fácilmente evitable y cuya solución a nadie perjudicaría. ¿Qué se adelanta con ennegrecer aún más el espanto, que ya tiene bastante fuerza con lo propio del campo de batalla?

Cuando publicamos nuestro primer artículo sobre este tema (15 de octubre de 1936) lo hicimos obedeciendo al dictado de una conciencia que en este aspecto del odio a la violencia fue siempre inflexible, aunque en otros – carne flaca, al fin – desmayara. Hoy, como ayer y como mañana, cualquiera que



sea la coyuntura en que nos hallemos, hemos de proclamar nuestra obediencia estricta a los dictados del Evangelio. El ‘ama al prójimo como a ti mismo’ sigue siendo para nosotros el mandamiento fundamental de nuestra ley. El ‘no matarás’ no será nunca en nuestra pobre vida letra muerta, como lo es para tantos – por desgracia, muchos – en esta hora negra y aciaga; hora de tribulación y de confusiones pecaminosas. Por pensar así, escribimos nuestros primeros artículos sobre este tema, generosamente acogidos en La Voz de Cantabria. Pero no sospechamos nunca que pudieran tener una finalidad práctica. Hoy, estas pobres mujeres que salen de mi casa esperanzadas en mis artículos, me piden que los continúe y ponen ello una esperanza que nosotros no podemos sentir”.

Por si ellas tienen razón - ¡las pobres esposas y madres atribuladas! - , nosotros seguiremos, aunque nuestra voz se pierda en el vacío . La hora es demasiado negra y la responsabilidad de cada uno es tan grande, que ningún esfuerzo debe omitirse. Nosotros no lo omitiremos. La idea de esos niños que al cabo de tres meses no saben si son huérfanos o si tienen aún padre; el dolor de esas esposas, la esperanza ciega de esas madres que se resisten a creer lo peor, son motivos bastantes para inyectar fuerza a una voluntad ya desfallecida. Ese dolor actúa sobre nosotros como una droga heroica. Pase lo que pase, seguiremos en la brecha, predicando, entre el odio, las parábolas del amor del Evangelio. (3).

Este artículo de Pick es primordial para entender el drama personal de un hombre bueno, de un periodista íntegro y de un cristiano con una fe profunda. En primer lugar nos indica que ya en ese momento el control de los periódicos había quedado en manos de comités creados a tal fin por el gobierno. la intervención en la prensa fue creciendo hasta que ya en el año 1937, fue absoluto. Así Pick hace referencia a que sus escritos son acogidos generosamente por La Voz de Cantabria, periódico del que era director. También alude a que recibe a

las madres y esposas de los santanderinos que quedaron en la zona controlada por el ejército de Franco, en su casa y no, como era habitual, en su despacho de La Voz de Cantabria.

Estos llamamientos a la concordia, a eliminar las peores consecuencias de la guerra, fueron consideradas por los republicanos en el poder, como un llamamiento a la desmovilización, como una forma de minar la moral de combate, como una acción de quintacolumnismo. A ello hay que sumar sus referencias al Evangelio y a la doctrina cristiana, en un contexto en el cual la Iglesia estaba entre los enemigos de la República. Estos artículos señalaron a Pick como un desafecto a la causa, como un personaje sospechoso de no colaborar en la guerra y le condujeron a las listas que comunistas y anarquistas elaboraban en Santander para detener, encarcelar o incluso asesinar sin más juicio previo.

## **10. 6 El desencanto final y la huida del Santander republicano**

Esta serie de artículos produjeron una fuerte reacción por parte de las autoridades del gobierno y, sobre todo, por los grupos políticos más activos que veían como la marcha de la guerra no era favorable a las tropas coordinadas por el gobierno.

La situación empeoraba en Santander, bloqueada por los buques de la armada en manos de Franco, con un frente frágil y con la comunicación con Francia cortada también por las tropas del general Mola. En ese ambiente afloran ya, de manera directa, las críticas a esa posición humanitaria de Pick. La posición del periodista santanderino se complica por momentos: considerado como una persona de derechas, sin renunciar a su fe cristiana y con llamamientos a suavizar las graves consecuencias de la guerra queda señalado como un elemento no afecto a la República y su nombre se incluye en

las listas de quienes en las noches patrullan Santander para llevar a las checas o al paredón a quienes en ellas aparecen.

Pick no se quiebra y publica un último artículo en respuesta a otro que criticaba sus escritor a favor del intercambio de personas separadas por el frente y para reunificar a las familias.

Así publica ‘Los que lloriqueábamos’ en respuesta a otra columna de Bruno Fontana (4) que descalificaba a Pick por su planteamiento humanitario. Este artículo será el último que publica Pick, ya que pocos días más tarde (el día 2 de noviembre de 1936 embarcó en la bahía santanderina en un buque inglés que le llevó a San Juan de Luz) debe huir de Santander ante las serias amenazas de que ya estaba siendo buscado para ser ejecutado.

Pick escribe, en lo que sería su último artículo redactado y publicado en Santander: “ A Bruno Fontana, en un artículo que publica ayer en ‘La Voz’, no le parece bien la campaña que unos pocos – el doctor Cabello y yo casi exclusivamente- estamos haciendo en los periódicos de Santander en pro de la humanización de la guerra. ‘Vuestra piedad - nos dice- es la de la vieja que lloriquea porque un perrito tiene frío y no se da cuenta de que en ese instante millones de niños están sin cama y sin pan. Vuestra piedad es falsa. Secad, pues, vuestras lágrimas’. Luego nos manda que callemos – no sabemos si a nosotros sólo o si también al ministro del Gobierno de la República, señor Irujo: al Gobierno vasco y autoridades de Vizcaya, y al gobernador general de Asturias y Oviedo, Belarmino Tomás- . Porque, lo que nosotros pedimos no es, en suma, sino lo que han pedido, y en algún caso conseguido, aquellos: que se ahorren los horrores inútiles; que se canjeen los prisioneros; que se considere sagrada la vida de los no combatientes. Si sentir y querer eso es ‘lloriquear’, puede ver Bruno Fontana que no somos nosotros solos los que lo hacemos. Entre

los que ‘lloriquean’ figuran quienes se baten en las primeras líneas de fuego”.

“Yo, por mí, -prosigue Pick en este mismo artículo- sé decir que respondo con la actuación a mis creencias de toda la vida. Cristiano convencido, siempre he estado al lado de los que sufren, sin preguntarle nunca cómo pensaban. No me avergüenza confesar que he lloriqueado muchas veces. Basta leer mis crónicas desde hace muchos años. Todo dolor ajeno me ha herido fibras muy sensibles y hondas. Los dolores propios los he sufrido con más entereza y conformidad. Los niños pobres que no comían, malcomían y andaban descalzos en las crudas amanecidas de invierno, me han inspirado versos y artículos. He partido muchas veces con ellos mi modesta comida de obrero. Como solución política, he buscado siempre el retorno de las almas al Evangelio; es decir, el reino de la Cruz, que simboliza la piedad humana y la humanidad con los humildes y los pobres, con los que sienten ‘hambre y sed de justicia’”.

Pick, en este párrafo desafía todas las convenciones republicanas, al proclamar su fe católica en un momento en el cual persecución religiosa era imperante. hasta el Obispo de Santander tuvo que huir precipitadamente a Francia, con el apoyo del PNV. Este ‘Aire de la calle’ fue el último que logró superar la censura gubernamental, censura que trataba por todos los medios de ocultar la ya grave situación del frente del Norte y sobre todo de imponer un régimen duro que descartara cualquier posibilidad de llegar a un entendimiento con las fuerzas franquistas.

José del Río prosigue en esta misma columna: “Pensando así, hay que ‘lloriquear’ mucho, y con mayor motivo en tiempos de guerra – y guerra como ésta- , en que todas las pasiones están desatadas. No me avergüenzo de haberlo hecho. Bruno Fontana puede opinar que tal actitud es propia de ‘mujerzue-

las'. No pretendo convencerle ni disuadirle. Allá cada cual con sus propios sentimientos e ideas. Mi posición es la de un cristiano colocado en la hora más negra y bárbara de la historia. El salvamento del cuerpo importa poco. Lo único que cuenta para mí es la actitud moral; la limpieza de la intención y de la conciencia. Y eso sólo me afana y me preocupa. Lo demás son cosas livianas que se pueden ganar o perder. La conciencia, no; es la carta preciosa que hay que guardar siempre, puesto que con ella hemos de hacer en la hora suprema la decisiva baza".

Estas palabras son prácticamente un testamento moral y deontológico, una declaración de principios hecha pública en un momento de especial tribulación y gravedad, un momento en el que las palabras pueden tener graves consecuencias, hasta el punto de costar la vida de quien las pronuncia.

Este último artículo de Pick en La Voz de Cantabria es la evidencia más clara del talante y el pensamiento de este periodista que fue el referente profesional en Cantabria durante casi la primera mitad del siglo XX.

"Sí, estimados lectores: –prosigue Pick- 'lloriqueamos' ante todas las lástimas y las desdichas de la guerra, y, siempre que exista una humana posibilidad, hemos de luchar por aminorarlas, sobre todo, las que se refieren a las mujeres y a los niños. Yo recuerdo ahora una página que data nada menos que de 1793 –el año terrible, señor Bruno Fontana- cuando la Revolución francesa luchaba desesperadamente con sus enemigos del interior y el exterior, en una guerra sin cuartel. (5). En esa página, un general de los ejércitos republicanos, que mandaba en los frentes de la Vendée –allí donde la guerra tanto se parecía a la actual española-, dirigiéndose a la Convención para que se suprimiesen los 'horrores inútiles' –¡otro que lloriqueaba! se expresaba en estos términos. 'Los patriotas exaltados se quejarán, puede ser, de esta tolerancia. ¡No hay

que hacerles caso! Son peligrosos y cobardes; no van nunca al combate sino de mala voluntad y se embriagan tanto de sangre como de vino. Nos tratarán de republicanos tibios y sospechosos. ¡No hay que hacerles caso!, repito. Mandadles que vayan solos contra los rebeldes; se echarán atrás. Yo les conozco bien. Por su modo de obrar han comprometido la causa nacional. Hay que decirlo en todas partes. Hace falta triunfar de la insurrección o perecer. Pero para asegurar el triunfo hay que saber conjugar, oportunamente, la piedad y las armas’.



**Imagen del general Jean Baptiste Camille Canclaux.**

Firmaba el informe el general Canclaux, jefe del ejército de las provincias del Oeste.

Yo no quiere establecer ninguna relación entre esa voz lejana e histórica y los hechos actuales. la cito solamente a título de curiosidad. Para afirmar mi posición , me basta mi cualidad de creyente en Cristo. Ya el evangelio dice que el mundo es un valle de lágrimas, y así no es de extrañar que los que lo leemos con emoción ‘lloriqueemos’ con frecuencia. (Llo-

riquear, no en el sentido estrecha que da a este verbo Bruno Fontana, según el cual, ‘lloriquea’ el que pide canje de prisioneros, sobre todo el de las mujeres, sino en el amplio de sentir las punzadas del dolor circundante). Y no como mujerzuelas. Sino como hombres conscientes de su responsabilidad, como hombres en plenitud de conciencia”. (6)

Cuando, tras su viaje en barco hasta Francia, José del Río llega a Burgos y después a Salamanca se encuentra con estos planteamientos humanitarios y cristianos no tienen buena acogida entre los militares y políticos del embrión del nuevo régimen de Franco. En la zona ‘nacional’ tampoco se suscriben esas ideas humanitarias y como en el territorio republicano quienes proclaman la necesidad de humaniza la guerra son vistos como personas sospechosas que tratan de minar la moral y abogan en lugar de por la victoria, por un acuerdo. La guerra civil española se cimento sobre el elemento capital de la derrota total del enemigo.

## 10.7 Notas capítulo 10

1.- Aire de la calle. 17 de octubre “La Voz de Cantabria”.

2.- Aire de la calle. La Voz de Cantabria. 15 de octubre de 1936.

3.- Aire de la calle. La Voz de Cantabria. 18 de octubre de 1936.

4.- Bruno Fontana, periodista vasco que desde Bilbao publicaba artículos en defensa de la República. Tras la caída de Bilbao en manos de las tropas de Franco, Fontana llegó a Santander, en la retirada de las tropas de la República al caer el Cinturón de hierro de Bilbao (12 junio de 1937). Fue nombrado por el gobierno republicano Comisario para control de prensa. El 29 de junio de 1937 Fontana sacó a la calle el primer número del diario La República, periódico único ya que los otros tres existentes en ese momento fueron cerrados por la carencia de papel y tinta. El último número de La República apareció el 24 de agosto de 1937, cuando las tropas de Franco ya estaban a las puertas de Santander.

5.- Con esta alusión a 1793, Pick hace referencia al episodio de la Revolución francesa en la que se constituye el gobierno de Robespierre y con Francia acosada por españoles, austriacos e ingleses se desata una ola de ejecuciones y desgobierno. Una comparación con el momento que se vive en España.

6.- Aire de la calle. La Voz de Cantabria. 28 de octubre de 1936.



## 10. 8 Bibliografía capítulo 10

Bernardo Colsa Lloreda. “El estatuto cántabro de la II República”. 2008. Editado por ADIC.

José Ramón Sáiz Viadero. “Crónicas sobre la Guerra Civil en Santander. 1979. Ediciones Tantín.

Miguel Ángel Solla Gutiérrez.”La sublevación frustrada: los inicios de la Guerra Civil en Cantabria. 2005. Editado por La Universidad de Cantabria y el Parlamento de Cantabria.

Enrique Gudín de la Lama y Jesús Gutiérrez Flores. “Cuatro derroteros militares de la Guerra Civil en Cantabria”. 2005. Edición digital Monte Buciero.

Hugh Thomas. “La Guerra civil española”. 1980. Ediciones Urbión.

Fernando Obregón Goyarrola. “República, Guerra Civil y Posguerra en Santander (1931-1948)”. Ediciones Tantín. 2002.

Octavio Ruiz Manjón. “Algunos hombres buenos: (Historia de mujeres y hombres que pusieron la justicia por encima de las ideologías durante la Guerra Civil.” 2016. Espasa libros.

Paul Preston. “Las tres Españas del 36”. 2015. Editorial Debolsillo.

Paul Preston. “La Guerra Civil española: reacción, revolución y venganza. 2015. Editorial Debolsillo

La obra de José del Río (“Pick”) como  
modelo de comunicación moderna

**TOMO 1**

Tesis doctoral

**Manuel Ángel Castañeda Pérez**

Santander 2016



Universidad Complutense de Madrid  
Facultad de Ciencias de la Información  
Departamento de Comunicación Audiovisual y Publicidad II

# TOMO 2

## LA OBRA DE JOSÉ DEL RÍO (“PICK”) COMO MODELO DE COMUNICACIÓN MODERNA

MANUEL ÁNGEL CASTAÑEDA PÉREZ





Universidad Complutense de Madrid

Facultad de Ciencias de la Información

Departamento de Comunicación Audiovisual y Publicidad II

## La obra de José del Río (“Pick”) como modelo de comunicación moderna

### **TOMO 2**

Memoria para optar al grado de doctor  
presentada por

**Manuel Ángel Castañeda Pérez**

Dirigida por el doctor

**Luis Gutiérrez-Vierna Espada**

Santander 2016

## **CAPÍTULO 11**

## **EL ACTIVISMO DE PICK EN LOS ÁMBITOS CULTURALES**

### **II.1 José del Río, un dinamizador de la cultura regional**

José del Río ha sido uno de los periodistas que más ha escrito sobre su tierra, la entonces provincia de Santander, hoy región de Cantabria. Como poeta y persona que tuvo una intensa y directa relación con los novelistas, poetas, pintores, músicos e historiadores se interesó por el desarrollo cultural de su Santander.

El papel de Pick en los ambientes culturales santanderinos no se limitó a su papel como periodista. Traspasó la línea que separa al informador del activista y se colocó como uno de los dinamizadores culturales más bullidor. Supo entender que era necesario que utilizara su capacidad de comunicación y su prestigio como poeta para trabajar, junto con otros intelectuales locales, en pro de una verdadera revolución cultural en Santander, una revolución que pusiera en valor los elementos autóctonos, la singularidad de una provincia que siempre estuvo del lado del desarrollo cultural.

Santander ha tenido, a lo largo de la historia, uno de los índices más bajos de analfabetismo de España y se ha situado entre las comunidades con mejores datos respecto a escolarización y nivel de formación. Este patrimonio hizo que Pick considerara que era necesario proseguir en la tarea de facilitar la formación de sus paisanos y por ello se involucró, más allá de su compromiso como periodista, con los movimientos de acción cultural.

Su presencia en la Junta de Gobierno del Ateneo santanderino es una excelente prueba de ese afán del periodista por estar dentro de las instituciones que podían facilitar la extensión, la formación y la cultura.

La tarea de Pick comenzó por su decidido pensamiento de conseguir que La Montaña tuviera una historia rigurosa, detallada y documentada que asentara su propia personalidad.

En los primeros años del siglo XX Santander no era más que una pequeña provincia sobre la que se habían editado bastantes estudios parciales, pero deslavazados y sin conexión que permitiera tener una visión de conjunto de lo que suponía esta sociedad. José del Río, tras una serie de conversaciones con destacados personajes de la historia y la literatura regional, como José María de Cossío, Francisco González Camino, Fernando Barreda y Ferrer de la Vega, Sojo y Lomba llega a la conclusión de que es necesario acometer la tarea de escribir una historia de la ciudad de Santander y también otra, en paralelo, de La Montaña.

El periodista asume la responsabilidad de ser el catalizador de ese proyecto y escribe y publica que el proyecto debería ser liderado por la Diputación Provincial, La Real Sociedad Menéndez Pelayo y el Ateneo santanderino, del cual ya forma parte activa el propio Pick. Desde las páginas de La Atalaya moviliza voluntades, aúna esfuerzos y trata de cimentar una



iniciativa cultural de primer orden.

En el año 1934 se constituye el Centro de Estudios Montañeses que se dirige a José del Río para animarle en su iniciativa de llevar a cabo la publicación de una Historia de La Montaña, que sumara en sus páginas todo el acervo cultural de esta comunidad.

Este empeño ya había tenido un precedente en el intento, liderado por Marcelino Menéndez Pelayo, de llevar a cabo la redacción de una enciclopedia de Santander, pero el proyecto quedó en vía muerta en primer lugar por ausencia de apoyo institucional y posteriormente con el fallecimiento de Marcelino Menéndez Pelayo. Curiosamente no fue hasta el año 1985, en un contexto completamente distinto y ya con el nombre de Cantabria, cuando un equipo de más de un centenar de expertos en distintas materias, logró construir la “Gran Enciclopedia de Cantabria” editada en ocho volúmenes y en la que se recogen por orden alfabético varios miles de voces que abarcan todos los ámbitos de la realidad regional, desde la historia hasta la geografía pasando por la cultura y los deportes.

José del Río, en un movimiento anticipatorio a la polémica que ya en la década de los años setenta del siglo XX se desata sobre la creación de una región uniprovincial con el nombre de Cantabria, escribe en numerosas ocasiones en una línea opuesta. Pick considera que no existen basamentos firmes en la historia para defender que la provincia de Santander tenga entidad de región, frente a otros autores que sí creen en esa tesis. La tendencia nacida durante el gobierno de la dictadura del general Primo de Rivera de crear una nueva división territorial de España fue la mecha que encendió el debate histórico acerca de la identidad de La Montaña.

Los trabajos periodísticos de Pick, tanto en La Atalaya

como en La Voz de Cantabria, han tenido una constante durante años: el propósito de divulgar el patrimonio cultural de la tierra y la puesta en valor de cuantos escritores, pintores, pensadores, músicos y demás agentes culturales. Pick se involucró de manera directa en promocionar el desarrollo cultural en una ciudad y una provincia en la que, si bien el nivel de formación era elevado respecto de la media nacional, no abundaban los eventos culturales y mucho menos los que podrían llegar a todas las clases sociales.

Esta campaña de divulgación cultural es uno de los elementos que, sin lugar a dudas, caracteriza el periodismo de José del Río y ofrece un campo interesante para apreciar el espíritu renovador y modernizador que tuvo y eso desde una óptica del pensamiento de centro derecha. Precisamente el interés por la difusión de artes y letras ha sido el hilo conductor de muchos de los movimientos sociales de Pick,. De esa forma conectó con personajes que estaban distantes desde el punto de vista ideológico, pero que poseían un común interés por llevar la cultura al mayor número de personas posibles y de sacara a calles y plazas el arte, de forma que no fuera un reducto para unas clases sociales minoritarias.

## **II. 2 Crítico frente a las vanguardias pictóricas**

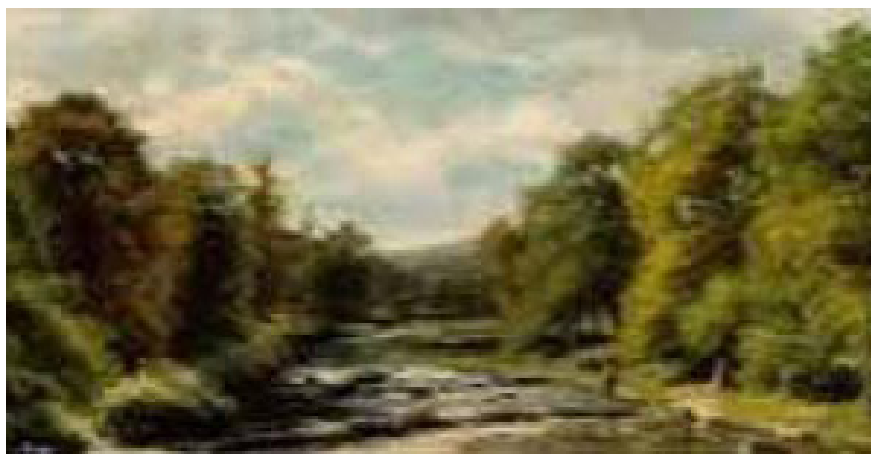
En su papel de periodista omnipresente Pick ejerce como crítico de artes plásticas y también como orientador literario. Su espíritu conservador y su tendencia a admirar a los clásicos, le conduce a mantener una posición crítica con las vanguardias, singularmente con el cubismo y el arte abstracto. Pick fue coetáneo del pintor Francisco Gutiérrez Cossío y con él tuvo una relación estrecha. Pancho Cossío, que así se conoce al pintor, se inclinó pronto por el cubismo y termino su carrera con una obra muy próxima a la abstracción, aunque su pintura tuvo siempre un toque absolutamente singular y

personal. A José del Río no le complació esa deriva de su amigo Pancho.

A pesar de su amistad y de su colaboración en el Ateneo de Santander Pick se mantuvo alejado del estilo de Cossío y siempre mostró su discrepancia con las fronteras que había traspasado la vanguardia en su ímpetu innovador e iconoclasta.

Del Río escribe varios artículos en los que opina que la vanguardia plástica no es más que un conjunto de teorías contradictorias, de “fórmulas contra fórmulas” (1) y también escribe, en el mismo artículo, que “el arte pictórico iba perdiendo sus características”. Pick reivindica el dibujo como elemento esencial de las bellas artes y con una óptica poco conectada con las nuevas tendencias se distancia de los movimientos que surgen a su alrededor.

En sus publicaciones Pick no esconde su falta de empatía con los pintores de la “nueva ola” entre los que incluye a los artistas cántabros, o fuertemente vinculados con esta tierra, como José María Gutiérrez Solana, Pancho Cossío, Francisco



**Paisaje típico del pintor Agustín Riancho.**

Iturrino, Luis Quintanilla y la propia María Blanchard, que aunque natural de Santander pintó casi toda su obra en París.

A cambio ensalza a otros pintores montañeses más en línea con lo figurativo. Sin duda siente admiración por Agustín Riancho (Luena 16 de noviembre de 1841- Alceda, 26 de septiembre de 1929) un pintor que dentro de la personalidad propia que le ha situado entre los grandes paisajistas, mantiene toques novedosos.

Entre otros artículos tiene especial relevancia, para entender de manera directa la idea que Pick mantiene sobre la pintura el artículo “Martirio y resurrección del viejo Riancho” (2) es decisivo. El periodista rememora la entrevista que le hizo para su periódico con estas palabras. “Por aquellos años hicimos nosotros una interviú (sic) a don Agustín, probablemente la primera que le hizo periodista ninguno, porque antes, cuando soñaba con triunfar e iba a Bélgica y a Francia, la interviú no era género que se cultivaba en el periodismo”.

En este párrafo Pick se adentra, como es frecuente en él, en el universo de las técnicas informativas y constata como las entrevistas no eran un género que se utilizara con frecuencia y menos aun con artistas. También denota un prurito de presunción, en el sentido de que él fue uno de los introductores de nuevas formas en el mundo periodístico.

Pick, en el artículo ya citado, escribe unos párrafos emocionantes sobre el desprecio que la obra del pintor generaba en su pueblo y como, tras haber pintado en Bélgica y Francia triunfa a sus más de ochenta años con una exposición organizada en las salas del Ateneo santanderino.

Así describe José del Río esa muestra de la obra de Riancho y justifica el título de su artículo: “Ese triunfo se debe, principalmente, al tenaz y generoso empeño de don José Cabrero

Mons, que artista también, fue de los que creyeron siempre en Riancho y organizó aquella exposición en el Ateneo que fue la revelación del glorioso artista. Por mentira que parezca muchos no lo conocieron hasta entonces. Allí empezó la resurrección, tras el martirio de Entrambasmestas. Con la venta que entonces hizo reunió unos miles de pesetas. Con el fajo de billetes en la mano volvió al pueblo, enseñándoselos a los burlones y a los incrédulos. ¡Era su desquite! ¡La revancha que tomaba de las humillaciones de tantos años!

Ahora es cuando empiezo a pintar –decía por aquellos días– como si tuviese veinte años ¡Ya pasaba de los ochenta!”

De esta forma el director de La Voz de Cantabria reivindica la figura de uno de los grandes de la plástica de Cantabria. Pero la importancia no reside únicamente en este artículo, sino en la previa gestión de Pick, como miembro de la Junta de Gobierno del Ateneo de Santander para organizar esa exposición que fue un verdadero acto de desagravio de una provincia hacia uno de sus grandes artistas, siempre menospreciado por una burguesía que miraba siempre a Madrid y a quienes triunfaban en la capital.

La implicación de Pick en dinamizar los diferentes frentes culturales de Santander hace que su figura cobre más importancia, ya que no se limitó al papel –importante y relevante– de crítico y divulgador, sino que tomó una actitud activa para promocionar tanto a pintores como músicos, escritores, actores, rapsodas... en general a todo aquella persona que se interesara por el arte.

### **II. 3 Casimiro Sainz como modelo de artista**

La figura del pintor Casimiro Sainz (Campoo de Enmedio. Cantabria, 4 de marzo de 1853- Madrid, 19 de agosto de 1898)

fue el referente artístico, en el ámbito de las artes plásticas, para Pick. Aunque Pick no llegó a conocer al pintor si le admiró siempre y vio en este artista campurriano el modelo del paisajista, de quien era capaz de plasmar con su paleta los colores del paisaje de la Montaña.

José del Río escribe diferentes artículos sobre este pintor y genera un lenguaje poético para describir sus cuadros. Habla del “alma misteriosa” de la naturaleza, entrevista en sueño, del paisaje tamizado por la visión singular de este artista que pese a su corta vida (45 años) dejó un legado artístico imponente.

La ubicación de una de las obras de Sainz, quizás la más conocida de todas sus producciones: “Nacimiento del Ebro” es merecedora de un “Aire de la calle” (3) en el cual Pick pide que esa obra, que está colgada en la secretaría de la Diputación Provincial, pase a ocupar un lugar mucho más visible y que esté acorde con la categoría de un paisaje que es, además, emblemático para Cantabria. El cuadro refleja Fontibre, el lugar próximo a Reinosa en el que nace el río Ebro y que tiene una singular belleza. Casimiro Sainz logra, con su paleta, reflejar perfectamente la serenidad del paisaje, los reflejos del arbolado en el agua y transmitir el espíritu que emana de ese rincón de Cantabria.

La admiración por Sainz es coherente con sus ideas estéticas, siempre vinculadas al clasicismo y lejos de vanguardias que podían resultar poco digeribles para los gustos de la época.

El carácter conservador de Pick se traslada a sus gustos pictóricos, como también su tolerancia y su capacidad de admitir creaciones que, sin ser de su gusto, admite que tienen valor. Esas ideas no le impidieron apoyar a pintores que quebraban los principios, como Pancho Cossío, uno de los primeros es-

pañoles seguidores del cubismo. Cossío fue amigo de Pick y además el artista al que encargó las ilustraciones de poemario “Hampa”, un de las creaciones líricas de Pick más vanguardistas y que menos encajan en su estilo y en el conjunto de sus escritos tanto poéticos como periodísticos.

La relación de Pick con Cossío fue intensa y duradera. Pancho Cossío (San Diego de los Baños, Cuba 1894

– Alicante 1970) fue coetáneo del periodista y aunque la obra de Cossío se alejaba de manera radical de los planteamientos estéticos de Pick, el periodista apoyó siempre a su amigo e incluso le defendió frente a las iras de los grupos más conservadores de Cantabria, que no entendieron la incursión del artista en la vanguardia con la llegada del cubismo y de otras tendencias poco aceptadas.

Pancho Cossío, como tantos otros artistas españoles, via-



Oleo “Nacimiento del Ebro” de Casimiro Sainz.



jó a París, donde vivió varios años y donde se integró en los grupos artísticos que rompían con el realismo y la pintura figurativa para adentrarse en terrenos mucho menos trillados. Aun así la relación entre pintor y periodista se mantuvo viva y Pick escribe regularmente sobre Cossío, especialmente cuando éste regresaba a Santander durante la etapa estival.



**María Gutiérrez Blanchard.**

Una situación similar a la de Cossío ocurrió con la pintora más relevante que ha producido Cantabria, María Blanchard. (Santander 1881- París 1932). Esta artista vivió casi toda su existencia en París, donde conectó con los mejores artistas de su época y entró a formar parte del grupo de pintores que desarrolló el cubismo como tendencia que llegó a imponerse en el mundo.

La pintora santanderina padecía una enfermedad congénita, una desviación de la columna vertebral, que le producía una joroba. Ese defecto físico influyó de manera determinante en su vida y la impulsó a marcharse a París donde encontró más comprensión y, sobre todo, un ambiente cultural mucho más rico y abierto.

Pick apenas si se ocupó de la figura de la pintora durante los



años que ésta vivió en París. Pero siempre reconoció su talento. A su muerte, en 1932, Pick interviene en dos ámbitos. El primero mediando ante el Ayuntamiento santanderino para que adquiriera una obra de la pintora, uno los muchos cuadros que quedaron en manos de marchantes parisinos, en primer lugar para que Santander tuviera una obra de esta pintora que apenas era conocida en su tierra y también para que unos sobrinos, unos niños, casi la única familia de la artista tuvieran un dinero para salir adelante, ya que habían quedado en una posición desamparada.

La otra acción de Pick fue escribir varios artículos en La Voz de Cantabria reconociendo el mérito de esta montañesa que rechazada en su tierra, desconocida su fama internacional y denostada por pintar cuadros cubistas que eran considerados aberrantes por muchos críticos locales. Y ello a pesar de que los gustos estéticos de Pick estaban más cercanos a las posiciones conservadoras que a la vanguardia.

## **II. 4 El teatro y la poesía**

La actuación de Pick en la promoción de artistas no se redujo al ámbito de las artes plásticas, sino que se extendió a todas las vertientes de la actividad creativa.

Siempre con un criterio de prudencia ante las “provocaciones” de los movimientos más audaces, siempre dentro de una defensa de la ortodoxia, Pick apoya desde La Atalaya y La Voz de Cantabria a los creadores. El que en algún momento exprese su despego con determinados cuadros, conciertos o espectáculos no impide que esté siempre al lado de los artistas y que ayude con sus gestiones y su influencia para que se abran las puertas de las galerías de arte, los teatros o las salas de concierto a quienes necesitan expresar su concepción del arte.

Pick se interesa por los nuevos autores teatrales como Fernández del Villar, Luis Vargas, Antonio Paso, José María Granada y Muñoz Seca y en un “Aire de la calle” (4) presenta un debate entre un defensor del nuevo teatro y un detractor que argumenta que esos son autores menores y que el que logren el aplauso del público no indica más que la decadencia de la cultura y la pérdida de valores, de los valores que se encuentran en los grandes autores de nuestras letras.

Sin embargo el periodista-poeta si está a favor de los nuevos aires culturales, de que la cultura salga de los espacios cerrados para abrirse camino en las calles y los jardines. Escribe un Aire de la calle en el que afirma. “Al cambiar el concepto y las condiciones de vida, la casa, que hasta hace cincuenta años era el elemento principal de la civilización, pasa a un plano secundario. A la casa sólo se va a dormir; en muchas ocasiones, ni se come en ella. Hombres y mujeres trabajan y estudian en escritorios, fábricas y liceos. Comen en los mismos sitios de trabajo o en restoranes (sic) próximos. Luego, al acabar la diaria labor, se entregan al goce voluptuoso de la calle. ¿Cómo va a pedírseles que se encierren en un salón de espectáculos, renunciando a la caricia de las luces, de los ruidos y a la animación de la calle” (5).

El apoyo incondicional que Pick prestó siempre a los intelectuales y artistas locales tiene un especial relieve en el caso de la novelista Concha Espina (María de la Concepción Rodríguez-Espina y García-Tagle. Santander abril de 1869- Madrid mayo de 1955) y es una prueba más de la tarea que Pick desarrolló no solamente en sus artículos, sino a través de diferentes instituciones relacionadas con el mundo de la cultura tanto en el Ateneo santanderino como en los diferentes foros de debate y dinamización cultural de la provincia.

Pick fue de los principales apoyos que generaron una corriente a favor de la petición del premio nobel de literatura

para la escritora cántabra, petición que llegó hasta la sede del Nobel en Estocolmo.

En este empeño de José del Río por apoyar y promover la cultura, no deja de sorprender, alguna de las ideas del periodista. En octubre de 1928, con motivo de la presencia en Santander de la actriz argentina Camila Quiroga y su compañía de teatro, Pick escribe su pensamiento sobre el teatro. “Pública es nuestra actitud respecto al teatro, arte al que damos valor de documento, mas que de espectáculo (.../...) no sentimos hoy por ese arte la misma admiración que sentíamos

cuando nos asomábamos al mundo, y un optimismo un poco ingenuo nos hacia encontrarlo todo admirable. Es el teatro, a nuestro entender, una forma anticuada de la expresión del pensamiento. Nacido cuando no existían periódicos ni libros y desarrollados cuando la lectura era un privilegio de la minoría ilustrada, desempeñó en la obra civilizadora un papel que sería necio negarle. Hoy, ante la formidable difusión de



**Estatua de Concha Espina en Mazcuerras  
(Cantabria).**

los documentos impresos, y, sobre todo, ante la aparición del ‘cine’, que suple con ventaja los efectos gráficos que el teatro conseguía deficientemente, el porvenir del viejo arte nos parece precario” (6).

Con estas palabras Pick se une al coro de los muchos que, a lo largo de la historia, han dado por fenecido el teatro y como también ha sucedido con otras novedades tecnológicas como la televisión frente a la radio.

Pick también ha estado del lado de figuras de segundo nivel. Nunca ha dejado de lado a los escritores populares. Un ejemplo claro es la necrológica (7) que escribe sobre Emiliano Ramírez Ángel (Toledo, julio de 1883. Madrid, octubre de 1928), un novelista popular que no traspasó en ningún momento los límites de la gran literatura. Emiliano Ramírez era amigo de Benito Pérez Galdós y veraneaba en Santander donde conoció a Pick. José del Río entendió el papel de la obra de Emiliano y supo que esa literatura menor era también importante. En su Aire de la calle dedicado a glosar la vida y muerte del novelista romántico culmina con este párrafo su artículo: “Con su vida y su muerte (la de Emiliano Ramírez) hubiera podido hacer él mismo una novela de las suyas. La novela del Sísifo moderno, el señorito inteligente y sin recursos que se agota en la ascensión horrenda y que al llegar a la cima y tocar el cielo cae fulminado por habérsele roto todos los resortes en la fiera lucha. Una novela con fondo de hogar modesto en que la esposa fiel cose a la máquina y alegran las risas de unos niños...”

De su valía literaria deja también Pick testimonio y lo hace con la precisión y sinceridad de un buen periodista: “Las novelas de Emiliano Ramírez Ángel, escritas con brío y con limpio estilo castellano, tienen un indudable valor. Su pesimismo triste y resignado; en el que florece como contraste la flor de una risa esporádica, o de un optimismo indómito a prueba

de desdichas, es este pesimismo, manso niebla del alma, con el que la sociedad española en que vivió Emiliano, se envenena”.

## **II. 5 Aliento para los artistas noveles**

La tarea de Pick a favor de la promoción de jóvenes valores tanto de la pintura como de las letras o la música es constante. Y en ella reside una de las características esenciales de este periodista que traspasa su rol de comunicador para ser, en numerosas ocasiones, protagonista de los hechos que más tarde glosa en sus artículos. José del Río fue uno de los integrantes de la Junta de Gobierno del Ateneo de Santander, una institución esencial para el desarrollo artístico e intelectual del Santander de la primera mitad del siglo XX.

Un ejemplo del empuje que Pick proporciona a los artistas que comienzan su andadura la tenemos en la figura de Mariano de Cossío (Valladolid 1890-Tenerife 1960). Pick propició y organizó una exposición de este artista en Santander. Lo hizo por su admiración a un artista que rompía con los moldes tradiciones, pero sin llegar a los que Pick consideraba exce-



**Autorretrato de Mariano de Cossío.**

sos: el cubismo, el arte abstracto y el surrealismo. Hay que tener en cuenta que ambos, Mariano de Cossío y Pick, son coetáneos y además les une los lazos que la familia Cossío, de raigambre vallisoletana, tenía ya con Cantabria. Relación que culmina con José María de Cossío un escritor e investigador que mantuvo una estrecha vinculación a Santander y que heredó la Casona de Tudanca, hoy un museo excepcional.

Sobre la exposición de Mariano de Cossío Pick escribe en La Voz de Cantabria lo siguiente: “En el Ateneo de Santander ha colgado sus cuadros Mariano Cossío (8) y no tememos equivocarnos al anunciar que para verlos desfilará todos Santander. No estamos ante el caso de una exposición más entre las docenas de exposiciones que se celebran todos los años. La exposición a que nos referimos tiene un valor ejemplar y didáctico. Es una lección que no admite réplica sobre cómo se debe pintar. La gritería del patio ensordecía al público. Todo eran fórmulas contra fórmulas e ideas contra ideas abstractas. Pero entre tanto teorizante y tanto pseudo revolucionario, el arte pictórico iba perdiendo iba perdiendo sus características. Cada vez se ensanchaba más el foso que separaba a lo vivo de lo pintado. Se había desdeñado el dibujo, el color se gastaba de una manera inútil. Se había llegado los cuadros manchas, última síntesis de un simbolismo y de un impresionismo decadentes. Por otra parte los cubistas epataban al buen burgués y le hacían cobrar horror a los embadurnadores de limpias telas”. (9)

Con estos párrafos en su artículo sobre la muestra de pintura de Mariano de Cossío, José del Río mantiene su discurso estético a favor del arte figurativo, más tradicional y en contra del cubismo y la pintura abstracta. En Cossío encuentra una manera nueva de pintar, una forma vanguardista que no rompe con la estructura tradicional de pintura. Que se limita a incorporar nuevos elementos como una manera más intensa de emplear el color, una construcción diferente de las for-



mas y las figuras... pero siempre dentro del canon habitual, en el cual el espectador reconoce perfectamente todos los objetos y en el que el dibujo conserva toda su potencia y es el eje esencial del cuadro.

Pick remata su exposición sobre Mariano de Cossío con un elogio que la mismo tiempos es un reconocimiento a los artistas en general: “¿podrá deducirse de lo que decimos que Mariano Cossío es el primero que pinta así? No, ciertamente. La tendencia no es exclusivamente suya y antes que él, muchísimos artistas empezaron la restauración de los verdaderos valores pictóricos”.

En la construcción de este artículo su autor no renuncia a una de sus señas de identidad: la precisión y la pasión por los datos que sirven para cimentar un buen artículo. Por eso introduce la historia del encuentro del artista vallisoletano con un pintor inglés, Cristobal Hall que llegó a Valladolid en 1920 y que abrió un estudio en el cual se formaron muchos jóvenes artistas. Pick alude a Hall de esta manera “Mister Hall es un gran mutilado de guerra que, buscando un clima benigno para su carne martirizada, arribó hace unos años a España (.../.../ Mister Hall, que pasaba temporadas en Valladolid, vio cierto día unas ‘naturalezas muertas’ que, con lápiz de colores, había abocetado Mariano de Cossío, dedicado al cuidado de su hacienda campesina de Villada. Algo vería el pintor inglés en los ensayos del aficionado castellano cuando le animó a pintar con las palabras más expresivas. Hacía quince años que Cossío no cogía en sus manos los pinceles”. Ese encuentro y las palabras de Hall fueron determinantes para que Cossío siguiera su vocación artística.

## II. 6 Sobre el torero y escritor Sánchez Mejías

Una de las piezas curiosas de Pick es el artículo que, dentro de la línea de exaltación y apoyo a todas las manifestaciones culturales, dedica al torero Ignacio Sánchez Mejías (Sevilla 1891-Madrid 1934), inmortalizado por la elegía de Federico García Lorca. José del Río permanece atento a todos los movimientos culturales y a las novedades que se presentan en España. Por eso se interesa por el estreno en Madrid de la primera obra teatral escrita por el torero intelectual, símbolo de la generación del 27.

“Ignacio Sánchez Mejías – escribe Pick- nació para el pedestal y la plataforma. No es hombre de segundos términos. En la plaza, para ser el primero, se metía dentro del toro. Así, nadie podía ponerse más cerca. En el teatro y en la literatura, hará lo mismo; triunfará o no –y nosotros deseamos con toda sinceridad que triunfe- ; pero hará ruido, destacará. No será nunca del montón. Se le discutirá, pero no se le desdeñará. Habrá que contar con él, aunque sea para combatirlo. Las aficiones literarias de Sánchez Mejías datan de muy antiguo. El culto a las letras fue una preocupación suntuaria en él, que tantas preocupaciones suntuarias ha tenido. Le ayudó a encauzar esta preocupación la tradición académica de su familia. Porque este torero procede de la clase media ilustrada –su padre era médico- y desde su niñez fueron habituales le fueron habituales los temas de la cultura, que a la mayor parte de los toreros le son extraños, por lo menos hasta son consolidación económica. (.../...) hace cuatro años nos leyó Ignacio Sánchez Mejías, en Gijón, después de una corrida muy dura, una novela que tenía casi terminada. Éramos del corro José María de Cossío, Federico Santander, Pepe Vela, el escultor Sebastián Miranda, Gerardo Diego, el abogado Benigno Araugo (sic) y nosotros. En aquella novela, que tenía mucho de autobiográfico, se pintaba de un modo ágil y veraz el pintoresco mundo taurino: los interiores de la fiesta; la gente que vive alrededor



de los ídolos. Era casi una novela de clave, porque la mayor parte de los personajes habían tenido una existencia y un nombre en la vida. Esta novela es la que leyó un años después en el Ateneo de Valladolid. Sin embargo, la novela no se ha publicado y la orientación literaria de Ignacio cambió. Es el teatro lo que le atraía. Empezó haciendo Zaya, que era también la comedia de un torero, desarraigado de su ambiente y aclimatado por su matrimonio en un palacio –la reciente boda de Márquez da verosimilitud al episodio–.



**Ignacio Sánchez Mejías llora ante el cadáver de torero Joselito.**

Aquella comedia la iba a estrenar la compañía Lara. Pero cuando el año pasado Ignacio vino aquí a la becerrada de las Hermanitas de los Pobres, ya esta comedia no le ilusionaba”.

José del Río glosa en este artículo el estreno de una de sus obras teatrales y lo hace con este párrafo. “A la hora que escribimos estas líneas, las huestes de Fernando Díaz de Mendoza, estarán estrenando la primera producción escénica del famoso torero. Cualquiera que sea la suerte que corra, es indudable que ha tenido la virtud de interesar previamente al públi-

co. En ese estreno habrá pasión y habrá humanidad, haya o no triunfo, lo que ya es triunfar anticipadamente”. (10)

El interés y apoyo de José del Río por el arte y sus creadores es constante. Todos sus artículos están entreverados por su apoyo a los creadores. Siempre ayudó a los jóvenes que se iniciaban en las letras, la pintura o la música y constantemente estuvo junto a los que creaban, avanzaban y descubrían nuevas fronteras en las artes.

## **II. 7 La figura bohemia del pintor y muralista Quintanilla**

Otra de las figuras que abordó Pick, y que recibió su apoyo fue la de Luis Quintanilla (Santander 1893- Madrid 1978) un pintor con una vida azarosa y novelesca. Quintanilla, hijo de una familia acomodada de Santander, fue coetáneo de Pick y quizás por esa compartir vivencias desde el mismo punto de vista vital se salvaron las diferencias ideológicas. Luis Quintanilla fue una artista comprometido con el socialismo, que combatió en la Guerra Civil –participó activamente en los primeros momentos en el asalto a Cuartel de la Montaña de Madrid y más tarde en el asedio al Alcázar de Toledo- termino exiliado en Nueva York y entabló amistad con grandes personajes de la época como el escritor Ernest Hemingway o el pintor Juan Gris.

En su línea de escribir y promocionar a los artistas, José del Río, se hace eco en una de sus columnas diarias del triunfo de Quintanilla en Madrid. Y tras glosar el éxito describe con estas palabras al pintor “uno de los hombres más interesantes que en los últimos años han deambulado con chambergos bohemio y capa española por los cenáculos literarios y artísticos y por los figones más desacreditados de Madrid” (11).

En la descripción que hace Pick de este amigo suyo, de un pintor que triunfó en París y en Nueva York e incluso alternó con los grandes actores y actrices del Hollywood cuarenta, se percibe ese tono poético que en ocasiones se asoma a la pluma del periodista.

Pick escribe sobre Quintanilla antes de su exilio americano, pero después de su paso por París donde se empapó de las vanguardias y aprendió técnicas que le sirvieron más tarde para adentrarse en el arte de la pintura al fresco.



Foto de Luis Quintanilla en sus años jóvenes.

Con estas palabras describe Pick en el artículo ya citado la evolución personal de su amigo: “Por suerte suya, Quintanilla sigue teniendo todavía diez y siete años. Y esta juventud inalterable le ha servido para este triunfo. Su optimismo, su brío y su originalidad siguen siendo jóvenes. Pero, por otra parte, el bohemio de los diez y siete años no existe ya. Se ahogó en el Sena a cuyas aguas arrojó Luis Quintanilla su chambergó en una madrugada tormentosa. Y ya sin chambergó, todo lo que de fundamental y serio había en su

cabeza, pudo florecer como una planta que de improvisto se destapa y recibe de lleno la luz del sol”. Por desgracia José del Río y su amigo Quintanilla no volvieron a verse, ya que Pick falleció en el año 1964 y Quintanilla no pudo regresar a España hasta la muerte de Franco.

A pesar de las diferencias ideológicas, Pick siempre mantuvo su admiración y su afecto por el pintor santanderino. Únicamente el exilio les separó. Pick, siempre moderado y conservador, elogió que su amigo dejara la bohemia y se dedicara con ahínco a la pintura.

## **II. 8 Pancho Cossío, amigo y colaborador**

En ese ambiente de culto a la cultura, una de las figuras que más apoyó Pick fue la de su amigo Francisco Gutiérrez (San Diego de los Baños . Cuba 1894- Alicante 16 de enero de 1970) . En el inicio de este capítulo ya hemos abordado, de manera tangencial, la relación del periodista con el pintor. Pero esa amistad tiene mucha más importancia en el empeño de Pick en apoyar a los jóvenes valores del arte, incluso cuando no estuviera de acuerdo con los movimientos de vanguardia. José del Río supo situar siempre a los artistas fuera de sus gustos estéticos personales.

La relación entre el periodista y el pintor se remonta a la juventud de ambos, ya que sus vidas tienen paralelismo cronológico, ya que Cossío es solamente diez años más joven que Pick. Tenemos textos de Pick en los que describe al joven artista en su casa del pasaje del Arcillero (una de las rúas destruidas por el incendio de 1941) donde trabaja en un cuadro que envió a la Exposición del Círculo de Bellas Artes de Madrid.

De esa relación de amistad nace la colaboración entre am-

bos que se concreta en las ilustraciones que Cossío realiza para uno de los libros más singulares de Pick, el poemario titulado 'Hampa. Poemario de la mala vida' en el cual retrata de los bajos fondos de las ciudades portuarias.

A Pick, ya está dicho, no le gustaban las vanguardias y la irrupción del cubismo le incomoda. A pesar de ello apoya a Cossío y media, desde su cargo en el Ateneo santanderino, para que se organice una exposición del artista. La muestra de la obra de Cossío no gusta a la conservadora sociedad santanderina que critica con dureza esta nueva forma de entender el arte. A pesar de ello Pick mantiene su amistad con Cossío y defiende su obra y capacidad como creador.

Cossío, tras la mala acogida de sus paisanos, decide marchar a París en 1924, donde en esos años se desarrollaban las vanguardias. Allí desarrolla todo su talento y triunfa hasta codearse con los grandes del momento. Más tarde regresa a España y se instala en Madrid aunque regresa de manera casi continua a Santander. Cossío entiende el cubismo como la forma nueva del arte y la mayor parte de su producción más interesante se enclava en ese estilo.

Pick escribe más artículos sobre Pick en los años 1931 y 1932 generalmente coincidiendo con estancias veraniegas del pintor. Más adelante Cossío se afilia a Falange y ese sesgo político enfría la relación entre ambos, ya que Pick sin renunciar a sus ideas conservadoras, no gusta de movimientos extremistas.

Más adelante, tras la Guerra Civil, cuando Pick atraviesa una situación de ostracismo, encuentra en Cossío un buen apoyo, ya que Cossío era en ese momento uno de los artistas bien vistos por el franquismo.

Otro de los artistas que reciben la amistad y el empuje de Pick es Gerardo de Alverar (Siete Villas, Cantabria 1887 – Ma-

drid, 1964) un pintor naturalista más del gusto del periodista. Como con otros pintores Pick propicia una exposición de Alvear en el Ateneo. Este artista santanderino se prodiga en marinas, cuadros de regatas de balandros, retratos y conecta muy bien con el gusto más conservador de la sociedad santanderina. El hecho, además, de ser edad prácticamente iguales ayuda a esta buena relación.

## **II. 9 José Gutiérrez Solana, el iconoclasta**

De todos los artistas de la época ha sido José Gutiérrez-Solana y Gutiérrez-Solana (Madrid 1886 – Madrid 1945) el que más relieve ha adquirido con el paso del tiempo. Y también en el trato con este artista, que, si bien era madrileño de cuna, fue un santanderino ejerciente y en esa ciudad vivió una gran parte de su vida, se percibe la honradez de criterio de Pick. Es evidente que los temas abordados por Solana – el mundo



**El pintor Gutiérrez Solana en el centro de la imagen con su hermano Manuel a su derecha y su biógrafo Manuel Sánchez Camargo.**

de la prostitución, de los pobres y sobre todo el tono burlesco respecto al clero y la religión- no agradaban a Pick que se mantenía en su posición de orden y del mantenimiento de las tradiciones. Pero supo el periodista distinguir bien el valor artístico de Gutiérrez-Solana de las ideas que bullían en la cabeza del pintor.

Así José del Río escribe en numerosas ocasiones artículos en los que ensalza la obra de Solana y especialmente su triunfo en el extranjero, un éxito que contrasta con el silencio que se extiende sobre el pintor en España y especialmente en Santander donde vive durante largas temporadas.

Lo mismo sucede con la obra literaria del artista, que al compás de sus pinturas negras, retrata de palabra los sórdidos ambientes de las familias miserables, de las prostitutas y los carnavales.

La muestra de esa generosidad de José del Río se demuestra con el apoyo incondicional que el periodista otorgó a la organización de una magna exposición de la obra pictórica de Gutiérrez-Solana en el Ateneo santanderino en otoño del año 1934, posiblemente una de las más completas exposiciones de este pintor que, con el paso del tiempo, ha logrado un reconocimiento impensable para los santanderinos que fueron sus coetáneos.

En el año 1925 Pick escribe un artículo, como siempre en La Voz de Cantabria, en el cual glosa la ejecución de cuadros que han pasado a ser emblemáticos de este artista como 'El viejo armador' o 'Visita del Obispo'. Las muestras de apoyo al pintor son permanente, sin que ello impida que Pick mantenga una seria discrepancia con la obra literaria del artista, especialmente 'La España negra' y también con el tremendismo de sus cuadros. Esas muestras de solidaridad tienen un nuevo episodio cuando Gutiérrez-Solana pretender realizar



una posición de sus obras en un almacén de vinos santanderino, un lugar que para Solana –siempre provocador e iconoclasta- es “el lugar de más fuerte decoro para una obra de arte”.

El reconocimiento de Pick por la figura del pintor se puede precisar a lo largo y ancho de toda su trayectoria, máxime teniendo en cuenta que Gutiérrez-Solana fallece mucho antes que Pick, lo que permite al periodista conocer de forma directa la trayectoria vital de unos de los pintores más originales e innovadores de la estética española de la primera mitad del siglo XX.



**Autorretrato de Gutiérrez-Solana.**

La costumbre de Solana de presentarse a las exposiciones nacionales de Bellas Artes genera una constante polémica. Los críticos reconocen que sus cuadros son los mejores, pero la temática que aborda, la inquietud que produce en una sociedad pacata impiden que en determinadas ocasiones se actúe con justicia y se aparte la obra de Solana de la lista de los primeros premios.

Como siempre Pick, uno de los referentes más activos del



universo cultural de Santander, está al quite y sale en defensa de este artista. Lo hace en 1934 cuando un grupo de artistas y críticos organizan en Madrid un homenaje en desagravio a de Solana por no haberle concedido la Medalla de Honor de la exposición de Bellas Artes. Al homenaje se sumó Pick como también grandes intelectuales de la época, encabezados por Miguel de Unamuno.

Es más, en la reivindicación española de toda la obra de Gutiérrez-Solana, especialmente recalcada por Unamuno, encuentra Pick un punto de clara conexión con el pintor y ayuda a acercar posiciones. Es preciso resaltar que esta defensa que lleva a cabo Pick de la pintura de Solana se produce en un contexto en el cual la sociedad santanderina era claramente hostil al pintor, al que consideraba un artista irreverente, fuera de la tendencia ortodoxa y una persona que rompía todos los moldes de un Santander bien pensante y ello le cuesta a Pick un deterioro de la imagen moderada que siempre mantuvo el periodista.

## **II. 10 En defensa de Solana como escritor**

Gutiérrez Solana logró un reconocimiento internacional como pintor, más fuera de España que en su propio país, y más en Madrid que en Santander –se cumplió el aforismo de que nadie es profeta en su tierra- pero su vertiente como escritor no corrió la misma suerte. Las críticas contra las obras de Solana, que estaban en sintonía con su pintura, fueron acervas y trataron de descalificarle como autor.

Fue José del Río, con una acreditada trayectoria como poeta, novelista y periodista, quien salió en defensa de Gutiérrez Solana, y eso a pesar de la distancia que les separaba en cuanto a ideas estéticas e incluso morales y políticas.

Pick escribe esto sobre Solana. “ En sus libros no dice nada que no diga en sus cuadros, y lo dice con la misma técnica. Cuando se le estudie, habrá que estudiarle en conjunto, sin distinguos y sin reparos habilidosos... (12).

La idea de José del Río sobre el talento literario de Gutiérrez Solana navegaba contra corriente, máxime si se tiene en cuenta que el público santanderino aceptó el valor de la pintura de Solana solamente cuando alcanzó reconocimiento internacional, pero sus libros era despreciados. Pick rompe una lanza a favor del escritor: “En medio de estas dos borrascas – la suya interior, y la de la atmósfera- hay quince años de labor. Y esos quince años han dado, cada uno, su cosecha y su vendimia. Cada cosecha se llama la “Visita del Obispo” o el “Retrato de un armador” (13) o esos libros hechos con la misma técnica de sus cuadros, su “España negra” y su “Florencio Cornejo”, principalmente” (14).

Pick en el mismo artículo antes citado, describe, en unas pocas líneas de manera genial al pintor y escritor: “José Gutiérrez Solana, fuerte, agrio y rebelde, es una tempestad más que ha producido esta tierra, donde hay todos los años alumbramientos de tempestades. Por eso, siendo tan español – toda su pintura no es más que glosa a la raza- es al mismo tiempo universal. Hay dos módulos de arte en relación con el nacionalismo y el regionalismo. Uno, el menor, que se sirve del dialecto artístico y que está destinado a consumirse sin haber pasado las fronteras. Es el que cultiva ese virtuosismo costumbrista, completamente ininteligible para los que no están en el secreto. Tal virtuosismo no ha sido nunca trascendental. Es al arte lo que el vascuence es la lengua. El otro módulo, el del gran vuelo, tiene un gran contenido humano. Salva fácilmente las fronteras y se entiende por todas las gentes”.

## **II. II Un mundo literario apasionante**

Naturalmente José del Río por su doble condición de periodista y poeta de prestigio, mantuvo una estrecha relación con los escritores de su misma época. El hecho de que Santander fuera ya una ciudad de veraneo, moda que comenzó con Isabel II y sus baños de ola, y que se revitalizó con muchas más fuerza a partir del año 1914 con la donación del Palacio de la Magdalena al rey Alfonso XIII, propiciaba que muchos escritores acudieran en los meses de julio y agosto a Santander para eludir el calor sofocante de Madrid.

Pick trató, bien es verdad que cuando contaban ya con una edad avanzada con grandes intelectuales como Marcelino Menéndez Pelayo, José María de Pereda, Benito Pérez Galdós y un buen número de periodistas que acudían a para cubrir la información de la corte instalada en Santander durante el estío.

Además de esos grandes escritores José del Río tuvo una relación muy directa, profunda y continuada con otros autores más o menos coetáneos, una relación que fue muy interesante para el periodista y que propició que además de su tarea de informador y cronista, también se embarcara en organizar conferencias, tertulias y exposiciones de pintores, especialmente a través de su cargo en la Junta de Gobierno del Ateneo santanderino.

La pléyade escritores con los que mantuvo contactos periódicos y con los que, en muchos casos, trabó amistad en enorme: Desde Gerardo Diego, con quien compartió muchas horas de conversación y tertulia, hasta José María de Cossío quien finalmente fuera uno de los protectores del Pick de la posguerra. Mientras poetas como José Luis Hidalgo y Jesús Cancio o novelistas como Concha Espina, Manuel Llano y un largo etcétera.

Con todos ellos, y con otros que de manera más menos circunstancial pasaron por Santander, tuvo relación Pick.

## **II. 12 Amistad y polémica con Gerardo Diego**

Uno de los momentos que mejor sirve para comprender el pensamiento y la ética de José del Río se produce cuando el 15 de noviembre de 1919 su amigo Gerardo Diego imparte una conferencia en el Ateneo en la que presenta, por primera vez en España, el manifiesto ultraísta. la conferencia, que Gerardo Diego repite el 27 de diciembre en Bilbao genera una polémica de grandes dimensiones y crea una verdadera guerra civil en los escritores y especialmente entre los que tienen en la lírica su género.

La conferencia llevaba por título “la poesía nueva” y no era la primera vez que el joven Diego intervenía en el Ateneo. Fue en el año 1918 cuando, propiciado por el propio Pick, Gerardo Diego lee unos poemas en la institución. El propio Diego dice al respecto: “En el Ateneo me han comprometido y he roto el incógnito leyendo algunos versos en la tertulia de los ‘dii maiores’, lo cual no deja de darme algún prestigio” (15).

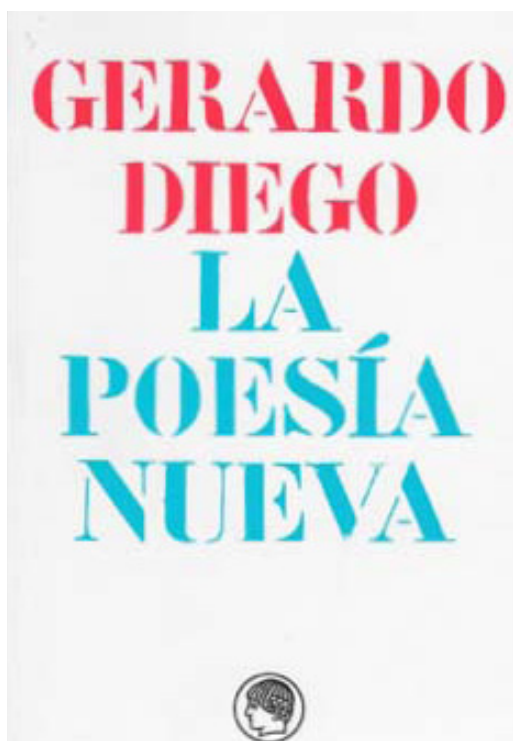
La lectura del manifiesto y de algunos poemas suscitó una encendida polémica en la que la mayor parte de los intelectuales se mostraron contrarios a esa nueva corriente poética y descalificaron, con mayor o menor denuedo, los planteamientos de Gerardo Diego.

Fue José del Río uno de los pocos periodistas y poetas que se manifestó, de manera pública a través de su “Aire de la calle” a favor de Diego y de sus nuevos conceptos de la estética literaria. Y ello a pesar de Pick no practicó ninguna de las técnicas de la poesía moderna y que fue siempre un escritor apegado a los cánones clásicos.

Aunque la posición de Pick, ante la lectura de Gerardo Diego, fue favorable no por ello dejó de presentar lagunas aristas. Como consecuencia de esos detalles en los que se recreó el periodista, hubo cruces de artículos entre Diego y Del Río y en esa polémica Gerardo Diego reconoce que Pick lleva razón y así dice en respuesta a Pick: “La obra de los ultraístas es necesariamente desigual, desconcertante y balbuciente como quien comienza a utilizar un lenguaje desconocido (15).

Aunque Pick era mayor que Gerardo Diego no había una diferencia de edad notable (doce años José del Río mayor que Gerardo Diego) y eso facilitó un entendimiento. La ayuda y apoyo de Pick fue muy notable le sirvió a Gerardo Diego para superar sus dificultades iniciales. Fue Pick un introductor de Gerardo en los ambientes literarios santanderinos y también en las tertulias musicales, en las que Gerardo triunfó como pianista.

Pick mantiene la defensa del manifiesto lanzado por Ge-



**Portada del libro en el que, por primera vez, se transcribe íntegro el discurso del manifiesto creacionista de Gerardo Diego en el Ateneo de Santander.**

rardo Diego y resalta el valor y la sinceridad de Gerardo Diego la decidirse a arrostrar “la extrañeza de casi todos” en su propia ciudad natal, que bien conoce y sabe de su acendrado conservadurismo. Pero, Pick insiste, el joven poeta está convencido de la importancia de este nuevo movimiento poético y por se decide a presentar su discurso y llevarlo hasta Madrid para que se conozca la realidad de una nueva manera de hacer poesía.

El apoyo que Pick presta al entonces joven poeta Gerardo Diego consolida una amistad que no se romperá nunca, a pesar de diferentes avatares y de diferencias de criterio en lo estético y en lo político.

## **II. 13. Apoyo a las ideas estéticas**

Los debates encendidos por el manifiesto ultraísta leído por Gerardo Diego en el Ateneo de Santander presentan el terreno propicio para medir la forma en que el periodista José del Río presta ánimos y ayuda a los intelectuales, al margen de que esté o no de acuerdo con sus planteamientos.

Juan Manuel Díaz de Guereñu lo explica bien en su ensayo/prólogo sobre el manifiesto creacionista de Diego: “Queda claro, pues, que si los primeros intervinientes en el debate (se refiere al suscitado por la presentación del manifiesto ultraísta), José del Río y el mismo Diego, lo plantearon en términos estéticos o literarios, hablando de poesía y de historia de la poesía, buena parte de quienes tomaron la pluma después entendieron que lo que se discutía tenía también dimensiones morales y hasta políticas. Como señaló García de la Concha, los conservadores no se conformaron con el desprecio o la burla. Muy pronto adivinaron en la contestación ultraísta la erosión de un sistema de valores mucho más amplio, que desbordaba la literatura”. (16)

Los críticos literarios apegados a la tradición lanzaron duras diatribas contra Gerardo Diego y en aquella polémica, encendida y en momentos violenta, José del Río, que nunca abrazó el ultraísmo y se mantuvo como un escritor de forma y fondo tradicional, si entendió que Gerardo Diego era un poeta honesto y que merecía ser defendido frente a un linchamiento injusto.

Como punto final al debate sobre la poesía nueva y como manera de entender las discrepancias entre Del Río y Diego basta este párrafo salido de la pluma de Gerardo Diego: “Y dirá el lector: está bien. pero ¿y la nueva poesía? ¿Y la liberación generosa del “Ultra”? A esto respondo, que si en el mismo Madrid son aun los jóvenes poetas algo insólito y escandalizante, bien se puede perdonar a Santander, siempre un poco dormido y eterno en su aislamiento regional, que aún no se haya dado cuenta de que vivimos en el año 1919. Hay que se asusta de Rubén... J. del Río Y espinosa, que han recibido con benévola curiosidad y simpatía, promesa de futuras conversiones, mis informaciones ultraístas, aún son tachados por muchos de extravagantes, de modernistas... (18)

La tarea de Pick como dinamizador cultural tanto a través de sus artículos como de su cargo en la Junta de Gobierno del Ateneo, queda bien reflejadas con estos testimonios y es una de las gacetas que hacen de José del Río un periodista singular, imbricado en la sociedad y lejos de la imagen del periodista encerrado en su torre de marfil.

## **II. 14 Defensa de los autores de provincias**

José del Río mantuvo siempre un riguroso compromiso ético, una verdadera fidelidad a principios que se forjó en su juventud y que, sin duda, se consolidaron durante su breve, pero intensa, etapa como marino mercante.

En su estilo de defensor de las causas que consideraba justas Pick mantuvo una polémica con los críticos literarios y grupos de presión que controlaban en Madrid los premios literarios y orillaban a los autores de provincias. Este sentimiento lo describe con precisión José Manuel Pastor: “Dentro de ese panorama (en referencia a los ambientes de crítica literaria madrileña), algo que le gusta muy poco a Pick son ciertos ambientes madrileños que ejercen una especie de dictadura literaria por medio de un grupo de críticos, mediocres la mayoría, cuando no prepotentes o ignorantes (18); estos críticos, desde la tribuna de los grandes periódicos o desde enchufes oficiales, intentan frenar, a través principalmente de los premios literarios, el acceso a la fama o al provecho de los autores que no son de su cuerda, en especial si viven en provincias: así, critican la concesión del Premio nacional de Literatura a Alberti y a Gerardo Diego –echándoselo en cara a Antonio Machado- y poco después a Concha Espina, lo que irrita sobremanera a Pick” (19).

José del Río trata de reparar esa injusticia y trabaja con todo su ímpetu para que la voz de los autores de la periferia, los que no están en los cenáculos de Madrid, reciban la parte que en justicia les corresponde de la gloria literaria y también de los dineros que pueden ayudar a que perseveren en su aventura creativa.

José del Río trata de combatir, cual nuevo Quijote, los defectos que percibe en la educación en España y, sobre todo, la pérdida de valores. Así durante los años 1934 y 1935 escribe varios artículos en *La Voz de Cantabria* en defensa de la necesidad de poner en valora los autores clásicos, especialmente a los de ascendencia cántabra, como son Lope de Vega (que en unos versos se define así mismo como montañés,), Calderón de la Barca y Francisco de Quevedo. Lo mismo hace con Miguel de Cervantes y otros grandes del siglo de oro. Y contrapone esa marginación de los clásicos con la presencia desmedida



y los halagos injustificados a otros actores que están de moda como es el caso de Zorrilla.

Concretamente en el caso de Lope de Vega se involucra en la petición de que Cantabria conmemore como merece el tricentenario de la muerte de Lope de Vega (27 de agosto de 1935), máxime teniendo en cuenta que los padres del Fénix de los Ingenios nacieron en Cantabria y que Lope siempre tuvo a gala sus orígenes montañoses. El programa conmemorativo resultó un fiasco, con pocas representaciones teatrales, errores como influir alguna obra que no estaba escrita por Lope de Vega. Pick contrapone ese abandono, incluso el hecho de que Lope de Vega sea poco conocido por los españoles, con el boato que se otorga a escritores como Blasco Ibáñez –no muy apreciado por Pick– Felipe Trigo o Pedro Mata.

La atención que presta Pick a los nuevos movimientos estéticos, su involucración en los debates y polémicas sobre las nuevas formas de creación artística, son una constante en su carrera periodística, una constante que sólo abandona, y no por deseo propio, tras la guerra civil y su condena al ostracismo y a escribir como forma alimenticia, en ocasiones como pluma de alquiler.

No puede Pick sustraerse a sus propias vivencias personales y por ello defiende a los escritores y artistas que mudan sus ideas a lo largo de la vida. No en vano José del Río comenzó en su juventud como adepto al carlismo, paso a defender la monarquía de Alfonso XIII y desengañado por la ingratitud y el mal hacer del Rey abrazó la República, siempre manteniendo una línea inquebrantable: Su tono moderado, su apego conservador a las costumbres y la historia y su equilibrio alejado de los extremismos

## **II. 15 Notas capítulo II**

- 1.- Aire de la calle. La Voz de Cantabria, 25 julio de 1928.
- 2.- Aire de la calle. La Voz de Cantabria, 14 de octubre de 1928.
- 3.- Aire de la calle. La Atalaya, 24 de septiembre de 1915.
- 4.- Aire de la calle. La Voz de Cantabria, 18 de octubre de 1928.
- 5.- Aire de la calle. La Voz de Cantabria , 20 de octubre de 1928.
- 6.- Aire de la calle. La Voz de Cantabria, 26 de octubre de 1928.
- 7.- Aire de la calle. La Voz de Cantabria, 3 de noviembre de 1928.
- 8.- El periodista suprime del “de” que el pintor utilizó durante su vida, ya que realmente en la documentación oficial figura como Mariano de Cossío.
- 9.- Aire de la calle. La Voz de Cantabria, 25 de agosto de 1928.
- 10.- Aire de la calle. La Voz de Cantabria. 25 de marzo de 1928.
- 11.- Aire de la calle. La Voz de Cantabria. 8 de marzo de 1928.
- 12.- Aire de la calle. La Voz de Cantabria. 27 de noviembre de 1928.

13.- Gerardo Diego. “La poesía nueva” en el prólogo de Juan Manuel Díaz de Guereñu. 2014 Madrid. Editado por la Residencia de Estudiantes, Fundación Gerardo Diego y Ateneo de Santander.

14.- La Atalaya. “El ultraísmo y las escuelas”. 24 de noviembre de 1919.

15.- Juan Manuel Díaz de Guereñu. Ensayo/prólogo a la edición del texto de la conferencia de Gerardo Diego “La poesía nueva”(Página 42)

16.- Revista CERVANTES (Anales literarios). Gerardo Diego. 1919 Madrid. Página 73.

17.- Aire de la Calle. La Atalaya. 30 de diciembre de 1926.

18.- José Manuel Pastor. 2007. “Leyendo a Pick”. (página 317/18). Edita Autoridad Portuaria de Santander.

19.- Aire de la Calle. La Voz de Cantabria. 27 noviembre de 1928.

20.- Esta es una referencia a dos los mejores cuadros salidos de los pinceles de Solana.

## II. 16. Bibliografía capítulo II

José Simón Cabarga, Manuel Salces Gutiérrez, 1955, Santander, Librería Moderna.

JOSEFINA DE LA MAZA. “Vida de mi madre, Concha Espina”. 1957. Editorial Marfil.

José Ortega Valcárcel y otros autores. “El siglo de los cambios. 1898 Cantabria 1998”. 1998. Edita Talleres J. Martínez.

Luis Quintanilla. “Los rehenes del Alzázar de Toledo”. reeditado en 2015. Editorial Espuela de Plata.

Emiliano Aguilera. “José Gutiérrez Solana. Aspectos de su vida, su obra y su arte”. Editorial Iberia. Barcelona 1947.

Gerardo Diego. “la poesía nueva”. Editado por La Residencia de Estudiantes , la Fundación Gerardo Diego y el Ateneo de Santander. Madrid 2014.

Juan Manuel Díaz de Guereñu. Ensayo/prólogo a la edición del texto de la conferencia de Gerardo Diego “La poesía nueva”. Madrid 2014.

José Simón Cabarga. “Historia del Ateneo de Santander”. Madrid 1963. Editora Nacional.

## **CAPÍTULO 12**

**PICK, DIFUMINADO DURANTE  
EL FRANQUISMO**

## **12.1 El socorro de sus amigos**

Concluida la Guerra Civil, el primero de abril del año 1939, comienza una etapa difícil para José del Río. Su adscripción republicana, aunque fuera siempre en defensa de postulados conservadores y contrarios a la violencia y los excesos de la guerra, supuso para él un obstáculo que nunca pudo superar de manera definitiva.

Aunque tras su salida de Santander, para evitar las amenazas de muerte que pesaban sobre él por parte de los grupos anarquistas y comunistas de Santander, fue bien recibido en Burgos y más tarde en Salamanca, lo cierto es que nunca contó con la confianza de los dirigentes franquistas, que veían en Pick a un hombre que al no aprobar la violencia y los excesos de la guerra condenaba, aunque fuera de manera subliminal, las acciones de las tropas de Franco y las decisiones que se tomaban en la retaguardia.

Por esa razón, y por ser “depurado” de su trabajo como ca-

pitán de la draga, no pudo regresar a Santander, cosa que deseaba, para incorporarse al recién fundado diario “Alerta”, el periódico que nació en Santander dentro de la cadena nacional de diarios del Movimiento. Tampoco logró el placet para ser aceptado en la redacción de El Diario Montañés, el otro periódico que obtuvo el permiso para ser publicado tras la entrada del ejército en Cantabria. Es más, El Diario Montañés logró el permiso para mantenerse en los quioscos gracias a que forzó la fusión con “La Voz de Cantabria”, que era el diario fundado por Pick y del que fue director hasta su huida de Santander.

Por otra parte la pérdida de su trabajo como capitán de la draga, supuso para él un duro golpe económico, ya que sus ingresos como periodistas eran escasos y la principal fuente de entrada de dinero para su familia era la que provenía de su trabajo como marino.

## **12. 2 Pick enfermo y abandonado**

La carta que Joaquín Arrarás, uno de los protectores de Pick, escribe a José Simón Cabarga el 1 de octubre de 1956 contiene un párrafo muy revelador: “Ahora le escribo por un asunto muy concreto: José del Río, el eterno náufrago, al que yo ayudo lo que puedo y más, se halla en situación muy crítica, pues a sus constantes dificultades pecuniarias una ahora una salud muy precaria, agravada por un acceso de próstata que exige intervención quirúrgica. El otro día –esta confidencia no debe trascender- hube de proporcionarle el dinero para unas inyecciones recomendadas por un médico. Me temo que de no acudir pronto en auxilio del gran amigo y del ilustre santanderino, corra peligro la vida de éste. Yo he hecho y hago por él todo lo que puedo. Pero considero injusto que por parte de las Corporaciones de Santander y de sus innumerables amigos no se busque alguna fórmula para procurarle al poeta y



cantor de la Montaña la tranquilidad en los años finales de su vida, sosiego a que por tantos títulos es acreedor”.

En la carta que se conserva en el archivo de José Simón Cabarga, aparece una nota manuscrita por Cabarga que dice: “Hice algunas gestiones para ver de resolver tan difícil situación de Pick. Entre ellas, propuse al Pte. de la Diputación, Sr. Pérez Bustamante se viera la forma de “subvencionar” a Río de un modo honroso: por ejemplo que le considerasen en Madrid como “investigador” de la historia de Santander. Lo hubiera hecho muy bien, y de esta forma se reparaba el olvido impuesto a quien tanto hizo por nuestra provincia. El lacónico final de esta nota manuscrita es terrible, un ejemplo contundente del sufrimiento a que se vio sometido José del Río y una prueba de la ingratitud de sus coetáneos. La nota de Simón Cabarga concluye: “No logré lo que pretendía”.

### **12. 3 El dolor de la pérdida del paisaje de la infancia y juventud**

La vida de José del Río cambió de manera radical con la guerra. Así tuvo que peregrinar por Burgos, Salamanca, Sevilla y Madrid siempre con trabajos de oportunidad, sin una remuneración ni consideración a la altura de su talento. Su amistad con personas de gran predicamento en el nuevo régimen, como José María de Cossío, Joaquín Arrarás, Gerardo Diego, la familia de la Serna...le abrió las puertas a colaboraciones en diferentes proyectos y en periódicos que estaban bajo el control más o menos directo del nuevo gobierno.

Uno de esos trabajos fue el encargo para escribir el prólogo de un opúsculo que publicó Santiago Toca pocas semanas después del incendio que asoló la ciudad de Santander (1).

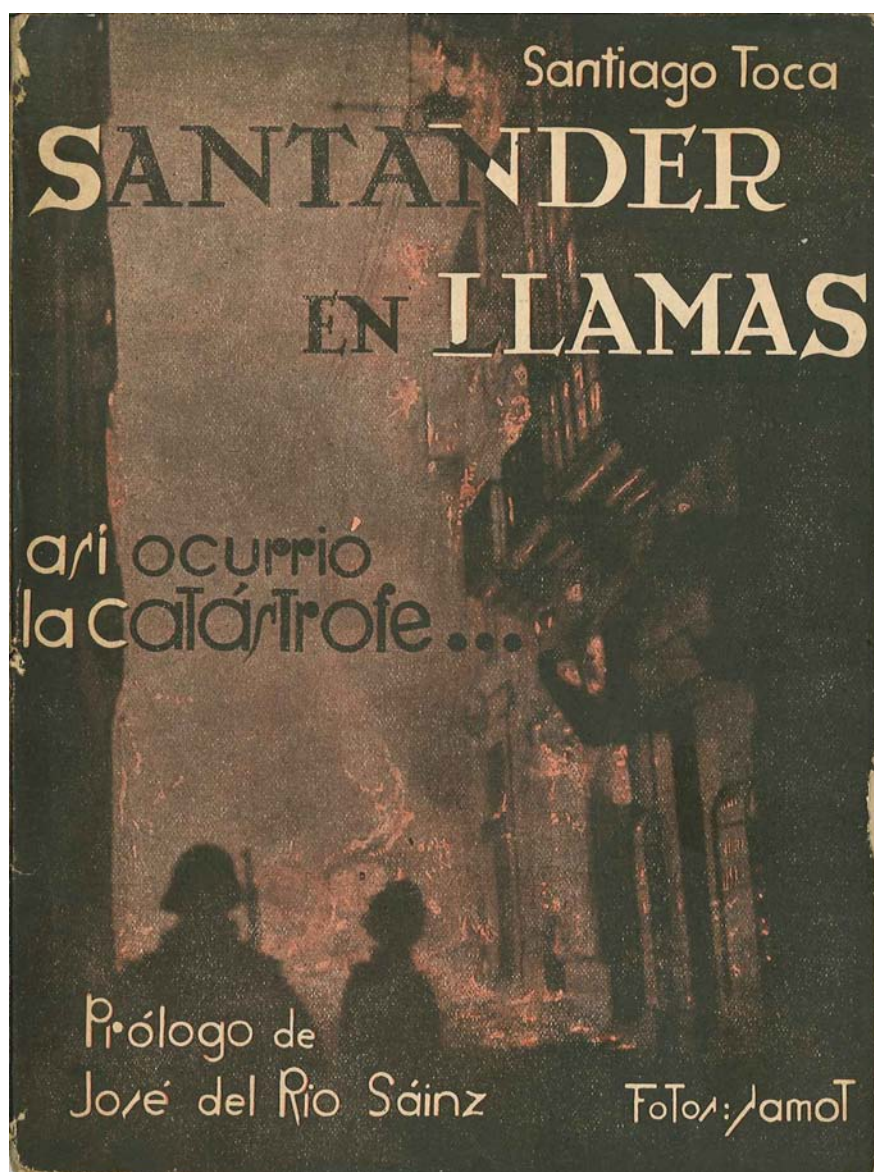
José del Río vivió la catástrofe del incendio de manera sin-

gular. Con el fuego se perdieron sus recuerdos de infancia y juventud y también sus paisajes urbanos. Pick recorrió miles de veces las calles devoradas por las llamas y escribió en sus “Aire de la calle” sobre la necesidad de regenerar esa puebla vieja santanderina.

Pick experimentó el dolor y las tristeza de perder su ciudad y también la frustración de no poder acercarse y escribir sobre lo que esta ocurriendo. Queda este testimonio en la publicación de Toca que ya de por si es elocuente: “No conozco las crónicas que Santiago Toca escribió en “Alerta” sobre el incendio de Santander y que recopiladas, forman este folleto. No asistí tampoco a este incendio, que en magnitud y en daños materiales, que no en sangre, supera la catástrofe del “Cabo Machichaco” que iluminó de rojos resplandores mi niñez. Y sin embargo voy a escribir el prólogo de estas crónicas estremecidas y acuchilladas por los crhisporroteos del incendio”.

En estas letras ya se trasluce el dolor de Pick, tanto por lo sucedido a su ciudad, como por su lejanía forzada. En estas líneas queda bien retratado su estado ánimo: “No conozco el fondo literario de este libro porque apenas he leído nada de lo que a la gran desgracia se refiere. El dolor que sentía al saberla fue tan vivo, tan insoportable, que sólo se alivió en un egoísta aislamiento de detalles y noticias torturadoras. No quería aprender nada nuevo que aumentase mi pena. Amigos míos de los periódicos de Madrid me pidieron una vez y otra que escribiese yo también la elegía de las cosas amadas. Lo intenté, pero en vano. Todo lo que salía de mi pluma era un sollozo inarticulado y antiliterario”.

De esta forma Pick explicita como ha recibido peticiones de los diarios madrileños para escribir sobre el incendio, pero ninguna de los rotativos locales, que en aquellos momentos estaban imprimiéndose en Bilbao, ya que las instalaciones



Portada de la publicación "Santander en llamas. Así ocurrió la catástrofe" con prólogo de José del Río Sainz.

**SANTIAGO TOCA**

# **SANTANDER EN LLAMAS**

**Así ocurrió la catástrofe...**

**Prólogo de José del Río Sáinz  
Fotos de «Samot»**

**1941**

**GRAFICAS FIDES.—SAN SEBASTIAN  
Paseo de Colón, 4, bajos**



## PRÓLOGO

No conozco las crónicas que Santiago Toca escribió en "Alerta" sobre el incendio de Santander y que, recopiladas, forman este folleto. No asistí tampoco a este incendio, que en magnitud y en daños materiales, ya que no en sangre, supera a la catástrofe del "Cabo Machichaco" que iluminó de rojos resplandores mi niñez. Y sin embargo voy a escribir el prólogo de estas crónicas estremecidas y acuchilladas por los chisporroteos del incendio.

No conozco el fondo literario de este libro porque apenas he leído nada de lo que a la gran desgracia se refiere. El dolor que sentía al saberla fué tan vivo, tan insoportable, que sólo se alivió en un egoísta aislamiento de detalles y de noticias torturadoras. No quería aprender nada nuevo que aumentase mi pena. Amigos míos de los periódicos de Madrid me pidieron una vez y otra que escribiese yo también la elegía de las cosas amadas. Lo intenté, pero en vano. Todo lo que salía de mi pluma era un sollozo inarticulado y antiliterario.

Pero si no conozco las crónicas ni vi el incendio, en cambio conozco como pocos al autor de aquéllas y llevo en mi sangre y en mis entrañas el recuerdo lumi-

noso del Santander de mis años infantiles, que es precisamente el que ha desaparecido en la catástrofe. Y ello me basta para cumplir un deber sagrado hacia mi tierra nativa y hacia el primero de mis amigos entrañables.

Santiago Toca es uno de los pocos hombres de acción que de tarde en tarde produce Santander. De una acción silenciosa, modesta y eficaz que se ejercita a lo largo del día en el transcurso de años y años. Porque desconoce la intriga, la envidia y la murmuración, le sobra tiempo para trabajar, que es lo contrario de lo que ocurre a los que se consumen de impotencia y de rencores soterrados en los mentideros de los cafés. Diríase de él que es el ciudadano perfecto de la "Utopía" de Tomás Moro o de la "República" de Platón. Con hombres de su contextura moral se podría formar el núcleo de los pueblos felices.

La prueba la ha hecho Santander, que a él ha tenido que acudir en los últimos años para la realización de todas sus más logradas empresas regionales. Desde las exhibiciones de folklore hasta el cumplimiento de sus obligaciones benéficas.

Me imagino con qué violencia generosa y dramática latiría su corazón de "buen hijo de Santander" en la noche terrible y primera del incendio y en los días y noches siguientes, mientras un mar movedizo de llamas, ensanchaba el área de escombros de la amada ciudad. Esta emoción que persiste en él sin duda alguna y se conservará intacta en su prístina forma virgen en todo lo que le quede de vida, reflejada por su pluma ágil, produjo estas crónicas que sancionó el aplauso de todo un pueblo. Yo tuve siempre a Santiago Toca por uno de los mejores periodistas de mi tiempo, aunque durante éste, sólo lo ejerciese a título de "dilettanti", detenido ante el profesionalismo por su modestia y por el freno de otras



obligaciones. Pero creo que pocos de los que yo conocí durante mi actuación en Santander, le superan y casi ninguno le iguala en su certera observación, en su casi infalible buen sentido, en su estilo directo y preciso y en la emoción cálida que en él alienta. Con estos ingredientes se han hecho siempre las buenas crónicas, los excelentes reportajes. Nada más que con ello ha narrado mi amigo el incendio y, naturalmente, ha obtenido el triunfo.

Ahora es cuando yo leeré esas crónicas, una vez que el libro quede impreso. Mi consternación amortiguada, puede permitirme ese lujo. Así experimentaré el doloroso consuelo de ver cómo estaba la vieja calle de San Francisco en los últimos minutos de su vida. Lo que Santiago Toca nos cuenta me hará el efecto de la voz del amigo cariñoso que viene a comunicarnos la triste noticia:

—¡Su madre murió como una santa!...

De tarde en tarde me encuentro en este destierro de Madrid con amigos que de Santander vienen y me dan noticias de tal o cual proyecto reparador. Recientemente me decía uno:

—La calle de San Francisco la van a hacer de nuevo. Será una Gran Vía...

Y, también:

—Rúa Mayor y Rúa Menor no formarán más que una sola calle con casas de cuatro o seis pisos.

Y esto me apena tanto como la destrucción y el incendio. Porque significa que el Santander en que nací y al que amé y que Santiago Toca vió morir, no resucitará nunca. Nacerá sobre su solar otro Santander moderno, higiénico, más habitable sin duda alguna, pero que no es el que a mí me gustaba. El Santander reconstruido y luminoso de grandes vías horizontales y verticales con la técnica de un tablero de ajedrez, valdrá sentimentalmente mucho menos que

el dédalo de callejas oscuras y húmedas—la del Rincón, la del Limón, la del Infierno y el pasadizo de los Azogues—en que discurrieron mis juegos y mis sueños de niño. Todo pueblo necesita como el agua y como el aire de una parte vieja sin la cual se nos figura que carece de alma. Es lo primero que visita cuando a él llega un viajero inteligente. Santander contaba con ese núcleo viejo que correspondía exactamente a lo que fué recinto murado en los tiempos medioevales y que presidía la mole de piedra de su Catedral. Y eso es precisamente lo que ha desaparecido. En lo sucesivo sólo podrá mostrar casas de cemento, anchas vías asfaltadas, comercios lujosos. Cuando, abrumados por todo ello los santanderinos futuros busquen un rincón misterioso y negro en que desentumecer su ánimo fatigado, no lo encontrarán. Tanto dará vivir en el Santander reconstruído como en San Sebastián o Biarritz.

Sé que lo que digo ha de parecer una herejía a muchas gentes y que en el acta de acusación que se haga contra mí, no dejarán de aparecer estas manifestaciones como nuevos cargos que me condenan. Pero como lo siento lo digo. Para mí Santander era la calle de San Francisco, esa calle estrecha y comercial, de casas viejas como la de la Sierpes de Sevilla, que existe en todos los grandes pueblos y que el progreso urbano respeta. Y la de Atarazanas, antes de que pasara por ella la apisonadora de Ernesto del Castillo y, sobre todo, la zona de la Catedral con su Rúa Mayor y su Rúa Menor y las callejas y pasadizos que la atravesaban.

Todavía me refugio en la esperanza de que la Dirección de Regiones Devastadas tenga estas razones sentimentales en cuenta y al reconstruir, no busque sólo la comodidad y la higiene sino que se preocupe también de la tradición, aun en sus formas al pare-



cer más desleznables. Es decir, que vuelva a edificar casas viejas, utilizando los materiales de los desechos.

Pero como no tengo mucha seguridad de que esto se haga, me escondo en este libro de Santiago Toca, que me da una visión a la par atormentada y consoladora, de lo que fué la agonía de tantas casas que para mí guardaban recuerdos entrañables. Sobre todo aquella en que estuvo la Redacción de "La Atalaya" y que Víctor de la Serna recordó en una crónica. Donde el propio Víctor escribió por primera vez, donde yo conocí a Santiago Toca y por donde desfilaron tantas gentes famosas, extraordinarias y pintorescas.

Este librito tendrá el valor de uno de esos recordatorios que se guardan entre las hojas de un devocionario para que no olvidemos que un ser querido ha muerto. En esta ocasión el ser querido es, ni más ni menos, que el Santander de mi niñez.

**José del Río Sáinz.**

Madrid, Marzo, 1941.

tanto de “El Diario Montañés” como de “Alerta” quedaron destruidas por el fuego.

Dentro de ese prólogo, tras rememorar sus años de infancia dice: “Santiago Toca es uno de los pocos hombres de acción que de tarde en tarde produce Santander”. Esta afirmación, tan categórica sobre la ausencia de riesgo y creatividad de los santanderinos, no hubiera salido de la pluma de Pick, a no ser en un momento de dolor y frustración. En todo caso, ese lamento por la ausencia de dinamismo de la sociedad santanderina ha sido repetido por otros muchos analistas, que achacan a esa parálisis la decadencia de una provincia que estuvo entre las más ricas y dinámicas de España.

La denuncia de Pick sobre la idiosincrasia de los santanderinos queda fijada en esta frase, continuación de la anterior: “De una acción silenciosa, modesta y eficaz que se ejercita a lo largo del día en el transcurso de años y años. Porque desconoce la intriga, –prosigue Pick en referencia a Santiago Toca– la envidia y la murmuración, le sobra tiempo para trabajar, que es lo contrario de lo que ocurre a los que se consumen de impotencia y de rencores soterrados en los mentideros de los cafés. Diríase de él que es el ciudadano perfecto de la “Utopía” de Tomás Moro o de la “República” de Platón. Con hombres de su textura se podría formar el núcleo de los pueblos felices”.

“La prueba la ha hecho Santander, que a él ha tenido que acudir en los últimos años para la realización de todas sus más logradas empresas regionales. Desde las exhibiciones de folklore hasta el cumplimiento de sus obligaciones benéficas”.

La denuncia, poco habitual en José del Río, de ese ambiente de envidias y murmuraciones evidencia el sufrimiento que ese ambiente le produce. Y no solamente como santande-

rino que ama su tierra, sino también de manera personal porque de la maledicencia de esas tertulias nacen los obstáculos que impiden que él regrese a su tierra, a su bahía y seguir con su carrera de periodista de provincias, que es lo que siempre quiso ser.

## **12. 4 La nostalgia y destierro laboral**

Para José del Río su traslado a Madrid no fue nunca un acto voluntario. Se vio obligado por las circunstancias: de una parte en Santander los más radicales del nuevo Régimen no le querían en la ciudad, de otro quienes le ayudaban solamente podía hacerlo en Madrid.

La causa fundamental de instalarse en Madrid responde a una decisión del nuevo gobierno franquista: José del Río era capitán de la draga que trabajaba a diario en la canal de Santander, para mantenerla abierta al tráfico marítimo. Sus ingresos fundamentales eran los de marino al servicio de la Junta de Obras del Puerto de Santander. Al finalizar la guerra a José del Río le cesan de su puesto de capital de la draga, lo que supone que la parte sustancial de sus ingresos desaparece. Fue una purga soterrada, pero un ajuste de cuentas por la posición moderada de José del Río.

En Santander no encuentra tampoco trabajo en ningún periódico y se ve obligado a aceptar los trabajos, mal pagados, que le ofrecen sus amigos Arrarás y José María de Cossío.

En este prólogo al folleto de Santiago Toca se sincera como nunca lo había hecho en público: “Ahora es cuando yo leeré estas crónicas, una vez que el libro quede impreso. Mi consternación amortiguada, puede permitirme ese lujo. Así experimentaré el doloroso consuelo de ver cómo estaba la vieja calle de San Francisco en los últimos minutos de su vida. Lo

que Santiago Toca nos cuenta me hará el efecto de la voz del amigo cariñoso que viene a comunicarnos la triste noticia:

—¡Su madre murió como una santa...!

De tarde en tarde me encuentro en este destierro de Madrid con amigos que de Santander vienen y me dan noticias de tal o cual proyecto reparador. Recientemente me decía uno:

—La calle San Francisco la van a hacer de nuevo. Será una Gran Vía...

Y, También: Rúa Mayor y Rúa Menor no formarán más que una sola calle con casas de cuatro o seis pisos”.

En estos párrafos Pick expresa, por fin, su verdadera con-



Una foto de Samot tomada el 18 de febrero de 1941.

dición, cuando reconoce “...me encuentro en este exilio de Madrid...”.

Y José del Río prosigue en este prólogo redactado para la obra de su amigo Santiago Toca: “Y esto me apena tanto como la destrucción y el incendio. Porque significa que el Santander en que nací y al que amé y que Santiago Toca vió (sic) morir, no resucitará nunca. Nacerá sobre su solar otro Santander moderno, higiénico, más habitable sin duda alguna, pero que no es el que a mí me gustaba. El Santander reconstruido y luminoso de grandes vías horizontales y verticales con la técnica de un tablero de ajedrez, valdrá sentimentalmente mucho menos que el dédalo de callejas oscuras y húmedas –la del Rincón, la del Limón, la del Infierno y el pasadizo de los azogues- en que discurrieron mis juegos y mis sueños de niño”.

Y Tras estas palabras de recuerdo y nostalgia de unas calles que perderían para siempre su fisonomía profundiza en sus ideas sobre lo que debe ser el nuevo Santander: “Todo pueblo necesita como el y como el aire de una parte vieja sin la cual se nos figura que carece de alma. Es lo primero que visita cuando a él llega un viajero inteligente. Santander contaba con ese núcleo viejo que correspondía exactamente a lo que fue (sic) recinto amurado en los tiempos medioevales(sic) y que presidía la mole de piedra de su Catedral. Y eso es precisamente lo que ha desaparecido. En lo sucesivo sólo podrá mostrar casas de cemento, anchas vías asfaltadas, comercios lujosos. Cuando, abrumados por todo ello los santanderinos futuros busquen un rincón misterioso y negro en que desentumecer su ánimo fatigado, no lo encontrarán. Tanto dará vivir en el Santander reconstruido como en San Sebastián o Biarritz”.

Sé que lo que digo ha de parecer una herejía a muchas gentes y que en el acta de acusación que se haga contra mí, no dejarán de aparecer estas manifestaciones como nuevos cargos que me condenan. Pero como lo siento lo digo. Para mí

Santander era la calle de San Francisco, esa calle estrecha y comercial, de casa viejas como las de la Sierpes de Sevilla, que existe en todos los grandes pueblos y que el progreso urbano respeta. Y la de Atarazanas, antes de que pasara por ella la apisonadora de Ernesto Castillo (2) y, sobre todo, la zona de la catedral con su Rúa Mayor y su Rúa Menor y las callejas y pasadizos que la atravesaban”.

“Todavía me refugio en la esperanza – sigue escribiendo Pick- de que la Dirección de Regiones Devastadas tenga estas razones sentimentales en cuenta y al reconstruir, no busque sólo la comodidad y la higiene sino que se preocupe también de la tradición, aun en sus formas al parecer más deleznales. Es decir, que vuelva a edificar casas viejas, utilizando los materiales de los desescombros”.

“Pero como no tengo mucha seguridad de que esto se haga, me escondo en este libro de Santiago Toca, que me da una visión a la par atormentada y consoladora, de lo que fué (sic) la agonía de tantas cosas que para mí guardaban recuerdos entrañables. Sobre todo aquella en que estuvo en la Redacción de “La Atalaya” y que Víctor de la Serna recordó en una crónica. Donde el propio Víctor escribió por primera vez, donde yo conocí a Santiago Toca y por donde desfilaron tantas gentes famosas, extraordinarias y pintorescas”.

José del Río pone punto final su prólogo con el recurso de su vena poética. “Este librito tendrá el valor de uno de esos recordatorios que se guardan entre las hojas de un devocionario para que no olvidemos que un ser querido ha muerto. En esta ocasión el ser querido es, ni más ni menos, que el Santander de mi niñez”.



## 12. 5 Colaborador de la “Historia de la Cruzada Española”

El periodista de artículo diario, el informador que recorría las calles de Santander en busca de noticias, personajes e historias se trunca con la Guerra Civil. Tras su huida de Santander a finales de 1936, cuando la amenaza de muerte ya pesaba sobre él, José del Río nunca volvió a ser el mismo. Merced a la amistad forjada con algunos compañeros obtuvo encargos que le permitieron sobrevivir, pero nunca recuperó la dirección de un diario en Santander, ni pudo regresar a su ciudad para trabajar y vivir en ella.

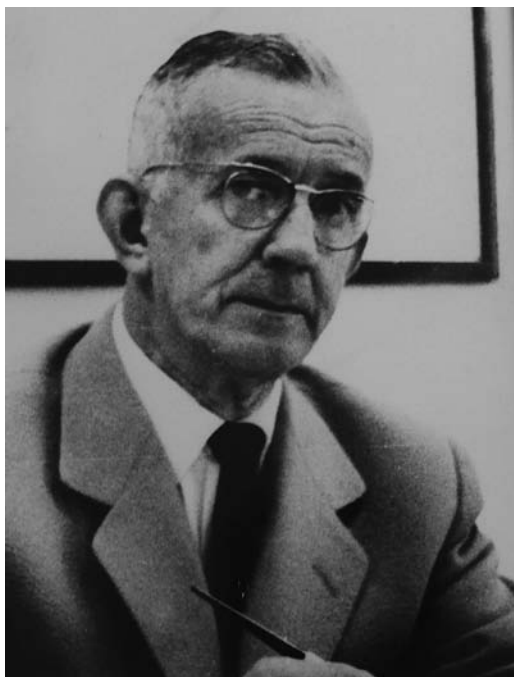
El propio Pick cuenta esta parte de su biografía en las notas que elaboró por encargo de la comisión que organizó el homenaje que se le rindió en Santander el 9 de septiembre de 1961 tras haber sido distinguido con el nombramiento de Periodista de Honor.

Sobre esa autobiografía existe un testimonio relevante que fija bien el proceso. En una carta, que se conserva con notas y correcciones manuscritas, José del Río escribió a José Simón Cabarga (3) para hablarle de esas notas autobiográficas : “Le contesto a vuelta de correo. Ante todo mil gracias por su enhorabuena y por su gestión en pro de la propuesta a favor mío, que si llega a buen puerto, a usted se deberá, usted es el que lo ha hecho todo con un interés y un entusiasmo reveladores de su generosidad y su compañero. ¡Mil gracias compañero y amigo”.

José del Río aun matiza más en esa misiva enviada a Simón Cabarga cuando dice : “He tratado de hacer las cuartillas que usted me pedía y que le adjunto. Como el tiempo apremiaba y yo no me encuentro en condiciones de hacer nada serio, pues como usted sabrá estoy pasando un mal momento, no repuesto aún de un grave arrechucho, y en espera de una operación imprescindible, lo que he escrito me ha salido un churro. Véa-

lo usted y si no lo estima de recibo, rompa las cuartillas y a otra cosa”.

“Escribí a Parada – concluye José del Río– dándole las gracias también. Lo que resulte en definitiva me importa poco. Lo que para mí tiene valor emocional, superior a todo lo que resulte, es el testimonio de simpatía que me han dado mis compañeros”.



**José Simón Cabarga. periodista y cronista  
Oficial de Santander**

El calendario es un fiel indicativo de los años en los que Pick, si bien es verdad que siguió escribiendo y publicando fundamentalmente en el diario Informaciones, estuvo eclipsado y casi olvidado.

Este homenaje llega en 1961, más de veinte años después de terminar la Guerra Civil y cuando Pick, como el mismo describe en esta carta, se encontraba con la salud deteriorada.

No logró el reconocimiento de los vencedores ni tampoco la exaltación, aunque fuera desde el exilio, de los vencidos. Quedó en la tierra de nadie, auxiliado por sus amigos y por su indudable talento.

El relato de Pick, sobre lo sucedido tras el final de la Guerra, en el año 1939, está teñido de nostalgia de su Santander y por



ello no duda en calificar de exilio su estancia, ya definitiva, en Madrid.

Es el periodista Joaquín Arrarás Iribarren (4) quien le tiende su ayuda. Arrarás fue el encargado de editar una obra que el Régimen franquista considero capital: “Historia de la Cruzada Española” sobre la guerra civil. Un libro hagiográfico sobre el conflicto, entendido como una cruzada contra el marxismo, la masonería y los enemigos de España.

En la biografía redactada para su homenaje en el año 1961 (tres años antes de su muerte y cuando contaba con 77 años de edad) se explica de esta manera su encaje en España que surge tras la guerra: “La Revolución de 1936 obliga a José del Río a salir de Santander. En la zona nacional, y con pseudónimo de “Juan del Mar” y otros, publica artículos, párrafos de algunos de los cuales reproduce en el tomo de “Mi vida. La revolución española”, el doctor Rodolfo Reyes, quien encabeza la reproducción con las siguiente líneas: “Respecto al espíritu de Bilbao (5), y a lo que le tocó perder, oigamos al gran poeta y escritor montañés José del Río Sainz”.

## **12. 6 La épica de la Cruzada**

El trabajo que le ofreció Arrarás a José del Río fue su tabla de salvación económica y también la manera de que permaneciera conectado al universo del periodismo y la literatura. Pero no era, evidentemente, el trabajo que Pick deseaba. Realmente a José del Río le hubiera gustado regresar a Santander para dirigir su periódico, La Voz de Cantabria. Pero ese diario había sido obligado a fusionarse con El Diario Montañés y una buena parte de quienes trabajan en “La Voz” se integraron en las filas del diario de “La Propaganda Católica”, mas tarde Editorial Cantabria.

El trabajo de Pick lo autodescribe bien en este párrafo de sus notas: “Desde Salamanca y requerido por Joaquín Arrarás, pasa José del Río a Sevilla, para escribir los tomos más importantes de la “Historia de la Cruzada Española” que aquel dirigía. Con ese motivo recorre España en busca de información, y suyos son los volúmenes de esa Historia consagrados “Navarra”, “El Alto de los Leones”, “Somosierra”, “Galicia y la Escuadra”, “Albacete”, “Valencia” y “Alicante”, así como los dedicados al “10 de agosto de 1932” y a la “Revolución marxista de 1934”.

Merced a las amistades y contactos que aun conservaba, José del Río, a la vista de imposibilidad de encontrar acomodo en Santander, se instala en Madrid, tras su paso, un tanto humillante por Sevilla (6).

En la capital de España se instala en un piso de la calle Guzmán el Bueno, número 28, no muy lejos de la redacción del diario “Informaciones”.

No era ese el trabajo que más le gustaba a Pick, acostumbrado a tener libertad en sus escritos y a opinar sobre los asuntos de actualidad. De esa manera en el año 1939, con la guerra terminada, se instala en Madrid para trabajar para la editorial “Atlas”, una empresa promovida por los nuevos equipos de publicaciones y propaganda del franquismo y que estaba bajo el control de Arrarás. Su tarea en “Atlas” es la de componer textos complementarios y traducir obras del inglés al castellano.

Desde Madrid logra colaboraciones, siempre mal pagadas, en la revista “Vértice” y en los diferentes diarios que se editaban en Madrid tras la guerra. Así su firma aparece, bien con su nombre o con diferentes pseudónimos, en “ABC”, “Arriba”, “Informaciones” y también en el diario “Madrid”.

Donde mejor fue acogido fue en el periódico “Informacio-

nes”. No en vano Víctor de la Serna (7) y su hijo Jesús de la Serna (8) eran quienes dirigían empresarial y periodísticamente “Informaciones”, La familia de la Serna tenía una sólida vinculación con Santander, ya que Víctor era hijo de la escritora Concha Espina.

En “Informaciones” escribió una serie de reportajes sobre las Brigadas Internacionales. Ya en el año 1957, tras mucho de tiempo de colaboraciones inestables, logra Pick una plaza de redactor en “Informaciones” donde vuelve al columnismo con una sección diaria titulada “Apuntes de un peatón”. Esa columna fue un remedo de su “Aire de la calle” porque carecía del vigor que le daba a la segunda el apego a la ciudad de Santander y el conocimiento de su geografía y de sus gentes.

## **12. 7. Nostalgia de Santander**

Una constante en la vida de Pick fue su apego a la ciudad de Santander y su interés por desarrollar y promover todo lo que considerara que era bueno para su progreso y desarrollo.

Las circunstancias de la guerra y su situación endeble en el bando vencedor, no le permitieron regresar a su hábitat natural para ejercer el periodismo.

Esa pesadumbre la llevó siempre consigo Pick. Y aunque, al final de su vida recibió homenajes en Santander y que con el paso de los años se ablandó la inquina que algunos próceres locales tenían contra él, lo cierto es que padeció ese exilio sordo, que no tenía la aureola de quienes se fueron al extranjero y nimbaban su figura con el glamour de la persecución política.

De la lectura de sus cartas se desprende esa constante amargura, a pesar de que año a año fue recuperando crédito y afectos en función de su talento y de su capacidad como es-

critor. Los testimonios de quienes le trataron en la década de los cincuenta del siglo pasado dan fe de la desazón que le producía a José del Río esa sensación de alejamiento de su tierra. José del Río se mantuvo siempre fiel a sus ideas, a sus planteamientos vitales fijados en una meta: mantener su rectitud ética y hacer todo lo que estuviera en su mano y en su pluma para defender los intereses de Santander, su Montaña.

## **12. 8 Notas, capítulo 12**

1.- En la noche del 15 de febrero de 1941 se desató un fuerte huracán sobre Santander. Una chimenea se incendió y las pavesas fueron llevadas por el viento hasta los tejados colindantes. En fuego se extendió por todo el centro de la ciudad y arrasó cientos de viviendas y edificios, ya que en gran parte las construcciones eran de madera. El incendio se mantuvo vivo durante cinco días y tuvo que intervenir el ejército para atajar las llamas llegando incluso a dinamitar edificios para crear cortafuegos.

2.- Ernesto del Castillo Bornenave fue alcalde de Santander durante los años 1936 y 1937. Su mandato fue cortado por la llegada del ejército de Franco en agosto de 1937. Este alcalde acometió, en plena guerra civil, una modernización de la ciudad que conllevó el derribo de muchos edificios e infraestructuras emblemáticas de la ciudad como el Puente de Vargas, la ermita de San Roque, etc.

3.- José Simón Cabarga (Santander 1902- Madrid 1980). Historiador de la prensa de Cantabria. Cronista Oficial de la Ciudad de Santander, articulista y miembro activo de la Asociación de la Prensa de Santander.

4.- Joaquín Arrarás Iribarren ( Pamplona 1898- Madrid 1975) fue un periodista vinculado a la monarquía y el re-

generacionismo. Dirigió El Diario Montañés de Santander desde 1925 hasta 1932 que regresó a la redacción de El Debate. Tras la Guerra Civil fue el encargado de coordinar la redacción de una obra casi exhaustiva sobre la guerra civil, siempre desde la óptica franquista. Conoció a Pick en los años que dirigió El Diario Montañés y la amistad forjada entre ambos sirvió a José del Río para encontrar acomodo en la España del Régimen y del Movimiento Nacional.

5.- La referencia al “espíritu de Bilbao” lo es, en realidad, a la batalla que las tropas del general Mola libraron en junio de 1937 para quebrar el Cinturón de Hierro de Bilbao y tomar la ciudad el 19 de junio, once meses después de iniciada la guerra. La pérdida de Bilbao por el ejército republicano fue el elemento que propició que, dos meses más tarde, la provincia de Santander también pasara a manos del bando Nacional.

6.- Cuando Pick llega a Sevilla, cuando aun no había terminado la Guerra, es instalado en las oficinas habilitadas para publicaciones del nuevo régimen, en el cuarto del retrete. Allí se habilitó, de mala manera, una mesa escritorio.

7.- Víctor de la Serna Espina (Valparaíso, Chile 1896- Madrid 1958.

8.- Jesús de la Serna Gutiérrez-Repide. (Santander, cantabria, 1926. Madrid 2013)

## **12. 9. Bibliografía, capítulo 12**

FRANCISCO IGNACIO DE CÁCERES. “Santander: una historia de vientos y mareas”. Año 2005. Editorial Etdio.

JESÚS DEL CAMPO ZABALETA. “Calles del viejo Santander: Estampas preredianas a orillas del año 2000”. Año 1999. Editorial Estvdio.

JOSÉ LUIS CASADO SOTO. “El incendio de Santander: febrero de 1941”. Año 2001. Editorial Cantabria en Imagen.

## **CAPÍTULO 13**

**MEMORIAS DE UN PERIODISTA  
PROVINCIANO**



### **13. 1 José del Río escribe sus memorias**

Una aportación esencial de José del Río consiste en la gran cantidad de documentación que ha dejado escrita sobre sí mismo. Tanto en los artículos que tituló con el genérico “Aire de la calle” como, de manera especial, en la serie de columnas que publicó a lo largo del año 1934 el periodista no solamente refleja lo que sucedió en su tiempo, sino también aspectos personales.

Es importante fijar documentalmente esa serie de escritos y por ello se aportan aquí.

En estas memorias, que de manera parcial fueron publicadas en dos libros en su momento, Pick cuenta no solamente sus avatares personales sino también que refleja el mundo de su tiempo.

Se trata, por tanto, de unas memorias que reflejan bien el ambiente cultural, político, periodístico y social del primer tercio del siglo XX.

Pick no siguió con esas memorias y por ello no existe una documentación tan detallada de lo ocurrido tras la Guerra Civil. Realmente habría sido muy interesante tener, por escrito, el pensamiento y las ideas de José del Río sobre las dificultades que encontró una vez que la contienda terminó y que debió buscar acomodo en editoriales y periódicos controlados, casi en su totalidad, por el nuevo Régimen.

Especial interés tienen los artículos referentes al nacimiento del periódico “La Atalaya” y las tres crónicas dedicadas a la actividad en la redacción que llevan todas el título genérico de “Escenas de la vida de redacción”.

Los artículos en los que José del Río cuenta sus vivencias personales o vierte alguna opinión acerca de hechos que le afectaron de forma singular tienen un especial valor para conocer el pensamiento del periodista y las circunstancias que modelaron su carácter.

### **13.2 Su infancia en el barrio de La Florida**

Así en esos artículos publicados en “La Voz de Cantabria” ofrece a quienes quieran estudiar su vida y obra elementos de sumo interés. De esta manera describe el lugar de su nacimiento e infancia: “Nací en el barrio de la Florida, ese mismo barrio que Miguel Artigas (1), en el que vivió recientemente, solía llamar, medio en broma y medio en serio “el barrio latino”, porque en él estaban situadas las dos grandes Bibliotecas del pueblo e importantes imprentas y librerías, que dan a algunas de sus calles –la acera de Amós de Escalante, por ejemplo- el carácter de boulevard de Montparnasse”.

Pick prosigue con su descripción del escenario de su niñez: “El barrio era nuevo, lo más nuevo del pueblo en aquellos años. Los nombres de sus calles, sacados del guardarropa de



En el lugar que hoy ocupa el Convento de la Madres Reparadoras, - en la imagen- en la calle Magallanes número 7 de Santander, construyó el padre de José del Río unas casas en la que nació y vivió el periodista. Esa calle está en el barrio de La Florida que fue conocido como el “Barrio Latino de Santander”, por encontrarse en él la Biblioteca Menéndez Pelayo, el Museo municipal de pintura, la Fundación Gerardo Diego y una serie de imprentas y sedes de periódicos.

la Historia a falta del pintoresquismo tradicional que sólo se tienen en las calles cuajadas de años, es una prueba de su juventud. Las calles se llamaban y se llaman –pues pocas son las que han cambiado su nombre– de Magallanes, Gravina, Isabel la Católica, Cisneros, Cervantes. Otros nombres, que no son de historia nacional, como “Rubio” o La Concordia, corresponden al apellido de un acaudalado vecino que cedió los terrenos para abrir la calle, ya la moda de concordia y reconciliación, dominante entonces”. (2).

El periodista aprovecha estos recuerdos para contar también la pequeña historia de su ciudad: “En la calle que hoy lleva el nombre del primer novelista del mundo, del inmortal Cervantes, existió una calleja inmunda, repugnante, conocida con el nombre de “Calleja de los Cuernos”. Todo es nuevo y reformado en la calle del Correo. Allí existían los antiguos mesones de la “Gorda de Quesada” y otros, hoy convertidos en muy buenas casas de la propiedad del señor Escalante”.

Y José del Río concreta su relato para fijar sin lugar a duda su lugar de nacimiento: “Yo nací en una de esas calles que contaba apenas veinticinco años de vida urbana, en la de Magallanes, y en las casas llamadas de Catalán, construidas por mi padre que ejercía la profesión de maestro de obras. Pero de mi permanencia en escasa y en esa calle, no tengo ningún recuerdo vivo. Era muy pequeño cuando nos trasladamos a la calle Isabel la Católica, a la misma casa que hoy ocupa el convento de monjas Reparadoras. La casa tenía, en su parte zaguera, un patio con jardín”.(3)

José del Río prosigue explicando la importancia que ese barrio de La Florida tuvo en su infancia y en la forja de carácter. Y en el último párrafo de esta primera entrega de sus memorias explica su intención: “En este marco se formó mi infancia. He querido dejar bien dibujado el cuadro como un tributo que al iniciar estas “Memorias” quiero rendir al viejo

Santander, un Santander del que ya apenas queda nada, sobre todo en el punto de vista moral. Cuando pienso en aquellos años, me siento profundamente conmovido. Todos los detalles, por triviales y nimios que sean, se me antojan de una importancia decisiva. Y a ello se debe la extensión que he dado a este primer artículo”.

La intención de Pick de publicar en un libro esta serie de columnas a modo de memorias queda bien explicitada con la “Nota del periódico” que a modo de postdata cierra el escrito: “LA VOZ DE CANTABRIA acaricia la idea de contribuir al censo bibliográfico de la Montaña editando en un libro estas “memorias” del eminente Pick y agradecerá mucho el envío de fotografías alusivas a las cosas y sucesos que aquí se traten, para ilustrar con ellas el libro en proyecto”.

### **13.3 Sus recuerdos del diario “La Atalaya”**

José del Río comenzó su oficio de periodista en el diario santanderino La Atalaya. Cuando ese diario ya había cerrado y Pick era director de La Voz de Cantabria dedicó varios artículos, de los destinados a ser sus memorias, al nacimiento de ese periódico.

Cuidadoso con los datos arranca así su primera columna de las dedicadas a ese diario santanderino: “El 1 de enero de 1893 salió por primera vez “La Atalaya”, diario que aparecía en el palenque de la Prensa con un gran brío juvenil, que era el reflejo de una redacción compuesta casi exclusivamente de muchachos. “La Atalaya” debía su vida a una disidencia surgida en “El Atlántico”. En este periódico y dirigiendo su administración, había trabajado durante algunos años con gran competencia, don Lorenzo Blanchard, hombre de un raro mérito y pariente muy próximo – cuñado- de los Gutiérrez Cueto, que dirigían y poseían el periódico. Diferencias sobre

la orientación, principalmente en el orden administrativo, obligaron a dejar “El Atlántico” al señor Blanchard, que, dueño de una imprenta, no vaciló en acometer la aventura de dar a luz un nuevo periódico. Y fundó “La Atalaya”.

Esta serie de columnas, aparecidas bajo el epígrafe general de “Memorias de un periodista provinciano” son una ingente manantial de datos, descripciones de costumbres y en general suponen una aportación excepcional para los historiadores que necesitan reconstruir cualquier aspecto de la vida del Santander del primer tercio de finales del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX.

Las columnas escritas por Pick bajo el epígrafe de “Memorias de un periodista provinciano” merecen ser rescatadas en este trabajo de investigación, no solamente por su valor periodístico sino también para fijar la memoria de una ciudad, de una sociedad, de una forma de vivir.

Esta colección de artículos de José del Río aporta una documentación excepcional para conocer al personaje y también el ambiente del Santander de principios del siglo XX.

### 13.4 Notas capítulo 13

1.- Miguel Jerónimo Artigas Ferrando (Blesa, Teruel 1887-Madrid 1974) Nombrado director de la Biblioteca Menéndez Pelayo de Santander en 1915. Miembro de la Real Academia Española. En 1929 nombrado director de la Biblioteca Nacional. Coetáneo de José del Río con quien mantuvo una relación de amistad.

2.- Los nombres de estas calles, que se salvaron del incendio, se mantienen en la actualidad. El barrio de La Florida, en el que nació y vivió José del Río se conserva, con evidentes cambios, pero idéntico en su esencia.

3.- El convento que cita Pick se conserva en el presente, si bien ha las monjas tan sólo conservan unas habitaciones como residencia. El edificio, que ocupa una manzana entera, está dedicado a Iglesia, librería del Obispado, sede de Popular TV y también a oficinas de otras actividades del Obispado, tales como el “Proyecto Hombre” de ayuda a toxicómanos.



### **13. 5 Bibliografía capítulo 5**

HISTORIA DE LA PRENSA SANTANDERINA. 1982. José Simón Cabarga. Edita Centro de Estudios Montañeses. Diputación Regional de Cantabria.

SANTANDER RECUERDA... (Personajes, episodios, lugares y su plasmación) Volumen III.

1994. Luis López González-Recio.

SANTANDER. 1979. Francisco Santamatilde.

LAS PÁGINAS FEMENINAS DE MATILDE ZAPATA. 2007. José Ramón Saiz Viadero.

GAVIAS DE TRAVÉS (Santander 1941-1945). 1995. Baldo-  
mero Madrazo Feliú.

MIRADAS Y SITUACIONES. 200. Leopoldo Rodríguez Al-  
calde.



### **La autobiografía de Pick, en folletón**

Como se ha explicado al inicio de este capítulo José del Río escribió sus memorias en forma de folletón en las páginas de *La Voz de Cantabria* a lo largo de los años 1934 y 1935.

Aquí se reproducen, por su excepcional interés como testimonio personal y como retrato de una época, una antología de los episodios que relata Pick.

Algunos fueron titulados de manera idéntica, pero son continuación unos de otros, y en todos ellos José del Río aborda diferentes aspectos de su propia vida y del acontecer las tres primeras décadas del siglo XX.

El periodista aborda asunto que tornan desde la política a las costumbres y que reflejan de manera aguda y exacta la España en la que se incubaba la Guerra Civil.

## Anexo I

1 y 1.bis.-Primera entrega de “Memorias de un periodista provinciano”. LA INFANCIA. La Voz de Cantabria (LVC). 13 febrero 1934. (*Páginas 321 y 322*).

2 y 2 bis.- LA ESCUELA. LVC 15 de febrero de 1934. (*Páginas 323 y 324*).

3 y 3 bis.- EL PUEBLUCO. LVC 17 de febrero de 1934. (*Páginas 325 y 326*).

4.\_ LA DÁRSENA. LVC 18 febrero 1934. (*Páginas 327 y 328*).

5.- VIDA Y COSTUMBRES. LVC 21 febrero 1934. (*Página 329*).

6 y 6 bis.- BECEDO. LVC 22 febrero 1934. (*Páginas 330 y 331*).

7 y 7 bis.- PASEOS Y CLASES SOCIALES. LVC 24 febrero 1934. (*Páginas 332 y 333*).

8 y 8 bis.- UNA GENERACIÓN ALMIDONADA. LVC 25 febrero 1934. (*Páginas 334 y 335*).

9 y 9 bis.- TEATROS CASEROS. LVC 3 marzo 1934. (*Páginas 336 y 337*).

10 y 10 bis.- LOS ORFEONES. LVC 14 marzo 1934. (*Páginas 338 y 339*).

11 y 11 bis.- LOS PERIÓDICOS DE MI INFANCIA. LVC 23 marzo 1934. (*Páginas 340 y 341*).

12 y 12 bis.- EL MAGNÍFICO DON TELESFORO. LVC 31 marzo 1934. (Páginas 342 y 343).

13 y 13 bis.- EL NACIMIENTO DE “LA ATALAYA”. LVC 3 abril 1934. (Páginas 344 y 345).

14 y 14 bis.- LAS TERTULIAS DE “LA ATALAYA” (2). LVC 21 septiembre 1934. (Páginas 346 y 347).

15 y 15 bis.- ESCENAS DE LA VIDA DE REDACCION. LVC 11 enero 1935. (Páginas 348 y 349).

16 y 16 bis.- ESCENAS DE LA VIDA DE REDACCIÓN (2). LVC 12 enero 1935. (Páginas 350 y 351).

17.- ESCENAS DE LA VIDA DE REDACCIÓN (3). LVC 18 enero 1935. (Página 352).

18.- LA CATÁSTROFE. LVC 5 abril 1934. (Página 353).

19.- LA CATÁSTROFE (2). LVC 8 abril 1934. (Página 354).

20.- LA CATÁSTROFE (3). LVC. 10 abril 1934. (Página 355).

21.- LA CATÁSTROFE (4). LVC 18 de abril 1934. (Página 356).

22.- LA CATÁSTROFE (5). LVC 22 abril 1934. (Página 357).

23.- EL INSTITUTO. LVC 27 abril 1934. (Página 358).

24 y 24 bis.- EL INSTITUTO. LVC 28 abril 1934. (Páginas 359 y 360).

25.- LA FERIA. LVC 4 mayo 1934. (Página 361).

26.- LA MUERTE DE MACEO. LVC 5 mayo 1934.  
(Página 362).

27 y 27 bis.- EL DILUVIO. LVC 6 marzo 1934.  
(Páginas 363 y 364).

28.- LOS DIOSES EN SU OLIMPO. LVC 28 julio 1934.  
(Página 365).

29 y 29 bis.- EL CRESPÚSCULO DE LOS DIOSES. LVC 29 julio 1934. (Páginas 366 y 367).

30 y 30 bis.- EL CORONEL DON BENITO MÁRQUEZ. LVC 8 agosto 1934. (Páginas 368 y 369).

31 y 31 bis.- LA GOYA, BOMBITA Y LA CORRIDA MONSTRUO. LVC 25 agosto 1934. (Páginas 370 y 371).

32.- LAS ELECCIONES EN LAREDO. LVC 26 agosto 1934.  
(Página 372).

33.- LAS ELECCIONES EN LAREDO (2). LVC 13 septiembre 1934. (Página 373).

34.- EL CRIMEN DE LA MAGDALENA. LVC 15 septiembre 1934. (Página 374).

35.- MIS POLÉMICAS CON GÓMEZ CARRILLO Y FERNÁNDEZ FLÓREZ. LVC 21 marzo 1935. (Página 375).

36.- MIS POLÉMICAS CON GÓMEZ CARRILO Y FERNÁNDEZ FLÓREZ. (2). LVC 22 marzo 1935. (Página 376).

37.- EL FIN DE LA POLÉMICA. LVC 26 marzo 1935.  
(Página 377).

38.- FIN DE LA VIDA POLÍTICA DE RUANO. LVC 28 junio 1935. (Página 378).

39.- AURORA DEL SIGLO. LVC 12 mayo 1934. (Página 379).

40 y 40 bis.- EL ESTUDIANTE DE PRINCIPIOS DE SIGLO. LVC 13 mayo 1934. (Páginas 380 y 381).

41.- MIS PRIMEROS ARTÍCULOS. LVC 15 mayo 1934. (Página 382).

42.- LOS EFECTOS DE UN GOLPE DE MAR. LVC 17 mayo 1934. (Página 383).

43.- VEO A RUANO POR PRIMERA VEZ. LVC 20 mayo 1934. (Página 384).

44.- UNA REDACCIÓN DE PRINCIPIOS DE SIGLO. LVC 25 mayo 1934. (Página 385).

45.- EUSEBIO SIERRA, EL ESCRITOR Y EL HOMBRE. LVC 31 mayo 1934. (Página 386).

46.- MI PRIMERA PLANCHA. LVC 6 junio 1934. (Página 387).

47.- CARLISTA MILITANTE. LVC 7 junio 1934. (Página 388).

48.- IDENTIFICACIÓN CON RUANO. ADIÓS AL CARLISMO. LVC 13 junio 1934. (Página 389).

49.- LA BATALLA DE LAS MODISTAS. LVC 16 junio 1934. (Página 390).

50.- UN EPISODIO LAMENTABLE. LVC 19 junio 1934.  
(Página 391).

51 y 51 bis.- LA TERTULIA DE BASAÑEZ. LVC 21 junio 1934. (Páginas 392 y 393).

52 y 52 bis.- LA TERTULIA DE BASAÑEZ (2). LVC 22 junio 1934. (Páginas 394 y 395).

53.- LA ESCISIÓN CONSERVADORA. SURGE EL “RUANISMO”. LVC 24 junio 1934. (Página 396).

54.- LA ESCISIÓN CONSERVADORA (2). LVC 5 julio 1934. (Página 397).

55.- LA ESCISIÓN CONSERVADORA (3). LVC 7 julio 1934. (Página 398).

56.- LA ESCISIÓN CONSERVADORA (4). LVC 13 julio 1934. (Página 399).

57.- LOS “VERSOS DEL MAR Y DE LOS VIAJES”. LVC 16 julio 1934. (Página 400).

58 y 58 bis.- DON LUIS. LVC 19 julio 1934.  
(Páginas 401 y 402).

59.- LITERATURA Y LITERATOS. LVC 25 julio 1934.  
(Página 403).

## MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

## LA INFANCIA

*LA VOZ DE SANTANDER 13 de mayo 1934 (página 60)*

Nací en el barrio de la Florida, ese mismo barrio que Miguel Artigas, que vivió en él recientemente, solía llamar, medio en broma y medio en serio, «el barrio latino», porque en él están situadas las dos grandes Bibliotecas del pueblo e importantes imprentas y librerías, que dan a algunas de sus calles —la acera de Amós de Escalante, por ejemplo— el carácter de un boulevard de Montparnasse al uno por mil. En aquellos años de mi infancia, aunque no existían las Bibliotecas en su forma actual, ese mismo carácter ya tenía en el aire puro y tranquilo de sus calles y plazas silenciosas, aire perfumado por los rosales y las magnolias de las grandes huertas y jardines, entre las que se elevaba el caserío. No existían las Bibliotecas en la forma solemne y con el decoro arquitectónico que tienen hoy; pero don Marcelino vivía en el «chalet» de la calle de Gravina, en que había de morir. Con él vivía su hermano don Enrique, el poeta dulce y exquisito, una de las figuras más interesantes de nuestras letras. Don Marcelino había construido ya sobre su huerta el modesto pabellón que fue la Biblioteca primera, con el mismo emplazamiento que hoy ocupa la actual. En la Acera del Correo, que hoy lleva su nombre, vivía don Amós de Escalante, y en el número 1 de la calle de la Florida soñaba ya sus primeras rimas de poeta Luis Berreda, el autor de «Cancionero Cantabro» y «Valle del Norte». En la casa que hace esquina a la calle de Burgos tenía su residencia don Antonio Coll y Puig, personaje entonces de muchas campanillas, director y propietario de «La Voz Montañesa» —en que escribían Estraña y Castrovido— y hombre público que con la pluma y con la palabra, en conferencias de resonante polémica, puede decirse que constituía la actualidad diaria de Santander. Ya entonces era esta parte de la ciudad «el barrio latino» que muchos años después había de descubrir Artigas.

El barrio era nuevo, lo más nuevo del pueblo en aquellos años. Los nombres de sus calles, sacados en serie del guardarropa de la Historia a falta del pintoresquismo tradicional, que sólo se tiene en las calles cuajadas de años, es una prueba de su juventud. Las calles se llamaban y se llaman —pues pocas son las que han cambiado su nombre— de Magallanes, Gravina, Isabel la Católica, Cisneros, Cervantes. Otros nombres, que no son de historia nacional, como «Rubio» y «La Concordia», corresponden al apellido de un acaudalado vecino que cedió los terrenos para abrir la calle, y a la moda de concordia y reconciliación, dominante entonces y que adoptaba estos modos de expresión un poco ingenuos. Calles nuevas que habían nacido en la medianía de aquel siglo que ya acababa. En el año 1865, y en una conferencia que dió en el Ateneo Mercantil mi abuelo, el autor de las «Efemérides», don José Antonio del Río, que vivió y murió en este barrio, decía, hablando de las calles de la Florida: «Actualmente se está haciendo un nuevo y dilatado barrio. Pocos meses ha, era una extensa huerta lo que ya llamamos barrio de la Florida. Una buena parte de las casas allí construidas están ya habitadas y se han establecido tiendas de bebidas y comestibles.

Las calles de la Concordia, Plaza de la Esperanza, calle de Isabel II, travesía de Isabel II, calles de Don Francisco de Quevedo y del Vizconde de Montserrat (la actual de Fadilla) son de época muy reciente también, por lo que respecta a sus casas, habiéndose edificado bastante en Puerta la Sierra y reedificado y reformado mucho.

En la calle que hoy lleva el nombre del primer novelista del mundo, del inmortal Cervantes, existió una calleja inmunda, repugnante, conocida con el nombre de «Calleja de los Cuernos». Todo es nuevo y reformado en la calle del Correo. Allí existían los antiguos mesones de la «Gorda de Quesada y otros, hoy convertidos en muy buenas casas de la propiedad del señor Escalante. Frente a los mesones había, en una pequeña tejavana, la ermita llamada del Cristo y lindando con ella un edificio destinado a peso público. Por eso llaman aún muchos la casa del Peso al magnífico edificio conocido también por la casa de Mazorra, que se construyó sobre el solar que ocuparon la ermita y la casa del Peso.»



En la calle que hoy lleva el nombre del primer novelista del mundo, del inmortal Cervantes, existió una calleja inmunda, repugnante, conocida con el nombre de «Calleja de los Cuernos». Todo es nuevo y reformado en la calle del Correo. Allí existían los antiguos mesones de la «Gorda de Quesada y otros, hoy convertidos en muy buenas casas de la propiedad del señor Escalante. Frente a los mesones había, en una pequeña tejavana, la ermita llamada del Cristo y lindando con ella un edificio destinado a peso público. Por eso llaman aún muchos la casa del Peso al magnífico edificio conocido también por la casa de Mazorra, que se construyó sobre el solar que ocuparon la ermita y la casa del Peso.»

Yo nací en una de esas calles que contaba apenas veinticinco años de vida urbana, en la de Magallanes, y en las casas llamadas de Catalán, construidas por mi padre, que ejercía la profesión de maestro de obras. Pero de mi permanencia en esa casa y en esa calle, no tengo ningún recuerdo vivo. Era muy pequeño cuando nos trasladamos a la calle de Isabel la Católica, a la misma casa que hoy ocupa el convento de monjas Reparadoras. La casa huerta señorial, que todavía existe, perteneciente al médico Ferrer. De esta casa y de estas huertas son mis primeras emociones de niño. La calle de Isabel la Católica estaba sin edificar, en su acera del Oeste, que delimitaban unas tapias de huerta y unos barricones, en los que tenía su almacén de vinos don Luis Martínez, que años después construyó el primer edificio moderno de esta calle. En su intersección con la Alameda Primera, había un edificio alto y destartado dividido en pisos de vecindad para gente humilde y que, por estar fuera de la alineación formaba casi un tapón urbano. A ese caserón le llamábamos los chicos «la grillera», sin que yo sepa por qué. Tardó bastantes años en desaparecer. Esta era la mitad inferior de la calle. En la mitad superior había establecido un picadero, al que concurrían los señores del pueblo aficionados a la equitación, que por aquellos tiempos era un deporte de gente acaudalada. Todas las tardes veíamos salir montando magníficos caballos, a los elegantes del muelle, que daban largos paseos y volvían al anochecer a dejar sus monturas en las cuadras del picadero. A veces, en el escuadrón formaba alguna señorita con traje de amazona y su paso constituía siempre un motivo de asombro y de admiración de la chiquillería de la calle.

En la acera de frente al picadero había una manzana de casas de vecindad, una de las cuales se incendió uno de aquellos años, produciéndose una catástrofe espantosa. Un militar retirado que vivía en uno de los pisos, viendo la escalera cortada por las llamas, se arrojó a la calle con una hija de poca edad en brazos, muriendo los dos aplastados. Hubo, además, otras desgracias. Ese espantoso suceso es la primera impresión de tragedia recibida en mi vida.

Los incendios eran por aquellos años una pesadilla de la población y quitaban el sueño a muchas familias. Recuerdo que en mi casa tenía mi padre dispuestos, para ser utilizados en todo momento, un hacha de bombero y una cuerda de nudos con pequeños travesaños de madera. Como no había apenas servicio de incendios, estábamos preparados para salvarnos nosotros mismos.

El barrio era tranquilo y habitado por una laboriosa artesanía y empleados modestos. Había muchos pequeños talleres de carpintería y herrería en las plantas bajas. Talleres familiares, en que los únicos obreros eran el padre y los hijos. También había pequeñas imprentas y modestas tiendas de comestibles. La aristocracia del barrio habitaba en la Alameda Primera, cuya fila de casas de la parte Norte estaba ocupada casi toda por familias de «indianos». En el primer tramo de la calle de Burgos, el comprendido hoy desde las casas del conde de Isla hasta el Gran Cinema, no existía en aquellos días más que la casa número 1. En ella vivía el notario don Máximo Solano, cuyo hijo Ramón, después poeta y novelista de merecida fama, se preparaba a intervenir en el mundo de las letras, influido por el ambiente literario que flotaba en el aire de este pequeño «barrio latino». Aparte de esta casa, sólo había las tejavanas de los tinglados, en los que se albergaban numerosas cocheras. Se puede decir que toda la industria de coches del pueblo tenía sus cuarteles en este barrio. En él radicaban las cuadras de Horga, Catalán y don Pedro del Río, hermano de mi abuelo, y otros industriales de importancia. También en estos tinglados de la Alameda tenía su taller de herrador don Ambrosio Sarmiento, padre del infortunado torero del mismo nombre y de los dos afamados veterinarios Esteban y Segundo, muertos hace tiempo.

En este marco se formó mi infancia. He querido dejar bien dibujado el cuadro como un tributo que al iniciar estas «Memorias» quiero rendir al viejo Santander, a un Santander del que ya apenas queda nada, sobre todo en el punto de vista moral. Cuando pienso en aquellos años, me siento profundamente conmovido. Todos los detalles, por triviales y nimios que sean, se me antojan de una importancia decisiva. Y a ello se debe la extensión que he dado a este primer artículo.

PICK

\* \* \*

Nota del periódico.—LA VOZ DE CANTABRIA acaricia la idea de contrahuir al censo bibliográfico de la Montaña editando en un libro estas «Memorias» del eminente «Pick» y agradecerá mucho a sus lectores el envío de fotografías alusivas a las cosas y sucesos que aquí se tratan, para ilustrar con ellas el libro en proyecto.



## MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

## LA ESCUELA

*"REVUE DE CANTABRIA" 159 febrero 1936*

Parece lo natural que siendo éstas las «Memorias» de un periodista, prescindiese de todo lo anterior a mi trabajo como tal y me limitase a relatar lo que vi y oí en los veinticinco años largos en que he estado adscrito al periodismo. Pero yo creo, y celebraría que el lector coincidiese conmigo, que una ojeada retrospectiva a los últimos años del siglo XIX y primeros del que está en curso, puede tener algún interés, ya que en esos años ocurrieron en Santander sucesos de alguna importancia, que me tocó presenciar, aunque no como periodista, sino como niño y muchacho desde la escuela y el Instituto, o bien desde los barcos, cuando se afirmaba mi mocedad.

Por eso me detengo en esa época de mi vida, en que se decidieron muchas cosas, para mí muy importantes. Entre otras, la formación de mi carácter. Si al cabo del tiempo fui periodista, culpa fué de aquellos años de mi infancia y del sesgo que en ellos tomaron mis inclinaciones desde los duros bancos de la escuela.

Fui un niño de constitución débil y enfermiza y en los juegos infantiles de la Alameda hacía siempre un mal papel, porque no podía competir en agilidad física con los demás muchachos. Hay que advertir que los juegos de entonces eran todos brutales y exigían un esfuerzo físico enorme. Entre estos juegos recuerdo «el marro» (jugado a todo tren y con entradas tan violentas como las que se emplean hoy en el «foot-ball» más alevoso); «los ladrones», que obligaba a largos recorridos por calles y pascos (un verdadero «cross country», del que se volvía sin aliento y verdaderamente agotado); «la jaliba», «garbancito, haba», «la rayza», etc., etc. Muchas veces, en estos juegos había descalabraduras y dislocaciones y fracturas de brazos. Y por si fuera poco, estos juegos se simultaneaban con «las hurras», verdadera guerra de calles, en que los muchachos se batían a pedrada limpia, antes de llegarse al cuerpo a cuerpo, en que jugaban manoplas, «chuchos», «vergajos» y, a veces, hasta estacas. Los ojos a «la funerala», o sea tumefactos, era lo menos que se podía ganar en un lance de éstos. Generalmente, «las hurras» eran de la Alameda contra la Plazuela de Pombo, y los lugares del encuentro, indistintos, pues hasta las calles más céntricas veían su circulación interrumpida por una de estas pedreas desaforadas. Inútil es decir que los pocos guardias municipales que había en el pueblo (la mayoría viejos) nada podían para evitarlo. Se limitaban a ver la función desde alguna esquina para que no les alcanzase alguna piedra. Nosotros les llamábamos «chineles», voz que no sé todavía lo que quiere decir.

Yo he dicho ya que era un niño endeble y enfermizo, que no podía competir en fuerza ni en destreza con la mayoría de mis compañeros. En «el marro» y en «los ladrones» me cogían siempre, y en el de la «jaliba» me tocaba hacer casi siempre de poste, es decir, aguantar el salto de los restantes jugadores, que al hacerlo, hundían en mis pobres riñones sus puños cerrados. Este convencimiento de mi inferioridad me hizo retraído y taciturno. A los juegos en la Alameda prefería quedarme en casa. Había aprendido a leer sin ir a la escuela, siendo mi maestro mi propio padre, y apenas pude deletrear, cogí por mi cuenta los polvorientos libros que procedían de la biblioteca de mi abuelo.

Mi abuelo había muerto antes de que yo tuviera uso de razón; así es que no llegué a conocerle, pero a sus libros los conocí y los estimé desde que andaba a gatas. Los libros llenaban por completo desde el suelo al techo toda una vasta habitación. Era casi toda la literatura europea del siglo XIX. Estaba allí todo el teatro romántico español y francés, y además la colección de autores clásicos de Rivadeira. Yo leía vorazmente y cometía el sacrilegio de arrancar las láminas a las ediciones de lujo para recortar las figuras. Fui en este aspecto (en el de lector precoz; no en el de estropear las ediciones) una especie de «Polín»; pero sólo en esto. Porque por lo demás, he sido siempre un mal estudiante, lo mismo en la escuela que en el Instituto. El estudio ordenado y con método se me hacía muy duro. En cambio, en el desorden de mis lecturas caprichosas, me pasaba horas y aun días sin fatiga ninguna.

Así, cuando ingresé en la escuela de don Santiago Gutiérrez Franco, en la calle del Peso, era portador del bagaje intelectual más heterogéneo y más absurdo. Había leído ya la «Eneida», de Virgilio, traducida por don Eugenio Ochoa, que era primo de mi abuelo; las «Elegías», de Tibulo, traducidas por Pérez del Camino, y buena parte del teatro de Calderón, más la «Vida de don Ramón Cabrera», «escrita por un sargento de su partida». Pero nada de esto me sirvió en la escuela, donde siempre ocupé el último lugar.

Don Santiago era un domine a la más vieja usanza, y su escuela, que era una de las más acreditadas del pueblo, estaba a tono con sus ideas pedagógicas, que por otra parte, eran las únicas admitidas entonces. Se seguía teniendo por infalible aquello de «que la letra con sangre entra», y así, para estimular el estudio, no faltaba ninguno de los instrumentos de tortura más refinados. El más en uso era «la palmeta», con la que se golpeaban los nudillos de los dedos o la palma de la mano. Había, además, el castigo moral, como el tener al paciente arrodillado muchas horas ante toda la clase o el colocarle una caperuza de papel con unas orejas de asno.

Me parece haber oído que don Santiago había servido en la guerra de Africa de 1859-1860, y por eso los mayores de la escuela le llamaban en secreto «Mata-mores». Desde luego, era un santo varón muy competente y muy celoso de sus funciones, que empleaba los procedimientos de enseñanza que estaban más en boga. Pero con estos procedimientos realizó una gran labor educadora, como lo prueban los centenares de muchachos que él convirtió en hombres de provecho y alguno de los cuales es hoy verdadera eminencia en su profesión. Algún ilustrado médico podrá darse por aludido.

La escuela estaba en un primer piso de la calle del Peso, y era un salón grande destartado y obscuro. Mi misantropía se aumentaba con mi estancia allí. Los jueves por la tarde iba de paseo todo el colegio; los niños formados de dos en dos en una larga fila y don Santiago detrás, embutido en una solemne levita y con un libro en la mano. Le acompañaba un pasante con facha de cesante de sainete. Unas veces íbamos al Alta y otras a los jardines de la Alameda Segunda. Cuando se llegaba al lugar fijado, don Santiago daba una palmada y se rompían filas. El permanecía todo el tiempo sentado y leyendo. Al cabo de un par de horas daba otra palmada; se rehacía la formación y, siempre en fila, por parejas, volvíamos a casa.

PICK

\* \* \*

Nota del periódico.—LA VOZ DE CANTABRIA acaricia la idea de contribuir al acervo bibliográfico de la Montaña editando en un libro estas «Memorias» del eminente «Pick» y agradecerá mucho a sus lectores el envío de fotografías alusivas a las cosas y sucesos que aquí se tratan, para ilustrar con ellas el libro en proyecto.



LA VOZ DE CANTABRIA: 17 FEBRERO 1934  
MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

# EL PUEBLUCO

He descrito el barrio en que nací tal como era en los años lejanos de mi infancia. Ahora voy a dar un pasco sentimental y retrospectivo por aquel Santander de fines de siglo, «puebluco» más que pueblo; pero «puebluco» simpático y cordial, sobre el que cayó como un castigo de remotos pecados la lluvia de fuego de la explosión del «Machichaco».

En la calle de Atarazanas existía el antiguo puente de piedra, más corto que el actual de cemento, que le substituyó ya muy entrado el siglo XX y siendo alcalde don Luis Martínez. Aquel puente tenía en sus estribos una fuente historiada, y en la acera opuesta una escalerilla de piedra adosada al muro, que daba acceso al puente desde la calle de Atarazanas.

La calle del Puente era más estrecha en su primer tramo.

En vez de la casa actual construida por el industrial confitero señor Varona, había otras dos, bajas y feas, en las que estaban la baulería de Aldea y la confitería de Varona. En una de estas casas funcionaba el teléfono urbano, recientemente establecido, y que tenía poca aceptación. También tuvo allí su primitiva peluquería don Eugenio Linacero.

Desde el Puente se bajaba a la Ribera y a la Plaza de Velarde, que eran probablemente los lugares de más carácter de todo el pueblo.

Todas las plantas bajas de la Ribera estaban ocupadas por pequeños comercios, de telas principalmente, que colgaban de las puertas los retales de percal y tejidos de colores chillones que ofrecían al público. Aquello tenía un aspecto de zoco, que se afirmaba con el bullicio, algarabía y la suciedad de la Plaza del Pescado, cuyos puestos se hallaban instalados al aire libre. En aquellos días venturosos el pescado no tenía apenas precio y era el manjar obligado de los pobres.

Por una «perrea» se compraba una docena de hermosas sardinas, gordas y lucientes como ya no se ven; un besugo no valía más de tres reales o una peseta, y el kilo de merluza pescada «a línea», es decir, con anzuelo, y llegada casi viva a la plaza, no pasaba de dos pesetas, y eso en los días en que estaba cara. Los mariscos abundaban a precios que hoy parecerían inverosímiles. Cámaros enormes, veriguetos, arañuelas, percebes, podían adquirirse por unas piezas de roñosa calderilla.

Las pescaderías expendían su mercancía en las dos aceras de la calle de Sarmiento, bajo unos toldos de lona que daban la sensación de velas de barco. Cuando estas velas se hinchaban de viento, parecía que la calle entera navegaba. Las tripas del pescado se pudrían en medio del arroyo y eran festín de perros famélicos. Un hedor insoportable entraba por las narices del transeúnte desde mucho antes de llegar a la plaza. Las pescaderías, muchas de ellas descalzas, iban y venían cargadas con enormes capachos, de los que rezumaba la humedad, o pregonaban su mercancía bajo sus toldos, discutiendo a gritos con las compradoras, a las que dirigían, cuando la oferta no coincidía con la demanda, insultos pintorescos. Desde mucho antes se había tratado por los señores del Municipio de retirar aquel mercado de sitio tan poco conveniente para la higiene y el buen nombre de la ciudad; pero siempre se había tropezado con la irreductible oposición de las vendedoras, ejército aguerrido con el que no pudo ningún Ayuntamiento.

Se llegó a más. En 1868 se había construido un edificio «ad hoc», de armadura metálica, con destino a Pescadería.

Mi abuelo, el ya mencionado don José Antonio del Río, siempre optimista y siempre ingenuo, había escrito el mismo año, propósito de la flamante construcción:

«Un nuevo edificio de hierro y cristal, de delicadas formas, sustituirá al sitio llamado Pescadería, y allí podrán, dentro de muy pocos meses, estar al abrigo de las lluvias y los ardores del sol las pobres pescaderías, hasta ahora tan poco atendidas, y veremos vender el pescado bajo un edificio en donde la limpieza y el orden deberán substituir al desaseo y desorden que allí ha habido hasta la fecha.»

¡Crédulo abuelo mío! Yo, tu nieto, pude ver de niño, a finales del siglo, ese mismo «desaseo y desorden» que tú creías ya acabado en el año mismo de la «Gloriosa». ¡Las pescaderías mantuvieron durante más de cuarenta años su derecho a curtirse al sol y a la lluvia, en la intemperie de sus toldos mugrientos!

Y el flamante edificio tuvo que ser destinado a otros menesteres. En la época de mi infancia estaba instalado bajo su techo el «Brillante», un café cantante que tuvo una celebridad extraordinaria. Por su tabladillo desfilaban «bailadoras y cantadoras» de flamenco, género que entonces estaba en boga. Era la época de los señoritos flamencos y calaveras, y aunque Santander ya hemos dicho que era un «puebluco» y sus costumbres morigeradas, no faltaban elementos que en el «Brillante» seguían la trayectoria nacional.

Pero la principal concurrencia del café la constituían los marineros de los barcos que atracaban al muelle y los cumplidos de Cuba, que volvían a España con buenos centenes en el cinto. Todavía en aquellos días el oro era una realidad monetaria y se veían con frecuencia áureos discos tintineando, retadores, en el mármol de las mesas de los cafés; centenes americanos que deslumbraban a las mujeres de rompe y rasga y que ponían una emoción auténtica en las gargantas de los «cantaiores».

En el pueblo las cosas del «Brillante» se comentaban con escándalo. Las señoras hablaban de lo que presumían que pasaba dentro, como si fuera el mismo Infierno. Muchas se santiguaban al pasar por delante, a modo de expiación por el pecado ajeno. Nosotros, los niños, oíamos decir tales cosas, que también pasábamos de largo por sus proximidades, como si esperásemos ver aparecer en sus puertas a Lucifer echando azufre y fuego por sus ojos. Hoy, hecho a distancia el proceso del café cantante, habría que absolverle y hasta darle una patente de moralidad. En cualquier «cabaret» de cualquier población se ven escenas más pecaminosas, sin que nadie se indigne y sin que ninguna señora se santigue al pasar ante sus puertas.

Los únicos escándalos positivos del «Brillante» eran las broncas, que se promovían casi todas las noches, y que acababan a botellazos y en alguna ocasión a puñaladas. La Policía intervenía pocas veces, y cuando lo hacía, salía malparada, por lo regular. Eran los policías aquellos guardias de caricatura que la gente llamaba «guindillas» y que vestían un uniforme negro con vivos encarnados, lleno de lamparones y de zurcidos. Completaba el atavío un kepi monumental, que era lo primero que rodaba por el suelo en el momento de la bronca. Lo segundo era el propio guardia. Como armas, llevaban unos tremendos espaldones. Estos guardias, que cobraban unos sueldos misérrimos, tenían que ayudarse de las liberalidades de los dueños de garitos y demás gente maleante. Además, eran muy pocos (diez o doce para toda la ciudad). Por estos datos puede suponerse que las broncas y las engarras acababan cuando a bien lo tenían los contendientes.

El «Brillante» fué famoso en todos los puertos del mundo. Cuando años después yo navegaba, me encontraba en América o en Inglaterra a viejos capitanes, que al saber que era de Santander, me recordaban el «Brillante», que, a su juicio, era lo más notable que tenía mi pueblo.

En la calle de Somorrostro tenía su almacén de efectos navales don Casiano Arrarte, muy amigo de mi padre, que en su trastienda hacía tertulia. A aquella tertulia acudían capitanes y patrones retirados y comerciantes viejos, amigos de las cosas del mar. Recuerdo de uno, don Tadeo Martínez, que tenía una rara habilidad para construir buques de vela con todo su aparejo y sus piezas de manoobra. No se diferenciaban de las fragatas y bergantines de verdad, más que en el tamaño.

Y toda esta sinfonía de gritos, de clores, de andrajos e inmundicia era presidida por el héroe del Dos de Mayo, por don Pedro Velarde, cuya estatua se alzaba en el centro. La misma plaza había sido, hasta bien entrada la segunda mitad del siglo, dársena del puerto, y en ella amarraban quechemarines y vapores. Cuando se rellenó en 1861, inauguróse la segunda dársena, que conocí yo, y que se abrió en el emplazamiento de los actuales jardines de Pereda.

PICK



*La voz de Cantabria 18 febrero 1934*

**MÉMOIRES DE UN PERIODISTA PROVINCIANO**

# LA DARSENA

El zoco del pescado, o plaza de Velarde, tenía como vecino el muelle Anaos, el célebre muelle de las novelas de Pereda. Todavía estaba fresca en él la huella de las patatas de «Muergo» y demás héroes de la raquería cuando yo le pisé por primera vez, maravillado por el espectáculo de los pataches y de los vapores de ruedas o tambor, que allí alijaban su mercancía. El muelle Anaos formaba el límite occidental de la segunda dársena, es decir, la que había substituído a la que se rellenó para que Velarde pudiese amenazar desde su centro, con el brazo de bronce erguido, a las pescaderías, que le aturdián con sus voces. En el extremo Sur de este muelle se alzaba una caseta de carabineros, sombreada por unos eucaliptos. Por el Sur cerraba la dársena una escollera, cuyo extremo formaba la boca. Frente a esta boca existía la rampa llamada del Consulado, en la que se bañaban los caballos de las numerosas cocheras que había en el pueblo. Era uno de nuestros espectáculos favoritos ver el baño de las nobles bestias, a las que se sumergía en el agua atadas a una cuerda, que el mozo de cuadra llevaba desde el muelle. Ver a los caballos nadando en el agua, guiados por la cuerda, nos parecía a los niños una cosa maravillosa, sólo comparable en interés al desfile de los faroleros, que al empezar a anochecer salían con unos largos chizos, en cuyo extremo había una mecha encendida con que daban luz a los faroles. El farolero, cuyos pasos seguíamos por varias calles, se nos antojaba un ser providencial y casi mítico y, desde luego, un funcionario de mucha importancia.

De la rampa del Consulado arrancaba el muelle de madera, que formaba el lado Norte del cuadrilátero de la dársena. Estaba tan cerca de la estrecha acera del muelle, que parecía que las vergas de los bergantines y pataches iban a meterse en los miradores de las casas de enfrente. En algunas bajamares quedaba en seco el pie de los muelles, y nosotros nos metíamos debajo de ellos para jugar entre la arena húmeda y entre la vasa. Debajo de estos muelles de madera me engarré por primera vez con otro chico. Fuimos allí desafiados como a un lugar no expuesto a la intervención del «chinel». (Y entre paréntesis. El doctor Cordero Arriente me ha enviado una curiosa carta a propósito del significado de la palabra «chinel», carta que esclarece completamente el tema. En uno de mis próximos artículos daré la versión del doctor Cordero, que seguramente interesará a muchos lectores.) Mi contrincante en aquella ocasión fué un José Alonso, cuyos padres tenían una librería religiosa en la calle del Puente. Esta familia desapareció de Santander hace muchos años.

Sobre la rampa misma del Consulado se apoyaba un modesto pabellón de una sola planta, en que se aposentaban la Comandancia de Marina y los Prácticos del Puerto.

Las casas del muelle eran las mismas que en la actualidad, con excepción de la de la esquina del Martillo, que constaba sólo de dos pisos y no tenía el aspecto señorial de las restantes. En los bajos de esta casa estaba el Café del Ancora, el único que había en el muelle, donde tampoco había apenas tiendas. Casi todos los bajos eran escritorios. Corredurías se llamaban y se dedicaban al despacho de buques. Almacenes de coloniales ocupaban también las plantas bajas y en algunas casas los entresuelos. En este primer trozo del muelle trabajaba una imprenta, la de Sotero Rolz, donde se tiraba un diario, «El Correo de Cantabria», que desde la muerte de mi abuelo dirigía mi tío, Alfredo del Río Iturralde.

Frente al muelle Anaos se erguía la mole ruinoso del viejo castillo de San Felipe, edificación que databa de los tiempos de Felipe II, quien lo mandó alzar sobre el emplazamiento de la primitiva fortaleza de la villa, en la que estuvo preso y encadenado el conde de Pembroke después de la batalla naval de La Rochela, según nos cuenta su contemporáneo el cronista Froissart. Lo que quedaba del castillo en la época que yo pude verle, eran paredones viejos, en los que crecía la maleza y se criaban unas lagartijas enormes y otros pequeños monstruos de las ruinas. Entre éstas se había establecido un taller de motonería, donde se hacían motones, cuadernales y bigotas ciegas para los pataches. Los niños nos internábamos en nuestros juegos entre los paredones centenarios, y recuerdo que en una ocasión descubrimos en la pared la boca negra de una galería. Nos aventuramos algunos metros, pero asustados por la obscuridad y la falta de aire, volvimos en busca de la luz, renunciando a la exploración completa. Otros niños mayores me aseguraron que ellos habían llegado hasta el final de la galería, que comunicaba con no sé qué dependencia de la catedral. Ignoro si esto sería cierto.

Cuando pienso ahora en todas estas cosas y veo en el lugar en que estaban las ruinas del castillo nada menos que una calle ancha y limpia y un edificio suntuoso como el Banco de España; y donde el muelle Anaos, la espléndida Avenida, que es orgullo de nuestro pueblo; y donde se bañaban los caballos y yo me engarré por primera vez, extenderse la magnífica zona de jardines; cuando considero que en el lugar mismo en que erige su estatua Pereda hubo fondeados, en tiempos que yo he podido alcanzar, veleros y vapores, me parece que estoy soñando y que mis recuerdos son el fruto de una alucinación. Y coincido con Segismundo, el de Calderón, en que «la vida es sueño».

Nota del periódico al acervo bibliográfico del eminente «Pick» alusivas a las cosas en proyecto.

## MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

*Pueblo Cantabro*  
20-2-1934

Una aclaración

En el último artículo de las «Memorias de un periodista provinciano» se dice, por un lapsus de redacción, que el «Ancora» era el único café que a fines del pasado siglo había en el muelle. Se quiso decir que era el único café del trozo del muelle que se describía: el situado frente a la antigua dársena. Porque en la manzana siguiente estaba el «Suizo», que por cierto jugó un papel de gran importancia en la vida del Santander de aquellos años.

Queda aclarada la confusión.

Pick

PICK

1 Idea de contristas «Memorias»  
fo de fotografías  
con ellas el libro



# MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

## 21-2-1934 - LA VOZ DE SANTANDER.

### VIDA Y COSTUMBRES

He descrito algunos de los aspectos del Santander que vi en las vísperas mismas de la explosión del «Machichaco» (el barrio de la Florida, la Ribera, la Plaza de Velarde, la antigua Dársena, el castillo de San Felipe y el primer trozo del muelle, o sea el llamado de Solinis). Para completar el cuadro de conjunto, me resta sólo dar algunas noticias esquemáticas sobre estado de calles y edificios públicos, para enseguida entrar en el examen de las costumbres de los santanderinos de aquel tiempo, es decir, de la vida moral de Santander. Y la explosión del «Machichaco» pondrá el punto final a este prólogo necesario, para fijar mi situación y mis ideas en el momento en que empiece mis «Memorias» de periodista.

El centro del pueblo—tanto geométrico como moral—estaba en un trozo de calle como otra cualquiera, que recibía el nombre pomposo de «Plaza», y que por añadidura se calificaba de «vieja», para diferenciarla de otra que se pensó construir a fines del siglo XVIII en el lugar que luego ocupó el mercado del Este, al que la gente sigue llamando, sin duda acordándose de su origen, «Mercado de la Plaza Nueva», a pesar de ser el mercado más viejo del pueblo.

La «Plaza Vieja» o de la Constitución estaba en aquellos días a que me refiero, casi en la misma situación que actualmente. No había otra diferencia sino que el edificio de la actual Audiencia tenía un piso menos y los arcos de su entrada no habían sido tapiados ni dedicados a comercios. Eran soportales, en los que de noche se reunían muchos vecinos. En este edificio estaba instalado el Ayuntamiento y en un hueco de la planta baja (en la esquina de la calle del Peso o Runalacio) se hallaban las oficinas de la Guardia municipal. En unos almacenes de este mismo edificio, cuyas puertas daban a la mencionada calle del Peso, guardaba su escaso material el Cuerpo de Bomberos municipales. En la acera de enfrente existía un café (el «Fornosa»), y en la manzana contigua al Ayuntamiento, en una casa estrecha que todavía existe, tenía su vivienda y su relojería don Francisco Pérez Salceda, recientemente fallecido, y uno de los hombres más originales que ha producido el pueblo. Don Francisco, que hizo una fortuna en su relojería, era muy amigo de mi familia. Siempre conservó el mismo pereño físico. Cuando murió era exactamente igual que cuando lo veía de niño, asomado a la puerta oscura de su tienda.

En esta «Plaza Vieja» presencié el primer motín o alzamiento popular que registra mi vida, y cuya impresión, por lo tanto, conservo indeleble. Fue con ocasión de una protesta contra la falta de agua y el mal servicio de incendios, evidenciados con ocasión de un siniestro reciente. El pueblo se amotinó; saqueó la oficina de las Cédulas y la casa que en el paseo de la Concepción habitaba el concejal y comerciante señor Almiñana. En este saqueo fue arrojado un piano por el balcón. Yo estaba en la Plaza Vieja cuando los grupos llegaron frente al Ayuntamiento, y vi salir de sus soportales a varias parejas de la Guardia civil y «guindillas» (guardias de Orden público), que dieron una enérgica carga, despejando la calle. El miedo que sentí ante aquel espectáculo lo he conservado toda la vida como una cleatriz de la infancia.

La «Plaza Vieja» era un lugar animadísimo la víspera de los Carnavales. En la sencillez de la vida que se hacía entonces, había al año dos o tres ocasiones memorables en que se echaba la casa por la ventana; una eran los Carnavales con sus comparsas, en las que estaba interesado todo el vecindario, y otra las Ferias de Santiago, con las corridas de toros. De éstas hablaremos en otro capítulo. La víspera de los Carnavales todas las comparsas que habían de salir desfilaban ante el Ayuntamiento, y a verlas acudía la población en masa. Era muy difícil abrirse paso entre el gentío. Las comparsas, cuidadosamente ensayadas y con disfraces vistosos, estaban formadas por la juventud más animosa. Sus copias las escribían los periodistas más de moda en el pueblo, como don José Estrañ, Telesforo Martínez y mi tío, Alfredo del Río. De la música se encargaban compositores locales de bastante mérito, como Elviro González. El pueblo se dividía en bandos, según sus preferencias por una u otra comparsa. Todos los niños esperábamos con emoción la noche del sábado, en que nuestros padres nos llevaban a ver el mágico desfile de los farsantes.

El caserío de la calle de San Francisco tampoco ha experimentado desde entonces una sensible transformación, si se exceptúa la casa de la esquina donde está instalado «El Agulla». Esa casa no existía entonces y en su lugar había unas casas de dos solos pisos. En una de sus plantas bajas tenía instalada su librería don Luciano Gutiérrez, que vendía además los periódicos de Madrid. En mi casa recibíamos «El Imparcial», y en su folletín leí yo, siendo aún muy niño, las espeluznantes «Hazañas de Rocamboles». Muchas noches soñé con la «Bella jardinera», con el Mayor Avatar, con Vanda y con otros rocambolescos personajes. Otro lector habitual de estas novelas era el general Martínez Campos, que veraneaba en un «chalet» del Sardinero. El general escuchaba todas las mañanas al «Arca de Noé», librería de lance instalada en la Plaza Vieja, cuyo principal negocio eran los libros de texto, que compraban y vendían los muchachos del Instituto. Era dueño de esta librería don Marcos Linazasoro, maestro de la Escuela Laica, que escribió un popular «Panteón conmemorativo» de la catástrofe del «Machichaco». El candillo de la Restauración fumaba siempre unas tagarrinas del estanco, y tenía dada orden a don Marcos de que le separase todos los novelones truculentos que recibiera. Tengo el orgullo de decir que leímos «Las hazañas de Rocamboles» al mismo tiempo el general y yo.

PICK

## MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

**B<sup>22</sup> E<sup>2</sup> C<sup>1</sup> E<sup>9</sup> D<sup>3</sup> O<sup>4</sup>**

**'LA VIZ DE CANTABRIA' 22 FEBRERO 1934**

El Becedo de mi infancia no se parece nada a la actual plaza de Pi y Margall. Es uno de los lugares de Santander que más honda transformación han sufrido en su aspecto. Con la particularidad de que las casas que encuadran la actual plaza, salvo el Palacio municipal, son las mismas de antaño. Pero el cambio es, más que de otra cosa, de ambiente y de detalles accesorios. Que en este caso, como en muchos, son esenciales.

No se había construido el Palacio municipal, y en el lugar que hoy ocupa su fachada sobre la plaza se alzaba un caserón de aspecto lóbrego, de sólo dos pisos, con grandes bohardillones en su tejado. Este caserón formaba parte del inmenso convento, al que pertenecía también la iglesia parroquial que aún presta servicio. Cuando la desamortización, los edificios conventuales pasaron a poder del Estado y se dedicaron a distintos usos. El caserón contiguo a la iglesia se destinó a Diputación provincial; la excelentísima Corporación ocupaba los pisos altos y tenía acceso por un portal sucio y obscuro, que aún me parece ver. En ese portal tenía un estanco Esteban Polidura, de la familia callealtera de ese apellido, fallecido recientemente. A continuación del portal se abrían los bajos que ocupaba el Café Occidente, uno de los más acreditados y concurridos de aquel tiempo. El café tenía una terraza bajo una marquesina y ante una hilera de clorosas acacias.

Las mesas de la terraza estaban siempre ocupadas por señores del comercio de las próximas calles del Correo y de San Francisco. En este café había también un restorán, donde se servían almuerzos a «dos pesetas cubiertos» y comidas a «tres pesetas», incluido vino y postre. Estos precios parecerán hoy cosa de fábula; pero aún se comía más barato en aquellos días. Por ejemplo, un restorán, el «Petit Fornos», establecido en la calle de Méndez Núñez, anunciaba cubiertos desde 1,50, con platos variados todos los días, vino y postre. Y «La Villa de Suances», establecimiento que frente a la Pescadería actual poseía don Pedro Gómez, el que hasta hace poco fué dueño del acreditado restaurant «El Cantábrico», servía comidas al precio fijo de 1,50, con el siguiente menú: sopa, cocido, un principio, pan, postre y media botella de vino. Si en vez del cocido se preferían dos principios, el precio se elevaba en un real; costaba entonces el cubierto 1,75. Por 1,65 se cenaba ensalada, dos principios, media botella de vino, pan y postre. Con 1,65 hoy no se tiene para el vermouth.

En la fachada del edificio conventual que daba frente a las tapias de la huerta de Escalante, se hallaba la Administración de Correos y el despacho de billetes de las diligencias de Horga, que hacían un servicio regular con Asturias y Bilbao. De Becedo salían todos los días estas diligencias, y es el detalle que más fijo se nos ha quedado, como característico de una sociedad y de una civilización ya muertas. Las diligencias eran unos coches enormes, barnizados de un amarillito canario muy brillante. Llevaban encima la baca o imperial, donde se amontonaban los equipajes y donde iban algunos viajeros. Tiraban de las diligencias seis briosos caballos, enganchados de tres en tres. En el momento de arrancar, dos zagales se agarraban a las riendas de los delanteros y corrían con ellos, animándoles con sus voces. El mayoral, personaje que se daba mucha importancia, encaramado en su pescante hacía chasquer su fusta, y el pesado armatoste partía entre un ruido horrrisono, saltando, no obstante su pesadez, sobre los baches y los morrillos del pavimento. Inútil es decir que la salida y la llegada de las diligencias era uno de mis espectáculos favoritos.



La «magnífica casa de Mazorra», como la calificó mi abuelo en la conferencia que dió en el Ateneo Mercantil en el año 1865, es la misma casa en que estuvo instalado el Café Cántabro y posteriormente los almacenes Castañer y Marín. Entonces estaba ya el Café Cántabro establecido en ella (recién establecido, probablemente) y hacía la competencia al «Occidente», que se hallaba en la acera opuesta. El «Cántabro» tenía también una terraza bajo una marquesina y delante unos jardinillos, que llegaban aproximadamente hasta la mitad de la actual plaza de Pi y Margall. Después de los jardinillos (en los que se alzaba un kiosco en que creemos se vendían libros y periódicos) venía el arroyo, pavimentado con cudón, y en él se abría una fuente subterránea, a la que se bajaba por una amplia escalinata de piedra. Parece ser que posteriormente hubo también allí un lavadero subterráneo.

Frente a la iglesia de San Francisco, donde hoy tiene su comercio el señor Capa, estaban los talleres de «La Voz Montañesa», diario federal, que dirigía don Antonio Cell y Puig, de quien ya he hablado, y en el que escribieron periodistas tan notables como Estrañil, don Antonio Sánchez Pérez y don Roberto Castrovido. Sobre los talleres estaba la redacción, y en su portal tenía en los meses de invierno un puesto de turroneos el popular Monerri, cuyos descendientes aún nos visitan, siempre en el mismo negocio, todos los años.

La parte zaguera del convento de San Francisco, la que daba a la actual Plaza de la Esperanza y calle de Isabel II, era una masa imponente de piedra que se desmoronaba en franca ruina. Esa parte sirvió de cuartel durante muchos años. Antes de la desamortización sirvió de cuartel el castillo de San Felipe. En los días de que estoy tratando se había empezado la construcción del cuartel de María Cristina en el prado de San Roque o de la Atalaya. Pero como las obras prometían ser largas y el viejo convento era ya inhabitable, el regimiento de Bailén que guarnecía la plaza se trasladó provisionalmente al pabellón de Exposiciones, sito en los altos del Verdoso, donde hoy está el Grupo escolar Ramón Pelayo. Hallándose allí este regimiento, un día de Santiago del año 1892 surgió una colisión a la salida de los toros entre algunos soldados y unos paisanos. Los soldados corrieron a refugiarse en el próximo cuartel, y la guardia, al ver acercarse el tumulto, tomó las armas, y sin encomendarse a Dios ni al Diablo hizo fuego, resultando algunos paisanos muertos y heridos.

En la ciudad produjo este hecho una excitación espantosa, pues las descargas fueron hechas sobre la Alameda, que por ser el primer día de feria se hallaba concurridísima. A consecuencia de la unánime protesta de la ciudad, el regimiento fué cambiado de guarnición, y yo recuerdo la mañana en que formado con su banda al frente y la bandera en medio, desfiló camino de la estación por la calle de Atarazanas. Un público enorme contemplaba su paso en silencio, reprimiendo su rencor con una calma mucho más terrible que la misma ira.

El capitán que mandaba la guardia en aquel momento aciago se apellidaba Melero, y era muy amigo de mi padre. Fué sumariado, y aquella desgracia influyó sin duda en su carrera. En mi casa oí hablar de aquel capitán y de aquel lamentable suceso muchas veces.

PICK

MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO  
*La voz de Cantabria* 24-2-1934  
**PASEOS Y CLASES SOCIALES**

De la plaza de Becedo partía también un trepidante tranvía de vapor, que llegaba hasta Campogiro. Los tranvías de vapor eran por entonces la última palabra en cuanto a transportes públicos, y Santander se había apresurado a introducir en sus servicios la transcendental innovación. Había dos líneas de esta clase: la de Gandarillas, que iba al Sardinero por los terrenos de la Avenida de Pablo Iglesias actual (terrenos que eran entonces pura maleza y en los que no había otro camino practicable que la trinchera del tranvía y algún estrecho y árido sendero), y la de Campogiro, que partiendo de Becedo (entre la esquina de la calle del Correo y la casa del Café Cántabro) se dirigía a Cajo. Algo después se construyó el tranvía «del Túnel» o de Pombo, también de vapor, que salía de la calle de Daoíz y Velarde, en su confluencia con la del Martillo, y llegaba, atravesando el barrio de pescadores de Tetuán, al Sardinero, bajo un túnel que horadaba la empinada jiba de Miranda e iba a desembocar en la Alameda de la Caña.

Las locomotoras de estos tranvías eran trepidantes y alborotadoras. Cuando arrancaban se producía un estrépito de chatarra sacudida, que hacía ladrar furiosos a los perros y espantaba a los caballos, hasta entonces dueños casi absolutos de los caminos del término municipal. Completaba este aparato el pitar estridente de las locomotoras y el son temeroso de una trompa o bocina que iba tocando, hasta echar los bofes por la boca, un pobre hombre, a quien los chicos y muchos mayores llamaban «cagueta», y que iba corriendo mientras el tranvía rodaba por las calles delante de él. Era sin duda un espectáculo penoso ver correr a aquel pobre hombre delante de las locomotoras, sin otro fin que el de apartar los objetos que pudieran hallarse sobre la vía. Pero los chicos carecíamos de la sensibilidad necesaria para apreciar lo rudo y lo penoso de aquel esfuerzo, y el «cagueta» (verdón por el empleo de esta frase poco correcta) era uno de los blancos predilectos de nuestras burlas y travesuras.

Al Sardinero se iba, como ya he dicho, en el tranvía de vapor de Gandarillas (cuyo recorrido era muy agradable por hacerse todo él sobre la margen de la bahía, que se iba desenvolviendo ante los ojos), y poco después en el del «Túnel» o de Pombo. Sin embargo, al Sardinero iba poca gente, si se exceptúa el día de San Roque, en que se volcaba en los Pinares todo el pueblo. La colonia veraniega, que si no muy numerosa era muy distinguida, vivía en el bello rincón como en una ciudad aparte. La Magdalena era un montículo arenoso, cubierto de maleza, y donde sólo se aventuraban los carabineros y el personal del Mareógrafo y de la Estación de Salvamento de Náufragos. Los santanderinos no se habían dado cuenta de lo que valía aquella península y tenían muy poco interés en recorrerla.



La «magnífica casa de Mazorra», como la calificó mi abuelo en la conferencia que dió en el Ateneo Mercantil en el año 1865, es la misma casa en que estuvo instalado el Café Cántabro y posteriormente los almacenes Castañer y Marín. Entonces estaba ya el Café Cántabro establecido en ella (recién establecido, probablemente) y hacia la competencia al «Occidente», que se hallaba en la acera opuesta. El «Cántabro» tenía también una terraza bajo una marquesina y delante unos jardinillos, que llegaban aproximadamente hasta la mitad de la actual plaza de Pi y Margall. Después de los jardinillos (en los que se alzaba un kiosco en que creemos se vendían libros y periódicos) venía el arroyo, pavimentado con cudón, y en él se abría una fuente subterránea, a la que se bajaba por una amplia escalinata de piedra. Parece ser que posteriormente hubo también allí un lavadero subterráneo.

Frente a la iglesia de San Francisco, donde hoy tiene su comercio el señor Capa, estaban los talleres de «La Voz Montañesa», diario federal, que dirigía don Antonio Cell y Puig, de quien ya he hablado, y en el que escribieron periodistas tan notables como Estrafil, don Antonio Sánchez Pérez y don Roberto Castrovido. Sobre los talleres estaba la redacción, y en su portal tenía en los meses de invierno un puesto de turrónes el popular Monerri, cuyos descendientes aún nos visitan, siempre en el mismo negocio, todos los años.

La parte zaguera del convento de San Francisco, la que daba a la actual Plaza de la Esperanza y calle de Isabel II, era una masa imponente de piedra que se desmoronaba en franca ruina. Esa parte sirvió de cuartel durante muchos años. Antes de la desamortización sirvió de cuartel el castillo de San Felipe. En los días de que estoy tratando se había empezado la construcción del cuartel de María Cristina en el Prado de San Roque o de la Atalaya. Pero como las obras prometían ser largas y el viejo convento era ya inhabitable, el regimiento de Bailén que guarnecía la plaza se trasladó provisionalmente al pabellón de Exposiciones, sito en los altos del Verdoso, donde hoy está el Grupo escolar Ramón Pelayo. Hallándose allí este regimiento, un día de Santiago del año 1892 surgió una colisión a la salida de los toros entre algunos soldados y unos paisanos. Los soldados corrieron a refugiarse en el próximo cuartel, y la guardia, al ver acercarse el tumulto, tomó las armas, y sin encomendarse a Dios ni al Diablo hizo fuego, resultando algunos paisanos muertos y heridos.

En la ciudad produjo este hecho una excitación espantosa, pues las descargas fueron hechas sobre la Alameda, que por ser el primer día de feria se hallaba concurridísima. A consecuencia de la unánime protesta de la ciudad, el regimiento fué cambiado de guarnición, y yo recuerdo la mañana en que formado con su banda al frente y la bandera en medio, desfiló camino de la estación por la calle de Atarazanas. Un público enorme contemplaba su paso en silencio, reprimiendo su rencor con una calma mucho más terrible que la misma ira.

El capitán que mandaba la guardia en aquel momento aciago se apellidaba Melero, y era muy amigo de mi padre. Fué sumariado, y aquella desgracia influyó sin duda en su carrera. En mi casa oí hablar de aquel capitán y de aquel lamentable suceso muchas veces.

PICK

MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO  
 25-2-1934 - La Voz de Cantabria  
**UNA GENERACIÓN ALMI-  
 DONADA**

Los días de que estoy tratando pueden ser llamados «los del almidón». Sería curiosa la estadística de la cantidad de almidón que se fabricaba y se consumía entonces en España. Yo creo firmemente que era el artículo que tenía mayor demanda en el mercado. Se almidonaba todo: las pecheras de las camisas; los cuellos postizos; las faldas de amplio vuelo de las mujeres, que también llevaban a veces cuello almidonado; los puños y los discursos parlamentarios. Era un baño blanco y gelatinoso en que se sumergía la sociedad española de fines del XIX y que le daba su ticsura espiritual y el empaque rígido y enfático de sus señores y sus señoras. Se vivía estirado, dentro de un molde duro y molesto, y quien más incómodamente vivía pasaba por más elegante y por persona mejor educada.

Los caballeros llevaban a modo de peto de coraza una pechera refulgente de una dureza de cartón. Sobre esta pechera iba un cuello inverosímil que aprisionaba el pescuezo, impidiéndole el libre juego, y que obligaba a mantener la cabeza enhiesta siempre. El cuello alto era uno de los martirios más atroces a que se ha visto sometido el hombre en la tierra. Luego vinieron los cuellos de «pajaritas», que eran una tímida aspiración revolucionaria hacia una libertad que aún estaba muy lejos. El cuello de «pajaritas» fué la primera brecha que se abrió en aquel dogal de almidón que aprisionaba las gargantas. Para acabar de componer la figura, un caballero celoso de su rango no salía a la calle nunca sin bastón. Había bastones que eran verdaderas obras de arte, con puños de toda clase de metales y materias preciosas: unos imitaban la cabeza de un perro o un ciervo; otros, una bola. Llevar aquello en la mano era una cosa cansadísima como no se tuviese una gran pericia en su manejo. En esto fué maestro el que años después vimos de popularísimo alcalde, don Luis Martínez. Don Luis sabía utilizar el bastón para apoyarse en él y echar un sueño a pie firme cuando uno de los innumerables «pelmas» que le salían al paso todos los días le estaba suministrando una lata. Don Luis oía, o parecía que oía, horas y horas sin fatigarse. El secreto es en que se dormía apoyado sobre su bastón como sobre un tercer pie, mientras el «tabarroso» platicaba.

Las mujeres no se dejaban ganar por los hombres en eso de someterse a torturas voluntarias. Si nosotros teníamos las pecheras almidonadas, ellas tenían el corsé. Dudo que se haya inventado nunca un semejante aparato de tortura. Era un petro cuyos finos cordones se apretaban hasta que las ballenas del mecanismo quedaban incrustadas en la carne. Por si esto fuera poco, las señoras se colocaban sobre sus cabezas unas cestas descomunales, en las que había frutas, flores y arbustos. A esto se llamaba «sombreros de moda». Y todavía conocí yo a algunas que seguían empleando el pollón. Entre todas las cosas monstruosas que ha hecho el hombre durante los millones de años que lleva vegetando en la tierra, no creo que haya ninguna que supere en monstruosidad al modo de vestirse en los felices días de mi infancia. Bajo el sombrero gigantesco, que tenía el aire de una «categoría de la Primavera», las muchachas llevaban la complicada arquitectura de su peinado. Peinarse una mujer entonces era una obra difficilísima y que exigía mucho tiempo. Primero había que hacer trenzas de los largos cabellos. Después, estas trenzas se retorcían y se combinaban hasta que formaban haces de columnas salomónicas o montañas de en-prichosas formas.



Cundo pienso todo lo que tenían que sostener en sus cabezas las mujeres de aquellos días (ya torturadas por el torniquete de su corsé, que descoyuntaba su tallo), siento una profunda lástima de ellas, y me imagino el asombro que sentirían hoy si viesen la elegante sencillez con que se visten sus hijas y sus nietas. Y el desembarazo con que andan...

Los vestidos no eran menos absurdos. Había mangas de jamón; faldas con tres o cuatro hileras de volantes y colas que hacían el oficio de barrederas, arrastrando todo el polvo y la inmundicia de la calle. Desde luego, no existía el escote; las blusas, de muselina o de batista (la seda se empleaba muy poco), iban cerradas hasta el cuello. En cuestión de brazos, el vestido no descubría más que la punta de los dedos de la mano, porque a las mangas iban adheridos unos puños de encaje o de puntilla, que no daban ocasión a los ojos a exploraciones indiscretas.

Las mujeres del pueblo se vestían con el mismo espíritu, aunque con menos dinero que las señoras. Casi todas llevaban la cabeza cubierta con un pañuelo, anudado bajo la barbilla. Su atavío era a base de percal barato y rameado. Muchas llevaban al paseo el delantal que les servía durante el trabajo. En invierno se envolvían en chales. Se veían además muchos hábitos. Una gran parte de las mujeres estaban «ofrecidas» a San Antonio o a la Virgen del Carmen. Por cada tres hermanas, se puede asegurar que una, por lo menos, llevaba hábito de estameña parda.

La gente más alegre de mi tiempo, en punto a mujeres, eran las cigarrereras. Ya parece que se ha perdido algo esta tradición. Entonces eran las que daban el tono del optimismo popular. Quizás por eso los demás elementos populares les tenían envidia y mala voluntad. En mi niñez he oído cantar a otras mujeres del pueblo una copla, que decía así: «Fábrica de Tabacos,—no te cayeras—y cogieras debajo—las cigarrereras.» Y es que las cigarrereras se llevaban los mejores hombres, alternaban con los señoritos flamencos y en la verbena de San Pedro, en la calle Alta, eran las «castigadoras», las tiranas del baile. Naturalmente, las sastras y demás menestralas, sin carácter y sin historia, no las perdonaban sus éxitos.

He hablado ya de los baños en las playas. Me resta añadir que en la bahía existían dos magníficos pontones, que se llamaban los «Baños flotantes», y que tuvieron mucha aceptación. Estaban fondeados a poca distancia del muelle de roaderas—no lejos del pabellón incendiado que fué primero Caseta de Pasajeros y después Club Marítimo—. Era su dueño don Ramón G. Corral, quien los adquirió en Inglaterra. Se llegaba a ellos, desde el muelle, por una pasarela vacilante, que a los niños nos entretenía mucho con su vaivén, y que no cesábamos de atravesar. Estos «Baños», cuando se retiraron del servicio, estuvieron amarrados en Astillero, y finalmente, fueron vendidos para pontones de carbón, en la época de las vacas gordas de la guerra europea, en que se pagaba a peso de oro todo lo que flotaba.

Cuando hablé de la Alameda se me olvidó citar el «Baile Campestre»—creo que se llamaba así—, que estaba situado en el lugar que hoy ocupan las últimas casas de la calle de Burgos y las primeras de la Plaza de Numancia. Era un gran jardín, en que la juventud elegante de una época muy anterior a la que yo estoy tratando daba animados bailes de sociedad—lo que después se llamó «garden partys»—. Había en el jardín un circo, en que trabajaban notables compañías en época de ferias. Yo ví este jardín en los estertores de su agonía. Tengo una idea remota de que aún ví en él algún baile o fiesta mundana. Pero lo que sí recuerdo es haber jugado en sus boleras, en los años en que iba al Instituto.

En otro artículo hablaré de los teatros de aficionados y de los Orfeones, a propósito de lo cual me ha enviado una carta, a la que pienso referirme, don Remigio Garmendia.

PICK

\* \* \*

MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO  
 "LA VOL DE CANTABRIA" 3 MARZO 1934  
**TEATROS CASEROS**  
 1934

Ya he dicho que mi generación no conocía los deportes en la forma reglamentada y científica que tiene hoy. No se jugaba al «fútbol», ni había «matches» de «boxeo», ni habían aparecido el «tennis» y el «golf». Los elegantes montaban a caballo, y algunos, muy pocos, muchachos, esclavos de la novedad, andaban en aquellos altos bicicletas, que consistían en una rueda enorme, sobre la que iba encaramado el sillín del ciclista, y en otra muy pequeña zaguera, que hacía de cola del extraño aparato. Yo recuerdo haber visto montado en uno de estos artefactos a Fernando del Río, que andando los años se dedicó al reportaje gráfico, que actualmente practica en Madrid. Eran las únicas manifestaciones del «sport» en aquellos días. En cambio, se jugaba mucho a los bolos y al billar, y algo a la pelota. En Santander había muchas boleras, siendo las más famosas las del Reganche—donde existía también un frontón, en la finca que luego fué de los Padres Agustinos—; la de «Cenizos», en la calle del Rincón—que tenía la particularidad de estar en un primer piso sobre el establecimiento de bebidas de la planta baja y ser cubierta—. Se podía jugar aunque lloviese y de noche con luz artificial. A esta bolera íbamos mucho los muchachos del Instituto. También había boleras en la «Tejera» del Prado de Tantín, donde hoy está el Monte de Piedad, terrenos que estaban entonces sin urbanizar y que eran el escenario de frecuentes «churras».

Muchas más boleras había, y citarlas todas sería labor enojosa más propia de un trabajo estadístico que de unas «Memorias» personales. Citaré, sin embargo, la bolera particular que en su finca de la Alameda Segunda tenían los hermanos Roviralta. Su padre, don Federico Roviralta, fué uno de los grandes industriales del Santander que estoy describiendo. Al final de la calle de Vargas, y en el arranque de la Alameda, había construido para su taller de fundición un vasto edificio, que aún está en pie. En primer término tenía un «chalet», en que vivía con su familia, y a su lado había dispuesto una bolera para recreo de sus hijos. Estos, que trabajaban como obreros en la fundición, incluso el mayor, que se hizo ingeniero y que ha ocupado puestos importantes en su carrera, al dejar el trabajo, con los trajes de mahón sucios de carbonilla, «descansaban» jugando a los bolos. Todos ellos salieron grandes jugadores, pero principalmente Gonzalo, que hasta hace poco disputaba todos los campeonatos de la provincia.

Las boleras del Reganche eran las más concurridas. La finca en que se hallaban pertenecía a don Agustín de Aranceta, ingeniero notabilísimo y hombre de gran prestigio en Santander. Su casa, que daba a la Cuesta de las Animas, hoy del Primero de Mayo, tenía miradores sobre las boleras y sobre el frontón del juego de pelota, y don Pedro Agustín, gran aficionado a estos juegos viriles, los veía desde su casa como el más apasionado espectador. Las boleras eran cinco, dos de ellas cubiertas, y cada una tenía un nombre particular y sus enamorados, que no querían jugar en ninguna otra. Recuerdo las llamadas el «Trinquete», la «Treinta y una» y la «Huerta». Fueron populares en aquel tiempo, como jugadores, un viejo almacenero del muelle, apellidado Cacho; Pedro Regalado, empleado de la Fábrica del Gas, y don Julián Gurtubay. El juego de pelota estaba también muy animado, destacando entre los jugadores más asiduos y más hábiles don Román López Hoyos, que no faltaba casi ninguna tarde. Explotaba las boleras y el frontón un matrimonio muy simpático; el marido era albañil; se llamaba Gervasio; la mujer, la «Norberta», era la que estaba al frente de todo y regía el negocio con una rara inteligencia. No sé si vivirán aún estas buenas gentes, de las que todos los muchachos de mi tiempo guardamos un agradable recuerdo.



Pero la afición más acusada de la mocedad la constituían el teatro y los orfeones. Muchas Sociedades tenían su pequeño teatro, en que representaban los jóvenes socios. Por ejemplo, el salón de San Luis, de la Congregación de San Luis Gonzaga, sito en un patio de la calle de Carbajal, donde ahora están los talleres de «El Cantábrico», y la Sociedad de «Santo Tomás de Aquino», establecida en un entresuelo de la calle de Wad-Rás, encima de la actual droguería de Pérez del Molino. Además, había Sociedades, como «La Guirnalda» y «La Camelia», que alternaban los bailes con las funciones de aficionados; y teatros de barrio, como uno llamado «La Lira», si mal no recuerdo, que se hallaba en la esquina de las calles de Gravina y de la Concordia. El ideal de todo niño desde que iba a la escuela, era representar en uno de estos teatros un papel de «El puñal del Godo», de «Una limosna, por Dios» o de «El héroe por fuerza», que eran las obras que más figuraban en los carteles.

Era tal esta afición, que muchos niños improvisaban teatros en las bohardillas de sus casas. Recuerdo de uno en la calle de Atarazanas, al que yo fui mucho, y en el que trabajé como actor y hasta como autor. Era de los hermanos Julio y Felipe Camino. Su padre era un notario recién establecido en Santander, y en la «deñera» de su casa sus hijos habían improvisado un teatrillo, en que nos reuníamos sus amigos y en que se representaban cosas que nosotros mismos hacíamos. Julio es hoy comandante o teniente coronel de Sanidad Militar y uno de los primeros psiquiatras españoles. Felipe, que estudió Farmacia, carrera a la que no tenía ninguna vocación, anduvo de actor profesional en una época azarosamente dramática de su vida, y fué después el glorioso poeta «León Felipe», de fama universal. Casualmente, en el momento en que me pongo a redactar estas líneas, recibo una circular, que firman ilustres escritores de Madrid, en que se pide mi concurso para un homenaje que se prepara al insigne autor de «Oraciones de caminante». En estas «Oraciones» se hace el poeta alusión a su infancia en Santander en unos versos amargos: «Pasé los días azules de mi infancia—en Salamanca,—y mi juventud,—una juventud amarga,—en la Montaña.—Después—ya no he vuelto a echar el ancla...»

Felipe Camino estudiaba entonces el primer año en el Instituto, y vestía, como yo, traje marinero y pantalón corto. La amargura de que se duele fué muy posterior a esta época. En ella nos divertimos mucho, representando comedias escritas «ad hoc» en su «deñera» de la calle de Atarazanas.

PICK

## MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

## LOS ORFEONES

LA VOZ DE CANTABRIA 14 MARZO 1934

Yo pertenezco a la edad de oro de los orfeones, que en mi infancia apasionaban tanto a la juventud como hoy puede apasionarla el fútbol. Había orfeones favoritos y orfeones rivales. Santander, en mi niñez, estaba dividido en partidarios de «La Sirena» y del «Cantabrias». El primero era un orfeón popular, constituido en gran parte por gentes del pueblo; el «Cantabrias» era una masa coral de señoritos, aunque entre ellos formasen algunos artesanos. En aquellos tiempos se cantaba en Santander en todas partes, y hasta los niños constituíamos orfeones de barrio y de calle. Yo recuerdo haber pertenecido a uno que ensayaba en una tienda de comestibles de la calle de Burgos, que nos cedía su dueño después que cerraba por las noches, para que nos preparáramos a conquistar laureles cuando fuéramos hombres.

Pero los dos orfeones que se repartían el fervor del pueblo, cuando yo tuve años para darme cuenta de las cosas, eran «La Sirena» y el «Cantabrias». El primero había sido fundado mucho antes, hacia 1875—según me dice mi amigo don Remigio Garmendia, hijo de su fundador—, y tuvo su origen en un establecimiento de la calle de Santa Clara propiedad del señor Villagrán—que, por cierto, fué asesinado años después en Peñacastillo, en una romería del Carmen—. En la tienda de Villagrán se reunían elementos populares de buen humor y algunos de amano prohibidas. (En los años de mi infancia, atener mano prohibida significaba tenerla tan dura que un puñetazo pudiese dar la muerte.) Esta cualidad se le atribuía en aquel tiempo al contertullo del establecimiento de Villagrán Lino Llaguno, como se les atribuyó luego a Teodosio Ruiz («el Piloto»), a Moradillo y al recientemente fallecido Genaro Galdos. También iba a esa «peña» don Fernando Garmendia, músico notabilísimo y autor de la mayor parte de las canciones, himnos y coplas que entonaban las comparsas por Carnaval. Fué autor, asimismo, de un «Himno a Peral», que cantaron mucho nuestros orfeones, y que mereció grandes elogios.

Pues este don Fernando Garmendia, incitó a sus contertullos a constituir una masa coral, y una vez aceptada la idea, se la bautizó con el nombre de «La Sirena». Como pocos sabían música, el aprendizaje fué muy duro, y se hacía con una guitarra, que tocaba Garmendia, por no haber en el local piano. El orfeón pronto alcanzó vida lozana y consolidó su crédito en refilidos certámenes, en que luchó con los orfeones más acreditados de España. Yo tengo en mi infancia un recuerdo muy vivo de este orfeón, porque mi tío, Adrián del Río, depositario que fué de la Diputación provincial, pertenecía a su Junta directiva, y durante muchos años guardamos en casa el estandarte de seda con preciosos bordados, encerrado en un pesadísimo estuche de madera barnizada. Para los niños de la casa, aquella enseña era algo tan sagrado como los pendones de la procesión del Corpus, que nos asombraban todos los años.

Algún tiempo después que «La Sirena» se fundó el «Montañés», otro orfeón que dirigió don José Soroa, a quien yo conocí de subdirector de la Banda municipal. El «Montañés» vivió sin pena ni gloria, emparejado entre «La Sirena» y el «Cantabrias», que se repartían el entusiasmo de la afición. El «Cantabrias» debió fundarse hacia 1891 o 1892, y fué obra de don Adolfo Wunsch, persona de gran relieve en Santander por su cultura artística y por su respetabilidad social. Don Adolfo era hijo o nieto de unos comerciantes austriacos que vinieron a establecerse a nuestro pueblo. El mismo se dedicó al comercio toda su vida, actividad que alternaba con el cultivo de la música, en que llegó a ser un consumado maestro. Sobre todo como director de orquestas y coros, demostró cualidades excepcionales. Al fundar el «Cantabrias» alistó en sus filas a los señoritos de Santander, lo que dió a esta masa coral un matiz de buen tono, que le diferenciaba de los restantes orfeones, en que predominaba el elemento popular.

Entre los señoritos que en distintas épocas pertenecieron al «Cantabrias», debemos recordar a don Tomás Agüero—Tomasín, como le llamaba todo el pueblo—, Polo Pardo, Emilio Cortiguera, don Francisco Estrada, Ignacio Mazarrasa, Andrés Bengoa, don Tomás Iturriaga, don Andrés Avelino Pellón, don Antonio Cabrero, don Angel B. Pérez, don Emilio Arri, don Alvaro Quintana, el hoy doctor Sarachaga y muchos más. En el «Cantabrias» cantaba un gran tenor, el popularísimo «Yute»—de nombre Francisco Pérez—. Su apodo le venía de una fábrica de telas de saco que en Renedo de Piélagos explotaba su padre. Otro elemento veterano de este orfeón es el industrial impresor don José María Címanano, que perteneció a sus filas casi desde su fundación, así como don Remigio Garmendia, hijo del director de «La Sirena».



El «Cantabria», que ganó refidos concursos en toda España, obtuvo su triunfo más resonante descubriendo a Julián Biel, el famoso «divo» de ópera. Biel, que era aragonés, trabajaba como pintor de brocha gorda en una obra que hacían las Hermanitas de los Pobres. Tenía por costumbre cantar durante el trabajo con una voz potente que llamó la atención del capellán, don Luis Gutiérrez, buen aficionado a la música y muy amigo de don Adolfo Wunchs. Hablando con éste, le refirió su encuentro con el obrero pintor que cantaba como Gayarre. Don Adolfo fué a verle, le probó la voz y le incorporó a la cuerda de tenores, ya brillantísima, del «Cantabria». Pronto destacó entre todos sus compañeros, y alentado por los aplausos que recibía y con el generoso apoyo de distinguidas personas, fué a estudiar música y canto a Madrid y a Milán. No tardó en debutar en los grandes teatros como cantante de ópera, recorriendo el mundo en triunfo.

Biel tuvo unos años de una gran popularidad, sobre todo en Santander, y reflejo de este fervor que inspiraba su nombre fué la creación—ya bien avanzado el siglo actual—del «Liceo Biel», Sociedad juvenil para el cultivo del arte dramático, que se estableció en la calle de Carbajal, en el mismo local que hasta entonces había ocupado el «Salón de San Luis Gonzaga». En el «Liceo Biel», que llegó a tener muchos centenares de socios, se representaban comedias, algunas de escritores locales, y se publicaba una revista semanal de literatura, en la que empezó a escribir José San Germán Ocaña, hijo de un jefe de Carabineros, y que luego destacó en Madrid como novelista y redactor de «A B C». Como actores trabajaron en este Liceo Manuel Vierna Trápaga—después heroico soldado en África y comandante de Infantería—y Felipe Camino (León Felipe). El actor cómico era Román Arce, que cuando empezó a tomar auge el cinematógrafo como espectáculo se hizo «explicador de películas», oficio en el que ponía mucha gracia. A él se atribuye lo de «terrible combate de negros en un túnel» para salvar un apagón de la luz, que sumió a la sala en tinieblas.

Hoy, Julián Biel vive en una modesta «torre», construida con el fruto de su trabajo de «divo». Da lecciones de canto a algunos muchachos y no olvida a este Santander, que tanto influyó en su destino. Hace unos días un convecino nuestro recibía una carta suya, llena de nostalgias y de nobles recuerdos. Es de suponer que el del «Cantabria» sea uno de los que le halaguen continuamente.

Ya entrado el siglo, la afición a los orfeones fué desapareciendo. Los nuevos señoritos gustaban más de los balandros que de pasarse horas y horas ensayando «Los hebreos cautivos». El «Cantabria» vivió más que sus rivales; fué el último en desaparecer, y cuando lo hizo dió una nota brillante digna de su vida gloriosa. Organizó aquella memorable «Fiesta montañesa», en que por primera vez se exhibieron, en espectáculo público de pago, danzas y cantos típicos. Fué el primer alarde de folk-lore que hubo entre nosotros. Concurrieron a la memorable fiesta los tres eminentes compositores Monasterio, Bretón y Chapí, que constituyeron el Jurado de música, que premió una colección de cantos montañeses presentada por un artista principiante, que no tardó en alcanzar la popularidad y la fortuna: el maestro Rafael Calleja.

Este fué el último acto público resonante del glorioso Orfeón. Su director murió poco después de haberse disuelto. Hacía ya tiempo que a consecuencia de una embolia estaba don Adolfo medio paralítico. Pero a pesar de eso, siguió dirigiendo los ensayos durante algún tiempo. Puede decirse que murió con su obra.

PICK

El próximo capítulo de las  
«MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO»  
llevará por título

LOS PERIODICOS DE MI INFANCIA.—EL CRIMEN DE ROJI

LA VOZ DE CANTABRIA 23 MARZO 1934  
MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

## LOS PERIODICOS DE MI INFANCIA

En las vísperas del «Machichaco»—acontecimiento culminante que en la vida de Santander divide dos épocas, ni más ni menos que la Guerra Europea en la vida del mundo—se publicaban en Santander los siguientes periódicos de que yo me acuerdo.

«La Voz Montañesa», federal y anticlerical, que llegó a tener una gran popularidad entre el elemento obrero. En cambio, las restantes clases le miraban con horror, como a algo nefando, por estar prohibida su lectura por el Obispo. Le dirigía, como ya he dicho, don Antonio Coll y Puig, secretario de la Diputación y hombre interesante por más de un concepto. Tenía un aspecto solemne y daban a su rostro un aire de banquero sus grandes patillas. Era hombre muy entonado y muy campanudo, y en una discusión que tuvo con Domingo Gutiérrez Cueto, entonces casi un niño, éste le dijo, refiriéndose a su cara redonda encuadrada en las dos patillas, que «era un cero entre dos admiraciones».

Don Antonio hizo muchas campañas sobre asuntos de interés regional y publicó una Memoria, con datos de mucho interés, sobre el ferrocarril del Meridiano, que era para aquellos santanderinos lo que el Ciudad-Santander es para nosotros. Don Antonio sostuvo una polémica muy viva con los escasos socialistas—se les podía contar con los dedos de la mano—que había en Santander, y consecuencia de esa polémica fué un mitin de controversia, al que vino nada menos que Pablo Iglesias, que contendió con Coll y Puig. En la ciudad, este suceso produjo una gran impresión, pues el socialismo era una cosa nueva que los mismos elementos avanzados, pero burgueses e individualistas, miraban con desdén o terror.

«La Voz Montañesa» debía su gran popularidad a las «Pacotillas», sección humorística en prosa y verso que escribía a diario José Estrañi. Estrañi había venido a Santander desde Valladolid, donde creo que había nacido, para escribir en «La Voz». Pronto se hizo el amo, como se dice vulgarmente. Su sátira desenfadada tenía muchos partidarios entre las clases populares. Cultivaba los temas locales e hizo famosos «La sombrera de don Santos»—una caseta que había en la primera playa para servicio del tranvía de Gandarillas, y que por su forma parecía una sombrera, que él llamaba «de don Santos», que era el nombre del dueño del tranvía—y el «Hueco de la Ribera», que era un espacio vacío entre dos casas por derribo de otra y que estuvo allí mucho tiempo. De estos temas hablaba casi todos los días, sacando de ellos alusiones a personajes y cosas de actualidad. También hacía intervenir en sus «Pacotillas» a Velarde, cuya estatua suponía que dialogaba con las pescaderas, que tenían los puestos a sus pies. En las revistas de toros era graciosísimo, y sus alusiones a la Ciriaca y a la Nicanora, cigarreras de rompe y rasga, se reían mucho. También estuvo de redactor en «La Voz Montañesa» Roberto Castrovido, entonces periodista sin nombre, y que luego ha ocupado importantes puestos en la Prensa y en la política.



El periódico de los señores era «El Atlántico». Pocas veces se ha escrito una hoja diaria con más finura, con más atildamiento espiritual. Le hacían los hermanos Gutiérrez Cueto, dirigiéndole don Enrique, que murió de secretario de la Junta de Obras del puerto, y que fué una persona cultísima. Le ayudaban Fernando y Domingo, hermanos suyos. Fernando era Marino y había navegado en la Trasatlántica. Cuando, poco después, se declaró la guerra de Cuba, mandó en la isla el «Nuestra Señora de la Concepción», que prestó valiosos servicios burlando repetidas veces el bloqueo de la escuadra yanqui. En la actualidad, don Fernando, hombre de un mérito extraordinario, vive retirado y achacoso en Cabezón de la Sal. En cuanto a Domingo, entonces muy joven, comenzaba a escribir y firmaba sus trabajos con el pseudónimo de «Mingo Revulgo». Fué un niño prodigio que parecía que iba a hacer una gran carrera como escritor, como abogado y como político. Tenía una gran cultura, sobre todo de letras modernas, y un sentido sarcástico y mordaz, que le hacía un polemista temible. Y, sin embargo, murió obscurecido hace algunos años, sin haber dado ninguno de los frutos que prometió en su mocedad.

Pero lo interesante de «El Atlántico» fué la colaboración. Era el periódico en que aparecían trabajos de Pereda, de Amós de Escalante, de Enrique Menéndez, de don Angel de los Ríos y Ríos (el célebre sordo de Proaño) y de todos cuantos entonces cultivaban con brillantez las letras montañesas. Su página literaria, que se publicaba semanalmente, era una cosa exquisita por todos conceptos. Destacaban también en «El Atlántico» las crónicas con crítica de teatros y libros que enviaba desde Madrid un joven que se ocultaba bajo el pseudónimo de «Pedro Sánchez», que pronto hizo destacar. Su nombre era José María Quintanilla—sobrino de don Sinforoso, el amigo íntimo de Pereda—. «Pedro Sánchez», que se anunció también como una gran promesa literaria de la Montaña, ha muerto obscurecido—igual que Domingo Gutiérrez Cueto—en el cargo de secretario de la Sociedad anónima «Nueva Montaña». Creo que en «El Atlántico» empezó a iniciarse también en el periodismo Fernando Segura.

Hasta poco antes de esos tiempos se había publicado «La Verdad», órgano de los carlistas del pueblo. «La Verdad» era un periódico de batalla dura, que en sus polémicas con «La Voz Montañesa» adquiría un tono de saña personal de que no tienen idea los periodistas de hoy. Algunas de estas polémicas terminaban escandalosamente, con agresiones en la vía pública. Alma de «La Verdad» (y su proveedor de fondos) era el marqués de Valbuena del Duro, estampa de verdadero hidalgo, que se arruinó en esta empresa y en otras de tipo industrial muy atrevido a que se lanzó imperturbablemente. Por ejemplo: la fábrica de cervezas «La Austríaca», fundada por él en Campogiro, y que adquirió gran crédito, pero que consumió toda su fortuna, insuficiente para la magnitud del negocio.

El marqués de Valbuena estuvo casado con una nieta del duque de Elvas, hija de la marquesa de Heredia. Por esta causa, sin duda, entre los directores que tuvo «La Verdad» figuró algún tiempo el conde de Doña Marina, casado con otra hija de la marquesa. Otro director de ese periódico fué el célebre autor de «Rinios académicos» y «Ripios ultramarinos», Antonio de Valbuena (Miguel Escalada). Por todos estos motivos fué interesante «La Verdad».

PICK

Nota del periódico.—LA VOZ DE CANTABRIA acaricia la idea de contri-  
buir al acervo bibliográfico de la Montaña editando en un libro estas «Memorias»  
del eminente «Pick» y agradecerá mucho a sus lectores el envío de fotografías  
alusivas a las cosas y sucesos que aquí se traten, para ilustrar con ellas el libro  
en proyecto.

MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

EL MAGNIFICO DON

TELESFORO

LA VOZ DE CANTABRIA

Los periódicos de que he hablado eran los más importantes de Santander, porque representaban en la Prensa diaria los diferentes bandos en que estaba dividida la población. Había, además, otros, que salían en determinados días de la semana, como «El Aviso» y «El Correo de Cantabria», y una hoja de la tarde, que se editaba en una «imprenta militar» establecida en la Cuesta del Hospital, y cuyo dueño era un teniente o capitán retirado, don Antonio Quesada, uno de cuyos hijos, Cristeto Quesada, fué militar también. Hace algunos años era comandante, y desde entonces le perdí de vista. Me parece que está retirado y vive en Madrid.

Esta hoja vespertina creo que se llamaba «La Publicidad», sin que pueda asegurarlo. Entre sus redactores figuraba Germán de la Pedrosa, empleado de la Diputación, al que dedicó un pareado satírico Aurelio Piedra («Stone»), ingenio mordaz de ideas muy avanzadas. El pareado, que corría de boca en boca en aquellos tiempos, decía así:

«Escribe mal en verso y mal en prosa  
el señor don Germán de la Pedrosa.»

Con lo cual acabó con don Germán como escritor. Ese pareado le siguió hasta la tumba. La especialidad de «Stone» eran los pareados humorísticos y agresivos, aunque fuese también un poeta de mucho fondo las pocas veces que escribía en serio. Suyo es aquel pareado, digno de figurar en las antologías del humor español:

«Trabaja, Fabio, con constancia y brío,  
verás cómo te cansas, hijo mío...»

«El Correo de Cantabria» ya he dicho que lo dirigía mi tío Alfredo del Río Iturralde, y «El Aviso» su propietario, el famoso Telesforo Martínez. Telesforo fué una de las grandes instituciones de nuestro pueblo. Para un hijo de Santander de aquellos tiempos había tres cosas intangibles: la sabiduría de don Marcelino (al que no había leído casi ninguno de los que le admiraban), la fuerza y el valor de Teodosio Ruiz («el Piloto») y la gracia de Telesforo. Alrededor de estos tres nombres giraba toda la vida anecdótica de la ciudad.

Telesforo era lo que los bilbaínos llaman un «chirene» y lo que se llamó después «un ganso»: un magnífico «ganso» que con sus ocurrencias hacía reír a todo el pueblo. Estaba siempre de buen humor y dispuesto a gastar una broma al lucero del alba, cualesquiera que fuesen sus consecuencias. Era hermano de padre de don José María Martínez, el venerable fundador y propietario de «El Boletín de Comercio», y jamás se dieron en la vida temperamentos de hermanos más dispares. Lo que el uno tenía de seriedad, de exactitud en el trabajo y de prudencia y recato sociales, el otro lo cambiaba por el aturdimiento, por la alegría desbordada, por echarlo todo a barato y no ocuparse del mañana. Como su hermano, fué impresor y tuvo un establecimiento tipográfico, muy bien montado, en la calle de la Blanca. Si Telesforo hubiera sido otro, aquella imprenta le hubiese dado una fortuna o un decoroso bienestar, por lo menos. Pero todo lo malograba con su perpetua broma. En esa imprenta tiraba «El Aviso», un periodiquín de noticias, que se publicaba los martes, jueves y sábados, y que gozó durante años de mucha popularidad.

De Telesforo queda en pie una leyenda de gansadas y una antología de chistes como la que se atribuye a Quevedo, y en plano más modesto, a Carreño. Todos los sucesos graciosos sin padre conocido del Santander de aquellos años, se le atribuían por el pueblo, y él aceptaba, complacido, la dudosa paternidad. Cuando llegaba la época de los Carnavales, anunciada por el primer baile de máscaras, se despedía de su esposa—una santa señora víctima inocente de las genialidades de un marido que adoraba—y salía de su casa como para un viaje largo. Era que no pensaba ya volver hasta después del «entierro de la sardina». En los Carnavales, Telesforo hacía coplas para las comparsas; se disfrazaba; actuaba de sacamuelas; intervenía en bromas que alborotaban la ciudad. Era, en fin, el alma misma de los Carnavales. En una ocasión salió de sacamuelas, llevando a un amigo suyo, que hacía de «pacientes», y con el cual representaba una graciosa pantomima simulando la extracción de una muela con unas tenazas descomunales. Esta pantomima se estuvo repitiendo durante todo el día con un gran éxito de público, hasta que al fin, cuando ya iba a retirarse, y en el último experimento, metió las tenazas de veras, y entre los gritos de dolor del paciente, que esta vez no se quejaba en broma, le extrajo una muela, dejándole la boca hecha una carnicería. Así las gastaba don Telesforo, que lo sacrificaba todo, hasta los amigos, para hacer un chiste.



Yo le conocía mucho porque iba por mi casa, por su amistad con mi tío Alfredo. Tenía un bello tipo varonil, con unas hermosas patillas, que en aquel tiempo se llevaban mucho. Era naturalmente elegante y su amena conversación contribuía a hacer agradable y simpática su presencia. Era también muy amigo de Estrañi, y con él solía ir en septiembre a las ferias de Valladolid, donde también se hizo popular. Allí se le ocurrió uno de sus chistes más celebrados. Fué un día de toros, y había tal afluencia de forasteros que era materialmente imposible encontrar un coche para ir a la plaza. Telesforo, que estaba con Estrañi y con otros amigos, pasó ante la puerta de un blasonado palacio, ante la que esperaba un suntuoso «landeau» con lacayos de librea. Verlo y entrar en el portal y salir al cabo de un rato, fué obra de una inspiración súbita. Al salir, le dijo al cochero:

—Manda el señor marqués que me lleve a mí y a estos amigos a la plaza y que vuelva a buscarle.

Y el sirviente, convencido por la seguridad con que aquel señor, que había visto salir del palacio, hablaba, e impresionado por su aspecto majestuoso, creyó a pies juntillas lo que le decía, y llevó a Telesforo y a sus amigos, que llegaron a la plaza, entre el asombro de los que les conocían, en aquel suntuoso tren. La broma se rió en Valladolid durante muchos años.

Y ya que he vuelto a citar a Estrañi, bueno será precisar algunos detalles de su vida, que en las citas anteriores quedaron un poco deshilvanados. Estrañi había nacido en Albacete, hijo de padres catalanes—se llamaba Estrañi y Grau—. Su padre, que era administrador de «diligencias», se veía obligado a cambiar frecuentemente de residencia. Por eso, la infancia del futuro «pacotillero» transcurrió en Albacete, Medinaceli, Madrid y León. Cuando tenía veintitrés años fué a Valladolid, empleado de tenedor de libros en la fábrica del Gas. Después estuvo en Madrid, en la Casa de Banca de Bacque, en la calle de la Montera, y allí empezó a escribir en periódicos, colaborando en el semanario taurino «El Enano». Siempre había tenido una gran afición a la literatura, singularmente a la humorística. En el año 1877 vino a Santander desde Madrid, y desde entonces ya no salió de nuestro pueblo.

Los últimos años de don Telesforo fueron muy tristes. Al terminar el siglo, cerrada su imprenta y desaparecido «El Aviso», se fué a Madrid a rehacer su vida. Era ya un hombre maduro que entraba en la vejez. Se defendió penosamente pintando azulejos y platos (tenía cierta habilidad para la pintura), que vendía luego en los cafés y en las casas de los santanderinos. Fueron unos años penosos, en los que su fuerte naturaleza se desmoronó. Ya vencido, y con sus hermosas patillas completamente blancas, volvió a Santander hacia el 1906 o 1907. Todavía se le recordaba en el pueblo. Las pescaderas y las cigarreras bajaron a la estación a recibirle con panderetas y cantos. Por unas horas debió creer que volvía a los días dorados de su juventud. La ilusión duró poco. Carecía materialmente de recursos. El periódico «La Atalaya»—de cuya fundación hablaré en el próximo artículo—abrió una suscripción en su favor y reunió unos miles de pesetas. Con eso fué tirando. Fernando Segura escribió una obra de teatro «con la vida y andanzas de don Telesforo», que se estrenó en el Salón Pradera. El viejo juglar, maltratado por los años y por las privaciones, salió al final de todos los actos a recibir el homenaje de quienes le recordaban con cariño. Y al cabo de algún tiempo, murió.

¡Paz al hombre que regocijó durante muchos años a todo un pueblo, des trozando su propia vida!

PICK

## MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

## NACIMIENTO DE «LA ATALAYA»

LA VOZ DE CANTABRIA 3 de enero 1894

El 1 de enero de 1893 salió por vez primera «La Atalaya», diario que aparecía en el palenque de la Prensa con un gran brío juvenil, que era el reflejo de una redacción compuesta casi exclusivamente de muchachos. «La Atalaya» debía su vida a una disidencia surgida en «El Atlántico». En este periódico, y dirigiendo su administración, había trabajado durante algunos años con gran competencia don Lorenzo Blanchard, hombre de un raro mérito y pariente muy próximo—cuñado—de los Gutiérrez Cueto, que dirigían y poseían el periódico. Diferencias sobre la orientación, principalmente en el orden administrativo, obligaron a dejar «El Atlántico» al señor Blanchard, que, dueño de una imprenta, no vaciló en acometer la aventura de dar a luz un nuevo periódico. Y fundó «La Atalaya».

He dicho que Blanchard era un hombre de un mérito raro, y voy a probarlo. Fué un hombre que rehizo su vida tres veces, emprendiendo tres caminos distintos, y destacando en todos con un fuerte relieve. En su mocedad se dedicó al comercio y poseyó en la calle de la Blanca una camisería y tienda de modas, que en su tiempo fué una de las más importantes de Santander. También recorrió toda España como viajante. Después acometió la industria de la impresión, y sus talleres tipográficos conquistaron un sólido prestigio. De sus talleres se servía don Lorenzo para el servicio de su tierra, y en ellos editó aquel magnífico libro «De Cantabria», exquisito por su colaboración literaria, a cargo de las firmas más gloriosas del Santander de entonces, y por su lujo tipográfico—creo que fué en ese libro donde el fotograbado se empleó por primera vez en Santander—. Ya dije anteriormente que Blanchard había editado las «Efemérides» de mi abuelo. Y por si todo esto fuera poco, se lanzó resueltamente al periodismo, colaborando con sus cuñados los Gutiérrez Cueto en la magna empresa de «El Atlántico» y publicando el día 1 de enero de 1893—el año aciago del «Machichaco»—el primer número de «La Atalaya», obra que emprendía por su exclusiva cuenta.

Posteriormente, y retirado del periodismo y de la industria gráfica, don Lorenzo Blanchard, que tenía vastos conocimientos de Ciencias Naturales, se consagró a la arboricultura, siendo uno de los que primero predicaron en nuestra provincia la buena nueva de la repoblación forestal. Publicó interesantes obras y artículos sobre estos temas, con el pseudónimo de «John Light», y la Compañía del Ferrocarril de Santander a Bilbao le nombró jefe de las importantes plantaciones de su línea. En ese cargo murió hace pocos años, querido y respetado de todos y a una edad avanzada, este incansable trabajador, que fundó y fué el primer director que tuvo «La Atalaya».



Estableciendo el árbol genealógico de los diarios de la mañana que actualmente se publican en Santander, nos hallamos con dos únicos orígenes: «La Voz Montañesa» y «El Atlántico». De «La Voz Montañesa», y fruto de la disidencia de Estrañi, nació «El Cantábrico». No ha habido entre uno y otro periódicos intermedios. En cambio, la descendencia de «El Atlántico» ha sido dilatada; las ramas de ese árbol se han retorcido caprichosamente. De «El Atlántico», por la disidencia de Blanchard, nació «La Atalaya», y de «La Atalaya» se desprendieron otras dos ramas, que dieron vida a dos periódicos. Primero «El Diario Montañés» y luego «El Pueblo Cántabro». Finalmente, de la fusión de «El Pueblo Cántabro» y «La Atalaya», que se reconciliaron para morir, nació LA VOZ DE CANTABRIA. Según esta genealogía, resulta que LA VOZ actual es nieta de «El Atlántico» y sobrina de «El Diario Montañés».

La imprenta y la primera Redacción de «La Atalaya» estuvieron en la calle de Wad-Ras. Don Lorenzo, para hacer su periódico, se rodeó de elementos jóvenes, que hacían sus primeras armas en las letras y en el periodismo. De «El Atlántico» se llevó a Fernando Segura. Desde el primer número empezó a publicar una sección cómica en prosa y verso—como las «Pacotillas» de Estrañi—, que se titulaba «A ratos perdidos. Panorama cómico», un escritor que se firmaba «Juan Cascabel». Este «Juan Cascabel» era Alejandro Nieto, mozo recién salido del Instituto, que andando los años había de hacer ilustre el pseudónimo de «Amadís». Al cabo de unos meses, la sección se titulaba sólo «Panorama cómico», y el 20 de marzo la firma de «Amadís» apareció por primera vez, borrándose la de «Juan Cascabel». Otros redactores juveniles de aquellos números primeros eran Jesús de Cospedal, que se iniciaba como poeta y aun no pensaba abrazar el sacerdocio sociológico, e Ignacio Zaldívar, poeta de honda vena y cincelador de estrofas magníficas.

Yo era muy niño cuando salió el primer número de «La Atalaya». No había ingresado aún en la escuela de don Santiago. Así, el suceso no produjo en mí ninguna impresión. Indiferente iba a mis juegos, sin prestar atención a las mujeres y a los chicos que voceaban el nuevo periódico. ¡Qué lejos estaba de imaginar la influencia enorme que, andando los años, ese periódico había de tener en mi vida! Pasaba junto a la herramienta que había de labrar mi destino sin que un presentimiento me sobrecogiera. Y en el pregón de aquel periódico había motivos para que una conciencia lúcida—que no era ciertamente mi conciencia de niño—se hubiera podido estremecer.

PICK

\* \* \*

NOTA.—Un amable lector nos escribe una carta explicándonos por qué vienen a España manzanas de Chile. Nos da la explicación geográfica y racional del fenómeno. De ello trataremos en nuestro próximo «Aire de la calle».—P.



## MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

# LAS TERTULIAS DE «LA LA VOZ DE CANTABRIA ATALAYA» 21 Septiembre 1934

Las tertulias de «La Atalaya» llegaron a tener personalidad. Se habló de ellas en periódicos españoles y aun en libros. Durante cerca de veinticinco años desfilaron por la sala de redacción, que era a la vez sala de visita de aquella pequeña hoja provinciana, celebridades de todos los órdenes que pasaban por Santander.

En los divanes del periódico han aguardado muchos amaneceres en grata charla, alegrada a veces por unas botellas de oloroso vino que nos servía «Rucabado», el industrial de la calle de Colón, Francisco Villaespesa, Felipe Sasone, Federico García Sanchiz, Ignacio Sánchez Mejías, Ricardo Torres (el Bomba), Puga y Morano, el poeta hampón Pedro Luis de Gálvez; «Fantomas», el famoso ayunador y ladrón de hoteles; Menéndez, el ingeniero y aviador asturiano, condenado a muerte en Francia durante la Gran Guerra, que estuvo tres veces en capilla y que se fugó, al fin, del presidio de la Guyana en circunstancias épicas; Casimiro Ortas; Ernesto Vilches; Johnson, el boxeador negro campeón del mundo; Samitier y Zamora; aristócratas palatinos; anarquistas; locos y visionarios; inventores extravagantes; pintores y hasta gentes normales y sensatas, que de vez en cuando caían por allí. Aquella tertulia era pintoresca, vociferante y apasionada. Había veces, sobre todo en los días de la guerra europea, en que acudían «francófilos y germanófilos», en que los gritos se oían desde la Plaza Vieja. Bajo aquel chanarrón de voces escribíamos todos, y ello nos disculpa de que nuestro esfuerzo literario no haya conquistado la inmortalidad. A Cervantes quisiera yo ver en una sala así.

La tertulia empezó a cuajarse en los tiempos en que dirigía el periódico don Eusebio Sierra. Al principio, los que la integraban eran sólo personas serias, que se encerraban en el camarote de la Dirección. A los que trabajábamos en la sala grande sólo nos llegaba el rumor de las voces a través del tabique.

Fueron los primeros contertulios que yo recuerdo, el popularísimo alcalde conservador don Luis Martínez, el concejal y abogado don Jacinto Gutiérrez, el también concejal—de quien ya he hablado—Roberto Basáñez, y no recuerdo si alguno más. De vez en cuando llegaba algún señor empingorotado de Madrid, de las viejas amistades de don Eusebio. Así, vi una noche a don Carlos Arniches. Pero esta tertulia no tenía todavía carácter. El carácter había de adquirirlo al desbordar el recinto directorial e irrumpir en la sala de redacción.

No tardó en ocurrir. Fué Basáñez el primero en ir a sentarse al lado de los que trabajaban y en pedir café para todos de la tienda de abajo. Con Basáñez fueron una noche Alfredo Velasco (Pastiri), Andrés Mezo, Pepe Regatillo y algunos más de la tertulia de primera hora del Suizo. Luego comparecieron Emilio Cortiguera, el notable odontólogo, dotado admirablemente para todas las artes, y que se encargó de la crítica teatral del periódico; Ramón Herrera y Felipe Arce, empresarios a la sazón del «Pradera», y Santiago Toca, que empezaba a colaborar en «La Atalaya». También recibió la tertulia el refuerzo de los santanderinos castizos que integraban el turno de última hora del café «Rucabado», los cuales subían antes de ir a casa, lo que generalmente era muy tarde, a enterarse de «la segunda conferencia con Madrid». Los más destacados en este grupo eran Juan Naval, hombre de mucha gracia, más conocido por el «Baldosa», que había asistido de mozo a las tertulias de «El Atlántico», y Manolo Agudo, empleado en la Vasco-Andaluza, que tenía tal vozarrón, que se le oía desde todo el pueblo.

Esto en cuanto a los indígenas. Pronto empezaron a sumarse los forasteros de algún relieve. Aunque sea inmodestia, yo debo atribuirme una parte de esta afluencia circunstancial. Había publicado mis primeros libros de versos y empezaba a ser conocido en España. Escritores y artistas llegaban a saludarme y quedaban incorporados a aquella tertulia original. Tal fué el caso de Villaespesa y posteriormente de Emilio Carrere. Llegaban también tipos curiosos por lo estrambóticos. Uno de ellos fué un don Francisco de Asís Gutiérrez, que se denominaba «apóstol del servicio postal», pues pertenecía al Cuerpo de Correos, y que se traía unos planes gigantescos para la transformación y el enriquecimiento de Santander. Publicó en «La Atalaya» dos o tres artículos a tres columnas, y que dedicaba en un «ladillo» kilométrico a dos o tres docenas de personajes, entre los que figuraban los grandes hacendados y los grandes prestigios del pueblo. Creo que reunió también a estos señores en la Cámara de Comercio para darles cuenta de sus iniciativas, que eran nada menos que la construcción de un ferrocarril directo a Madrid, tan directo, que seguía sobre el plano la verdadera línea recta, sin una sola curva. Los accidentes topográficos los salvaba con «viaductos» y «túneles». Había túnel o viaducto que medía veinte o treinta kilómetros. Pero esto a él no le preocupaba. Santander era un pueblo rico—decía—y ha de encontrar los mil millones aproximados que cuesta el proyecto.

Otra iniciativa suya fué el tendido de un puente plegable sobre la bahía, para comunicar con Pedreña. Aquel hombre fantástico nos entretuvo durante un mes, y al final se marchó sin pagar la fonda, y sin que volviéramos a tener noticias suyas.

PICK



## MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

11 ENERO 1935

FINAS DE LA VIDA DE  
REDACCION

Ya he hablado de don Eusebio Sierra, a quien encontré de director en «La Atalaya» cuando arribé—y nunca mejor empleado que en este caso el verbo marino «arribar», pues de la mar venía y una ola me llevó hasta allí—; ya he hablado de aquel cumplido caballero, de maneras corteses e ingenio fino, pero raro y atrabiliario como pecos. Para llevarse bien con él era preciso disculpar todas sus manías. Fué el primer director de periódico a cuyas órdenes trabajé. Sólo la muerte, que por cierto ocurrió en la sala de trabajo, ante la gran mesa que reunía en su torno a todos los redactores, pudo dejar vacante su puesto, que él investía de una gran prestancia. Yo también le sustituí, bien imperfectamente, por cierto. De él tengo, por lo tanto, un recuerdo muy vivo. Puede decirse que todo el período de mi formación periodística está amparado por su figura hidalga. Fué mi maestro; yo le reverencié como a un padre. Y es que había sido amigo y camarada de juventud del mío, y me hablaba muchas veces de él.

Don Eusebio era el método hecho carne y hueso. Pasara lo que pasase, él aparecía siempre a la misma hora en el periódico; entraba en su despacho saludándonos cortésmente al cruzar frente a nuestros pupitres, y una vez instalado ante su mesa, nos gritaba con su voz de bajo profundo, que resonaba en toda la casa:

—;Señores, ¿agan algo!

Su preocupación era que al empezar el trabajo hubiese tal cantidad de cuartillas, que bastasen para llenar la primera plana, por lo menos. Esta aspiración tan razonable la vió realizada pocas veces. La redacción bohemía de «La Atalaya» trabajaba de un modo desordenado, poco en consonancia con el criterio rigorista de don Eusebio. «Amadís», por ejemplo, que como «redactor de mesa» era el que podía tener original preparado a primera hora, no lo tenía casi nunca. Se le pasaba el tiempo diciendo cosas graciosísimas, fumando un pitillo tras otro y tomando taza tras taza de café, cuya degustación constituía su único vicio.

Cuando entraba don Eusebio, al pasar frente a la mesa de «Amadís» se fijaba en el número de la última cuartilla que tenía escrita. Generalmente, era la cuartilla dos o la tres. Don Eusebio fruncía el ceño:

—;Nada más que dos cuartillas escritas y son las diez y media? ¡Hay que empezar primero, Alejandro!

Esto ocurrió sólo los primeros días. En cuanto «Arcadís» se dió cuenta, empezó a numerar las cuartillas que iba escribiendo desde el diez en adelante. Así, cuando don Eusebio llegaba y leía en la que Nieto garrapateaba el número doce o el trece, respiraba satisfecho. ¡Ya estaba el «Panorama» terminado! Y en realidad, sólo iban escritas las dos o tres cuartillas de costumbre. Lo único que había variado era la numeración.

Don Eusebio, que alardeaba de hombre liberal, que en su juventud en Madrid había colaborado en las publicaciones más avanzadas y sido amigo de todos los hombres de la «Gloriosa», era en realidad el temperamento más conservador, el espíritu más aristocrático y el hombre más apegado a lo antiguo que he conocido. No transigía con ningún modernismo. Hasta Rubén Darío le parecía un extravagante. Y en punto a periodismo, no sabía ni quería hacer otro periódico que el que hizo en su juventud: un periódico con un artículo de fondo en primer lugar; una poesía en una sección titulada «Album poético», después; una sección de comentarios humorísticos sobre temas políticos o locales —esta sección era en «La Atalaya» el chispeante «Panorama» de «Amadís»; un cuento o un artículo literario de algún escritor local; la crítica de teatros, que se hacía con toda solemnidad y todo empaque, y la de libros o de cuadros. Todo compuesto a una sola columna sin cabezas llamativas. Muy raramente consentía que un suceso de información se colocase en esta plana. Para él, la información de sucesos tenía un interés secundario. Lo esencial eran el artículo de fondo y los originales literarios. Murió sin convencerse de que el periodismo iba por otros rumbos. Su orgullo era hacer un periódico muy bien escrito, sin ninguna falta gramatical; muy académico, en suma. Es posible que lo consiguiera, pues en «La Atalaya» de aquel tiempo colaboraban muy buenos escritores. Pero esto al público le interesaba poco. Daba más importancia al relato de un crimen presentado de un modo pintoresco y a las reseñas de los partidos de fútbol...

Porque en mis primeros tiempos de redactor de «La Atalaya» aparecieron las primeras reseñas del fútbol en la Prensa. Las publicó «El Cantábrico», firmadas por Pepe Beraza (Yost), que pronto empezó a tener muchos lectores. A «La Atalaya»—tengo idea, aunque no puedo asegurarlo—ofreció su colaboración desinteresada Fermín Sánchez, que luego había de hacer ilustre su firma, como crítico deportivo, desde las columnas de «El Pueblo Cántabro». Pero don Eusebio odiaba al deporte con toda su alma. El fútbol le consideraba un juego grosero, y que en las reseñas se pudiese hablar de «patadas» le sacaba de quicio. Las notas que mandaban los incipientes Clubs iban invariablemente al cesto de los papeles. Cuando los redactores le hacíamos tímidamente la observación de que el fútbol era un asunto que empezaba a apasionar a la gente y que podía convenir al periódico darle una publicidad discreta, don Eusebio se enfadaba.

—Eso sólo interesa a cuatro chiquillos! ¡No faltaba más, sino que el periódico se hiciese para ellos!

Tuvieron que pasar algunos años y destacarse en los asuntos del Racing una personalidad de tanto arraigo en el partido conservador y en el periódico como don Emilio López Bisbal, para que don Eusebio claudicase, no sin gran dolor suyo. Fué preciso que el mismo Bisbal escribiese todas las semanas las crónicas de los partidos. Don Eusebio ya no pudo rechazarlas. Pero se le veta preocupado y triste con este motivo. A juicio suyo, aquello era una concesión a la barbarie.

—¿Dónde vamos a parar por este camino?—decía cuando comentaba estos «progresos».

¡Y lo decía un viejo progresista, enamorado de Castelar!

Otro aspecto de la información a que había puesto el veto era la natalidad. En su larga vida de esposo ejemplar y feliz no había tenido sucesión. Quizás por esto no consentía que en el periódico se diese la noticia del nacimiento de un niño. Alberto Gayé, que hacía las noticias de sociedad, quiso luchar con don Eusebio y nunca dejó de incluir en la información diaria la gaceta de algún natalicio. Don Eusebio rompía siempre la cuartilla:

¡Esto les interesará a los padres y a nadie más!—decía de un modo que no dejaba lugar a dudas.

—Pero don Eusebio—argumentaba Gayé algunas veces—, si se trata de un consejero del periódico!

—Ya lo sé, y usted me ha dado la noticia sólo para ponerme en un aprieto. Pero ni de consejero ni de nadie se publicará mientras yo esté aquí!

Y como lo decía lo hacía. Ruano, que tanto significaba en «La Atalaya», tenía un hijo cada año por aquel tiempo. Y don Eusebio no dió nunca la noticia de estos faustos acontecimientos familiares. A Ruano le hacía mucha gracia esta manía incomprensible del viejo escritor y se la toleraba. Pero otros amigos de la casa eran más descontentadizos. La actitud de don Eusebio dió origen a no pocos disgustos y bajas en la suscripción.

—Es un desaire que se me hace!—decían algunos padres indignados—. ¡Han publicado la noticia «El Cantábrico» y «El Diario», y «La Atalaya», que es mi periódico, no! ¡Pues que no vuelvan a contar para nada conmigo!

Pero don Eusebio se sostenía firme. En los muchos años que trabajé con él no le conocí más claudicación que la de las informaciones futbolísticas, en que fué vencido por el entusiasmo racinguista de don Emilio López Bisbal.

PICK

# MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

## ESCENAS DE LA VIDA DE LA VIDA DE CANTARRIA REDACCION 12 ENERO 1935

Tampoco quiso conceder don Eusebio Sierra importancia al fotograbado. «La Atalaya» pudo haber sido el primer periódico que lo implantase en Santander, y no lo hizo por don Eusebio, principalmente. A juicio suyo, el periódico debiera hacerse sólo a punta de pluma y sin otros alicientes que los puramente literarios. Así se hacía «El Liberal» en la época para él inolvidable en que fue su redactor y encargado de la sección diaria «A vuelo de pluma». ¡Tiempos magníficos que el viejo escritor recordaba con orgullo y arrobo! Aquellos en que se sentaban a su lado en la mesa de redacción de la calle del Turco Mariano Araus, Lezama, José de la Lanza, Eduardo Vicenti, Eusebio Biasco, «Fernanflore», Joaquín Dicenta y otros ilustres escritores y gacetilleros. Así se hacía también «El Imparcial» de los días gloriosos—otra de las grandes admiraciones de don Eusebio—. ¡Aquel «Imparcial» de Ortega Munilla y de los famosos «Lunes», en que él había publicado versos y artículos junto a Núñez de Arce, Emilio Ferrari y Sinesio Delgado; aquel «Imparcial» de Mariano de Cavia—el inolvidable «Sebaquillo»—y de Manuel del Palacio, el fácil sonetista de sonetos políticos, que llegó a escalar la Academia! Don Eusebio se transfiguraba y se rejuvenecía cuando recordaba esos tiempos y aquella pléyade ilustre.

Pues bien; ni «El Liberal» ni «El Imparcial» habían necesitado del fotograbado para ser dos grandes periódicos. «La Atalaya» tampoco lo necesitaba. Empezó por imitar los famosos «Lunes», creando en el periódico santanderino una hoja semanal literaria. Obtuvo colaboraciones valiosas. José María Aguirre y Escalante—un joven alto, pálido y de ilustre prosapia, sobrino carnal de don Amós, el don Amós de «Costas y montañas»—publicó en aquella hoja algunas de sus más perfectas poesías y artículos de viajes, que constituyeron luego los capítulos de su bello libro «De Castellavetud». Otro colaborador de aquellas hojas fue Alberto López Argüello, a la sazón desconocido, pues hacía poco que había llegado a Santander como ayudante de la Jefatura de Minas, y a quien descubrió como poeta Alejandro Nieto. También Enrique Menéndez, el más alto prestigio de la literatura regional entonces, colaboró.

Don Eusebio estaba en sus glorias cuando preparaba aquellas hojas. Pero pronto hubo de suprimirlas. Los primates del partido conservador querían más política y menos literatura. Los caciques de los pueblos se quejaban de que sus cartas, con ataques violentos contra sus enemigos, o no se publicaban o aparecían tan deformadas, que nadie se podía dar por ofendido. Y esto no era lo que ellos querían. ¿Es que aquel señor que estaba en las nubes—así aludían a don Eusebio—se creía que ellos habían tomado acciones del periódico para que se les diesen romances de Enrique Menéndez y otras coplas de Calainos? Lo que hacía falta era decir que el secretario de tal Ayuntamiento era un ladrón o pedir que se procesase a tal alcalde. Para eso habían «apoquinado» ellos como los buenos. Para eso y nada más que para eso. Don Eusebio tuvo una gran amargura cuando se vio obligado a suprimir aquella hoja semanal en la que había puesto tantas ilusiones. El no sentía la política de campanario, que es la que se veía precisada a hacer «La Atalaya». No estaba acostumbrado a eso. Hubiera dejado entonces la dirección del periódico de no haberle sostenido la leal amistad que le unía a don Ramón Fernández Hontoria. En aquellos tiempos don Eusebio no era muy partidario de Ruano. Era hontorista sobre todas las cosas. Por servir a Hontoria siguió en «La Atalaya», aunque ya con pocas esperanzas respecto a la eficacia de la labor que allí pudiera hacer.



Poco a poco fué dejando de escribir los «fondos». Delegó en mí esa misión de confianza. El se limitaba a leer los originales. Leía escrupulosamente cuartilla por cuartilla, corrigiendo lapsus de gramática. Después de haber dado el original a las cajas, cuando había función de teatro salía para presenciarla. Hasta su muerte no dejó de ver una sola función. El teatro era la gran afición de su vida. Conocía a todos los cómicos, y éstos, al llegar a Santander, le visitaban siempre en «La Atalaya». Tales visitas le llenaban de gozo. Hablaba de Balbinita—la hija de Balbina Valverde, que se casó con Sinesio Delgado, y a cuya boda asistió él—. Había visto empezar a Morano y a Rosario—la Pino—. María y Fernando eran dos cariñosos amigos suyos. Una noche fueron a visitarle don Carlos Arniches y Joaquín Abati, que pasaban unos días en Santander. ¡Qué contento tuvo con esta visita el anciano autor de «Nicolás» y de docenas de obras aplaudidas! Hablaron de Apolo y de Lara—el teatro de sus triunfos madrileños—. Fué tanta su emoción, que aquella noche se le olvidó decir con su voz bronca:

—¡Señores, hagan cosas!

Tanto, que el regente, Salvador Sierra, tuvo que subir a la Dirección, y desplegando entre sus manos una larguísima cuerda de bala, le volvió a la realidad con estas pavorosas palabras:

—Don Eusebio. ¡Falta todo esto para la primera!

Y extendía un trozo de cuerda que podía ceñir la cintura de un hombre bien metido en carnes.

Entonces se le oyó gritar:

—¡Ya lo oyen ustedes! ¡Hacen falta cosas!

«Amadis», que, friolero siempre, atizaba los carbones de la estufa y se adormecía arrullado por el hervir del agua del puchero que siempre había encendido, se volvió a nosotros y comentó:

—¡El prior dice que bajemos a la huerta y que trabajen ustedes!

Y para no verse comprometido por aquella inopinada y urgente exigencia de original, cogió el sombrero y se marchó.

Don Eusebio salió de apuros gracias a la tijera, recortando de «La Epoca» un artículo sobre la política económica del Gobierno.

Así se hacía aquel periódico provinciano en que yo empecé a trabajar.

PICK

MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

# ESCENAS DE LA VIDA DE REDACCION

LA VIZ DE CANTABRIA. 18 DE ENERO 1935

—Señora—decía el marqués de Bradomín, hablando con el énfasis magnífico que le infundió su creador, don Ramón María del Valle Inclán—: Los españoles nos dividimos en dos grandes fondos. A uno pertenezco yo; al otro, el resto de los ciudadanos...

Una división tan arbitraria hacíamos de los vecinos del pueblo los que redactábamos aquel diario político, órgano del partido liberal conservador, en que yo empecé a trabajar. Los santanderinos eran afilados, o de la ideas y enemigos. No se admitían términos medios. Y el periódico se hacía sólo para los afilados. A los enemigos no se les citaba nunca, como no fuera con un motivo desagradable, si no nos queríamos exponer a serios disgustos. Así, por ejemplo, si el redactor de los «Ecos de sociedad» se aventuraba a decir que «el distinguido señor don Fulano de Tal», caracterizado adversario político, había salido para sus posesiones de tal pueblo, no faltaba algún conspicuo que iba por la noche a casa de Ruano rebosante de indignación:

—¿Ya has visto lo de «La Atalaya», Juanito? Eso no puede seguir así. ¡Nada menos que «distinguido» llama a Fulano! ¿Qué dirán los amigos de aquel Ayuntamiento!

Cuando momentos después llegaba yo, Ruano me transmitía la queja del inflexible correligionario.

Pero como tenía suficiente talento y en su fuero interno encontraba ridículas aquellas cosas, me lo decía en tono de broma o quitando la razón a los que se quejaban:

—¡Dígame a don Eusebio que tenga un poco de cuidado! Después de todo, no es necesario dar esas noticias. Y evitamos que se disgusten los de los pueblos. ¡Mire usted por qué cosas se enfada la gente! ¡Es gracioso!

Para que no se enfadase nadie no se podía decir que Zutano escribía muy bien, aunque hubiese publicado un gran libro, porque era sobrino de un cardado a concejal que luchaba contra los nuestros. Ni elogiar la labor acertada de un alcalde que fuese liberal. Cuando los liberales ocupaban el Poder y, por ende, los cargos de gobernador y alcalde, la actitud del periódico había de ser de oposición constante y atinque sañudo. En cambio, los gobernadores y alcaldes conservadores habían de hacerlo siempre bien, y allí estaba el periódico para aplaudir todos sus actos. También era misión del reportero acudir a altas horas de la noche en auxilio de algún afiliado a quien los guardias hubiesen llevado a «la portera» por dar voces y cantar a deshora; por reñir con alguno o por cualquier otra falta análoga. Después de enterarnos de lo que había pasado, solicitábamos del sujeto señor Lavín que dejase en libertad a los amigos, lo que casi siempre nos concedía.

Cientes de éstos de madrugada teníamos varios que nos daban no poca quehacer.

Una vez ocurrió un hecho cómico, que pudo haber acabado en tragedia. Era recién acabada la guerra europea. Estaba en Santander uno de los primeros coros cosacos que vinieron a España. Le constituían oficiales del Czar, que acababan de ser derrotados por los rojos y se veían obligados a ganarse la vida en Europa. El director era un hombre alto y solemne que había sido coronel. Fué a hacer una visita al periódico, y entró acompañado de un hermoso perro lobo de un tamaño enorme y de unos apenadores colmillos. El perro, cuando entró su amo, quedó echado en la puerta, cerrando la entrada.

—¿Muere?—le pregunté con algo de alarma.

—No, señor—respondió el moscovita—. Es un animal muy noble. Sólo se enfurece cuando ve uniformes y gente armada. Entonces es muy difícil controlarlo...

Y ante mi gesto de extrañeza, me explicó lo siguiente:

—Este perro pertenecía a un compañero que fué fusilado por los bolcheviques. El pobre animal trató de defenderlo, y no se separó de su cadáver hasta que yo le recogí malherido. No ha podido olvidar a los verdugos, que vestían uniforme y estaban armados de fusiles y sables, y cuando algún guardia o algún soldado de cualquier país aviva su recuerdo, se abalanza sobre él, y es muy difícil sujetarle.

Acababa de decir esto, cuando se oyó un estrépito horroroso en el portal. Un hombre subía corriendo las escaleras y tras él dos guardias. Tan ciegos iban que no vieron al perro, que cerraba el paso, y saltaron por encima de él. El perro dió un ladrido terrible y se lanzó sobre los invasores. Los hubiera desprecado si no sale el ruso y le sujeta con grandes esfuerzos. Cuando se le pasó el susto, uno de los guardias nos explicó de lo que se trataba:

Habían detenido a un individuo que estaba escandalizando en el cabaret y le llevaban al Gobierno por la calle de San Francisco, cuando el detenido tomó carrera y viendo el portal de «La Atalaya» subió a refugiarse, perseguido por los que le llevaban. No paró hasta llegar a la Redacción y provocar el cataclismo de que queda hecho mérito. Se trataba de un afiliado, que creía que el periódico de «la idea» era una especie de lugar de asilo, como los templos en la Edad Media, y que los redactores teníamos la misión de ampararle y defenderle.

—Ha sido un milagro—decía el ruso mientras tanto, sin salir de su asombro—que el animal no haya hecho presa! ¡Dos uniformes y dos sables! ¡Ha sido un milagro, sin duda!

Lo gracioso es que de aquellos afiliados a quienes se prestaba tan relevantes servicios, pocos o ninguno leían «La Atalaya». Por las mañanas compraban otro periódico, que les gustaba más. «La Atalaya» era para los señores.

En la Dirección se oían diálogos como éste:

—Vengo, señor director, a protestar de esa noticia que dan ustedes hoy.

—¿Qué noticia?

—Que me han decomisado unos embutidos en malas condiciones.

—¿Y no es verdad lo que se dice?

—Será verdad o no será verdad. Pero soy afiliado del quinto distrito.

¿Quiere usted que traiga una carta de don Luis Martínez?

Decididamente, un periódico órgano de una política provincial era una cosa encantadora. Por lo menos en Santander.

PICK



## MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

## LA CATASTROFE

LA VOZ DE CANTABRIA 5-Abril 1934

Por los siglos de los siglos, siempre que en Santander se diga «la catástrofe», se entenderá cuál fué. No hará falta designarla con su nombre propio. «La catástrofe» en Santander fué la explosión del «Cabo Machichaco». Catástrofe la llamamos a raíz de ocurrida, y «la catástrofe» siguió siendo conforme pasaban los años y las nuevas generaciones que no la habían visto ocupaban su puesto en la vida de la ciudad.

—;El año de la catástrofe!—dice el padre cuando evoca sus recuerdos en las sobremesas de familia.

Los hijos ya saben a qué catástrofe se refiere, y ellos, que no la vieron, dicen también, cuando hablan con sus amigos:

—;Eso es del tiempo de la catástrofe!

Así, de generación a generación se va transmitiendo la ciudad la palabra lúgubre que sintetiza todo el espanto de un momento. De «la catástrofe» voy a hablar ahora, porque yo la vi, o mejor dicho, la sentí, descargando sobre mi cabeza su fragor de millones de truenos. Y al llegar a este punto de mis «Memorias» cerraré el capítulo que en ellas consagro a mi infancia. Tras de la explosión vendrán los años del Instituto, que, aunque aún infantiles, tienen una faceta propia e inconfundible. Y, sobre todo, vendrá la transformación de la ciudad. Aunque durante algunos años siguiera yo siendo todavía niño, la ciudad que surgió de las ruinas de la explosión y los incendios no es ya la ciudad de mi infancia, sino más bien la ciudad actual, en la que estaban en germen y en brozo todas las realidades del presente.

El siglo acabó para Santander siete años antes que para el resto del mundo. El siglo XIX, con todo lo que tenía de romántico, de arbitrario, de infantil, de heroico y de extraordinariamente pintoresco, terminó para nosotros el 3 de noviembre de 1893. A partir de entonces, ese profundo foso que es la intersección de dos siglos, y que supone casi siempre un cambio en los ideales y en las costumbres, se abre en nuestro pueblo. Los hombres posteriores al «Machichaco» no eran ya los mismos, aun siéndolo corporalmente, que los hombres de la víspera de la explosión. Fué un fenómeno muy parecido al operado en el Mundo con la guerra europea; después de haber estado en las trincheras desde 1914 a 1918, el hombre de Europa se trocó en otro hombre nuevo que se ahogaba en la estrecha camisa de su vieja civilización. Y surgió el Mundo actual, con sus crisis caóticas; con sus inquietudes espantables; con su nuevo concepto de la vida; con todo, en fin, lo que anuncia el nacimiento de una sociedad y una civilización desconocidas.

La descarga de metralla del «Machichaco» fecundó en el vientre del tiempo el nuevo Santander. Y ese momento histórico, al que yo asistí de niño, es el que voy a referir ahora. Bien entendido que no voy a hacer el relato detallado del drama. Ese relato se ha hecho muchas veces, y en las obras completas de Pareda está patético y sangrante, con una emoción literaria y humana que es muy difícil superar. Quien quiera sentir esa emoción, que lea «Pachín González», la novela admirable. Yo sólo voy a referir mis impresiones propias; los efectos de la explosión en mi calle y en mi familia; lo que supe por las personas que estaban más en contacto conmigo; y el miedo del incendio lejano, que contemplaba en la noche terrible, asomando su roja cabellera por encima de los tejados de la calle Alta, mientras la campana del Hospital llamaba la noche del terror millonario de sus repiques angustiosos.

Voy a hacer, en cierto modo, lo que hizo Stendhal en su «Cartuja de Parma», al describir la batalla de Waterloo. De la batalla sólo refiere lo que vio un soldado, perdido en un rincón de la inmensa línea de fuego: unas patrullas que pasan; un capitán cansado que llega; una polvareda en la lejanía; un Estado Mayor que apunta sus anteojos desde la sombra de un árbol... Stendhal, con sólo estos nimios elementos, consigue dar una impresión honda y dolorosa de la gran matanza. Yo no aspiro a tanto. Sólo pretendo que quienes me lean reconozcan en mi relato el mérito de la sinceridad.

PICK

• • •

NOTA.—En el «Aire de la calle» de ayer, titulado «Naranjas y manzanas», por un lapsus de redacción o de composición—ello importa poco—se dice: «Porque es de suponer que en Chile no se den tampoco manzanas en enero», cuando se debió decir «que no se den manzanas en su enero». Con «su enero» queríamos significar el mes de máximo frío, que es... agosto. Porque enero, que es allí mes de verano, es precisamente el mes de las frutas y de las flores. Como sin eso es el sentido del párrafo cambia en absoluto, hacemos esta aclaración, prescindiendo de nuestra costumbre de dejar al buen juicio del lector la explicación de los lapsus y erratas.—P.

## MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

## LA CATASTROFE

EL PUEBLO SANTANDER 8 ABRIL 1934

Yo asistí a la «Catástrofe» desde mi calle. No era una localidad de preferencia, como aquella primera fila del muelle de maderas en que estuvo mi hermano Germán, pero puedo afirmar que la emoción de la tragedia la sentí plenamente, ni más ni menos que los antiguos «dilettanti» del «paraíso» del Real, que se hacían cargo de las óperas, que oían tan bien o mejor que los afortunados espectadores de palco y butaca.

Mi calle era la calle de Rubio, pues interín yo iba creciendo, la familia se iba desplazando hacia aposentamientos sucesivos. Pero siempre en el corto radio de las calles características del barrio de la Florida, tan saturado de dulces aromas de mi infancia. De la calle de Magallanes, en que nací, pasé—como ya he dicho—a la de Isabel la Católica, y de ésta a la de Rubio, donde vivíamos en el momento de la Explosión. La calle de Rubio era entonces, y ese carácter no lo ha perdido todavía, silenciosa, poco transitada, ancha, recta y triste. La privaban del sol las casas de la Alameda Primera, que forman uno de sus frentes, con sus fachadas zagueras, sin plantas bajas comerciales y, por lo tanto, faltas de animación. Estas casas prósperas y orgullosas abrían en las fachadas de la calle de Rubio sus cocinas. Las casas de enfrente, en una de las cuales vivía yo, tenían como único panorama las ventanas cocineras, y como espectáculo diario, la limpieza de platos entre cantos y chismorreos de la servidumbre. Había también otro entretenimiento. Desde las tres de la tarde, hora en que, por lo regular, terminaban las comidas, invadían la calle lastimeras figuras mendicantes; viejos y niños, que aposentados en las aceras, y con la vista fija en las ventanas y balcones, entonaban una letanía plañidera, encaminada a ablandar el corazón de las cocineras o amas de casa:

—¡La del tercero! ¡Un apcazos de pan, que Dios se lo pagará!

O bien:

—¡Señorita, la del segundo! ¡Un apcazos de pan, por el amor de Dios...!

Desde las ventanas de las cocinas llovían mendrugos y alguna plitrafa de las sobras, mal envuelta en un papel de periódico. Los chicos, las mujeres, los viejos, caían sobre estos despojos en una rebatifa violenta, y quienes los cogían los devoraban en la misma calle, sin preocuparse de quitar el barro o el polvo, que se les había adherido en la caída.

Esta costumbre de mendigar ante las casas y de arrojar las limosnas como proyectiles, ha desaparecido hace años en honor de nuestra cultura. Era un espectáculo deprimente y anticristiano. A los perros se les daba de comer con más humanidad.

También se animaba algo la calle de Rubio en las primeras horas de la mañana. En la esquina de Cervantes, en vez de las casas actuales, había unas tejamanos que servían de cuartel general a las «burreras», que todos los días llegaban a Santander desde los pueblos próximos. Las «burreras» eran las aldeanas que venían a vender hortalizas a las plazas y arena blanca para freagar los suelos. Esta arena blanca se usaba entonces mucho y en su comercio se empleaban varias docenas de mujeres. Todas tenían un borriquillo como único vehículo, y uno de los recreos de los niños de la calle era que aquellas buenas mujeres, que nos conocían por vender sus pobres mercancías en nuestras casas, nos llevasen un buen trecho en los cuévanos colocados sobre los burros. Cuando hacíamos una galopada de éstas, gozábamos como si hubiéramos hecho una salida en busca de aventuras por el mundo.

La llegada de las «burreras» por las mañanas a los cobertizos de la esquina de Rubio y Cervantes llenaba la calle silenciosa de gritos, de rebuznos, relinchos y otros estrépitos que a mí me parecían la sinfonía más alegre del mundo. Luego, la calle volvía a su silencio. De vez en cuando, de un portal salía un vecino, que iba a su trabajo. En un balcón, una mujer ponía a secar su ropa. A horas determinadas, una pareja de la Guardia civil, con el fusil al brazo, desfilaba hacia las estaciones. Porque en la calle, y en la casa inmediata a la mía, estaba el cuartel del benemérito Instituto. Debía de haber muy pocos guardias. Yo, lo más que vi, fué tres parejas juntas, y me pareció un despliegue imponente. De aquellos guardias recuerdo muy bien a su sargento, don Ruperto Ortega, bajo, fornido, con una perilla a lo Martínez Campos. El sargento Ortega vivía en la casa cuartel, y su hijo Eduardo, chico muy estudioso y muy inteligente, que luego ocupó un alto puesto en el Banco de Santander, en cuyo cargo le sorprendió la muerte hace algunos años, jugaba con nosotros los chicos de la calle. Don Ruperto, después de retirarse, fué durante algunos años jefe de la Guardia municipal de la ciudad, y en esa jefatura le encontré cuando, al dedicarme al periodismo, tuve que hacer información en su oficina.

Ahora está al frente del despacho de un agua mineral en Santander. Siempre que paso por la antigua plaza del Príncipe y veo a don Ruperto a la puerta de su tienda, con su perilla blanca de veterano, todos estos recuerdos de mi primera infancia vienen atropelladamente a mí. Me parece que le veo cruzar marcial la calle de Rubio con el fusil terciado. Como en aquel 3 de noviembre en que salió con las parejas disponibles, porque en el muelle se había incendiado un vapor...

PICK

MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO  
LA VOL DE CANTABRIA-100 años 1894  
**LA CATASTROFE**

Aquel año—1883—era un año que traía cin negra. Habían pasado ya varias cosas que habían alborotado el tranquilo corral de España, en pleno disfrute de los tan alabados cañes bobos de la Regencia. La más sonada fué la bomba que arrojó en Barcelona Paulino Pallás, un anarquista de veintidós años, bajo el caballo que montaba Martínez Campos, el caudillo de la Restauración y capitán general de Cataluña, en ocasión en que revisaba a las tropas. El atentado fué aparatoso y brutal, y causó varias víctimas. El caballo del general resultó muerto y el general mismo recibió algunas quemaduras en la cara, y se llegó a temer que perdiera la vista. Días después del atentado se fusilaba a Pallás en los fosos de Monjuich.

Presidía el Gobierno don Práxedes Mateo Sagasta, quien paseando por la Castellana el día 24 de octubre sufrió un resbalón, y a consecuencia de él, la fractura del peroné. Desde entonces el peroné de Sagasta se hizo célebre y pasó a compararse con su lupú el comentario de los gacettilleros y caricaturistas. A cuenta del peroné de don Práxedes se derrochó el ingenio de aquellos inocentes profesionales de la mala intención.

Esto ya era bastante para nutrir el comentario de los ociosos de Madrid y provincias; pero, por si ello fuera poco, a Santander le cayó una preocupación que quitaba el sueño: la amenaza del cólera morbo. Para darse idea de lo que significaba aquel peligro, hay que recordar que no mucho antes, en 1883, había sufrido la ciudad esta epidemia, que causó grandes estragos. En aquel año—en el 83—había aparecido en Bilbao y en algunos pueblos de Vizcaya una enfermedad sospechosa que produjo muchas defunciones. Enseguida corrió la voz de que se trataba del cólera, y la alarma en el pueblo fué indecible. Los periódicos aparecían llenos de artículos y de noticias alarmantes. Casi se cortaron las comunicaciones con Bilbao. Los viajeros que llegaban en las diligencias y en los barcos eran sometidos a una estrecha inspección. Se creía que el cólera estaba ya a nuestras puertas, y se abrieron suscripciones en los periódicos para que, si llegaba, nos cogiese prevenidos con medios materiales. Para hacerle frente, además, se designaron Juntas de vecinos, que habían de ocuparse de la defensa de distritos, barrios y calles.

Y el folletín, que era de rigor en los periódicos diarios, y que, por lo regular, era un novelón truenante, dejó su espacio a las farragosas elucidaciones para luchar contra el terrible viajero del Ganges, como llamaban al cólera las gentes cultas. El folletín de uno de aquellos periódicos en el mes de octubre insertaba nada menos que el modo de atenuar los efectos del cólera morbo epidémico. Nuestros padres leían todas las mañanas estos consejos sanitarios y se volaban locos para tratar de aplicarlos a la vida de la familia.

No era esto sólo. Ya he dicho que aquel año fué un año de emociones intensas. Cuando menos se esperaba, el 1 de octubre, ocurrió en Melilla un hecho insólito: los moros atacaron a las fuerzas de la guarnición que procedían a la construcción del fuerte de Sidi Guarulch, y nos causaron algunas bajas. Toda España vibró. Estaba muy reciente la lectura de «El diario de un testigo de la guerra del 59», escrita por don Pedro Antonio de Alarcón, y que figuraba en la biblioteca de todas las personas medianamente cultas. Aquello podía ser una nueva guerra de África, con su inevitable secuela de latiguillos literarios y poéticos, a que tan aficionados eran nuestros padres. Se olvidó el cólera; se olvidó el atentado de Pallás, y ya nadie pensó más que en la nueva guerra al infiel marroquí. Pero pronto nos fué preciso pulsar la lira heroica. Porque el 23 de aquel mes—octubre—los moros nos pusieron en un grave aprieto: cercaron al fuerte de Cabrerizas y mataron en su rastrillo al gobernador militar de Melilla, general Margallo. Hubo—¿cómo no!—rasgos heroicos a cargo de dos jóvenes tenientes, que después fueron célebres generales con distintos motivos: don Miguel Primo de Rivera, que rescató unos cañones de que los moros se habían apoderado, y don Juan Picasso, el del histórico expediente del desastre de Annual. Uno y otro recibieron en aquellos días la laureada de San Fernando.

Por aquellos días también había aparecido el «Blanco y Negro», un semanario ilustrado y literario, que pronto adquirió una gran fama, y que fué el germe del «A B C» actual y de la magnífica magazine que conserva el nombre primitivo. Hasta entonces recibíamos en casa «La Ilustración Española y Americana» y «La Ilustración Artística», muy parecida a la primera, en la que publicaba unos artículos, que eran unas cataratas de elocuencia, don Emilio Castelar. Se publicaba también el «Madrid Cómic», de Sinesio Delgado, en que colaboraban algunos santanderinos. Pero el «Blanco y Negro» fué desde su primer número una cosa completamente diferente y venía—bien se vió después—a revolucionar la Prensa española. Publicaba informaciones gráficas y literarias de actualidad y en sus páginas vi, en dibujos de Méndez Bringa, de Esteban o de Marcelino Unceta, los episodios más salientes de aquella extraordinaria aventura africana. Aún parece que tengo ante los ojos una plana con un dibujo en el que el teniente Primo de Rivera aparece, espada en mano, ante el fuerte de Cabrerizas haciéndose dueño de los cañones, que los moros defienden con sus espingardas.

Y así llegamos al 3 de noviembre. Ese día, que aquel año cayó en viernes—día, como el martes, de mal agüero y propicio a todas las desgracias—, era una fecha solemne en la ciudad. Se conmemoraba aquel 3 de noviembre de 1833, en que los milicianos santanderinos, mandados por el general Iriarte, derrotaron en Vargas a las fuerzas carlistas de Barroila en la primera batalla de la primera guerra civil. Para solemnizar esa fecha, el Ayuntamiento había dispuesto que por la noche hubiese un concierto en la Plaza Vieja o de la Constitución, a cargo de la Banda municipal. Claro es que este concierto no pudo celebrarse por lo que verá después el curioso lector.

Para aquel 3 de noviembre había anunciado también en nuestro teatro la primera representación de «El rey que rió», zarzuela que acababa de ser estrenada en Madrid.

Aquel mismo día los periódicos publicaban la noticia de que el joven teniente de Ingenieros don Fermín Sojo Lomba, destinado en las obras de construcción del nuevo cuartel de María Cristina, había pedido que se le relevase de ese puesto para poder incorporarse al ejército de operaciones en África. Recojo esta noticia, al parecer poco interesante, en honor del hoy insignie general don Fermín Sojo, ilustre no sólo en las armas, sino en las letras, como lo prueban sus libros de historia de la merididad de Trasmiera. En aquellos años, el hoy sabio montañés era un joven teniente que quería batirse.

PICK



## MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

## LA CATASTROFE

LA VOZ DE CANTABRIA 18 de mayo 1934

Cuando la gente convencióse de que las casas no se hundían, a pesar de lo que habían temblado, empezó a volver a ellas para apreciar los daños causados por aquel cataclismo, cuyo origen aún no se conocía de cierto. Así, yo pude volver al piso que habitábamos y allí darme cuenta de toda la magnitud de la catástrofe. Porque para mí y para mi hermano pequeño había constituido una desgracia irreparable. Estaba hecha pedazos una maravillosa linterna mágica, que era nuestra ilusión y nuestro orgullo de pequeños. Nos la había regalado no hacía mucho un tío indiano, el tío Federico, que tras de pasar muchos años en las costas mejicanas del Pacífico y en San Francisco de California, había estado unos meses antes en España, y aquella linterna de petróleo, por cuyo objetivo pasaban cristales con paisajes y figuras policromadas, que se reflejaban en un lienzo o en un blanco tabique, la había adquirido para nosotros en París. Todavía no estaba inventado el cinematógrafo, y no había otro procedimiento de mover la imagen que aquel de pasar unos cristales iluminados ante la luz de una pantalla. ¡Y el maravilloso juguete estaba hecho añicos, así como revueltas y maltrechas por el suelo unas curiosas colecciones de conchas californianas — enormes caracolas y diminutos crustáceos de tonos y tintes de fábula — que mi tío el indiano había traído también como recuerdo de sus viajes!

Pero ésto, aunque sensible, suponía poco ante la preocupación que por momentos ganaba a las personas mayores de la casa. ¿Qué era lo que había ocurrido? ¿Qué suerte habían corrido los hijos y los hermanos que faltaban? Y empezaron de nuevo los ayes angustiosos, las invocaciones a la Virgen, los sollozos, y los propósitos de salir a ver ~~lo que había~~, por terrible que fuera. Propósitos que frustraban otras personas de la familia o la vecindad, que con buen sentido aseguraban que lo más acertado era no moverse, ya que a la casa habían de tornar todos los ausentes, si estaban en estado de hacerlo. Y así ocurrió. Al cabo de algún tiempo llegó mi tío el periodista, que iba tan sólo a tranquilizar a su madre, y que volvió a salir, requerido por las tremendas cosas que estaban sucediendo en el pueblo. La explosión le sorprendió en la imprenta de «El Correo de Cantabria» — establecida en el muelle, como ya he dicho —, después de haber estado en el vapor incendiado durante mucho tiempo. Poco después llegó mi hermano Germán, que venía embadurnado de negra pez y chapapote, hasta el punto de que era muy difícil conocerle. Pero íleso, sin un rasguño. Desde el Instituto, donde tenía una clase por la tarde, había ido al muelle a ver el incendio con otros compañeros de aula. Estaban en una de las primeras filas que la compacta multitud formaba en la máquina, cuando sobrevino la explosión. Debíó caer al agua y ganó tierra sin saber cómo, sin poder explicarse nada. Alguno de los muchachos que con él estaban murió, tal un Agapito Granados. Con la llegada de mi hermano nos encontramos todos reunidos, y mi abuela, sacando su largo rosario de cuentas crucetas como nueces, nos mandó poner de rodillas para darle las gracias a Dios.

Pero continuamente entraban y salían personas de todas clases, amigos unos, parientes otros y hasta desconocidos, que llegaban sin saber a qué y que se ponían a hablar de lo que sucedía con grandes gritos y grandes gestos, como si estuviesen locos.

## MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

LA CATASTROFE  
LA VOZ DE CANTABRIA 22 de 1934

El recuerdo más vivo de aquel espantoso 4 de noviembre, que quedó firmemente grabado en la blanda cera de mi conciencia de niño, es el olor penetrante a «chamusquina» que todo el día planeó sobre la ciudad, mezclándose en su aire y entrando con él a los pulmones. Y no era para menos; estaban ardiendo desde la noche del 3 la calle de Méndez Núñez casi en masa, la de Castilla y otros barrios y tramos de edificación de Mallaño. Había ardido la Audiencia, establecida en la prolongación de la calle de Calderón de la Barca, frente a los andenes de la estación del Norte; el depósito de tabacos de la Arrendataria y el de carbones de Mazarrasa. Había ardido también el Depósito Administrativo del Ayuntamiento, sito asimismo en aquella zona. Durante toda la noche terrible el incendio no había podido ser combatido, y al amanecer del día 4 las llamas, ganando terreno, amenazaban hacer presa en toda la ciudad.

Aquel día no hubo periódicos, y las noticias llegaban a las casas de viva voz, con lo que ganaban en características alarmantes. Ya era bastante horrenda la desgracia, pero al ser aumentada por los que se pasaban las noticias de boca en boca, adquiría proporciones apocalípticas. Nosotros, que no habíamos dormido, vimos aparecer la luz del día pegados a los cristales de los miradores de aquella casa de la calle de Burros que nos había servido de refugio. Nuestros ojos no se separaban de la línea de tejados de Calzadas Altas que teníamos delante, sobre la cual, durante la noche, nos había angustiado el resplandor rojizo de los incendios de Mallaño, y al ser de día, la humareda negra que había substituido al fulgor de las llamas.

Había el temor en las primeras horas de la mañana de que el incendio ganase a todo el pueblo. El gobernador interino—porque el propietario había muerto—telegrafió al Gobierno y a todos los pueblos de la línea férrea la desesperada situación para que enviasen auxilios. Por cierto que los telegramas tenían que ser llevados hasta Béo en coche de caballos, por estar cortada la línea telefónica. Durante aquel día empezaron a llegar auxilios de Torrelavega, de Reinosa, de Renedo y de otros Ayuntamientos montañeses. También salieron embarcados los hombres de San Sebastián y de Bilbao, y por la línea del Norte los de Valladolid. Tal era el peligro, que se pensó cortar el fuego destruyendo las casas incendiadas a cañonazos, y a tal fin se dieron órdenes para que viniese un regimiento de Artillería. Luego se pensó mejor, y en su lugar vino un batallón de Ingenieros de Logroño. Esta tropa debió llegar a Santander hacia el día 5, y yo, que para entonces ya había podido burlar la vigilancia de mi familia y aventurarme unos momentos en la zona de desolación de Mallaño, ví su llegada y cómo, recién salidos los soldados del tren, se dispusieron a trabajar en el incendio, que aún seguía en pompa. Recuerdo a los soldados tirando de unas largas marmotas, hechas firmes en los muros, para acelerar su derribo. Este espectáculo me impresionó mucho y aún no se ha borrado de mi imaginación.

Vino también desde Madrid un tren de socorro, que se llamó el tren de los montañeses, porque en él viajaron con el ministro de Hacienda, don Germán Gamazo, los representantes en Cortes de la provincia y cuantos hijos de la Montaña de algún relieve vivían entonces en Madrid. Gamazo era medio montañés por su matrimonio y poseía una bella finca de recreo en el Alta. En aquella ocasión prestó a la ciudad relevantes servicios. También vino en tren especial el marqués de Comillas, que tomó una parte activa en todos los trabajos de socorro.

El día 4, gran número de familias santanderinas dejaron la ciudad y buscaron refugio en los pueblos próximos. Por la Alameda Segunda veíamos el éxodo en coches, carros de todas clases y aun a pie, yendo los hombres cargados con los niños pequeños y con algunos efectos del ajuar. Por cierto que este empujido dió motivo a un incidente que se comentó durante mucho tiempo. Un redactor de la Agencia Mencheta telegrafió diciendo que la población «había huido cobardemente». Leer esto un grupo de jóvenes y enviar un telegrama de desafío al director de dicha Agencia, fué todo uno. Los dos que salieron a recomendar por el buen nombre de la ciudad, haciéndose intérpretes del gesto de todos, fueron don Felipe Quintana, marqués de Robredo, y don Regino S. de Cella. Pero no llegó a haber duelo. La Agencia periodística de toda clase de humillaciones terminó el incidente.

Los periódicos volvieron a salir el día 5, y sus primeras páginas parecían un osario, pues casi no contenían más que esquelas de defunción. Algunas de estas esquelas tenían un texto muy curioso. No anunciaban ningún fallecimiento, sino sencillamente «una desaparición», y en lugar de las frases rituales publicaban las señas del desaparecido, con el ruego de que quien le hubiese visto, vivo o muerto, se dignase avisar a sus parientes.

Era tal el número de heridos que, no bastando el Hospital de San Rafael, hubo que habilitar otros dos, uno establecido en el Gran Hotel del Sardinero y otro en Calzadas Altas en el edificio de una fábrica. De la dirección del primero se encargó un ilustre médico montañés, senador del Reino a la sazón, don Modesto Martínez Pacheco, que tenía a sus órdenes a dos jóvenes doctores, que después ocuparon puestos eminentes en la Medicina nacional: don José Ortiz de la Torre y don Jesús Sarabia Pardo. Director del segundo de estos hospitales fue un médico militar nacido en la Vega de Pas, que ya había adquirido gran renombre por sus atrevidas intervenciones quirúrgicas: don Enrique Diego Andrazo. A las órdenes de Madrazo trabajaron en el hospitalillo de Calzadas Altas los médicos santanderinos don Joaquín Santuste y don Manuel Sánchez Sarachaga. Otro médico joven que hizo sus primeras armas en aquellos días angustiosos fué don Vicente Quintana, el actual marqués de Robredo y cirujano notabilísimo.

Y con esto terminan mis impresiones personales de la explosión o sin catástrofes, como la llamamos siempre los santanderinos. No he querido extenderme en detalles porque necesitaría todo un libro para dar una idea pálida de lo que entonces pasó en Santander. Y necesito ya acabar este capítulo de mi infancia para entrar en lo que verdaderamente han de constituir mis «Memorias de periodista». Y hay que tener en cuenta que aún he de dedicar una parte a mis años del Instituto, en los que fui testigo de acontecimientos de tal bulto como las repercusiones que la guerra de Cuba y el desastre de 1898 tuvieron en el pueblo. Verdadera vida empezó con la explosión del «Machichaco».

PICK

MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

# EL INSTITUTO

*La voz de Cantabria 27 abril 1934*

Después de aquel día trágico que acabo de evocar, mi vida tomó un sesgo distinto a aquella alegre inconsciencia de la primera infancia. Ya sabía lo que eran la muerte y el espanto, sin necesidad de que los libros me lo dijeran con su retórica engañosa. Todavía, en el año siguiente, en 1894 y en su primavera, hubo una segunda explosión, que volvió a conmover a la ciudad. Fue también a últimas horas de la tarde. Yo estaba en casa. No revisité los caracteres espectaculares y apocalípticos de la primera. No hubo detonación, y sí sólo una sacudida seca, que hizo temblar las casas como deben de temblar en los terremotos. Era que había estallado la nitroglicerina disuelta entre los restos del «Cabo Machichaco», con motivo de los trabajos de extracción de cadáveres que estaban efectuando los buzos de la Junta de Obras del puerto. Hubo de nuevo muchas víctimas, entre ellas los buzos Fonseca y Villarrenaga, y cierto número de obreros que sobre unas barcas les ayudaban en sus faenas.

Con este motivo se produjo un nuevo pánico en la ciudad, que al día siguiente quedó casi desocupada. Todo el que pudo fué a vivir a los pueblos próximos, pues se creía que la dinamita hundida con el barco estallaría nuevamente y destruiría la ciudad. Nosotros nos fuimos a Cárceles, a una casa de campo que alquiló mi padre. Allí pasé unos días inolvidables, pues la vida del campo era una novedad para los niños llenos de sorpresas encantadoras. Montábamos en horriquillos, veíamos ordeñar, tomábamos la leche caliente y espumosa recién salida de la ubre de las vacas... Aquellos días cuentan entre los más felices de mi existencia. Mi padre iba todos los días a Santander, pues formaba parte de una de las Juntas de distrito que se habían formado para reconocer las casas del pueblo, muchas de las cuales amenazaban ruina. Al volver por las noches nos contaba las noticias de la ciudad. Una Comisión técnica había decidido volar los restos del «Machichaco» para alejar todo peligro de voladura involuntaria. Para esto, se publicó un bando decretando la evacuación del pueblo por las familias que aún seguían en él. Se acordó todo Santander con tropas para impedir el tránsito, y a una hora determinada, por medio de un dispositivo eléctrico, se hizo volar la dinamita que aún quedaba haber en las crujas de la catástrofe. Para sorprender los efectos de esta explosión fui con mis hermanos a la Peña Castillejo, en lo que ya había millares de personas reunidas con el mismo objeto. Muchas iban provistas de catalejos y de anteojos marinos. Llegó la hora fijada, y yo no pude darme cuenta de nada. Hubo quien dijo que había sentido la vibración del aire y hasta que había visto en el fondo de la bahía levantarse el agua. Pero los niños sufríamos una grave desilusión. Y volvimos a nuestra casa de Cárceles un poco carcañantes, tanto más que después de aquel episodio se acababa nuestra vida de aldeas y tendríamos que regresar a Santander.

Así sucedió. Pero Dios se apladó de nuestras cuitas infantiles y nos dió como alivio una vida de campo dentro de nuestra vida ciudadana. Porque mi familia cambió por aquellos días de casa. Dejamos la calle de Rubio y el barrio de la Florida y fuimos a vivir a Cuatro Caminos, que entonces era casi completamente aldea y campo. Hacía muy poco que se había empezado a edificar aquella barriada. El Matadero y la plaza de toros estaban recién construídos. Enfrente del Matadero un rico taballero, don Vicente Campos, había edificado una casa moderna, que aún está en pie como estaba entonces, sin ningún cambio en su disposición ni en su estructura. El proyecto de esta casa lo hizo mi padre, que dirigió también su construcción, y a vivir a ella nos fuimos.

Por todas partes nos rodeaba el campo. Desde el pie mismo de nuestra casa empezaba una gran pradera, que llegaba por un extremo hasta la vía del Norte y por otro hasta Compiégnon. Era el llamado «Prado de Villacampas», donde hoy se han abierto varias calles y donde se ha establecido la Casa de Salud Valdeciella. Desde Cuatro Caminos iba yo con mi hermano Agustín a la escuela de don Santiago, en la calle del Peso, y por las noches a dar lección de dibujo a un taller de pintura que don Nemesio Fernández Anlana tenía en la Alameda Primera. Mi padre creía que el dibujo era una cosa esencial en la vida, y se propuso que yo y mis hermanos lo aprendiéramos. Yo, desde el primer momento, demostré mi absoluta incapacidad. No así mi hermano Agustín, que llegó a dibujar y a pintar muy bien, y que, de no haber muerto en edad temprana, hubiese destacado sin duda alguna como artista.

Mi hermano mayor Germán había acabado ya el grado de bachiller y cursado los estudios de Náutica. No sé qué idea le dió de ser marino, pues en nuestra familia no había antecedentes de esa profesión. Sólo un tío de nuestra madre, don Mariano Lastra, había sido un capitán famoso, primero de barcos de vela y luego de los primeros buques de la Transatlántica. Mandó la «Hermosa Transmiera», y era un caballero al que los cubanos que traía deportados a la Península, cuando la primera insurrección de Cuba, le dedicaban cantares, de los que recuerdo uno:

«Sabe ser bondadoso  
con la desgracia  
el capitán de barco  
Mariano Lastra.  
Al beber vino,  
un brindis conságuenos  
a este marino.»

Pero este tío lejano había muerto hacía tiempo y su ejemplo pudo influir muy poco en nuestras aficiones. El caso es que mi hermano estudió Náutica y que embarcó como agregado en el trasatlántico «Catalina», de la Compañía de Pinillos, que mandaba don Eduardo Fano, padre del actual capitán del «Cristóbal Colón». Eran precisamente los días en que acababa de estallar en la Isla de Cuba la insurrección que había de arrancarnos los últimos restos del imperio colonial. José Martí había dado el grito liberador en Baire, sellando con su sangre y vida su audaz intento. España mandó a combatir la insurrección seis batallones llamados «peninsulares» o «expedicionarios», formados con gente de distintos cuerpos. Se creía que con este esfuerzo habría bastante. Algunos de estos batallones embarcaron en Santander, vestidos ya de ravado, y con este espectáculo la ciudad se animó un poco. Nadie daba importancia a la insurrección, y los embaibos, como se llamaba a los insurrectos, inspiraban el más compasivo desdén. Al que se hubiera atrevido entonces a insinuar el final desastroso de 1898 se le hubiera tenido por un loco malicón, digno de la celda de fuerza o de la muerte. En aquellos años todo era alegría y optimismo; euforia, como se dice ahora.

PICK

*Carta a Tío de la Catástrofe del «Cabo Machichaco» y de la explosión de la dinamita en la bahía de Santander.*



## MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

**EL INSTITUTO***"LA VOZ DE CANTABRIA" 28 de mayo 1909*

Aquel entusiasmo ciego e irreflexivo; aquel optimismo a prueba de desdichas, había de durar tres años, no obstante las cosas infaustas que en ellos ocurrieron. Durante esos tres años—de 1895 a 1898—hasta que nuestras escuadras fueron destruidas en Manila y Santiago, la fe nacional en el triunfo absoluto no se resquebrajó un momento sólo. Hasta que el desastre nos hirió con un golpe de maza, de cuyo aturdimiento no nos hemos repuesto todavía, creímos como en un axioma, como en una verdad tan evidente, que no necesita demostración, que el soldado español era invencible, que no precisaba de medios materiales para luchar y que se bastaba para hacer frente a todas las potencias de la tierra. ¿No habíamos vencido así en la Guerra de la Independencia? ¿En Flandes y en Ombra? Los manuales de historia estaban al alcance de todos y el recuerdo de nuestras viejas glorias era el latiguello obligado de poetas, de oradores y de articulistas. Acababa de estrenarse una zarzuelilla patriótica, «Cádiz», y su célebre marcha no tardó en convertirse en himno nacional. Fué el pasodoble de «Las corsarias», de finales de siglo. Las músicas tocaban el himno en todos los embarques de tropa (que se sucedían cada vez con mayor frecuencia, pues pronto se vió que los seis batallones expedicionarios, enviados al principio, no bastaban, y se mandaban ya regimientos de línea, unidades de caballería, artilleros, en fin, todo lo que había disponible en el Ejército de la Península). Los niños, inflamados también de ardor patriótico, cantábamos en nuestros juegos, hasta enronquecer, la letra de la marcha, que después hicimos responsable de nuestra derrota:

«Que viva España,  
que vivan los valientes  
que vienen a ayudar  
al pueblo gaditano,  
que quiere pelear...!»

Desembarcó en Santander el capitán general de Cuba en el momento de producirse la insurrección, don Emilio Calleja, que fué relevado por tildarse su política de contemporizadora y pastelera. En su lugar se envió a la Isla nada menos que a don Arsenio Martínez Campos, el caudillo de la Restauración, y al que los españoles de entonces consideraban punto menos que como un Molke. Los periódicos venían llenos de las hazañas de nuestro Ejército, que emulaban las glorias más sonadas de la antigüedad. Siempre era lo mismo: una columna española derrotaba a fuerzas insurrectas cien veces superiores y las ponía en fuga con enormes bajas. Así un día y otro. Y nadie se paraba a pensar cómo con tan repetidas victorias la guerra proseguía aún y quedaban cubanos con armas en el campo.

Y el hecho es que quedaban y que su número aumentaba todos los días. El propio general Martínez Campos llegó a estar en serio peligro de ser copado en la batalla de Peralejo, en la que murió el general Santocildes. Antonio y José Maceo, Máximo Gómez, Quintín Banderas, el polaco Roloff, Serafín Sánchez y otros cabecillas adquirían una negra celebridad. Nosotros nos vengábamos insultándolos en artículos, poesías, discursos y cantares. Les llamábamos bandidos, incendiarios, negraces, mambises y «laborantes». Por las calles se cantaban coplas como esta, con aire de guajira:

«El que diga que Cuba se pierde,  
insurrecto, canalla, tunante,  
traidor y laborante  
y mal patriota es...»

*de Cuba (nada de patriota)*



En Santander, a raíz de la explosión, en que el pueblo quedó sin servicio de incendios, se produjo un gran movimiento popular para reorganizarlo. El Ayuntamiento llamado «de guante blanco», elegido después de la explosión, y del que formaban parte las personas más calificadas, reorganizó de un modo espléndido a los bomberos municipales, dotándolos de un material moderno, de que hasta entonces habían carecido. Pero no pareciéndole esto suficiente al vecindario, se creó por suscripción pública el Real Cuerpo de Bomberos Voluntarios, en el que se inscribieron muchos muchachos elegantes, como Juan José Quintana y Ricardo Ruiz Pellón. Fué primer jefe de este Cuerpo el teniente coronel de Ingenieros don Luis Torres Quevedo, hermano del que después fué sabio inventor, don Leonardo. Al poco tiempo, este jefe fué destinado al Ejército de operaciones de Cuba, y en un banquete de despedida que se le dió, un poeta local brindó con la siguiente redondilla, que produjo un entusiasmo indescriptible:

«Vuestro jefe va a luchar  
con cobardes incendiarios.  
¡Viva el jefe militar  
de Bomberos Voluntarios...!»

La redondilla refleja exactamente la mentalidad de aquella época. Los que se batían en Cuba contra nosotros no eran más que incendiarios cobardes. ¡Ay! Pero el incendio que encendieron no se podían apagar todos los bomberos voluntarios de España...

A poco fué relevado Martínez Campos, a cuya política de humanidad y contemporización se atribuía que no hubiese terminado ya la guerra. Para sustituirle fué nombrado don Valeriano Weyler, capitán general de Cataluña y hombre de una feroz energía, que cortaría por lo sano y metería a los rebeldes en un puño. Para entonces había caído el Gobierno liberal, en que figuraban Sagasta, Maura y Gamazo, y subió al Poder el partido conservador, con don Antonio Cánovas como jefe del Gobierno y el general Azcárraga como ministro de la Guerra. ¡Ahora verían los cubanos lo que era bueno!, pensaban todos. Porque con Weyler fueron a la Isla muchas más tropas y los embarques en Santander estaban a la orden del día. Los soldados expedicionarios, por no haber cuarteles suficientes, se alojaban en los domicilios particulares. Nosotros tuvimos muchos alojados, que mi familia no quiso enviar a las posadas, pagándoles el hospedaje, como hacían algunos distinguidos patriotas, sino que dormían bajo nuestro techo y se sentaban a nuestra mesa. Recuerdo la alegría y el entusiasmo de que iban poseídos aquellos pobres hombres. Muchos llevaban la guitarra con ellos y la cuidaban tanto como al fusil. Por las mañanas se oía en las calles la diana de clarines, cuando las fuerzas expedicionarias eran de Caballería. Los días de embarque acudía al muelle todo el pueblo, y el obispo Sánchez de Castro arengaba a la tropa desde el puente de los trasatlánticos.

Vivíamos en pleno fervor bélico. Como si no bastase este espectáculo, repetido un día y otro, por no sé qué causas, la guarnición de Santander dejó los paellones de la Exposición y fué a alojarse en la plaza de toros, es decir, delante y a pocos metros de donde yo vivía. Me familiaricé tanto con la vida militar, que soñaba en ser militar yo también y en batirme, apenas fuera hombre, contra todos los enemigos de la Patria, por muchos y terribles que fuesen.

PICK

## MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

## LA FERIA

"LA VOZ DE CANTABRIA" 4 MAYO 1984

En tanto que la guerra de Cuba seguía su curso, y en Santander, que era uno de los principales puertos de embarque de tropas, se sucedían las escenas de entusiasmo patriótico de que he dado una pálida idea, la vida local continuaba con su ritmo de siglos, si bien se empezaban a notar ya, por los observadores más despiertos, los síntomas inequívocos de la nueva era que se estaba incubando desde los días que siguieron a la Explosión. Uno de estos síntomas era un mayor ímpetu en el vivir; la gente había salido del horrible trance con un ansia exacerbada de gustar las mieles de la juventud. Empezaba a parecer estrecho el marco de la ciudad con sus costumbres morigeradas y su moral de aldea. Se soñaba con un pueblo grande y se esbozaban proyectos de transformación. Se iniciaba la boga del olvidado Muelle y del Sardinero. Un alcalde, don Francisco Aparicio, acometió la construcción del primer trozo de paseo, al que se dio el nombre francés de «Boulevard», sin duda como un grito contra el estancamiento de muchos años, y en pro de la europeización, aunque aún no se hubiese lanzado a las polémicas este vocablo. Al mismo tiempo, se acometió la obra del relleno de la dársena de los pataches, para establecer jardines en su extensa área, y la Compañía del Ferrocarril de Solares, que no tardaría en convertirse en línea Santander-Bilbao, alzaba sobre las escombreras del primer relleno un pabellón de tablas destinado a estación. La Segunda Alameda, como si comprendiese que aquello significaba la muerte de su hegemonía como centro de reunión y paseo del Santander elegante, y para despedirse de un modo digno de ese destino honroso, redoblaba su esplendor en las ferias de aquellos años, que fueron de las más brillantes de que hago memoria.

La Feria! Se dice pronto lo que era la Feria de Santander en aquellos años. Pero para describirla, para comprenderla, es necesario haberla visto y haber sentido su encanto ingenuo, acariciándonos el corazón y los sentidos durante la infancia! Como yo vivía en el final de la Alameda, pude ser testigo de la animación de colmena que desde muchos días antes de Santiago se adivinaba de aquellas barriadas.

Casi desde principios de julio se empezaban a amurar las casetas de madera por un ejército de carpinteros y peones. Se armaban también los arcos de hierro para la iluminación por gas. Frente a la plaza de Numancia se colocaba el arco monumental, alarde arquitectónico, constituido por tres arcos concéntricos, en los cuales se fijaban hileras de bombillas de varios colores, que al encenderse producían un efecto fantástico. En el arranque de los arcos, bombonas de gran tamaño de cristal rojo, azul o amarillo daban más encanto a la iluminación. Luego seguían los arcos sencillos, provistos de bombillas blancas en número crecendísimo, pues ocupaban toda la Alameda hasta El Verdoso. Esta iluminación se encendía la víspera de Santiago, y encargados de tal menester estaban unos faroleros, subidos en unas grandes plataformas movidas sobre ruedas, que lentamente iban de arco a arco, y los hombres encaramados arriba, con el auxilio de unas pértigas en cuya punta ardía una llama, iban encendiendo las bombillas una a una. Cuando las plataformas rodantes empezaban a moverse y la iluminación se iba encendiendo, los chiquillos nos estremecíamos de júbilo, porque aquel espectáculo no tenía par con ninguno de los otros que por entonces se ofrecían a la infancia.

La víspera de Santiago tenía lugar por la noche la inauguración oficial de la Feria. Todos los arcos estaban ya encendidos y del Ayuntamiento o de la Plaza de Pombal salía un cortejo, en el que figuraban carrozas alegóricas. Rompían la marcha heraldos a caballo y la Banda de la Caridad, llamada también de la «Sopa de Ajos», que dirigía el maestro Ahedo. También formaban en este cortejo los Bomberos municipales y Voluntarios, llevando antorchas encendidas. Y entre un estrépito de cohetes y bombas, de músicas y gritos, se ponía en movimiento el confuso tropel, al que estaba mezclado todo el pueblo. Las clases disimuladas, las familias del Muelle, esperaban van en la plazoleta central de la Alameda, en los bellos jardines de las fuentes, y en el templete que allí se alzaba tocaba una Banda de música militar, contratada por el Ayuntamiento en Victoria o Logroño, o cantaba un Orfeón.

Al mismo tiempo atronaban los órganos de las barracas, aquellos órganos inolvidables que eran verdaderos monumentos arquitectónicos, con varios pisos, en cada uno de los cuales hacían sonar largas cornetas filas de pajes de la Edad Media, de enanos barbudos, copiados de los cuentos de Perrault y Andersen, y caballeros dieciochescos, de peluca y casaca roja. Todos en miniaturas deliciosas y que automáticamente movían los brazos o alzaban o bajaban la corneta. En estas barracas se exhibían las figuras de cera que representaban el papel que los actuales noticiarios de «ciné», porque reproducían plásticamente los episodios que apasionaban a la opinión. Así, vimos a Eugenia Balaguer en capilla; el asesinato del Presidente de la República francesa, Sadi Carnot, y como evocación histórica, el último cuadro de la Guardia Imperial en la batalla de Waterloo. Las figuras de cera eran uno de los espectáculos más impresionantes de que yo me acuerdo. Había, además, fieras amaestradas, que el domador hacía evolucionar como corderillos restallando un terrible látigo con puño de plata. El domador iba siempre vestido de húsar austriaco, con muchos brandeburgos y condecoraciones; con bota alta, charolada, pantalón blanco y casaca azul. El domador se llamaba siempre el capitán, y tenía, por lo regular, apellido extranjero.

En una de estas barracas vi yo a Mallén por primera vez. En ellas se exhibió aquellos años un horriquillo sabio que sabía contar y contestaba con su patita y moviendo la cabeza a lo que el domador le preguntaba. El horriquillo se llamaba «Rigoletos», y llegó a ser muy popular, tanto, que se dio su nombre a un chico muy travieso llamado Luis García, que con «Rigoletos» se quedó. «Rigoletos» fue hasta su muerte, ocurrida hace muy poco. Era este Luis García uno de los chicos que mejor se pegaba en el pueblo, y en las churras y engarras con los señoritos o echupatistas se hizo temible. A nosotros, que éramos mucho más sanquederos que él, nos infundía verdadero terror. De hombre, este Gavroche santanderino fue tan plateresco como de muchacho; ejerció todos los oficios del aventurero: navegó, anduvo por América de saltimbanqui, fue puntillero en nuestra plaza de toros, hizo de «Don Tancredo», y, como aeronauta, en globos de lona remendada, inflados de humo, realizó ascensiones arriesgadísimas. Poscía un valor temerario. En sus años de aeronauta de Montgolfier, se llamó también, con arreglo a la tradición, el Capitán Rigoletos.

PICK

## MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

## LA MUERTE DE MACEO

*LA Voz de CANTABRIA - 5 MAYO 1894*

Sin que dejaran de marchar tropas a Cuba en todos los correos que salían de nuestro puerto, empezó el triste retorno de los que volvían de la Isla, licenciados por la epidemia y las privaciones. Al principio no se daba importancia a aquella triste repatriación de hombres esqueléticos, amarillos, con una lividez de cera en los rostros y que temblaban en pleno verano envueltos en mantas no bien ponían los pies en el muelle. Poco a medida que su número iba aumentando, la opinión se alarmó un poco y empezó a preguntarse con angustia qué es lo que pasaba en Cuba y por qué aquellos hombres, que meses antes habían embarcado entre rasguños de guitarra y coplas patrióticas, volvían en aquel lamentable estado.

Pero el pesimismo que en algunos sectores se iniciaba no llegó a cuajar, porque a fines de 1896—exactamente el día 7 de diciembre—la columna del comandante Cirujeda, del batallón de San Quintín, operando en el linde de las provincias de Pinar del Río y de la Habana, batió a una partida insurreccional que acababa de franquear la célebre trocha de Júcaro a Morón, y mató a varios insurrectos notables, entre ellos el general mulato Antonio Maceo, y a un hijo del generalísimo Máximo Gómez.

Al conocerse la noticia en España, la nación entera vibró en un entusiasmo enfermizo, que indicaba bien a las claras el estado alarmante del alma nacional. Parece mentira que se pudiera conceder tanta importancia a la muerte de un hombre, siquiera éste fuera una personalidad tan relevante como el héroe de la Independencia antillana. El pueblo español creyó de buena fe que, muerto Maceo, se acababa la guerra, de la que se sentía ya cansado, aunque no lo quisiese confesar. En Santander cantábamos en las romerías, en todas las fiestas y en los corros de las calles:

«Maceo, tú eres traidor;  
tú no has nacido en España;  
la gente que te acompaña  
no tiene patria ni honor.»

Así que cuando se supo la noticia de la muerte del odiado enemigo, el sentimiento popular de los santanderinos se desbordó en una manifestación tumultuosa, que duró varios días. Yo recuerdo muy bien aquellos momentos, pues como es de suponer, no perdí detalle del emocionante espectáculo, al que sumé mi voz infantil dando tantos gritos como el que más y coreando los cantos patrióticos que improvisaban las mujeres del pueblo. El núcleo de estas manifestaciones lo constituían las vendedoras de pescado, que sacaron las pañoleras tradicionales de los grandes días de júbilo, y en bulliciosa procesión se echaron a la calle, arrastrando tras ellas a todo el elemento juvenil, y en especial a los muchachos del Instituto. Los grupos, que recorrían todo el pueblo, cantaban:

«¡Arriba la flor y abajo el romero;  
los de San Quintín han matado a Maceo!  
¡No revivirá,  
que el tiro fué certero!»

De vez en cuando se hacía el silencio; los manifestantes se paraban y formaban corro, y un orador improvisado, encaramado sobre un farol o un banco del paseo, arengaba a los grupos, aprovechando la ocasión para pedir que se declarase la guerra a los yanquis, en los tocneros de Chicago, cuyas relaciones con España estaban siendo ya muy tensas, a consecuencia de los incidentes de la guerra. Entre estos oradores recuerdo a un chico muy travieso, el mayor de los hermanos Alonso, de la Librería Religiosa de la calle del Puente, de que ya he hablado. Este Alonso, que era jorobado, capitaneaba una de las manifestaciones y habló desde el templete de la música de la Plaza de la Libertad, diciéndole que después de haber dado muerte a Maceo, nuestro Ejército debía desembarcar en los Estados Unidos y conquistarlos para España. Le aplaudieron mucho, y se quedó tan fresco.

Otro caudillo popular era un paraguero cojo, apodado «Arenques», que con su mujer, una harpa llamada «la Gloria», que siempre estaba borracha, figuraba en todos los ziplazes que se armaban en Santander en aquellos días. «Arenques» iba al frente de los grupos blandiendo una pesada barra de hierro, con la cual amenazaba a no sé qué hipotéticos enemigos.

Las manifestaciones, después de haber dado mil vueltas a la ciudad y de detenerse ante el Gobierno civil, obligando a que hablase el gobernador, fueron por el Alta al cuartel de María Cristina para saludar a los soldados, que ya estaban aposentados en él. Al mismo tiempo, la Banda municipal recorría las calles entonando la «Marcha de Cádiz», el himno que, a nuestro juicio, había de llevarnos a la victoria.

El comandante Cirujeda, cuyo encuentro con Maceo fué casual, y que no se enteró de que le había matado hasta mucho después de la acción, pasó a ser un héroe popular, colocado en el mismo altar de veneraciones que Daoiz y Velarde. De golpe ascendió varios grados y acabó la guerra de general, con destino en el Cuarto Militar de la Reina Regente, cargo para el que no servía, pues era un militar rudo y la etiqueta palatina le hacía tanto daño como el cuello planchado. Pero en aquellos días todos estábamos creídos que habíamos encontrado en Cirujeda nuestro Napoleón, y que entre él y Weyler reconquistarían para España toda la América, de Norte a Sur.

Este optimismo no se desvaneció ni con la noticia desagradable de haberse sublevado las Islas Filipinas, hecho que ocurrió en el año 1897. Teníamos, pues, que batirnos en las dos extremidades del mundo. Pero también allí la gloria militar nos nimbaba. El general Polavieja batía a los rebeldes y fusilaba al poeta y médico Rizal, sin sospechar que con este acto separaba ya para siempre al pueblo filipino de España. Tampoco lo sospechábamos los españoles, chicos y grandes, a quienes nos parecía de perlas aquel fusilamiento, como nos parecía magnífico el sistema de Weyler de los campos de concentración y otras medidas, que nos ponían en contra de todo el mundo. Es muy difícil que en ningún momento de la Historia vuelva a darse un caso de estado de espíritu semejante.

PICK



## MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

## EL DILUVIO

LA VIZ DE CANTABRIA = 6 MARZO 1894

Sobre nuestra inconsciencia, que respondía a la historia amañada—guarda de tópicos y de baladronadas huecas—con que se nos había destetado, cayó de improviso como un diluvio en un día de agosto el desastre de 1898. Tan de improviso nos cogió, que aún no se ha secado nuestra ropa. Nos calamos hasta los huesos.

Los sucesos, a partir de 1897, se fueron precipitando con una velocidad de vértigo que no daba tiempo a la defensa. En el verano de aquel año fué asesinado en el balneario de Santa Agueda, en Guipúzcoa, el jefe del Gobierno y del partido conservador, don Antonio Cánovas. Lo mató el anarquista italiano Angiolillo. En el pueblo hubo un momento de estupor. ¿Qué iba a pasar? Mi padre, que volvía de la provincia donde había estado dedicado a trabajos de agremiatura, entró en casa la noche del crimen consternado. Yo no podía conocer el alcance de estos hechos, pero por la preocupación que veía en todos, deducía que nos amenazaba un peligro grave.

A Cánovas le sucedió durante unos pocos meses el general Azcárraga, también al frente de un Gobierno conservador. Luego hubo crisis; subieron al Poder los liberales, con Sagasta y Moret en la cartera de Ultramar, para aplicar la autonomía. Tal remedio, que unos años antes, cuando Maura abogaba en vano por la reforma del régimen de las Antillas, hubiera sido salvador, entonces no resolvía nada, por tardío; los cubanos, conscientes de su fuerza, no querían arreglos con España. Se relevó a Weyler y fué a sustituirle el general Blanco. También en Filipinas Polavieja había sido reemplazado por don Fernando Primo de Rivera, que pactó con el cabecilla Aguinaldo la efímera paz de Biñan.

Cada vez más tirantes las relaciones entre España y Norteamérica, el Gobierno de Washington envió a principios de año el acorazado «Maine» al puerto de la Habana. Sagasta contestó enviando nuestro nuevo crucero «Vizcaya» a Nueva York. La guerra la queríamos todos, y aunque el «Maine» no hubiese volado de un modo misterioso en su fondeadero de la Habana el día 21 de febrero, se hubiera producido. Estábamos seguros de vencer, y la Prensa española enloquecía al pueblo con informes falsos. Aún recuerdo un número que por aquellos días publicó «Nuevo Mundo»—que acababa de aparecer en forma de revista—, con las fotografías de la escuadra española. ¡Aquello daba miedo! Cincuenta o sesenta barcos, con nombres aparatosamente bélicos, aparecían reñados. Bien es verdad que se incluían guardacostas, carboneros, trasatlánticos, cacharros inútiles y hasta viejas fragatas con casco de madera. Pero esto no lo comprendimos hasta mucho después, hasta que el desengaño nos quitó la venda de los ojos.

La Prensa—vuelvo a repetirlo—tuvo una gran responsabilidad entonces. En los periódicos se leían «versos» como estos:

«Aunque por falta de cuartos  
se acaben las bayonetas,  
siempre podrán darse cargas  
con navajitas de a tercia.»

Se decía también que como España se había reservado el derecho a la guerra de corso, con barcos mercantes armados para ello acabaríamos con Norteamérica. Hasta que la voladura del «Maine» y la declaración de guerra plantearon el problema en la realidad, arrinconando la retórica. En Santander lo celebramos con nuevas manifestaciones, cánticos y silbidos ante el Consulado norteamericano. Recuerdo que cantábamos:

«¡A Mac Kinley le han salido  
dos granos en la mollera:  
uno se llama Cubita  
y otro se llama Cervera!»

Y este estribillo:

¡Ele con bamba!  
¡Candilé!  
¡Sombrero de copa alta  
gasta Mackinley!»

Una de las familias españolas que primero sintieron el contragolpe de la guerra fué la mía. Mi hermano Germán, que hacía sus viajes de prácticas en el trasatlántico «Catalina», y que se hallaba en Nueva Orleans, salió de este puerto un día antes de romperse las hostilidades, silbado y apedreado por una multitud enorme que llenaba el muelle. Y cuando llegaban a la vista de la Habana, donde pensaban refugiarse, fué apresado por la escuadra yanqui, que se hallaba ante el puerto. Se llevó el «Catalina» a Cayo Hueso, y allí permaneció hasta el fin de las hostilidades. Con este motivo, reinaba en casa una honda inquietud, y el entusiasmo bélico que sentíamos estaba amortiguado por aquel contratiempo.

El 2 de mayo se supo la destrucción de nuestra escuadra de Cavite. Nos dejó doloridos, pero no desalentados. Aquello podía ser un episodio, pero no pre- juzgaba nada. La escuadra de Cervera que iba hacia América, después de acabar con los yanquis, volvería al Pacífico para vengar la gloriosa derrota. La entrada de Cervera en Santiago de Cuba provocó un entusiasmo indescriptible. En la escuadra iban bastantes montañeses. Su jefe de Estado Mayor era el sabio hijo de Santa Cruz de Igüa, don Joaquín Bustamante y Quevedo. Bustamante, que mandó las fuerzas de desembarco que ayudaron a la defensa de la plaza, fué herido gravemente en las Lomas de San Juan y murió de sus heridas. Un alférez de navío, hermano de nuestro amigo don Julio Polanco, de Molledo, pertenecía a la dotación del «Almirante Oquendo» y murió en su torre de proa el día de la destrucción de la escuadra. También en el «Oquendo» iba un guardia marina santanderino: don Quirino Gutiérrez Colomer, que el mismo día se batió bravamente. Todos estos motivos, unidos a los patrióticos, justificaban la ansiedad que en aquellos días se sentía en las calles.

Recuerdo el día de principios de julio en que llegaron a Santander las noticias del desastre de Santiago. Llegaban en telegramas cortos, que primero anunciaban una gran victoria; que luego hablaban de dolorosas pérdidas y que al final, a última hora de la tarde, referían ya la catástrofe en toda su crudeza.

En el portal de la casa en que yo vivía trabajaba un zapatero de sainete, patriota exaltado, que pronunciaba cálidas arengas. Cuando se supo que la escuadra había salido de Santiago rompiendo el cerco de los yanquis, y que navegaba rumbo a la Habana, el maestro de obra prima soltó el tirapié y, sin quitarse el mandil, subió como un loco a todos los pisos, dando vivas a España. En la calle había una animación extraordinaria: la gente se abrazaba sin conocerse; las mujeres lloraban.

—¡Ahora a Nueva York!—decían muchos.

Luego otro parte hablaba de la pérdida de los destroyers y de averías en el «Infanta María Teresa». Se recalca mucho lo de «la lucha heroica y desigual». Aquello empezó a helar el entusiasmo. Cuando se supo toda la horrenda verdad, el pueblo quedó como muerto. Nadie lo quería creer. ¿Pero era posible? Algunos empezaron a hablar de «traiciones y ventas». Surgía la generación pesimista y desalentada del 98. En mi casa sólo nos ocupábamos de ponernos en comunicación con Cayo Hueso, donde estaba prisionero mi hermano.

PICK

FIN DE LAS MEMORIAS DE LA INFANCIA

## MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

## LOS DIOSES EN SU OLIMPO

*La Voz de Cantabria 28 julio 1906*

Conoci a don José María de Pereda cuando ya había dejado de escribir, tras de poner firma y fecha en la última cuartilla de «Pachín González», y cuando yo no era periodista, ni pensamientos tenía de serio. En aquella época, Pereda y don Marcelino eran los dioses mayores de nuestro Olimpo; dos seres casi sobrenaturales que, a pesar de vérselos todos los días en carne mortal, adquirían caracteres de mito a los ojos del pueblo, que tanto había oído hablar de ellos, que los consideraba como cosas fuera de su alcance. Yo participaba de esta devoción, que en mí tenía ribetes de superstición religiosa. A don José María lo vi muchas veces a la puerta de la célebre «Guanterías» de la calle de la Blanca, rodeado de su corte provincial. Formaban esta corte, además de Pedro Alonso, el granero, don Genzalo Cedrón, don Satoroso Quintanilla, don Federico Val, «Pedro Sánchez» y algunos otros. Don José presidía como un rey aquella tertulia, y todo el que pasaba por la calle se quedaba mirando con respeto y admiración al célebre autor de «Sotileza». Cuando murió, en marzo de 1904, yo estaba navegando y no pude presenciar el espectáculo imponente y grandioso de su entierro. En cambio, me cogió de lleno en el periódico toda la conmemoración de su gloria, que culminó en la erección de su monumento y en el discurso magistral que en aquel acto pronunciara el otro dios de nuestras letras, don Marcelino Menéndez Pelayo.

Tardó en realizarse el homenaje. Pasaron algunos años desde la defunción hasta que el Ayuntamiento, por iniciativa del alcalde, don Pedro Bustamante, adoptó el acuerdo de abrir una suscripción pública para erigir la estatua, y provocó a un concurso entre los escultores españoles para premiar el mejor proyecto. Por cierto que este último trámite fué motivo de apasionadas discusiones en que se dividió la opinión pública, y en que yo intervine desde la Prensa. Uno de los concursantes era don Lorenzo Collaut Valera y otro el señor Carretero, artista de la vieja escuela, autor de varias estatuas en distintas capitales de España, entre otras, la de Zorrilla, de Valladolid. Su boceto era de corte académico, muy a tono con el gusto entonces dominante. De su parte estuvieron los señores de edad de la Junta provincial de Monumentos, que fué la encargada de fallar el concurso. A Collaut Valera le apoyaba el elemento joven. Creo que hubo empate en la votación, y al fin fué elegido el proyecto de Collaut Valera, no sin que protestase Carretero, al que secundaron otras personas. Al fin, tras de este apasionado episodio se alzó la estatua de Collaut, y se verificó su solemne inauguración el 11 de enero de 1911. El rey confirió su representación a don Marcelino Menéndez Pelayo, que leyó un discurso maravilloso que terminaba con esta invocación: «¡Y tú, mi inmortal amigo, parte grande de mi alma, amigo de los de mi sangre antes de que yo naciera!» Es la única vez que oí hablar en público a don Marcelino y experimenté una emoción que todavía siento en mí, después de tantos años.

Aquella misma noche, la compañía de Villagómez, que actuaba en el teatro de la calle del Arcillero, celebró una solemne función en honor de Pereda, y se me pidieron unos versos, que debía leer una actriz. También enviaron poesías José Montero y Ramón Soiano, magníficas la de este último, que empezaba así:

«¡Nervios y corazón, mente y entraña,  
alma sensible y fantasía inquieta;  
recio vigor robado a la Montaña;  
espíritu español, voz de poetas

Los versos míos los leyó una damita joven de una rara belleza y de un honrado sentimiento artístico. Se llamaba Conchita Robles. Tras de aquella fiesta fui un buen amigo suyo. Desde Buenos Aires, a donde fué con su compañía, me escribió anunciándome su boda con un jefe del Ejército español, el comandante Berdugo. Parecía muy ilusionada con aquel matrimonio. Yo me alegré mucho, porque la estimaba verdaderamente. Se casó, en efecto, y se retiró del teatro. Pero le duró poco la felicidad. Al cabo de algún tiempo, el matrimonio se separó, y Conchita volvió a la escena a ganarse la vida. Representando en Almería «Santa Isabel de Cerse», su marido, que estaba en una butaca acechándola, la disparó no sé cuántos tiros, dejándola muerta en escena. Este recuerdo trágico está asociado al que conservo de la conmemoración de Pereda en el año 1911.

A don Marcelino le vi más de cerca que al autor de «Sotileza» y estuve en tertulias a que él asistía en la tienda de Basáñez. Algunas tardes de verano que pasaba en Santander entraba en la tienda y se sentaba a descansar. Cambiaba muy pocas palabras. Sólo Roberto Basáñez le hacía algunas preguntas, a las que le oí recitar capítulos enteros de «Las ideas estéticas» sin vacilar, sin perder una frase ni una coma. El capítulo sobre el romanticismo francés lo decía de un modo admirable, y la prosa tersa de don Marcelino adquiría en sus labios devotos calidades humanas, que doblaban la emoción de pleza maestra de la literatura. Don Marcelino pasaba por Santander casi siempre solo. Le vi alguna vez acompañado de su hermano Enrique o de su gran amigo don Genzalo Cedrón —les unía una amistad fraterna—. Pero los paseos los daba solo. Al fin de ellos entraba a descansar en la tienda de Basáñez o en la librería de la calle del Correo—recordad entonces de Julio Verdugué, el dueño hoy de «Libros», de la calle de Cedaceros, de Madrid—, o en el Café Sulzo.

PICK



MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

# EL CREPUSCULO DE LOS DIOS

*de Voz de Cantabria 29 julio 1934*

Don Marcelino Menéndez Pelayo murió el 19 de mayo de 1912, a la hora azul de un crepúsculo de primavera. Una noche negra se cernió sobre la calle de Gravina y las inmediatas—el cogollo de mi barrio latino, del querido barrio de la Florida en que nací y en que se desarrolló mi infancia—. Es muy difícil reflejar literariamente la emoción de Santander al difundirse la infausta noticia. Yo conservo vivas todas aquellas impresiones porque seguí los acontecimientos muy de cerca. Era una época de gran actividad periodística mía. Además del periódico santanderino en que trabajaba colaboraba en «El Pueblo Vasco», de Bilbao, recién fundado, con cuyo director, el ilustre periodista don Juan de la Cruz, me ha unido desde aquellos tiempos una buena amistad, y en «El Mundo», de Madrid, también en sus primeros años, y que se presentaba con un gran decoro, sobre todo de colaboración. Entre las firmas nuevas que imponía en sus páginas figuraba la del humorista Julio Camba, que luego fué famoso. Mejor dicho, lo fué desde entonces, pues sus crónicas de «El Mundo» son quizás las más agudas y más frescas de su inagotable repertorio. Otra colaboración que cultivaba yo era la de «La Epoca», cuyo director y propietario, el señor marqués de Valdeiglesias, me había confiado algunas misiones de importancia cerca de los políticos que veraneaban en Santander. (Recuerdo una visita confidencial que hice a Maura en su chalet de los Pinares, en un momento grave del problema marroquí, y en ocasión en que el jefe conservador había dado órdenes de no recibir a nadie; pero bastó que yo le hiciese pasar el telegrama de Valdeiglesias para que me abriese las puertas y departiese largo rato conmigo.)

Por todos estos motivos, la muerte del gran español y gran santanderino, además de lo que había de afectarme por lo que suponía para mi fervoroso culto a su gloria, me interesaba mucho por los periódicos que había de servir. En toda aquella noche no me separé del chalet de la calle de Gravina, donde estaba aún caliente el cuerpo del insigne poógrafo. Recuerdo el aire conternado de las personas que estaban allí; Alberto López Argüello era una de ellas; creo que otra, don Paulino García del Moral, que por ser vecino muy próximo—vivía en la esquina de las calles de Magallanes y Gravina—fué uno de los primeros en acudir con su familia. En seguida empezaron a llegar gentes de todas las clases sociales, que tras de haber invadido la casa, taponaron las calles inmediatas de Magallanes, Rubio y, por supuesto, la de Gravina.

El Ayuntamiento se reunió en seguida en sesión. Lo presidía don Angel Llorca. Uno de los concejales era Ruano. Se acordó trasladar el cadáver al salón de la Alcaldía, convertido en capilla ardiente. Y ya de noche, la Corporación municipal, precedida de sus maceros, se trasladó a la casa mortuoria y se hizo cargo del cuerpo de don Marcelino. Fué un espectáculo impresionante. El féretro era llevado a hombros de concejales y seguía detrás una muchedumbre inmensa y silenciosa. Ante el cadáver, expuesto en la Alcaldía, desfilaron todo el pueblo al día siguiente; las mujeres humildes besaban y besaban el rostro marfilado y exangüe del autor de «Los heterodoxos». Ninguna de aquellas mujeres había leído nada de don Marcelino, y por eso mismo su emoción intuitiva era doblemente conmovedora. Al entierro, celebrado con toda pompa, asistió en representación del Gobierno el ministro don Santiago Alba. Seguí tras el coche fúnebre una muchedumbre inmensa, una de las mayores que he visto reunidas en Santander. Los faroles del alumbrado público estaban velados con crespones. Una nube de duelo planeaba sobre la ciudad. Había muerto quien, como dijo en un soneto necrológico Ricardo León:

«Era la Patria; mientras él vivía  
sobre el haz del imperio castellano,  
por virtud de su tamen soberano,  
la luz del viejo sol no se ponía.»

En seguida se trató de la conmemoración perdurable del santanderino insigne. Hubo varios proyectos, y como ocurre siempre en Santander, las opiniones se dividieron en varios bandos. Uno sostenía que se debía restaurar la Biblioteca—cuyo criterio prevaleció—, por entender que éste era el mejor monumento; otros proponían que se elevase una estatua gigantesca en el Alto de Miranda, dominando desde allí el mar del Sardinero. Por último, Victorio Macho lanzó la idea de un monumento en la isla de Moure, monumento tallado en la misma roca, y que dominaría la entrada del puerto. Victorio Macho era en aquellos tiempos un muchacho casi desconocido. Vivía con sus padres—su padre era un modesto encargado de un comercio—en la Cuesta de Garmerdia, y allí tenía el luego glorioso artista su taller de principiante. Hasta entonces, había hecho un busto de Velarde para el Ayuntamiento, con ocasión del centenario del Dos de Mayo, que se celebró brillantemente en Santander el año 1908, como relataré en otro capítulo; y otro busto de don Marcelino para el Círculo de Recreo. Las demás obras suyas no eran conocidas y se escondían en su taller. Yo le visité por aquel tiempo e hice un reportaje, que se publicó en «La Atalaya»—el primero seguramente que sobre Victorio ha aparecido en los periódicos—, y desde entonces soy amigo suyo. Sin presunción ninguna, puedo afirmar que crecí siempre en su talento y en su triunfo, y como prueba, ahí están mis trabajos periodísticos de todos aquellos años.

Otro día, que podemos considerar como del olimpo montañés, a cuyo crepúsculo asistí, fué don Benito Pérez Galdós. Ya he contado en un reportaje que apareció en LA VOZ DE CANTABRIA, cómo vino a Santander don Benito, a la



En seguida se trató de la conmemoración perdurable del santanderino insigne. Hubo varios proyectos, y como ocurre siempre en Santander, las opiniones se dividieron en varios bandos. Uno sostenía que se debía restaurar la Biblioteca—cuyo criterio prevaleció—, por entender que éste era el mejor monumento; otros proponían que se elevase una estatua gigantesca en el Alto de Miranda, dominando desde allí el mar del Sardinero. Por último, Victorio Macho lanzó la idea de un monumento en la Isla de Mourc, monumento tallado en la misma roca, y que dominaría la entrada del puerto. Victorio Macho era en aquellos tiempos un muchacho casi desconocido. Vivía con sus padres—su padre era un modesto encargado de un comercio—en la Cuesta de Garmendia, y allí tenía el luego glorioso artista su taller de principiante. Hasta entonces, había hecho un busto de Velarde para el Ayuntamiento, con ocasión del centenario del Des de Mayo, que se celebró brillantemente en Santander el año 1908, como relataré en otro capítulo; y otro busto de don Marcelino para el Círculo de Recreo. Las demás obras suyas no eran conocidas y se escondían en su taller. Yo le visité por aquel tiempo e hice un reportaje, que se publicó en «La Atalaya»—el primero seguramente que sobre Victorio ha aparecido en los periódicos—, y desde entonces soy amigo suyo. Sin presunción ninguna, puedo afirmar que crecí siempre en su talento y en su triunfo, y como prueba, ahí están mis trabajos periodísticos de todos aquellos años.

Otro día, que podemos considerar como del olimpo montañés, a cuyo crepúsculo asistí, fué don Benito Pérez Galdós. Ya he contado en un reportaje que apareció en LA VOZ DE CANTABRIA, cómo vino a Santander don Benito, a la casa que en el muelle habitaba su hermano el general, que fué gobernador militar de la plaza algunos años. Y cómo se enamoró de nuestro pueblo; cómo trabó su íntima amistad con Pereda, a pesar del antagonismo ideológico que les separaba, y cómo edificó en el paseo que hoy lleva su nombre, y que entonces era un lugar casi despoblado y agreste, su hermosa finca «San Quintín», en la que escribió muchas de sus más celebradas obras. En mi infancia había yo sentido una gran aversión hacia Galdós, por efecto de las ideas de que estaba infundido. Recuerdo que la primera cosa mía que apareció en letras de molde fué un soneto lamentable por todos conceptos, en que increpaba alaradamente a don Benito. Eran los días del estreno de «Electra» y estaba yo recién ingresado en el Instituto. El soneto lo publicó «La Atalaya», en cuyas colecciones debe conservarse para mi vergüenza.

Posteriormente, mi afán de leer me puso en las manos los «Episodios», y encontré en ellos cosas admirables. Mi «antigaldosismo» se quebrantaba. Luego me metí con las «Novelas contemporáneas», y acabé catequizado. Galdós me parece hoy el más grande novelista español que ha producido el siglo XIX. Yo le veía a don Benito, cuando iba al Sardinero, asomado en el barandal de la terraza de su finca que daba a la estrecha vereda del tranvía—no se había construido aún la soberbia Avenida actual—. Las personas que habitualmente le acompañaban las tengo muy presentes en mi memoria. Eran don José Estrafil: Antonio Chaves—un comerciante literato muy simpático y muy hombre de mundo, que escribía en «El Cantábrico» y firmaba «El Manitas»; por azares de los negocios emigró a Buenos Aires, donde creo que vive—; Eduardo Torralba Beci—que cuando don Benito estaba ciego le servía de amanuense y secretario—, y algunos otros. Cuando don Benito se lanzó a la política y a la propaganda republicana, «San Quintín» fué teatro de reuniones y episodios interesantes. Hacia el año 1910, y ante la situación revolucionaria creada por los sucesos de Cullera, vinieron a «San Quintín», a reunirse con Galdós, las figuras más destacadas del republicanismo—creo que Pablo Iglesias y Soriano, entre otros—. Yo, aquellos días, entré por primera vez en aquella casa, en busca de noticias. Me recibió el propio don Benito con una gran cortesía, a pesar de constarle el carácter hostil del periódico que representaba. No me dijo nada de interesante, como es de suponer; pero aquellas palabras que cambié con él dejaron un hondo surco en mi alma.

Posteriormente me hice muy amigo de Pablo Nougués, un joven y brillante periodista catalán, que era secretario suyo. Nougués murió prematuramente, y poco después moría el glorioso autor de los «Episodios». Murió en Madrid, como todos saben; pero su doloroso crepúsculo le vivió en Santander: cuando, irremediablemente ciego, se asomaba a su terraza sobre el mar y trataba de identificar el clamor de las olas amigas entre las nieblas de su ceguera.

PICK

## MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

# EL CORONEL DON BENITO MARQUEZ

agosto 1934

El coronel don Benito Márquez, el verdadero precursor de la revolución española, pues con la formación de las famosas Juntas de Defensa, de que fué el primer presidente, quebrantó más que nadie los cimientos del régimen, y sembró los primeros gérmenes de indisciplina en el Ejército que hasta entonces había sido el más firme sostén de la monarquía constitucional, vivió algunos años en Santander, y yo tuve ocasión de conocerle y de tratarle mucho. Voy a decir como le vi la primera vez. Se celebraban unas elecciones municipales, a las que iban coaligados contra los republicanos, todas las fuerzas monárquicas y derechistas.

Entraban en la coalición, los liberales, el Centro Católico y los conservadores que aún no estaban divididos. Pero había una fracción liberal que se negó a sumarse a este pacto. Era la de don Leopoldo Pardo, ya en franca disidencia con los demás liberales de la provincia. Se produjo esta separación, por no haber sido incluido don Leopoldo en la candidatura senatorial, inclinación en que tenían gran interés sus amigos. En su lugar, salió senador don Avelino Zorrilla. Entonces Pardo, levantó bandera, aunque por poco tiempo, pues desengañado bien pronto, se retiró definitivamente de la política en la que hubiera representado, sin duda un gran papel dadas sus dotes de inteligencia y actividad, y el prestigio social que gozaba. Pardo, en aquella ocasión, presentó candidatos propios por algunos distritos, en frente del conglomerado antirrevolucionario, aunque sin compromiso ni lazo ninguno con los republicanos. Su actitud, causó un vivo enojo entre los que amparaban la candidatura coaligada, y este enojo, lo reflejó «La Atalaya», que era el periódico que reñía fieras batallas por la causa del orden. ¡Y de qué manera lo reflejó! En aquellos tiempos se escribía de un modo detonante, no economizándose los adjetivos, ni poniéndose mucho cuidado en la exactitud de su aplicación. Yo escribía todos aquellos artículos altisonantes, sin pararme en barras, ni cuidarme mucho de la justicia de mis ataques. Así, para condenar aquella candidatura disidente, que en algunos distritos, singularmente en el de la Catedral, hacía posible el triunfo de los republicanos, no se me ocurrió cosa mejor que calificarla de «ferrerista». Estaban muy recientes los trágicos sucesos de la semana trágica de Barcelona, y el nombre de Ferrer inspiraba horror a todos los elementos conservadores. Leopoldo Pardo consideró que el calificar de «ferrerista» a su política, constituía una grave ofensa personal, y se decidió a pedir cuentas de ello. Así, una noche, estando yo trabajando en «La Atalaya», vi entrar, en la Redacción, dos señores de los cuales sólo conocía a uno que vestía el uniforme de comandante de Artillería: era don José Pardo y Pardo, primo de don Leopoldo, y persona que bullía entonces mucho en Santander.

Fué ayudante de varios gobernadores militares, y poco después, gerente de la Empresa de Tranvías, en la cual comprometió su fortuna, que sufrió por los azares del negocio un grave quebranto. Era un hombre muy culto, pero de un genio muy violento. En la forma en que hizo su entrada en la Redacción, se comprendía que iba en son de guerra. El señor que le acompañaba, desconocido para mí, aunque vestía de paisano, no podía ocultar su condición castrense. Alto, fornido, con una cara cetrian, casi negra, y unos grandes bigotes. Era el arquetipo del coronel de nuestras guerras coloniales. Los dos pasaron al despacho del director don Eusebio Sierra, y a poco, las veces que salían por las rendijas de la puerta cerrada, denunciaban la viva polémica que se sostenía en el interior. Cuando aquellos señores se marcharon, don Eusebio salió y me dijo que habían ido como padrinos de don Leopoldo Pardo, a pedirle una retractación clara y terminante de mi artículo. Consideraban como lo más ofensivo de él la calificación de «ferrerista».

ent  
a  
ep



Don Eusebio, había asumido toda la responsabilidad, negándose a dar explicaciones. Había nombrado sus padrinos, que creo fueron don Juan Reano y el recientemente fallecido don Antonio Lavín Casallá, notable abogado y amigo de toda intimidad de Sierra. Don Eusebio, me dijo también quién era el señor con tipo de coronel cubano que acompañaba al comandante Pardo. Era, efectivamente, un coronel: don Benito Márquez, jefe de la Zona y del servicio de Resguardo de la Tabacalera.

Era la primera vez que oía yo este nombre, que poco después había de rodar en los periódicos de todo el mundo. Como es natural, aquella cuestión de honor se arregló satisfactoriamente por medio de un acta, y algún tiempo después, tenía yo ocasión de ser presentado al coronel Márquez. Simpatizamos en seguida. El coronel, con su aspecto terrible, era un hombre encantador en la intimidad. Era verdaderamente un ser extraño y de ideas originales. Andaba siempre con un magnífico perro lobo, y de paisano. Durante el tiempo que vivió en Santander, no le vi nunca de uniforme. Se contaban historias terribles de su bravura. Se decía que había matado una o dos personas en duelo, durante su residencia en las Antillas. No sé si ésto sería verdad, pero él vivía en Santander, envuelto en esta leyenda. Frecuentaba mucho el Club de Regatas, donde a la sazón, había sala de juego como en todos los círculos de Santander, y se jugaba las pestañas. En el pueblo se relacionaba con poca gente. En sus paseos le acompañaba un comandante del regimiento de Valencia, don Marcos Rodríguez, a quien, por cierto, encontré en Valencia el año 1929, de general de división y de gobernador militar de la plaza. Al encontrarnos, hablamos de Márquez, su íntimo amigo, que acababa de fallecer en Barcelona por aquellos días. Era un compromiso—me decía el general—andar con él, pues vivía en continua conspiración. ¡No se podía estar tranquilo un sólo momento al lado suyo! El destino de don Marcos, era, por lo visto, no estar tranquilo nunca, pues como gobernador militar de Valencia, le tocó asistir a la conspiración de don José Sánchez Guerra, en la que tan comprometido estuvo, su capitán general de entonces, don Alberto Castro Girona.

Yo pasaba mucho con Márquez y con don Marcos, en los días de la guerra europea. Los dos eran germanófilos como yo, a pesar del radicalismo de las ideas del coronel. Este hablaba con un gran desdén de los militares belatines. De uno de ellos me decía: ¡No habrá paz en el Ejército, hasta que desaparezcan «ese» y su «amo»! Esto de su «amo», lo recalaba temblándole sus fieros bigotes.

El perro lobo nos seguía siempre en nuestros paseos, que solían tener el muelle de tablas por escenario.

Un día, el coronel, se fué de Santander, y durante algunos meses no tuvimos noticias suyas. Había sido destinado a mandar en Barcelona el regimiento de Vergara. Hasta que supimos su detención en el castillo de Montjuich, como presidente de las Juntas de Defensa del arma de Infantería, constituidas por él. Ya se sabe lo que pasó entonces. La oficialidad de Barcelona, puso en libertad al coronel, y obligó a capitular al Gobierno. Márquez, fué en aquellos meses el verdadero árbitro de España. Pudo haber traído la República en aquella ocasión si hubiera querido. ¿Por qué no lo hizo, siendo como era, francamente republicano? Luego trató de explicarlo en un libro sensacional, que publicó en la Habana, a donde trasladó su residencia después de haber sido expulsado del Ejército por don Juan Lacruva. En aquel libro, se decían cosas atroces, y apenas circuló en España, porque la Embajada española en Cuba, se incautó de casi toda la edición. Yo tuve un ejemplar que me facilitó otro amigo de don Benito, el concejal y médico don Rufino Pelayo. Pero era muy peligrosa la posesión de aquel libro, y me deshice de él. Ahora lo siento, pues constituye un antecedente precioso para el estudio de los sucesos actuales.

De Cuba vino Márquez, herido de muerte en los últimos meses de la Dictadura, y murió obscuramente en Barcelona. Era un gran tipo, que tuvo en sus menes la suerte de España, y dejó pasar la ocasión, que como ocurre siempre, no se le volvió a presentar, aunque beneficiara a otros que se aprovecharon de su obra.

PICK.

## MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

LA GOYA, BOMBITA Y LA  
CORRIDA MONSTRUO

LA VOZ DE CANTABRIA 25 JUNIO 1934

Se acercaban ya los días finales de aquel viejo Casino del Sardinero que tenía el mismo emplazamiento que el actual, aunque su planta y su disposición fuesen más modestas, y en el bello rincón santanderino empezaba ya la formación que había de convertirle en uno de los centros de veraneo más concurridos de España; eran quizás las últimas actuaciones que se celebraban en la modesta sala-teatro, cuyos techos estaban pintados por Gomar, cuando vino a verme Carlos Mantilla, un muchacho «bueno», que veraneaba en Santander y que había en el resto del año la vida mundana de los elegantes de Madrid.

—Quiero que vengas conmigo—me dijo—a ver una artista que actúa en el Casino. Empieza ahora; es poco conocida, y yo tengo mucho interés por ella. Deseo que la veas y que escribas luego lo que te parezca.

Fuimos a ver a aquella artista. Era una deliciosa tonadillera que aparecía en el cielo de nuestras «varietés», afianzando un género que hasta entonces sólo había tenido albergue en los tablados de los cafés cantantes. Había poca gente en la sala, y el negocio debía ser mediocre. La artista cantaba unas canciones mejicanas con el estribillo que poco después se hizo famoso: «Ven y ven; moreno, vente conmigo». Era Aurora Jaufret, «La Goya», entonces en el alba de su triunfal carrera artística.

Cuando terminó el espectáculo pasé a su camerino a saludarla, y Carlos Mantilla me presentó. «La Goya», recién aparecida en los salones de espectáculos madrileños, había obtenido un gran éxito, que no había transcendido aún a Santander. Yo la dediqué un artículo y me hice amigo de ella. Como recuerdo suyo conservo unas fotografías dedicadas, en que la célebre artista aparece en toda la fuerza de su juventud, cuando aún era casi desconocida.

Poco después nació la leyenda de sus amores con «Bombita». Ricardo Torres, el segundo de la popularísima dinastía de los «Bomba», se había colocado ya en la primera categoría del torero, eclipsando la fama de su hermano mayor, Enlillo, que había alternado dignamente unos años antes con «Guerrita», Mazzantini, Reverte y el Algabeño. Ricardo, que en su mocedad fué aprendiz de tipógrafo, era y es, pues por fortuna vive, uno de los hombres más naturalmente finos y elegantes que he conocido. Lo era sin afectación y sin proponérselo, por imperio de su naturaleza privilegiada. Tenía un cuerpo fino y ágil; un rostro expresivo y simpático, decorado siempre con una sonrisa, que se hizo célebre. Su trato era correcto y delicado; sus aficiones, nobles. Era un verdadero aristócrata por la finura de sus sentimientos, ya que no lo fuese por su cuna, de las más humildes del pueblo de Tomares (Sevilla). En Santander y en toda España electrificaba a las muchedumbres. No tenía un estilo depurado de torero, pero practicaba todas las suertes, y su simpatía, su indomable voluntad y su valor suplían lo que pudiera haber de deficiencias en su arte. Cuando cogía las banderillas, una alegría contagiosa se difundía en los tendidos. La música acometía el pasodoble famoso de una zarzuela que le estaba dedicado y la gente coreaba hasta enronquecer el «¡Bomba vala», estribillo de aquel pasodoble. Fuera de la plaza era Ricardo un hombre encantador, por su modestia y por su talento. Sus amores, reales o supuestos, con la «Goya», fueron populares y anduvieron en coplas. Por aquel tiempo nos hicimos amigos y por entonces ocurrió también un hecho ruidoso en que anduvo mezclado su nombre. Ello fué que se propaló un buen día el rumor de que en la noche anterior, al salir del Casino, Ricardo, con el hoy aplaudido autor dramático y diputado de Renovación Española, Honorio Maura, que a la sazón era un muchacho que se divertía estrepitosamente, hicieron objeto de una broma de mal gusto a la estatua del sabio naturalista montañés don Augusto G. Linares, que estaba colocada enfrente del Casino. Una broma del mismo género que la que el actor bohemio Julio Ruiz gastó en Madrid a la estatua de su homónimo el heroico teniente que murió con Velarde el 2 de mayo. Falso o cierto el rumor, bastó para que la ciudad, y en especial sus clases populares, se indignasen. Los periódicos hablaron del hecho. La circunstancia de ser Honorio Maura hijo del jefe del partido conservador, dió carácter político a la protesta contra el real o supuesto agravio. Lo cierto es que «Bombita», pese a su popularidad, sufrió las consecuencias de aquella imputación, y durante varias temporadas, cuando se presentaba en la plaza en las corridas de feria, se le silbaba estrepitosamente al hacer el «paseillo», en desagravio al sabio ofendido en su effigie.



He dicho que me hice amigo de «Bombita». Es una amistad leal que, aunque iniciada con ocasión del toro, se mantuvo después, cuando ya Ricardo, retirado, era un caballero particular, y nada podían interesarle mis juicios periodísticos, siempre modestos. Cuando Ricardo ha pasado por Santander como un señor cualquiera, ha venido a buscarme, y juntos hemos recordado horas felices. Y cuenta que hubo un tiempo, no muy lejano, en que el gran artista y cumplido caballero acarició proyectos de afincarse en Santander, y aun estuvo en tratos para adquirir una finca en la Magdalena. Conocida es la vida del «Bomba», posterior a su retirada. Se casó en Barcelona con doña María Regordosa, de una familia de ricos fabricantes catalanes. De su matrimonio tuvo un hijo, pero quedó pronto viudo, desgracia que le afectó extraordinariamente, pues era un verdadero hombre de hogar, enamorado de su esposa. En Santander mantuvo nobles ilusiones, que al frustrarse le alejaron de nuestra ciudad. Al redactar estas «Memorias» envío al amigo querido, al que hace tiempo que no veo, un saludo emocionado, que deseo llegue al lugar de la tierra en que ahora viva.

«Bombita» tuvo en aquellos años sus triunfos más ruidosos, y Santander fué el teatro de algunos de ellos. Se aproximaba ya el fin de su carrera artística y quiso que este final fuese glorioso. Había surgido un arte nuevo, con el que Ricardo no podía luchar. Rafael el Gallo se revelaba como un astro de primera magnitud, y sus partidarios, fanatizados, hacían al «Bomba» objeto de su hostilidad para significar así su adhesión a los nuevos modos. Pero Ricardo se impuso a estos mismos enemigos, y cuando se retiró fué por su propia voluntad y de un modo apoteósico. En Santander toreaba con el Gallo una corrida de competencia, y los gallistas, pocos en número, pero entusiastas, enronquecían aplaudiendo y vitoreando a Rafael. A cada cosa que hacía el gitano se levantaban en los tendidos y gritaban:

—¡Aprende, «Bomba»!

Vino de los que más se distinguían era el entonces muchacho y hoy competentísimo alto funcionario del Monte de Piedad, Ricardo de la Concha. «Bomba» logró «localizarle», y al ir a matar su primer toro se dirigió a la barrera que ocupaba el apasionado gallista y le brindó la suerte, en medio de la expectación general. Fué un gesto caballeresco. Luego hizo una faena inenarrable, una de las mejores faenas de su vida artística. Al final, Ricardo de la Concha le aplaudió, como toda la plaza.

En «la corrida monstruo», que se celebró el año 1913, toreó y mató de un modo magistral el toro «Reinasolo». Esta «corrida monstruo» fué organizada por un grupo de muchachos que se reunían en el Club de Regatas. Es famosa en los fastos taurinos. Empezó por la mañana, durante la cual torearon «Cocherito de Bilbao», Vicente Pastor y Torquito, que fué cogido, y siguió por la tarde, con la actuación de Rafael el Gallo, Joselito, Bombita y Machaco. Se comió en la plaza. Con ocasión de esta corrida ví por primera vez a Ignacio Sánchez Mejías, bien ajeno a la amistad que luego había de unirnos. Iba yo a la plaza con un periodista madrileño, Agustín Mintegui, e íbamos a pie, por no habernos sido posible encontrar un coche. En la Alameda vimos pasar a uno que conducía a dos banderilleros. Mintegui les llamó. Pararon, y subimos con ellos. En el camino me presentaron:

—Ignacio Sánchez Mejías, banderillero del Gallo

Era la primera vez que oía este nombre, que después había de tener en mi vida tantas resonancias cordiales.

PICK.

## MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

LAS ELECCIONES DE  
LAREDO

"LA VOZ DE CANTABRIA" 26 agosto 1934

En los fastos electorales de España las elecciones de Laredo figurarán siempre, por derecho propio, como algo característico de la lucha de los partidos y del grado de spurcia del sufragio en los tiempos anteriores al golpe de Estado de Primo de Rivera. Yo alcancé, siendo periodista, tres de estas elecciones, que cuentan entre las más sonadas de las habidas en España. Tres elecciones consecutivas que se fueron celebrando por anulación de las anteriores, y a consecuencia de las cuales fué elegido diputado don Luis María de Aznar y Tutor. Voy a hacer una breve síntesis de los antecedentes de esta lucha antes de entrar de lleno en su relato.

El distrito de Laredo, desde finales del siglo pasado, era un feudo del partido fusionista acudillado por Sagasta. Lo representaron en Cortes don Manuel Eguilior y don Francisco Sáinz Trápaga, bajo cuyo dominio tomó cuerpo la vasta organización electoral, conocida en la vida de la provincia con el nombre de atrapaquismos. Era una fuerza positiva y que actuaba en todos los órdenes de la administración. Todo el distrito estaba cogido en sus amplias redes.

A principios de siglo, los descontentos de esta política buscaron una bandera para luchar, y como los trapaquistas eran liberales, se acogieron al partido conservador. Buscaron también un candidato capaz de sostener la dura lucha, y encontraron nada menos que al duque de Santofía, que a su inmensa fortuna unía el arraigo de su linaje en buena parte del distrito, principalmente en la bella población cuyo nombre lleva su ducado. Con estas elecciones se entabló una de las luchas más duras que recuerdan los anales parlamentarios españoles. Huega decir que el dinero corrió a manos llenas; que los votos alcanzaron cotizaciones conocidas sólo en los distritos de Vizcaya, cuya representación se disputaban los Gandarias y los Chávarris, y que, al fin, resultó elegido el duque de Santofía. Tal decisión fué sólo una tregua en la dura batalla que se había iniciado. No tardaron en reanudarse las hostilidades. Al duque, ocupado por las atenciones de su vida opulenta, el acta de diputado no le ilusionaba. Una vez obtenido el triunfo, no volvió a ocuparse del distrito, y así, cuando se convocaron nuevas elecciones, no pensó en solicitar la reelección. Dejó el puesto libre, y con eso abierta la era de las nuevas batallas. También don Francisco Sáinz Trápaga se había retirado de la política, y los candidatos que substitúan a uno y otro eran dos hombres nuevos en la política provincial, que llevaban a ella el prestigio de una juventud consagrada al estudio.

El partido liberal designó como candidato a don Melquíades Enrique Pico, abogado de mucha nota, que había sido subvencionado por la Diputación para hacer sus estudios de Derecho por su brillante actuación escolar, y que estaba unido por su matrimonio a una familia de mucho arraigo en el distrito: los Rivas, de Udalla.

Los conservadores designaron a don Luis Redonet, abogado también y literato meritísimo, especializado en cuestiones históricas y en materias sociales. El señor Redonet era hijo político del jefe del partido conservador, don Antonio Maurra, y esto daba mucha fuerza a su candidatura.

La lucha fué enconada, tanto como la anterior, aunque no corrió, como en aquella, tanto dinero. Venció el señor Pico, pero fué declarada grave su acta, y el distrito quedó sin representación durante aquella legislatura. Yo no era aún periodista cuando se celebraron estas elecciones. Pero lo fui en la siguiente, en que contendió el mismo señor Pico con otro candidato conservador, que no era ya el señor Redonet, que había pasado a la circunscripción de Santander al ser elegido senador vitalicio el conde de Torreánax. Fué este candidato el rico naviero bilbaíno don Luis María de Aznar y Tutor.

Se designó al señor Aznar a causa de su participación en las minas de Setares, que le daba una positiva influencia en una parte muy importante del distrito. Además, estaba unido por lazos de familia a los condes de Torreánax.

La lucha se anunció enconada e implacable desde el primer momento. Conviene advertir que las etiquetas liberales y conservadoras tenían un valor muy relativo en el distrito, y no hay que fiarse mucho en ellas. Al candidato conservador le apoyaban elementos republicanos como el difunto alcalde de Santofía, don Bernardino Sancibrián, y en el bando liberal: formaban carlistas e integristas notorios de aquellos pueblos. Había párrocos que capitaneaban el bando epiquistas y otros que sostenían al candidato conservador. No fué, pues, una lucha de ideas, sino de personas. Se peleaba por el predominio en los pueblos; por don Fulano y contra don Zutano.

Acaso era lo mismo que pasaba en el resto de España, donde los partidos de turno no pasaban de ser una ficción que no respondía nunca a lo contenido en sus programas. Pero en Laredo, estas características desmoralizadoras que bastardeaban el concepto de democracia, estaban aún más acentuadas, si cabe. Y así se fué a aquellas elecciones memorables, que hubo que celebrar tres veces, y que tuvieron tanta influencia en la política provincial. Estas elecciones que seguí muy de cerca, y en cuyos episodios me vi mezclado de un modo directo, serán referidas en este capítulo para servicio de la historia y edificación de mis lectores.

PICK.

MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO  
 LA VOZ DE CASTAÑA 13 Sept 1934  
**Las elecciones en Laredo**

He hablado ya de una pistola—la única que he tenido en mi vida—que perdí en estas elecciones de Laredo. El suceso fué así:

Cuando habíamos desistido de nuestro intento de llegar a Castro, y regresado a Treto, Mariano Torre y yo nos encontramos en el andén de la estación con el médico de Colindres y querido amigo don Eduardo Durante, que era el alma de la elección en aquel Ayuntamiento. Hablando estábamos los tres, cuando se nos acercó un hombre borracho, que empezó a increpar a Durante, culpándole de no sé qué cosas fantásticas que decía habían ocurrido en Colindres. Según supe luego, aquel hombre era un matón que había sido instigado por alguien para agredir a nuestro amigo. Yo intervine para poner paz, y el alquilón entonces se volvió contra mí—a pesar de no conocerme y ser aquella la primera vez que me veía—, dirigiéndome sucesivas injurias. Comprendí que si me acobardaba estaba perdido, y calculando bien lo que hacía y paladeando el golpe antes de darle, apunté a las narices del provocador, y en el momento en que, balanceándose por la horrachera avanzaba sobre mí, le descargué un soberbio puñetazo de efecto fulminante, que dió con él en tierra. Decir que dió con él en tierra es poco. Estaba el borracho cuando yo le acometí en el borde del andén, bastante elevado sobre la caja de la vía, y fué a ésta donde cayó dando vueltas. Fué un puñetazo espectacular, tanto, que la gente que se hallaba en la estación, y era mucha, rompió en un aplauso, aun sin saber de qué se trataba, en premio a mi performance de pugilista.

El borracho se levantó aturdido y lleno de barro y sangre y le retiraron algunos de los presentes, sin que dejase de masear las narices ajenas. Yo, por mi parte, seguí en el andén, pero como vi que se acercaba la policía de la Guardia civil y me acordé que llevaba una pistola en el bolsillo y que creíste de licencia para usarla, me apresuré a entregársela a uno de los empleados de la estación, rogándole que me la guardase hasta el próximo día. Llegó la pareja: se enteró de lo que había pasado y no debió concederle mucha importancia, toda vez que no me molestó. Pero la pistola quedó allí, en la estación de Treto, y esta es la hora que no he vuelto por ella, ni he sentido la tentación de apropiarme otra. Sin pistola se vive muy bien. Se evita uno las ocasiones de disparar, y ya es bastante.

Aquella elección fué pródiga en consecuencias. En el acto de escrutinio se suscitó un incidente viviente entre el señor Pico y el decano del Colegio Notarial, don Manuel Alipio López. Se cruzaron comunicados en los periódicos. Intervino el señor Ruano, refrendando lo dicho por don Alipio, y a causa de todo ello se planteó una cuestión de honor entre los señores Pico y Ruano, que se batieron a sable en el Casino del Sardinero. Uno de los representantes de Ruano en aquel duelo, en el que el señor Pico sufrió una leve erosión en la cabeza, fué don Vicente Quintana, marqués de Robredo.

No fué esto sólo. La vista de aquel acto en el Supremo dió lugar a un apasionado debate. Defendió esta vez al señor Aznar don Juan Ruano, que obtuvo un resonante triunfo, logrando la invalidez de la elección. El éxito lo celebraron los conservadores con un banquete, que se celebró en el Casino del Sardinero, y que tuvo la particularidad de ser el último acto en que colisionaron los conservadores de los dos ramos, poco tiempo después en franca disidencia.

Antes de la segunda elección de Laredo, se celebró la tercera, en la que no se presentó ya el señor Villota, que, pese a su considerable fortuna, había quedado muy quebrantado por el esfuerzo económico hecho. En cambio, el señor Aznar seguía impertérrito aguardando el tercer adversario. Este ya no fué liberal, sino el republicano don Aniceto Lorente, ajeno a la provincia, donde ni le conocía nadie. No tenía probabilidad ninguna de triunfar, aunque le apoyaban bastantes elementos liberales. Vino a trabajar personalmente su elección Rodrigo Soriano, entonces en el apogeo de su popularidad. Oí varios mítines en el distrito. Yo, desde «La Ataraya», le dije a Soriano cosas atroces, con la inconsciencia con que yo me producía en aquellos años. Soriano tomó los ataques en serio y me envió los padrinos. Calcdese si hubiera sido gracioso un lance en que yo, que no había ostentado más armas blancas que el cigarro para señalar lugares, hubiera tenido que vérmelas con uno de los más temibles esgrimidores de España, como era don Rodrigo. Por fortuna, todo se arregló con un acto, en la que no recuerdo, ni me interesa, si quedó bien o mal.

La tercera elección, que con arreglo al refrán iba a ser la decisiva, se celebró precisamente por Navidades. Yo, que me había casado hacía poco, tuve que reñir una batalla doméstica para estar fuera del hogar aquellos días. Pero tenía el compromiso de honor de acompañar a Ruano, que volvía a Castro, como sitio del mayor peligro. Fuimos muchos amigos de Santander con él, llenando casi por completo el Hotel Universal. Venía también con nosotros el candidato don Luis Aznar, que quiso compartir con sus defensores el riesgo de aquella jornada. Don Luis era un hombre sencillo y bueno. No parecía millonario, y a él le complacía no parecerlo. Estaba aquejado de la gota, y andaba sosteniéndose en un bastón. El día de la elección salió del hotel muy de mañana para ir a misa, y todos lo acompañamos. Había llegado a Castro un remolcador con republicanos de Bilbao, dispuestos a ganar la elección por la tremenda. También habíamos acudido muchos republicanos de Santander. Yo me encontré al pasar algunos conocidos, que me dijeron, por si podía servirme de algo, que no volverían vivos a casa. Pero no ocurrió nada digno de mención, salvo algunas escaramuzas sin importancia. Se celebró la elección y la ganó Aznar por mucha mayoría. La pesadilla de las elecciones de Castro había terminado para muchos años.

Yo regresé la misma noche en automóvil, en unión de don Manuel Quintana y del notario de Cabezón, que había estado en Castro, requerido por Aznar. Recuerdo que era una noche cruda de invierno y llovía torrencialmente. Cuando pasábamos por Guriezo el automóvil se incendió y hubo que abandonarle. Andando entre las tinieblas y batidos por el agua, emprendimos la marcha a pie hacia el poblado. Así llegamos ante una casa señorial, en cuyos balcones había luz. Llamamos, y tuvimos la suerte de que aquella casa fuese la de don Francisco Gutiérrez Madrera, uno de nuestros amigos de aquel Ayuntamiento y que luego fué diputado provincial por el distrito. Don Francisco nos dispuso una hidalga hospitalidad. La familia estaba celebrando las Navidades y nosotros nos sumamos a la fiesta. Sus bellas hijas tocaban el piano y se organizó un animado baile. Entonces vi por primera vez a Dámaso Gutiérrez Arrese, hijo de don Francisco, y en aquel tiempo mi muchacho de muy poca edad. Hoy, Dámaso Arrese es uno de los grandes prestigios de nuestra Medicina y un buen amigo mío. Cuando me lo encuentro en Santander o en Madrid recuerdo aquella noche de Navidad en que arribé a su casa de Guriezo empapado en agua y frío y cuando me lo encuentro en Santander o en Madrid recuerdo aquella noche de Navidad en que arribé a su casa de Guriezo empapado en agua y frío, y en que recibí acogida tan hospitalaria. Con este episodio se cierran mis recuerdos de la tercera elección de Laredo.

PICK



## MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

## EL CRIMEN DE LA MAGDALENA

*"La voz de Cantabria" 15 Sept. 1904*

Uno de los hechos más sonados que hubo en Santander en los años en que yo ejercí activamente el periodismo, fué el crimen de la Magdalena. Como tuve una intervención muy directa en su esclarecimiento, voy a recordarlo en estas «Memorias» personales. Fué recién acabadas las obras del palacio regio. Para dirigir los trabajos de los jardines que empezaron a trazarse, el Real Patrimonio envió a Santander a uno de sus empleados, el jardinero mayor José Otero, que era un consumado artista en su especialidad. Otero se estableció en la Magdalena con su familia, compuesta de su mujer, señora de salud muy precaria, y de algunos niños de corta edad. Un buen día, cuando el jardinero mayor del palacio volvió a su casa, encontró, según su declaración, a su esposa muerta con una cuerda apretada al cuello, lo que indicaba que había «muerto» por estrangulación. Avisada en seguida la Policía, intervino el Juzgado—me parece que era el juez don Zolo Porrero, que luego ocupó altos cargos en la Magistratura—, y tomadas las primeras declaraciones, José Otero quedó en libertad. El juez abrigaba entonces la creencia de que se trataba de un suicidio. Que la infeliz mujer hubiese sido asesinada por personas desconocidas, era una hipótesis absurda, ya que el crimen no podía tener ningún móvil racional. Ni había habido robo, ni la víctima, por sus condiciones personales, podía tener enemigos de ninguna clase.

Hacia poco que había entrado en la Redacción de «La Atalaya», como reportero, Alberto Espinosa, y él se encargó desde el primer momento de la información de aquel suceso extraño. En su primera visita al lugar del crimen consideró un poco raras las explicaciones que daba Otero, por lo que desde el primer momento, y a pesar de que el Juzgado le había dejado en libertad, hizo público lo anómalo del caso y las dudas a que se prestaba. Tal fuerza tuvo aquella información, que el Juzgado volvió de su acuerdo y decretó la prisión de Otero, que, por cierto, se verificó en circunstancias impresionantes, cuando iba por la Ribera presidiendo el entierro de su infeliz esposa. Y entonces empezó en la Prensa una lucha sin precedentes en los fastos del periodismo local. Quizás para encontrarlo equivalencias habría que remontarse al siglo pasado y exhumar el célebre proceso de Higinia Balaguer con los debates periodísticos que produjo.

«La Atalaya» sostenía, con la pluma de Espinosa, que era insostenible la tesis del suicidio, mientras los demás periódicos, que la habían admitido desde el principio, rompían lanzas en su favor. La opinión pública estaba también dividida, aunque en su inmensa mayoría aprobaba la posición de «La Atalaya».

El sumario tuvo muchas alternativas de un interés excepcional. Otero, detenido, como ya dijimos, fué puesto en libertad por no poderse precisar los cargos formulados contra él. Pero el misterio no se esclarecía, ni mucho menos. Espinosa se pasó días enteros en la Magdalena realizando una labor formidable. Habló con todos los vecinos de aquellos contornos; acumuló datos y en muchos casos se adelantó a la iniciativa del propio juez. De esta información resultó probada la imposibilidad del suicidio, y la inverosimilitud de las manifestaciones de Otero, cogido en contradicciones flagrantes. Por lo cual se decretó otra vez su prisión, ahora seguida de procesamiento. Yo intervine también en aquella información, colaborando con Espinosa, aunque de un modo secundario. Aquella campaña duró mucho tiempo y el público la seguía con avidez. La tirada de «La Atalaya» se vendía por salir de la imprenta. La máquina plana en que se hacía el periódico era insuficiente para servir la demanda del público. Se estaba tirando hasta las doce del día, y aun así quedaban centenares de peticiones sin atender. Cuando la causa se vió en la Audiencia, José Otero fué condenado a cadena perpetua, pena que cumplió en parte en el penal del Dueso, donde, según más noticias, hizo dinero estableciendo dentro del penal algunas industrias, que tuvieron gran éxito. Era sin duda un hombre inteligente y muy trabajador.

¿Fué él el autor del crimen? Todo parecía asegurarlo, y la prueba contra él acumulada fué abrumadora. Ahora bien; pensando en aquel hecho, pasados ya muchos años, me he preguntado si es lícito que los periodistas tomen parte en estos procesos y se conviertan en fiscales. Mi conciencia me dice hoy que no, y si me hallase en iguales circunstancias no lo volvería a hacer. Para eso es a la Magistratura, que tiene precisamente esa misión y el deber de aceptar esa responsabilidad. ¡Certo que en la Prensa española hay muchos ejemplos de crímenes cuyo descubrimiento se debe a la acción tenaz de la Prensa, enfrente de las lentitudes o de la desorientación judicial. Ya he citado uno de esos casos: el de Higinia Balaguer en Madrid, y posteriormente el del capitán Sánchez. Pero, repito, que por muy halagüeño que sea el éxito profesional—y el obtenido por «La Atalaya» fué indudable—, yo no volvería a hacer una campaña de esa. Y probablemente Espinosa tampoco. Muchas noches me ha quitado el sueño este pensamiento:

—¿Y si, a pesar de todas las apariencias, Otero fué inocente? Porque, en resumidas cuentas, la verdad de lo sucedido en la Magdalena sólo lo sabe Dios.

PICK

La Voz de Cantabria - 23 marzo 1935

MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

## MIS POLEMICAS CON GOMEZ CARRILLO Y FERNANDEZ FLOREZ

A la gente le había dado por decir que yo era «un polemista de primera fuerza», y esta fama, bien o mal adquirida, estuvo a pique de costarme muy cara, pues por consecuencia y que mis lectores no se llamasen a engaño si permanecía muchos días sin recibir con nadie, no perdía ocasión de armar un caramillo al fusero del alba, y me metía en lances desproporcionados con mis fuercas. De ellos salía, sin embargo, bien por la especial protección de Dios, que nunca me dejó de su mano. Hay cosas que no tienen otra explicación.

Tal, por ejemplo, las dos desconcertantes batallas que reñí con el «A B C», con todo el «A B C», en el apogeo entonces de su inmensa fuerza periodística.

Pero empezemos por el principio, que es la manera natural de empezar las cosas.

Había venido al Teatro Pereda Raquel Meller, entonces en la plenitud de su carrera artística. La acompañaba el exquisito cronista boulevardier Enrique Gómez Carrillo, a quien se ha denominado «el último mosquetero», porque, al igual que Aramis, lo mismo tejía una crónica de encaje sutilísimo que se batía a espada francesa por un quitame allá esas pajas.

A mí, Carrillo me era profundamente antipático. Estaba muy reciente el fusilamiento de la Mata Hari, que según un rumor muy extendido, había él encargado a la Policía francesa y, por lo tanto, al piquete de ejecución. Yo no sé si era verdad este supuesto. El lo desmintió en términos de una vehemencia que parecía sincera. Pero lo cierto es que yo, en aquella época, me lo creía. Y tal estado de ánimo, que no hubiera sido bastante para provocar una cuestión, contribuyó a que, aprovechando un motivo fútil, me lanzase al ataque violento y personal contra el gran escritor.

Había venido éste, como ya he dicho, acompañando a Raquel Meller, que actuaba en el Teatro Pereda. La extraordinaria artista hizo en aquella ocasión una mala campaña, desde el punto de vista económico. Fué poca gente a verla. Y bajo esta impresión de disgusto, que necesariamente había de compartir, se puso don Enrique a escribir unas crónicas santanderinas, que publicó en el «A B C». En esas crónicas no resplandecía claramente el entusiasmo por nuestra ciudad; pero tampoco se la infería ninguna ofensa grave. Eran unas crónicas de crítica un poco acerba. Señalaba sin paliatas algunos de nuestros defectos, exagerándolos quizás; pero sin que pudiera sostenerse que no eran ciertos. Por ejemplo, afirmaba que en una de las calles principales del pueblo, por la que había que pasar para ir al teatro, las mujeres pelaban las aves sentadas en la acera, lo que le recordaba una típica costumbre moruna.

Efectivamente; Gómez Carrillo pudo ver al ir al teatro, en la calle del Arrabal, varios establecimientos que se dedicaban a preparar aves muertas para la próxima plaza del Este. No sabemos si estos establecimientos han desaparecido ya; entonces los había, y las mujeres salían muchas veces al borde de la acera a hacer su trabajo.

No necesitó yo más para salir a defender el buen nombre de Santander, puesto en entredicho por aquel forastero. La antipatía instintiva que, como ya he dicho, sentía hacia él, dobló la violencia de mi prosa. Pudiera creerse que el gran escritor no hubiese respondido, habida cuenta la modestia de quien le atacaba y la del periódico provinciano que prohibía aquel ataque. Pero no fué así, y en nuevas crónicas de «A B C» recogió mis alusiones y las contestó. ¿Qué más quería yo! Aquella era la polémica grande por la que venía suspirando. Al fin, encontraba un adversario de gran categoría intelectual. Todo no iba a ser discutir con los queridos compañeros de la Prensa santanderina a cuenta de la mudanza política de la Montaña.

Armó tal alboroto, que el pueblo empezó a tomar parte en él, y de todas las tertulias y reuniones, de todas las tabernas castizas, donde se reunían los auténticos hijos de Santander a tomar unos «chiquitos» y a montar la guardia para que nadie nos faltase al respeto, empezaron a llegarme mensajes y cartas de adhesión y aplauso. Toda aquella gente se levantaba en masa, como los cristianos de la primera Cruzada a la voz de Pedro el Ermitaño. «¿Cómo se entiende —nos escribían— que venga «uno de fuera» a decirnos que Santander es un pueblo sucio, en el que se pelan los pollos en la calle? A ese «llemente hay que darle un chapuzón de honor en la cabeza para que aprenda a distinguirse». Había otros que querían que se hiciera una manifestación monstruo contra el «A B C», contra la Raquel y contra Gómez Carrillo. Creo que sea ésta la campaña que mayor popularidad me ha dado. Todavía me encuentro de vez en cuando a algún hombre absurdo que recuerda aquello y que me dice:

—Yo fui de los que le felicitaban cuando lo de Gómez Carrillo. Yo soy un buen hijo de Santander.

Fue, por muy hilagüeño que parezca, me hace formar una triste impresión del provinciano. Porque las campañas que más eco tienen son las más violentas y las más injustas. Ya he empezado por reconocer que Gómez Carrillo tenía un fondo de razón. Quizás fuera inoportuno lo que decía; pero no falso. Yo cal, sin embargo, sobre él, como si fuese mi mayor enemigo.

Sé que este episodio, tan estúpido en todas sus partes, impresionó vivamente al gran escritor. Tanto, que al publicar, algún tiempo después, un tomo con sus crónicas de viaje, se refiere a él, no repuesto aún de su disgusto y extrañeza.

Desde entonces, el «A B C» estuvo en entredicho entre los buenos hijos de Santander, que seguan reuniéndose en las «cascas» típicas de las calles del Peso, de Juan de Herrera, de Colón y de Fuerta la Sierra a beber «chiquitos» y a partir ideas luminosas. Cada vez que el gran rotativo se equivocaba en el pie de una fotografía, surgía de cada una de estas «cascas» la inevitable Comisión, que me visitaba como a su cronista oficial para que me hiciera intérprete de su protesta. Y yo lo hacía, con el mismo espíritu comisativo que si se tratase de salvar a España. ¡Las cuentas que tendré que dar a Dios cuando me llame a su presencia!

Así, con las espadas en alto, como en el capítulo del «Quijote», estábamos unos y otros, cuando acertó a caer por aquí, cierto verano, el famoso humorista Wenceslao Fernández Flórez. Venía enviado expresamente por el «A B C» para quitar el mal sabor de boca, según lo declaró poco después don Torcuato Luca de Tena con ocasión de la segunda gran batalla, de la que fui actor y cantante. Pero de esta segunda trapatista hablaré otro día, ya que hoy he rebasado con creces el espacio que me concede LA VOZ DE CANTABRIA.

PICK

LA VOZ DE SANTANDREA 24 de mayo 1936  
MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

# MIS POLEMICAS CON GOMEZ CARRILLO Y FERNANDEZ FLOREZ

¡Bueno era el ilustre actor de «Volvoreta» para arreglar cuestiones! Tué sin duda un mal paso del «A B C» haberle enviado a nuestro pueblo con tal misión y en aquellos instantes. Porque un humorista lo sacrifica todo a la posibilidad de hacer una página de chismorreos. Y eso le sucedió a don Wenceslao.

Quiso el diablillo travieso que nueve entre las sombras los hilos del guñol humano, que cuando el representante de Luca de Tena llegaba casa sobre el pueblo un chaparrón de caos que en pleno agosto le calan a uno hasta los huesos como le cojan a lo intemperie. Era la tentación del humorismo, que le salía al paso para desviarle de su misión conciliadora y diplomática. ¿Cómo perder aquel tema magnífico? Y Fernández Flores, desde su cuarto del hotel viendo la lluvia tamborilear en los cristales, escribió una página perfecta del género en que era ya maestro. «Aquí—venía a decir—los que menos se mojan son los bañistas en la playa, aunque el agua del mar les llegue a la cintura. El verdadero baño le toman los tranviantes que se aventuran por las calles, bien provistas de cantineros rojos, que hacen el servicio de duchas de un modo tan perfecto, que parecen cosa preparada.» Así por el estilo seguía toda la crónica del nuevo ministro plenipotenciario de don Torcuato Luca de Tena en la montaña.

Exceso decirles a ustedes la que se armó. Todos los hijos de Santander, que estaban al acecho, pusieron en pie de guerra sus efectivos. Yo, como es natural, salí de nuevo a la palestra empujado por mis incondicionales, que querían chules a toda costa. Y tuve la fortuna de no dejarles descontentos. Hice honor a mi título de polemista temibles de una capital de provincia de segundo orden. Fernández Flores contestó rápido y tajante. Su segundo artículo se titulaba «La hostería de don Godofredo» (o cosa parecida). Hablaba de un hidalgo llamado don Godofredo, cuyos abuelos existieron en las Cruzadas—pero—según—según—según—según de la vida moderna se había visto precisado a pagar una casa de huéspedes, en la que abundaban más los pergaminos que los artículos de asco y de confort. Y el cual, cuando algún huésped le hacía una observación tímida pidiendo alguna mejora en el servicio, tomaba la reclamación como una ofensa hecha a su linaje y, descolgando una espada herrumbrosa de una panoplia polvorienta, quería cobrarle el supuesto ultraje con la sangre de los pobres huéspedes que le ayudaban a vivir.

Sobre poco más o menos, esto era el artículo, cuya intención es tan diáfana que no necesita explicación. Todos habrán comprendido que don Godofredo, el hidalgo fondista, era Santander. Era algo mucho más molesto que todos los reparos que había puesto Gómez Carrillo y que nos habían indignado tanto. Yo le respondí doblando la violencia. Titulaba mi artículo: «Don Godofredo, don Torcuato y don Wenceslao». Se llegó a tal estado de tensión, que el propio don Torcuato decidió venir a Santander. Y por llegar, fui a ver al gobernador civil, muy amigo suyo, con quien estuvo conferenciando largamente sobre el enojoso pleito. Me parece—sía que pueda asegurarlo—que era gobernador el señor marqués de Valdivia, perfecto caballero y también buen amigo mío. El caso es que, después de haber cambiado impresiones con el fundador de «A B C», nos comunicó a los periodistas que llamamos a ver, que estaba dispuesto a acabar con aquellas polémicas y a que todos nos estrechásemos las manos como compañeros, pues estaba seguro de la recta intención y del amor a Santander de Luca de Tena y de su periódico.

Y para lograrlo, nos invitó a todos a una comida, que debía celebrarse en el Casino del Sardinero. Ante la bien servida mesa nos daríamos mutuas explicaciones y se firmaría la paz entre los principios cristianísimos. Y como lo pensó lo hizo. A la comida, que fué espléndida, no sólo acudieron don Torcuato y Fernández Flores, mas todos los periodistas de Santander—y entre ellos, yo—, sino aquellos de la Prensa de Madrid y hasta algún extranjero, que se encontraban en nuestro pueblo con motivo de estar aquí la Corte. Creo recordar que entre los comensales se hallaban Gregorio Gorrachano, Luis Oleza, que dirigía entonces «La Libertad»; Darío Pérez y otras primeras firmas.

La comida empezó bien y parecía que iba a acabar lo mismo. Con la copa del champagne en la mano, todos nos sentíamos compañeros y optimistas. Y se acercaba ya el momento en que el gobernador, que tan espléndidamente nos había obsequiado, se levantase a decir, como es de ritual en actos semejantes, que no había vencedores ni vencidos, sino unos hombres bien intencionados que habían sostenido puntos de vista divergentes; mas sin idea de ofender a nadie. Pero un poco antes entró el emaitre d'hôtel, que en una floreada bandeja hizo entrega a don Torcuato de un blanco sobre que se acababa de recibir, con el ruego expreso de que se lo entregasen enseguida. Cogió el insignie fundador de periódicos la misiva, y después de pedir cortésmente permiso rompió el sobre y se puso a leerla. Todos notamos la contrariedad que le causaba la lectura. Cuando acabó arrugó el papel nerviosamente, y dirigiéndose a todos, pero mirándome especialmente a mí, dijo lo siguiente, que si no es una versión textual, se aproxima bastante al sentido de sus palabras:

—Está visto, señores, que todo lo que haga en servicio de esta ciudad será inútil. Hay gente interesada en que riñamos. Notorio es el interés que me tomo siempre por las cosas de Santander. Por servirle envié aquí a Fernández Flores, que es una de las primeras firmas de mi periódico, y lejos de agradecerme este esfuerzo, se ha tenido pretexto de sus crónicas para insistir en los ataques a «A B C». Y ahora mismo, cuando estábamos reunidos en un acto de cordialidad para dar al olvido todo lo pasado, acabo de recibir una carta injuriosa, en que unos señores que no conozco me acusan de estar vendido a San Sebastián. A este proceder ajustaré yo mi conducta, y Santander sufrirá las consecuencias.

—Nos quedamos todos de una pieza. Hubo un largo silencio, que no se atrevía a romper nadie. Yo reaccioné al cabo de algún tiempo, y procurando llevar bien de la brida mis palabras para que no se desbocasen, expuse que si la carta recibida estaba redactada en los términos que el señor Luca de Tena había dicho, merecía mi condenación. Pero que al mismo tiempo me daban las palabras del gran periodista. Mi camino era hablar a un pueblo tan orgulloso como Santander en aquellos términos. Lo que «A B C» pudiera hacer por nosotros se agradecería siempre. Pero sin que necesitemos para vivir la magnanimidad de nadie. Con «A B C» y sin «A B C», seguiría viviendo como pueblo.

Y allí quedó cortada la comida. Se aclaró el final para evitar nuevas complicaciones. Las cosas habían quedado peor que estaban antes. Yo recuerdo que salí del Casino en un coche con Luis Oleza. Al día siguiente, don Torcuato Luca de Tena se fué de Santander. Según pude enterarme luego, la desdichada carta que tanto había molestado a don Torcuato había partido de una tertulia de una antigua taberna situada en el corazón del viejo Santander y donde se reunían unos santanderinos cónos por cónos, que habían conocido a don Teodoro Martínez y habían cantado en el «Cantabria». Pese a su buena dote, en aquella ocasión hicieron un flaco servicio a Santander.

PICK



La *Voz de Cantabria*, 26-marzo-1935 (1935)

MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

## FIN DE LA POLEMICA

Después de aquella memorable comida de fin tan tormentoso, la vida siguió su curso, como ocurre siempre, y mi polémica con los grandes articulistas del «A B C» terminó. Pero quedó latente en el corazón de los hijos de Santander—la adorable ciudad que con tanta gracia describió Enrique Menéndez en sus «Memorias de un desmemoriado»—la hostilidad al periódico, que aseguraban que la tenía jurada a nuestro pueblo. Presunción infundada, indudablemente. Lo digo yo, que fui uno de los que echaron más leña en aquel fuego por el prurito de estar siempre en la brecha y de acrecentar mi crédito de epaladín local. Ahora, vistas las cosas en frío y sin apasionamientos ni heridas de amor propio, declaro honradamente, como cumple a un buen cristiano, que aquellas grandes batallas que reñíamos en defensa de Santander no tenían fundamento ninguno. Ni Gómez Carrillo, ni Wenceslao Fernández Flórez, y mucho menos el «A B C», tuvieron intención de perjudicar los intereses santanderinos. Escribieron lo que tuvieron por conveniente, como es fuero de todo artista, pero sin intenciones aviesas. Nosotros nos pasamos de puntillosos e irascibles. Hiémoslo lo que el hidalgo de la triste figura cuando arremetió con los molinos de viento. Y menos mal que no salimos descalabrados.

En las «epilas» castizas de Santander se seguía teniendo ojoriza al gran periódico y esplaban sus menores «clapsus» para atribuirlos una intención hastiada. ¿Que se equivocaba en el pie de una fotografía de regatas y se adjudicaba a San Sebastián una «foto» que correspondía a Santander? Pues en seguida los contertulios del Kines, del Centro o de Rucabado iban a visitarnos en comisión para que deshicésemos el nuevo entuerto. Pero a mí me había remitido ya mucho la fiebre pugilista y empezaba a dejar de ser el escritor insensato de mi mocedad. Daba largas al asunto y salía del paso con vagas y amenas divagaciones.

Los «hijos de Santander», viendo que les faltaba su defensor más caracterizado, decidieron obrar por su cuenta. Así, un día se les ocurrió a los de la «peña» Rucabado mandar al «A B C» un telegrama en camelo, con el que se quería satirizar el afán que le atribuían de publicar noticias desagradables para la ciudad. Era en vórcano; estaban en Santander los Reyes, y a aquellos «castizos» no se les ocurrió más que telegrafiar lo siguiente: «Incendio espantoso Llamas, cerca del Sardinero. Extinción distingúlese Miljares.» Lo que había ocurrido de cierto es que había ardido aquella noche una chimenea, que contribuyó a apagar Miljares, el popular bombero voluntario. Las Llamas a que se refería el telegrama es el popular barrio de este nombre, que, como se sabe, está cerca de la Segunda Playa.

Al recibirse este telegrama en Madrid, fué a manos del Gobierno, muy interesado en todo lo que ocurría en Santander, por estar aquí los Reyes y el Cuerpo diplomático, e inmediatamente, desde el ministerio de la Gobernación, se preguntó al Gobierno civil lo que ocurría. Se movilizó la Policía para averiguar quién había puesto aquel telegrama alarmante, y se descubrió sin gran trabajo que había partido de la tertulia de Rucabado, que quedaba gastado una broma pesada al periódico de Luca de Tena. Inmediatamente, los autores de la broma fueron detenidos. Eran gente muy conocida en la ciudad—uno de ellos, el que después fué concejal durante la Dictadura, Manolo Agudo—. Lo hubieran pasado mal de no constar su falta de intención de causar daño alguno y su solvencia moral, reconocida por todos. Salleron de aquel lance sin más quebranto que el susto que llevaron, que no fué pequeño.

Yo no me acordaba ya de estos incidentes, cuando años después, cenando una noche en el Hotel Real, fué mi compañera de mesa, Raquel Meller. Ya se había ésta divorciado de Gómez Carrillo. Yo estaba con Sánchez Mejías y con Gregorio Corrochano. Raquel entró con Fleta y con el capitán del Cuerpo Jurídico-Martínez Frieria. Este, que me conocía por haber utilizado una crónica mía en su informe de defensa de las mujeres procesadas por el crimen del expreso de Andalucía, a las que consiguió sacar absueltas, vino a saludarme. Y como sus acompañantes conocían también a mis amigos, acabamos cenando todos en la misma mesa. Yo tuve durante toda la cena un gran miedo de que Raquel Meller recordase los enojosos incidentes de la polémica que yo había sostenido y se planteara una situación violenta, ya que es sabido que la genial artista no se muere de lengua cuando le acomete la comezón de decir algo. Sin embargo, aunque debió recordar aquel lance, no hizo durante toda la noche la menor alusión a él. Habló de lo divino y de lo humano, sin referirse para nada a Santander ni a los santanderinos.

Cref yo, en vista de ello, que ya el recuerdo de Gómez Carrillo no le interesaba, y confiadamente, en un reportaje fantástico que publiqué en «La Atalaya», hice alusión a estos episodios en una forma que no tenía nada de ofensiva. Y cuál no sería mi sorpresa al recibir a los dos días el siguiente telegrama de Madrid: «Ruégole rectifique cuanto a mí se refiere en artículo publicado número del domingo, por ser completamente falso, y agradeceré me indique a Velázquez, 104, quién es Parera, para proceder contra él como corresponde. Salúdole.—Raquel Meller.»

El Parera a que se refería era un personaje imaginario, a quien había mentado yo en un trabajo novelesco y en cuya boca ponía los conceptos que a la gran artista le parecían injuriosos.

Como es natural, la telegrafió inmediatamente, diciéndole que Parera era yo, es decir, que no había otro responsable que yo mismo; que si quería podía procesarme; pero que la anticipaba que no había tenido intención de ofenderla, y que la seguía admirando como siempre.

Raquel fué bastante gentil para darse por satisfecha, y allí terminó todo definitivamente. Desde entonces, no he vuelto a tener incidente ninguno con «A B C», en cuya Redacción actual tengo muy buenos amigos; ni con Raquel Meller, cuyo arte admiro y cuyos pies beso. Enrique Gómez Carrillo murió entretanto, y desde estas mismas columnas de LA VOZ DE CANTABRIA le rendí el tributo debido como relevante figura que era de las letras patrias.

PICK

MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

# FIN DE LA VIDA POLITICA DE RUANO

LA VOZ DE CANTABRIA  
28 Junio 1935

Al llegar a este punto de mis «Memorias» y repasar lo que llevo escrito, caigo en la cuenta de que por el camino—o mejor dicho, por los caminos—que voy no llegaré nunca a ninguna parte. A cada paso surgen atajos y desviaciones que, de seguirlos, harían este relato interminable. En Santander, en los veintidós años que estudio, han ocurrido cosas de distinto orden, cada una de las cuales daría materia suficiente para un libro. En todas interviene más o menos directamente, o por lo menos, fui testigo y espectador. Cada uno de estos aspectos de la Historia puede ser tema más que suficiente para nutrir un libro. Meterlos todos en una sola obra, es empresa que me expone a la confusión. Las «Memorias de un periodista» deberían ser sólo el relato de lo que ocurría en las salas de Redacción, prescindiendo de todo lo demás. Por no haberme ajustado a esta norma desde un principio, me voy a la hora actual en la precisión de dar un corte a todos los relatos empezados. Sirva de disculpa la trabazón que existe en mis recuerdos y lo difícil que es hacer la historia de «La Atalaya» sin referirme constantemente a Ruano, que tanta intervención tuvo en aquel periódico. Y no menos difícil prescindir de los episodios literarios, sociales y de todo orden de la vida del pueblo que se desarrollaban paralelamente a los exclusivamente periodísticos. Desde que empecé estas «Memorias» estoy recibiendo muchas cartas de amables lectores, que al animarme a que las escriba, me aconsejan el rumbo que, a su juicio, debo seguir. Unos quieren que haga la historia del Santander de mi infancia y de mi juventud; otros me dicen que entice con preferencia el tema de las luchas de los partidos, o sea la historia política del pueblo. Una sola de estas materias ocuparía, como ya he dicho, todo el espacio que lógicamente debe tener una publicación de esta clase. Por lo tanto, será preciso resumir lo que aún falta, no destinando un capítulo a cada episodio o cada personaje, como hasta ahora, sino englobándolo todo en una visión de conjunto.

He hablado de la vida de Ruano hasta que fué elegido diputado por primera vez en el año 1914 y obtuvo los primeros puestos oficiales de importancia. A partir de ese tiempo hasta el año 1923, en que se dió el golpe de Estado de Primo de Rivera y quedó en suspenso la vida política durante siete años, Ruano no cesó de luchar dura y áspidamente sin duda alguna; pero acortado siempre por la victoria. Una prueba difícil—puesto que tuvo que afrontar una colación de mauristas, liberales y elementos del Centro Católico—fueron las elecciones celebradas en el mes de junio de 1919, a consecuencia de haber obtenido el Poder don Antonio Maura, con el correspondiente decreto de disolución. Dirigía la cartera de Gobernación en el nuevo Gobierno don Antonio Goicoechea, que tenía un interés marcadísimo en la derrota del ruanismo. Envío de gobernador a don Platón del Páramo, un farmacéutico y viejo político de Puente del Arzobispo «Toledo», muy aficionado a la arqueología e inteligente coleccionista en cerámica artística, que al parecer, hizo al ministro la promesa de que Ruano saldría derrotado. Calándose el tono que tendrían aquellas elecciones, Ruano se jugó nuevamente todo su porvenir político a una carta, y la hizo con la resolución de sus mejores tiempos. La lucha se limitaba a la circunscripción de Santander. Compañero de candidatura de Ruano era don Gregorio Mazarrasa. Enfrente luchaban el conde de Limpias, maurista, y don Enrique Valderredible y su célebre secretario, don Nicolás García Bustamante. Hasta la misma noche de la elección en el Gobierno civil se tenía la seguridad de que Valderredible votaría con el Gobierno; así es que a la una de la madrugada, cuando los resultados de casi toda la provincia anunciaban el triunfo de Pico, Limpias y Ruano—lo que suponía una derrota del ruanismo—, los candidatos y los principales valedores de la candidatura contraria, al salir del Gobierno civil, se reunieron en «Royalty» para celebrar el triunfo con una copa de champagne. Pero aún había espuma en las copas cuando se recibió de improviso la noticia—bombar los dos mil votos de Valderredible, a pesar de las promesas de García Bustamante, se habían aplicado íntegros a don Gregorio Mazarrasa, que de esta manera resultaba triunfante, quedando en cambio derrotado el conde de Limpias.

Pocas veces he conocido las pasiones políticas más exacerbadadas que en aquella ocasión. En el Gobierno civil se dieron órdenes enérgicas para que se enmendase aquel desaguisado y se trajese detenido a su autor, que no podía ser otro que el señor García Bustamante. A tal efecto, antes de que apuntase el día, salieron para el célebre Valle delegados provistos de los poderes más amplios. Ruano supo enseguida estas medidas y salió también antes de que amaneciera para defender a sus amigos. Al llegar a Reinosá intentó detenerlos; pero Ruano acudió al juez, por orden de uno de los delegados del gobernador; pero Ruano acudió al juez, poniéndose bajo su amparo. Se empezó a reunir el pueblo. Hubo gritos y conatos de motín, y para evitar males mayores, el juez dejó al detenido en libertad. Bastó esto para que se quisiera secuestrar, llegó a Santander milagrosamente y pudo ser computada en el escrutinio. No paró aquí la cosa. El Supremo estuvo a punto de declarar graves las actas, para dar satisfacción al Gobierno, que tenía en ello un interés vivísimo. Pero al empezar la discusión en el Congreso, el vizconde de Matamala, que era ministro de Justicia, había hecho uso de su influencia para que se fallase en un sentido determinado respecto a algunas actas. Esto determinó tal escándalo parlamentario, que el Gobierno fué derrotado en una votación y a consecuencia de ello dimitió. Ruano había salvado una de las situaciones más difíciles de su vida, y refiriéndose a su buena estrella, entonces en el éntil, pudo repetir una frase de Napoleón: «La bola que me ha de matar no está fundida todavía.» No, no lo estaba. Al caer Maura subió al Poder un Gobierno de conservadores moderados, en el que Ruano tuvo la máxima influencia.

Por aquellos días hice yo un viaje a pie a Madrid, acompañando a una patrulla del regimiento Valencia, y me ví en la sala de tapices del Palacio de Oriente, frente a frente con el entonces rey de España, al que dirigí un discurso de salutación y entregué un mensaje que a los expedicionarios nos había confiado el alcalde de Santander. Diré cómo fué eso.

PICK

## MEMORIAS DE UN PELODISTA PROVINCIANO

## AURORA DEL SIGLO

*LA VOZ DE SANTA CLARA 12 MAYO 1984*

Los últimos años del siglo XIX y el amanecer profundo de sombras de la centuria en que nos debatimos, me cogieron a mí en el Instituto. En aquel Instituto de la calle de Santa Clara que ocupaba el mismo espacio que el actual, pero que sin embargo, no se le parecía en nada. Las aulas estaban instaladas en los restos de lo que fué convento de Clarisas, cuyo origen se remonta nada menos que al siglo XIII. En mi época de estudiante quedaba todavía en pie lo que fué capilla del convento, con unos soportales de arcos, bajo los que pasábamos y jugábamos en las tardes de lluvia. En esta capilla edesamortizadas se daban las clases nocturnas de la Escuela de Artes y Oficios.

De aquel Instituto, lo que más recuerdo es una severa e imponente Minerva de piedra, que se alzaba en el centro del amplio patio, sombreando por unas acacias olorosas. Recuerdo también a los profesores, entre los que había algunos extraordinariamente pintorescos, como don Fermín Bolado Zubeldía, auxiliar de Letras, con quien di yo lección particular de Latín, y que hubiera podido ser un personaje de «La Bohème», de Murger. Con tal absoluto desprecio de la realidad cotidiana vivía, si «vivir» se podía llamar a su modo de matar el tiempo. Los nombres de aquellos profesores vienen hoy a mi recuerdo unidos por el cariño y la melancólica lejanía en que ya se proyectan: Orozco, don Vicente Polo, don Amadeo, don Francisco López Gómez, don Santos Landa, que gozaba de un prestigio terrible porque era republicano federal y «masón», según decían algunos en voz baja; don Alberto Espinosa, auxiliar de Ciencias, y don Nicasio Cospedal, muy joven entonces, y a quien debo los rudimentos de matemáticas que luego hubí de necesitar en mis andanzas de marino. A todos ellos, a los que han muerto y a los que viven, envío en estas líneas un saludo enternecido de mal estudiante, que ellos trataron por todos los medios de convertir en hombre de provecho. Pero mis preferencias han de ir de un modo especial a los profesores y alumnos de la Escuela de Náutica, con los que conviví más íntimamente. Porque mis dudas y las de mi familia se resolvieron: yo había de ser marino, como mi hermano mayor. Y me matriculé en «Ampliación de Geografía» y en «Cosmografía, Pilotaje y Maniobras», asignaturas que explicaba en el mismo recinto del Instituto el profesor y marino don Antonio del Campo Burgoleta.

Don Antonio era un señor de solemne aspecto; le decoraban unas grandes patillas canas, como a los comandantes de los cromes ingleses. Vestía pulcramente, y ponía una gran ilusión en su trabajo. Al jubilarse años más tarde recibió el homenaje cordial de docenas de discípulos suyos, muchos de los cuales habían llegado a ocupar destacadas posiciones en la navegación y en la vida industrial de España.

En aquellos años, la Escuela de Náutica contaba con una matrícula tan nutrida, que resultaban insuficientes sus amplias aulas, en las que nos amontonábamos los estudiantes sin espacio en que revolvernos. Había varias causas extraordinarias que explicaban tamaña concurrencia. Con la pérdida del Imperio colonial sobrevino una aguda crisis del Ejército y las Academias Militares se cerraron. Y un núcleo muy considerable de muchachos que se preparaban para la milicia habían decidido hacerse marinos. Así, en la cátedra de don Antonio del Campo había alumnos madrileños, vallesotanos, palentinos y de otras provincias del interior que tenían muy poco de marítimos. Muchos de ellos llegaron a ser unos completos lobos de mar y capitanes expertísimos.

Además de este contingente, había el de Corbán. Por no sé qué incidentes que en aquellos años habían ocurrido en el Seminario santanderino, varias docenas de seminaristas colgaron los hábitos y algunos de ellos pensaron también en la navegación como finalidad práctica de su vida. Ya eran bastante estos dos contingentes; pero a ellos se unía el de muchachos santanderinos, que seguían ilusionados una carrera que en aquellos momentos se anunciaba esperanzadora.

Porque nuestro desastre de 1898, lejos de provocar el colapso económico de España, como se temía por algunos, había producido el resurgimiento de nuestra industria y tal movilización de capitales, que se estaba imprimiendo una nueva fisonomía a la vieja nación rutinaria y anquilosada. Con los tristes restos de nuestro Ejército—aquellos lamentables soldaditos de rayadillo que se morían como moscas en los hospitalillos en que se los acogía—se repatriaban, después de perdidas Cuba, Filipinas y Puerto Rico, los «ladinos» de nuestras colonias. Y con ellos volvían a la madre patria sus caudales. Estos caudales buscaban enseguida colocación, y se estudiaban negocios y se acometían industrias nuevas. Fué la época de las minas, de las azucareras, de los Altos Hornos y de las Compañías de Navegación. En Santander se fundó la Compañía Santanderina, a la que siguió muy pronto la «Montañesa». Los señores González Camino adquirieron un magnífico vapor: el «Esle». Dinero de «ladinos» montañeses se empleaba también en Navieras de Bilbao. Hacía falta personal náutico, y la Escuela santanderina respondía a esta necesidad colmando sus aulas, hasta que la ley física de la impenetrabilidad ponía su veto.

Muchas figuras extraordinarias pasaron por la Escuela de Náutica en aquellos años. Yo sólo voy a fijarme en dos, que por distintos conceptos ocupan constantemente mi recuerdo: Eliecer López Acarregui, a quien todos llamábamos «Judas», y León Felipe Gutiérrez. Eliecer murió muy joven, ahogado en la barra de Huelva, como diré más adelante; León Felipe Gutiérrez es hoy práctico de Buenos Aires y novelista y escritor, que en las letras argentinas ha hecho popular el pseudónimo de «Leo Gott». Estos dos compañeros de mis estudios merecen, cada uno en su estilo, que les dedique unas líneas cariñosas y emocionadas.

PICK



## MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

## UN ESTUDIANTE DE PRINCIPIOS DE SIGLO

"LA VOZ DE CANTABRIA" 13 MAYO 1934

Eliecer López Acarregui pertenecía a una de las familias más estimadas y más conocidas de Santander. Su padre fué, y es, pues por fortuna aún vive, y Dios quiera que por mucho tiempo, uno de los médicos más acreditados de la ciudad: el doctor don José López Peredo. Yo le pido perdón a este amigo venerable y querido por sacar hoy a plaza la vida de un hijo que fué un compañero entrañable y cordial de mis años de adolescente. Nada de lo que voy a referir va en demérito de aquel extraordinario ejemplar humano, que llenó con sus «cosas» el comentario del Santander de principios de siglo, y que de no haber visto truncada su vida de un modo trágico, ocuparía hoy un lugar preminente en la vida local, ya que le sobaban dotes de inteligencia para ello. Precisamente, estos ejemplares de muchachos turbulentos e inteligentes son la mejor semilla para los triunfadores del mañana. Yo me he preguntado muchas veces lo que Eliecer López Acarregui hubiera podido llegar a ser de haber vivido en los tiempos de la Guerra Europea, en la que la audacia, unida al talento, tenían un campo fértil en que hundir su arado.

Eliecer era en aquellos tiempos lo que se dice vulgarmente «de la piel del diablo». Por eso le llamábamos todos «Judas». Suyas eran las travesuras más detonantes y las bromas más pesadas. Su lema era el tan conocido de «que las bromas han de ser pesadas o no han de darse». Sin embargo, he de proclamar, para que no quede lugar a equívocos, que no hizo nada en su vida breve y turbulenta que pudiera parecer, de cerca o de lejos, una incorrección. Eliecer era la tormenta de todas las mañanas en las clases a que asistía. Inmediatamente detrás de él, y siguiéndole enfurecidos, llegaban ante el catedrático, o ante el director, el zapatero «Bota» o el ropavejero «Mangado». Y, a veces, los dos juntos. «Bota» era un zapatero que trabajaba en el portal de la casa solariega de los Villatorre. Además de zapatero, salía de macero, con melena, dalmática morada y maza al hombro, en todas las procesiones y solemnidades municipales. Bastaba que al pasar frente a su portal se le gritase: «¡Bota!», para que dejara su trabajo y saliese corriendo tras el ofensor. Eliecer, que lo sabía, no perdía la coyuntura todas las mañanas, cuando se dirigía a clase, de hacerse escoltar por el enfurecido maestro de obra prima.

Lo propio ocurría con «Mangado». Don Isidro Rionego—pues éste es su nombre—tenía su chiribitil en la esquina de la calle de Don Francisco de Quevedo y de los Remedios. Se le llamaba «Mangado» porque se decía que, siendo carabinero, había dado muerte al capitán Mangado, cuando éste se sublevó por la República en los primeros años de la Restauración. El no toleraba mansamente la adjudicación de este nuevo nombre, y en cuanto oía que alguien se lo aplicaba, salía enfurecido tras de los apostrofadores, corriendo calles y calles. En el Instituto estaban los principales enemigos de su tranquilidad, y Eliecer López Acarregui era el que más le cultivaba.

Aparte de estas escaramuzas diarias, que casi constituían una obligación suya, Eliecer actuaba en el Instituto de un modo constante y revolucionario. Cuando el profesor de Física quería hacer experimentos con los aparatos y máquinas del gabinete, las experiencias le resultaban siempre mal y venían a demostrar lo contrario de lo que el digno profesor intentaba. Era que Eliecer había manipulado previamente en el instrumental, cambiando piezas y aflojando tornillos, para que el resultado fuese una estrepitosa carcajada de la clase entera. Ello, mejor que ninguna otra cosa, puede dar idea de las profundas diferencias que separan a aquellos tiempos de los nuestros.

Fuera del Instituto, Ellecer pertenecía a una «trínca» que traía «n jaque a los escasos guardias municipales de la ciudad. La constituían el «Pitorro», un laborioso y acreditado industrial de pompas fúnebres, a quien así llamábamos por la nariz a lo «Cyrano» de que estaba provisto—era una segunda edición del «don Telesforo», de que ya he hablado—; un Bringas, hijo de un panadero de la calle de Tetuán; un Rivas, que se mató algún tiempo después al tirarse «un cole» desde una elevada columna metálica que había en la Segunda Plaza, y otros chicos del mismo buen humor. Esta «trínca» tenía su cuartel general en un cafetín llamado «El Timbre», establecido en la esquina de la Plaza de Pombo y el Muelle. Hacían en el cafetín tales cosas, que el dueño llegó a proponerles que les pagaría el café todos los días con tal que fueran a tomarle en otro establecimiento cualquiera. Ni que decir tiene que rechazaron la proposición muy dignamente. Ellos no querían tomar café «de gorras».

Una noche en que había música en el muelle y en que el paseo estaba lleno de bote en bote, se vió aparecer por Puertochico al «Pitorro» y a sus acólitos, que llevaban en brazos una silla, sobre la que iba desmayado Ellecer. En aquella forma se acostumbraba a llevar entonces a la Casa de Socorro a las víctimas de los accidentes. Como es de suponer, inmediatamente se suspendió el paseo y una multitud enorme rodeó a los portadores de la silla y al que iba desplomado en ella. Todos creían que había sucedido una desgracia.

—¿Qué ha pasado?—preguntó uno al «Pitorro».

—Nada—respondió éste, tranquilamente—. Hemos ido andando al Sardineiro y Ellecer se ha cansado mucho. Por eso le llevamos sentado a casa.

Y se metieron todos en «El Timbre» a celebrar el chiste.

Siendo ya marino, Ellecer, que era muy amigo del torero montañés Darío Díez Limiñana, yendo a salir para Inglaterra, le pidió que le dejase un traje de luces. Y al llegar a Cardiff salió a tierra vestido de torero, promoviendo el escándalo que fácilmente se puede imaginar. En el teatro, iban el «Pitorro» a butacas y Ellecer a paraiso, y empezaban a preguntarse a gritos por sus familias respectivas y por su estado de salud, entre el estupor y la indignación de los restantes espectadores.

Ellecer fué a hacer los viajes de prácticas en el vapor «Hércules», de una Compañía de Bilbao, que mandaba el ilustre marino montañés don Fernando Gutiérrez Cueto. En aquel barco iba de primer oficial el famoso Teodosio Ruiz (el Piloto). Las cosas que Teodosio y Ellecer hicieron juntos en todos los puertos del planeta parecen capítulos de fábula. Ellecer fué siempre un admirador y un devoto amigo de Teodosio.

Los primeros versos que yo escribí los firmó Ellecer. Estaba éste enamorado de una bella señorita santanderina, y creía que dedicándola unos versos en un periódico adelantaría mucho en su estimación. Como sabía que yo versificaba, me pidió una poesía. Se la hice. El la firmó y la envió a «La Atalaya», que la publicó en su «Album poético». Si se repasa la colección de este periódico, podrán encontrarse estos versos, que llevan por título «A Anita» y la firma de Ellecer López.

Ellecer hizo un viaje trasatlántico en el buque escuela «Nautilus», donde fué protagonista de aventuras extraordinarias. Cuando, algún tiempo después, fui yo también a la «Nautilus», todavía se conservaba en este barco el recuerdo de Ellecer, el piloto santanderino, y me hablaban de él como de un personaje de leyenda.

Murió de un modo estúpido y absurdo. Había salido a viaje en una pequeña goleta. En la barra del río de Sevilla—no de Huelva, como dije ayer—el barco embarrancó durante la noche. Ellecer, que era un nadador de certamen, se ofreció a ir a nado a la orilla a pedir auxilio. Se arrojó al agua, y ya no volvió a aparecer. El resto de la tripulación, que permaneció a bordo, fué salvada al ser de día por los remolcadores que acudieron. Así acabó la breve vida de uno de los caracteres más originales y más fuertes que han salido de nuestra Escuela de Náutica.

PICK



**MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO**  
**MIS PRIMEROS ARTICULOS**  
*15 MAYO 1936*  
*LA VIZ DE SANTANDER - 15 Mayo 1936*

Voy escribiendo estas «Memorias» sin sujeción a plan alguno, a la buena de Dios, engarzando un recuerdo en otro y separándome muchas veces de la idea esbozada para correr tras un episodio que surge de súbito. Si siguiera de la misma manera, no sería posible el libro que con la suma de estos artículos me propongo publicar. Es decir, resultarían tres o cuatro libros. Porque historiar con todo detalle el Santander de mi niñez, sería bastante para un libro solo; otro libro podría hacerse de mis recuerdos de marino, y finalmente, mi vida periodística—veinticinco años interviniendo como actor y testigo en muchos memorables episodios de la vida de la provincia y de España—bien podía dar tema para un par de tomos, por lo menos, sin estirar mucho los asuntos. Y todo esto—mi infancia, mis navegaciones y mi periodismo—lo targo que resumir en un libro solo, o sea que he de ir dosificando los artículos para que de su suma no resulte un conjunto desproporcionado y monstruoso.

Por eso voy a poner ya punto final a todo lo que puede considerarse como antecedentes o prehistoria del periodista. Lo que me falta por contar lo resumiré diciendo que al salir de la Escuela de Náutica navegué en los vapores «Sardieros», «Uribitarte», «Pedrosas» y «Axpe», de Bilbao; en el «Peña Castillos» y «San Salvador», de Santander, y en la corbeta de guerra «Nautilus», en la que hice un viaje a Suramérica, visitando al regreso la célebre isla de Santa Elena, en la que estuvo prisionero y murió, como saben todos, el invicto Napoleón. Diré también que en el transcurso de estos viajes empecé a escribir; que mandaba crónicas, que publicaban «La Atalaya» y «El Diario Montañés» cuando se fundó; que publiqué también algunos versos en el «Album» poético de «El Cantábrico», y que fuera de la Montaña, y durante mi permanencia en la «Nautilus», colaboré en «El Diario Ferrolano». También por aquel tiempo publiqué poesías y artículos en la «Revista de El Correo Español», el órgano nacional del carlismo, hoja que estaba a cargo de un ilustre periodista santanderino, don Gabino Gutiérrez.

Son muchos los que, debiéndole todo al periodismo, pagan con la más negra ingratitud a la profesión o afición que les dio el triunfo cuando ya no necesitan de ella, hablando despectivamente de los periódicos y de los periodistas. Yo, que he agradecido siempre lo que por mí se ha hecho, fuera poco o mucho, quiero aprovechar esta ocasión para proclamar que al periodismo le debo buena parte del modesto pan que he comido y las facilidades que en la vida he encontrado para no tropezar y caerse muchas veces. Si yo hablase mal del periodismo, demostraría una condición villana que, por fortuna, no es la mía.

Voy a citar un caso, el más insignificante probablemente de mi vida profesional, pero uno de los que más me han conmovido: que no olvidaré fácilmente.

Había llegado yo a Ferrol con el propósito de embarcarme en la «Nautilus», ya que la navegación a vela era indispensable para mis exámenes y era muy difícil hallar en la Marina civil veleros para ello. Pero el embarque no se arreglaba. La «Nautilus» tenía ya su dotación completa y estaba para salir de un momento a otro. Yo no conocía a nadie en Ferrol que pudiera ayudarme. Desalentado por los inconvenientes que encontraba, fui a dar con mis huesos en el Hospital de Marina. Para entretener mi convalecencia escribí unas poesías y unos artículos, que envié a «El Diario Ferrolano», que los publicó, teniendo la gentileza de poner al pie de la firma: «Marinero de la Armada».

Uno de estos artículos era una necrología del general carlista don Francisco Cervera, que acababa de fallecer por aquellos días en Zaragoza. Yo recordaba la parte dramática que el fallecido había tomado en la intentona de San Carlos de la Rápita, a consecuencia de la cual fué condenado a muerte y estuvo veinticuatro horas en capilla.

El mismo día que apareció este artículo me llamó a su despacho el capitán médico de guardia. Se llamaba don Manuel Paz Varela, y era un buen escritor que colaboraba también en «El Diario».

—¿Te has escrito esto?—me preguntó, mostrándome el periódico.

Tembloroso y pensando en una sumaria, le dije que sí.

—Pues bien, te felicito—me respondió—. Tu artículo está mucho mejor que el que «Jun de Aragón» publica también sobre Cervera en «La Correspondencia de España», llegada hoy. ¿Hace mucho que escribes?

Yo le conté mi vida de por ahí, y le expuse mi angustia por no poder embarcar en la «Nautilus».

—¿Cuándo sale la «Nautilus»?—

—Pasado mañana, dicen.

—Pues hoy mismo te doy el alta y te presentas con una carta mía en «El Diario Ferrolano». Es para el general Mille.

El general Mille pertenecía, si no recuerdo mal, al Cuerpo Jurídico de la Armada. Era la personalidad más importante de El Ferrol, cuyo distrito representaba en Cortes. Además, era propietario del periódico.

En «El Diario Ferrolano», desde el general hasta el último ordenanza, me dispensaron una acogida cordial y se dispusieron a servirme. Aquella misma tarde quedaba embarcado en la «Nautilus» con cartas de Mille, en que me recomendaba al comandante, al capellán—un joven sacerdote murciano, llamado don José Riera, buen escritor y discípulo que había sido en Murcia de don Víctor Fernández Llera—, al médico y a otras personas importantes de a bordo.

Sobre cubierta estaba, recién acabado de embarcar, con mi petate al hombro, cuando un marinero que llegaba, con una gran cartera comercial bajo el brazo, comenzó a gritar mi nombre. Al adelantarme a él me abrazó cariñoso.

—¡Chico!—me dijo—. En «El Diario Ferrolano» he sabido que venías aquí, y me he alegrado mucho, aunque no te conozco. Ya nos iremos conociendo. Yo también soy amigo de los del «Diario». Nos llevaremos como hermanos. Me llamo Pedro Ferrer Anadón: soy de Zaragoza; estoy examinando de piloto y en la «Nautilus» soy el encargado del detalle. Ven conmigo...

Así fué como conocí a Pedro Ferrer Anadón, hoy primer oficial del «Cristóbal Colón». Y todo se lo debía a un pobre artículo de periódico.

PICK

## MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

## LOS EFECTOS DE UN GOLPE

## DE MAR

17 MAYO 1899 CAVAL DE CATARBA

Hay golpes de mar de una fuerza terrible que pueden producir los mayores estragos. Yo tuve que sufrir uno, que me llevó desde la cubierta de un vapor minero, en medio del golfo de Vizcaya, hasta la Redacción de un periódico en la tranquila ciudad de Santander. Aquel golpe de mar decidió de mi vida. De no haber sido por él, mis rumbos hubieran sido otros. Probablemente no hubiera escrito más que artículos y versos de amateur durante un tiempo más o menos largo, hasta que el cansancio y la atención de otras obligaciones hubieran hecho caer la pluma de mi mano. Pero estaba escrito que yo había de ser periodista profesional, y el golpe de mar de que hablo se encargó de ser el instrumento de la Providencia para que sus designios se cumplieran.

Navegaba yo en un vapor de poco tonelaje—uno de aquellos pequeños y valientes vapores que llevaban mineral a Inglaterra y Holanda y en sus viajes de retorno traían vacas lecheras a Santander y Bilbao, o carbón para Francia e Italia—. Habíamos salido de Santander un día de invierno con mineral de San Salvador, destinado a Newcastle. El barco iba tan cargado, que hasta en los días bonancibles del verano, podían considerarse sus calados peligrosos para el mar del Norte. Desde que salimos, el Noroeste empezó a batirnos, y a poco de perder de vista Cabo Mayor, el mar, que arbolaba en montañas enormes, se comía materialmente el débil y pequeño barco. Proa a la mar, empujados con el braque las olas, estuvimos dos o tres días. Y a medida que pasaba el tiempo, el viento, en vez de serenarse, redoblaba su furia y las olas eran cada vez más amenazadoras.

Una mañana, estando yo en el puente con el capitán, el viento huracanado desmenuzó un foque del estay de proa. Y la vela, firme sólo al estay por uno de sus puños, empezó a zapatear furiosamente, barriendo el castillo. Había que escazarla, y a escazarla bajé yo desde el puente, uniéndome en cubierta al contramaestre y dos marineros. Apenas pusimos pie en el castillo, el barco dió una cabezada terrible. Paredes enormes de agua nos rodeaban por todas partes, y una de esas paredes se desplomó sobre nosotros. Yo sentí el golpe en mi cabeza y perdí la noción de lo que me pasaba. Me ví derribado y arrastrado no sabía hacia dónde. El agua me entraba por la boca y por las narices y me ahogaba. Me sentía incapaz de ningún esfuerzo para librarme. Todo el golpe de mar—cientos de toneladas de agua—había pasado sobre mí. Cuando pude respirar un poco, me encontré junto a la bacadilla de la cubierta baña con medio cuerpo fuera del barco. Fué un milagro que me aguantase en aquel sitio y que no hubiese sido arrastrado al mar. La ola nos había barrido a todos los que estábamos en el castillo, arrojándonos a la cubierta. Quise levantarme, y sentí un vivo dolor en una pierna. En mi caída se me había metido por el muslo un cóncono de hierro, produciéndome una brecha considerable. Un minuto más en aquella situación, y estaba irremisiblemente perdido, porque un segundo golpe de mar o un nuevo bandazo hubieran acabado de proyectarme como un plomo a las olas. Por fortuna, unos brazos fuertes tiraban de mí. Un tripulante había corrido rápido hacia donde yo estaba y me recogía como un guisapo inerte.

En aquel momento el vapor rompía la capa y, dando popa al viento, volvía de arribada en demanda de Santander. Yo llegué tendido en mi litera, y apenas dimos fondo, me desembarqué. Tenía para un mes largo, entre curación y convalecencia.

En «El Diario Montañés» vino la noticia del temporal corrido por aquel vapor y del accidente de que fui víctima.

Mis propósitos eran entonces seguir navegando. No veía otra finalidad a mi vida, ni otro empleo posible de mi esfuerzo. Desde luego, no se me había pasado por la imaginación que pudiese vivir de la pluma. Hasta allí no había sacado una sola peseta de mis poesías y mis artículos, y no imaginaba que pudiese sacarla nunca.

Poco después el barco, reparadas sus ligeras averías, reanudó su viaje. Yo me daba mucha importancia arrastrando mi pierna herida por la calle de San Francisco y contando a todos los que me preguntaban cómo había ocurrido aquello. ¡Deliciosa calle de San Francisco de aquellos años! Eran los días en que «Polis», el querido Leopoldo Sáinz, verdadera institución santanderina, relataba en ella sin competencia posible. Eran también los tiempos de Rogelio San Germán Ocaña, el magnífico caricato, que ahora está en Buenos Aires, y de otros «caraduras» de muchísima gracia. Había también un plantel de modistas de bandera, que no aspiraban a ser «mises» ni reinas de belleza, pero que armaban cada escándalo con sus ojos, que todas las noches, a la salida de las costuras, había engarras entre los galanes, con profusión de cojos borrachos. Decididamente, en aquel mes de diciembre, víspera de Navidades, se estaba mejor en la calle de San Francisco que aguantando golpes de mar en el poco hospitalario golfo de Vizcaya.

Y una noche que llovía mucho—lo recuerdo bien—se me acercó un señor muy tapado con un paraguas. Al retirar éste, lo conocí. Era Antonio Mur, inteligentísimo y activo reportero de «La Atalaya». A guisa de saludo me dijo: «bocajarro»:

—¿Qué hace usted? ¿No navega?

—En unos meses, no—le respondí—. Luego ¿qué recurso me queda?

—Es el caso,—añadió, pensando mucho las palabras,—¿Si usted quisiera...?

En la Redacción estamos en cuadro. Está todo el mundo con gripe, y yo no sé cómo sale el periódico. ¿Por qué no viene usted a ayudarnos? ¿Se ganaría unas pesetas...?

La proposición me cogió tan de sorpresa, que tardé mucho en responder. No se me ocurrió más que decirle:

—¿Pero cuándo?

—Desde esta misma noche. ¿Para qué pensarlo? Végase a cenar conmigo, y nos iremos juntos a la Redacción.

Y, en efecto, aquella noche entré yo en «La Atalaya» de redactor, con sueldo.

PICK

## MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

## VEO A RUANO POR PRIMERA VEZ

LA VOZ DE SANTANDER 20 Mayo 1936

Yo no había visto a Ruano nunca. Había oído, sí, hablar mucho de él, y sobre todo con ocasión de aquel sensacional proceso del «Martillito», en que actuó de abogado defensor, obteniendo uno de los grandes triunfos de su vida forense. Conocía a su hermano Miguel, que había sido capitán mío en el «Uribitarrea», y la fama de sus andanzas silvestistas las oí de labios de uno de sus más fieles adeptos, uno de los afiliados del «Círculo», el patrón de cabotaje Agustín Pérez («Colloradas»), que en otro de los barcos en que yo anduve navegaba de mayor-domo. «Colloradas», que pertenecía al elemento popular del silvestismo con Justo el Tuerto, «Gironillas», Gallutz el electricista y tantos otros, me hablaba en todos los viajes, en las largas horas de mar, de aquellos señoritos del «Círculo» que iban con ellos a las verbenas de la calle Alta y se bebían unas copas como los buenos. Dos nombres, sobre todo, estaban en sus labios constantemente: el de Ruano y el de Luis Martínez. Pero cuando yo entré la primera noche en la Redacción de «La Atalaya», llevado por Mur a trabajar como redactor, no conocía ni a Ruano ni a ninguno de los otros consejeros. Porque el notabilísimo abogado era uno de los consejeros del periódico.

La historia del viejo diario había sido hasta entonces extraordinariamente interesante y accidentada, y en el momento que yo entraba en él experimentaba uno de sus cambios más trascendentales. Puede decirse que cambiaba su piel «añelada» por una nueva, que había de tener una gran influencia en la vida del pueblo.

El periódico, de cuya fundación va he hablado, nació, como ya dije, por una asistencia de la propiedad de «El Atlántico». Fue su fundador y su director primero don Lorenzo Blanchard. Luego pasó a depender del Obisnado, del que, en cierto modo, fue órgano oficial. Uno de los directores más notables que tuvo en esta etapa fue un mozo navarro, don Miguel 1832. Aruado Salverry, que andando los años figuró de un modo brillante en el partido carlista: orador elocuente, alternaba con Mella en los mítines y en los apéches, y fue diputado por Tolosa durante muchos años.

Después, la propiedad de «La Atalaya» pasó a manos de una señora acaudalada y piadosa, doña Manuela Calderón, que tenía arrendado el periódico a una Sociedad de Propaganda Católica. Cuando venció el contrato de arriendo, un sobrino político de aquella señora, don Maximino Valdés, influyó para que no se renovara, pues quería explotar el periódico por su cuenta. Entonces, los arrendatarios fundaron «El Diario Montañés», que vino a dirigir el buen periodista don Ángel Quintana, actual vocal de nuestra Asociación de la Prensa. De «La Atalaya» se hizo cargo el señor Valdés, que trajo para dirigirle otro periodista navarro, don Octaviano Mir y Mata, brillante escritor, pergeño de hidalgo, y que andaba siempre tan apurado de recursos económicos como sobrado de hidalguía y de ingenio.

Bajo la égida de Valdés, «La Atalaya» fue de tumbos en tumbos, tanto, que al cabo de algún tiempo se hizo cargo de ella el conocido hombre de negocios don Ferrn Barquín y Carmi, que era uno de los principales acreedores del señor Valdés. Este es un detalle poco conocido de la vida de «La Atalaya». Durante algunos meses el diario fue controlado por el señor Barquín, hasta que trasladó su propiedad al partido conservador.

La agrupación conservadora montañesa era en aquellos años una fuerza política importantísima en la provincia. La constituían los silvestistas, fieles a la persona y a la política de don Ramón Fernández Hontoria, conde de Torremuz, y los antiguos gamacistas, a cuyo grupo estaba adscrita la más acaudalada aristocracia mercantil del pueblo. Su fusión se hizo cuando el señor Maura, representante del gamacismo al morir su cuñado Gamazo, abandonó el campo liberal y se sumó a los conservadores de Silvea.

El partido se hallaba en pleno apogeo, no sólo en la provincia, sino en España. Ocupaba el Poder desde hacía poco. Maura era ministro de la Gobernación, don Eduardo Dato alcalde de Madrid y don José Sánchez Guerra gobernador de la capital y corte. A don Ramón Fernández Hontoria, que había sido diputado por la circunscripción santanderina durante muchos años, se le había hecho senador vitalicio, y representaban en Cortes a los santanderinos don Manuel García Obregón y don Pedro Acha, entonces muy joven. Alcalde del pueblo lo era don Luis Martínez y presidente de la Diputación don Crispulo Ordóñez, un boticario veterano en la política provincial, que tenía su farmacia en una casa de dos pisos que había en la calle del Martillo, en una parte del solar que ocupa hoy el Banco Mercantil.

Los conservadores ocupaban, como se ve, todos los puestos de mando de la provincia. Necesitaban un periódico diario que fuese órgano suyo, y decidieron adquirir «La Atalaya», formando al efecto una Sociedad anónima. En el momento que yo entraba al servicio del periódico acababa de efectuarse la adquisición, hasta el punto de que el nuevo director nombrado, el ilustre literato y autor dramático montañés don Eusebio Sierra, no había tomado aún posesión del cargo. Hablaré otro día del aspecto que presentaba la Redacción en el momento en que me presenté y de los periodistas que me recibieron como compañeros. Ahora diré que a los dos días de estar trabajando llegaron al periódico los señores del Consejo de Administración, a los que fui presentado. Aquellos señores eran en su mayoría jóvenes y constituían lo más granado del señorío del Muelle. Eran, si mal no recuerdo, don Ramiro Pérez Elizaguirre, don Gregorio Mazarrasa, don Pedro Acha, don Juan Ruano, don Alfredo Trucha, don Jacinto Uzcudun, don Manuel González Trupeda, don Luis López Dóriga, don Joaquín Lombra, el conde de Mansilla y don Gabriel Pumbo. No sé si se me olvidará algún nombre. Entonces vi por primera vez a Ruano, y recuerdo la impresión que me hizo. Don Juan, en lo mejor de su vida triunfal, irradiaba inteligencia y energía. Se presentaba en él al jefe. Yo estaba acobardado y me expresaba torpemente. Según Ruano me confesó mucho después, en aquel primer encuentro le había producido muy mala impresión. No creía que pudiera ser útil en el periódico. Sin embargo, él, como los demás consejeros, me acogieron con gran cordialidad y me dieron ánimos. Mandaron llevar unas botellas de champagne, que se bebieron alegremente. Fue la primera vez que bebí champagne y el líquido espumoso constituyó una especie de bautizo periodístico mío.

PICK



MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

# UNA REDACCION DE PRINCIPIOS DE SIGLO

LA Voz DE SANTANDER 25 Mayo 1934

La Atalaya se hallaba establecida en la calle de Santa Clara, frente al Instituto en que había estudiado, en una casa de aspecto modesto que todavía existe. En la planta baja estaban los talleres, en un entresuelo la Administración y en el primer piso la sala común de los redactores. Como se trataba de una casa de vecindad que apenas había sufrido reformas en su distribución, estas salas de los redactores se componían de varias habitaciones comunicantes, ocupadas todas por mesas y pupitres. En uno de los rincones tenía su mesa el director. El mobiliario era pobrísimo y por todas partes se veían montones de periódicos. Frascos de goma y grandes tijeras completaban el instrumental de los trabajadores intelectuales. Al llegar yo, la noche de mi ingreso, se acababa de recibir la primera conferencia telefónica. Venía el texto extractado hasta lo inverosímil. Los redactores se repartían las carillas para el trabajo. Se consideraba como un mérito en el oficio y como la suprema habilidad chinchar aquéllas con detalles desmesuradamente, adivinando lo que el texto no decía y adornándolo con detalles sacados del Enciclopédico Hispano-Americano. Por ejemplo: Un telegrama decía sencillamente que en el barrio de Peto, en Constantinopla, había ardió una manzana de casas, y el redactor encargado de chincharlos se enteraba por el diccionario de la historia y de las particularidades de aquel barrio y lo metía hábilmente en el texto, como si hubiera sido telegrafiado. A esta labor se entregaban dos de los redactores cuando yo entré. Uno de ellos, Francisco García Núñez, que había de director accidental, repartía el trabajo, mientras el regente, Salvador Sierra, esperaba a pie firme, con la gorra en la mano, a que le diesen las cuartillas.

Esta Salvador Sierra trabajó desde aquella noche conmigo hasta el último número de «La Atalaya», en que ya achacoso y muy quebrantado, se retiró. No sé si vive todavía, pero en cualquier caso que se halle quieto que lo hege mi saludo cordial. Era un excelente trabajador, muy práctico en su oficio, que había estado en «La Voz Montañesa» y que luego sirvió en «La Atalaya» desde el primero hasta el último número. Es decir, durante unos treinta y cinco años. Núñez, el redactor jefe, constituía un ejemplar humano formidable, de quien hablaré enseguida. Los demás redactores eran Alejandro Nieto, el insigne «Amadís», que había entrado en «La Atalaya» al fundarse el periódico en 1893, y que allí seguía sin ambiciones y sin desalientos, haciendo su celebritadismo «Panorama»; Antonio Mur, de quien ya he hablado, del Cuerpo facultativo de Prisiones, en aquellos años en la excedencia y consagrado al periodismo, que era y sigue siendo la gran ilusión de su vida; César García Iniesta, hombre pletórico que ahora figura bastante en Madrid, en el mundillo teatral, y que es autor de algunos sainetes y zarzuelas muy aplaudidas, y un Víctor Rodríguez Pons, profesor mercantil y autor de un tratado para entrar en el Banco de España, según rezaba en la portada. Nieto, que tenía tanta gracia hablando como escribiendo, decía que el procedimiento de Pons para entrar en el Banco era por las alcantarillas, de madrugada.

Cuando yo llegué estaban solos Núñez y Nieto, con el regente Salvador Sierra. Núñez, que era muy mudo, me miró de arriba a abajo con los gruesos cristales de sus lentes, y me señaló una mesa sucia para que diese comienzo a mi trabajo. Nieto, que ya me conocía, se alegró mucho de verme allí, y aprovechó la ocasión para cedermela la parte de conferencia que le había tocado chinchar, diciéndome que convenía que la hiciera ya, como prueba. Hecho esto, se puso a recibir con aire indolente el café que humeaba en una taza y a chupar con destacación el cigarrillo que tenía prendido en una larga boquilla. Mur, desentendiéndose de mí, procedió a ordenar las cuartillas de la información local, que llevaba ya redactadas.

Empezaba para mí un trabajo que dura todavía hoy. Al recordar aquel instante siento que la emoción me gana. ¡Cuántas cosas hecho o deshecho en mi vida tienen su origen en aquella noche! Todo el andamiaje de mi existencia deseara, como se ve, sobre la arena movediza de la casualidad.

Antes de seguir adelante quiero hacer la semblanza de Francisco García Núñez. Había intervenido activamente en el cambio de propiedad de «La Atalaya» y era el hombre de confianza de la nueva Empresa. Se ocupaba de todo, de la Administración y de la Redacción. Como no se había presentado don Eusebio Sierra, había de director interino. Tenía un aspecto de nihilista ruso, con una enmarañada barba negra. Su gesto era también enmarañado y de una violencia extrema. Era marino mercante, como yo, y sin duda por ello me acogió con menos hostilidad de la que presumían todos, pues era inabordable para los principiantes y no toleraba la inexperience. Cuando supe que yo era marino pareció alegrarse y no tardó en confiarme un alumno, a quien por las tardes daba lección de Cosmografía, preparándole para los exámenes de piloto. Yo no podía enseñarle nada al pobre chico y lo que hacíamos era estudiar juntos. Pero fue la suerte de anular, y Núñez me quedó muy agradecido. Su agradecimiento fue de gran importancia para mí, como se verá luego.

Núñez había navegado en la Transatlántica y dejó la profesión por faltarle la vista. Había traducido del inglés un método para determinar la situación en el mar. Al dejar los barcos se hizo periodista y lo llevó a «El Atlántico» Fernando Gutiérrez Cueto, su compañero en la Transatlántica. Había pertenecido también en Madrid a la Redacción de «El Imparcial». Juraba como un carretero y decía, cuando se enfadaba, cosas atroces. En una ocasión fué un grupo a pedirle que rectificara unos telegramas que había enviado a un periódico de Madrid, y empezó a tiros con los visitantes, que huyeron despavoridos. No salía nunca sin el revólver, que guardaba en el cajón de su pupitre, al alcance de su mano, cuando empezaba a escribir. Recientemente había sostenido una violentísima campaña contra don Pedro San Martín, el popular y discutido alcalde. Los incondicionales de don Pedro habían amenazado con asaltar la Redacción, y Núñez estaba siempre dispuesto a recibirlos a tiros, si la amenaza se realizaba.

Mi ilustre amigo don Luis Redonet recordará a Núñez mucho. Porque cuando don Luis obtuvo el acta de Santander, aquel, que ya estaba en una situación violenta en el periódico, se fué a Madrid tras el nuevo diputado, llevándose a toda su familia. Y por mediación de Redonet logró un puesto en la Dirección General de Emigración. Desempeñándolo ha muerto hace pocos años. De este hombre terrible tuve que depender desde mi primera noche en «La Atalaya». No se dirá que encontré muy llano el camino.

PICK



MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

# EUSEBIO SIERRA, EL ESCRITOR Y EL HOMBRE

LA VOZ DE CANTABRIA 31 MAYO 1936

A los pocos días de estar yo en el periódico, llegó a él don Eusebio Sierra, que había sido nombrado director por la nueva Empresa. Don Eusebio hacía muy poco que había trasladado su residencia a Santander, desde Madrid, para hacerse cargo de la gerencia de «La Esfera» Pasiegas, cuyas oficinas estaban en un entresuelo de la calle de la Blanca. Desde el primer momento su figura noble—talla próspera, barba negra, cuidada; rostro largo, presidido por una ancha frente; medales corteses y severos; voz grave y acariciadora; palabra fácil y siempre oportuna e ingeniosa y atildamiento en el vestir—se impuso con una autoridad que no tenía que apoyarse en violencias ni en gritos. Cuando él entró por las puertas de «La Atalaya», la fisonomía de aquel periódico, en el que convivían tantos bohemos, cambió radicalmente. El mismo Núñez blasfemaba en voz baja, y sólo decía truculencias cuando no se hallaba don Eusebio; César García Iniesta, cuya especialidad eran los chistes malos y el quedarse dormido en un desvencijado sofá de la Redacción, trabajaba, o hacía que trabajaba, en silencio. Con don Eusebio entró algo que era extraño a todos, pero que todos respetaban. Entró un gentilhombre de las letras.

La vida de Eusebio Sierra había transcurrido toda en Madrid, y por eso en Santander se le conocía poco, fuera de las figuras representativas de nuestra literatura, con las que siempre estuvo en buena relación. Era hijo de marino. Su padre, capitán de barco, se llamaba Eusebio Cuerno—el Sierra era el apellido de su madre—y había sido práctico de los transatlánticos franceses en el Canal de Bahama. Muy joven se trasladó a Madrid. Huelonado con la literatura, no tardó en abrirse paso, siendo acogido con gran complacencia en los medios literarios y artísticos más renombrados de la Corte. Fue allí colaborador de «La Ilustración Española y Americana» y del «Madrid Cómico»; redactor de «El Liberal» desde su fundación, en cuyas columnas publicaba una sección diaria de sátira fina titulada «A vueltas plumas», y, sobre todo, autor dramático afortunadísimo de media centenar de obras, estrenadas con mucho éxito y algunas de las cuales aún se siguen representando. En la época de los grandes triunfos de Ramos Carrión, de Sinesio Delgado, de Vital Aza, de don José Echegaray, de Leopoldo Cano y de otros ingenios de los primeros días de la Regencia, don Eusebio, el autor montañés, ocupó dignamente un puesto junto a esos ilustres hombres, a los que le unía una estrecha amistad. Aquella fué su gran época gloriosa: la de los estrenos de «Nicolás», de «La caza del oso», de «Vestirse de ajenos» y de tantas celebradísimas comedias y jugetes cómicos de irrefragable factura y fina gracia. Fue también el primero de nuestros escritores que trató de hacer zarzuela montañesa y el que hasta ahora ha hecho lo único apreciable en ese género. Escribió el libreto de «La romería de Micras», a que puso música un malogrado ingenio, don Ángel de las Pozas, hijo del famoso constructor del barrio de Pozas, de Madrid, y que murió en plena juventud, cuando aún reseraban los aplausos a su «Romería» y cuando podía esperarse mucho de su talento.

Don Eusebio era un escritor de una gran pureza en su estilo y de una huida intención en sus juicios y comentarios. Era también, un excelentísimo poeta que versificaba con una gran facilidad. Recuerdo que andando los años, y en una de aquellas inextinguibles polémicas que sostenían los periódicos, por imposición de las costumbres de la época, y en las que se pasaba en seguida de la discrepancia periodística a la alusión y al agravio personal, un periodista, cuyo nombre no hace al caso, entre otras razones, porque ya ha fallecido, descubrió que el primer apellido de don Eusebio era Cuerno y no Sierra, y empezó a designarle: el señor Cuerno.

Don Eusebio, sin darle gran importancia, se sentó a su mesa y escribió la siguiente redondilla, que se envió a las cajas:

«¡Mira, joven imprudente,  
que la gente ha conocido  
que pones en mi apellido  
lo que quitas de tu frente!»

Pero en seguida mandó recoger la cuartilla, que se empezaba a componer. El gran señor que era él siempre, desdeñó aquella forma del agravio fácil, aunque ingenioso. Rompió la cuartilla y escribió otra cosa. Y el epigrama le había salido redondo como los de Quevedo, porque todo en él aludido respondía a la intención puesta en los versos.

Don Eusebio había sido uno de los ocho o nueve escritores y músicos que constituyeron la Sociedad de Autores Españoles, por iniciativa de Sinesio Delgado, hecho capital en la vida de nuestro teatro, ya que redimió a los autores de las garras de la usura. Su nombre figura en el acta de constitución de la Sociedad al lado de otros famosos e ilustres, entre ellos los Álvarez Quintero, a los que don Eusebio había conocido cuando se presentaron en Madrid con sus primeras comedias. Y al hablar de ellos, les llamaba siempre «los niños», como se les llamó cuando aparecieron en los saloncillos de Lara y la Comedia.

Antes de empezar a referir lo que hizo este hombre insigne en «La Atalaya», he querido dejar trazada esta pequeña semblanza suya para reparar, en parte, el injusto olvido en que a su nombre tiene la provincia. Aparte de otros merecimientos, don Eusebio Sierra ha sido el único montañés que ha conseguido triunfar positivamente en el teatro. Este es un aspecto de las letras que ha estado casi vedado a la Montaña. Y don Eusebio salió muchas veces a la luz de las candelillas de los más renombrados teatros madrileños a recibir el aplauso del público.

PICK

## MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

## MI PRIMERA PLANCHA

Empecé en «La Atalaya» pinchando telegramas, que era la función más modesta y la de menos compromiso, pero que no estaba exenta del riesgo de planchas ni mucho menos. En la Redacción me contaron muchas anécdotas graciosas de lapsus telegráficos, ocurridas en el mismo periódico o en otros de la localidad. Una de ellas la del negro Coloco, durante la guerra de Cuba. Decía el telegrama textualmente: «Negro colocó bomba vía férrea. Explosión. Dañados.» Y el redactor lo tradujo así: «El tristemente célebre negro Coloco, puso una bomba en la vía férrea, determinando la voladura de un tren.» En decir, que de un negro inofensivo, el redactor había hecho un negro famoso, dándole por nombre el tiempo del verbo que en el telegrama servía para narrar la acción.

MI preocupación principal era agrandar todo lo posible el texto construido que nos servía Mencheta desde Madrid con un lacónico supertelegráfico, y llegué a hacer progresos tales que en el año 1909, con ocasión de la campaña de Millia, me bastó un telegrama de pocas líneas que decía que el general Marina había salido de la plaza, iniciando la ofensiva, para que yo llenase toda la primera plana del periódico, describiendo la marcha de las divisiones y de las brigadas, batallón por batallón, mencionando a sus jefes y a sus elementos más populares, describiendo el paisaje, que yo desconocía, y todo esto y algo más, atribuyéndolo a Mencheta, que no tenía la más ligera participación en aquel delito. De este modo ingenuo se hacían los periódicos en aquella época, y al público le gustaba mucho aquel inocente engaño, que hoy no se toleraría ni en un semanario puerilino.

Algunas tardes acompañaba a Antonio Mur a hacer la carpeta de la Guardia municipal, cuyas oficinas estaban en los soportales de lo que es hoy Audiencia y entonces era Ayuntamiento. Era jefe de la Guardia un señor andaluz, muy listo y muy fino, militar retirado, que había servido en Filipinas. Me refiero a don José Espejo, actual jefe de la Sección de arbitrios municipales. Espejo me acogió con gran simpatía y me dio toda clase de facilidades. Los compañeros que entonces hacían información de sucesos eran el ilustre poeta José Montero Iglesias y Amador Elizondo, por «El Diario Montañés», y José Segura, por «El Cantábrico». La historia de Montero fue muy accidentada y merece describirse, por el mérito que supone para quien supo llegar al triunfo por los caminos más difíciles y ásperos.

Montero había nacido en Ciudad Rodrigo (Salamanca). No sé cómo ni por qué vino a Santander. Poco es el caso que en nuestra ciudad estuvo de dependiente en el establecimiento de ultramarinos de don Cesáreo Ortiz. Desde su mostrador hacía versos, que mandaba a los semanarios literarios que entonces se publicaban en la ciudad. Era muy amigo en aquella época de José Amber (Confetti), de quien hablaré más adelante. Los dos colocaban en rebeldía. Pasaban por muy atrevidos, tanto por la forma de su literatura como por sus ideas. Pero Montero era un poeta auténtico, tanto que llamaron la atención del exquisito Enrique Menéndez, que, aunque no estaba conforme con las ideas de aquel muchacho, decidió protegerle. Por recomendación de Menéndez entró el redactor en «El Diario», y su gran talento se reveló en el hecho de haberse hecho respetar en un periódico en que ciertamente no encajaba. Trabajó allí con honradez y con provecho, y en «El Diario» fue ciertamente donde se dio a conocer como periodista de indudable mérito.

De «El Diario» pasó a «El Cantábrico», ya con un prestigio consolidado, y finalmente trasladó sus reales a Madrid, reclamado por Zabala, el gerente de «Nuevo Mundo», que era algo pariente suyo o de su mujer. En Madrid, en «Nuevo Mundo», en «Mundo Gráfico» y en «La Esfera», llevó a cabo una labor brillante como cronista y como poeta, y hubiera ocupado un alto puesto en nuestras letras de no haber truncado su vida prematuramente una cruel dolencia, contraria quizás en su época de privaciones y estrecheces. Su hijo es el gran periodista José Montero Alonso, uno de los grandes prestigios del periodismo español contemporáneo.

Este elogio mío tiene el valor de estar suscrito por quien fue en aquellos días un colega suyo encarnizado. No sé por qué, a los pocos meses de haberme conocido como compañeros, Montero y yo reñíamos estrepitosamente, con el estrépito de unas bofetadas que se cambiaron en lugar tan público como el Café del Ancora a las tres de la tarde. Estuvimos años sin hablarnos y odiándonos muchísimo tiempo. Llegó a más la cosa. Yo refí con uno de mis mejores amigos por el solo hecho de que en aquel trance tomase la defensa de Montero. Con este amigo, al que conocía desde los tiempos del Instituto, no he vuelto a cambiar el saludo hasta el día de hoy. Con Montero me reconcilié. Fue cuando ganó la flor natural en unos juegos florales celebrados en Ciudad Rodrigo. Sus amigos le organizaron un banquete, y ese gran hombre y gran escritor que es don Evaristo Rodríguez de Bedia, vino a pedir que me sumara al acto y que se le ofreciera un discurso. Don Evaristo, que conocía lo que entre los dos había pasado, me buscó deliberadamente para reconciliarnos. Yo acepté, conmovido; se celebró el banquete; se le ofreció; Montero me abrazó, y peíllos a la mar... En cambio, con el gran amigo mío, con el que no me había ocurrido nada y con el que refí por las incidencias de aquel episodio desagradable, sigo reñido todavía. Aunque sin guardarle rencor alguno, y sin que él me lo guarde probablemente.

Poco antes de morir Montero, que había publicado varios libros notables de biografías animadas, anticipándose al género literario que tiene más boga en la actualidad—Yelarde, Pereda y el señor de Frodo le sirvieron de temas—, me mandó una novella titulada «Carne y mármol». En la dedicatoria dice: «A José del Río Sáinz, poeta y amigo, de su compañero de muchos años.» En decir, que ya daba por liquidadas todas aquellas dolorosas peripeyas que nos habían dividido. Ni siquiera las recordaba...

Mis primeros ensayos en la información local no fueron tan afortunados como los de la «chinchazón» de telegramas. En el primer suceso que redacté quise hacer humorismo y, aprovechando un parte de un guardia en que daba cuenta de que un señor apellidado Sañudo había disparado varios tiros de pistola contra un gato que entraba en su huería, yo jugué con el apellidito y a cuenta de la saña de Sañudo hice unas cuantas líneas con muy poca gracia. Y resultó que aquel señor era un dignísimo jefe del Ejército y, además, amigo incondicional del periódico. Había tomado tan a mal la broma, que se presentó en la Redacción preguntando a gritos que quita era aquel majadero que se quería reír de él. Costó mucho trabajo tranquilizarle, y sólo cuando se enteró de que se trataba de un principiante que no le conocía depuso su encono. Me le presentaron poco después, cuando ya estaba satisfecho, y desde entonces fue un excelente amigo mío. Si en el momento de confesarme con el público mitifico este primer tropiezo profesional, mis «Memorias» carecerían de sinceridad. Por eso lo consigno.

FICK

## MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

## CARLISTA MILITANTE

*La voz de Carlistas - 20 de Junio 1894*  
 Un día, lleva en el periódico un mes, cuando me llama Xabier y me dice: He hablado con Ruano. Está muy satisfecho de usted. Le gusta el brio con que escribe. Me ha dicho que vaya usted a verle esta tarde...

Ruano vivía entonces—creo que desde hacía poco—en el palacio de Macho, en la calle de Herólan Cortés. Me presenté en su casa muy acobardado, y él me recibió con aquella campechanía y aquella bondad que eran sus cualidades distintivas. Me hizo diversas preguntas sobre mi vida y mis propósitos y terminó diciéndome que si me convenía ser periodista, aquella plaza que venía vacante interinamente me sería otorgada en propiedad. Yo de momento no supe qué contestarle. Mi aventura periodística nunca había pasado en mis propósitos de la categoría de una diversión de un par de meses. Mi idea fija era seguir navegando. Por otra parte, se me planteaba el primer problema de conciencia que había tenido que resolver en mi vida. Si decididamente me enrolaba en aquel periódico, de un matiz político bien acusado, ¿no traicionaría mis ideales? «La Atalaya era, desde hacía tiempo, un periódico liberal—liberal conservador—, y la sola palabra liberal me inspiraba a mí entonces un odio profundo. Porque yo era carlista desde mis años del Instituto. ¿Por qué me había hecho carlista? En mi casa—mi abuelo, mi padre y mis tíos—, aunque profundamente religiosos, habían sido todos liberales. Nadie había actuado sobre mi conciencia para llevarme en una dirección o en otra. Todo el pueblo de Santanar, en aquellos años, era o liberal—las clases acomodadas—, o republicano—las clases populares—. No había más carlistas que diez o doce señores viejos que paseaban por los claustros de la catedral y que se reunían en la trastera de algún viejo conserje de las calles de Puerta la Sierra o Atalayas. Y, sin embargo, yo me hice carlista. ¿Brevemente, de este conflicto de contradicción que tanta influencia ha tenido en mi vida. Bastaba que todo lo que me rodeaba fuese antiliberalista para que ya me sintiese defensor de don Carlos. Esperé a encontrar «El Viga Español», título que había adoptado «El Correo Español» cuando fue suspendido a raíz de la tentativa de Barcelona y de otros puntos de Cataluña, poco después de nuestro desastre colonial. Todavía recuerdo la cara de asombro que ponía el vendedor de aquel periódico, que recibía para cada ejemplar doce o quince céntimos, que le compraban casi exclusivamente los señores canónigos y algunos viejos comerciantes cubiertos de casaca, al ver a un muchacho como era yo, ir todos los días a pedirle la hoja liberalista. En «El Viga» leí a Mella, a «Enana» (el gran articulista Benigno Bolafios) y a otros presurosos de la Ceca. Sus artículos vibrantes inflamaron como estopa mi tierna conciencia moecel. Me enteré de cuáles eran los carlistas del pueblo y entré en relaciones con uno de los más característicos: el industrial cordenero don Pedro Santamaría.

Don Pedro no tenía entonces su establecimiento en la calle de la Blanca. Pasaba sólo un taller de cordones en la calle de los Revedidos, y allí me reunía yo con él. Entre los telares me tejían sus telas de araña por aquel pito escuro y húmedo, de largos pasillos, fraguados don Pedro y yo la primera juventud carlista que hubo en nuestro pueblo. Como no era posible encontrar muchachos de esa idea, yo llevé a mis amigos personales, que nunca habían pensado metido en tales tretos, pero que se decidieron a acompañarme, dándome una prueba de amistad que todavía me conmueve. Voy a decir cuáles eran aquellos compañeros: además de mi hermano Agustín—que falleció poco después, a consecuencia de un enfriamiento que cogió en Bilbao, a donde fué a oír a don Juan Vázquez Mella, que hablaba en un mitin—, Emilio Bohigas, que en la actualidad es administrador de la fábrica que «Cervezas de Santanar» tiene en Valladolid; José María Menéndez, condeado del ferrocarril Cantábrico y luego marqués de la Compañía Transatlántica; un mozo de mar, Andrés Hernández, fallecido, como mi hermano, en los albores de la vida; Fernando Casuso—un muchacho cubano, sobrino del maestro de obras don Manuel Casuso, conserje y amigo de mi padre— y otros dos hermanos, cubanos también y de condita aventurera: Fredesvinto y Francisco Elvira, que después de muchas peripecias—uno de ellos se disolvió un tiro y estuvo a la muerte, por que había refido con la navía—volvieron a América, de donde procedían, y en las revoluciones de México llegaron a ocupar puestos importantes en el Ejército y en la Policía. No éramos más. Además tenemos después se nos unió Vicente Corro, el único que llegó a hacer carrera política, pues fué concejal del Centro Católico. Nos reuníamos en la condenería de don Pedro, que nos alentaba, y de allí salíamos a peregrinos con los chicos de la «Comunidad Federal», una cosa seria de la que hablaré en otro artículo, y que era el escudo del pueblo. Ante la «Yanoverdina», todo el mundo temblaba. Nosotros nos limitábamos—otra cosa no nos hubiera hecho—a salir con algún «comensal» abledo y a salir corriendo la mayor parte de las veces, para salvar nuestras narices.

Dados estos antecedentes, la proposición de Ruano de que entrase definitivamente al servicio del periódico, cuya ideología no estaba de acuerdo con la que yo sostenía, me dejó perplejo. Mi primera intención fué rechazar la oferta, aun agradecida, y volver a navegar cuando fuese posible. Así se lo expresé, sin embargo, al rodar. Pero Ruano me cortó la intención con estas palabras:

—Yo no le pido a usted que deje de ser carlista ni que se haga conservador. Le pido sólo que entre al servicio del periódico. Para esto no tendrá usted que violentar su conciencia. Yo busco al periodista y no al correccionista: éstos los tengo en el Clero, pero en el periódico no sirven.

Ruano hablaba con aquel encanto—lo que los franceses llaman charme—, poder de seducción en que no creo que le haya aventajado ningún hombre. Yo, novicio en todas estas lides, sin ninguna práctica del mundo, y menos del mundo político, tenía que sucumbir ante el halago de su conversación. Acabé diciéndole que sí.

Y él cumplió caballeramente sus promesas. Durante mucho tiempo, ya redactor de «La Atalaya», órgano de los conservadores montañeses, seguí militando en las filas carlistas; así como delegado a Madrid, a un viaje que se dió a la minoría del Partido; también por en caprichos y milicias en pueblos de Vizcaya, y fui a San Sebastián a dirigir interinamente un periódico carlista, «El Correo del Norte». Todo con la anuencia y la aprobación de Ruano, que nunca me hizo la más ligera observación.

Díe cómo fué lo de «El Correo del Norte». Estaba un día en «La Atalaya», cuando se me presentó un joven al que no conocía y que dijo ser Román Oyarzun, director del periódico legitimista donostiarra.

—Lo conozco a usted—me explicó—por haber leído cosas suyas en «El Correo Español». En Solares, donde estoy tomando las aguas, me han hablado también de usted, y vengo a proponerle que vaya en mi lugar a San Sebastián, a cuidar de la dirección del periódico durante uno o dos meses en que yo voy a estar ausente, para irme a curarme.

Otro día hablaré de mi estancia en la capital de Guipúzcoa y de mis relaciones con los carlistas donostiarra. Hoy sólo diré que Román Oyarzun, hombre de un mérito extraordinario, ha hecho una carrera triunfal. Al poco tiempo de nuestro encuentro ingresó en el Cuerpo consular, fué consul español en Glasgow y en otras ciudades extranjeras, y por último se dedicó a los negocios y fundó la Sociedad «Irama Oyarzun», que posee varias fábricas importantes y un lujoso estanco en la Gran Vía de Madrid. Siempre que paso por la ex corte voy a saludar a este mi amigo y nos complacemos en evocar aquellos tiempos, ya distantes, en que me llevó a su periódico de San Sebastián.

PICK



## MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

## IDENTIFICACION CON RUANO.

24 Vol. de ANTONIA 75 junio 1894  
ADIOS AL CARLISMO

«La Atalaya» se había trasladado, mientras tanto, de la calle de Santa Clara, en que yo la encontré, a las calles de San Francisco y Puerta la Sierra, en que estuvo hasta el momento de su desaparición. Algunas novedades habían ocurrido en su personal de Redacción y Administración. Francisco García Núñez, que había sido su motor desde el cambio de Empresa, había trasladado su residencia a Madrid; Antonio Mur dejó también el periodismo para cultivar otras actividades; se habían marchado asimismo César García Iniesta y Rodríguez Pons, y entre los redactores nuevos se contaban José María Aguirre Gutiérrez, hermano del párroco de San Francisco, don Agapito Aguirre, y Francisco Arpide, joven profesor mercantil, amigo íntimo mío en aquella ocasión, muy culto y aficionado a las letras. Fué sin duda por su amistad conmigo, más que por otra cosa, por lo que ensayó aquella nueva actividad que había de cultivar muy poco tiempo, pues en seguida hizo conocimientos a cátedras, y se alió de Santander. Hoy, Arpide es director del Instituto de Méndez Pelayo, establecido hace poco en nuestra ciudad. Posterior a éstos fué el ingreso en «La Atalaya» de Alberto Esnola. De la Administración se había encargado Eduardo Amézcarri, que la desempeñó durante muchos años con gran competencia. Y de la Gerencia, el miembro del Consejo de Administración y secretario del Banco Mercantil, don Alfredo Trucha.

Los señores del Consejo habían delegado en Ruano la misión de orientar el periódico, y el director debía ir todos los días a casa de don Juan a cambiar impresiones sobre los asuntos a debate. Pero ver a Ruano no era una cosa fácil. Recibía tal cantidad de gente todos los días, que aun a horas avanzadas de la noche se encontraba su antedespacho ocupado por docenas de hombres de todas las clases, que esperaban turno para ser recibidos. No se le podía ver a horas fijas, porque, contra su voluntad, las horas que pudiera faltar las tenía ocupadas la mayor parte de las veces. Por eso, don Eusebio Sierra, que era un señor ordenadísimo; que cenaba invariablemente a la misma hora; que tenía sus horas de tertulia, que no alteraba, como tampoco el momento de empezar su trabajo, había grandes dificultades en conseguir estos hábitos de orden y método con la falta diaria al inspirador del periódico, y delegó en mí la misión de hacer esas visitas.

Por esta causa empecé a frecuentar el trato de Ruano. Esperaba en el antedespacho, confundido con las comisiones de los pueblos, y entre una y otra visita, don Juan cambiaba conmigo unas breves palabras y me imponía de lo que había de decirse, o de la actitud a adoptar ante cualquier problema. Luego cuando acababa yo estas impresiones a don Eusebio en la Redacción. Muchas veces, Ruano me recibía a las once o aun a las doce, cuando el despacho quedaba vacío, y entonces me hablaba largo y tendido de muchas cosas, como si aquella conversación, después de un día de entrevistas agobiadoras, fuese para él un descanso. Me hablaba en un tono paternal; se interesaba en mi vida y me contaba la suya tan elemental como acontecida. En algunos de los capítulos de estas «Memorias» hablaré de la vida de Ruano, tal como yo la oí de sus labios en aquellas confidencias de las diez o de las once de la noche. Así empecé yo a estimar a aquel gran hombre y a sentirme unido a él por una adhesión personal, mucho más fuerte que todas las adhesiones políticas. Yo no había debido de ver carlista, ni entrar en más pronósticos; pero sin dejar de serlo, sentía ya que la amistad de Ruano era una cosa fundamental en mi vida, a la que no hubiera renunciado por nada. Ocurrieron por entonces aquellas violentas polémicas con el Centro Católico, con motivo de las elecciones municipales. Mis amigos los carlistas tomaron partido contra Ruano, y en el ardor de la polémica le combatieron violentamente. La injusticia de los ataques me hirió en lo vivo, porque yo, que había empezado a conocerlo intimamente, sabía cuán sincero era su catolicismo y cuán admirables sus cualidades de ciudadano y de hombre. Y esta colisión de mis afectos personales con las ideas que había sustentado hasta entonces, determinó la primera y profunda grieta que se abrió en mi alma. Los que hasta entonces habían sido mis amigos tomaron tan a mal mi actitud, que me hicieron el honor de incluirme en la campaña que dirigían contra el líder conservador. Son ciertos rasgos de buena fe, aunque nos ofuscará la pasión.

En el dolor de aquella crisis moral, empecé a ver las ideas que hasta entonces me habían cautivado, con un espíritu crítico. Leí con afán todos los libros que encontraba de Derecho político y de historia de las relaciones entre los reyes y los pueblos. Y llegué a la conclusión de que la Monarquía tradicional no era aquella sucesión de nombres gloriosos con que nos embriagaba Melia en sus síntesis líricas e históricas—Alfonso el de las Navas, Fernando el Santo, los Reyes Católicos, Carlos V—, sino que entre esos reyes había espacios de cientos de años, ocupados por otros de nombre infame que habían labrado la desventura de la Patria. Y deduje que el hecho de que los pueblos quisieran tomar garantías para defenderse de la arbitrariedad no era una heresia ni un abuso, sino una elemental prudencia que la Historia misma aconsejaba. Y como ésto y no otra cosa era el pacto constitucional, mi viejo odio a los liberales y al liberalismo me pareció una cosa infundada. Acabé aceptando la Monarquía constitucional.

Este proceso interior mío fué largo y laborioso y no se realizó sin hondas angustias contrituales. Es muy posible, casi seguro, que si no hubiera conocido a Ruano y discutido de estas cosas con él, el espíritu crítico que me llevó a tales descubrimientos no se hubiera despertado en mí. Pero es verdad también que mi evolución fué leal y desinteresada. No faltó entonces—ni faltará aún hoy—en quien atribuya mi cambio de modo de pensar a una razón utilitaria. Los que así piensen se equivocan. Yo estuve muchos años en «La Atalaya»—los de más intensa labor periodística mía—cuando un surtido modestísimo. Tuve muchas ocasiones de haber ido a otros periódicos, incluso de Madrid, en condiciones más ventajosas. Por aquellos días precisamente recibí una proposición de un grupo de montañeses de una gran capital americana para que fuese a un periódico que querían fundar. En las mismas filas carlistas hubiera hallado colocación fácil—aparte de la de San Sebastián, que había abandonado—. Con el modesto sueldo que me daban en «La Atalaya» nadie puede decir que eso me compraba, ya que sueldo mucho mayores los tenía en otros campos y otros periódicos. Quédame unido a Ruano por la amistad, una amistad que ha sido el episodio más noble de mi vida, y a la que he permanecido fiel hasta que la muerte se interpuso entre nosotros. O mejor dicho, una amistad que sobrevive a la muerte misma y que por encima de la tumba del gran amigo muerto me dicta estas breves emociones.

PICK

## MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

## LA BATALLA DE LAS MODISTAS

Fue hacia el año 1912 o 1913. En la fecha exacta no estoy muy seguro y mi pereza no me permite ponerme a consultar colecciones de viejos periódicos para el ajuarización de un detalle que, después de todo, no tiene importancia. Por aquella época ya había redido yo con los carlistas y éstos habían creído extraordinariamente. Ya no eran la media docena de muchachos que nos reuníamos en el taller de don Pedro Santamaría, sino muchos elementos nuevos, estudiantes en la mayoría. La generación, que nos venía pisando los talones, estaba en política de una manera mucho más resuelta que aquella de la que yo formaba parte.

La juventud jainista—se llamaba así porque para entonces, muerto don Carlos en Loredan, era el Caudillo su hijo don Jaime—tenía su círculo y la redacción de un semanario llamado «La Verdad» en la calle de Isabel II. El semanario estaba escrito con la violencia con que entonces se escribían toda clase de periódicos, incluso los diarios, que debían dar ejemplo de más sensatez. Además, lo escribían muchachos, y, por lo tanto, la violencia, que era un mal endémico de toda la Prensa, se acentuaba por la natural exaltación de la poca edad.

Mis relaciones con los que hacían ese semanario no eran nada cordiales, a causa de lo motivos que he expuesto anteriormente. Pero no habíamos llegado al rompimiento público y brutal. Este rompimiento llegó con pretexto de la visita que hizo a Santander un grupo de bellas modistas madrileñas, en un viaje organizado por «Nuevo Mundo».

Pero antes de entrar en el relato de este viaje, que tuvo repercusiones escandalosas, conviene que añada un dato curioso a las noticias que he dado de «La Verdad». En este periódico publicó unos versos Paco Revuelta, a la sazón aprendiz de poeta y discípulo de José Montero. Revuelta se sentía también carlista, y en su fervor político, dejó correr la pluma demasiado libremente. Lo cierto es que al Fiscal de la Audiencia se le antojó ver en los versos un delito de lesa majestad y procesó al incipiente poeta, para el que pedía la friolera de doce o estorbo años de prisión. Revuelta empezó a sacar la cuenta que los jueces de la causa y vio que al cumplir esta sentencia, cuando saliese del Fuero de Santaña o de San Miguel de los Reyes iba a ser un poco tarde y una hora tan intempestiva como para no hallar abierto ningún café. Y pensando muy cuerdatamente, decidió poner el mar por medio. Un buen día cogió un vapor y se fué a Buenos Aires. Allí, después de una pintoresca odisea, cuyo relato nos debe en un libro que probablemente no publicará, se hizo periodista trabajando en «El Diario Español» con el buen escritor, ya fallecido, López de Gomara. Seis o siete años después, al sacarle de una amnistía, volvió a España, y empezó a trabajar en «El Pueblo Cántabro». Antes de marchar estuvo en «La Atalaya» en una plaza interina, que no obtuvo en propiedad por haberse interpuesto poderosas influencias en favor de otro solicitante.

Como dentro de breves días celebrará Revuelta sus bodas de plata con el periodismo, creo interesantes estos datos que recuerdo ahora al hablar de aquel semanario cuya colaboración, al obligarle a exiliarse, marcó el rumbo de su vida. Más adelante tendré ocasión de seguir hablando de Revuelta, que trabajó conmigo en otras empresas periodísticas y literarias, a las que habré de referirme.

La batalla o escándalo de las modistas fué una cosa tan absurda, que hoy parece imposible que pudiera ocurrir. Ahora, con la exaltación constante de la mujer y la elección de toda clase de emisesas y de creminas que organizan y amparan los periódicos más serios, no se concibe cómo un certamen de eso, hecho con las garantías más absolutas de seriedad, pudiese parecerle a nadie escandaloso. Y así fué, sin embargo.

Dirigía el «Nuevo Mundo» Domingo Tejera, buen amigo mío y gran periodista, y había organizado un concurso entre las modistas de Madrid para elegir a las diez o doce más guapas y llevarlas durante el verano, acompañadas de sus familias, a visitar las playas del Norte. Una de estas playas era Santander. Me avisó Tejera de su llegada, y todo el tiempo en que aquí permanecieron las exaltadas, a las que yo conocí y conocí a las modistas de la localidad y las autoridades, yo estuve al lado suyo, con Pepe Pérojo, uno de los dueños de «Nuevo Mundo», que venía en la expedición, y con un periodista bilbaíno, Monreal, amigo también mío.

A las muchachas de «La Verdad» les pareció aquel viaje una abominación y escribieron un sueldo violento, en que se metían personalmente con Tejera y con las modistas. Tejera estaba ya en Madrid, cuando alguien de Santander le envió aquel sueldo. Leerlo y llenarse de indignación fué todo uno. Se puso al telégrafo y me envió un largo despacho, en que me pedía que fuese en su nombre a pedir una reparación de aquellas ofensas. No creí ya que podía abandonar a un amigo y compañero en aquel trance, y me presenté en la Redacción del semanario. Se me contestó con evasivas, y cuando yo esperaba una aclaración que dejase en buen lugar a mi amigo, apareció en el siguiente número un sueldo mucho más violento, en que no sólo se repetían los ataques contra Tejera, sino que se hacían extensivos a mí.

Ya entonces la cuestión tomó carácter público. La polémica desbordó a la calle, y durante varios días las calles de Santander vieron el curioso espectáculo de unos hombres que se acometían a garrotazos, en medio de un escándalo formidable. Por cierto que el que pagó los vidrios rotos fué Alberto Espinosa, recién ingresado en «La Atalaya», y que no se había metido en nada, pero a quien esperaron una noche a la entrada de su casa unos chicos del «Requeté», privándole un ple de paz. Como el tiempo todo lo borra, años adelante, recordados los que intervinimos en aquellos sucesos, uno de ellos, que frecuentaba el salón de tertulias de «La Atalaya», se confesó uno de los autores de la agresión a Espinosa, bien que para consolar a éste añadiera que se habían equivocado, pues sí que querían pegar era a mí.

Alejandro Nieto, que hacía el «Panorama» en «La Atalaya», escribió este motivo unos versos que contribuyeron a enconar la cuestión. Decía así el salúdísimo humorista:

«Apunte el detalle usted,  
a fin de que no se borre:  
¡Curry con el Requeté,  
y cómo requetecoré!»

Para que se vea las vueltas que da el mundo! La mayor parte de aquellos muchachos de «La Verdad» ya no son jainistas, y algunos figuran en partidos bien dispares del jainismo de entonces. En cambio, Domingo Tejera, que en aquella ocasión fué blanco de sus iras, es hoy uno de los diputados de la minoría tradicionalista de las Cortes. Representa la circunscripción de Sevilla, en cuya ciudad dirige desde hace años el diario «La Unión».

PICK

## MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

## UN EPISODIO LAMENTABLE

19-6-1934  
LA VOZ DE SANTANDER 19 JUNIO 1934

Describir al detalle todos los acontecimientos en que tomo parte la Vanguardia Federal, sería labor engorrosa, que de no estar hecha con un arte sutil, tras de alargar desmesuradamente estas «Memorias», acabaría produciendo enfado. He de limitarme, pues, no a lo más importante, sino a aquellos episodios en que yo intervine. Alrededor de la Vanguardia se morían algunos personajes pintorescos, a más de los ya citados, como don Francisco Isidro Socassaus, dueño de un establecimiento de compra-venta mercantil, sito en la calle de los Tableros, y anticlerical exaltado. Socassaus era autor de algunas obras dramáticas, que se representaban en Sociedades de aficionados. Recuerdo una que se titulaba «La marquesa del Ciprés», en que se flagelaba a la aristocracia y a la religión. Inseparable de Socassaus era don Celso Mir, más avanzado que él, si cabe. Don Celso fué durante unos años dueño del balneario de Ontaneda, y repartía entre sus clientes octavillas anticlericales. Como es natural, acabó arruinándose y tuvo que dejar sus negocios. Socassaus y Mir, con algún otro, habían constituido lo que llamaban «El triángulo Cosmos», y así firmaban sus elucubraciones y soflamas.

De otra levadura mucho más seria era Eduardo Pérez Iglesias, empleado —creo que contable— de la Fábrica del Gas Lebón. Pérez Iglesias tenía una elocuencia arrebatadora y estaba llamado a haber jugado un gran papel en la política republicana. Yo fui la causa de que su carrera se malograra, como va a verse. Cuando, andando los años, fui amigo suyo, y me convencí de que era una excelentísima persona, tuve ocasión de deplorar que la pasión política y la exaltación de mis pocos años me llevaran a cometer un acto poco justo. El hecho fué el siguiente:

En el pabellón de Exposiciones del Verdoso se había celebrado un mitin de propaganda del bloque liberal contra los proyectos de Maura, entonces en la cabecera del banco azul. En aquel mitin, que tuvo gran resonancia, hablaban dos jóvenes miembros del Ateneo de Madrid—uno, un santanderino: don Alfonso González, hermano del simpático «Paco Barullo», y otro, don Augusto Barcia, el actual jefe de la minoría parlamentaria de izquierdas—. Entre los oradores santanderinos figuraba don Eduardo Pérez Iglesias, que representaba a la Vanguardia Federal. Yo hice la información para «La Atalaya», y la hice de un modo despiadado, ridiculizando los puntos débiles que creía ver en los oradores. Para acentuar el tono agresivo de aquella información, en el mismo número se publicaba una crónica de «Juan Sierrapando»—Juanito González Campuzano—, un gran escritor costumbrista montañés, pero hombre de mala intención y muy temible, por lo mismo que era muy inteligente. «Sierrapando», más finamente que yo, decía del mitin cosas mucho más molestas. Pérez Iglesias, al leer aquello, vibró de indignación y escribió en «El Cantábrico» una carta violenta, en que se me hacía responsable de todo. Además, aludía, atacándolos duramente, al director de «La Atalaya», don Eusebio Sierra, y a José Montero, que en «El Diario Montañés» había comentado también el mitin.

Don Eusebio y Montero decidieron llevar el asunto a los Tribunales, y se presentaron contra Pérez Iglesias dos querellas por injurias. A mí director y a mí nos representó Ruano; a Montero, Ramón de Solano. A Iglesias lo defendía el ilustre jurisconsulto don Rafael Botín. La vista de esta causa tuvo una gran resonancia política, y Pérez Iglesias fué condenado. La sentencia le impresionó tanto, que desde entonces puede decirse que acabó su actuación política. Vivió retraído en su trabajo, sin frecuentar otros lugares que la biblioteca del Ateneo. Allí tuve ocasión de conocerle como amigo, y sin rencor ninguno, olvidando el pasado, coincidimos muchas veces en juicios y en comentarios de las cosas de España.

No volvió a hablar en público desde aquel lamentable episodio hasta el año 1930, en que lo hizo en la Vega de Pas, en el homenaje que los republicanos montañeses tributaron al doctor Madrazo. Al triunfar la República fué elegido diputado de las Constituyentes por la circunscripción de Santander. Murió en Madrid en el ejercicio de su cargo. Ya he dicho que era una excelente persona, y uno de los remordimientos de mi vida periodística es la violencia con que yo le atacué, causándole un dolor tan vivo. Otro de distinta textura moral que yo se envanece de este resultado como de un éxito. Yo lo deploro todavía. No hay interés político, por respetable que nos parezca, que discripe o justifique el daño que se produce a un hombre bueno.

PICK



## MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

## LA TERTULIA DE BASAÑEZ

LA VOZ DE CANTABRIA, 21 de junio 1934

Cosa de un año llevaría yo de periodista, cuando empecé a frecuentar la tertulia que se reunía en el despacho de óptica de Roberto Basañez, en la calle de la Blanca. Para mí tuvo este acontecimiento mucha importancia, porque me permitió ponerme en relación con las gentes más calificadas del pueblo en todos los órdenes. Era la tienda de Basañez en aquellos años, en que aún no se había fundado el Ateneo, el verdadero foco intelectual de Santander. Además, era logia política, ya que allí concurrían a diario los personajes más importantes de la vida provincial; especie de Senado, en el que se sentaban caballeros venerables, cuyos nombres recordaban cincuenta años de la vida de Santander; y era, por último, capilla en que se rendía culto a las grandes figuras de la tierra, a Menéndez, a Pereda y a don Amós, cuyos más próximos allegados y fieles discípulos acudían allí, abandonando la famosa «Guantería», en franca decadencia desde que la muerte del autor de «Sotileza», que la había inventado, puso en dispersión a sus adeptos.

En el prólogo que escribí para «Valle del Norte»—el libro de versos del ilustre Luis Barreda—, decía Ricardo León, hablando de la tertulia de Basañez: «¿Cómo no recordar las charlas en el rincón hospitalario de Roberto Basañez, en aquel «mentidero» y parnasillo de la calle de la Blanca, que está pidiendo a voces salir en una novela de Enrique Menéndez? ¡Oh, noble tierra de amigos; no acierto a nombrarte sin que me salga al paso como una hermana la musa de las íntimas «Memorias»!»

Cuando el autor de «Casta de hidalgos» escribía este prólogo, hacía ya tiempo que no vivía en Santander. Como se sabe, Ricardo León, nacido en Málaga, donde hizo sus primeras armas en las letras y donde dió a luz su primer libro—el de versos titulado «Lira de bronce»—, vino a Santander a principios del siglo, empleado en la Sucursal del Banco de España, establecida entonces en la Plaza de la Libertad. En Santander siguió cultivando sus aficiones y colaboró asiduamente en «El Cantábrico», en cuyas columnas hacía la crónica de tentos y libros. Pronto destacó su estilo brillante. Repujaba su prosa como los artífices de su tierra el hierro de las rejas de las ventanas de las casas históricas. Recorrió nuestra provincia; trató a nuestras gentes y se hizo un montañés entusiasta. Cuando, al cabo de unos años, fué destinado a las oficinas del Banco en Madrid, iba ya envenenado por nuestras nieblas, nuestros campos joyantes, nuestras leyendas y nuestras ruinas. Fruto de este hechizo fué su primer obra maestra, la célebre novela «Casta de hidalgos», inspirada en Santillana del Mar, que le aupó de un golpe al más alto pináculo de nuestras letras.

En el prólogo de «Valle del Norte» hablan sus recuerdos y su nostalgia, porque cuando le escribió hacía algunos años que no vivía en Santander. Su evocación de la tienda de Basañez es, por lo tanto, anterior a mi presencia en ella. Pero no había cambiado su carácter. La tertulia seguía siendo el «parnasillo», el «rincón hospitalario» y el «mentidero» montañés que evoca con tanta elocuencia el admirable novelista.

La tienda estaba situada en una de las casas más viejas de la calle, pared por medio con la «Guantería». Después, creo que se estableció allí un salón de billar y una Administración de Loterías. Era un establecimiento estrecho, con las paredes revestidas de madera, que tenía el aspecto de un camarote de barco minero. Siendo tan reducido en sus dimensiones y siendo tanta la gente que acudía a él, principalmente de once a una de la mañana y de cinco a ocho de la tarde, muchos de los contertulios tenían que situarse en el exterior, pegados a la fachada de la casa, y desde allí seguían y prolongaban las discusiones que se hilaban dentro. Para los que no había materialmente sitio era para los compradores. Tenían que entrar abriéndose paso a codazos. Y, sin embargo, entraban. La fiel clientela de Basañez no se amilanaba ante aquellos graves inconvenientes, que en otro comercio hubieran determinado su ruina total.

Roberto Basáñez era uno de los hombres más buenos, más generosos y más inteligentes que me he encontrado en este árido valle de lágrimas y de malas pasiones que es la tierra. Era cojo, con una cojera pronunciada que le obligaba, al andar, a contorsiones violentas. Sin embargo, no paraba un sólo momento. Es uno de los hombres que más han andado en este mundo. Con cualquier pretexto, cogía el sombrero o la gorra y se echaba a la calle, dejando en el mostrador, al cuidado de la tertulia y clientela, a su hermana María, una señorita bondadosa y simpática, que presidía con admirable tacto la clla de desahinados grillos que era en algunos momentos la tertulia.

Cuando estaba en la tienda paseaba también a grandes zancadas de un extremo a otro, como un león en la jaula. Pascaba y peroraba frotándose las manos en un movimiento instintivo suyo, que denotaba su entusiasmo. Puede decirse que Basáñez había nacido para la tertulia, y no bastándole con la que tenía en su tienda por la mañana y por la tarde, acudía, después de cenar, a otra del Café Suizo, bien distinta de la primera, en que se reunían aficionados a toros y buenos hijos de Santander, como Andrés Mezo, los hermanos Sarmiento, Pepe Fernández Regatillo, Víctor Poyo, «Santiaguín, el panadero», Alfredo Velasco, el ingeniero Germán García y algunos más. En el Suizo estaba hasta que se cerraba el café, y entonces se iba a la Redacción de «La Atalaya», y allí hacia tertulia con don Eusebio Sierra hasta que éste se retiraba a descansar. Sólo entonces pensaba Basáñez en acostarse, y aún tenía ánimos para matar media hora en el portal de su casa de parloteo con don Felipe Sesma, el simpático camisero, especialmente en conversaciones de madrugada con el sereno que le abría la puerta.

Basáñez era un hombre cultísimo, sobre todo en materias de historia montañesa; escribía con galanura y en muchos casos con brillantez, y hablaba elocuentemente, dando a lo que decía una gran emoción. Afiliado al partido conservador y amigo de Ruano, fué concejal, e hizo un buen papel en el Ayuntamiento. Podía haber aspirado a puestos mucho más altos si su gran modestia no se lo hubiera impedido. Pero, a pesar de esa modestia, los acontecimientos le hubieran colocado en lugar eminente si la muerte no le hubiese arrebatado en plena juventud. Basáñez murió víctima de aquella espantosa epidemia de la gripe que tantos estragos causó en Santander en los años 1919 y 1920.

Su tertulia fué algo que queda incorporado a la historia de Santander. Yo voy a tratar de referir lo que en ella vi y de los acontecimientos de importancia que allí se gestaron. Para ello, empezaré por hacer un censo de los personajes que con Basáñez se reunían. Como se verá, es un censo numeroso, en el que figuran la mayoría de los señores que en política, letras, arte, ciencia, industria y comercio han sido algo en los años primeros del siglo en Santander. Yo estaba entre aquellos señores, aturdido y acobardado, y sólo por su bondad se explica que me dieran beligerancia y que me recibiesen con cariño.

PICK

Mañana publicaremos unas cartas de los señores Quintela y Mateo González, relacionadas con las «Memorias de un periodista provinciano».

## MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

## LA TERTULIA DE BASAÑEZ

En la tertulia de Basañez podían dividirse los tertulianos en varias clases, según su mayor o menor asiduidad. Los había de todos los días y todas las horas; los había de una hora determinada, mañaneros o crepusculares, y los había de ocasión, señores que pasaban de vez en cuando por la calle de la Elanca y al pasar se sentían atraídos por la simpatía de la tertulia y se incorporaban a ella durante unos minutos o una hora. La última clase era la más numerosa; también era crecido el número de los de una hora fija; los de todas las horas eran los menos, pero los más interesantes. Por la mañana y por la tarde, en horas compatibles con sus obligaciones, podían verse en la tienda de óptica, rodeados de barómetros, termómetros, cristales de lentes y demás atrezos de la industria que Basañez ejercía, a Enrique Menéndez—el espíritu más fino, el poeta más señor que ha producido la Montaña—; a Julián Fresno, hombre interesantísimo, a cuya bendición labor no se ha hecho justicia todavía—Fresno, que se había educado en Inglaterra, cuya lengua hablaba como la suya propia, así como otras varias europeas, era un erudito formidable que en asuntos de historia montañesa era un as, como lo demostró en numerosos folletos y libros; había sido concejal en varias ocasiones y a la sazón ocupaba un alto puesto en el Ayuntamiento—; a Eusebio Sierra, el director de *La Atalaya* y autor dramático eminente, siempre solemne, siempre en hidalgo y siempre ingenioso; a don Carmelo Echeagaray, el amigo íntimo y albacea testamentario de don Marcelino; alma franciscana; corazón de poeta y erudito e investigador infatigable; a Luis Martínez, el alcalde popularísimo de Santander, que hizo dar a nuestro pueblo un salto decisivo en la senda de su progreso, y a don Gonzalo Alzola, alto empleado de la Compañía Asturiana, y que a la muerte de Basañez se hizo cargo de su negocio. Estos eran los incondicionales, los amigos íntimos del dueño de la tienda, y que le acompañaban constantemente.

A ellos se sumaban los de las otras categorías, entre los cuales recordamos en estos momentos a don Pedro Escalante, venerable octogenario, hermano del insigne don Amós—don Pedro había sido en su juventud secretario de Embajada en la corte de Florencia, y sus recuerdos italianos, de la Italia anterior al exisor-gianismo, eran una de las temas de su diaria conversación—; don Amós—don Amós Baladrón; don Eduardo Pérez del Molino; don Enrique Plascencia; el marqués de Bazas; el tío de Basañez, don Pedro Arce, corredor de Comercio y santanderino de viejo cepa; don Federico Vial, el infatigable y generoso coleccionador de cosas montañesas, que legó a su pueblo a la hora de su muerte; don Eduardo de la Pedraja, también coleccionador de la magnífica biblioteca que hoy constituye uno de los fondos más importantes de la Biblioteca Municipal; don Alberto Gutiérrez Vélaz, personalidad destacaba en el pueblo y amigo íntimo de don Antonio Maura; don Gonzalo Cedrón de la Pedraja, amigo entrañable de don Marcelino, con quien había vivido como un hermano en Madrid, y gobernador civil que había sido de la Provincia; el insigne poeta Luis Barreda y sus hermanos Panchó y Fernando; don Luis Escalante, que entonces era concejal; don Juan José Ruano; Jacinto Gutiérrez; Eduardo Anero, maestro meritísimo a quien Santander ha hecho justicia dando su nombre a una de las calles; don Ramiro Pérez Elzaguirre, señor auténtico, que presidió por aquellos años la Diputación provincial y que luego fué senador del Reino; don Gregorio y don Ignacio Mazarrasa; al conde de Mansilla; a don Fernando Quintanal, que presidió entonces la Juventud conservadora; a don Francisco Escaladillo; a don Víctor Fernández Llera, el gran humanista, director del Instituto, y cuyo mal genio provocaba las constantes tempestades de la tertulia; a don Ernesto Casuso; a don Vicente y don Juan José Quintana; a don José Antonio y don Manuel Quijano de la Colina; a don José Gómez y Gómez, concejal durante muchos años y poco después alcalde de Santander; a José María Aguirre y Escalante, poeta magnífico que malogró una muerte prematura; a Alberto López Argüello, que entonces empezaba su carrera brillante en las letras; a Vicente Pereda, el hijo de don José María e inquieto escritor, que había agitado la charca literaria con unos artículos firmados con el pseudónimo de «Málicas»; a Angel Castaneda, muchacho de la alta aristocracia mercantil, que en su breve vida publicó unas cuantas obras maestras, como «Noches castellanas» y «Mi tía la soltera», y que estrenó en nuestro teatro una comedia, *«Los naranjeros»*, que tuvo gran éxito; a don Hernando Alcalde del Río, el erudito de Torrelavega; a don Silverio Gómez, el fondista arqueólogo de San Vicente de la Barquera; al conde de Basco; a José Montero y el también poeta Ignacio Zaldívar; al arquitecto don Javier G. Blanco, que recién terminada su carrera había sido nombrado jefe de Bomberos, y que al poco tiempo, en unión de otro arquitecto también joven, y también asiduo de la tertulia, don Gonzalo Bringas, obtenía un triunfo decisivo con su proyecto de palacio de la Magdalena; a un médico joven que se anunciaba con un claro talento, malogró la muerte, don Juan José Herrera Orta, hermano del fundador de «El Debate», don Angel; a otros médicos, don Nemesio Polanco, don Manuel Sánchez Saráchaga, don José Gómez Vega y don Ramón Fernández Calaya; a don Emilio Corpas; a don Emilio López Blahol; a José María Quintanilla («Pedro Sánchez»), el agudo crítico literario y excelente escritor; a don



Leopoldo Cortines, gran hombre de negocios; a don Alfredo Trucha; al general Campos Guereta; a don Santiago Ontañón, comerciante y concejal, y padre del original artista que actualmente triunfa en Madrid; al ingeniero don José Pardo Gil; al erudito Eduardo de Huidobro; al maestro de los arquitectos montañeses Leonardo de Rucabado, que en sus estancias estivales en la Montaña buscaba siempre la ocasión de hacerse presente en la tertulia; a Heracleo Carás y José Fernández Orbeta, que representaban a la intelectualidad republicana de aquellos días; a Emilio de Alvear; a don Gabriel Pombo y a muchos y muchos más que harían esta lista interminable. Por estos nombres puede hacerse una idea de la importancia de aquella tertulia, de la que puede decirse que representaba lo más característico de Santander.

Un día llegó a la tienda de Basáñez un mozo fornido, chaparro, con una sen-risa socarrona en un rostro de campesino. Venía acompañado de don Carmelo Echegaray, que le presentó. Era Miguel Artigas, que acababa de ser nombrado primer director de la magna Biblioteca que don Marcelino, en su muerte, había legado a su pueblo. El futuro académico de la Lengua y director de la Biblioteca Nacional causó una grata impresión en todos por su ruda franqueza, auténticamente baturra. Se comprendió en seguida, nada más que cambiar con él dos palabras, que se trataba de *«todo un hombre»*, y de *«todo un sabio»*; pero esto no se supo hasta algo después.

PICK

## DOS CARTAS INTERESANTES

D. José María Quiñola, querido amigo que intervino activamente en el episodio narrado con el título "La batalla de las modistas", me escribe una carta a la que pertenecen los siguientes párrafos:

"Amigo Pepe: Con interés y deleite vengo leyendo tus "Memorias de un periodista provinciano"; deleite por lo que tienen de recuerdos, gratos para uno, aunque de lucha intensa; con interés, porque le tiene todos tus trabajos literarios.

Pero no es el decirte esto el objeto de esta carta. Se trata de rectificar algunos errores, más bien lapsus, debidos a quien escribe de memoria (que por cierto la tienes feliz); errores que afectan más a la parte documental, que a los hechos históricos propiamente. Pero que pudieran ser recogidos mañana en un libro, y servirían de algo de desorientación a los futuros historiadores, que quisieran escribir sobre la prensa de Santander. Por haberlos vivido desde el principio, conozco los hechos y puedo decirte que "La Verdad", comenzó a publicarse el año 1910, cuando se discutía en las Cortes "la ley del Candado", de Canalejas, y siendo gobernador del Benito del Campo, contra el que hizo el periódico una campaña violenta realmente. Este fue el periódico que le costó el proceso a Paco Revuelta. El periódico tenía el matiz político que le atribuyes, pero en el primer año, aun no habías tú refinado con los carlistas.

El día 2 de octubre, estábamos jun-

tos en la plaza de la Libertad, cuando el ex gobernador don Gonzalo Cedrún, dirigió la palabra a la multitud católica, recomendando calma, y diciendo que se exigirían responsabilidades a la autoridad.

"La batalla de las modistas" fue en agosto de 1912 (más bien creo que fue una escaramuza), pero quien la sostuvo fue "Lealtad", periódico que había salido en julio de aquel año, que también por unas u otras causas se vio precisado a sostener violentas campañas. El caso de Espinosa que refieres, sucedió con motivo de una agresión que tú hiciste al director del periódico, don José María Sierra. A mí me dijeron que los agresores habíais sido tú y Espinosa, y al verle yo que venía por la calle de Daoíz y Velarde, llevado por impulsos de amistad y compañerismo hacia el amigo Sierra, quise responder en el acto a la agresión. Después me dijeron que Espinosa sólo había sido espectador, pero yo no había hablado con Sierra...

La redacción de "Lealtad" estaba formada por sus fundadores: don José María Sierra, don Miguel Santamaría (q. e. p. d.) y yo. Después entraron ya nuevos elementos: Juan José de la Colina, José María Bayas, Rubayo, Domingo Solís Cagigal y otros..."

\*\*\*

Por su parte, el presidente de la Comisión gestora, don Isidro Mateo Gon-

(Continúa al final de la primera columna de segunda página).

## MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

# LA ESCISION CONSERVADORA.-SUR- GE EL «RUANISMO»

2ª VOL. DE LA OBRA "24 JUNIO 1936"

La escisión conservadora en la provincia de Santander, que se anticipó en más de un año al rompimiento nacional del partido, que dió origen a los mauristas y a los idóneos, tomó estado público hacia 1912; pero mucho antes se venía gestando, sin que sus síntomas saliesen a la superficie. Voy a contar lo que yo fui sabiendo a medida que los hechos se producían.

Un día de verano me llamó a su casa una personalidad saliente del partido, que me distinguía con su amistad, y me dijo, sin rodeos de ninguna clase, que era inminente un movimiento de los conservadores de la provincia contra Ruano, que, a juicio suyo, no interpretaba acertadamente las esencias conservadoras. Añadió que se contaba con la casi totalidad de la organización; que Ruano se quedaría solo, y que la primera manifestación de este movimiento sería un periódico de batalla—semanario o diario, no estaba aún decidido—, destinado a combatir la política personal de Ruano. Me decía esto porque se había pensado en mí para que redactase aquel periódico.

Yo me quedé asombrado, sin saber qué decir. Era la primera noticia que me llegaba de aquella ruptura. Yo veía todos los días a Ruano y a los que, según acababa de oír, iban a ser sus enemigos, y nada en su actitud denunciaba enemistad y rompimiento. Quizás si me hubiera fijado con más interés en detalles en que no paraba mi atención, aquella noticia me hubiera producido menos sorpresa. Pero hasta entonces nada me había hecho pensar en actitudes contrapuestas en un partido en que, al parecer, todo marchaba cordialmente. Cuando me repuse un poco de la primera impresión, y tras de meditar unos segundos, le dije a mi amigo que sentía por Ruano una estimación sincera; que desconocía los móviles de aquella campaña, que seguramente serían legítimos, pero que no me sumaba a ella, porque identificado con Ruano, no podía hacer nada en daño suyo.

Y salí de aquella casa dominado por una viva emoción. Dudé mucho lo que debía hacer. ¿Referirle a Ruano lo ocurrido? No me pareció delicado hacer uso de aquel secreto, que se me confiaba a título de amigo. Resolví esperar y fijarme bien en todo lo que se dijese o se hiciese ante mí para ver si se confirmaba aquella noticia y proceder en consecuencia cuando tomase estado público. Desde luego, estaba decidido a seguir al lado de Ruano, ocurriese lo que ocurriese.

Pocos días después me encontré en el Sardinero al periodista madrileño Benigno Varela, que veraneaba allí. Conocida es la historia pintoresca y tormentosa de este escritor. Había nacido en Zaragoza, donde hizo sus primeras armas literarias. En su juventud fué republicano, y radicalismo. Pero tuvo un duelo con otro periodista, Juan Pedro Barcelona, que resultó muerto en el lance, y con motivo de esta muerte se revolvó tal polvareda, que actuó un Tribunal de honor primero y el Juzgado después, y Varela fué condenado. Según él ha referido, debió su indulto al Rey, por lo que, abandonando sus ideas, decidió dedicar su pluma a defenderle. Hizo campañas monárquicas de una extrema violencia y publicaba por aquel tiempo un periódico, «La Monarquía». Varela era amigo mío, y al encontrarme, me refirió que se iba a publicar en Santander un periódico dedicado a combatir a Ruano; que le habían hablado los que patrocinaban esta idea, y que él les había dado mi nombre como un posible director. Entonces me expliqué la entrevista de días antes y la proposición que se me había hecho. La guerra civil entre los conservadores no tenía ya duda, y todo indicaba que iba a producirse con extraordinaria violencia.

Pero fuerza es decir a qué obedecía aquella guerra y qué es lo que significaban los «ruanistas» y «antirruanistas» en que sin tardar mucho se dividieron los conservadores montañeses, ya que lo de «mauristas» e «idóneos» eran etiquetas que, en realidad, tenían poca importancia. Todo el pleito giraba en derredor de Ruano. Era por él y contra él por lo que iba a lucharse en la Montaña con un ardimiento pocas veces igualado en luchas banderizas. Yo empecé a recapacitar sobre los acontecimientos de los últimos meses, y comprendí toda la importancia que tenían detalles y palabras de que hasta entonces no había hecho caso. Di todo su valor a la separación que empezaba a observarse en la tertulia de Basáñez entre unos y otros, que formaban en realidad dos tertulias distintas, buscando horas diferentes para no encontrarse, y cuando hice una insinuación a Basáñez sobre aquellas coincidencias extrañas, aquel gran amigo, vivamente afectado, me lo confirmó todo. La escisión conservadora estaba ya producida y nadie la podría evitar. Me habló de un viaje que había hecho a Madrid, en unión de don Vicente Quintana, el marqués de Robrero, para visitar a Maura y pedirle su intervención. Y de otros antecedentes interesantes. Por Basáñez supe yo exactamente lo que pasaba.

PICK



4 Marcos Linazasoro, 19

MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO 43

## LA ESCISION CONSERVADORA

LA VOZ DE SANTANDER 5 de julio 1919

Al historiar estos sucesos quiero revelarme de la máxima imparcialidad de olvidarme que fui un combatiente y que puse en mi pluma una pasión a veces excesiva. Vivos están la mayoría de quienes en aquellos hechos tomaron parte y a ninguno de ellos quiero causar la más leve molestia con mis «Memorias». Por otra parte, la sombra de los muertos ha de ser para mí sagrada. Pasaron ya los tiempos de ardiente polémica, en que la pasión podía en cierto punto justificarse. Hoy, vistas a distancia aquellas cosas y las demás que constituyen el telón de fondo de mi vida, llego a la conclusión de que nada hay tan provisional como los estados pasionales, que nos ganan durante un momento y nos imponen su ley tiránica. Los odios que considerábamos eternos son sólo recuerdos melancólicos que nos sirven para evocar vagamente el pasado. Con mi experiencia personal, puedo afirmar que mis mejores amigos en la hora actual son aquellos con quienes redí de un modo escandaloso, por antagonismos que yo juzgaba irreductibles, y que la acción del tiempo dejó reducidos a sus exactas proporciones de episodios de la juventud.

La escisión de los conservadores santanderinos tuvo una gran importancia, no sólo en la vida de la región, sino en la política española. No es aventurado afirmar que preparó las cosas para el gran cisma del partido que se produjo en el año 1915, cuando don Eduardo Dato y don José Sánchez Guerra se separaron de don Antonio Maura, y esto comenzó con don Angel Ossorio y Gallardo—mi actual e íntimo amigo, la cuestión de política que había de revolucionar la vida española.

... cuando como llegaron a mi conocimiento las primeras noticias de aquella escisión y el estado de pesadumbre en que me dejaron. Ahora me toca referir el proceso interno de aquel movimiento. El poderoso partido conservador de Santander llevaba en su fortaleza el germe de su debilidad. Había agrupado bajo una misma bandera denominados «elementos» para que «esta tibia fusión» —según se decía— formaba en nuestras filas. Este amigo, hablando en la tertulia de Ruano, en un momento de optimismo, ante la aborreción por el partido de casi todos los núcleos políticos de importancia, dijo una frase que los hechos posteriores se encargaron de consagrar como profética:

—¡Cuidado! ¡Se muere de dos modos: por anemia y por congestión! ¡Pero de congestión también se muere!

Formaban el partido los silvestras, acudillados por el insigne patrio montañés don Ramón Fernández Hontoria, conde de Torrelana, y los antiguos gamacistas, cuyo hombre de acción más calificado era don Eduardo Pérez del Molino. Estos dos núcleos eran muy importantes. El hontorismo o silvestrismo estaba representado por la juventud dorada del pueblo. Muchachos de aristocráticas familias en su mayoría, pero dotados de un sentido popular que les hacía huir de los viejos esnobismos, de los escritorios tradicionales, y buscar al pueblo en sus clases más modestas, identificándose con su vida.

Los caudillos locales de esta tendencia que en la capital secundaban las normas de don Ramón Fernández Hontoria, eran don Juan José Ruano y don Luis Martínez, alcalde popularísimo y autor de la idea de regalar un palacio en la Magdalena a don Alfonso XIII, idea que consiguió llevar a cabo a pesar de las dificultades que ofrecía.

En la otra rama—la gamacista o maurista—del partido conservador figuraban los nombres más prestigiosos de nuestras fuerzas vivas: comerciantes del Muelle; señores encanecidos en una larga vida pública, y también, un grupo destacado de jóvenes. Ya hemos citado a don Eduardo Pérez del Molino. Citemos también los nombres de don Enrique Plascencia y el marqués de Hazas, diputado que había sido por la circunscripción. Entre los jóvenes mauristas figuraba don Pedro Acha, diputado también por Santander hasta muy poco antes.

Estos dos grupos era muy difícil que conciliaran por la incompatibilidad de sus caracteres. Además, uno y otro aspiraban al predominio. Hacía tiempo que los mauristas veían con recelo el auge que Ruano fue adquiriendo en la provincia. Sobre todo, después de la triple elección del distrito de Laredo—en este distrito hubo una elección en que el candidato conservador don Luis Aznar tuvo que luchar tres veces consecutivas para obtener el acta—, Ruano, que había dirigido aquellas tres elecciones con riesgo de su vida, pues estuvo en grave peligro en Castro-Urdiales, y que había obtenido un éxito profesional indiscutible informando en el Supremo acerca del pleito electoral, se hizo el ídolo del partido.

En un banquete que para celebrar aquellos triunfos se le dió en el Casino del Sardinero, el brillante abogado montañés fue aclamado como un caudillo. Los mauristas, aunque se asociaron a este homenaje y firmaron el pergamino que se ofreció a Ruano, no vieron esta exaltación con buenos ojos. En sus tertulias y conciliábulo hablaban de política personal y de otros asuntos, que juzgaban peligrosos y graves.

Un hecho, al parecer nimio, vino a poner de relieve estos antagonismos, si quiera no saliesen por el momento al público y se ahogasen en la disciplina, impuesta rigidamente. Este hecho fué la provisión de la plaza de secretario de la Diputación, por entonces vacante, cubierta por concurso libre. En la Diputación había mayoría conservadora, y, por lo tanto, conservador había de ser el elegido. Pero al señalar la persona se produjo la disidencia. El entonces diputado por Santander, y hoy carísimo y buen amigo mío, don Luis Redonet, patrocinaba a un candidato. Ruano, por su parte, apoyaba a don Antonio Posadilla, tetrado de León y hermano político de un gobernador que había sido de Santander, don Andrés Garrido, unido a Ruano por una buena amistad.

Las candidaturas chocaron; el grupo maurista de la Diputación apoyó en masa al amigo de Redonet; los hontoristas se agruparon en torno a Posadilla. La ruptura parecía inevitable, y cuando iba a producirse, para evitar el escándalo, se convino en verificar una votación previa en el seno de la mayoría, comprometiéndose todos a apoyar al que en esa antevotación saliese triunfante. Así se hizo, y obtuvo mayoría don Antonio Posadilla, a quien votaron en sesión pública todos los diputados de las dos tendencias, y que, por lo tanto, fué el elegido. Se evitó con esto la ruptura pública, pero quedó abierta una grieta, que se ensanchaba de día en día, y que acabó por determinar la ruina de aquel poderoso edificio.

A partir de este episodio los acontecimientos se precipitaron con rapididad de vértigo.

PICK



MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

LA ESCISION CONSERVA-

7-7-1934 DORA  
LA VOZ DE CANTABRIA 22 de 1926

El bando hostil a Ruano tomó pretexto para exteriorizar su disconformidad en un pacto por aquel celebrado, en representación del partido. El pacto lo hizo en los elementos liberales, para ir unidas ambas fuerzas en unas elecciones de diputados provinciales—se presentó y triunfó la candidatura coaligada de don Bernabé Toca y don Leandro Mateo, liberales, y don Aureo Gómez Setién, conservador—y en unas municipales, que se celebraron poco después. La lucha era entonces muy viva con el Centro Electoral Católico, que había irrumpido con gran ímpetu en el palenque de la provincia, dirigido y animado por don José Zamanillo, uno de los hombres de más genio organizador que he conocido y que, apenas lanzado a las luchas de la política, se acreditó de jefe, infundiendo considerablemente en la vida del pueblo. Zamanillo era de Laredo, y tenía una farmacia, que atendía personalmente, en la calle de Atrazanas. Durante muchos años ocupó la presidencia del Círculo Católico de Obreros, y aunque estaba afiliado al partido integrista, no actuó públicamente hasta la época que estoy historiando, esto es, cuando ya era hombre maduro y había vivido lo mejor de su vida. Ruano, que luchó mucho con Zamanillo, acabó entendiéndose con él, y estimaba en lo que valían sus dotes de seriedad y de hombre de acción.

En el momento de ultimarse el pacto liberal-conservador, los mauristas, a muchos de los cuales asistía la sola palabra liberal, aunque fuesen incondicionales de Maura, que blasfemaba de serio, y que como liberal hablaba siempre, juzgaban más onerosa la inteligencia con los católicos. Por ello, y porque así daban satisfacción a un estado de ánimo de que ya he hablado, protestaron rudemente de un compromiso adquirido, a juicio de ellos, a espaldas del partido. Elevaron su protesta a Maura y pidieron que el compromiso electoral fuese anulado. Se negó Ruano, cuyo temperamento de luchador se acrecenta ante la oposición y las dificultades, y tuvo que venir de Madrid nada menos que el conde de Terranova, jefe provincial de las fuerzas para ratificar el hecho por Ruano, exigiendo su cumplimiento.

Todos los ruanistas fueron a la estación a esperar al ilustre prócer, cuyo nombre se veneraba, y a su llegada hubo vivas significativos y aplausos, que se repitieron luego en el círculo silvestre—se la seguía llamando así, a pesar de que hacía mucho que había muerto Silvea—. Aquel recibimiento significaba que el enojoso pleito, tenido hasta entonces entre bastidores, había salido a la vida pública.

Los antirruanistas pidieron a Maura que nombrase un Comité provincial, encargado de la dirección del partido. Por la composición de este Comité, la influencia de Ruano y de sus amigos quedaba descartada. Era un golpe de muerte que se quería dar a su carrera política. Para defender la causa ruanista fueron a Madrid el marqués de Robredo—uno de los más leales y más desinteresados amigos que tuvo Ruano—y don Roberto Basáñez. No consiguieron nada, pues los antirruanistas contaban con el apoyo del primogénito de don Antonio, el señor conde de la Mortera, diputado a la sazón por Calatayud, pero que aspiraba a serlo por Santander.

Y el Comité propuesto por los antirruanistas se nombró. Entonces, el clima del partido se produjo de un modo violento. Una de sus primeras manifestaciones fué un mensaje que los conservadores de la provincia elevaron a Ruano, a don Ramiro Pérez Elvaguire y a otras significadas personalidades de la misma tendencia, expresando sus adhesiones, y diciendo casi textualmente que en un organismo en que ellos no figurasen, el partido conservador santanderino no podía estar representados. Suscribían este mensaje centenares de firmas de los conservadores más calificados de los pueblos.

Aquello fué la declaración de guerra entre los dos poderosos bandos. Esta ruptura de hostilidades creó una situación difícilísima al periódico, que, inspirado directamente por Ruano, fué desautorizado por sus enemigos. Entonces, se desdobló la Sociedad anónima que venía funcionando desde ese año. Cien no del partido, y se separaron de su Consejo don Pedro Acha y sus amigos. La propiedad de «La Atalaya» quedó en manos de cuatro señores: don Juan José Ruano, don Ramiro Pérez Elvaguire, don Gregorio Mazarrasa y don Alfredo Trueba, que estaba investido de las funciones de gerente.

Por esta época dejó el periódico Alejandro Nieto, que escribía en él desde su fundación y que había permanecido firme en su puesto a través de todos los cambios de propiedad y de política que se habían operado. Consiguiera convencerle para que fuese a «El Diario Montañés» su gran amigo, el abogado Andrés Bengoa, que por sus ideas tradicionalistas era muy afecto a «El Diario». Le hizo ver la difícil situación en que «La Atalaya» iba a hallarse a consecuencia de aquel clima y su muerte probable. La separación de «Atalaya», a quien quería como a un hermano y a quien admiraba como a un maestro, me causó un dolor muy vivo, una contrariedad muy explicable...

Tampoco Ruano veía muy claro en aquellos días su porvenir y el del periódico. Porque al ir una tarde a conversar con él, como tenía por costumbre, después de exponerme desahogado cuál era la situación y cuán poderosos mis enemigos que tenía enfrente, me dijo con un acento conmovido que todavía me estremecía cuando lo recuerdo:

—Usted es muy joven y ha de mirar por sí mismo. Voy a entablar una lucha desesperada, en la que puedo quedar deshecho. Nada le obliga a usted a seguir mi suerte. Sin renunciarle ninguno puede adoptar el partido que le convenga. Yo no quiero influir en usted...

Quien haya oído a Ruano hablar en ese tono, en circunstancias parecidas, podrá comprender el efecto que a mí, romántico e impresionable en aquellos años, me produjeron sus palabras. Había tal humildad, tal nobleza, sentimientos tan generosos en lo que decía, y lo decía de un modo que se clavaba en las fibras más nobles del corazón, que era imposible resistir a su hechizo. Yo me sentí paladín de una gesta medieval—entonces, más que hoy, estaba envuencado de literatura—y le respondí:

—Don Juan; yo soy su amigo y no quiero ser más. La suerte suya será la mía. No habremos más de eso...

Los que han conocido de cerca a Ruano, sus fieles colaboradores el notable jurista don Leandro Mateo, jefe de su bufete hasta la muerte del maestro, y al admirable Domingo Díaz Valle, su secretario fidelísimo y desinteresado—a la muerte de Ruano tuvo que rehacer su vida y empezar de nuevo a trabajar, porque no tenía nada más que un sueldo modesto, pudiendo haberlo tenido todo—, comprenderán lo que pasó por mí al oír aquellas palabras generosas. Ellos oyeron también muchas veces palabras semejantes, y razonaron lo mismo que yo. Nos une igual recuerdo y la misma veneración a la memoria ilustre

PICK

MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

# LA ESCISION CONSERVADORA

2ª VIZ DE CANTABRIA. 13 julio 1934

He hablado de un mensaje que, suscrito por centenares de firmas de las organizaciones de la provincia, se elevó a Ruano, a don Ramiro Pérez Elzaguirre y a otras personalidades del partido, reiterándole su adhesión. Ello obedeció a que poco antes se había celebrado en Solares un banquete en honor del diputado por Santander señor Redonet, en el que deliberadamente se había evitado la asistencia de dichos señores. Aquel banquete fué muy sonado y tuvo hondas repercusiones políticas, como se verá. A él fueron todos los antirruanistas, que luego habían de constituir el partido maurista provincial. De amigos de Ruano creo que no acudí más que don José Gómez y Gómez, concejal muy calificado de nuestro Municipio y alcalde poco después, y el que esto escribe, íbamos dispuestos a armar la grada en cuanto se suscitase la vidiosa cuestión que nos tenía divididos, y con este sólo objeto habíamos hecho acto de presencia en el banquete. Pero no hubo lugar a nada. Se tiraba por elevación, prescindiendo del ataque directo. Todo hacía presagiar el estallido próximo y ruidoso.

El estallido vino con ocasión de las elecciones provinciales, en que había de renovarse la mitad de la Diputación. Tocaba votar en los distritos de Castro-Laredo, San Vicente-Potes y Reinosa-Cabuéniga. El Comité antirruanista que asumió la dirección del partido, confeccionó sus candidaturas, dejando sin puesto en el distrito de Reinosa al señor conde de Mansilla, que había sido diputado hasta entonces y que se había distinguido por su adhesión leal a Ruano.

Esta fué la bandera que se levantó para la disidencia. Frente a la candidatura conservadora se presentó el señor conde de Mansilla con el carácter de conservador amigo de Ruano. Fueron unas elecciones memorables que quienes las vivieron no olvidarán con facilidad. Ruano y sus amigos se jugaban su vida política a cada arriesgada carta. El Comité conservador excomulgó a los disidentes, y el partido liberal que estaba en el Poder, apoyaba también la candidatura ortodoxa, con la que iba aliado. Ruano tenía todo enfrente, desde el Gobierno civil al último de los organismos oficiales. El periódico «La Atalaya» se veía en una situación difícil, pues no podía apoyar francamente la candidatura de la disidencia, que era la que merecía todas sus simpatías. Publicaba a diario la candidatura oficial, y bajo ella, la del señor conde de Mansilla. En casa de Ruano nos reuníamos todas las noches los incondicionales del jefe de la casa. De día en día se iba acentuando el pesimismo, y lo reflejaba el clareamiento continuo en las filas de los leales. Cada noche traía la prueba de una nueva desertión, denunciada por una ausencia. Hubo momento en que llegamos a reunirnos solamente una docena escasa de personas. Y fué con estas fuerzas con las que se dió aquella memorable batalla. Yo fui designado para ir a dirigir la elección al Ayuntamiento de Polaciones, acompañando a don Gilberto Quijano, el actual conde de Torre Velarde—los Quijano, que luego fueron mauristas entusiastas, en aquella elección estaban incondicionalmente al lado de Ruano y apoyaron con todas sus fuerzas a su enemigo, el conde de Mansilla—. La elección se celebró en lo más crudo del invierno.

Recordo que Quijano y yo llegamos al puerto de Sejos en una noche oscura y lluviosa. Allí dejamos el automóvil, y en caballos de los guardas forestales pasamos un río crecido por la lluvia. Yo no había montado nunca a caballo y aquella cabalgada en las tinieblas, por un terreno abrupto, me produjo una impresión inolvidable. Los caballos iban metidos hasta las caderas en el agua, y yo salté las riendas del mío, confiándome a su instinto. Así llegamos a un pueblo de Polaciones, donde se nos dió albergue. Como no se nos ocurría a aquellos horas, hubo que improvisar una cena frugal, uno de cuyos platos era manzanas fritas. Aquella misma noche, sin descansar, conferenciábamos con los amigos del Ayuntamiento y convinimos el plan de campaña para la elección del día siguiente. En toda aquella comarca no se ignora ninguna en el triunfo de nuestro candidato. Sin embargo, lo asombroso de aquella elección fué el número de votos que alcanzó Mansilla en el distrito de Cabuéniga, quizá el único de la provincia en que Ruano no tenía relación ninguna. A pesar de ello, Mansilla hubiera sido derrotado de no ser por la votación insospechada de Valderredible, que produjo verdadero asombro. Valderredible había votado desde tiempo inmemorial con el Gobierno civil. Era un censo de que disponía en bloque el partido en el Poder. Pero en aquella ocasión votó íntegramente por Ruano, que representaba la lucha contra la autoridad de los partidos y contra las fuerzas del Gobierno. Ruano, que trabajó personalmente aquella elección recluido en un molino de Cubillo de Ebro, donde conferenciaba misteriosamente con los Hierros—los señores de Valderredible—y con el secretario don Nicolás García Bustamante, hasta entonces poco conocido y que en esa elección jugó el papel principal de su vida, adquirió a los ojos del pueblo el prestigio de un gran capitán de luchas políticas. La candidatura oficial conservadora fué derrotada—a pesar de figurar en ella personalmente don Eduardo Tellería—y el conde de Mansilla quedó elegido diputado. Con él triunfaron dos liberales, el señor García Morante y el señor González—rico vinatero de Reinosa, conocido por el «Zalo»—y el católico don Federico de la Lama.

Esa elección produjo asombro en Santander, y Ruano fué ya considerado como una potencia beligerante con la que había que contar en la provincia. Sus amigos se entregaron a manifestaciones de loco júbilo, disparando bombas y cohetes y dando serenatas al jefe que les había llevado a la victoria. En Reinosa se celebró poco después un banquete, en el que Ramón Solano leyó por primera vez su «Romance de moros y cristianos», en que hacía humorísticamente el relato de la lucha, a usanza de las antiguas crónicas y romancescos. Esta poesía, que fué muy celebrada, se imprimió en hilos pergamino, y como documento curioso, hoy adorna las bibliotecas de distinguidas familias santanderinas. Es el recuerdo literario que ha quedado de aquellos hechos.

PICK

## MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

LOS «VERSOS DEL MAR Y  
DE LOS VIAJES»

Me he extendido mucho en la parte política de estas «Memorias», porque habiendo empezado a trabajar en un diario político e intervenido activamente en los acontecimientos de ese tipo ocurridos en aquel tiempo en Santander, necesariamente la política, con sus virtudes y sus defectos, había de dejar una huella muy honda en mi existencia, como, en efecto, la dejó. Con lo dicho hasta ahora creo que he recordado lo más interesante de la vida santanderina en los primeros años de mi segundo oficio, en relación con la lucha de banderizos, que embravecían la provincia.

Voy a hablar ahora de otros aspectos del periódico. El lector de estas «Memorias» tendrá ocasión de conocer nuevos ejemplares humanos, unos interesantes y otros pintorescos. Me refiero a los escritores y artistas que pasaron ante mí como amigos o como enemigos en los años de mi iniciación como poeta. Pero antes he de decir algunas palabras de mí mismo, ya que este aspecto creo que es el que más me ha caracterizado y por el que he sido conocido, poco o mucho, fuera de Santander.

Los «Versos del mar y de los viajes» los empecé a publicar en «La Atalaya» a poco de trabajar en ella como redactor. Respondían a emociones frescas, a recuerdos recientes de mis navegaciones, todavía muy próximas. El soneto de «Las tres hijas del capitán», el más conocido de esa serie, se refiere a un anciano lobo de mar, que fué mi capitán en el vapor bilbaíno «Sardineiro». Se llamaba don Félix Estarcillas y era malagueño. Sus tres hijas venían a bordo todos los viajes, y desde su casita de Luchana nos decían «adiós con el pañuelo». Otro soneto, «Las penas del naufragio», reflejó la emoción que sentí cuando al pasar por Beachy Head, en la costa inglesa, subí a cubierta a ver el lugar en que unas horas antes se había hundido el «Encero», de la Compañía Bilbaína, ahogándose todos sus tripulantes.

La forma de los versos del mar y de los viajes—el soneto bastardo con sus cuartetos libres—me la sugirió Villaspesa, cuyo «Viaje sentimental», escrito en este metro, había leído en aquellos días, produciéndome gran impresión. Cuando me publicaba no creí que estos versos harían carrera, aunque me alentasen cariñosamente a seguir publicándolos Enrique Menéndez, don Carmelo Echeagaray, don Eusebio Sierra y Roberto Basáñez. Sin embargo, no los hubiera reunido en un libro de no haber sido por el ilustre poeta cántabro Luis Barreda, quien me animó a hacerlo, y envió algunos de ellos a una revista que se llamaba «Corvantes». Villaspesa publicó mis versos con un gran elogio, debido sin duda al interés con que se los recomendó Barreda. Animado por el autor del «Candelero cántabro», publiqué la primera edición de los «Versos» en el año 1912, haciéndose el libro en la imprenta comercial de «La Atalaya». La presentación no podía ser más ramplona. Sin duda por esto los periódicos de Santander no se creyeron obligados ni a acusar recibo del ejemplar que atentamente les envié. Estoy seguro de que en los desvanes de sus Redacciones estarán aquellos ejemplares aún sin abrir, si es que los ratones no han dado cuenta de ellos. Pero la fortuna que no tuvo en su tierra la alcanzó aquel libro fuera. Rafael Sánchez Mazas ha escrito la impresión que le causó su lectura en Bilbao, cuando empezaba a preocuparse de cosas literarias. El mismo ilustre escritor llevó su devoción a más. Cuando algún tiempo después publicó una novela magnífica, «Las memorias del pequeño Tarín», uno de sus capítulos, que pasa en la torre de un faro, es una glosa de «Las tres hijas del capitán», cuyos versos saltan constantemente entre el diálogo de los personajes. Rafael Sánchez Mazas no me conocía entonces; no me conocí hasta mucho después; hasta 1921, en que nos encontramos en Méjico.

El mismo año de 1912, José Francés, entonces en el momento más interesante de su carrera literaria, rindió a mi pobre libro los máximos honores, dedicándole un suelto en «La Revista de América», que se publicaba en París. Decía, entre otras cosas, que «el autor de ese libro tenía derecho a la gloria». Calculé el efecto que estos juicios me causaron, tanto más cuanto que contrastaban con la acogida hostil que me habían dispensado en mi tierra mis compañeros de profesión. Aún hubo más. Andrés González Blanco, el muchacho prodigioso que ocupó de un salto los primeros puestos de nuestras letras, cuando aún vestía pantalón corto, escribió una novela, uno de cuyos capítulos pasaba accidentalmente en Santander, y en ella, con un nombre novelesco fácilmente identificable, me hacía figurar. Me describía así: «Pepe del Arroyo, un antiguo piloto de ojos encendidos, hoy dedicado a la poesía lírica con gran triunfo.» Por último, en el resumen literario del año que publicó «Heraldo de Madrid», Cristóbal de Castro, señalaba «Versos del mar y de los viajes» como uno de los tres libros de más interés de 1912.

Ninguno de estos juicios tuvo eco en Santander, donde el libro, quizás por su presentación ramplona, siguió tan ignorado como si no se hubiese impreso. Tuvieron que pasar muchos años para que se empezase a hablar de él, fuera del círculo de mis generosos amigos, que eran Basáñez, don Carmelo, Enrique Menéndez, Ramón Solano, Luis Barreda, don Eusebio Sierra, «Pedro Sánchez» y algunos otros.

PICK



## AIRE DE LA CALLE

## DON LUIS

LA VOL DE CANTABRIA 19 JUNIO 1934

Era uno de los últimos señores del Muelle, de aquellos señores con almacén en la planta baja, escritorio en el entresuelo y habitaciones señoriales en la casa prócer, asentada sobre recios muros de sillería. En la zaga, que daba a la plaza de Pombo, estaban las cocheras de estos señores del Muelle. Yo recuerdo la impresión que me causaba en mis años de niño el espectáculo de esas cuadras, en las que martilleaban constantemente los cascos nerviosos de los bellos caballos de tiro, mientras lacayos y palafreneros, tocados con mandiles verdes, limpiaban los lustrosos lomos o echaban paja seca y florada en los pesebres. De estos señores comerciantes, que tenían coche propio—cuando no había aparecido el primer automóvil—y un balandro que no era de regatas, sino para su recreo personal, don Luis García, que acaba de morir, era el último representante. Con él se extingue la generación que labró la prosperidad de Santander y que le dio su inconfundible carácter de puerto castellano. Porque todos estos grandes linajes mercantiles procedían de Castilla, y el negocio marítimo de fletamentos y de embarques estaba fuertemente enraizado a grandes fincas castellanas, a molinos y a fábricas de harinas. En los escritorios de estos señores coincidían en los años del último tercio del siglo último los capitanes de los bergantines harineros que acababan de rendir su viaje y los administradores de las fincas vallisoletanas y palentinas, que iban a entregar la liquidación de la última cosecha. En esos escritorios oía a campo y a ultramar. Había muestras de esnigas y simientes en frascos empolvados y canecos de ginebra y de ron, procedentes de las islas de Barlovento. El pintor montañés José Gutiérrez Solana, nieto a su vez de uno de estos señores del Muelle—el célebre "Pasiego", que alzó una de las soberbias casas de piedra maciza—, quiso retratar a esta generación y pintó su célebre lienzo "Un armador". Este cuadro

pudo muy bien ser el retrato de don Luis García o de cualquier otro de sus contemporáneos. Lo de menos es el pergeño físico. Lo esencial es el ambiente de época que transpira el lienzo; el espíritu y el carácter de una generación y de un momento de la vida de un pueblo, interpretados por los colores de un modo ejemplar.

Don Luis veía, al levantarse, las aguas azules de la bahía desde el balcón de su residencia. Sentado en su butaca, asistía desde primera hora a la febril actividad del muelle. Contemplaba los vapores que le eran conocidos en sus faenas de carga y descarga. Este espectáculo precedía siempre a su desayuno. Luego, en zapatillas y con ropas de casa, bajaba al escritorio del entresuelo. Allí despachaba con los empleados, encanecidos todos a su servicio. Cuando salía era para ir al muelle a ver de cerca a los barcos, cuyo atraque había presenciado desde sus balcones. Saludaba a los capitanes, todos amigos suyos. Bromeaba con ellos. Hablaba de los fletes y de los episodios de la mar. Después de comer, su lugar de tertulia era el Club de Regatas—aquel antiguo Club, tan distinto en su ambiente al actual—, y en que se reunía lo más granado de la aristocracia de los escritorios. Para matar la tarde, don Luis daba un largo paseo hasta el Faro, donde veía ponerse el sol. Esta costumbre suya estaba tan arraigada en los entresijos de su ser, que en los últimos años, cuando ya los achaques abatían su cuerpo prócer, que en su mocedad fué de los más arrogantes del pueblo, se hacía conducir en su automóvil, un automóvil con que hubo de reemplazar su coche de pianfantes caballos.

Otras distracciones tenía este viejo señor del Muelle. La tertulia en la caseta de los Prácticos del Puerto, a la que no faltó mientras su salud se lo permitía. En los tiempos del antiguo teatro, aquel teatro de señores de la calle del Arcillero, cuyo ambiente no ha conseguido co-

par ninguno de los modernos salones de espectáculos, don Luis faltaba pocas veces a la barandilla del palco prosenio. Viajaba también mucho: conocía las más importantes capitales de Europa. Huía de la exhibición y no le gustaba que su nombre anduviese en gacetillas y en ditirambos de periódicos. Frecuentaba llanamente el trato de los humildes y rehufaba con orgullo el de los pretenciosos, a quienes miraba desde la altura de sus pirámides de sacos de harina. Era liberal, pero desdénaba la política. No quiso ser concejal, cuando le hubiera sido fácil ser diputado. En esta vida, al mismo tiempo orgullosa y modesta, está sintetizado el espíritu del Santander de finales del siglo.

Yo recuerdo todavía a don Luis García en las tardes radiosas del verano, vestido como un "gentleman", con su varonil aspecto, que rubricaba su hermosa barba, nevada ya por el invierno de los años. Pantalón blanco, chaqueta azul; gorra de capitán de barco y unos prismáticos en bandolera. Eran los días de las regatas, que el señor del Muelle no perdía nunca. Iba en el remolcador de su Club, siguiendo con apasionamiento de "diletanti", los incidentes de la lucha a la vela. Pero al acabar la regata, acababa también su papel. No le vi nunca en las recepciones y banquetes que seguían siempre a estos festejos. Era un devoto de las cosas del mar, y se difuminaba discretamente, hasta borrarse, cuando el juego náutico se convertía en festejo de tierra.

De ese tiempo que don Luis García simbolizaba quedan como vestigios las casas del Muelle, esas macizas casas de piedra, que miran orgullosas las nuevas, edificación de cemento y de trazo alemán.

"Santander posee un Muelle muy hermoso—escribía en 1836, en su célebre libro "La Biblia en España", el viajero inglés Jorge Barrow—, sobre el que se alza una línea de soberbios edificios, mucho más suntuosos que los palacios de la aristocracia de Madrid: son de estilo francés, y en su mayoría los ocupan comerciantes."

De estos edificios, representativos de todo un siglo, fué don Luis García uno de los últimos dueños tradicionales. Al morir él quedan solos los muros y el rostro viejo de las casas. Pero el alma que los animaba ha huido ya. No hay escritorios en los entresuelos, ni almacenes de coloniales en las plantas bajas. Ni en la zaga de la plaza de Pombo piafan los caballos de los lujosos trenes. Don Luis, como los capitanes de barco, amigos suyos, en caso de naufragio, ha sido el último en abandonar el casco maltrecho. Cuando él se ha ido, no quedaba ya nadie a bordo. Ninguno, por lo menos, de los que con él componían la antigua tripulación.

PICK

## MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

# LITERATURA Y LITERATOS

Una de las raras colaboraciones que se pagaban en «La Atalaya» de aquellos años era la de Concha Espina. Se la pagaba una cantidad misérrima, que iba a cobrar por ella todos los meses su fiel amigo Joaquín González Doménech. Concha Espina, tras de luchar inútilmente en la Montaña, donde no había ambiente propicio para poder vivir de la pluma, y menos siendo mujer, tomó el partido heroico de trasladar su residencia a Madrid. Iba huérfana de apoyos, y, salvo el de Enrique Menéndez, el caballero-padrino de su primer libro—uno de versos, titulado «Mis florecillas»—, no creo que contase con otros eficaces.

Empezó en Madrid colaborando en los diarios de la derecha—me parece que en «El Universo», que dirigía don Juan Ortí y Lara—. Pero como necesitaba de cualquier recurso, por pequeño que fuese, continuó desde la corte la colaboración de «La Atalaya», pagada tan miseramente. Las crónicas que publicaba llevaban el título genérico de «Pastorelas». Son, a mi juicio, los escritos mejores que han salido de su pluma privilegiada. Hay en esas «Pastorelas» crónicas de autología, y en ellas están en germen las novelas futuras. Años adelante, cuando ya era novelista famosa, reunió algunas de estas «Pastorelas» de «La Atalaya» en un libro, que publicó «Renacimiento». Yo no conocía entonces a Concha Espina; no la conocí hasta mucho tiempo después. Tampoco en la Redacción la conocían ni el director ni los demás compañeros, pues las crónicas se recibían por correo y de representación estaba encargado Joaquín Doménech. Pero las noticias de su triunfo en Madrid, que se recibieron al cabo de algún tiempo—publicación de «La niña de Luzmeja», su primera novela, unánimemente alabada—, nos causaron gran alegría a todos.

Por aquel tiempo—año 1912—me puse en relación con José Francés, uno de los escritores jóvenes de más éxito entonces. Su padre era secretario de nuestro Gobierno civil: un señor solemne, de grandes patillas blancas, y me acogió en mis andanzas periodísticas con gran afecto. El fué quien envió a su hijo mi libro «Versos del mar y de los viajes», y José Francés hizo de él el generoso elogio de que he dado cuenta. Aprovechando un viaje a Madrid en el año 1913, visité a Francés, que vivía en la calle de Almansa, en los Cuatro Caminos. Era aquella barriada un escarpado entre desmontes y cubierto de chozas. Francés vivía en un «chalet», en medio de aquel páramo yermo y pobre. Para llegar a él me hundía en el fango. Hoy todo aquello constituye la magnífica barriada de rascacielos y grandes avenidas en que está edificado el Stadium. El joven novelista me recibió con gran cariño. De aquellos días data una amistad que no se ha entibado, y constantemente estoy recibiendo pruebas de ella. En ese mismo viaje a Madrid trabé amistad con Andresito González Blanco, polígrafo malogrado, que al morir muy joven, dejó una cordillera de obras de todo género—crítica, versos, novelas, ensayos—. Andresito me llevó al Ateneo de la calle del Prado, del que era una de las figuras más interesantes.

Un personaje de muchas campanillas que se hizo amigo mío entonces y lo siguió hasta su muerte, fué nada menos que el excelentísimo señor don Javier Ugarte, ministro de la Gobernación que había sido en un Gobierno Azcarreta y después fiscal del Tribunal Supremo. Don Javier, que figuraba en la extrema derecha del partido conservador, era muy aficionado a la poesía, y se aliviaba de sus trabajos políticos y gubernamentales publicando libros de versos. El inolvidable don Luis Aznar, de quien era muy amigo, le remitió los versos míos, y con este motivo me escribió cartas muy cariñosas, quedando establecida nuestra amistad. Sus libros «Ascéticas» e «Íntimas», este último con un prólogo de Ricardo León, los recibí con expresivas dedicatorias. Fueron los primeros libros dedicados que llegaron a mí, y con los que empecé a constituir mi pobre biblioteca.

Un poco antes, en el mes de julio de 1911, vi por primera vez a José Antonio Balbontín. Estaba la corte en Santander, y en el parque del balneario de Alceda se había organizado una fiesta, a la que asistió don Alfonso. Yo fui a hacer información para el periódico. Recuerdo que se había formado un gran corro en el parque, en cuyo centro estaba sentado el rey. De pronto, apareció ante él un niño, al que llevaba de la mano un señor de aspecto severo y traza de hidalgo, que saludó al monarca con una grave reverencia. Después, el niño, con gran desparpajo, empezó a leer ante el jefe del Estado una poesía suya, titulada «A la Montaña», en versos de diez sílabas y de una gran musicalidad. El monarca felicitó al precoz poeta, que supe era José Antonio Balbontín, oriundo de la provincia, que veraneaba en Puente Viesgo con su familia. El señor que le había presentado era su padre, magistrado del Tribunal Supremo. Aquel niño había publicado el año anterior su primer libro, titulado «Albores», y con versos encendidos increpaba a la Revolución. Recuerdo que en este libro, refiriéndose a la semana trágica de Barcelona, se decía con brio impropio de sus pocos años:

«Y es que bramando en infernal concierto,  
¡salieron como hienas del desierto  
de la escuela sin Dios, hombres sin alma!»

Un jesuita santanderino, el Padre Constancio Eguía, crítico literario notable, publicó en el año 1914 un libro titulado «Literaturas y literatos», en que se estudiaba la obra de José Antonio Balbontín, y entre otras cosas, decía lo siguiente:

«Prosperé Dios sus gallardos vuelos; inspirele tan fecundos ideales como hasta el presente y nutra su espíritu con el de la España tradicional... Sonríe enhorabuena a la vida; sonría a las esperanzas ese tierno capullo, que ha de ser flor, sólo con que se prolongue su vida y no se entibie su fe.»

Pero ya para entonces el niño poeta, que por aquel año entraba en la Universidad matritense, había empezado su evolución, que se aprecia lenta, pero sensiblemente, en sus libros sucesivos, hasta convertirse en el Balbontín de hoy, poeta proletario y cantor de la Rusia roja.

PICK



## **CAPÍTULO 14**

## **PERIODISTA DE HONOR**

#### **14. 1 El año de gloria: 1925**

A lo largo de su vida, José del Río recibió múltiples homenajes. Fueron muestras de agradecimiento de los montañeses que apreciaban en él su vinculación con la región, su trabajo en la defensa de su tierra, su talento y también sus excelentes dotes literarias.

El año 1925 fue, sin duda, el año glorioso para el periodista y poeta. Recibió el premio Fastenrath que concede la Real Academia de la lengua por su libro de poesías “Versos del mar y otros poemas”.

También, ese mismo año, fue homenajeado por las fuerzas vivas de Santander. Los homenajes se centraron en la defensa que había realizado en la polémica con Vizcaya para que Castro Urdiales se mantuviera dentro de la provincia de Santander.

El intento anexionista de diferentes fuerzas vizcaínas y el apoyo de algunos castreños creó una fuerte tensión entre ambas provincias y fue Pick quien con mayor entusiasmo y mejores argumentos defendió que la localidad más oriental de la provincia no podía ser anexionada por Vizcaya.

Precisamente ese año de gloria para Pick se tomó la decisión de poner su nombre al espigón sur de la dársena de Molnedo, conocida popularmente como Puertochico. La ceremonia solmene del bautizo de ese muelle con el nombre del periodista le causó tanta vergüenza a Pick que no acudió al acto y envió a su hijo para que le representase. Ese reconocimiento tenía para Pick un significado aun más importante, ya que la iniciativa de pedir a la Junta de Obras del Puerto esa distinción partió de un periódico competidor de “La Atalaya”: “El Cantábrico”, que dirigía José Estrañi.

Tras la proclamación de la Segunda República, fueron retirados todos los nombres que se habían dado a los muelles y también el de Pick. Curiosamente José del Río hizo honor a su fama de un hombre poco dado a los fastos y las glorias y escribió un artículo a raíz de verse despojado de “su muelle” que tituló “¡Viva la República!”, en el cual agradecía – sin ningún asomo de ironía, que se sentía aliviado ya que cada día, cuando iba andando desde su casa a ese muelle, en el cual estaba atracada la draga en la que trabajaba, sentía incomodidad e incluso vergüenza por ver su nombre en el muelle que cierra la dársena de Molnedo.

## **14. 2 Periodista de Honor en 1961**

Tras los sinsabores de la posguerra y una vez que, con el paso del tiempo, se habían calmado las inquinas y las venganzas, la Asociación de la Prensa de Santander decidió poner en marcha el proceso para otorgar a José del Río el título de Periodista de Honor.

Sobre los trámites para lograr ese reconocimiento se produjeron movimientos de diferentes periodistas santanderinos, encaminados a vencer las resistencias que aun había sobre la figura de Pick.

La correspondencia entre José del Río y José Simón Cabarga fue abundante. Por petición de Simón Cabarga el propio del Río, tres años antes de su muerte, escribió unas cuartillas autobiográficas y colaboró de manera directa en el proceso que culminó con el nombramiento de Periodista de Honor.

La conservación de parte de la correspondencia entre quienes alentaron y sostuvieron la candidatura de Pick a ser nombrado Periodista de Honor se reproduce en este trabajo. En ella existen elementos determinantes para fijar el ambiente de esa etapa de la vida española y la situación ambivalente en la que se encontraba la figura de José del Río.

La iniciativa concluyó felizmente y Pick recibió, en esos meses de septiembre de 1961 el nombramiento honorífico. Los profesionales de Cantabria supieron reparar los olvidos de los últimos años y la Asociación de la Prensa organizó un almuerzo en homenaje a José del Río, al que acudieron los profesionales de diferentes medios de comunicación.

En la invitación, el poeta Gerardo Diego escribió unas cuartetas, en versos alejandrinos, en los que evocó la figura de Pick y en los que se considera alumno de Pick.

También, al hilo de ese nombramiento de Periodista de Honor, se edita un número especial del ya para entonces desaparecido diario “La Atalaya”. En ese número especial, es el propio José María de Cossío quien toma la columna de Pick “Aire de la calle” para escribir una columna sobre Pick en la portada de ese periódico homenaje. También aparecen otras firmas ilustres como las de Rafael González Echegaray, “Pepe Montaña”, Francisco Cubría... y algunos artículos del propio Pick rescatados de la hemeroteca.

En ese ejemplar único de “La Atalaya” se insertan también diferentes colaboraciones de Pick, extraídas de diferentes hemerotecas. Así aparece otro de los pseudónimos de José del Río, utilizado especialmente en su etapa madrileña: El peatón y, como no podía ser de otra manera, estas páginas llevan también poemas del “Vate del mar”.

Se completa ese número singular de La Atalaya con una serie de noticias, a modo de “suelos”, relacionados con diferentes facetas y aspectos de la obra de José del Río.

### **14. 3 El gran homenaje, a título póstumo**

Tal y como sucede en múltiples casos, el gran homenaje de Santander a Pick se produjo a título póstumo. La entidad que promovió, apoyó y gestó el tributo a José del Río fue el Ateneo de Santander, del que Pick era socio de honor y del que formó parte de su Junta de Gobierno durante muchos años.

El cuatro de febrero de 1964, pocos días después del fallecimiento de del Río, la Junta de Gobierno del Ateneo, toma la decisión de organizar un homenaje al periodista, poeta y marino.

Esa decisión cuaja en el año 1974, cuando junto al Ateneo





**El Ateneo de Santander homenajeó al periodista y poeta, José del Río “Pick”.**

las fuerzas vivas de Cantabria se unen para reconocer los méritos de un escritor monumental, que puso siempre su talento al servicio de los habitantes de su comunidad.

En octubre de 1965, se desarrolla en el Ateneo una sesión académica de dicada a la memoria de José del Río Sainz y poco a poco se traza el plan que culminaría, el 30 de octubre de 1965, con la ceremonia de inauguración de la estatua de cuerpo entero que se ubicó en el istmo de la península de La Magdalena, junto al mar Cantábrico.

El Ateneo inicia suscripción popular (2) para recabar fondos con los que sufragar el coste de una estatua en bronce, de 2,80 metros de altura, que sirva para fijar la memoria y rendir homenaje a un periodista que siempre estuvo al lado de Santander, a favor del diálogo y el entendimiento y que además fue un poeta brillante, uno de los líricos importantes de la primera mitad del siglo XX español.

En esa cuestación popular es relevante que participaran cientos de santanderinos con pequeñas cantidades. El propio Ateneo, promotor del homenaje, aporta una de las mayores cantidades (25.000 pesetas) y la misma suma ingresa el Bando de Santander.

La obra se encarga al escultor José Villalobos (3) que la entrega dos años de su fallecimiento. Así, el sábado día 30 de octubre del año 1965 se descubre la estatua dedicada a Pick, en la Avenida de Reina Victoria de Santander, frente al mar y en la entrada a la península de La Magdalena.

Además, ese mismo día, por la tarde, se desarrolló en el salón de actos del Ateneo una sesión académica en memoria de José del Río. La nómina de los intervinientes en esa sesión necrológica es excepcional: José maría de Cossío, LLuys Santa Marina, Rafael González Echegaray, José Simón Cabarga,

Esteban Calle Iturrino y el poeta Gerardo Diego.

Con ese motivo se publica un libro titulado “Homenaje a José del Río Sáinz “Pick” en el cual, además de imágenes de la inauguración de la estatua, se reproducen discursos y artículos escritos para la ocasión. Esa publicación es realmente muy interesante y ofrece una serie de aspectos de la vida y la obra del marino, periodista y poeta.

#### **14. 4 Notas, capítulo 14**

1.- José Simón Cabarga (Santander 1902- Madrid-1980). Periodista y caricaturista. Comenzó colaborando en “El Pueblo Cántabro”, redactor de “El Diario Montañés” e investigador de la historia de la ciudad. Simón Cabarga utilizó diferentes pseudónimos de los cuales “Apeles” fue el más frecuente y famoso. Dirigió la “Hoja del Lunes” publicada por la Asociación de la Prensa y también varios libros de investigación histórica ciudadana.

2.- La decisión de iniciar esta suscripción popular se adopta en la reunión de la Junta de Gobierno del Ateneo del 5 de junio del año 1964.

3.- José Villalobos (Castro-Urdiales 1908-Castro-Urdiales 1967) Escultor formado en la Escuela de Bellas Artes de Madrid. Discípulo de Victorio Macho. Socio de Mérito del Ateneo de Santander. Ha dejado en Cantabria buena muestra de su talento en diferentes monumentos realizados por él tanto en Santander como en otras localidades de Cantabria.

## **Los homenajes del ocaso**

Una serie de interesantes documentos que sirven como colofón a la vida de un periodista de cuerpo entero, se agrupan en torno a una iniciativa de los colegas de Pick que prepararon los elementos para que se le concediera el título de PERIODISTA DE HONOR. Esa distinción, que le fue otorgada en el verano del año 1961, le llegaba cuando ya estaba enfermo y a tres años de su fallecimiento.

En este segundo anexo se rescatan una serie de cartas de enorme interés para entender la trayectoria de José del Río. Algunas están escritas directamente por Pick, como siempre a máquina, con correcciones de su puño y letra y firmadas por él. También se aportan documentos sobre los homenajes y especialmente una publicación realizada por sus compañeros y que sirvió como un último tributo al periodista infatigable.

## Anexo 2

1.-Programa/menú realizado por el Ateneo de Santander con motivo del almuerzo organizado como homenaje a Pick el 9 de septiembre de 1961. Como elemento sobresaliente contiene un poema escrito especialmente para la ocasión por Gerardo Diego, amigo y compañero en la Junta del Ateneo. A modo de curiosidad incluye también el menú que se degustó en esa jornada.

*(Páginas 419 a 422).*

2.- Con motivo del galardón de PERIODISTA DE HONOR el grupo que promovió el homenaje editó un número del periódico La Atalaya –Un diario que había desaparecido en el año 1927- y en el cual Pick se inició como periodista y que llegó a dirigir.

Con formato sábana y reproduciendo la cabecera original, recoge en sus cuatro páginas una serie de colaboraciones firmadas por intelectuales de tanta categoría como José María de Cossío, Dionisio Gamallo Fierros, José Simón Cabarga y también algunos artículos del propio José del Río y algunos de sus poemas. Se completa con una foto/caricatura realizada en el año 1946 por el dibujante Lledías.

*(Páginas 423 a 426).*

3.- José Luis del Río, hijo de Pick, escribe a José Simón Cabarga el día 14 de marzo de 1967 para comentarle la muerte del escultor Villalobos que es el autor de la estatua en bronce ubicada en Santander en la Avenida de Reina Victoria. Una misiva que demuestra el afecto de la familia hacia el grupo de amigos e intelectuales que promovió el homenaje de 1961.

*(Páginas 427 y 428).*

4.- José Simón Cabarga periodista e historiador de la prensa de Cantabria, publicó en el diario “Alerta” dos artículos bajo el título “Pick en su marco santanderino” que reflejan muy bien la figura del periodista. Precisamente a esta publicación se refiere su hijo en la carta citada anteriormente (3).

*(Páginas 429 y 430).*

5.- José del Río escribe una carta a su colega y amigo Simón Cabarga el 28 de diciembre de 1955. No es una inocentada, sino un texto que muestra con transparencia el carácter amable, educado y amical de Pick. En la carta se disculpa por haberla traspapelado y se queja de su mala memoria. La firma es autógrafa.

*(Páginas 431 y 432).*

6.- Esta carta de Joaquín Arrarás –periodista que fue una de las plumas más elogiadas y mimadas del régimen franquista- es realmente dramática. En ella Arrarás –que fue director de El Diario Montañés y tuvo mucho trato con José del Río- describe la dramática situación del viejo periodista asediado por una precaria situación económica, viviendo de trabajos que le proporcionaban sus amigos y con una enfermedad grave. Arrarás le pide a Simón Cabarga que interceda ante las autoridades de Santander para que presten auxilio económico y sanitario a Pick. la carta está fechada en Madrid 21 de octubre del año 1956.

*(Páginas 433 y 434).*

7.- El 10 de diciembre de 1960, José del Río escribe una larga misiva (cuatro cuartillas) a su colega y amigo José Simón Cabarga. Es un documento esencial para entender la amargura del ya viejo periodista que se siente preterido en su propia tierra. Es un grito de angustia. En esa carta, tras una introducción con un tema banal, Pick expone a su amigo “el ofensivo olvido en que me tiene la Asocia-



ción de la Prensa de esa, que yo contribuí a formar, de cuyas Juntas Directivas formé constantemente parte y a la que representé en asambleas nacionales”. La carta termina con la queja de que en otras provincias periodistas con menos méritos que él han sido distinguidos con el nombramiento de periodistas de honor y él sigue en el olvido. Estas palabras ponen en marcha un movimiento que desembocó en el nombramiento de Periodista de Honor y en el homenaje que le rindió el Ateneo con tal motivo. (Páginas 435 a 438).

8.- Esta carta la dirige Pick a su amigo Simón Cabarga para confirmarle que le envía el carné de periodista y ya sospecha que esa petición es el inicio del proceso que culminará con su distinción como Periodista de Honor. La carta está fechada el 24 de enero de 1961 y es, evidentemente, una respuesta a la del 10 de diciembre de 1960 anteriormente reseñada. (Página 439).

9.- Simón Cabarga atiende la petición de José del Río y activa el mecanismo para se le conceda el título de Periodista de Honor con esta carta, fechada el 25 de enero del año 1961, que dirige a Juna General de la Asociación de la Prensa de Santander, que termino con éxito. (Página 440).

10 y 11.- Simón Cabarga trabaja con intensidad en el nombramiento de Del Río como Periodista de Honor y para ello escribe a Manuel Aznar, director del diario “La Vanguardia” el 12 de diciembre de 1960. En la carta expone su intención y solicita de Aznar su opinión y apoyo a la propuesta, que debe ser aprobada en Madrid. La respuesta de Aznar (11) es positiva e inmediata. Así el 23 de diciembre expresa su “incondicional apoyo” a la propuesta de otorgar la distinción a José del Río. En una

postdata manuscrita indica que escribirá a Cossío para que se una a la petición.  
(*Páginas 441 y 442*).

12.- El 12 de diciembre de 1960, el mismo día que escribe a Aznar, Simón Cabarga envía una carta a José María de Cossío. Expone, con buen juicio, que antes de elevar la petición de honores para José del Río quiere cerciorarse de que tendrá el suficiente apoyo “pues resultaría francamente catastrófico un traspies”.  
(*Página 443*).

13.- Una vez puesto en marcha proceso de la concesión del título de Periodista de Honor a José del Río, Simón Cabarga recaba ya oficialmente los apoyos para que en la Federación de Asociaciones de la Prensa se apruebe la petición hecha desde Santander. El 15v de mayo, Manuel Aznar responde explicando que ya no tiene cargo de la Federación. Se adhiere “de todo corazón” a la petición y explica que pide a Antonio Martínez Tomás, presidente de la Asociación de Barcelona, que apoye la propuesta. La carta dirigida a Simón Cabarga se fecha el 15 de mayo de 1961.  
(*Página 444*).

14.- El día 29 de mayo de 1961, con el proceso para el homenaje a Pick ya en marcha, José del Río responde a Simón Cabarga para darle cuenta del envío de unas cuartillas que le pidió su colega y para agradecer la gestión que culminó con el nombramiento de Periodista de Honor. También cuenta Pcik si delicada situación de salud.  
(*Páginas 445 y 446*).

15.- Una carta enviada por Del Río a Simón Cabarga, mucho antes de la relación para el homenaje a Pick, concretamente el 25 de noviembre de 1954 hace referencia a dos asuntos interesantes. El primero el propósito, consigui-

do, por Del Río de terminar una novela que tiene a medio escribir y que bautizó con el título de “El capitancito”, novela que quedó inédita y que finalmente fue publicada por la Universidad de Cantabria en el año 1998. Este libro tiene un excelente prólogo del novelista y periodista santanderino Jesús Pardo. El otro asunto que trata la misiva es la felicitación a Simón Cabarga por su libro “Biografía de una ciudad”, referida a Santander.  
(Página 447).



ALMUERZO ÍNTIMO QUE EL  
ATENEIO DE SANTANDER OFRECE A  
D. JOSÉ DEL RÍO SAINZ  
CON OCASIÓN DE SU NOMBRAMIENTO DE  
PERIODISTA DE HONOR

Sr. Presidente de la Sección de Literatura

## A. JOSÉ DEL RÍO

*Él era ya un piloto y yo —mi primer viaje—  
un polizón grumete que su aventura ensaya,  
saltando a su patache, gloria del cabotaje.  
El patache era anfibio de nombre: La Atalaya.*

*Le botaron al agua unos meses tan sólo  
antes de aquel noviembre del Cabo Machichaco.  
Del muelle Anaos hubiéramos navegado hasta el polo  
o a las costas del trópico que huelen a tabaco.*

*Ya estaba un poco vieja la obra viva del casco  
cuando mis pies desnudos pisaron el baldeo.  
Más dejando a la popa el faro y su peñasco,  
la primera palabra del buen piloto es creo.*

*Y a capitán le izaron. Subió al puente de mando  
a la vez que al del otro juguete, al de la draga.  
Y entre arenas fangosas iba descabezando  
sueños que el mar acuna y que la musa halaga.*

*Y un día —yo alejado en la costa de Asturias—  
el capitán mi amigo me cifró su mensaje:  
—Vía de agua. Atalaya no resiste a las furias.  
Ven a hundirla solemne frente al patrio paisaje.*

*Y brindé mi Hasta siempre. Capitán, son eternas  
las glorias de la estirpe. Reales astilleros  
bullen de calafates que templan las cuadernas  
de los nuevos indómitos, impacientes veleros.*

*«Oh, capitán, mi capitán», como el barbudo  
Walt Whitman le cantaba al viejo presidente.  
Aquí estás con nosotros. ¿Lo ves? Salvarse pudo  
el diario y la brújula. ¡Mi capitán, presente!*

*Jubilados del puente, ahora colaboramos.  
pasajeros de hamaca en mansos balanceos.  
Qué dulce ver horrarse según nos alejamos  
el muelle de los íntimos, solitarios paseos.*

*Borrarse de los ojos tras un velo de brumas,  
mas no del corazón que de olvidos no sabe.  
Dondequiera a la amura brinque un ramo de espumas,  
a Cantabria nos suena y a Santander nos sabe.*

*Mira, José del Río, toda esta tropa tuya.  
Ni uno de tus fieles faltó a la cita honrosa.  
Dos cabezas sin cuerpo gritaban: la una, ¡Apuya!  
la otra, ¡La Atalaya!, nieta y milagrosa.*

GERARDO DIEGO



MINUTA

Melón con jamón

Entremeses

Revuelto de champiñón

Marmita de bonito

Mantecado

Vinos

Café

9 de septiembre de 1961





REBAACON Y ADMON.  
San Francisco, núm. 23

TELÉFONO 20-33

# LA ATALAYA

EN EL HOMENAJE  
A "PICK"

NUMERO UNICO

Último April 24, 1931-1931

Santander, 30 de agosto 1931

DÍA DE LOS SANTOS PATRONOS EMETERIO Y CELEDONIO

Precio: UNA PESETA

## Esta es la bella época santanderina

La guerra europea nos ha traído millonarios  
aquejados de "spiten"

LOS TRES PILARES DE LA OBRA DE M. MARQUET

Los tres pilares de la obra de M. Marquet son: el estudio de la historia, el estudio de la literatura y el estudio de la vida. El estudio de la historia es el más importante, porque es el que nos permite conocer el pasado y comprender el presente. El estudio de la literatura es el que nos permite conocer el alma de un pueblo y su evolución. El estudio de la vida es el que nos permite conocer el hombre y su conducta.

Hay una prueba que muestra que el estudio de la historia es el más importante. Es la prueba de que el estudio de la historia es el que nos permite conocer el pasado y comprender el presente.

## Editorial de circunstancias

En la España de hoy, el estudio de la historia es el más importante. Es la prueba de que el estudio de la historia es el que nos permite conocer el pasado y comprender el presente.

JOSÉ DEL RÍO SAINZ, POETA MONTAÑÉS



En la foto: el poeta José del Río Sainz, poeta montañés.

## AIRE DE LA CALLE

UN MELADRO DIARIO  
Ayer comencé por escribir un artículo sobre el aire de la calle. Es un tema que a todos nos interesa. El aire de la calle es el que nos rodea y el que nos afecta. Es el que nos da vida y el que nos da muerte.

## Los tres hijos del capitán

En un día de los tres hijos del capitán. Es un día que a todos nos interesa. Es el día que nos da vida y el que nos da muerte.

## Desde la Atalaya de Ribadeo a "La Atalaya" de Santander

El sendero, hoy ancho, y hoy estrecho. Es un sendero que a todos nos interesa. Es el sendero que nos da vida y el que nos da muerte.

## CRUZ ROJA ESPAÑOLA Espléndida fiesta de caridad

La Cruz Roja Española celebra una espléndida fiesta de caridad. Es una fiesta que a todos nos interesa. Es la fiesta que nos da vida y el que nos da muerte.

## BALOMPI Españolicemos las reseñas

El balón españolicemos las reseñas. Es un balón que a todos nos interesa. Es el balón que nos da vida y el que nos da muerte.

## La "Nautilis" hace su último viaje

La "Nautilis" hace su último viaje. Es un viaje que a todos nos interesa. Es el viaje que nos da vida y el que nos da muerte.



JOSÉ DEL RÍO SAINZ, POETA MONTAÑÉS

## LA BIBLIOTECAS

IA ver si va a poder ser

Los libros son el alma de un pueblo. Es el alma que nos da vida y el que nos da muerte.

## A CANO de leer la ciudad de hoy

A Cano de leer la ciudad de hoy. Es una ciudad que a todos nos interesa. Es la ciudad que nos da vida y el que nos da muerte.

## El Ateneo de Santander - que con toda justicia cuenta entre los centros de honor del Ateneo de Santander

El Ateneo de Santander es un centro de honor. Es un centro que a todos nos interesa. Es el centro que nos da vida y el que nos da muerte.



## Esta es la bella época santanderina

[illegible]

La guerra que se está librando en España, y que se prolonga ya en su octavo año, es la guerra más sangrienta que se haya conocido en Europa. Los combates que se realizan en el campo de batalla, y que se prolongan ya en su octavo año, son los más sangrientos que se hayan conocido en Europa. Los combates que se realizan en el campo de batalla, y que se prolongan ya en su octavo año, son los más sangrientos que se hayan conocido en Europa.

[illegible]

## ESPLENDIDA FIESTA DE CARIDAD

[illegible][illegible][illegible][illegible][illegible][illegible][illegible]

Tincoz (Ippolyte y Ana Maria, Cagigal) terminan el honor de fotografía. La sobrina  
de él retrata espléndidamente. Fue  
magnífica.

Después asistieron a la Tecla el príncipe  
Rupprecht con sus bellísimas hijas.  
En el salón de música se dio la quinta al  
señor Dragan Esselstein, ingeniero, con  
sus queridos, también alud de música  
clásica.

Como regalo de despedida asistieron a la  
misma Tecla, con paga su querido hijo  
con su familia, los cinco primos.  
La recepción asistió a 1.500 personas.

Es así, según se veían, sin poder resistir la omnipotencia del fuego elemental de las bombas y las bombas aéreas, destruyéndose a sí mismas, volando y derrocándose. Los primeros fueron los alambicados, cuando se les dio fuego a las cisternas, al salir de la salida del señor Joppa, y se quemó el edificio, dando muerte a todos y reduciendo a cenizas con ellos a todos los de las. Fue así en la noche, aquellos se hundieron, alambicados alambicados los gases.

¡Comprenderán ahora la razón de que le fuere de tanta manera bastante descomulgadamente entre los católicos! Sin que ninguno pueda prohibir el fuego de las ma-

Yo, en calidad de la abadesa, desde el cercano interior, de la India y Guaypura. Como plátano y de melancolía. Enigma, tal vez, a este verso. Llevo, sólo, de todo, el momento. *¡esperanza en la noche y sostenida en el silencio profundo!* "El momento" de compromiso, marcado a la redondez por las palabras, como el mejor perfilado, de un árbol, en el campo de la vida. "El momento" de la vida, en el campo de la vida.

crónica de «El Pueblo Cantabro».

[illegible]

...la familia y si de la Patria.  
...que en la actualidad de los  
...del sistema de Depresión.  
...la revista en un cuantitativo muy  
...puede el intento callificar de falta,  
...que que abordecir las cuestiones de  
...de la literatura de la época.  
...creemos de equivalencias de las voces  
...y basta leer las crónicas de la  
...de la literatura de la época.  
...canciones de él. Los ilustrados  
...que a los que me referiré en  
...idea de las propósitos del trabajo.  
...traducir lo que los impresos dicen  
...de la literatura de la época.  
...un largo y complicado libro, «aportando  
...de la ley de Junco. Como se ve,  
...de la literatura de la época.  
...el ilustrado «Pere Antonia», en  
...academia Española no se ha  
...de la literatura de la época.  
...del artículo de Fernando de Cevallos,  
...de la literatura de la época.  
...la lengua. Y ya que no puede  
...conocer solo, es no ocurre nada, que  
...de la literatura de la época.  
...«Malding, Trenchard en Santander empuja  
...de la literatura de la época.  
...de la literatura de la época.  
...de la literatura de la época.

La "Nautilus" hace su último viaje

(Vine de la página 1.)

...un «hipper» del té, del «Corrick  
Chale», construido en Glasgow en 1885.  
Hasta 1932 no se puso en servicio en Ka-  
papa como tal buque-escaña, y luego  
sucedió a dar la vuelta al mundo al man-  
... y sus años enteros lejos de casa,  
y a veces no tuvieron junta...  
«Tengo un novio gineño  
e ignora cual es su nombre...»  
(Sanjander, 1923).

## Gimkana automobilista

(1 de septiembre de 1971)

**En la época de LA ATALAYA**

## Monte de Piedad de Alfonso XIII y Caja de Ahorros de Santander

## Caja de Ahorros de Santander

Por tanto,

**Siempre de Santander y para Santander**

### Un submarino alemán entra en el puerto

A las cinco y media de la mañana del día 24 de mayo de 1918, aparece ante el puerto y cruza por delante de Mousu, un submarino alemán. Europa está en guerra. El sumergible del V. 260, en su bahía, y le llama el práctico don Nicasio.

Antes que se le llevara a la torre de la casa real «Gordón» la investigación de los hechos, según el derecho internacional, se realizó con las debidas formalidades. A bordo del submarino subyugoslavo de Marina, la oficialidad tripulante quedó a cargo del cónsul de Hungría en Belgrado. El comandante Herman Mupce, que llevaba tres días con las motrices averiadas, dijo que no podía sumergirse, y se vio obligado de ser apresado, en estas circunstancias, por los buques de guerra aliados.





## DIALOGOS DE HOY

de haber  
la embale-  
apremian-  
nt, una dr-  
degratati-  
ecula Pedro  
grán más  
predico con  
e lo le ha-  
... el caso  
... de  
a guisa de  
verosa, pie-  
a propia y  
i. Uno en-  
ardo, en las  
nuevas es-  
ta a una,  
era el libro  
ger la sel-

\* Se inaugura el Teatro Pereda  
Cose en escena «El Alcalde de Zalamea»

re a una  
 ore di libro  
 ger le con-  
 ciliazioni, Invece  
 re, las en-  
 may su-  
 ya pudes  
 re psalmon  
  
 tal supe,  
 dar a her  
 ompalagosa  
 tengu en  
  
 zi Gracias.  
 rterreida.  
 Ind dila-

Por la dama de sus

...a un abba-  
...stina gar-  
...e, due po-  
...le «La Fi-  
...la berna-  
...na. no.

Nana en la calle actual, de urbe moderna. Nobles y miserables.

...idad, al  
 ...er dase-  
 ...muyen-  
 ..., har dije  
 ... Era tan  
 ...storia que  
 ...as delos  
 ...ena de  
 ...acuras y  
 ...el Pío,  
 ...uy gran  
 ...inda con  
 ...un heñi-  
 ...o alodia  
 ...edad que

...tados, lo-  
 ...Caxoa de

...e Rute:

agarrón  
 torpa mal  
 achaca los  
 sei  
 nt del filo  
 ant articu-  
 in poco de  
 y soy de  
 la de esta  
 nica infu-  
 le de pue-  
 a si talu-  
 na deta-  
 lada.  
 del capi-  
 do los la-  
 si miras  
 Escenajes  
 atra oipa  
 ciera para  
 cernañosa  
 Fernández

[illegible]

EL REPRESENTANTE PROVINCIAL  
DE  
TABACALERA, S. A.  
ALICANTE  
PARTICULAR

14-3-67

FELIPE HERRERO, 2  
TELÉFONO 23 07 60

L. D. José Simón Cabarga

Mi querido amigo:

No quiero que te falte en tu doméstica mi afectuosa felicitación con el deseo de que te veas rodeado de toda la prole.

Acabo de recibir "Alerta" y me ha impresionado la inesperada muerte de Villalobos. No sabía nada de su rápida enfermedad. Precisamente ayer le escribí con motivo de su santo y de una



3

visita que hice a Orizuela. tierra de Miguel  
Hernandez, poeta al que Pepe admiraba.  
La carta, toda ella estaba escrita en tono de  
broma, sin imaginarme que ya estaba  
muerto. Hoy pongo un telegrama a su  
mujer.

En fin, Pepe. que Dios nos conceda  
una vida larga si es para bien.

Saludos para todos los amigos  
y tu recibo un abrazo de



Jose Luis

JOSE LUIS DEL RIO SEITEN  
(HIJO DE "PICK")





4 DE NOVEMBRE DE 1951

-y II-

LOS «AIRES DE LA CALLE». — ITINERARIO LÍRICO DEL ANTIGUO SANTANDER. — CORONA DE MADRUGADAS Y MÚSICA DEL MAR.

Por JOSÉ SIMÓN CABARGA



José del Río Salas, poco más que un adolescente, recibe el homenaje de unos con-  
temporáneos de carrera adulta.

# SOTOLIVA

## Continúa regalando dinero entre sus consumidores

**Con 1.000 pesetas:**

Don Ramón Suárez, TANOS.  
Conversos: URM, Ramón Suárez TANOS.  
Doña María Fernández Gutiérrez. Calle Ancha. TORRE  
LAVEGA  
Conversos: URM, Los Amigos. TORRELAVEGA.

**Con 500 pesetas:**

Doña Trinidad Higuera. **BARREDA.**  
Compositor: Uiz. Jaime Lazo. **BARREDA.**  
Doña Obdulio Caxille Lila. **SAN CIPRIAN.** Doña la Mirna  
Compositor: Uiz. Marcolino Lila. **SAN CIPRIAN.**  
Doña Esther Lavie Gendarillas **LLANOS DE PENAGOS.**  
Compositor: Uiz. Gerardo Martinez. **PENAGOS.**  
Doña Carmen Roldán. **Barrio Cavañaga. TORRELAVERCA**  
Compositor: Uiz. Rodolfo R. Compositor. **TORRELAVERCA**

**Con 250 pesetas:**

Dada María Olga Alonso, RINCON DE VIELAGOS.  
Comercio: Ugo, Primitivo Alonso, CASTAÑEDA.  
Dada Paulette Góngora, COAGUE, 2.º, 2.ª, 2.ª, SANTANDER.  
Comercio: Ugo, José DÍAZ, 3.º, 2.ª, SANTANDER.  
Dada Clementina Gómez, PUENTEANNA.  
Comercio: Ugo, Antelmia del Pozo PUENTEANNA.  
Dada Jesús Matías Mesa, LIERGANEZ.  
Comercio: Ugo, Hermenegildo Rodríguez, LIERGANEZ.  
Dada Dolores Ceado de Alonso, Pástor Yorra, 3.ª TORRELA  
VEGA.  
Comercio: Ugo, los Antóns, TORRELAVEGA.

**¡Señora! Mire en el interior de los tapones de plástico de las botellas de aceite.**

# SOTOLIVA

**¡Puede encontrar PREMIOS  
de 250, 500, 1.000, 5.000  
y 20.000 PESETAS!**

**Pagaderas, entregando la contraseña,  
en ALAS, S. A. - Lealtad, 8 - Santander**

SOCIOLÓGICA:	CULTURAL:
1.01. Causa de ajuste.	7.20. Avances e información cultural.
1.02. Tendencia y aversión.	7.21. Las artes.
1.03. Expendición.	7.40. Círculo cultural.
1.04. Tendencia de la actualidad.	8.00. Incidencia para todos.
2.01. Felicidad.	8.30. Pilares de acero.
2.02. Puntos de vista.	8.50. Diversos animales.
3.00. Masacre "En tielchik".	9.00. Pelos.
3.01. Justicia para la mujer.	9.10. "Deficiente".
4.00. Curvatura.	9.40. Novena "Bay".
5.00. Despedida.	10.10. La música.
	10.45. Testamento.
INFANTIL:	11.05. Teletienda.
6.15. Causa de ajuste.	12.00. Programa del día siguiente.
	la despedida y cierre.

**E** s natural que un hombre ame. Del Rio, según el historiador y ensayista de la literatura de la época, es una mujer dando las lecciones de coeducación moral a los jóvenes de la época. Ella es una mujer que se preocupa por un hombre que ya en su juventud transgrede la sensibilidad, transgrede la moral, transgrede la ley, es natural que encuentre bien, hasta rebasar, de amor a la tierra, que este hombre se le entregue hasta la muerte.

En el relato de la elección de "La Atlántida" vemos a un hombre que se preocupa de "Pica" en vengancia de la

[illegible]

corredores y prodigioso impulso en sus elevadas montañas, el movimiento de pluma alborota y la Diputación provincial le consagra un salón para sus lecciones. Allí, "La Montaña, que se gloria de sus notables escritores y periodistas, recuerda cada año el día de su nacimiento, que honra a la provincia y la favorece con sus establecimientos científicos y literarios, en los que se difunde, en los que se cultiva la belleza de la forma, la brillantez de la imaginación y la extensa cultura."

Précisamente por eso, el poeta se siente atraído de las metáforas, echaba de menos aquellas antiguas imágenes que el lenguaje, enmendado a contramano en un "Etnográfico" de los años veinte, había perdido. Y así surgió la rifa de don Francisco de Quevedo

Esta rifa que fue:  
(Jopilla y a vicio)  
si al Agria de tres hijos  
los extravió  
se vende y compra, todo  
lo que queda  
en la cama. Lo que sigue  
de Querramos de la

Y el pesadillo rondante de los Aangus, donde

conservarse en novedosa  
formas como manera de llegar  
a la superación, pero tam-  
bién de defender contra  
cosa hasta la irritación de-  
mora. Por eso, José del Río  
aparece a veces con melancó-  
licas por un estilo pódico  
generalmente inconformista,  
de el cual el mundo se ha  
desentendido. María

OTRA VEZ

## SANTANDER...

«ITINERARIO  
LIBICO»



Madrid 28 diciembre 1955

Señor don Jose Simón Cabarga

Santander

Mi querido amigo : Haciendo un expurgo de papeles, como balance del final del año, me encuentro con una carta suya sin abrir desde hace varios meses. Es una en que ud me pedía noticias de un artículo publicado por mí en La <sup>Revista</sup> Altalaya . Sin ~~esa~~ esa carta se recibió en ocasión en que yo estaba en cama , a causa de una enfermedad que sufrí a poco de llegar a fines del verano de regreso de Santander. La correspondencia de esos días no me fue entregada, y se fue ~~amontonando~~ amontonando, y cuando al fin pude leerla, se conoce que su carta se traspapeló. En todo caso no he podido leerla hasta ahora . Aunque ya no tiene objeto el motivo que tuvo ud al dirigírmela no quiero dejar de darle estas explicaciones, para que ~~ya~~ no

5

atribuya a falta de cortesía y de amistad hacia ud mi silencio. Siento

muy vivamente lo sucedido, y le pido mil perdones por ello,

Quiero también enviarle a ud en estas líneas mis sinceros deseos de que el año próximo venga colmado de satisfacciones para ud.

Los datos que me pedía no hubiera podido darselos aunque hubiera leído su carta en tiempo oportuno, pues una de las cosas que me van fallando, al par de la vista, es la memoria, y me es imposible recordar

los artículos escritos hace años. Necesitaría tener las colecciones <sup>Mejor</sup> de los periódicos e irlos repasando día por día. Tenga ud en ~~esa~~ <sup>esta</sup> que sumarán millares los escritos míos en mas de treinta años de periodismo activo.

Salude ud en mi nombre a Cáceres y a los compañeros de Alerta y reciba un cordial saludo de

*Francisco Sáiz*



Castelló, 106



Madrid, 1 de Octubre. 1956.

D. José Simón Cabarga.  
Redactor de "Alerta".  
Santander.

Querido "Apeles": Recibí su muy amable del 3 de septiembre y espero los libros que me anuncia, porque sigo todas sus cosas, a pesar de nuestra incomunicación.

Ahora le escribo para un asunto muy concreto: José del Río, el eterno náufrago, al que yo ayudo todo lo que puedo y a más, se halla en situación muy crítica, pues a sus constantes dificultades pecuniarias une ahora una salud muy precaria, agravada por un acceso de lepra que le exigirá intervención quirúrgica. El otro día -esta confidencia no debe trascender- hubo de proporcionarle el dinero para unas inyecciones recomendadas por el médico. Me temo que de no acudir pronto en auxilio del gran amigo y del ilustre santanderino, corra peligro la vida de éste. Yo he hecho y hago por él todo lo que puedo. Pero considero injusto que por parte de las Corporaciones de Santander y de sus innumerables amigos no se busque alguna fórmula para procurar al poeta y cantor de la Montaña la tranquilidad en los años finales de su vida, sosiego a que por tantos títulos es acreedor.

Sé cuánto estima Vd. a Del Río, y sé también su mucha influencia en Santander. Estoy seguro de que al escribir esta carta me comprende muy bien y no llamo a una puerta sorda.



6

Un fuerte abrazo de su buen amigo

*Joaquín*  
*Un abrazo!*

Firmado : Joaquín Arrarás.

Dña. las señas de Del Río San : Guzmán el Bueno 28, Madrid.

*Foré Fernández Blanco*  
*(Paisos)*  
*Grat. España. 14*

25-52-89

Nota

Hice algunas gestiones para ver el  
volver Van de Hill a la ciudad de Río  
entre ellos; no tiene de Pte. de in-  
diputación. A. Pien. Pien. Pien.  
no ven. ca. Pien. de subvención.  
A. Pien. de un nuevo Pien. por  
ejemplo, que se consideren en  
Luarica. Pien. "investigador" es ca.  
histórica. Pien. Pien. Pien. Pien.  
muy bien; Pien. Pien. Pien. Pien.  
el objeto. Pien. Pien. Pien. Pien. No lo sé si es Pien.

Madrid 10 de diciembre 1960

SEÑOR DON JOSE SIMON CABARGA

SANTANDER



Mi querido amigo y compañero : Le agradezco a ud profundamente su cariñosa carta, tan de buen compañero, que tuvo la atención de enviarme hace unos días a consecuencia de mi Apunte sobre Pozas

Los datos que usted me da sobre la obra de éste en Santander los archivo cuidadosamente, pues me serán útiles algún día,

Y a propósito porque no hace usted para la Antología de Aguilera, una "vida" del gran trasmerano? Es que no encajaría, ampliando el concepto de historiadores, a los que hicieron historia

con su vida, aunque no la escribieran? Porque Pozas, no hizo

solo casas sino que actuó en todos los sueños políticos

7

2/ y de gran aliento de Fernandez de los Rios, presfandole su apoyo. Como en el caso de la Union Iberica, repito que le agradezco a uste mucho que me recuerde en los terminos generosos que ~~usa~~ siempre lo hace. Ello me compensa con creces del ofensivo olvido, en que me tiene la Asociacion de Prensa de esa, que yo contribui a formar, de cuyas Junta Directivas forme constantemente parte <sup>32</sup> la que representé en asambleas nacionales. Fues bien. Esto voy a decirselo a ud <sup>en</sup> ~~en~~ confianza, y como un desahogo humano, que uste perdonara. Mientras todos los periodiztas viejos de mi edad o menos como los difuntos ~~perdidos~~ "Desperdicios" y <sup>"A la gloria"</sup> ~~superior~~ fueron recordados antes de morir por las Asociaciones de la Prensa de sus pueblos, fue pidiendo obtuve para ellos el titulo de periodistas de honor, yo no he conseguido que en e me recuerde mas que algun buen amigo como uste. No alego para quejarme otros titulos profesionales que mi antiguedad

en el tajo. No son cincuenta años los que llevo escribiendo sino que se acercan a los sesenta. En febrero, de este año, que acaba,

hebre en familia las bodas de oro de mi matrimonio. Con este motivo me escribieron conmovedoras cartas compañeros de <sup>disfrutar por muchos años</sup> ~~camisa~~ Ortiz de Villajos y de otras partes. <sup>de</sup> ero la Asociación de Santader, no quiso enterarse de

que lo cincuenta años de mi vida matrimonial, representaban ~~mucho~~ mucho mas tiempo de periodismo activo, pues al cambiar de estado, era periodista profesional, desde hacia mucho.

Se que el ser viejo no es un titulo aunque a otros se les haya estimado por tal. Pero aunque sea immodestia, puedo decir que otros no me han faltado. Mi nombre y mi obra estan recogidas en resumen, en Diccionarios, Historias y Antologias, algunas extranjeras. Se me ha reproducido, comentado en centenas

de articulos y estudios. He obtenido galardones academicos. He sostenido ruidosas campañas. Como usted comprendera





ser o no periodista de honor, me importa ya muy poco, en el fin de mi vida terrenal que no puede tardar. Pero si me duele, que salvo usted y algún otro, sea en mi tierra, donde se proceda conmigo, como si en mi vida solo hubiera escrito tarjetas postales.

Hace tiempo quería desahogarme con algún amigo de los pocos que me quedan, y a los que quiero, y la generosa carta de usted me ha servido de válvula de escape.

Lea esto, olvídalo y rompa la carta, y reciba un fuerte abrazo de su agradecido comp lero.

*José de Río Sáenz*  
*¡Y Felices Pascuas!*

PRENSA CASTELLANA

SOCIEDAD ANONIMA

MADRID, 24 de enero de 1961

REDACCION

INFORMACIONES

DIARIO DE LA NOCHE

San Roque, 7

Teléfono 2283 85

Dirección Postal: Apartado 443

Sr. D. José Simón Cabarga  
SANTANDER

Mi querido amigo:

A vuelta de correo como usted me pide le envío la reseña de mi carnet de periodista del Registro Oficial. Está expedido el 14 de septiembre de 1951 y firmado por el Director General de Prensa Juan Aparicio. Su número es el 410 y es el se me reconoce como periodista en activo.

Aunque ignoro lo que usted ignora, se lo agradezco emocionadamente lo mismo que los términos cariñosos de su carta. Sin tiempo para añadir más a fin de no perder el correo, le abraza cordialmente,

f./ José del Río Sáiz.



*Jose del Rio Saiz*



ES COPIA



A LA JUNTA GENERAL DE LA ASOCIACION  
DE LA PRENSA DIARIA

Estimo que ha llegado el momento de reparar la falta en que por omisión está cayendo nuestra Asociación: un olvido injusto que, por involuntario, puede ser salvado honrosamente, a la vez que nos honraremos como periodistas y como santanderinos. Me refiero a ~~la~~ nuestra pasiva actitud ante un ilustre compañero, raro ejemplo de amor apasionado por la profesión; tenaz, consecuente, de brillante labor reconocida por todos: don José del Río Sainz. Son cerca de sesenta años los que el señor del Río lleva consagrados con singular privilegio a la profesión, y puede afirmarse que superándose cada nuevo día en su admirable labor, al extremo de que en esta última etapa cosecha éxitos en cada jornada desde las columnas del diario "Informaciones", de Madrid, y en sus colaboraciones en no pocas publicaciones españolas.

Infligiría un agravio a todos mis compañeros si pretendiese recordarles el "curriculum vitae" de tan extraordinario periodista, paisano nuestro; pero bueno será recordar que él fué uno de los fundadores de nuestra Asociación, a la que muy digna y eficazmente representó en no pocos Congresos y Asambleas, y por quien las cosas de nuestra ciudad y provincia han tenido repercusión nacional. Nombre esclarecido, citado con junto elogio ponderativo, junto a su obra, en Diccionarios, Historias y Antologías, no necesita, es cierto, de nuestras particulares incitaciones para que se le reconozca y distinga en la justa proporción de sus méritos; pero sí solicitar de nuestras jerarquías profesionales una particular atención que sea un premio a una vida que en cada hora encuentra nuevos motivos para encenderse en entusiasmos, señalando caminos ejemplares de abnegación a cuyo término, el periodista suele encontrar no más que la satisfacción de haber servido a una vocación alumbrada por un pálido resplandor de discutida gloria.

En virtud de lo expuesto, me permito someter a la consideración de mis compañeros, se tome en consideración solicitar de la Superioridad, por el conducto reglamentario, sea declarado "Periodista de Honor", don José del Río Sainz.

Santander, 25 de enero de 1961.

Firmado-José Simón Cabarga-

*Manuel Annar Zubizaray*  
*Director de "La Vanguardia"*

Barcelona, 23 diciembre 1960

Sr. Don José Simón Cabarga  
 c/ San Francisco, 2  
 SANTANDER

Distinguido amigo y compañero :

En respuesta a su carta 12 de diciembre que acabo de leer, por usted se dirigió a Madrid encontrándome yo en Barcelona, tengo el gusto de decirle que puede contar conmigo incondicionalmente para apoyar la propuesta de que sea declarado Periodista de Honor D. JOSE DEL RIO SAINZ. No hacemos con ello casi nada en obsequio de tan notable escritor y poeta. Estimo que todos los demás miembros de la Federación se unirán a ustedes . Pero desde luego yo me considero unido ya.

Reciba un saludo cordial de su amigo,

*Manuel Annar*



*Tambien escribi a Don José  
 Maria de Cossio, y ruego que  
 tambien teneis en cuenta la  
 propuesta*

JOSE SIMON CABARGA



Santander  
12 diciembre 1960.

Excmo. Sr. don Manuel Aznar.  
Madrid.

Muy distinguido señor e ilustre compañero:  
A título de periodista profesional desde el año 1926, me permito importunarle con un ruego que, por su carácter, seguramente encontrará Vd. justificado. Me propongo pedir a la Asociación de la Prensa Diaria santanderina, de la que formo parte, que tome en consideración la propuesta cuya copia le envío adjunto. Considero que hay motivos suficientes para no creer sea efecto apasionado hacia el admirado compañero. Don José del Río Sainz merece, a mi juicio, esa distinción.

Pero antes de hacer la propuesta a la Asociación, en la Junta General que tendremos días antes de la fiesta patronal de San Francisco de Sales - hacia el 25 de enero próximo-, quisiera saber si en Madrid encontraría clima y apoyo, pues resultaría doloroso para el señor Del Río Sainz que la petición de sus compañeros hallase dificultades de un orden que no se me alcanza.

Vd. conoce bien al Sr Del Río, creo que es un buen amigo suyo y desde luego conoce su labor denodada y entusiasta, hoy más entusiasta, bella y trascendente que cuando hacía periodismo en su rincón provinciano.

Me atrevo, pues a solicitar su opinión: ¿Cree usted que la petición, formulada en regla, por la Asociación, llegaría a buen puerto? ¿Encontraría apoyo en la Federación?

Una respuesta sincera es el favor que a Vd. pido, para, en caso afirmativo, no vacilar en presentar la propuesta a mis compañeros y en consecuencia, que ésta siguiera el trámite reglamentario.

Muy agradecido, y rogándole de nuevo disculpa, me es muy grato reiterarme de Vd. con toda devoción y afecto,

-José Simón Cabarga-

Vd. me desconocerá, seguramente; pero me permito recordarle que allá, por los años cuarenta, tuve el placer de entrevistarle para "Alerta", en el Hotel Real, para preguntarle cómo hacía Vd. sus admirables crónicas de guerra.

JOSE SIMON CABARGA



12 de diciembre 1960.

Querido José María:

Con esta misma fecha he escrito a don Manuel Aznar pidiéndole su opinión sobre la propuesta que he pensado elevar a la Junta General de la Asociación de la Prensa santanderina, en favor de nuestro común y admirado José del Río Sainz.

Esa consulta al Sr Aznar la hago para tener la seguridad de que no habría de caer en el vacío al ser elevada oficialmente a Madrid, pues resultaría francamente catastrófico, un traspiés. Creo que es lo más cauto y prudente. Nada he dicho a Del Río, ni quisiera que lo supiese, aunque tuviésemos éxito. En todo caso sería para él una satisfacción que le compensaría de muchos sinsabores.

Y claro está, quiero, amparándome en la confianza que me has otorgado, preguntártelo a tí, también. ¿Crees que sería oportuno?

Si lo encontrases justo, a tí, que nada te niegan, le oirían y tu autoridad podría hacer mucho en el sentido positivo que esperamos.

Se me ocurre que si tienes suficiente confianza para ello con don Manuel Aznar, le preguntases algo sobre el particular. Y ya, también, saber la opinión de don Luis Calvo, por si llegado el momento fuese necesario acudir a él.

Sé que tratándose de José del Río tomarás con todo interés esta cuestión.

De tener las probabilidades de éxito que merece la iniciativa, ésta no sería presentada a la Asociación hasta su próxima Junta General, que se celebrará alrededor del día 25 de enero próximo.

Cuando puedas, ponme dos letras, y te quedará muy reconocido tu siempre buen amigo, que te admira y envía un fuerte abrazo,

Vayan por anticipado mis felicitaciones de Pascuas. Y un año 1961 tan prolífico como este.

13

*Manuel Sainza Zubizaray*  
Director de "La Vanguardia"

Barcelona, 15 mayo 1961

Sr. Don José Simón Cabarga  
Presidente de la Asociación de la Prensa  
S A N T A N D E R



Mi distinguido amigo y compañero :

Contesto con mucho gusto a su carta del 13 de mayo, a propósito del nombramiento de Periodista de Honor en la persona de D. JOSE DEL RIO SAINZ.

Yo me adhiero de todo corazón a ello. Lo que sucede es que ya no tengo que ver absolutamente nada con la Federación de Asociaciones de la Prensa, porque habiendo renunciado a la Presidencia de Madrid, viene como consecuencia la renuncia a la Federación.

A D. ANTONIO MARTINEZ TOMAS, Presidente de la de Barcelona, que ha de ir a Huelva, le recomendaré con todo cariño la candidatura del Sr. del Rio Sainz.

Un afectuoso saludo de su afectísimo,

*Manuel Sainza*  
P.D. - (Cabe a título de Director de la Vanguardia)  
en favor de D. Rio Sainz

PRENSA CASTELLANA

SOCIEDAD ANONIMA

MADRID, 29 de mayo de 1961.

REDACCION

*Se refiere a la certificación que  
mire y puede llevarse a  
buen puerto, para que el*  
INFORMACIONES  
DIARIO DE LA NOCHE

San Roque, 7

Teléfono 223385

Dirección Postal: Apartado 443

*concederán el título de  
"Periodista de Honor"*

*JPL*

Sr. D. José Simón Caharga  
SANTANDER

Mi querido amigo y tocayo:

Le contesto a vuelta de correo. Ante todo mil gracias por su esmerada y por su gestión es pro de la propuesta en favor mío, que si llega a buen puerto, a usted se le debe, ~~pero usted es que lo ha hecho todo por un interés y un entusiasmo reveladores de su generosidad y su compañerismo.~~ Mil gracias compañero y amigo.

He tratado de hacer las cuartillas que usted me pedía y que le adjunto. Como el tiempo apremia y yo no me encuentro en condiciones de hacer nada serio pues como usted sabe estoy pasando un mal momento, lo repuesto en un grado de arrechucho, y se espera de una operación imprescindible, lo que he escrito me ha salido un curro. Vea usted y ~~conteste~~ si no lo estima de recibo, rompa las cuartillas y a otra cosa.

Escribí a Parada dándole las gracias también. Lo que resulte definitivo me importa poco. Lo que para mí tiene un valor emocional, superior a todo lo que resulte



es el testimonio de simpatía que me han dado mis compañeros.  
Reciba usted un abrazo muy fuerte,

*José del Río Sáinz*

f./ José del Río Sáinz.

Madrid 15 noviembre 1954

Señor don Jose Simon Cabarga .

Santander . . .



Querido amigo ; He recibido y leído de un solo tirón su magnífica biografía de una ciudad, que por todos conceptos, tanto por la parte material de la edición, como por la literaria y erudita es un libro de primer orden. Un verdadero acierto en todos los sentidos . Por todo ello le envío mi mas cordial enhorabuena .

Esa historia ~~no~~ hacia, mucha falta, pues de la ciudad antigua solo habia, como ud sabe, la crónica de Manuel de Assas, y la parte que Amos de Escalante dedica en Costas y Montañas a la vieja puebla, y de la parte que pudieramos llamar moderna, es decir al enlace del sigl XVIII con nuestros dias, no existia nada. Al hacer ud esa historia ha prestado un gran servicio a Santander . Aunque desarraigado, ~~se~~ sigue interesandome mi pueblo. Hace dias

, repasando papeles viejos, he encontrado las cuartillas de una novela que sobre el Santander de principios de siglo y la vida en los barcos de mineral, empecé a escribir hace mucho, antes de 1936, sin que hubiera vuelto a ocuparme luego de ello. Leyéndolo ahora, me ha parecido que podía tener interés y me he decidido a terminarla, pues está a falta de dos o tres capítulos. Si lo consigo, de lo que no respondo, pues cada vez me encuentro con menos ánimo y fuerzas, haría una escapada a Santander, para leerselo a ud y a otros amigos y saber su ~~opinion~~ opinión.

En fin este es un propósito que como otros quizás no pase de tal.  
Repito mi enhorabuena y le saluda con todo afecto

*José de los Ríos*  
Saluda en mi nombre a Cáceres  
y demás amigos.

## **CAPÍTULO 15**

## **BIOGRAFÍA EN AGRAZ**

### **15.1 “Pick” visto por sus compañeros**

Un documento de indudable valor, que se conserva en el archivo del Centro de Estudios Montañeses, está compuesto por doce cuartillas que relatan muy bien la vida de Pick, aunque siempre desde un ángulo de los políticamente correcto.

Este texto no está firmado, contiene manuscritas las instrucciones para la imprenta (ladillo, componer a 2 columnas) y es una semblanza cariñosa y atinada sobre la figura periodística y poética de Pick. Se trata, pues, de una biografía sintetizada y en agraz, tomando el sentido primero que le otorga la RAE a este vocablo, el de algo que aun no está maduro, o dicho de otra forma que aun está verde.

Pero si bien esta docena de cuartillas no es, ni puede ser, la biografía de José del Río si supone un testimonio cercano en el tiempo que conserva la frescura de quien relata lo que ha conocido.

El texto fue escrito por redactores de “La Voz de Canta-



bria” en la que Pick seguía colaborando pero cuando ya había dejado la dirección del periódico.

El alejamiento de José del Río de la dirección de “La Voz de Cantabria” no supuso, en absoluto, que dejara de escribir e influir en Santander. Simplemente José del Río entendió que el cambio político y sociológico demandaba un director que modernizara el periódico, mientras el seguía siendo el referente diario con su columna “Aire de la calle”.

En este texto se sobrevuela sobre la etapa de ostracismo de Pick, no aparece referencia alguna a la depuración que supuso lo reponerle como capitán de la draga o al menos reconocer sus derechos como empleado de la Junta de Obras del Puerto. Pero sí contiene elementos de interés y confirma la necesidad que existe de escribir y editar una biografía completa de José del Río, una biografía que ahora, con la distancia precisa, pueda reflejar en toda su intensidad tanto el talento literario y lírico, como su trabajo periodístico y, especialmente, reflejar de manera imparcial lo que fue su vida.

## **15.2 Una biografía necesaria**

La certeza de que es necesario cubrir el vacío histórico, que supone no contar con una biografía detallada y objetiva de la vida de Pick, queda perfectamente claro cuando se revisa su obra. Es evidente que durante el régimen de Franco su figura quedó entre dos aguas, escondida y aletargada y que tras su muerte recibió el homenaje del Ateneo y de los santanderinos pero que nunca se ha abordado la tarea de contar con detalle la vida de Pick.

En estas cuartillas, que se reproducen a continuación, es interesante reproducir los dos últimos párrafos:

“En realidad, es un atrevimiento encararse con una figura como la de José del Río, tan cuajada de episodios, de anécdotas, de obra. Vamos, pues, a hacer punto final en estos apuntes, exhumando, como una de las más certeras definiciones que sobre el “Pick” periodista se han escrito, la de un artículo de “El Día Gráfico”, de Barcelona, hizo otro gran periodista Marino Aguilar, que se ocultaba tras el pseudónimo “Domingo Fuenmayor” : “Pick ha reivindicado los prestigios del artículo de fondo que eran el periodismo del siglo XIX y fueron ahora arrumbados por el reportaje. Si bien los fondos del gran periodista, unen a las virtudes de la crónica doctrinal, aquellas del reportaje que radican en la vibración, agilidad y actualidad palpitante del género reporteril”.

Este documento supone llegar a un relato próximo en el tiempo a los hechos y, por tanto, más pegado a la realidad y la objetividad. Son unas cuartillas que se deben tener en cuenta a la hora de reconstruir la peripecia vital de José del Río.

### **15.3 Cabos sueltos para la biografía**

La biografía completa y detallada de José del Río está aun por escribir. Su vida ha sido agitada y ha tenido tres etapas bien marcadas: La primera en su condición de marino mercante y capitán de barco, que concluye en el año 1903 cuando José del Río sufre un accidente mientras navegaba y la herida en una pierna le obliga a estar tierra barios meses. Tras la convalecencia quedó claro que su carrera como capitán de barco no tenía recorrido y sus incipientes colaboraciones en la prensa diario le llevaron a la redacción del diario “La Atalaya”.

José del Río, sin duda el mejor historiador de la prensa santanderina, cuenta de esta manera la incorporación de “Pick” a “La Atalaya”: “... Llamaron a un prestigioso literato santanderino, Eusebio Sierra, para la rectoría (de “La Atalaya”). Euse-

bio Sierra dio nuevo tono literario al periódico y fue él quien hizo una positiva adquisición llevándose junto sí a José del Río Sainz, cuando éste abandona sus navegaciones como capitán de barco e iniciaba su obra poética con el libro “La mar y los viajes”. Fue entonces cuando sin abandonar el periódico el carácter bohemio que le imprimía personalidad muy humana desde su fundación, entró de lleno e las formas modernas del periodismo” (1).

Simón Cabarga capta, de esta manera, la forma con la que José del Río entendía la profesión periodística cuando la veía tras muchos años de trabajo en la redacción: “Lo de ahora es la molicie y la voluptuosidad. –escribe “Pick”- Entonces se trabajaba sin descanso durante el día y la noche. Había que hacerlo todo apunta de pluma: el artículo de fondo, el ‘álbum poético’, la crítica de teatros, las sesiones del Ayuntamiento que entonces se hacía comentadas ; las de la Liga de Contribuyentes a las que había que asistir; las reseñas de toro, los crímenes y sucesos de la localidad y, para descanso, por las noches, las informaciones telegráficas que se recibían extrac-tadas y que había que hinchar desmesuradamente. El uso del revolver era una necesidad en muchos casos” (2).

Esta referencia al revolver tiene su origen en que el anterior director de “La Atalaya”, García Núñez, colocaba a diario una pistola sobre la mesa de trabajo y de esa guisa recibía a las visitas. Cuenta Simón Cabarga que “sucedió que cierto día una comisión de reclamantes acudió a pedirle cuentas de algo telegrafiado por él al “Imparcial”, cuya corresponsalía servía, y los comisionados fueron recibidos a tiros”.

#### **15.4 En “La Voz de Cantabria”**

El día 30 de agosto de 1927 sale a la calle el primer número del diario “La Voz de Cantabria”. Este periódico nace de la fusión

de “La Atalaya” y de “El Pueblo Cántabro”. En su presentación y como parte del ideario “La voz de Cantabria” se define como: “Recogemos al nacer a la vida, parte del espíritu de dos viejos periódicos que se dieron muerte voluntaria. De la ideología de estos dos periódicos procuraremos conservar lo que significaba alma y servicio a la región. Lo demás, que tuvo valor en su tiempo, pertenece a la historia y lo enterramos respetuosamente”.

El periodista José Simón Cabarga expone con pocas, pero con exactitud el papel de Del Río: “Se confió la dirección (de “La Voz de Cantabria”) a José del Río Sáinz y la jefatura de redacción a Antonio Morillas. El primero, apartándose tácitamente de su antigua línea combativa, se convirtió más en un colaborador literario que en elemento activo. Continuó escribiendo sus “Aires de la calle” y trazaba reportajes retrospectivos con el empaque y la agudeza de un brillante estilo. No pasó mucho tiempo sin que esta postura encajase definitivamente en su verdadera condición dentro del flamante periódico, y dejó la rectoría sucedido por Guillermo Arnáiz de paz que reunió en una sola mano la gerencia de la empresa editora y la dirección efectiva”. (3)

De facto, al alejarse de la presión y consumo de tiempo que conlleva la tarea de dirigir un diario, “Pick” tuvo más tiempo para marcar la tendencia de “La Voz de Cantabria” ya que su artículo diario solía publicarse en la portada y era ese texto lo que demandaban los lectores.

José del Río desde su columna y con la inspiración que su persona otorgaba al resto de los redactores fue siempre el alma de “La Voz de Cantabria” hasta que el periódico desapareció durante el periodo republicano durante la guerra civil y más tarde quedó absorbido por “El Diario Montañés”.

## 15. 5 Unos versos olvidados

La influencia de José del Río en la vida de Santander y su provincia se extendió durante años, porque bien como director, bien como articulista, su “Aires de la calle” tuvieron una impronta que marcaba el día a día de la comunidad.

Leopoldo Rodríguez Alcalde (4) en su libro de memorias “Miradas y situaciones” describe muy bien la figura de “Pick” en los años en los que ya la confrontación social era evidente: “Héroe de la vida literaria santanderina era José del Río Sáinz, el veterano director e “La Atalaya”, –escribe Rodríguez Alcalde– cuya inspiración poética, según él, habíase calcinado por completo, concentrando facultades que en realidad no habían dejado de ser poéticas, en la diaria sección de artículo de “La Voz de Cantabria” titulada “Aire de la Calle”, artículos que jamás perdían la riqueza de palabras o de ideas que delataba al escritor de temperamento y de raza. (.../...) Por cierto que una divina providencia cubrió siempre, sin que nadie pretendiera ignorarlo y sin que nadie reparara en lo dicho, un versito de cierta alabanza al Tercio en el que se afirmaba:

“Millán y Franco, bravos y crueles,  
son el trasunto de un Sancho Dávila.  
Como él degüellan a los infieles  
tras el incendio de alguna cábila”.

Imaginamos las posibles consecuencias del primer verso si alguien lo hubiera percibido en el transcurso de cuarenta años españoles”.

Las cuartillas mecanografiadas por los redactores de “La Voz de Cantabria” fijan más su mirada en los trabajos poéticos de José del Río que en su vertiente periodística. Pero aun con esa disfunción son un elemento precioso para conocer mejor al personaje.

En ese boceto de biografía contiene párrafos esenciales para internarse en la vida y el pensamiento de “Pick”. “Hay que hablar, claro está, - se escribe en esos apuntes- en esta breve recapitulación de una vida intensa, de los “Aires de la calle”, de “Pick”(Pseudónimo que adoptó como homenaje a aquel Pickwick de Dickens, personaje maravilloso) con los que, día por día, glosaba la actualidad que es dulce tirana del periodista. El “Aire de la calle” creaba la vida santanderina despojándola de las nieblas con que la rutinaria existencia provinciana oculta los perfiles exactos de lo que merece la pena ser glosado, exaltado si hay calidad humana, criticado si es preciso como una buena terapéutica; y se hizo popular la sección, que cada mañana se recibía por los lectores de “La Atalaya” como un regalo primoroso de “Pick”. Pero es que, además, los “Aires de la calle” trascienden a todos los sectores santanderinos que no solo son los que circunscriben el área en que el periódico se desenvuelve, porque llega aquella transcendencia a los rincones de la ciudad y de la provincia, y rebasan las fronteras regionales.”

Las notas de la redacción de “La Voz de Cantabria” abordan, además, la vertiente nacional de la influencia de “Pick”: “Alguno de estos “Aires de la calle”, como la semblanza del infante don Carlos de Borbón, merece los honores de la reproducción , en el mismo día, por cuatro o cinco periódicos de Barcelona, entre ellos “la Veu de Catalunya” que lo dio traducido al catalán... también muchos magazines americanos y periódicos como “El Diario Español” de Buenos Aires, “El Globo” de Méjico, “El Águila” de Puerto Rico, etc. etc. (la cita sería interminable) recogen en sus páginas “Aires de la calle” que merecen la antología. Hasta grandes diarios alemanes publican uno sobre la escuadra germánica”.



## 15. 6 El santanderinismo de José del Río

En esas cuartillas escritas a modo de apresurada síntesis de la trayectoria de “Pick” se repara en una de las facetas más sugerentes del periodista: su defensa de Santander –entendiendo este termino como la entonces provincia y no solamente reducida a la ciudad- frente a las agresiones de comunidades vecinas o a injusticias del Gobierno de España: “Una de las actitudes más tenazmente sostenidas por Del Río –escriben en estas notas- es la de su santanderinismo. No es un sentimiento aldeano y castrero, de los de negar por sistema los defectos propios y ensalzar las virtudes porque sí, sino con un concepto universal, pues que desde el huerto propio puede el pensamiento lanzarse sin reservas hacia todos los puntos de la rosa” (de los vientos).

Naturalmente que en estas cuartillas en las que su autor –anónimo porque entiende que es un trabajo colectivo de la redacción- se autodefine como “improvisado biógrafo -que ni es puntual porque el espacio disponible en este número no lo permite (hará falta un grueso volumen) ni tiene tampoco el prurito arrogante de ofrecer al lector al etopeya auténtica de José del Río Sainz- quiere anticipar “lo que será” la obra de nuestro poeta y escritor “los años pasando”. Un biógrafo concienzudo vendrá un día a decirnos, con todo pormenor, lo que es y significa para las letras montañesas, esta figura a la que rodea ya la leyenda. Por ahora, sólo pueden ser unos apuntes- deslavazados, y a medida que surgen en el recuerdo- de la época posterior a la vida de “La Atalaya, y esta es la justificación del añadido a las anteriores líneas”.

Estos textos ratifican la necesidad de abordar, con rigor, detalle y con una contextualización adecuada, la elaboración de una biografía de José del Río.

En este trabajo de investigación se abordan los aspectos

periodísticos de su obra, sus aportaciones a las técnicas de comunicación, el manejo del lenguaje en los artículos, pero noes, ni pretende serlo, una biografía que compendie una visión global y exhaustiva de José del Río. Esa es una tarea aun por hacer.

## **15.7 Notas capítulo 15**

- 1.- José Simón Cabarga en su libro “Historia de la Prensa santanderina” (1982).
- 2.- José Simón Cabarga en su libro “Historia de la Prensa santanderina” (1982).
- 3.- José Simón Cabarga en su libro “Historia de la Prensa santanderina” (1982).
- 4.- Leopoldo Rodríguez Alcalde. Santander 1920-2007. Abogado, escritor y crítico de arte. Publico numerosos libros y artículos sobre la historia de Santander, con especial atención a los artistas de la tierra.

### **Una biografía anónima**

Entre la documentación que conserva el Centro de Estudios Montañeses y los diferentes archivos regionales, a los que se suma el privado de la familia de José del Río, se encuentran 13 folios, sin firma, escritos a máquina, que son una buen resumen de la biografía de José del Río. Este texto no consta que llegara publicarse, a pesar de la referencia explícita a que envía a la imprenta, pero es una buena base para abordar la tarea de escribir una biografía completa de Pick, que aborde sus facetas de poeta, periodista, director de dos periódicos, polemista, marino y especialmente su trayectoria vital, tan compleja y tan ejemplar.

### **Anexo 3**

Quedan reproducidas los 13 folios que suponen un boceto de la biografía de Del Río. Son un documento interesante, ya que los datos han sido recogidos antes de su muerte y suponen la suma de testimonios personales de personas que le conocieron y que incluso trabajaron con él.  
(*Páginas 461 a 473*).



*la cilla  
comp. a 2*

Sabemos que al publicar un extracto del "curriculum vitae" de nuestro Director, nos atraemos su anatema. Es natural que todo cuanto se publique en estas páginas, debe llevar su visto bueno. Mas por esta vez quebrantaremos la norma fundamental de la disciplina, y metemos de matute las siguientes líneas; que están dictadas para las nuevas generaciones santanderinas:

Don José del Rio Sainz nació el año 84. Dios le conserve la vida para que cumpla su centenario. Su abuelo fué aquel don José Antonio del Rio Sainz, publicista, que anduvo siempre metido entre los corondeles de los periódicos en el siglo pasado: a él debemos esa obra monumental que se titula "Efemérides de la Provincia de Santander", a cuyas páginas acuden y seguirán acudiendo los investigadores de nuestra historia, grande y pequeña. También salió de su minerva el libro "Marinos ilustres de la provincia de Santander", escrita en colaboración con su hijo don Alfredo del Rio Iturralde, <sup>igualmente</sup> ~~también~~ periodista profesional. Le viene, por tanto de lejos a "Pick" la vocación.

Estudió náutica en nuestro Instituto, y ya con el título de piloto en el bolsillo navegó en los primeros años del siglo en vapores de ~~Granada~~ <sup>Granada</sup> nuestra matrícula y de la bilbaina. Ah! hizo prácticas en el barco escuela "Nautilus", en el que <sup>cumplió</sup> ~~hizo~~ la travesía a la América del Sur, a vela. Quiere ello decir que esa cosa tan complicada como es un velero (de los de entonces) no guarda secretos para él.

En los momentos ociosos ~~de~~ <sup>entre</sup> las largas singladuras, José del Rio ~~se~~ <sup>se</sup> el tirón vocacional, y siempre encontró en sus barcos un rincón donde emborronar cuartillas. Emborronar, en el más físico concepto del vocablo porque las cuartillas de Del Rio solo han podido ser descifradas por muy pocos <sup>b</sup> ~~t~~ígrafos. No se le dió nunca el arte de Paluzie y de nuestro paisano Valliciergo. Ni le ha importado jamás.

Pero de esos borrones fueron saliendo las primores de ~~las~~ crónicas y versos que encontraban seguro puerto en los periodicos santanderinos "El Diario Montañés, recién fundado; en "La Atalaya" y en alguna ocasión en "El Cantábrico". "El Diario Ferrolano" le acogía con interés, y engalanó la hoja literaria de "El Correo Español", de Madrid, donde entonces escribían, entre otros, el actual presidente de las Cortes Españolas, don Esteban Bilbao, y Román Oyarzun y Hernando de Larramendi.

Conserva Del Rio una tarjeta fechada en 7 de marzo de 1903, y en ella, los oficiales de cubierta y máquinas del vapor "Sardinero" - donde habia hecho sus primeros viajes- y con motivo de su traslado a otro buque de la misma empresa, se lee: "La tripulacion del "Sardinero" representada por las firmas al pie, saluda a José del Rio y le desea largos años de vida. Prohibida la versificación como medio de agradecimiento". Las firmas eran de Arturo Pardo Gil, primer oficial; Juan Basterrechea, segundo oficial; Gabino Martínez, primer maquinista; Filemón Argos, segundo maquinista y el contraaestore Juan Alday. Es el primer homenaje de los hombres del mar a quien ya saludaban como su "poeta ~~canter~~". El tiempo se encargó de hacer realidad el augurio.

...

Cosas de la salud, que le impidieron la vida en cubierta y ~~en~~ en el cuarto de derrota, le obligaron a decir adios a los mares por los que habia navegado. Y echó el ancla a la orilla de nuestra bahía. Tuvo que ser precisamente Santander, su tierra, la que acogiese al desembarcado, ~~y~~ Su tierra, que se benefició de ello, porque a ella habria de consagrarse ya para siempre aquella pluma que con trazos horribles escribió primores.

El aprendizaje del oficio en "La Atalaya", como reportero o noticiero; luego, la mesa de redacción; Don Eusebio Sierra le encargaba la labor anónima del artículo de fondo y de polémica. Era un anonimato

3

relativo, porque el estilo ~~manera~~ transparentaba la personalidad de un periodista batallador, de veintitres años, que traía un impulso casi febril. Y junto a sus trabajos en prosa, ágiles, incisivos, de estilo-diáfano, comenzó a publicar sus primeros versos.

En 1912 da a la imprenta su primer libro ~~manera~~ : "Versos del may de los viajes": <sup>don</sup> visiones del mundo desde el puente de ~~un~~ los barcos. Libro que, pasando no mucho tiempo, constituiría la mejor carta comendaticia para que se le atribuyese el Premio Fastenrah de Poesía y el Nacional "Virgen del Carmen", y de cuyos sonetos se apoderarían los antólogos para ~~manera~~ como ejemplos de ~~la~~ clara versificación y de inspiración brillante. Las más importantes antologías españolas y extranjeras harían la cita de los "Versos del mar y de los viajes", universalizando el nombre de José del Rio Sainz.

Ya, a la aparición del libro, Cristobal de Castro y Andres González Blanco hablarían de él, y José Francés, en la "Revista de America", que se publicaba en Paris, diría que su autor, desconocido hasta entonces, "tenía derecho a la gloria". Esos versos aparecen en la primera antología publicada en Barcelona con el titulo de "Los mejores poetas contemporáneos".

Y un autor de tanta calidad como Rafael Sanchez Mazas, habria de coger el tema del soneto "Las tres hijas del capitan" para glosarlo en la primera novela que dió al público, "Las pequeñas memorias de Tarin". Tambien Andres Gonzalez Blanco, en una novela breve, "El americano del auto", se refiere a esos versos haciendo figurar a Del Rio con un nombre clave.

~~Noticia~~, En 1916, José del Rio corta la flor natural en los Juegos florales cervantinos organizados por el Ateneo y de los que fué mantenedor, en una fiesta brillantísima celebrada en la Sala Narbón, don Juan Vazquez Mella. A Del Rio se le reconoce ya en su tierra como gran poeta y le ofrecen un banquete presidido por las autoridades



4

y personas representativas de la provincia.

. . .

Ejemplo de reportajes de limpio y vibrante estilo, fueron los que envió en 1919 en la famosa marcha a pie, ~~durante~~ acompañando a una patrulla del Regimiento Valencia. Del Rio hizo personalmente entrega al rey don Alfonso de un mensaje de la Asociación de la prensa santanderina, de la que nuestro director fue uno de los fundadores y en la que ha desempeñado cargos de confianza.

La guerra de Africa, en 1921, le lleva a Melilla, acompañando a los soldados expedicionarios montañeses. El cronista de guerra se reveló con todas las preeminencias del género. Allí traba amistad con Rafael Sanchez Mazas, enviado por "El Pueblo Vasco" de Bilbao. Esa amistad habría de durar ya toda la vida, envuelta en la mutua admiración de los dos escritores. Sanchez Mazas le dedicó, en la ocasión, un artículo digno de su egregia pluma.

Un proceso por una de sus crónicas de guerra marroquíes promueve ~~una~~ polémica en Madrid, en torno a la Ley de Jurisdicciones. Resultado fué ~~en~~ el sobreseimiento con todas los pronunciamientos favorables, y que don Manuel Aznar escribiese: "¿Es posible ~~pasar~~ siquiera que un periodista castellano, un escritor del fuste y de la valía del señor Del Rio, haya escrito una línea siquiera que justifique agravio o injuria al Ejército o a la Patria?" La absolución da origen a un banquete organizado por sus compañeros en la Prensa, con adhesiones como la del general Sanjurjo y la de varios jefes y oficiales de Regulares y del Tercio, así como de legionarios de la clase de tropa. Y a una carta del general don <sup>amase</sup> Berenguer, carta que es ~~base~~ <sup>arranque</sup> de una sólida amistad entre aquel jefe militar y el periodista santanderino.

. . .

Hay que hablar, claro está, en esta breve recapitulación de una vida intensa, de los "Aires de la calle", de "Pick" (seudónimo que adoptó como un homenaje a aquel Pickwick de Dickens, personaje maravilloso) con los que, día por día, glosaba la actualidad que es ~~una~~ dulce tirana del periodista. El "aire de la calle" oreaba la vida santanderina, despojándola de ~~esas~~ <sup>las</sup> nieblas <sup>con</sup> que la rutinaria existencia provinciana oculta los perfiles exactos de lo que merece la pena ser glosado, exaltado si ~~no merece~~ <sup>hay calidad humana</sup>, criticado si es preciso como una buena terapéutica; ~~y así~~ <sup>se hizo</sup> popular la sección, que cada mañana ~~se publica~~ <sup>es</sup> recibida por los lectores de "La Atalaya" como un regalo primoroso de "Pick". Pero es que, además, los "Aires de la calle" transcienden a todos los sectores santanderinos que no son solo los que circunscriben el área en que el periódico se desenvuelve, porque llega aquella transcendencia a ~~todos~~ los rincones de la ciudad y de la provincia, y rebasan ~~en~~ las fronteras regionales. Cuando se recogen antológicamente en dos tomos, "El Sol" de Madrid escribe: "He aquí dos tomos en que se reúnen algunos de los millares de artículos que escritor tan predilecto en esta casa, como José del Río Sainz, ha publicado en su cuarto de siglo de vida periodística". Como prólogo a la obra, hay una crónica que sobre Río escribió en diciembre de 1921 Rafael Sánchez Mazas. Y "El Sol", como homenaje al escritor y periodista santanderino, reproducía ese bellissimo artículo que se titula "El mar inglés tiene otro muerto".

Alguno de estos "Aires de la calle", como la semblanza del infante don Carlos de Borbon, merece los honores de la reproducción, en el mismo día, por cuatro o cinco periodicos de Barcelona, entre ellos "La Veu de Catalunya" que <sup>lo</sup> ~~se~~ tradujo ~~al~~ <sup>al</sup> catalán... También muchos magazines americanos y ~~muchos~~ periodicos como "El Diario Español"

6

de Buenos Aires, "El Globo" de Méjico, "El Aguila", de Puerto Rico, etc. etc. ( la cita seria interminable) recogen en sus páginas etc. etc. ( la cita seria interminable) recogen en sus páginas grandes diarios "Aires de la calle" que merecen la antología. Hasta ~~los~~ <sup>germanica</sup> ~~grandes diarios~~ alemanes publican ~~ahora~~ <sup>publican</sup> uno sobre la escuadra ~~de~~ <sup>de</sup>

1922 marca una fecha en la carrera periodística de "Pick": recoge como ~~en~~ herencia de don Eusebio Sierra ~~en~~ la dirección de "La Atalaya". Si hasta entonces, este periódico había tenido, de puertas adentro, el aire ~~de~~ patriarcal que el ~~autor~~ <sup>a los que repartía sus papeles</sup> autor de teatro que era don Eusebio ~~transcendía~~ <sup>transcendía</sup> a cuantos con él trabajaban, con "Pick" entra una ráfaga de anarquía bohemia; el viejo capitán de barco sube al puente de mando y él y la tripulación forman una peña de amigos que ponen buena cara al mal tiempo; parecía como si ~~mandando~~ <sup>mandando</sup> la rueda del timón estuviese confiada al marmitón; los demás reían, fumaban, tomaban café, se enzarzaban en discusiones ruidosas, se ahogaban con el humazo apestoso ~~de~~ <sup>de</sup> la pipa del patrón, ... ~~mas~~ <sup>mas</sup> y de vez en cuando, escribían. Pero el barco surgía todas las mañanas empavesado con la prosa cincelada de "Pick" y con el buen estilo de aquellos redactores que nunca ~~conocieron~~ <sup>conocieron</sup> voces agrias del mando. Redacción bohemia en la que cada cual aportaba su entusiasmo y su personalidad, de suerte que cada noche se operaba allí el milagro de hacer un periódico de una gran dignidad literaria.

Con "Pick" se establece la costumbre de las tertulias en "La Atalaya", ~~de~~ <sup>desde las</sup> altas horas de la noche, hasta las primeras luces del ~~amanecer~~ <sup>amanecer</sup> madrugada. No hay personaje ni aún personajillo visitante de la ciudad y que traiga el airón de un nombre cotizado en las artes, las ciencias y las letras, que no acuda a ~~aquellas~~ <sup>esas</sup> "tenidas" ~~de~~ <sup>de</sup> desconcertantes, que alcanzaban su ~~climax~~ <sup>climax</sup> cuando Del Rio, saliendo de los antros de su despacho tras de escribir el fondo o trazar el "Aire de la calle", intervenía

muchas veces con el afán travieso de echar un leño al fuego de las discusiones. Por los balcones que daban a la calle de San Francisco salían torrentes de voces que ~~resonaban~~ <sup>resonaban</sup> más aún en la apacibilidad de la noche provinciana. Si había alguna persona en Santander <sup>perfectamente</sup> enterada de cuanto sucedía o se comentaba, esa <sup>es</sup> ~~era~~ el sereno de la calle, ~~amplio~~ <sup>que</sup> se arrimaba a la esquina : muchos <sup>versos</sup> ~~versos~~ <sup>escuchó</sup> el pacífico vigilante en las madrugadas.

. . . . .

Una de las actitudes más tenazmente sostenidas por Del Rio, <sup>es</sup> ~~llamada~~ la de su santanderinismo. No <sup>es</sup> un sentimiento aldeano y castrero, de los de Hegar por sistema los defectos propios y ensalzar las virtudes porque sí, sino ~~un concepto universal~~ <sup>un concepto universal</sup> con un concepto universal, pues que desde el huerto propio puede el pensamiento lanzarse sin reservas hacia todos los puntos de la rosa.

Ha sucedido recientemente el hecho de un torpe movimiento "secesionista" en esta provincia. Todos ~~lo~~ <sup>con dolor</sup> recordamos. Fue un error pretender buscar en la historia razones que apoyasen las, por fortuna, no numerosas voces que pedían el separatismo y la anexión a otra provincia. Del Rio, ~~todo~~ <sup>ha</sup> ~~todo~~ <sup>lo</sup> sabe, llevó a cabo una resonante campaña y ~~produjo~~ <sup>produjo</sup> tanta impresion sus alegatos, que promueve otro movimiento de adhesión y en su honor se celebra un banquete monstruo presidido por las autoridades. Victor de la Serna ha dicho que José del Rio es un maestro de periodistas y portavoz indiscutible de la Montaña. La Diputacion le consagra una sesión en la que toma el acuerdo de editar a su costa un tomo de versos y otro de prosas escogidas del maestro. En el texto del acuerdo se hace constar que "la <sup>que</sup> Montaña <sup>se</sup> gloria de sus notables escritores y periodistas, cuenta entre ellos con José del Rio Sainz, que honra a la provincia y la favorece con sus notabilisimos escritos y defensas en los que resaltan, ademas,

8

de la belleza de la forma lo brillante de la inspiración y la extensa cultura y una dialéctica formidable". No olvidemos que los diputados que tal acuerdo adoptaron, no eran amigos políticos de nuestro director, sino de una tendencia que este ha combatido desde estas columnas.

También en 1924, lanza José del Río la iniciativa de erigir un monumento a Concha Espina. La iniciativa se ha hecho realidad.

Ha publicado ya, además de los "Versos del mar y de los viajes" "La belleza y el dolor de la guerra", "Hampa" (con xilografías de Pancho Cossío) y "Versos del mar y otros poemas". Hay mucha obra en el telar de nuestro poeta y director.

~~AÑOS DESPUES~~

(En visión anticipada)

LOS AÑOS PASANDO...

El improvisado biógrafo - que ni es puntual porque el espacio disponible en este número no lo permite (hará falta un grueso volumen) ni tiene tampoco el prurito arrogante de ofrecer al lector la etopeya auténtica de José del Río Sainz- quiere anticipar "lo que será" la obra de nuestro poeta y escritor "los años pasando". Un biógrafo concienzudo vendrá un día a decirnos, con todo pormenor, lo que es y significa para las letras montañesas, esta figura a la que rodea ya la leyenda. Por ahora, solo pueden ser unos apuntes - deslabazados, y a medida que surgen en el recuerdo - de la época posterior a la vida de "La Atalaya", y esta es la justificación del "añadido" a las anteriores líneas:

En el año 1925, se le concede a José del Río el Premio Fastenrah por su libro "Versos del Mar y otros poemas" - según va anticipado-renovándose con tal motivo los actos en honor suyo. El Ateneo le da un banquete en el que está presente toda la intelectualidad santanderina y al que se adhieren poetas y artistas de Madrid, Bilbao y Barcelona y otras papitales. Otro <sup>almuerzo</sup> ~~banquete~~ se lo ofrecen también los marinos mercantes "sus compañeros del mar y de los viajes", como dicen en las tarjetas de invitación. Y por iniciativa de "El Cantábrico", la Junta de Obras del Puerto - a cuyo servicio está del Río como capitán de la draga "Cantabria" - acuerda dar su nombre al



estaba ~~del Rio~~ como capitán de la draga "Cantabria", <sup>acorda</sup> ~~acorda~~ dar su nombre a  
 el malecón de Puerto Chico. En el acto de la <sup>consagración</sup> ~~dedicación~~ de la lápida,  
 pronuncia un discurso de elogio Su Eminencia el Cardenal Benlloch. Para  
 este tiempo, además de los "Versos del Mar y de los viajes", ~~Jose del~~  
 Rio tiene publicados los siguientes libros: "La belleza y el dolor de la  
 guerra", "Hampa" (Estampas de la mala vida), con xilografías de Francisco  
 G. Gossio, y "Versos del Mar y otros poemas" <sup>los facilitados</sup> ~~los facilitados~~ Después publica "La Amazona  
 de Estella"; los dos tomos de "Aires de la calle", y <sup>pasados y traducidos</sup> ~~los dos tomos~~ recientes,  
 los tomos más importantes de la "Historia de la Ciudad Española", "Chur-  
 chill y su tiempo", "Zumalacárregui" y "Nelson". Y traducciones de "Soy un  
 superviviente" del ruso Barmine; "Yo vi la caída de Filipinas", de Carlos  
 P. Rómulo; "El drama de Polonia", en colaboración con Sofia Casanova y  
 "Escolta del Norte" del comodoro Taylor.

Para la "Historia de la Literatura Universal", que dirige el profesor  
 Pérez Bustamante, escribe el capítulo de "La literatura inglesa" y traduce  
 el de la portuguesa del profesor Gomez Branco.

Por encargo de la Oficina Diplomática del Ministerio de Asuntos Ex-  
 teriores, escribe una "Historia de las Brigadas Internacionales", que se  
 traduce al francés y al inglés.

Además de los periódicos santanderinos, <sup>en</sup> ~~se~~ colabora en distintas  
 épocas en "La Epoca", "La Monarquía", "El Imparcial" y "La Esfera" de  
 Madrid; y "El Pueblo Vasco" y "El Noticiero Bilbaíno" de Bilbao. También  
<sup>dirige</sup> ~~dirige~~ interinamente "El Correo de Guipúzcoa" de San Sebastian. Al fundar-  
 se "Ahora" de Madrid, su director Chaves Nogales le dice en la dedicatoria  
 de uno de sus libros que le envía: "A José del Rio, en súplica de sus  
artículos".

Con motivo de una de sus crónicas en "El Imparcial", el profesor de  
 la Universidad de Columbia, Mister Espinosa, publica en la revista "Hispania  
 de la Stanford University de California, un artículo titulado "El castizo  
 humorismo castellano", en el que dice que la crónica de José del Rio "es

un buen ejemplo del castizo humorismo castellano". Y para probarlo, reproduce el artículo aparecido en "El Imparcial" el 10 de agosto de 1920.

La Revolución de 1936 obliga a José del Río a salir de Santander. En la zona Nacional, y con el pseudónimo de "Juan del Mar" y otros, publica artículos, párrafos de algunos de los cuales reproduce en el tomo de "Mi Vida. La Revolución española", aparecido en Méjico, el doctor Rodolfo Reyes, quien encabeza la reproducción con las siguientes líneas: "Respecto al espíritu de Bilbao, y a lo que le tocó perder, oigamos al gran poeta y escritor montañés José del Río Sainz".

Desde Salamanca y requerido por Joaquín Arrarás, pasa José del Río a Sevilla, para <sup>escribir los tomos más importantes</sup> ~~intervenir en~~ la "Historia de la Cruzada Española" que aquel dirigía. Con este motivo recorre España en busca de información, y suyos son los volúmenes de esa Historia ~~en~~ consagrados a "Navarra," "El Alto de los Leones," "Somosierra," "Galicia y La Escuadra," "Albacete," "Valencia y Alicante," así como los dedicados al "10 de agosto de 1932" y a la "evolución marxista de 1934."

Trasladado a Madrid en 1939, trabaja en la "Editorial Atlas" componiendo los libros originales y traducidos de que se ha hecho mención. Colabora también en la revista "Vértice", en los diarios "A B C", "La", "Arriba", "Madrid" e "Informaciones", publicando en este último una serie de reportajes sobre las Brigadas Internacionales; ~~colabora también~~ en la Prensa del Movimiento y en los periódicos servidos por la Agencia de Colaboraciones "Serco" siendo centenares los artículos que con este motivo aparecen con su firma en "La Vanguardia" de Barcelona, "Heraldo de Aragón", "La Gaceta del Norte", "El Norte de Castilla" y otros diarios. También colabora asiduamente en el semanario nacional "Domingo".

Antes de la guerra actuó de mantenedor en los Juegos Florales de Oviedo, el año 1925. En el Ateneo de Valladolid se celebró un acto en honor suyo y en el de Barcelona <sup>menéndez Pelayo</sup> ~~da~~ una lectura sobre la vida en aquella ciudad, ~~en Menéndez Pelayo~~. Con este motivo, "Solidaridad Nacional" le consagra una

doble página en que se reproduce una selección de sus versos. Desde 1957 figura en la plantilla de redactores de "Informaciones" publicando una sección diaria "Apuntes de un peatón", de que se hace eco en muchas ocasiones la prensa de provincias, y que "ABC" de Madrid alaba <sup>justa y elogiosamente</sup> ~~generosamente~~.

( Por esta Sección, la "Asociación de Peatones de Madrid" le nombra Socio de Honor, entregándole el nombramiento en un pergamino.

Su nombre y su obra son estudiados o aludidos en docenas de libros y centenares de artículos de periódicos, desde la "Revista de Occidente" a "La Nación" de Buenos Aires. Las mas importantes Antologías de poesía castellana, como la de Federico de Onís y las de Gerardo Diego y César González Ruano, incluyen poesías suyas. Entre las extranjeras figuran las de "Los Grandes poetas" editada en Santiago de Chile, y la "Spaanse Poezie" publicada en Groningen, que recoge, traducido al holandés, el soneto de "Las tres hijas del Capitan".

. . .

El regente de la imprenta nos advierte de la imposibilidad de extender-  
nos más. En realidad, es un atrevimiento encararse con una figura como  
la de José del Río, ~~en su vida se agotó en la generación de una~~ tan cuajada  
de episodios, de anécdotas, de obra. Vamos, pues, a hacer punto final  
en estos apuntes, exhumando, como una de las más certeras definicio-  
nes que sobre el "Pick" periodista se han escrito, la que en un artículo  
de "El Día Gráfico", de Barcelona, hizo otro gran periodista, Mario  
Aguilar, que ~~no podía~~ se ocultaba tras del seudónimo "Domingo Fuenmayor":  
"Pick" - <sup>ha dicho</sup> ~~esta~~ - ha reivindicado los prestigios del artículo de fondo  
que era el periodismo del siglo XIX y fueron ahora arrumbados por  
el reportaje. Si bien los fondos del gran periodista, unen a las virtudes  
de la prónica doctrinal, aquellas del reportaje que radican en la  
vibración, agilidad y actualidad palpitante del género reporteril".

## **CAPÍTULO 16**

## **LOS PAPELES DE “PICK”**



## **16. 1 La elegía escrita por Simón Cabarga**

El título de este capítulo se permite el juego con el título de la novela de Charles Dickens “Papeles póstumos del Club Pickwick”, obra en la que José del Río se inspira para elegir el pseudónimo que le acompañó toda su vida y por la que es conocido: “Pick”.

José del Río ha dejado mucha documentación que se aloja en diferentes instituciones: Desde el archivo de la Biblioteca Central de Santander, hasta los documentos custodiados con celo por el Centro de Estudios Montañeses, como los que conserva la familia, familia que mantiene encendida la llama del recuerdo y homenaje a su antecesor.

En este trabajo se aportan algunos de esos “papeles” que, por su singularidad, merecen ser recogidos, documentados y analizados.

Uno de los documentos de interés son los tres folios que escribe José Simón Cabarga, y que aparecen firmados de su puño y letra: se trata de unas líneas escritas tras la muerte del periodista, a modo de elegía destinadas a publicarse en la revista “La Tertulia” que editaban un grupo de miembros del Ateneo de Santander. Así centra el asunto Simón Cabarga: “desde nuestra última reunión, ha sucedido algo irreparable: nuestro don José del Río Sainz se nos ha ido en la singladura final. El viejo capitán de la apestosa pipa, hizo su último viaje sin retorno. Era ya, en estos dos últimos años de dolores físicos, como una fragata en lo externo desarbolada, pero que llevaba al timón un espíritu indomable a la adversidad, joven en cuanto a fortaleza y a claridades, maduro en las amplias experiencias de buen navegante por las rutas del arte” (Del original que se reproduce a continuación). Con estas palabras Simón Cabarga habla en el Ateneo, en el que Pick tanto participó, y termina con una petición: “Amigos, el Ateneo, por medio de “La Tertulia”, reclama que se dé satisfacción al anhelo de José del Río Sainz, y que su recuerdo imperecedero viva oreado por la brisa de la “paz de su bahía”. Que no se nos vaya, entre desmayos indolentes, el sentimiento de un deber: José del Río Sainz tiene que reposar entre nosotros para siempre”.

## **16.2 “Pick” se describe a sí mismo**

El segundo documento, que aparece en este capítulo 16, son las cuartillas escritas, a máquina con correcciones hechas a mano, por el propio José del Río y redactadas a petición del grupo “La Tertulia” del Ateneo santanderino, petición que se formula cuando el periodista había sido propuesto –y después nombrado- Periodista de Honor. Se trata de las palabras a pronunciar delante de los componente de “La Tertulia” y que titula “La tertulia “De entre dos incendios”: Este animoso grupo –comienza el texto- que está hoy forjando el eslabón que enlaza el Ateneo de hoy con sus antecedentes remotos del

siglo XIX, cuenta también en un pasado más próximo, con un antecesor cuyo recuerdo me propongo evocar en estas cuartillas. Refiérome a la “Tertulia” que puede ser considerada de la Edad media en su especie: la que reunía, como la actual, y las de todos los tiempos, a la hora sagrada del café, (y copa de coñac en los días que repicaba gordo) en aquel Ateneo provisional, una provisionalidad que duró años, que es como duran todas, del modesto piso de vecindad de la calle Lepanto, en la época de “entre dos incendios”: el que le echó de la primitiva “Pescadería” y el que le obligo a salir, también chamuscado, de la calle San José”.

Y Pick evoca viejos amigos, anécdotas y sucedidos. Lo hace, como siempre, con tino y buena pluma. Así escribe en recuerdo de esa tertulia: “En un título para que el grupo cafeteril de la calle Lepanto ocupe por derecho propio un puesto de honor en la historia de nuestras Letras, la coincidencia de Enrique Menéndez Pelayo, declinante, ya casi ciego, que vivía sus últimas horas, y de Gerardo Diego, flor rara y nueva que brotaba en el pensil de los poetas. ¡Y si fuera sólo eso! Pero en el grupo formaban también un Pancho Cossío, que levantaba tempestades en el agua remansada de la laguna santanderina, con su pintura, motivo entonces de escándalo, y hoy clásica y universalmente conocida”.

### 16.3 Notas autobiográficas

El tercer documento está compuesto por unos folios escritos por José del Río. Simón Cabarga lo explica brevemente en una nota manuscrita sobre el mismo texto: “Estas notas autobiográfica se las pedí a José del Río para la confección del número especial de La Atalaya, a él dedicado”. Se refiere al homenaje realizado por el Ateneo en el año 1961, cuando José del Río contaba ya con setenta y siete años de edad y la enfermedad comenzaba a debilitarle.

“Pasó a ser periodista activo en 1907 – escribe el propio “Pick” desglosándose en tercera persona- entrando de reportero o noticiero en “La Atalaya” de Santander. Pronto ascendió a redactor de mesa corriendo a su cargo artículos de fondo y polémica, así como de crítica literaria y de arte”.

José del Río recuerda alguno de sus momentos más brillantes como periodista de calle: “En 1919 acompañó a Madrid en una marcha a pie, a una patrulla del Regimiento de Valencia, siendo recibido en el Palacio de Oriente por don Alfonso XIII, al que entregó un saludo de la prensa de Santander. En 1921 fue a Melilla de cronista de guerra. Rafael Sánchez Mazas, que le conoció allí, publicó en “El Pueblo Vaso” de Bilbao, con el título “Los instantes y las figuras. José del Río Poeta”, una crónica de extremo elogio. Por una crónica de guerra fue procesado y estuvo preso unos días”.

Sobre su tarea como articulista diario, faceta que le hizo popular y querido por los santanderinos, dice. “Ya para este tiempo –se refiere al año 1919- había creado su sección diaria que titulaba “Aire de la calle”, reproducida por docenas de periódicos en España y América.

En el año 1922 asciende a la dirección de “La Atalaya” y a principios de 1923, invitado por el Ateneo de Bilbao, da una lectura de versos en sus salones”.

El balance de su última etapa vital queda explicitado por un hecho: de los diez folios que escribió “Pick” para resumir su vida, el periodo comprendido entre 1939 –final de la Guerra Civil- y su muerte en 1964 apenas ocupa un folio en el cual dice: “Traslado a Madrid en 1939, trabaja en la Editorial Atlas componiendo los libros originales y traducidos de que se ha hecho ya mención. Colabora también en la revista “Vértice”, en los diarios “Arriba”, “Ya”, “ABC”, “Madrid” e “Informaciones”, publicando en este último una serie de reportajes sobre las Brigadas Internacionales”. Resulta interesante, también, comprobar como José del Río era capaz de escribir sin necesidad apenas corregir los mecanografiado, con una pulcritud de estilo, únicamente empañada levemente en estos últimos folios de su propia vida por el uso del gerundio, cosa que eludió siempre en su artículos.

## **Del homenaje a la elegía**

Algunos documentos son significativos. El obituario, escrito más a la manera de un artículo, que escribió José Simón Cabarga, para el grupo de “La Tertulia del Ateneo” es una pieza fundamental y junto a ella las palabras que envió Pick, escritas en varias cuartillas con la habituales correcciones a mano, que fueron leídas en una de las sesiones de esa tertulia que fue, en su momento, uno de los foros culturales más interesantes de Santander.

Finalmente la autobiografía que Pick escribió, a petición de su amigo Simón Cabarga, para la elaboración del número único que se editó con la cabecera del ya desaparecido diario “La Atalaya” dentro del homenaje brindado al serle concedida la distinción de Periodista de Honor.

Estos documentos son esenciales tanto para reconstruir los últimos años del periodista, como para entender la relación de José del Río con su entorno, una relación basada en la firme amistad de un grupo de santanderinos que lucha contra la indiferencia de un régimen que nunca aceptó a Pick por sus ideas democráticas y por su talante siempre opuesto al revanchismo y el odio, siempre próximo al perdón y el entendimiento.



## Anexo 4

1 EDITORIAL- Texto escrito por José Simón Cabarga a la muerte de Pick y que se publico como Editorial en la revista “La tertulia” que editaba un grupo de ateneístas. Las cuartillas mecanografiadas están firmadas de puño y letra por José Simón Cabarga.

*(Páginas 483 a 485).*

2. TEXTO DE PICK LEIDO EN LA TERTULIA DEL ATENEIO. El primer folio está escrito, sin firma, por Simón Cabarga en el que explica que José del Río ha sido propuesto para ser nombrado Periodista de Honor por el Gobierno de España y que con ese motivo el grupo de intelectuales agrupados en La tertulia del Ateneo le ha pedido un texto sobre la historia de esa agrupación.

La segunda parte son las cuartillas de Pick glosando la historia de La Tertulia, con profusión de detalles, fechas y nombres.

*(Páginas 486 a 493).*

3.- LA AUTOBIOGRAFÍA. El tercer documento está compuesto por los folios en los que el propio Del Río relata su vida. Una autobiografía redactada petición de Simón Cabarga para servir de base a la publicación del número especial de La Atalaya que se editó con motivo de la concesión del título de Periodista de Honor.

Es significativo que de los nueve folios escritos para resumir su vida, Del Río dedique poco más de folio y medio a glosar su vida tras la Guerra Civil, teniendo en cuenta que es un periodo de 25 años, es decir una parte sustancial de la vida adulta del periodista.

*(Páginas 494 a 502).*

## EDITORIAL

*La Ostrina*  
*ateues*

Desde nuestra última reunión, ha sucedido algo irreparable: nuestro don José del Río Sainz se nos ha ido en la singladura final. El viejo capitan de la apestosa pipa, hizo su último viaje sin retorno. Era ya, en estos dos últimos años de dolores físicos, como una gragata en lo externo desarbolada, pero que llevaba al timón un espíritu indomable a la adversidad, joven en cuanto a fortaleza y a claridades, maduro en las amplias experiencias de buen navegante por las rutas del arte.

Pick, nuestro Pick - y cómo nos suena el familiar seudónimo, tomado del ~~aquel~~ ~~antiguo~~ singular personaje de Dickens!-; Pick murió con el nombre de Santander en los labios. No hubiera sido el escritor genial, (el poeta salobre de los mares y de las tripulaciones heroicas y sentimentales) un hombre abstraído por las imperiosas solicitudes del arte, y esa invocación, de su Santander amado, en el momento final, sería ya para nosotros, y para siempre, motivo de veneración, de recuerdo sin veladuras posibles. Porque suponía esa palabra tan dulce - Santander - en unos labios que ya solo oraciones murmuraban, algo así como el anhelo de toda una vida, la concreción de un amor que quiso perpetuarse entre las dulzuras de la divina gracia del artista enamorado de su tierra.

A nuestro Santander dedicó sus más brillantes trabajos literarios y periodísticos. Tenía que ser así en quien los amaneceres de nuestra bahía limpiaban cada día las brumas de las noches bohemias del periodista contumaz. Esas madrugadas estremecidas, que le inspiraron tan bellos versos y en las que recibía el pantallazo azul del aire de la calle, tan cercana, tan tremante de sugerencias.

Ponemos hoy, en la primera página de nuestra Revista, las líneas tipográficas del luto más entrañablemente sentido. Esta mañana



2

la Iglesia recitaba la esperanzadora imprecación de la Resurrección y la Vida ante los simbólicos despojos del poeta. Era, en efecto, un canto estremecedoramente júbilo, porque José del Río Sainz no había muerto, pues que ascendió directo hacia donde el premio mejor y definitivo se otorga a los corazones limpios, y al mismo tiempo alcanzaba la inmortalidad en los corazones agradecidos, que son los de los santanderinos que no renuncian<sup>al</sup> a este título.

Ay, y cómo nos atenazan esos versos que deberían ser, que deberán ser realidad para satisfacer su ansia de regreso definitivo a su tierra!

Otra vez Santander, aquí me tienes,  
descansando en la paz de tu bahía.  
Dame, para ponérmela en las sienes,  
la corona de tu melancolía!

El ancla he echado en tí breves momentos  
después de recorrer medio planeta;  
¿a dónde los caprichos de los vientos  
llevarán de mí vida la veleta?

Vengo a sentarme lleno de fatiga  
bajo la sombra de la puerta amiga  
que cobijó a los míos, veneranda...

Quizá el camino tomaré de nuevo,  
cuando vuelva a gritar: ¡álzate y anda!  
el ansia aventurera que en mí llevo....

Porque esto tan tremendo que es la muerte, no puede ser, amigos todos una estadía pasajera para el espíritu del Pícaro aflorante. Tiene que "sentarse definitivamente" en esta orilla, para alcanzar la paz ~~eterna~~ eterna.

Amigos, el Ateneo, por medio de "La Tertulia", reclama



3

que se de satisfacción al anhelo de José del Río Sainz, y que su recuerdo imperecedero viva oreado por la brisa de la "paz de su bahía".

Que no se nos vaya, entre desmayos ~~membrados~~ indolentes, el sentimiento de un deber: José del Río Sainz tiene que reposar entre nosotros para siempre.

J. P. C.



toa

Don José del Río Sainz ha sido propuesto, por la asamblea de la Federación de Asociaciones de la Prensa, para el título de Periodista de Honor, que todos los años concede el Gobierno a una figura destacada en el ámbito nacional. Decir que la propuesta, que sin duda será refrendada, nos llena de alegría y de orgullo, sería como felicitarnos a nosotros mismos, porque todos consideramos al insigne poeta y escritor como algo íntimamente nuestro. Don José del Río Sainz, el "Piek" de los "Aires de la calle", el poeta de "Las tres hijas del capitán", es el cronista de quien otro montañés ilustre, nuestro llorado Víctor de la Serna, dijo que cualquiera de sus artículos tiene categoría de premio Mariano de Cavia, y la definición es exacta.

Premio Fastenrath; toda una corona de flores naturales alcanzadas en brillantes torneos poéticos; homenajes innúmeros por sus campañas de hondo ardiente montañesismo . . . Nada ha faltado en la historia de este viejo luchador y artista, que a sus setenta y siete años lleva una gloriosa carga de triunfos, por la escala de todos los sinsabores que al luchador sin desmayos le están reservados cada día.

Al requerimiento de "La Tertulia" no ha vacilado el insigne escritor en aportar su colaboración. Vais a escuchar sus cuartillas, que ya de antemano os aseguramos habrán de ser un regalo impagable que este santanderino hace a los santanderinos. Y va a leerlas su hijo, don José Luis.



En el Ateneo

### "LA TERTULIA ENTRE DOS INCENDIOS"

Este acimoso grupo que está hoy forjando el eslabón que enlaza el Ateneo de hoy con sus antecederentes remotos del siglo XIX, cuenta también <sup>en</sup> ~~en~~ un pasado más próximo, con un ~~ca~~tecesor cuyo recuerdo me propiogo evocar en estas cuartillas. Refierome a la "Tertulia" que puede ser considerada de la Edad Media de <sup>en su</sup> ~~su~~ especie: la que se reunía y ~~se reunía~~ como la actual, y ~~en~~ la de todos los tiempos, a la hora sagrada del café, y copa de coñac en los días que repicaban gordo en aquel Ateneo provisional {una provisionalidad que duró años, que es lo que duran todas} ~~estas~~ <sup>de</sup> ~~de~~ modesto piso de vecindad de la calle de Lepanto, es la época de entre dos incendios: el que le echó de la pri itiva Pescadería y el que le obligó a salir también chamuscado <sup>de</sup> ~~de~~ la calle de San José. El Ateneo de Lepanto fue en efecto un paréntesis entre llamas, y no alto es el trabajo de los



- 2 -

algo así como no alto en el trabajo de los homeros. Para que éstos tuvieran tiempo de encender un pitillo en los tizones, o tomar un trago a pie de obra. "a"

La primera tertulia fué como saben todos la de Mazón y ~~Pereda~~ Pereda, cuyas glorias han sido historiadas tantas veces que no hemos de intentar describirla de nuevo. Pero yo resisto a la tentación de contar una anécdota con ella relacionada en la que yo intervise, por que da idea de la valoración que con los ~~autores~~ <sup>de la época</sup> ha llegado a tener los frutos de aquel arbol ~~ancho~~ <sup>ancho</sup> ~~de las Pereda~~ <sup>de las Pereda</sup>.

A poco de residir en Madrid, pasando por la calle ~~de las Pereda~~ <sup>de las Pereda</sup>, con José María Cosío, entramos por curiosidad, sin propósito de adquirir nada como hacen las señoras cuando van de tiendas, en una librería de viejo, y revolviendo empolvados y descachalados volúmenes, se fijaron mis ojos en unas colecciones de la Tertulia Perediana o ~~Perediana~~ <sup>Perediana</sup>, encuadernadas en una pasta tosca que no avaloraba su mérito.

Y como preguntase lo que valía, el avisado compraventista me dió un precio que para la exigüedad de mis recursos, podía ser considerado ~~alto~~ <sup>alto</sup>.

2

10-10-1949

۲۰۰۰

FD  
C  
FD

~~hoy en la noche de este día, haber entre los maestros de los cuales maestros~~

La colle d'acier sur les poutres d'  
acier ?

y ~~señala~~.

Pero a lo que íbamos. Después de la de Mazón, la de la calle de Lepanto representa la Edad Media de las Tertulias ateceísticas y el ~~que~~ esto firma, ~~que~~ tuvo el honor de formar parte de ella. Por lo cual, al ~~me~~ recordarla diríase que se nos alivia la pesada carga de los años que llevamos a cuestas, como si valvieramos a la edad dichosa de las ilusiones y de las luchas. Esa Tertulia que se prolongó en la del Ateeo de la calle de San José, ~~acabó~~ <sup>terminó</sup> ~~chamuscada~~ su vida, tiene un puesto de honor en la historia literaria. La ~~exce~~ <sup>exce</sup> en su vida y obra de Gerardo Diego, el ilustre profesor y publicista Antonio Gallego Morell. Por dichas fechas ~~dice~~ ~~reca~~ firiéndonse al año 1919, la Tertulia del Ateeo santanderino había recogido la totalidad de los elementos intelectuales de la ciudad. Del Río Sáinz ha evocado en "La Gaceta Literaria" la figura del Gerardo Diego de 1919, sentado junto a Enrique Menéndez Pelayo en la tertulia que acababa de recoger a los asistentes de la del óptico Roberto Pasañez; tertulia

- 5 -

que a su vez enlazaba directamente con la de Pereda en la céntrica Guadalupe -  
ría de la calle de la Placa. O sea, precisamos nosotros, con la Tertulia  
de Mazón, pues entre los habituales de la Cuartería se reclutaban los más  
notorios componentes de aquella.

Y ~~este~~ un título para que el grupo cafeteril de la calle e Lepanto  
ocupe por derechos propio un puesto de honor en la historia de nuestras  
letras, la coincidencia de un Enrique Mercedez, declamante, y ya casi ciego,  
que vivía su últimas horas, y de un Gerardo Diego, flor rara y nueva que  
brotaba en el pensil de los poetas.

Y si fuera eso solo. Pero en el grupo formaban también un Paccho Cosasío  
que levantaba tempestades en el agua ~~de~~ <sup>de</sup> la laguna santanderiana,  
con su pintura, motivo eotoces de escándalo, y hoy clásica y universalmen-  
te conocida; ~~de~~ <sup>pepin</sup> un ~~Pepin~~ Ciria, magnífica promesa de espiga ~~predestinada~~ <sup>de</sup> dar  
papes de oro, que los dioses ~~llevarían~~ <sup>llevarían</sup> a su Olimpo, sin dar tiem-  
po a ~~que~~ <sup>de</sup> se sazonara y gracese en la tierra; ~~Y~~ <sup>de</sup> ~~En~~ <sup>de</sup> ~~Luis~~ <sup>de</sup> ~~Santamarica~~ <sup>de</sup> que  
se unía al grupo en sus escapadas de Laredo, donde vivía hurado y ~~resistente~~



), austero como un adacoreta, es tanto que fudría en broce viejo, las clausulas con regusto de Gronicón <sup>de</sup> su "Elegía del Tercio". //

Exatissima Presidía. La Teftulia cuando faltaba el autor del Cacicero de la vida quieta, el inolvidable Miguel Artigas, ya con un resombreregado en su labor santanderica, que saltaba sobre las fronteras y tenía repercusiones en América. Con él representaban la madurez de juicio, ~~o~~ <sup>la</sup> ~~de~~ <sup>de</sup> edad madura, y otros, que sí ser ya jóvenes, no eran todavía viejos: don Francisco Mirapeix, Alberto López Arguello, Elías Ortiz de la

Torre Joaquín G. Doménech, Fernando Barrera, el actual bibliotecario de la ~~de~~ <sup>de</sup> Joaquín Martínez, José Fernández Regatillo, y, Octavio Lamadrid.

Capitán del Ejército, amigo de escritores y libros, José María Cossío, Flavio San Román, Daniel Alegre, y los canónigos don Pedro Santiago Campo- rredonde, don Manuel López Arana, que moriría de Obispo de Ciudad Rodrigo, y el más notorio por su hiperboles y tus interjecciones, don Jaime Espas, ses, que interpellaba con su vozarrón mallorquín a todos los alevites de poeta que veía acercarse al grupo:

"-¿Trae usted género? Pues que se vea. ~"  
 "Género era su vocabulario personalísimo, poesía recién salida del  
 horno como los pascillos tiernos. Si el que llegaba lo traía, imponíale  
 como un peaje para dejarle paso, la obligación de mostrarlo y leerlo.  
 Este tributo pagárole docenas de veces no solo los aleviños, sino Gerardo  
 Diego, Raúl Pepín Ciria, Lays Sentameniba, Angel Espinosa, que acababa de  
 publicar su libro "Linterna", y Francisco Cuhría, cuyo género por excepción  
 era la prosa de sus cuentos montañeses, anunciadores de sus futuras jugosas  
 novelas. Y Enrique Vázquez, que cultivaba vergezadamente la lírica, y que  
 es público cultivaba igual que hoy, el humorismo periodístico, con el pseudo-  
 clmo de Polibio. ~~XXXXXXXXXXXX~~"

El querido Simón Cebarga era a la sazón un Apéles adolescente, que estaba  
 afilando la pluma de sus próximos triunfos, e Ignacio Aguilera, debía de estar  
 estudiando Filosofía y Letras, con intención de ser archivero. Erao los  
 cabos de la guardia entrante, que se disponía a hacer el relevo. *en* *en*  
*pueden a la reserva. Juan*

*Salvador*



*Estas notas <sup>auto-</sup> biográficas  
me las pidió a José del Río  
para la confección del número  
"especial" de "La Atalaya", a él  
dedicadas*

*José del Río Sainz*  
*1961*

*Escritas por el mismo.  
Han buen escritor como  
bueno calígrafo y  
catástrofico mecanógrafo*

JOSE DEL RIO SAINZ. Nació el 6 de marzo de 1884 (o en 1886, como dicen algunos libros y las Antologías) en la ciudad de Santander. Cuesta por lo tanto en la actualidad 77 años y más de 60 de periodismo activo.

Su abuelo, don José Antonio del Río Sainz, fue publicista y practicó el periodismo también. Es autor de las "Efemerides de la provincia de Santander", obra de consulta para cuantos estudian la historia de su tierra, por la cantidad de noticias históricas que contiene. Obras suyas también "Marinos ilustres de la provincia de Santander", escrita en colaboración con su hijo Alfredo del Río Iturrealde, también periodista profesional.

José del Río estudió náutica en el Instituto de su pueblo y navegó en los primeros años del siglo en vapores de Santander y de Bilbao y en el barco escuela Nautilus, en el que hizo la travesía a la América del Sur a vela.

Ya desde entonces mandaba crónicas y versos a los periódicos santanderinos ("El Diario Montañés", recién fundado; "La Atalaya" y en algunas ocasiones en "Castabrico". Colabora también en estos años en "El Diario Ferrolano" del Ferrol y en la hoja literaria de "El Correo Español" de Madrid en la que escribía entre otros, el actual Presidente de las Cortes del Reino, don Esteban Bilbao, don Román Oyarzua y Herasado de Larrameendi.

A sus eficciones de marino-escritor, se refiere una tarjeta postal que le enviaron los oficiales de cubierta y máquinas del vapor "Sardicero" en el que había hecho sus primeros viajes, al ser trasladado a otro vapor de la misma Empresa. La tarjeta que lleva fecha de 7 de marzo de 1903 dice así: La tripulación de <sup>del</sup> "Sardicero", representada por las firmas al pie, saluda a José del Río y le desea largos años de vida. Prohibida la versificación como medio de agradecimiento.

Firmas: Arturo Pario Gil, primer oficial; Juan Basterrechea, segundo oficial; Gabino Martínez, primer maquinista; Filemón Argos, segundo maqui-

cista y Juan Alday, contramaestre.

Pasó a ser periodista activo en 1907, entrando de reportero o noticiero en "La Atalaya" de Santander. Pronto ascendió a redactor de mesa corriendo a su cargo los artículos de fondo y polémica, así como de crítica literaria y de arte. En 1912 publicó los "Versos del mar y de los viajes" que más adelante obtendrían el Premio Fastenrath de poesía y el Nacional Virgen del Carmen, y cuyo soneto sigue apareciendo a partir de entonces en las más importantes antologías, tanto españolas como extranjeras. De momento hicieron elogios de este libro Cristóbal de Castro y Andrés González Blasco. José Francés dijo en la "La Revista de América", que se publicaba en París, que su autor desconocido hasta entonces tenía derecho a la gloria. La primera antología que recogió versos de este libro es una publicada en Barcelona con el título "Los mejores poetas contemporáneos". Rafael Sánchez Mazas en la primera novela que dió al público "Las pequeñas memorias de Tarío" compuso uno de los capítulos con glosas del soneto "Las tres hijas del

Capitán". Andrés González Blasco en una novela breve, "El americano del auto" se refiere también a estos versos haciendo figurar a su autor con un nombre de clave. En el año 1916 ganó José del Río la flor natural en los Juegos Florales cervantinos organizados por el Ateneo de Santander y de los que fue mantenedor don Juan Vázquez Mella. Con motivo de este triunfo recibió los primeros homenajes públicos en forma de un banquete presidido por las autoridades y personas representativas de la provincia.

En 1919 acompañó a Madrid en una marcha a pie, a una patrulla del Regimiento de Valencia siendo recibido en el Palacio de Oriente por don Alfonso XIII, al que entregó un saludo de la prensa de Santander, y por este tiempo constituida en Asociación, de la que fue José del Río uno de los fundadores y en la que desempeñó cargos de confianza. En 1921 fué a Melilla de cronista de guerra. Rafael Sánchez Mazas que le conoció allí publicó en "El Pueblo Vasco" de Bilbao, con el título "Los instantes y las figuras". José del Río poeta, una crónica de extenuado elogio.

Por una de sus crónicas de guerra fué procesado y estuvo preso unos días ~~en la~~ dando ello ocasión a que desfilase por la cárcel lo más representativo del pueblo, ~~con una autoridad y representantes en Cortes. Las~~

otras, titulado "La tragedia del hombre que  
actrices de la Compañía de Ricargo Fuga que actuaba en Santander, la llevaban  
todos los días flores. La prensa de Madrid se ocupó de este proceso y un  
diario de ~~xxxxxxxx~~ reciente aparición, "Vida Nueva", ~~xxxxxx~~ que creemos  
fue ~~fundado~~ por Manuel Aznar, al semanario "El Sol" insertó un comentario en  
el que se decía: "De nuevo con todo el rigor de la Ley de Jurisdicciones so-  
bre un periodista español, hijo de la vieja Castilla, es tonto que los ~~xxxxxx~~  
decastadores de la Patria, aquellos que dieron pie ~~xxxxxxxx~~ para esa Ley  
de excepción triunfos y llegas a los Consejos de la Corona."

"¿Es posible pensar siquiera que un periodista castellano, un escritor  
del fuste y de la valía del señor Del Río, haya escrito una ~~línea~~ ~~xxxxxxxx~~  
siquiera que signifique agravio o injuria al Ejército o a la Patria?"

El Consejo de Guerra celebrado en Santander lo estimó también ~~absol-~~  
viendo al procesado con todos los pronunciamientos favorables. Y esta abso-  
lución fue celebrada con un banquete organizado por la Asociación de la Pre-  
sa, al que se adhirieron desde Melilla, el General Sabjurjo, varios Jefes y  
Oficiales de Regulares y del Tercio así como legionarios de la clase de tro-  
pa. También con motivo de este proceso recibió una carta del general Don  
Dámaso Bereaguar, iniciándose entre ambos una amistad que había de durar has-  
ta el fallecimiento del Conde de Xaues. José del Río había obtenido con moti-  
vo de sus crónicas militares la Cruz del Mérito Militar, cuyas insignias le  
regalaron los Jefes y Oficiales del Regimiento de Valencia.

Ya para este tiempo había creado su Sección diaria que titulaba "Aires  
de la Calle", reproducida por docenas de periódicos de España y América.  
Una selección de estas crónicas se publicó en dos tomos costeados por sus-  
cripción popular. "El Sol" de Madrid al dar cuenta de la aparición de estos  
libros decía: "He aquí dos tomos en que se reúnen algunos de los millares  
de artículos que escritor tan predilecto en esta casa, como José del Río  
Sáiz "Pick", ha publicado en su cuarto de siglo de vida periodística... Se  
sirve de prólogo a la obra una crónica que sobre del Río escribió en diciem-  
bre de 1921 Rafael Sánchez Mazas. Transcribimos del primer tomo una nota  
bellísima sobre el mar inglés. Y reproduce a continuación el "Aire de la  
calle" titulado "El mar inglés tiene otro muerto".

Algunos de estos "Aires de la calle" como ~~xxxxxxxxxxxx~~ la semblanza  
del Infante don Carlos de Borbón fue reproducida en el mismo día por ~~varios~~  
*cuatro*



dió su traducción en catalán. Otros, titulado "La tragedia del hombre que nació príncipe" fue reproducida por el semanario de Barcelona "La Calle" con el siguiente encabezamiento:

"Hace algunos días, a raíz del fallecimiento del Príncipe a la Corona de España don Jaime de Borbón, un gran escritor, un formidable periodista don José del Río Sáiz, que firma sus trabajos con el pseudónimo de "Pick" publicó un artículo interesantísimo tanto por la forma irreproachable como por la nobleza y la sinceridad de su fondo. He aquí el artículo."

Reproducían los "Aires de la calle" también diarios y magazines de América, como "El Diario Español" de Buenos Aires y el del mismo título de La Habana, "El Globo" de México, "La Montaña" de La Habana también. "El Águila" de Puerto Rico no solo reprodujo el titulado "El jubileo de Wall Street" sino que encabezaba la reproducción con el título de "Un gran artículo" y anteposía el siguiente comentario: "Por ser de utilidad suma y de gran enseñanza reproducimos el magistral artículo que aparece en el ~~diario~~ diario español "La Voz de Cataluña", firmado por "Pick" bajo cuyo pseudónimo se esconde sin duda una gran mentalidad, ajena por completo a los toda idea preconcebida en lo concerniente a razas y naciones que pueblan el planeta. Lástima grande que artículos semejantes no se publiquen a diario en la vieja Europa. Los son los cáusticos que hay que llamar a sus pueblos a la realidad. Un Aire de la calle" sobre la escuadra alemana fue traducido al alemán y apareció en diversos periódicos de aquel país.

"A.B.C." por su parte publica en los años de entre dos guerras, una doble página con fotografías en huecograbado dedicada a José del Río, que firma ~~Ja~~ Jacinto Miquelarena. Y en "Estampa", también con fotografías, una semblanza de José del Río escrita por Concha Espina.

En el año 1922, asumiendo la dirección de "La Atalaya" y <sup>en</sup> principios del 1923, invitado por el Ateneo de Bilbao, da una lectura de versos en sus salones, constituyendo el acto un acontecimiento que refleja en sus columnas la prensa bilbaína. Se cambian telegramas ~~entre~~ con este motivo entre los Alcaldes de los dos pueblos, y es el haquetete con que es obsequiado hablan el poeta Ramón de Besterra, don José Félix Lequerica, <sup>el doctor Reyes</sup> Arana Castellanos, Mourlan Michelena y otros más.

Con motivo del crimen del Expreso de Añelucia, y con la firma de "Pick"

publica José del Río cuatro crónicas que causan sensación. Víctor de la Serna que escribía entonces con el pseudónimo de Juan Pérez <sup>una de las</sup> le había publicado su primer crónica, descubriéndole José del Río dice que cualquiera de ellas tiene categoría de premio Mariano de Cavia. ~~Esas crónicas son leídas~~ es el Consejo de Guerra, que juzgó a los culpables, dando cuenta de ella al interesado, uno de los defensores, el Capitán Jurídico Martínez Friera es una carta que dice así:

"Señor Piek: Aunque no tengo el gusto de conocerle le felicito por sus trabajos periodísticos, sobre los personajes del drama del Expreso de Aoda lucía. El titulado "El cadáver que habló", quizás haya influido en el ánimo del Tribunal sentenciador, toda vez que al defender a Carme Atienza leí unos párrafos del mismo, que produjeron emoción diciéndome que estas ideas correspondían a un periodista de la Montaña, <sup>sino que</sup> haya podido citar su nombre, porque como le digo, no tengo el gusto de saberlo.

"El éxito de mi defensa por tanto creo que puedo decir perfectamente que le corresponde en parte a usted, y tengo verdadera satisfacción en comunicárselo.

"Por tener en esa familia, recibí los periódicos, que como le digo tanto han ayudado a conseguir la libertad de las dos mujeres encartadas.

"Aprovecha la ocasión, y queda suyo affmo. x Joaquín Martínez Friera".

En este mismo año 1924, lleva a cabo José del Río una resonante campaña para evitar la obsesión de Castro Urdiales por los separatistas de Bilbao. Es tal la impresión que producen sus artículos que recibe millares de felicitaciones y en su honor se celebra un banquete, moestrino que preside las autoridades. Víctor de la Serna dice en esta ocasión que José del Río es un maestro de periodistas y portavoz indiscutido de la Montaña."

En la Diputación de Santander consagra en su honor una sesión en la que toma el acuerdo de editar a su costa un tomo de versos y otro de prosas escogidas de José del Río. En el texto del acuerdo se dice que La Montaña que se gloria de sus notables escritores y periodistas, cuenta entre ellos con José del Río Sáiz, Director de "La Atalaya" que honra a la provincia y la favorece con sus notabilísimos escritos y defensas es los que resaltan además de la belleza de la forma lo brillante de su cultura y una dialéctica formidable. Es

de notar que los Diputados que adoptaron estos acuerdos no eran amigos políticos de José del Río, sino de una tendencia que éste combatía desde "La Atalaya".

22 También en 1924, lanza José del Río la iniciativa del alzamiento de una estatua a Concha Espina que es recogida y aplaudida por las más importantes periódicos de España y América. Esa iniciativa se hace realidad con asistencia de SS.MM. don Alfonso y doña Victoria.

En el año 1925 obtiene el Premio Pastecrath por su libro "Versos del Mar y otros poemas" y con tal motivo se reúnen los actos en honor suyo. El Ateneo le da un haquetto al que asiste toda la intelectualidad de Santander y a la que se adhieren poetas y artistas de Madrid, Bilbao y otros puntos. Otro haquetto se lo dan los mariscos marates, sus compañeros del mar y de los viajes como dice en las tarjetas de invitación. Por iniciativa del Cantabri- co, la Junta de Obras del Puerto a cuyo servicio estaba del Río como Capitán de la draga Cantabria, acuerda dar su nombre a un malecón de Puerto Chico. Y en el acto de inauguración de la lápida, pronuncia un discurso de elogio su Eminecia el Cardenal Bellech. Para este tiempo además de los Versos del mar y de los viajes, José del Río tiene publicados los siguientes libros: "La belleza y el dolor de la guerra", "Hampa". Estampas de la mala vida co- xilografías de Francisco G. Gossio, el actual pistolero de fama mundial. Des- pués publicará "La Amazona de Estella", los dos tomos de "Aires de la Calle" y en fecha más reciente los tomos más importantes de la Historia de la Cruz- da Española, "Churchill y su tiempo", "Zumacalcarrégui", "Nelson". Traduc- ciones de "Soy un superviviente" del ruso Barmice; "Yo ví la caída de Fili- pinas" de Carlos P. Rómulo, "El drama de Polonia" en colaboración con Sofá Casanova y "Escuola del Norte" de Comodoro Taylor.

Para la "Historia de la Literatura Universal" que dirige el profesor Pérez Bustamante, escribe ~~maxaxkxixixix~~ el capítulo de la <sup>"p</sup>literatura inglesa y traduce el de la portuguesa del profesor Gómez Bracho.

Por encargo de la Oficina Diplomática del Ministerio de Asuntos Exteriores escribe una "Historia de las Brigadas Internacionales" que se traduce al francés y al inglés.

Además de los periódicos santomericos ha colaborado en distintas épocas en "La Esfera", "La Monarquía", "El Imparcial" ~~xxxxxx~~ y "La Esfera" de



*es un gran amigo de José del Río*  
 Madrid, y "El Pueblo Vasco" y el "Noticiario Biltzain" de Bilbao. Al fundarse "Ahora" de Madrid, su director Chaves Nogales le dice en la dedicatoria de uno de sus libros que le envía: "A José del Río es súplica de artículos".

Con motivo de una de sus crónicas en "El Imparcial", el profesor de la Universidad de Columbia, Mister Espinosa, publica en la revista "Hispania" de la Stanford University de California, un artículo titulado "El castizo humorismo castellano" en el que dice que la crónica de José del Río es un buen ejemplo del castizo humorismo castellano. Y para probarlo, reproduce el artículo aparecido en "El Imparcial" de Madrid el 10 de agosto de 1920. La Revolución de 1926 obliga a José del Río a salir de Santander. Es la zona Nacional, y con el pseudónimo de "Juan del Mar" y otros, publica artículos, párrafos de algunos de los cuales reproduce en el tomo de "Mi vida". La Revolución Española, aparecido en México, el Doctor Rodolfo Reyes, quien escabeza la reproducción con las siguientes líneas: "Respecto al espiéitu de Bilbao, y a lo que le tocó perder, oigamos al gran poeta y escritor montañés José del Río Sáiz. Desde Salamanca y requerido por Joaquín Arrarás, pasa José del Río a Sevilla, para intervenir en la Historia de la Cruzada Española que aquél dirigía. Con este motivo recorre España en busca de información, y suyos son los volúmenes de esa Historia consagrados a Navarra. El Alto de los Leones, "Somosierra", Galicia y la Escuadra; Albacete, Valencia, y Alicante, así como también los dedicados al 10 de agosto de 1932 y a la Revolución marxista de 1934."

Trasladado a Madrid en 1939, trabaja en la Editorial Atlas componiendo los libros originales y traducidos de que se ha hecho ~~mucho~~ *mucho* Colabora también en la revista "Vértice", en los diarios "Arriba", "Ya", "A.B.C.", "Madrid" e "Informaciones", publicando en este último una serie de reportajes sobre las Brigadas Internacionales. Colabora también en la Prensa del Movimiento y en los periódicos servidos por la Agencia de Colaboraciones "Serco", siendo cotejados los artículos que con este motivo aparecen con su firma en "La Vanguardia" de Barcelona, "Heraldo de Aragón", "La Gaceta del Norte", "El Norte de Castilla" y otros diarios. También colabora asiduamente en el Semanario nacional "Domingo".

Antes de la guerra actúa de mantenedor en los Juegos Florales de Oviedo, año 1925. En el Ateneo de Valladolid se celebra en esta época una

y es el de Barcelona, de una lectura sobre la vida en aquella ciudad de Meapédez Pelayo. Con este motivo "Solidaridad Nacional", le consagra una doble página en que se reproduce una selección de sus versos. Desde 1957 figura en la plantilla de redactores de "Informaciones" ~~xxxxxxx~~ publicando una sección diaria "Apuntes de un peatón" de que se hace eco en muchas ocasiones la prensa de provincias, y que ABC de Madrid alaba ~~en~~ generosamente ~~estas~~ en estas ocasiones. En esta sección la Asociación de Peatones de Madrid le nombra Socio de Honor, entregándole el nombramiento en un pergamino.

Su nombre y su obra son estudiados o aludidos en docenas de libros y centenares de artículos de periódicos, desde "la Revista de Occidente" a "La Nación" de Buenos Aires. Las más importantes Antologías de poesía castellana, como la Federico de Ossí y las de Gerardo Diego y César González Ruano, incluyen poesías suyas. Entre las extranjeras, figuran la de los grandes poetas, editada en Santiago de Chile, y la "Spanase Poezie", publicada en Groningen, que recoge, traducido al holandés, el soneto "Los tres hijos del Capitán".

Se nos olvidaba consignar que en los años 1927 y 1928 acudió como representante de la Asociación de la Prensa de Santander a las Asambleas de la Federación celebradas en Palma de Mallorca y en Valencia. Y es ellas tuvo una actuación destacada que refleja los periódicos de ambas ciudades defendiendo la Escuela de Periodismo y el Título profesional. Con motivo de su estancia en Barcelona, "El Diario Gráfico", publicó el siguiente suelto:

*En el* "Icial. José del Río. Entre otras cosas se dice lo siguiente: "En la lista de viajeros llegados estos días al Hotel Exposición, figura este nombre: José del Río. La casilla en que consta la profesión del viajero la lleva esta palabra: periodista".

"José del Río pudo poner bajo su nombre la rúbrica de otros títulos (el de excelentísimo poeta por ejemplo), pero no quiso. Ser periodista de tan alta manera como lo es él, ya es bastante.

"Cotidianamente desde "La Voz de Castañeda" de que es Director, da muestras de su ingenio, de su cultura, ~~de su personalidad~~. Su aire de la Calle <sup>N</sup> {suscrito con el pseudónimo de Fick} ha remontado cordilleras, ha cruzado sobre las fronteras provinciales y es un aura que cuantos siesteos una inquietud espiritual aspiran en todo el país jubilosamente."

"Pick" ha reafirmado los prestigios del artículo de fondo que era el periodismo del siglo XIX, y fueron ahora arrumbados por el reportaje. Si bien los fondos del gran periodista, uces a las virtudes de la crónica doctrinal, aquellas del reportaje que radica en la vibración, agilidad y actualidad palpitante del género reporteril." Firma el  
 nuestro 'Domingo Fuen mayor' presentando un  
 del gran periodista Mario Aguilera.

## **CONCLUSIONES FINALES**

## **I. VERIFICACIÓN DE OBJETIVOS Y CONFIRMACIÓN DE LAS HIPÓTESIS**

**Objetivo I.-** Recopilar los artículos publicados por Pick a lo largo de su labor como periodista para abordar el trabajo empírico.

— Tras la minuciosa consulta en la hemeroteca Municipal de Santander y en algunos archivos privados he logrado recopilar tres mil artículos de José del Río.

— La lectura de los mismos permite un análisis pormenorizado y conclusivo de las diferentes facetas del marino devenido en periodista.

— Este objetivo se ha cumplido ya que existe el corpus de los artículos, tanto en format digital como en papel.

**Objetivo 2.-** Aportar esos artículos como fondo documental para posteriores estudios.

— La labor de búsqueda, digitalización y ordenación de los textos publicados por Pick se ha concluido con éxito.

— La documentación, tanto en formato digital como en papel, queda a la libre disposición de futuros investigadores.

— Se entregará una copia en formato digital tanto a la Biblioteca Central de Cantabria, como al Ateneo de Santander y a la Real Sociedad Menéndez Pelayo.

— La copia digital quedará también a disposición de aquellas entidades culturales, tanto nacionales como internacionales, que estén interesadas en ella.

— Abriré un blog en el cual se pongan a libre disposición ese rarchivo, así como agregar otros textos, análisis, comentarios o estudios sobre la obra de José del Río.

**Objetivo 3.-** Fijar el contexto histórico en el que vivió José del Río para interpretar correctamente su tarea como informador.

— El contexto se ha delimitado y expuesto a través de la bibliografía que hace referencia a la vida en Santander entre los años 1884 y 1937.

— Las referencias en diferentes documentos y



publicaciones que realizan sus coetáneos suponen una aportación excepcional para conocer las corrientes de pensamiento, las modas culturales y la situación política y económica del Santander ese primer tercio del siglo XX.

— Se han podido salvar testimonios personales de algunos de los amigos y de personas que siendo más jóvenes le conocieron y que son de gran utilidad.

— Los propios escritos de José del Río son una fuente documental de gran interés y aportan elementos ontológicos primarios para lograr una mayor y mejor comprensión del ambiente en el que Pick vivió y trabajó.

**Objetivo 4.-** Determinar el proceso de formación autodidacta de un marino que deviene en periodista.

Se ha logrado este objetivo mediante el análisis de sus primeros artículos en La Voz de Cantabria y su posterior evolución.

— Los elementos aportados por referencias personales y de otros colegas, recogidas en diversas publicaciones, han sido de gran utilidad.

— El objetivo se ha cumplido, si bien es un terreno en el cual restan elementos por contrastar y donde a buen seguro habrá documentación que permita ahondar en ese proceso de aprendizaje.

**Objetivo 5.-** Relacionar a Pick con la denominada “Tercera España”, la de quienes no estaban de acuerdo ni con los excesos cometidos en la II República ni con el levantamiento del ejército

— El método de análisis comparativo permite determinar de manera precisa que José del Río reúne todas las características de los intelectuales de esa Tercera España.

— La superposición de las trayectorias de Chaves Nogales, Ortega y Gasset, Unamuno, etc. determina con un criterio escrupulosamente académico que José del Río puede ser inscrito en ese grupo.

— Su trayectoria política, nunca determinista, jamás sectaria, es otro elemento de prueba.

**Objetivo 6.-** Estudiar el uso del lenguaje en las columnas de José del Río y su conexión con la modernidad.

— Un primer morfológico, sintáctico y semiótico conduce a la conclusión de que Pick se había apartado de las formas rígidas y protocolarias empleadas en la época.

La utilización de un vocabulario más cercano al habla popular y una forma de expresión directa prueban que Pick conectaba con la modernidad periodística.

José del Río introdujo con profusión términos de la jerga marinera, términos que en Santander, ciudad portuaria, eran bien conocidos por la mayoría de la población.

## VERIFICACIÓN DE LAS HIPÓTESIS

Después de un análisis del contenido de la investigación y del necesario contraste con cada una de las hipótesis enunciadas al inicio de esta Tesis presentamos los resultados, las conclusiones finales del proceso analítico.

### Hipótesis I

— Pick es un adelantado a su tiempo como cronista de guerra, en sus crónicas sobre el conflicto de Marruecos.

— José del Río en los dos meses en los que cubre como corresponsal de guerra el conflicto de Marruecos quiebra la tónica general de los periodistas hagiográficos sobre el Ejército español.

— Si bien es verdad que en las primeras crónicas muestra un lenguaje patriotero, a medida que conoce a fondo lo que sucede se muestra más crítico.

— Una prueba evidente de que no sigue los dictados que muchos colegas consideraban obligatorios es que termina siendo procesado por un consejo militar e incluso pasa unos días en la cárcel.

— Su crónica titulada “Más amargas verdades” – por la que es procesado– es un ejemplo de modernidad, podría ser perfectamente una crónica escrita en los años sesenta sobre la guerra del Vietnam

— Pick busca en sus escritos desde Melilla el lado humano, las pequeñas historias de algunos soldados.

— La descripción de los movimientos de tropas no es lo más relevante, sino que incide en las condiciones de vida de los soldados, denuncia a los “emboscados” que se refugian en puestos alejados del frente y del peligro.

— Esta hipótesis queda suficientemente probada, tanto por el análisis directo de los escritos enviados y publicados desde Melilla, como por el análisis de los mismos a la luz de las nuevas técnicas narrativas.

## **Hipótesis 2**

— Pick ha sido minusvalorado como periodista, eclipsado por su obra poética.

— Se aporta documentación que conduce a considerar cierta esta hipótesis. El hecho de que aparezca siempre citado como poeta del mar y apenas como periodista es una prueba.

— En el monumento a su memoria, en Santander, no se hace alusión a su trabajo periodístico y solamente se refleja su condición de poeta.

— Rafael Sánchez Mazas, que coincidió con José del Río en Melilla durante la guerra de Marruecos, publica en periódico El Pueblo Vasco, de Bilbao, un artículo dedicado a Pick. En él apenas si existe alguna alusión al periodismo, todo se centra en sus libros e poemas. Y eso que Sánchez Mazas conoce a Pick cuando este ejerce de corresponsal de guerra.

— Las referencias bibliográficas más importantes, sitúan su condición de poeta por delante de su trabajo periodístico.

— La propia Asociación de la Prensa de Cantabria (APC) relegó su perfil periodístico al nominar su premio anual con el nombre de Estrañi, un periodista que dirigió El Cantábrico. Estrañi fue más político que informador y su obra no tiene comparación con la de Pick, pero a los directivos de la APC la figura de Pick les parece más la de un poeta que la de un periodista.

— Considero que esta hipótesis queda probada, si bien cuando se trata de apreciaciones subjetivas y cuando no es posible medir con instrumentos de precisión, siempre puede quedar alguna duda.

### **Hipótesis 3**

— El periodismo moderno, alejado de diarios de partido, tiene en Pick un referente primigenio.

— Los rasgos principales de José del Río encajan en esta hipótesis.

— Pick no siempre estuvo alejado de los diarios de partido, pero en su contexto eso resultaba imposible ya que todos los diarios estaban adscritos a una u otra ideología, a uno u otro partido político.

José del Río fue siempre honesto con la información y si se hace un análisis comparado es evidente que su posición informativa era avanzada para su tiempo.

Esta tercera hipótesis no se puede probar completamente. Los indicios son fuertes pero también se registran conductas que contradicen la hipótesis.

#### **Hipótesis 4**

— José del Río logra construir un modelo de articulismo provincial, capaz de defender los intereses locales sin caer en el provincianismo.

— El estudio y análisis de la obra periodística de José del Río demuestra, con videncias sobras, el interés en la defensa de su tierra. Las polémicas sobre el ferrocarril Santander-Mediterráneo, el intento de Vizcaya de anexionarse Castro-Urdiales, las mejoras del Puerto de Santander y un largo etc. avalan la tesis.

— Siendo un periodista de provincias Pick tuvo siempre trascendencia nacional. Su estilo y capacidad de análisis le liberaban del corsé del periodista provinciano.

— Sus artículos sobre la agonía de la Restauración monárquica, la dictadura de Primo de Rivera, el feminismo, la pena capital etc. prueban su capacidad de análisis mas allá de las fronteras de la Montaña.

— Pick publicó numerosas columnas sobre política internacional, que tuvieron eco en diarios de Madrid: Análisis de la situación de Francia, Inglaterra, Alemania e Italia. También su interés por Hispanoamérica con escritos para definir la política de México, Nicaragua, Cuba...



— Toda su producción periodística tuvo siempre gran altura tanto en el estilo literario como en el buen conocimiento de las materias que abordaba.

La cuarta hipótesis queda bien probada, con un nutrido surtido de artículos y con el reconocimiento de sus coetáneos.

## Bibliografía

TEODORO LEÓN GROSS (1996) El artículo de opinión. Editorial Ariel Comunicación

BEN H. BAGDIKIAN (1975). Las máquinas de información. Editorial Fondeo de Cultura Económica.

JAVIER BERNABÉ FRAGUAS (coordinador y editor) (2007) Periodismo preventivo (otra manera de informar sobre las crisis y los conflictos internacionales). Madrid Editorial Catarata.

MARÍA EULALIA FUENTES PUJOL (1980). La información documentada. Editorial ATE.

JESÚS FRANCISCO GUTIÉRREZ GOÑI (2013) La prensa de Cantabria en la posguerra (1939-1942). Santander. Edita Asociación de la Prensa de Cantabria.

BILL KOVACH Y TOM ROSENSTIEL (2003) Los elementos del periodismo. Editorial Santillana (Ediciones El País).

V. MORIN (1979). Tratamiento periodístico de la información. Barcelona. Editorial ATE

BARDIN, L. (1986). El análisis de contenido. Madrid: Akal.

JULIO CAMBA (2013) Maneras de ser periodista (Edición de Franciso Fuster) Editorial Libros del K.O

R. COLL VINENT. (1979). Teoría y práctica de la documentación. Barcelona. Ediroail ATE.

MICHAEL HERR (2013) Despachos de Guerra. Editorial Anagrama.

WIMMER, R. D., y DOMINICK, J.R. (1996). La investigación científica de los medios de comunicación: una introducción a sus métodos. Barcelona: Bosch.

PETRA MARIA SECANELLA (1980). El lid formula inicial de la noticia. Barcelona. Editorial ATE.

VARIOS AUTORES (1985) La Gran Enciclopedia de Cantabria (Primera edición). Editorial Cantabria S. A.

RICARDO FERNANDEZ DE LA REGUERA. 1968. El desastre de Annual. (Episodios nacionales contemporáneos). Editorial Planeta.

EMILIO MOLA VIDAL. 1977. Dar Akobba: páginas de sangre, de dolor y de gloria / Editorial Doncel.

FRANCISCO PÉREZ GUTIÉRREZ. 2003. Aire de la calle. Editorial Estvdio.

ANTONIO BELLIDO ANDRÉU. 2006. El Alcántara en la retirada de Annual. Editorial Adalid.

MARÍA ROSA DE MADARIAGA. 2005. En el Barranco del Lobo.

LUIS MIGUEL DE FRANCISCO. 2005. Annual, 1921 (crónica de un desastre). Editorial Militiae.

LORENZO SILVA. 2001. Barcelona. Del Rif al Yebala: viaje al sueño y la pesadilla de Marruecos. Editorial destino. Colección Ancora y Delfín.

JUAN JOSÉ LÓPEZ BARRANCO. 2006. Madrid. El Rif en armas: la narrativa española sobre la guerra de Marruecos. Editorial mare Nostrum Comunicación.

ANDRÉS TRAPIELLO (2010) Las armas y las letras: Literatura y Guerra Civil (1936-1939). Editorial Destino.

CHAVES NOGALES. 2012. La vuelta a Europa en avión. Editorial Libros del Asteroide.

GREGORIO MORÁN. 2014. El cura y los mandarines. Editorial. Akal.

PATRICIO CANTO. 1958. Buenos Aires. El caso de Ortega y Gasset. Ediciones Leviatán.

CHARLES CASCALES. 1957. París. L'humanisme d'Ortega y Gasset. Edición Presses Universitaires de France.

PAULINO GARAGORRI. 1972. Pamplona. Unamuno y Ortega. Editorial Salvat.

GREGORIO GÓMEZ CAMBRES. 1990. Presencia de Ortega. Editorial Ágora.

JAVIER F. LALCONA 1974. Madrid. El idealismo político de Ortega y Gasset. Un análisis sintético de su filosofía política. Editorial Cuadernos para el Diálogo.

FRANCISCO PÉREZ GUTIÉRREZ. 2003. Santander. Prólogo de Aire de la calle. Ediciones Estvdio.

JOSÉ MANUEL PASTOR. 2007. Santander. Leyendo a Pick (crónica de su tierra y de su tiempo). Edición de la Autoridad Portuaria de Santander.

JUAN CARLOS PÉREZ FUENTES. 2004 Ética periodísti-

ca: Principios, códigos deontológicos y normas complementarias. Edita Universidad del país vasco.

DENNIS F. THOMPSON La ética política y el ejercicio de los cargos públicos. Editorial Gedisa.

FRANCISCO FERNANDEZ BUEY. 2000. Barcelona. Ética y filosofía: asuntos públicos controvertidos. Editorial Bellaterra.

ARTURO MANEIRO VILA. 2000. La política como actor de la información (Estudios de Periodística VIII). Diputación Provincial de Pontevedra

FRANCISCO FERNÁNDEZ BUEY. 2003. Poliética. Editorial Losada.

SANTIAGO REGO (2014) Pick. Estudio preliminar. Edita Asociación de la Prensa de Cantabria.

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ ALBERTOS. 2000. Los medios como escenario de la lucha entre políticos (Estudios de Periodística VIII). Diputación Provincial de Pontevedra.

ROGELIO PÉREZ- BUSTAMANTE. 1989. Santander en los albores de la época moderna. Edita la Cámara de Comercio de Santander.

FRANCISCO VÁQUEZ GONZÁLEZ- QUEVEDO. 1977. Santander. Médicos y hospitales de Santander (1930-1976). Ediciones Librería Estvdio.

JESÚS ÁNGEL SOLÓRZANO TELECHEA. ROBERTO VÁZQUEZ ÁLVAREZ y EMMA BLANCO CAMPOS. 1999. Santander. Atlas histórico de Cantabria. Edita la consejería de Educación y Juventud del Gobierno de Cantabria.

JOSÉ TOCINO LÓPEZ. 1987. Santander. Apuntes para una historia industrial de Cantabria. Edita Electra de Viesgo.

JOSÉ RAMÓN SAIZ FERNÁNDEZ. 2014. Santander. Cien años de Tráfico en Cantabria. Historia de la Jefatura Provincial del Sector de la Guardia Civil. Editorial Los Cántabros.

FERNANDO OBREGÓN GOYARROLA. 2014. Santander. República. Guerra Civil y posguerra en Santander (1931-1948). Editado por el autor.

JOSÉ RAMÓN SAIZ FERNÁNDEZ. 2004. Santander. El Cantábrico, un periódico republicano entre dos siglos (1895-1937). Editado por Tantín.

AGUSTÍN RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ. 1986. Santander. Alcaldes y regidores (Administración territorial y Gobierno Municipal en Cantabria durante la Edad Moderna). Edita Institución Cultural de Cantabria y Ediciones Estvdio.

JESÚS CANALES RUIZ. 1990. Santander. Cien cántabros en México. Edita Asamblea Regional de Cantabria.

BERNARDINO DE ESCALANTE. Santander. 1995. Discurso de Bernardino de Escalante. Edita Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria.

PABLO BELTRÁN DE HEREDIA. 1993. Santander. Evocación santanderina de la Reina Victoria Eugenia. Edita Artes gráficas Bedía.

MANUEL GARRIDO. 2011. Santander. Presencia de Menéndez Pelayo en el pensamiento filosófico español del siglo veinte. Edita la Real Sociedad Menéndez Pelayo.



VICTOR DE LA SERNA (1975) Doce viñetas. Reeditado por Estvdio. Edición original 1929.

LUISA SANTAMARÍA SUÁREZ Y MARÍA JESÚS CASALS CARRO. (2000). La opinión periodística/ Argumento y géneros para la persuasión. Editorial Fragua.

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ ALBERTOS. (1991). Curso general de redacción periodística. Editorial Paraninfo.

PASTORA MORENO ESPINOSA. (2010). Escribir periodismo. Editorial Fragua Comunicación.

CARLOS BARRERA/ DIVERSOS AUTORES. (2000). El periodismo español en su historia. Recopilación de textos por Carlos Barrera. Editorial Ariel Practicum.

RAMÓN TAMAMES. (2008) Ni Mussolini ni Franco: la dictadura de Primo de Rivera y su tiempo. Editorial Planeta.

SHLOMO BEN AMI. (2012) El cirujano de hierro: La dictadura de Primo de Rivera 1923-1930. Editorial RBA.

SIGFREDO HILLERS DE LUQUE (2001) El pensamiento social del general Primo de Rivera. Separata de la revista de la facultad de Derecho de la Universidad Complutense de Madrid.

CÉSAR GONZÁLEZ RUANO. (1954) El general Primo de Rivera. Madrid. Ediciones del Movimiento.

JESÚS PARDO. (1998). Estudio preliminar de la novela 'El capitancito'. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria.

BERNARDO COLSA. El estatuto cántabro de la II República. 2008. Editado por ADIC.

JOSÉ RAMÓN SAIZ VIADERO. Crónicas sobre la Guerra Civil en Santander. 1979. Ediciones Tantín.

MIGUEL ÁNGEL SOLLA GUTIÉRREZ. La sublevación frustrada: los inicios de la Guerra Civil en Cantabria. 2005. Editado por La Universidad de Cantabria y el Parlamento de Cantabria.

ENRIQUE GUDÍN DE LALAMA Y JESÚS GUTIÉRREZ FLORES. Cuatro derroteros militares de la Guerra Civil en Cantabria. 2005. Edición digital Monte Buciero.

HUGH THOMAS. La Guerra civil española. 1980. Ediciones Urbión.

FERNANDO OBREGÓN GOYARROLA. República, Guerra Civil y Posguerra en Santander (1931-1948). Ediciones Tantín. 2002.

OCTAVIO RUIZ. Algunos hombres buenos: (Historia de mujeres y hombres que pusieron la justicia por encima de las ideologías durante la Guerra Civil. 2016. Espasa libros. Paul Preston. “Las tres Españas del 36”. 2015. Editorial Debolsillo.

PAUL PRESTON. La Guerra Civil española: reacción, revolución y venganza. 2015. Editorial Debolsillo

JOSÉ SIMÓN CABARGA. Manuel Salces Gutiérrez. 1955, Santander, Librería Moderna.

JOSEFINA DE LA MAZA. Vida de mi madre, Concha Espina. 1957. Editorial Marfil.

JOSÉ ORTEGA VALCÁRCEL Y OTROS AUTORES. El siglo de los cambios. 1898 Cantabria 1998. 1998. Edita Talleres J. martínez.

LUIS QUINTANILLA. Los rehenes del Alzázar de Toledo. Reeditado en 2015. Editorial Espuela de Plata.

EMILIANO AGUILERA. José Gutiérrez Solana. Aspectos de su vida, su obra y su arte. Editorial Iberia. Barcelona 1947.

GERARDO DIEGO. La poesía nueva. Editado por La Residencia de Estudiantes, la Fundación Gerardo Diego y el Ateneo de Santander. Madrid 2014.

JUAN MANUEL DÍAZ DE. Ensayo/prólogo a la edición del texto de la conferencia de Gerardo Diego “La poesía nueva”. Madrid 2014.

JOSÉ SIMÓN CABARGA. Historia del Ateneo de Santander. Madrid 1963. Editora Nacional.

JOSÉ SIMÓN CABARGA. Historia de la prensa santanderina. 1982. Edita Centro de Cantabria.

LUIS LÓPEZ GONZÁLEZ-RECIO. Santander recuerda. (Personajes, episodios, lugares y su plasmación) Volumen III. 1994. Edición propia del autor.

FRANCISCO SANTAMATILDE. Santander. 1979. Edición propia del autor

JOSÉ RAMÓN SAIZ VIADERO. Las páginas femeninas de Matilde Zapata. 2007. Edita Centro de Estudios Montañeses. Diputación Regional de Cantabria

BALDOMERO MADRAZO FELIÚ. Gavias de través. (Santander 1941-1945). 1995. Edición propia del autor

LEOPOLDO RODRÍGUEZ ALCALDE. Miradas y situaciones. 2000. Edición propia del autor

La obra de José del Río (“Pick”) como  
modelo de comunicación moderna

**TOMO 2**

Tesis doctoral

**Manuel Ángel Castañeda Pérez**

Santander 2016



Universidad Complutense de Madrid  
Facultad de Ciencias de la Información  
Departamento de Comunicación Audiovisual y Publicidad II